Nuestra América

José Martí

Edición PDF

Carta a Gonzalo de Quesada

Montecristi, 1 de abril de 1895

Gonzalo querido:

De mis libros no le he hablado. Consérvenlos; puesto que siempre necesitará la oficina, y más ahora: a fin de venderlos para Cuba en una ocasión propicia, salvo los de la Historia de América, o cosas de América -geografía, letras, etc.- que Vd. dará a Carmita a guardar, por si salgo vivo, o me echan, y vuelvo con ellos a ganar el pan. Todo lo demás lo vende en una hora oportuna. Vd. sabrá cómo. Envíemele a Carmita los cuadros, y ella irá a recoger todos los papeles. Vd. aún no tiene casa fija, y ella los unirá a los que ya me guarda. Ni ordene los papeles, ni saque de ellos literatura; todo eso está muerto, y no hay aquí nada digno de publicación, en prosa ni en verso: son meras notas. De lo impreso, caso de necesidad, con la colección de La Opinión Nacional, la de La Nación, la del Partido Liberal, la de la América hasta que cayó en Pérez y aun luego la del Economista, podría irse escogiendo el material de los seis volúmenes principales. Y uno o dos de discursos y artículos cubanos. No desmigaje el pobre Lalla Rookh que se quedó en su masa. Antonio Batres, de Guatemala, tiene un drama mío, o borrador dramático, que en unos cinco días me hizo escribir el gobierno sobre la independencia guatemalteca. La Edad de Oro, o algo de ella sufriría la reimpresión. Tengo mucha obra perdida en periódicos sin cuento; en México del 75 al 77 -en la Revista Venezolana, donde están los arts. sobre Cecilio Acosta y Miguel Peña: -en diarios de Honduras, Uruguay y Chile- en no sé cuantos prólogos: -a saber. Si no vuelvo, y usted insiste en poner juntos mis papeles, hágame los tomos como pensábamos:

I. Norteamericanos
II. Norteamericanos
III. Hispanoamericanos
IV. Escenas Norteamericanas
V. Libros sobre América
VI. Letras, Educación y Pintura

Y de versos podría hacer otro volumen: Ismaelillo, Versos Sencillos, y lo más cuidado o significativo de unos Versos Libres, que tiene Carmita. No me los mezcle a otras formas borrosas, y menos características.

De los retratos de personajes que cuelgan en mi oficina escoja dos Vd., y otros dos Benjamín. Y a Estrada, Wendell Phillips.

Material hallará en las fuentes que le digo para otros volúmenes: el IV podría doblarlo, y el VI.

Versos míos, no publique ninguno antes del Ismaelillo; ninguno vale un ápice. Los de después, al fin, ya son unos y sinceros.

Mis Escenas, núcleos de dramas, que hubiera podido publicar o hacer representar así, y son un buen número, andan tan revueltas, y en tal taquigrafía, en reversos de cartas y papelucos, que sería imposible sacarlas a luz.

Y si Vd. me hace, de puro hijo, toda esa labor, cuando yo ande muerto, y le sobra de los costos, lo que será maravilla, ¿qué hará con el sobrante? La mitad será para mi hijo Pepe, la otra mitad para Carmita y María.

Ahora pienso que del Lalla Rookh se podría hacer tal vez otro volumen. Por lo menos, la Introducción podría ir en el volumen VI. Andará Vd. apurado para no hacer más que un volumen del material del 6º. El Dorador pudiera ser uno de sus artículos, y otro Vereshagin y una reseña de los pintores impresionistas, y el Cristo de Munckazy. Y el prólogo de Sellén, -y el de Bonalde, aunque es tan violento-, y aquella prosa aún no había cuajado, y estaba como vino al romper, -Vd. sólo elegirá por supuesto lo durable y esencial.

De lo que podría componerse una especie de Espíritu, como decían antes a esta clase de libros, sería de las salidas más pintorescas y jugosas que Vd. pudiera encontrar en mis artículos ocasionales. ¿Qué habré escrito sin sangrar, ni pintado sin haberlo visto antes con mis ojos? Aquí han guardado los En Casa en un cuaderno grueso: resultan vivos y útiles.

De nuestros hispanoamericanos recuerdo a San Martín, Bolívar, Páez, Peña, Heredia, Cecilio Acosta, Juan Carlos Gómez, Antonio Bachiller.

De norteamericanos: Emerson, Beecher, Cooper, W. Phillips, Grant, Sheridan, Whitman. Y como estudios menores, y más útiles tal vez, hallará, en mis correspondencias, a Arthur, Hendricks, Hancock, Conkling, Alcott, y muchos más.

De Garfield escribí la emoción del entierro, pero el hombre no se ve, ni lo conocía yo, así que la celebrada descripción no es más que un párrafo de gacetilla. Y mucho hallará de Longfellow y Lanier, de Edison y Blaine, de poetas y políticos y artistas y generales menores. Entre en la selva y no cargue con rama que no tenga fruto.

De Cuba ¿qué no habré escrito?: y ni una página me parece digna de ella: sólo lo que vamos a hacer me parece digno. Pero tampoco hallará palabra sin idea pura y la misma ansiedad y deseo de bien. En un grupo puede poner hombres: y en otro, aquellos discursos tanteadores y relativos de los primeros años de edificación, que sólo valen si se les pega sobre la realidad y se ve con qué sacrificio de la literatura se ajustaban a ella. Ya usted sabe que servir es mi mejor manera de hablar. Esto es lista y entretenimiento de la angustia que en estos momentos nos posee. ¿Fallaremos también en la esperanza de hoy, ya con todo el cinto? Y para padecer menos, pienso en usted y en lo que no pienso jamas, que es en mi papelería.

Y falló aquel día la esperanza -el 25 de marzo. Hoy 1 de abril, parece que no fallará. Mi cariño a Gonzalo es grande, pero me sorprende que llegue, como siento ahora que llega, hasta a moverme a que le escriba, contra mi natural y mi costumbre, mis emociones personales. De ser mías sólo, las escribiría; por el gusto de pagarle la ternura que le debo: pero en ellas habrían de ir las ajenas, y de eso no soy dueño. Son de grandeza en algunos momentos, y en los más, de indecible y prevista amargura. En la cruz murió el hombre en un día: pero se ha de aprender a morir en la cruz todos

los días. Martí no se cansa, ni habla. ¿Conque ya le queda una guía para un poco de mis papeles?

De la venta de mis libros, en cuanto sepa Vd. que Cuba no decide que vuelva, o cuando –aún indeciso esto- el entusiasmo pudiera producir con la venta un dinero necesario, Vd. la dispone, con Benjamín hermano, sin salvar más que los libros sobre nuestra América -de historia, letras o arte- que me serán base de pan inmediato, si he de volver, o si caemos vivos. Y todo el producto sea de Cuba, luego de pagada mi deuda a Carmita: $ 220.00. Esos libros han sido mi vicio y mi lujo, esos pobres libros casuales, y de trabajo. Jamás tuve los que deseé, ni me creí con derecho a comprar los que no necesitaba para la faena. Podría hacer un curioso catálogo, y venderlo, de anuncio y aumento de la venta. No quisiera levantar la mano del papel, como si tuviera la de Vd. en las mías; pero acabo, de miedo de caer en la tentación de poner en palabras cosas que no caben en ellas.

I. Nuestra América.

Guatemala, 11 de abril de 1877

Sr. D. Joaquín Macal
Ministro de Relaciones Exteriores

Mi respetable amigo:

Quería Vd. saber qué pensaba yo del Código nuevo, y ver algo de lo que le dicen que yo he escrito. -¿Por qué me pide Vd. nada de lo pasado? La vida debe ser diaria, movible, útil; y el primer deber de un hombre de estos días, es ser un hombre de su tiempo. No aplicar teorías ajenas, sino descubrir las propias. No estorbar a su país con abstracciones, sino inquirir la manera de

hacer prácticas las útiles. Si de algo serví antes de ahora, ya no me acuerdo: lo que yo quiero es servir más. Mi oficio, cariñoso amigo mío, es cantar todo lo bello, encender el entusiasmo por todo lo noble, admirar y hacer admirar todo lo grande. Escribo cada día sobre lo que cada día veo. Llego a Guatemala, y la encuentro robusta y próspera, mostrándome en sus manos, orgullosa, el libro de sus Códigos; lo tomo, lo leo ansioso, me entusiasma su sencillez y su osadía, y -encogido por los naturales temores de escribir donde no se es conocido, pero deudor a Vd. de algunos renglones, -esos que aquí le envío, y no han de ser ellos los últimos que sobre tan noble y bien entendida materia escriba mi pluma apasionada, apasionada de la grandeza y de mi deber; por eso, como ayer decía a Vd., nunca turbaré con actos, ni palabras, ni escritos míos la paz del pueblo que me acoja. Vengo a comunicar lo poco que sé, y a aprender mucho que no sé todavía. Vengo a ahogar mi dolor por no estar luchando en los campos de mi patria, en los consuelos de un trabajo honrado, y en las preparaciones para un combate vigoroso.

No me anuncie Vd. a nadie como escritor, que tendré que decir que no lo soy. Amo el periódico como misión, y, lo odio... no, que odiar no es bueno, lo repelo como disturbio. Por sistema me tengo vedada la ingerencia en la política activa de los países en que vivo. Hay una gran política universal, y esa sí es la mía y la haré: la de las nuevas doctrinas.

Servidor de ellas, y agradecido de Vd., quedo su amigo obligado y S. S.
Q.B.S.M.
José Martí

Los Códigos Nuevos

Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la ingerencia de una civilización devastadora, dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de su libertad,

desenvuelve y restaura su alma propia. Es una verdad extraordinaria: el gran espíritu universal tiene una faz particular en cada continente. Así nosotros, con todo el raquitismo de un infante mal herido en la cuna, tenemos toda la fogosidad generosa, inquietud valiente y bravo vuelo de una raza original fiera y artística.

Toda obra nuestra, de nuestra América robusta, tendrá, pues, inevitablemente el sello de la civilización conquistadora; pero la mejorará, adelantará y asombrará con la energía y creador empuje de un pueblo en esencia distinto, superior en nobles ambiciones, y si herido, no muerto. ¡Ya revive!

¡Y se asombran de que hayamos hecho tan poco en 50 años, los que tan hondamente perturbaron durante 300 nuestros elementos para hacer! Dennos al menos para resucitar todo el tiempo que nos dieron para morir. ¡Pero no necesitamos tanto!

Aun en los pueblos en que dejó más abierta herida la garra autocrática; aun en aquellos pueblos tan bien conquistados, que lo parecían todavía, después de haber escrito con la sangre de sus mártires, que ya no lo eran, el espíritu se desembaraza, el hábito noble de examen destruye el hábito servil de creencia; la pregunta curiosa sigue al dogma, y el dogma que vive de autoridad, muere de crítica.

La idea nueva se abre paso, y deja en el ara de la patria agradecida un libro inmortal; hermoso, augusto: los Códigos patrios.

Se regían por distinciones nimias los más hondos afectos y los más grandes intereses; se afligía a las inteligencias levantadas con clasificaciones mezquinas y vergonzosas; se gobernaban nuestros tiempos originales con leyes de las edades caducadas, y se hacían abogados romanos para pueblos americanos y europeos. Con lo cual, embarazado el hombre del derecho, o huía de las estrecheces juristas que ahogaban su grandeza, o empequeñecía o malograba ésta en el estudio de los casos de la ley.

Los nacimientos deben entre sí corresponderse, y los de nuevas nacionalidades requieren nuevas legislaciones. Ni la obra de los monarcas de cascos redondos, ni la del amigo del astrólogo árabe, ni la buena voluntad de la gran reina, mal servida por la impericia de Montalvo, ni la tendencia unificadora del rey sombrío y del rey esclavo, respondían a este afán de clari-

dad, a este espíritu exigente de investigación, a esta pregunta permanente, desdeñosa, burlona; inquieta, educada en los labios de los dudadores del siglo XVII para brillar después, hiriente y avara, en los de todos los hijos de este siglo. Esa es nuestra grandeza: la del examen. Como la Grecia dueña del espíritu del arte, quedará nuestra época dueña del espíritu de investigación. Se continuará esta obra; pero no se excederá su empuje. Llegará el tiempo de las afirmaciones incontestables; pero nosotros seremos siempre los que enseñamos, con la manera de certificar, la de afirmar. No dudes, hombre joven. No niegues, hombre terco. Estudia, y luego cree. Los hombres ignorantes necesitaron la voz de la Ninfa y el credo de sus Dioses. En esta edad ilustre cada hombre tiene su credo. Y, extinguida la monarquía, se va haciendo un universo de monarcas. Día lejano, pero cierto.

Los pueblos, que son agrupaciones de estos ánimos inquietos, expresan su propio impulso, y le dan forma. Roto un estado social, se rompen sus leyes, puesto que ellas constituyen el Estado. Expulsados unos gobernantes perniciosos, se destruyen sus modos de gobierno. Mejor estudiados los afectos e intereses humanos, necesitan el advenimiento de leyes posteriores, para las modificaciones posteriormente advenidas: esta existencia que reemplazó a la conquista: esta nueva sociedad política; estos clamores de las relaciones individuales legisladas por tiempos en que las relaciones eran distintas; este amor a la claridad y sencillez, que distingue a las almas excelsas, determinaron en Guatemala la formación de un nuevo Código Civil, que no podía inventar un derecho, porque sobre todos existe el natural, ni aplicar éste puro, porque había ya relaciones creadas.

Hija de su siglo, la Comisión ha escrito en él y para él. Ha cumplido con su libro de leyes las condiciones de toda ley: la generalidad, la actualidad, la concreción; que abarque mucho, que lo abarque todo, que defina breve; que cierre el paso a las caprichosas volubilidades hermenéuticas.

Ha comparado con erudición, pero no ha obedecido con servilismo. Como hay conceptos generales de Derecho, ha desentrañado sus gérmenes de las leyes antiguas, ha respetado las naturales, ha olvidado las inútiles, ha desdeñado las pueriles y ha creado las necesarias: alto m rito.

¿Cómo habían de responder a nuestros desasosiegos, a nuestro afán de liberación moral, a nuestra edad escrutadora y culta, las cruelezas primitivas

del Fuero Juzgo, las elegancias de lenguaje de las Partidas, las deciones confusas y autoritarias de las leyes de Toro?

¿Poder omnímodo del señor bestial sobre la esposa venerable? ¿Vinculaciones hoy, que ya no existen mayorazgos? ¿Rebuscamientos en esta época de síntesis? ¿Dominio absoluto del padre en esta edad de crecimientos y progresos? ¿Distinciones señoriales, hoy que se han extinguido ya los señoríos? Tal pareciera un cráneo coronado con el casco de los godos; tal una osamenta descarnada envuelta en el civil ropaje de esta época. Ya no se sentarán más en los Tribunales los esqueletos.

La Comisión ha obrado libremente; sin ataduras con el pasado, sin obediencia perniciosa a las seducciones del porvenir. No se ha anticipado a su momento, sino que se ha colocado en él. No ha hecho un Código ejemplar, porque no está en un país ejemplar. Ha hecho un Código de transformación para un país que se está transformando. Ha adelantado todo lo necesario, para que, siendo justo en la época presente, continúe siéndolo todo el tiempo preciso para que llegue la nueva edad social. No hay en él una palabra de retroceso, ni una sola de adelanto prematuro: con entusiasmo y con respeto escribe el observador estas palabras.

A todo alcanza la obra reformadora del Código nuevo. Da la patria potestad a la mujer, la capacita para atestiguar y, obligándola a la observancia de la ley, completa su persona jurídica. ¿La que nos enseña la ley del cielo, no es capaz de conocer la de la tierra? Niega su arbitraria fuerza a la costumbre, fija la mayor edad en 21 años, reforma el Derecho español en su pueril doctrina sobre ausentes, establece con prudente oportunidad, el matrimonio civil sin lastimar el dogma católico; echa sobre la frente del padre, que la merece, la mancha de ilegitimidad con que la ley de España aflige al hijo; y con hermosa arrogancia desconoce la restitución in integrum obra enérgica de un ánimo brioso, atrevimiento que agrada y que cautiva. Fija luego claramente los modos de adquirir; examina la testamentifacción en los solemnes tiempos hebreos cuya contemplación refresca y engrandece, los de literatura potente y canosa, los de letras a modo de raíces. Ve el testamento en Roma, corrompido por la invasión de sofistas; aquellos que sofocaron al fin la voz de Plinio, y estudiando ora las Partidas, ora las colecciones posteriores, conserva lo justo, introduce lo urgente, y adecua con tacto a las necesidades actuales las ideas del Derecho Natural. Y eso requiere, y es, la justicia; la acomodación del Derecho positivo al natural.

Ama la claridad, y desconoce las memorias testamentales.
Ama la libertad, y desconoce el retracto.
Quiere la seguridad y establece la ley hipotecaria; base probable de futuros establecimientos de crédito, que tengan por cimiento, como en Francia y la España, la propiedad territorial.

Reforma la fianza, aprieta los contratos, gradúa a los acreedores.
Limita, cuando no destruye, todo privilegio. Tiende a librar la tenencia de las cosas de enojosos gravámenes, y el curso de la propiedad de accidentes difíciles. Sea todo libre, a la par que justo. Y en aquello que no pueda ser cuanto amplio y justo debe, séalo lo más que la condición del país permita.

Es pues, el código preciso; sus autores atendieron menos a su propia gloria de legisladores adelantados, que a la utilidad de su país. Prefirieron esta utilidad patriótica a aquel renombre personal, y desdeñando una gloria, otra mayor alcanzan: sólo la negará quien se la envidie.

En el espíritu, el Código es moderno; en la definición, claro; en las reformas, sobrio; en el estilo, enérgico y airoso. Ejemplo de legistas pensadores, y placer de hombres de letras, será siempre el erudito, entusiasta y literario informe que explica la razón de esas mudanzas.

Ni ha sido solo el Código el acabamiento de una obra legal. Ha sido el cumplimiento de una promesa que la revolución había hecho al pueblo: le había prometido volverle su personalidad y se la devuelve. Ha sido una muestra de respeto del Poder que rige al pueblo que admira. Bien ha dicho el Sr. Montúfar: no quiere ser tirano el que da armas para dominar la tiranía.

Ahora cada hombre sabe su derecho: sólo a su incuria debe culpar el que sea engañado por las consecuencias de sus actos. El pueblo debe amar esos códigos, porque le hablan lenguaje sencillo, porque lo libran de una servidumbre agobiadora: porque se desamortizan las leyes.

Antes, éstas huían de los que las buscaban, y se contrataba con temor, como quien recelaba en cada argucia del derecho un lazo. Ahora el derecho no es una red, sino una claridad. Ahora todos saben qué acciones tienen; qué obligaciones contraen; qué recursos les competen.

Con la publicación de estos códigos, se ha puesto en las manos del pueblo un arma contra todos los abusos. Ya la ley no es un monopolio; ya es una augusta propiedad común.

Las sentencias de los tribunales ganarán en firmeza; los debates en majestad. Los abogados se ennoblecen; las garantías se publican y se afirman. En los pueblos libres, el derecho ha de ser claro. En los pueblos dueños de sí mismos, el derecho ha de ser popular.

No ha cumplido Guatemala, del año 21 acá, obra tan grande como ésta. ¡Al fin la independencia ha tenido una forma! ¡Al fin el espíritu nuevo ha encarnado en la Ley! ¡Al fin se es lo que se quería ser! ¡Al fin se es americano en América, vive republicanamente la República, y tras cincuenta años de barrer ruinas, se echan sobre ellas los cimientos de una nacionalidad viva y gloriosa!

Respeto a Nuestra América

La América, Nueva York, agosto de 1883

Nótase, con gozo, por cuantos estudian la prensa norteamericana, el creciente respeto que, sólo con haber empezado a revelar su intención de vivir en acuerdo con las grandezas del tiempo, consiguen ya inspirar a este pueblo los hechos y tamaños de países que, acaso, no le servían ha poco más que para ocasión de mostrar desdenes y burlas.

Ya no se halla muy frecuentemente en los diarios aquella alusión impertinente, y sólo en apariencia merecida, a nuestros cambios súbitos de gobierno y guerras, que era antes lugar común de todo artículo sobre nuestros países; sino noticias de contratos, entusiastas relaciones de nuestras riquezas, tributos de respeto a nuestros hacendistas y estadistas, y un tono general y afectuoso, mezclado aún de sorpresa y descreimiento.

No hubiera más que esta razón, que con júbilo notamos a una en casi todas nuestras tierras, y ya serían dignas del creciente respeto de que hoy tomamos nota. Y esto es justo. Lo que acontece en la América española no puede verse como un hecho aislado, sino como una enérgica, madura y casi simultánea decisión de entrar de una vez con brío en este magnífico concierto de pueblos triunfantes y trabajadores, en que empieza a parecer menos velado el Cielo y viles los ociosos. Se está en un alba, y como en los umbrales de una vida luminosa. Se esparce tal claridad por sobre la Tierra, que parece que van todos los hombres coronados de astros.

Y astros los coronan: la estima de sí propios, el dominio de su razón, el goce de sus derechos, el conocimiento de la tierra de que viven. Ciencia y libertad son llaves maestras que han abierto las puertas por donde entran los hombres a torrentes, enamorados del mundo venidero. Diríase que al venir a tierra tantas coronas de cabeza de reyes, las cogieron los hombres en sus manos y se han ceñido a las sienes sus fragmentos.

Buenos y malos americanos

Nueva York, Abril de 1884

Fiesta en París en honor del general San Martín.

De un lado se están poniendo en América los que, sin fuerzas para cumplir con los deberes que les imponen, prefieren renegar de las glorias americanas, como si con esto se librasen del mote de menguados y egoístas; y de otro lado, los que, sin rencillas imbéciles por una parte, pero sin excesos lamentables de lo que demanda el espíritu de raza por la otra, se estrechan, ponen en alto la bandera nueva y van rehaciendo la cuja en que se yerguen, que aquellos otros muerden a escondidas, gateando al favor de su sombra. De un lado los que cantan la forma de nuestras glorias, pero abjuran y maldicen de su esencia, y de otro los que tienen tamaño de fundadores de pueblos, y, por sobre el miedo de los timoratos y las preocupaciones de la gente vana, no quieren hacer de la América alfombra para naciones que les son inferiores en grandeza y espíritu, sino el pueblo original y victorioso anticipado por sus héroes, impuesto por su naturaleza y hoy sobradamente mantenido en estima por sus hijos; no por los que con el mismo plectro –porque esos usan plectro- endiosan a Bolívar y a sus tenientes, y al espíritu ¡oh vergüenza! contra el que aquellos hombres magnánimos combatieron; sino por aquellos otros americanos que cuidan más de cumplir dolorosamente su deber de hijos de América en tiempos difíciles, que de pavonear serventesios y liras humildes, en cambio de interesados aplausos, a los ojos de regocijadas tierras extranjeras. Los conocemos, los conocemos. Y los más sinceros son en política como esos raquíticos naturalistas de ojos cortos, que de puro mirar a los detalles pierden la capacidad de entender, a pesar de sus grietas y de sus cataclismos, la armonía de la Naturaleza; son siervos naturales, que no pueden levantar la frente de la tierra; son como flacas hembras que no saben resistir una caricia. Un título los compra. Con lisonjas y celebracioncillas se les tiene. Decimos que los conocemos.

Se nos han ido esas líneas de la mano, como vanguardia de mayor ejército que no quisiera verse obligado a librar batalla al leer en cartas privadas noticias de la entusiasta fiesta con que los hispanoamericanos de París, en que los de la vieja Colombia están en mayor parte, celebraron, en prosa y verso el 25 de febrero, el aniversario de San Martín virtuoso. De ese espíritu ne-

cesitamos en América, y no de otro; del que apriete, como quien aprieta espigas de un mismo haz, todos los pueblos de América, desde el que levanta en bronce al cura Hidalgo, que a Washington se parecía en la serenidad y terco empuje, con cierto mayor entusiasmo, hasta el que a Belgrano y a Rivadavia reverencia. Y del lado del Pacífico, ¡benditos sean los que emplean sus manos en vaciar bálsamo sobre aquellas heridas!

En desemejanza de aquellos malos americanos de quienes hablábamos, que se desciñen de la frente los lauros de Chacabuco y de Maipó, para ir a ceñirse los lauros de Bailén, San Martín -como decía el venezolano Castillo y Navas la noche de la fiesta-, «acababa de segar gloriosos laureles en los campos sangrientos de Bailén, pero no vaciló en arrancarlos de su frente para reemplazarlos con otros más hermosos conquistados en San Lorenzo, acabuco».

Y ¿qué otra cosa dijo de San Martín? Dijo, con llano y altivo lenguaje, «que en vez de enriquecerse con el ejercicio del gobierno, sacrificó lo suyo

Y dijo más, y muy justamente, el caballero Castillo, el organizador de la Biblioteca Bolívar en París, quien a la caliente lengua venezolana une cierta autoridad de pensamiento, seguridad honrada y nervio, que avaloran los que escribe; dijo que «si Bolívar brilla sin rival en la epopeya de la independencia, por la energía y constancia de su carácter, por la extensión de su genio y por la poesía misma de su gloria, San Martín presenta, por su parte, durante su carrera política, el dechado más perfecto de todas las virtudes civiles y militares, realzadas por una extrema modestia, y al retirarse a la vida privada legó a las generaciones por venir el más alto quizás y más útil ejemplo de abnegación patriótica que han presenciado los siglos».

Al señor Pedro Lamas tocó, y le venía de derecho, contar a los concurrentes a la noble fiesta la magnífica vida del héroe probo, que en la entrevista de Guayaquil dejó, con nunca vista grandeza, en manos de Bolívar, las coronas que en su propia tierra y en Chile y en Perú, tenía ganadas. Tres pueblos puso, que salieron de sus manos, en las de aquel que, con modestia maravillosa y conmovedora, juzgó más útil a América y más afortunado. ¡Quién debió ser Bolívar para causar en San Martín impresión semejante! De la reseña sobria y elocuente de Lamas surgía, como de un espejo de acero, la imagen inmaculada del prohombre argentino.

Y dijo luego un soneto en honor de ambos héroes, y otro brioso y resonante a nuestra América, ese poeta que se saca los versos de lo hondo del alma, como una paloma sus hijuelos, alados y blancos; dijo versos el venezolano Jacinto Gutiérrez Coll, de esos que vibran con el teñido grato y prolongado de la buena porcelana.

Noble ha sido la fiesta que ha juntado en París a los hijos de Bolívar resplandeciente, San Martín virtuoso; noble toda fiesta que ponga en alto el espíritu original y ardiente, el espíritu americano de América, en que se está deslizando ahora, como una serpiente envuelta en la bandera patria,

Quien hubiera visto poblado de águilas el aire cuando de la casa pobre de Guayaquil salieron de determinar los dos gloriosos caballeros que la Libertad no podía tener más que un esposo, no hubiese visto mal: que aquel

Esta fiesta de París, por la sociedad «Biblioteca Bolívar» organizada, nos hace ver, como si la tuviéramos delante, la casa aquella de sagradas paredes, donde lloraron sin duda, con lágrimas que pocas veces ruedan por las mejillas de los hombres, San Martín y Bolívar.

La América. Nueva York, abril, 1884

Son nuestras tierras de América como tesoros escondidos, que en el día en que se hallan, enriquecen de súbito a sus descubridores. Los países americanos, llenos de hijos vehementes, más dados hasta hoy a ejercitar su valor que a trabajar sus riquezas, se fatigarán al cabo, como ya se han fatigado algunos, de desperdiciar en luchas sin rencor y sin resultados sus ardientes fuerzas, y como ha sucedido ya en los que experimentan este saludable cansancio, volverán su actividad, ganosa de empleo, a las fuerzas físicas, y

harán revoluciones agrícolas y mercantiles, con la misma prisa, generosidad y brillantez con que han estado haciendo revoluciones políticas.

Una de las más notables riquezas naturales de América es el té bogotano. No se le sabe preparar todavía, sin tener en cuenta que la China y el Japón no dan salida a un tarro de té que no lleve tres años de empacado. El té de Bogotá se usa apenas se cosecha; y aun así nutre y combate con éxito la clorosis y la anemia, y no hay tónico ni substancias purgantes que en sus efectos generales le aventaje.

No es de ahora el descubrimiento del té de Bogotá, que a casi todos los que nos lean estará pareciendo sin embargo novedad en estos instantes; ya en 1789 decía el Arzobispo Virrey y Señor Doctor Antonio Caballero y Góngora, que en lo que su concepto hacía principal ornamento y gloria de la Expedición Botánica era la invención del té de Bogotá.

El té de Asia no tiene aroma natural, sino que se lo ponen; ni propiedades astringentes, que le dan con la cúrcuma; ni está nunca libre de cierto sabor herbáceo, que lo hace ingrato: ni aquieta el sistema y atrae el sueño, sino que lo aleja e irrita; ni va jamás sin una porción de substancias nocivas, pues es sabido que de dieciocho especies de té asiático que examinó Hassal, todas estaban mezcladas y compuestas y las más de elementos dañosos. Por viejo es bueno el té, y el japonés y el chino valen más cuando son de árbol de 300 a 500 años: la majestuosa fronda de los llanos donde se cría el té de Bogotá revela a las claras que allí pueden encontrarse plantas mucho

De modo que resulta que no sólo es el té de Bogotá un té agradable y sano, sino que no lo hay mejor: pues entre los mismos de Asia, sólo el té imperial, reservado a emperadores y mandarines, tiene las condiciones que el té común de Bogotá posee. Corren a veces por nuestros campos los partidarios de este o de aquel presidente: ¡qué bueno fuera que se levantara en la tierra de Colombia un bando de partidarios del té de Bogotá!

Juárez

Nueva York, Mayo de 1884

Ese nombre resplandece, como si fuera de acero bruñido; y así fue en verdad, porque el gran indio que lo llevó era de acero, y el tiempo se lo bruñe. Las grandes personalidades, luego que desaparecen de la vida, se van acentuando y condensando; y cuando se convoca a los escultores para alzarles estatua, se ve que no es ya esto tan preciso, porque como que se han petrificado en el aire por la virtud de su mérito, y las ve todo el mundo. A Juárez, a quien odiaron tanto en vida, apenas habría ahora, si volviese a vivir, quien no le besase la mano agradecido. Otros hombres famosos, todos palabra y hoja, se evaporan. Quedan los hombres de acto; y sobre todo los de acto de amor. El acto es la dignidad de la grandeza. Juárez rompió con el pecho las olas pujantes que echaba encima de la América todo un continente; y se rompieron las olas, y no se movió Juárez. Dos hábiles escultores mejicanos lo han representado tendido sobre un túmulo, envuelto en un lienzo simple, y junto a sus pies desnudos, agobiada con todo el arreo de los dolores, la patria que lo llora. Pero él no está bien así; sino en estatua de color de roca, y como roca sentada, con la mirada impávida en la mar terrible, con la cabeza fuerte, bien encajada entre los hombros; y con las dos palmas apretadas sobre las rodillas, como quien resiste y está allí de guardián impenetrable de la América.

No queremos hablar de Juárez ahora, sino de un pueblo que hay en la Am - rica del Sur llamado por este nombre. Las maravillas ajenas cantamos, como si no las tuviéramos propias.

Un viajero nos está contando del pueblo risueño y próspero de Juárez. En medio de quintas y haciendas se levanta, y en cuatro leguas a la redonda está lujosamente cultivado. Anchas, de veinte varas, son las calles, y algunas de treinta, y sus manzanas, tiradas en cuadro a los medios vientos, tienen cien varas por ciento cuarenta. Acá, una escuela de varones, y más allá, la de niñas; más allá, escuelas mixtas, donde se ensaya con miramiento y éxito la educación en común de los niños de poca edad.

Numerosas casas de comercio, llenas siempre de vendedores y compradores de los varios artículos del país, negocian por grandes sumas la des-

bordante cosecha de trigo; la sucursal de un banco poderoso adelanta, con cordura, capitales a cuanto agricultor honrado se los pide; a la sombra de las aspas de los molinos están ya tendiendo los últimos rieles del ferrocarril que, a distancia de cien leguas, va a unir a Juárez con la capital de la república famosa; límpianse a toda prisa los terrenos vecinos para dar a familias extranjeras, mezcladas con algunas nacionales, haciendas de sesenta a noventa acres de tierra excelente, a pagar en diez años y de lo mismo que el suelo vaya dando: la población, animadísima, ya pasea en los días calurosos por la gran plaza central, de altos árboles sombreada, que es la gala del gran pueblo, o por otras cuatro plazas bellas que tiene la ciudad en las esquinas; ya se junta en la airosa casa del rico municipio a platicar y danzar alegremente.

Del trigo no saben qué hacerse. Dicen que inspira dicha la de aquellos prósperos habitantes. Son numerosas las sociedades caritativas; y si la de los españoles es unida, no le va en zaga la de los italianos. Ya tienen más hijos y están levantando más escuelas.

Pues esa hermosa ciudad fue fundada sobre la hierba de una llanura, hace siete años.

Y ¿dónde es la maravilla? ¿En Texas? ¿En Colorado? ¿En algún territorio de los Estados Unidos?

No: es en Buenos Aires.

Una escuela de artes y oficios en Honduras

Nueva York, Junio de 1884.

Honduras tiene ya su Escuela de Artes y Oficios.

Honduras es un pueblo generoso y simpático, en que se debe tener fe. Sus pastores hablan como académicos. Sus mujeres son afectuosas y puras. En sus espíritus hay sustancia volcánica. Ha habido en Honduras revoluciones

nacidas de conflictos más o menos visibles entre los enamorados de un estado político superior al que naturalmente produce un estado social, y los apetitos feudales que de manera natural se encienden en países que, a pesar de la capital universitaria enclavada en ellos, son todavía patriarcales y rudimentarios.

Pero los ojos de los hombres, una vez abiertos, no se cierran. Los mismos padecimientos por el logro de la libertad encariñan más con ella; y el reposo mismo que da el mando tiránico permite que a su sombra se acendren y fortalezcan los espíritus. Ni ha sufrido Honduras mucho de tiranos, por tener sus hijos, de la naturaleza, con una natural sensatez que ha de acelerar sus bienestar definitivo, cierto indómito brío, que no les deja acomodarse a un freno demasiado rudo.

Allí, como en todas partes, el problema está en sembrar. La Escuela de Artes y Oficios es invención muy buena; pero sólo puede tenerse una, y para hacer todo un pueblo nuevo no basta. La enseñanza de la agricultura es aún más urgente; pero no en escuelas técnicas, sino en estaciones de cultivo; donde no se describan las partes del arado sino delante de él y manejándolo; y no se explique en fórmula sobre la pizarra la composición de los terrenos, sino en las capas mismas de tierra; y no se entibie la atención de los alumnos con meras reglas técnicas de cultivo, rígidas como las letras de plomo con que se han impreso, sino que se les entretenga con las curiosidades, deseos, sorpresas y experiencias, que son sabroso pago y animado premio de los que se dedican por sí mismos a la agricultura.

Quien quiera pueblo ha de habituar a los hombres a crear. Y quien crea se respeta y se ve como una fuerza de la naturaleza, a la que atentar o privar de su albedrío fuera ilícito.

Una semilla que se siembra no es sólo la semilla de una planta, sino la semilla de la dignidad.

La independencia de los pueblos y su buen gobierno vienen sólo cuando sus habitantes deben su subsistencia a un trabajo que no está a la merced de un regalador de puestos públicos, que los quita como los da y tiene siempre en susto, cuando no contra él armados en guerra, a los que viven de él. Esa es gente libre en el nombre; pero, en lo interior, ya antes de morir, enteramente muerta.

La gente de peso y previsión de esos países nuestros ha de trabajar sin descanso por el establecimiento inmediato de estaciones prácticas de agricultura y de un cuerpo de maestros viajeros que vayan por los campos enseñando a los labriegos y aldeanos las cosas de alma, gobierno y tierra que necesitan saber.

Nuestras tierras latinas

La Nación. Buenos Aires, 21 de agosto de 1885

Nuestras tierras son ahora, precisamente, motivo de preocupación para los Estados Unidos. México y la América Central los preocupan.

¿La América Central? ¡Quién sabe lo que será de la América Central! ¿México? ¡Quién sabe lo que será del bravo México! El Sunday Herald de Washington lo decía, por boca de un miembro del gobierno que tendrá más o menos que hacer con las miras del Presidente sobre la América Central: -«Vale más que se sepa desde ahora»- ha dicho el miembro del gobierno, sin que los periódicos le hostiguen, ni lo duden -«que aunque no se proyecta plan alguno de anexión, ni ha tomado aún el gobierno en consideración el establecimiento de guarniciones militares permanentes en la América Central, sea lo que quiera lo que las circunstancias demanden, eso será hecho. La política exterior de los Estados Unidos será a la vez guiada por los principios más humanitarios, y en acuerdo con las necesidades de la civilización anglosajona».

De esta manera ha hablado el miembro del gobierno, aludiendo a inquietudes próximas en la América del Centro, que en nada por cierto afectarían, ni de cerca ni de lejos, a los Estados Unidos, a quienes, con ser lo que son, no agrada la idea acá concebida, y simplemente absurda, de que México generoso, México sobrecargado de territorio frondosísimo, México con más problemas que modos de afrontarlos, México a quien toda habilidad y energía bastarán apenas para salvarse de los riesgos a que le expone la vecindad de un pueblo acometedor, que lo necesita y no lo ama, llegará a

apoderarse, por artes de vecino fuerte, de las repúblicas de la América Central.

¿Dónde se vio león con dos cabezas, mirando con la una, todo azorado, al norte, y la otra en la cola, abierta para tragarse al sur?

¿Ni cómo asiría México, ahora ni en el cercano porvenir, un territorio tan vasto y escurridizo como el de la América Central, sobrado segura, por otra parte, contra semejante tentativa por el doble interés de los Estados Unidos, ya de que México no adquiera un territorio que pudiera llegar a ser base de una civilización hostil y formidable; ya que las tierras vecinas del Istmo, caso de salir de sus dueños naturales, vengan a ellos?

Pues en Panamá, aunque con mesura y apariencias de servicio público, y orden de no hacer más que lo que fuere necesario -¿no ha ido la marina americana más allá de la mera protección de su bandera, puesto que ha impedido con la imposición y la amenaza de la fuerza los actos de uno de los partidos beligerantes en el país, y ayuda con esta actitud y con sus propios buques las operaciones de guerra de otro de estos partidos?

Pues ahora, ¿a qué vendrá la intervención americana en Centroamérica, fuera de aquella honrosa que quiere evitar sangre y se ha de limitar para no ser sospechada a buenos oficios, caso de que en Guatemala aspirase al poder, lo cual anda aún lejos un partido liberal, moderado, que quisiese rescatar el país de manos de los reaccionarios confusos que a la sombra de Barrios, aun después de muerto lo gobiernan, por haber estado en el poder, so nombre de liberal, cuando Barrios murió, en manos del partido embozadamente religioso, en aquel ensayo grosero de monarquía que el rudo instinto aconsejaba al Dictador, quien, aparentando que desdeñaba la opinión, tenía el oído atento a ella y no bien se le encrespaban los religiosos, daba de espaldas a los reformadores, y no bien había desacreditado a aquéllos lo bastante para no haber de temerles por algún tiempo, se volvía hacia los reformadores, que creían, o por su salvación o interés afectaban creer, que los impulsos liberalescos a que su odio a las clases altas movía a Barrios eran aquel tesón en el moldeo de caracteres, aquel fortalecer la dignidad con respetarla, aquel mirar sesudamente por la cordial unión de todos los elementos limpios, más o menos arrebatados en política, que son los medios únicos de asegurar en un país la práctica de la libertad?

¿A qué vendría la intervención americana, siquiera fuese igual a la de Panamá, como ya la anticipa el miembro del gobierno, caso de que Honduras, mal contenta con su jefe actual, deslucido por su incondicional sumisión a los proyectos de Barrios, volviese los ojos, aunque fuesen, como en todo pueblo imperfecto van, acompañados de las manos, a otro jefe de mayor peso y alcance, señalado hace dos años por su resistencia a coadyuvar a la tentativa armada del guatemalteco, de quien fue teniente este jefe, que redimió el haberlo sido con fatigarse a tiempo de serlo?

¿A qué vendría la intervención americana, caso de que El Salvador, que ve con malos ojos todo gobierno que le venga de Guatemala, volcase el que ahora tiene, que le ha venido de ella, incapaz de absorber al Salvador por la fuerza, pero capaz aún de gobernarla por medio de un salvadoreño que le prometa no serle hostil en cambio de su alianza?

Sólo estos problemas se abocan en Centroamérica: ¿en qué puede ninguno de ellos afectar a los Estados Unidos, sino en uno que otro ciudadano suyo, que andan allí en número mucho menor que los de cualquiera otra nacionalidad? Pero los pueblos no se forman para ahora, sino para mañana.

Los Estados Unidos se han palpado los hombros y se los han hallado anchos. Por violencia confesada, nada tomarán. Por violencia oculta, acaso. Por lo menos, se acercarán hacia todo aquello que desean. Al istmo lo desean. A México, no lo quieren bien. Se disimulan a sí propios su mala voluntad, y quisieran convencerse de que no se la tienen; pero no lo quieren bien.

No parece que reconocen el derecho de México a hacer, sino que le permiten que haga. Apenas México afirma con un acto desembarazado, y siempre hábil y correcto, su personalidad de nación, acá se toma a ofensa y se ve el caso, no por el derecho de México a ponerlo a su interés, sino por el deber de México de no hacer cosa que no sea primeramente en el interés de los Estados Unidos.

Libremente, sin intervención alguna del gobierno de los Estados Unidos, y estipulando que en caso alguno que resultara de su convenio acudirían a él, contrataron con el gobierno de México, ciertas compañías ferrocarrileras norteamericanas la construcción de vías férreas en México, y de México a

los Estados Unidos, favorecidas con crecidos subsidios del gobierno de México.

El gobierno del presidente González, calculando mal los ingresos futuros del erario, ofreció de gobierno a contratante particular, estos subsidios. Bien pudieron ver, como veía todo calculador juicioso, que México no había de poder, a los pocos años, pagar las subvenciones ofrecidas. El cuidado mismo que ponía en exigir que no se acudiese al gobierno de los Estados Unidos en caso de falta de pago lo indicaba. Escritores ilustres y periódicos famosos de los Estados Unidos lo advirtieron. Grant recomendó la empresa, estimulado por su amigo fidelísimo, el Ministro de México en Washington, Matías Romero, que ha hecho el objeto de su vida acercar esta tierra a la suya.

Deliberadamente, y como empresa privada, entraron las compañías en la empresa de construcción de los ferrocarriles. Los construyeron. Sucedió lo previsto. Hubiera sucedido aun sin los abusos que hicieron pública granjería del erario mexicano en el último tiempo de la presidencia de González.

Con estos abusos, sucedió más pronto. Advino Díaz al gobierno; y halló a la nación en quiebra. Tenía un déficit en el presupuesto anual. Tenía contra sí veinticinco millones de obligaciones legales. Ni cubrir su presupuesto podía, cuanto más pagar esa deuda enorme.

Tales eran las subvenciones ofrecidas que, de pagarlas, consumirían todas las entradas naturales. ¿De qué viviría el país? Acaso éste no debió ofrecerlas: pero, ¿por qué, libres los contratantes para observar y prever, las aceptaron? Ni el ejército ni el servicio civil estaban pagados, ni podía seguírseles pagando en el número y suma que se les pagaba. Díaz, provisto de poderes amplios por el Congreso, afronta enérgicamente la situación desesperada: reduce los gastos del gobierno; suspende las subvenciones acordadas y aceptadas imprevisoramente durante el gobierno de González; unifica en una emisión de bonos por veinticinco millones a veinticinco años, al seis por ciento anual, los subsidios pendientes hasta la fecha de la unificación y otras obligaciones semejantes; refunde las deudas varias del país en una sola deuda con interés más bajo y uniforme, que será gradualmente de uno, dos y tres por ciento, en el primero, segundo y tercer año, hasta quedar en tres, por $ 144.000,000, suma total aproximada de la deuda; y aunque im-

porta tanto a México el apoyo de Inglaterra fundado en un derecho real, para sus conflictos futuros con los Estados Unidos, repudia valerosamente la deuda de la intervención y las que dieron pretexto a ella, aunque dos terceras partes de esta deuda están en manos de ingleses, acto de lealtad que debiera inspirar en los Estados Unidos respeto profundo por la buena fe de México, que ni desconoce sus peligros, ni con admirable habilidad deja de precaverse contra ellos, ni cualesquiera que sean los motivos de la aparente cordialidad norteamericana, cesa de pagarlos con la más candorosa nobleza.

¿Pues qué camino le queda, tampoco, sino cerrar con exquisito cuidado todo camino de reclamación por el que ante el mundo que observa pudiera decorosamente entrarse una república por otra que la trata con tanta limpieza y gallardía?

Obra fina, y por todo punto magistral, están haciendo los mexicanos en sus relaciones con los Estados Unidos. Sobre hierros encendidos están andando; de todas partes oyen voces que debieran acalorarlos y cegarlos: no tropiezan. Acaso se salven.

Ahora, naturalmente, los tenedores de acciones de los ferrocarriles mexicanos claman. Las acciones han bajado de precio. Por años, la empresa es ruinosa. Mas la reforma mexicana ha empezado en casa; está conforme a la ley y necesidad; pudo y debió ser prevista por los que se expusieron libremente a ella: y si éstos entraron a correr este riesgo, a pesar de él, o tal vez por tener ocasión en él de cosas mayores, o porque este riesgo que se preveía pudiera dar a algún político ambicioso ocasión de conquista, merecido tienen por su deslealtad o su codicia el apuro que pudieron prever o acaso desearon.

Como cien millones de pesos emplearon los norteamericanos en ferrocarriles en México. A ciegas no pudo ser ni sin prever y estudiar sus consecuencias. Así queda, briosamente sentado en México, y en hora todavía oportuna, el problema de mayor interés que presenta acaso la política continental americana. Quien dude de nuestras tierras, para redimirse, para trabajar sus minas, para mejorar sus ciencias, para crear su arte, para crecer de sus mismos infortunios, para mantener la más difícil diplomacia, mire a

La República Argentina en el exterior

Mayo de 1888

Hace hoy ciento veinte años que se reunieron en una hostería, a hablar de negocios, los mercaderes de pro de Nueva York, y alrededor de una mesa de nogal, con su poco de sidra y su más de cerveza, para rociar la ceremonia, declararon constituida la Cámara de Comercio, sin más retratos en las paredes que el del buen rey Arturo y su mal amigo Lancelote, el sin par caballero de la Tabla Redonda. Hoy, ciento veinte años después, los patriarcas de Nueva York, sentados en sus poltronas de caoba, oían en la sesión solemne de elecciones, presidida por los retratos de negociantes ilustres que cubren los muros de la Cámara, el discurso en que el caballero Edward Hopkins aboga elocuentemente por el establecimiento de una línea de vapores correos entre estos Estados y la Argentina. No sólo oyeron los patriarcas, sino que asintieron. Y la primer champaña de la fiesta con que celebra la Cámara su sesión electoral fue vertida, en las copas de los representantes de la Argentina y sus amigos, por el caballero presidente.

La fiesta era bella, aunque le quitaba concurrencia la hora, que es acá la más ocupada del día; pero el carácter, pintado en los rostros, suplía de sobra el número.

Se notaba bien el diferente modo de vivir de las generaciones, porque los ancianos, de espaldas anchas y cara rubicunda, parecían más mozos que los comerciantes de estos días, de más competencia, ambición y atareo, en quienes antes que las canas salen las arrugas. En un grupo, saboreando un Clos Vaugeot, hablaban de la discusión de la tarifa, de cómo la idea de la rebaja gana campo, y del brutal lenguaje con que se injuriaron ayer en el Senado, poniéndose uno al otro de «perros traidores», el republicano Ingalls, que preside a los senadores, y el demócrata Voorhees, pretendientes ambos a la presidencia de la República. En otro grupo se hablaba de la lana; de que se la declararía libre; de que no se la declararía; de que quedará probablemente admitida ad valorem. Pero, aunque el Herald había publicado por la mañana la noticia de haber suspendido pagos quince casas bancarias de Buenos Aires, o no se hablaba de eso, o se decía que también acá tuvieron su «viernes negro»; «¡así se aprende!», decía un anciano, seco como una nuez y no más alto que ella; «no hay mal en que un pueblo nuevo

sepa pronto que debe atenerse al valor real de la propiedad, y no al valor imaginario». De lo que en todos los grupos se hablaba, aquí Thurber, allí Jesup, allá Bliss, acá Schultz, era de la «vergüenza de saber tan poco de un país que puede producirnos tanto»; de la necesidad de poblar el mar con barcos de hierro trabajados en los arsenales, hoy desiertos, de la República; de que «de veras será un crimen que por falta de una línea de vapores nos dejemos echar por el inglés de un país que nos tiene ese cariño». «Veremos, veremos lo que informa sobre el discurso la Comisión de Comercio Extranjero.» «Mi señor: este Roederer seco, por el primer vapor de hierro de la línea.» Y uno de los amigos de la Argentina hacía notar que de ella no puede decirse que padece de lo que el mismo Hopkins llama en sus discurso «el narcotismo de Hispanoamérica». «No; lo que es del opio -dice otro- no parece que padezca; tal vez esté en peligro de padecer de la cocaína.» «Ella aprenderá con los golpes, como nosotros estamos aprendiendo, el error de negociar en los valores falsos que la especulación acumula sobre los valores reales; toda diferencia entre el valor real y el valor de especulación es una acción negativa, cuyo dividendo paga la catástrofe.» «No sabíamos por acá que allá, junto al otro polo, hubiese un país que nos sigue tan de cerca.» Y esta observación trajo a la memoria una escena de hace pocos días, cuando la parada funeral de Páez.

Era en el cuartel, y el general Jacinto Pachano, de Venezuela, presentaba al famoso Sherman, al héroe de la marcha de Atlanta, el cónsul de la Argentina, el cónsul del Uruguay. La edad, la gloria y la estatura dan al anciano cierta belleza homérica. Aguzó el rostro curioso y le lucieron los ojos de águila. «¡Ah, la Argentina, Uruguay!» -dijo-. «¡Sí, sí, ya sé; eso está del

Y ese asunto de la Argentina fue el único de que se trató en la sesión solemne, fuera de las elecciones; lo cual revela la importancia que en lo privado de la Cámara se da al estudio serio de los medios que puedan asegurar a los Estados Unidos un comercio amplio con el Plata. Y si alguna duda cupiese de este interés, se habría desvanecido al observar la viva atención con que aquellos hombres, representantes estimados de la riqueza de Nueva York, escuchaban las estadísticas con que Hopkins, conocedor de su público, precedía sus consejos, recibidos más de una vez con un murmullo de aplausos.

Primero fue la orden del día, discursos de recuerdos de los muertos del año, voto de gracias a los funcionarios salientes, elecciones unánimes. La elección duró cinco minutos; un caballero vestido de negro, ultradelgado y sobrelampiño, paseó por entre los cien millonarios, casi todos canosos, su sombrero de pelo, que volvió al estrado presidencial lleno de las candidaturas impresas; mientras él y el secretario abren las listas, la Cámara cuchichea; se está como en una casa amiga, sin necia ceremonia; «todas las listas tienen el nombre del presidente -dice el caballero-, menos una»; la Cámara se echa a reír, y recibe con palmadas al presidente reelecto, que no es el de más millones, ni el de más influjo en esta corporación, que tan decisivo lo ejerce en los negocios del país, sino Charles Smith, comerciante en géneros, que tiene fama de presidir bien, comerciar con honor y medir los hombres de una ojeada. El presidente alude en un vuelo a sus deficiencias personales, a los servicios de la Cámara durante el año anterior, al lunch que espera detrás de la puerta cerrada y al mérito de la memoria anual compuesta por el «muy celoso e inteligente secretario»; al secretario, que forcejea en aquel momento por abrir una gaveta, se le llena la cara de color; por fin llama el presidente, a su izquierda, al caballero Hopkins, que lleva, como Dilks, una corbata roja.

La hora que duró el discurso pareció a todos breve, y en especial a los que, a la vez que lo oían, observaban la curiosidad respetuosa de aquel senado de magnates; muchos escuchaban con avidez visible; todos con buena voluntad; alguno con sorpresa; cuál pidió que le repitiesen un dato; cuál que ampliasen otro; entre éstos y aquéllos se cambiaban signos de satisfacción; el éxito del orador era patente cada vez que aludía al bochorno de que no se viera por las aguas argentinas un buque norteamericano; más de uno, al oír, acaso por primera vez, en cifras, las pruebas del desarrollo creciente de la república, adelantaba el cuerpo atento, como si se dispusiese ya a echar el capital hacia el nuevo mercado.

El caballero Hopkins hablaba de prisa; ponía de relieve la inferioridad del norteamericano en la Argentina; con su autoridad de yankee flagelaba el descuido y la ingratitud del yankee para una tierra donde se le han dado tantas muestras de afecto. Y lo notable y útil del discurso no fue sólo haber logrado repetir, desde la primera tribuna comercial del país, lo que en pura justicia se viene aquí publicando y diciendo en estos últimos años, sino que no dijo estas cosas como de menos a más, pidiendo como merced que el águila ampare con su águila un país de aldea, según torpemente hacen al-

gunos políticos perniquebrados; o admiradores, tan amigos de la tierra ajena, que pierden el respeto por la propia. Hopkins no basó sus demandas en que la Argentina las solicitase, sino en que por su riqueza es un mercado apetecible para el comercio hipertrofiado de los Estados Unidos, y en que el progreso continuo de sus instituciones y su capacidad de desenvolverse por sí propia merece el respeto de Norte América, a quien por el empuje se compara, y vence en generosidad y cortesía. «Los argentinos no nos piden favor -decía Hopkins hablando de las lanas-, sino justicia. ¿Cómo se concibe que recarguemos con un derecho especial la lana de un país amigo que no puede dañar nuestra lana, por ser naturalmente distinta, sobre todo cuando es un país que, a despecho de nuestra incuria y desdén, no se ha cansado de darnos muestras de simpatía, muestras que ni siquiera hemos reconocido en nuestros documentos oficiales?»

Grande era la atención de la Cámara, y aún hubo un rumor de asombro cuando -después de agrupar hábilmente las cifras que demuestran el progreso argentino en todos los ramos nacionales, y la pobre figura que los americanos hacen en él- enumeró las semejanzas entre la Argentina y los Estados Unidos, «cuya constitución va perfeccionándose allí de año en año, en medio de obstáculos que sólo su raza mixta, sólo los hijos de Felipe II y de la Inquisición conocen», y señaló las demostraciones más notables de buena voluntad y afecto del país y sus gobiernos hacia Norte América; cuando al comenzar la guerra del Sur se apresuró la Argentina a saldar reclamaciones americanas por cientos de miles de pesos, que pendían de medio siglo atrás; cuando al recibir la noticia de la muerte de Lincoln el Congreso suspendió sus sesiones por tres días y la provincia de Buenos Aires dio el nombre del mártir a una nueva comarca; cuando en el espacio de una semana, a propuesta del vicepresidente Alsina, decretó el Congreso favorecer con una subvención anual de veinte mil pesos, durante ocho años, la línea de vapores entre Norte América, Río y Buenos Aires: cuando el 4 de julio del año del centenario el Congreso en masa y el Tribunal Supremo, después de saludar por cable al Congreso de Washington, fueron a visitar la Legación americana; cuando dieciséis mil almas pasearon la ciudad con insignias de luto en señal de duelo por la muerte de Garfield. Habló del primer tratado que firmó la Argentina con el ministro de Norte América, para la navegación libre de los ríos; de las muchas obras de los Estados Unidos sobre ley política, economía y hacienda que el gobierno de allá lleva publicadas; de la petición que los ciudadanos argentinos presentaron al Congreso, por vía de Schenk, para que extendiese al Plata la línea de correos que llegaba ya al

Brasil; de los cien mil pesos anuales con que el gobierno argentino ofrece hoy favorecer los vapores correos, aún no establecidos.

Y en verdad, era extraño oír al orador, ante aquella Cámara de millonarios tenidos en el mundo por gente de tanto ímpetu y empresa, dolerse de que el Congreso no concediese a la línea de vapores un «contrato por tiempo suficiente, que autorizara el gasto de construir los buques».

«Puesto que protegemos el correo por tierra -decía Hopkins en su oración, marcadamente proteccionista- ¿por qué no hemos de proteger el correo por mar? Puesto que protegemos la producción de nuestras industrias ¿por qué cometemos la locura de no proteger su transporte a los mercados donde sería posible su venta?»

«Nuestras fábricas se enmohecen, y nuestras minas se ciegan; nuestros trabajadores sin empleo se exasperan en su abandono y destitución; dadnos modo de llevar afuera nuestros productos, para que el trabajador pueda tener ocupación, y el comercio su curso natural, y nuestra marina vida, y nuestra industria puertos extranjeros para los artículos de que está ahora

Pero en esta parte del discurso hubiera podido preguntar un observador desapasionado: «¿y de qué les vale a las industrias que el Congreso las provea de barcos que lleven afuera sus productos, si aun con los escandalosos descuentos de exportación resultan casi todos los productos norteamericanos más caros más caros en los Estados Unidos que los artículos rivales puestos en los mercados extranjeros?» Por los sistemas cerrados a nada se llega. En todo sistema hay su tanto de verdad.

La vida es relativa y no absoluta. Los pueblos pueden necesitar de la protección, como un niño necesita de andadores.

Puede ser útil proteger una industria genuina, mientras las restricciones necesarias para protegerla no impongan a la nación un sacrificio superior al beneficio que a toda luz haya de sacar de ella.

Las industrias crecidas necesitan salir de la protección, como de los andadores necesita salir el niño. Con el mucho auxilio sucede a las industrias lo que a la criatura a quien nunca saquen del andador: que no aprenderá a

andar. No es prudente ligar una medida racional a un sistema fijo, sobre todo cuando el proteccionismo está recibiendo día sobre día en los Estados Unidos golpes mortales, y se le acusa, con razón, de haber creado tales antagonismos económicos que, si se les sigue extrayendo, la república puede parar en los mismos desastres, odios y despotismos que las monarquías.

Lo que sí puede ser es que, por la angustia del comercio y lo racional de la demanda, so capa de contrato de correos, se ayude al Congreso, aunque no muy en seguida, a extender a la Argentina la línea de vapores; pero no como concesión al proteccionismo, que en este Congreso o en el próximo se verá inevitablemente sustituido por una tarifa más viable y humana, sino porque es mucho el desasosiego de la gente de negocios que en todo el país, como en la Cámara hoy, atiende ávida a cuantos le hablan de abrir nuevos mercados a sus industrias afligidas.

Casa que hace diez años desdeñaba llenar una orden de Sur América, como se dice en jerga mercantil, porque se le pedían en envases especiales, ahora busca su más suave y verboso viajero para que vaya, sombrero en mano, por aquellas tierras, viendo qué envases quieren. Otra casa famosa estimula a un editor, con lisonjeras ofertas, a que publique un libro descriptivo de toda nuestra América. Y en la Cámara ha sido hoy evidente que por mayoría, si no por unanimidad, acordará ejercer su influjo en Washington para obtener el contrato de correos que sirva de base a la creación de la línea directa a la Argentina.

«Tres cosas -dijo Hopkins- necesitamos para abrir el comercio con aquella extraordinaria República, cuya estadística nos iguala, cuando no nos saca ventaja; cuyas leyes son semejanza de las nuestras; cuya metrópoli lo es de la América del Sur, como Nueva York de la del Norte; cuyo comercio con nosotros es la vigésima parte del comercio total del país; cuya altura a la de nadie envidia; cuya prensa cuenta con periódicos como La Nación, La Prensa y La Tribuna Nacional, que serían una honra para cualquier pueblo del globo. Tres cosas necesitamos: que el Congreso apruebe el contrato de correos que le tenemos presentado, a treinta centavos tonelada por cada mil millas; que se levante el derecho de diferencia sobre la lana argentina, que no sólo impide nuestro comercio, sino lo lleva a nuestros rivales; que reforme por completo nuestro sistema de representación consular y diplomática.

-

rica, y sería igual, por lo menos, al de nuestros rivales, si nuestro Congreso decidiese comprar casas de legación en esos países, y enviar a ellos ministros plenipotenciarios con secretarios que supiesen hablar o fueran capaces de aprender la lengua que se habla a su alrededor, bailar con las jóvenes bellas, llamar la atención en las ceremonias públicas y entrar de lleno en la sociedad de las capitales donde residen, con sueldos decentes, para los empleados de las legaciones, y personas decentes para gozar de los sueldos y permanecer por aquellas tierras mientras en ellas fueran útiles. Talleyrand fue quien dijo que el ministro que quiera salir con éxito de su misión debe conducirse de manera que lo acepte con gusto la gente culta del país donde esté acreditado». Y desenvolviendo de una vez su pensamiento y el que con alguna tardanza empiezan ya a abrigar, como la mora que llama a María en el instante de su angustia, los prohombres norteamericanos, el caballero Hopkins terminó su útil y discreto discurso de este modo: «Entonces la América –nuestra América-, consolidada en sus intereses por la unión comercial de los valles más vastos del mundo, los valles del Misisipi, el Amazonas y el Plata, será la parte más próspera del globo habitado, superior en riquezas al Oriente y guía verdadera de los hombres por los caminos

Quien estudia la economía de las naciones; quien sabe que es mortal para un pueblo tener todo su tráfico ligado a un solo pueblo; quien ve de cerca que las causas que aquí amedrentan el capital son tales que ya el dinero del Norte busca salida en las empresas no muy seguras de México, Honduras y Colombia; quien conoce el ansia con que los grandes acaudalados estudian el modo de colocar alguna parte de sus bienes donde el reino democrático que ya se anuncia no investigue sus orígenes o ciegue las fuentes de sus rentas, comprende cuán ventajoso es exponer con cuerda y eficaz insistencia ante este país, sobrado de capitales deseosos de exportación, otro país al que pudiera convenir importarlos.

Mensaje presidencial

Nueva York, junio 1888.

¡Cuán distantes las tierras del Plata de aquellos tiempos de encomenderos

En el pago de la Matanza nacen flores; por donde corrían sobre fantásticos caballos los indios invasores, corren hoy, como voceros de los tiempos nuevos, los ferrocarriles. Ya el ombú no tiene trenos, sino himnos; ya no rinde la vida, a manos de Garay hazañoso, Tabobá malhadado, gran cacique: ni los minúas implacables cercenan el cuello a los bravos de España, ni Galán mata a los caracaríes inocentes; ni a la sombra del tarco de flores moradas se cuentan desdichas los míseros lules, segados, como pálidas mieses, al filo de la espada insaciable del invasor violento. Ni en lenguas secas y ciencias sofísticas educan los colegios a la gente moza, que va de pie, desnuda la ancha frente y limpio de odio el labio, coreando hosannas, en el avantrén de una locomotora. Acólitos no dan ya las escuelas, sino agrónomos; no enfrenadores de almas, sino acariciadores de la tierra.

No vive ya en Palermo el sombrío Rosas; ni holgando por los campos vaga el gaucho, ora carneando intrépido la res rebelde, ora escuchando, encuclillado al pie del lecho recio donde descansa su indolente amada, las coloreadas y sutiles trovas del payador enamorado. Por la pampa no merodean

depredadores, sino que cruzan, seguidos de la escolta que porta en astas altas el patrio gallardete, los zapadores nuevos del ejército en marcha: los agrimensores. Sonríe, maravilla y crece Buenos Aires, adelantada y generosa. Deja en la mente el mensaje presidencial la misma impresión grata que deja en los ojos un hombre fuerte y joven. Se ven desbordes, lujos, reboses de sangre pura, ansias potentes; parecen cantos de amante, que los cruzados que van camino de una Hierosolima a que se acercan entonan en liras nuevas, adornadas de espigas de trigo, al pie de los balcones de damas nunca vistas en tiempos de buhoneros y castillos.

«Nunca -dice el mensaje- abrió presidente alguno el parlamento argentino en época de mayor paz y bonanza. Buenos Aires, aquietada y trabajadora, llama a todos los hombres a sus brazos, templo nuevo sobre la haz de la tierra.» A los que fían en motines dice honradamente: «Pagar dinero por gastos de guerra, revueltas y desórdenes, es como echar capital al fuego». Y con profunda mira y gallardo propósito anuncia que van a ser de nuevo colocados en las filas activas de la nación los jefes que solieron inquietarla, porque «ha de olvidarse -dice- que esos jefes desconocieron sus deberes hacia su gobierno, para recordar solamente que han envejecido unos en los campamentos, derramado otros su sangre en las batallas y prestado todos importantes servicios a la organización y gloria de su patria».

«Vayamos en busca de trabajadores a Europa, semillero de hombres. Faltan

Muestra, entre otras cosas, este mensaje, que las tierras del Plata han dado ya buena sepultura a ese vicio cobarde de la mente que depaupera pueblos y hombres: la rutina. El mensaje está, como la nación de cuyos progresos da sumaria cuenta, a caballo, y como pronto a nobles lides. No a lides en contra, sino en pro; no a batallas de morir, sino de sembrar y fecundar; no a batallas ¡por Dios! de armas de riña, sino a certámenes de arados.

Bien queda a fin de cuentas Buenos Aires: el presidente, rogando a los pueblos que agasajen al general Mitre, su noble contendor, modesto y famoso: el interior en orden; los indios invasores, echados de las faldas de los Andes, sus últimas guaridas; con la Iglesia, en paz; que a lo que de sí se va incruentamente transformando, no hay por qué dar con violencia la muerte. El municipio de la capital queda con sus gastos saldados y las arcas llenas;. En los diez ferrocarriles que se construyen hoy en el país trabajan catorce

mil quinientos hombres. No hay villorrio que no pida a grandes voces camino de hierro ¿pues a quién se le moverán las manos a cultivar, si no ve que puede dar salida fácil a sus cultivos? Ya desembarcan a las puertas de Buenos Aires, en el canal del Riachuelo de Barracas, que se apresta para grandes buques, los inmigrantes italianos.

En el Rosario ya trabajan en el nuevo muelle y ramal férreo. Cartas ha habido este año tantas (17 millones), que por ellas creció el Tesoro en cuatrocientos diecisiete mil pesos, que son cuarenta y siete mil más de lo que el correo produjo un año antes. De telégrafos, han tendido cuatrocientos setenta y ocho kilómetros. De tierras, que los compradores solicitan con afán, hay cinco mil cuatrocientas leguas medidas. Prepara el gobierno para la venta las tierras nacionales, y cien leguas cuadradas en el Chaco, para dar a los cultivadores, y ochocientas leguas más entre el Limay y el

Las fértiles Misiones, pobladas hasta hace poco de escasos y primitivos caseríos, en cuyos rincones asomaban, por estar la tierra comarcana rebosándolos, acá plátanos suaves, allá mazorcas de maíz bueno, gavillas de tabaco, haces de caña, se están trocando ahora en depósitos ricos de almas bien nutridas con la enseñanza de las escuelas, y de frutos: de allí algodón preciado; de allí maderas finas. Red de ríos son las Misiones, y ya piensan en echar sobre ellos red de puentes: y como la tierra húmeda fructifica lujosamente, hablan ya de vapores que recojan los frutos.

El Chaco, de palmas finas, de platanillos frondosos, de robustos cactus, de árboles festoneados de venerable heno, bajo cuyas ramas, dosel de los arroyos, deslizan sus canoas de puntas dentadas las indias recias, pomulosas y cejijuntas; el Chaco extenso, cubierto de hondos bosques, no privado de cañas, ve ya llegar a sus regiones opulentas, cargados de sus aperos de abatir troncos y abrir la tierra, a los fornidos hombres blancos que vienen contentos a hacer su hogar tranquilo y libre con los maderos frescos de la selva. Patagonia misma, la tétrica y calva, tiene seis escuelas. Y la nación entera, trece Escuelas Normales de Profesores, que se esparcirán luego por los campos y aldeas a hacer buena la maravilla del pan y de los peces y criar maestros; y mil quinientas escuelas públicas, pocas aún, con ser relativamente tantas, para calmar la sed ardiente de aquel gallardo pueblo: la sed de los caminadores.

Inmigrantes, dieciocho mil más han pisado este año tierra bonaerense que el año anterior: y son gente de Italia campesina, de ojos ardientes y manos callosas, que no van a vender desde innobles rincones de ciudad dulcecillos y frutas, sino a enriquecer las siembras. Savia quieren los pueblos, y no llagas; de Massachusetts, y de todos los Estados Unidos, echan hoy a los páuperos ruines, que, como insectos enojosos, suelen sacudir sobre América los pueblos de Europa. Da gozo ver entrarse, sonrientes y serenos, por los campos solemnes y fragantes de Buenos Aires, a esos poéticos trabajadores italianos. Y traen calor de alma, como de quien vive cerca de volcanes y en tierra que fue dos veces alma universal: que no hay: inmigración buena cuando, aunque traiga mano briosa, trae corazón hostil o frío. Es estéril el consorcio de dos razas opuestas.

De dineros, cuenta el Mensaje que la República ahorró este año un millón y medio de pesos, que con otros legítimos arbitrios fueron a amenguar la deuda. La importación llegó a sesenta y un millones doscientos cuarenta y seis mil pesos. La exportación excedió a la importación en dos millones cuatrocientos cincuenta mil pesos. La deuda pública ha cumplido sus plazos. Y el dinero que para ferrocarriles se tomó prestado, en ferrocarriles se

Domando tierras revueltas, vestidas de copiosa verdura, que brillan al sol como líquidas gigantescas esmeraldas, cruza ya por el Tucumán, perpetuamente florecido, la máquina de vapor. Camino de las alamedas de Mendoza, y digno visitante de los Andes, ya salva la provincia de San Luis osada vía férrea. Silbando pasa y humeando la locomotora, como alegre de ver tanta hermosura, por entre los amenos caseríos de Corrientes frondosa, poblados de naranjos. ¡Tierras son esas de donde salieron, a la voz de San Martín, unos puñados de hombres, a cruzar los Andes, postrar a ejército cuantioso y redimir a Chile; y los cruzaron, lo postraron y lo redimieron en veinticuatro días!

¡Campañas haga iguales en la industria Buenos Aires, dignas de aquellas maravillosas y centáuricas que dieron, apariencia de dioses a los hombres!

Todo lo alcanzará Buenos Aires, que a tiempo supo exponerse a morir, por ser dueña de sí, y ahora sabe vivir cuerdamente, rica en ardientes corazones

Madre América

Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, en Nuera York, el 19 de diciembre de 1889, a la que asistieron los delegados a la Conferencia Internacional Americana reunida en Washington

Apenas acierta el pensamiento, a la vez trémulo y desbordado, a poner, en la brevedad que le manda la discreción, el júbilo que nos rebosa de las almas en esta noche memorable. ¿Qué puede decir el hijo preso, que vuelve a ver a su madre por entre las rejas de su prisión? Hablar es poco, y es casi imposible, más per el íntimo y desordenado contento, por la muchedumbre de recuerdos, de esperanzas y de temores, que por la certeza de no poder darles expresión digna. Indócil y mal enfrenada ha de brotar la palabra de quien, al ver en torno suyo, en la persona de sus delegados ilustres, los pueblos que amamos con pasión religiosa: al ver cómo, por mandato de secreta voz, los hombres se han puesto como más altos para recibirlos, y las mujeres como más bellas; al ver el aire tétrico y plomizo animado como de sombras, sombras de águilas que echan a volar, de cabezas que pasan moviendo el penacho consejero, de tierras que imploran, pálidas y acuchilladas, sin fuerzas para sacarse el puñal del corazón, del guerrero magnánimo del norte, que da su mano de admirador, desde el pórtico de Mount Vernon, al héroe volcánico del sur, intenta en vano recoger, como quien se envuelve en una bandera, el tumulto de sentimientos que se le agolpa al pecho, y sólo halla estrofas inacordes y odas indómitas para celebrar, en la casa de nuestra América, la visita de la madre ausente, para decirle, en nombre de hombres y de mujeres, que el corazón no puede tener mejor empleo que darse, todo, a los mensajeros de los pueblos americanos. ¿Cómo podremos pagar a nuestros huéspedes ilustres esta hora de consuelo? ¿A qué hemos de esconder, con la falsía de la ceremonia, lo que se nos está viendo en los rostros? Pongan, otros, florones y cascabeles y franjas de oro a sus retóricas; nosotros tenemos esta noche la elocuencia de la Biblia, que es la que mana, inquieta y regocijada como el arroyo natural, de la abundancia del corazón. ¿Quién de nosotros ha de negar, en esta noche en que no se miente, que por muchas raíces que tengan en esta tierra de libre hospedaje nuestra fe, o nuestros afectos, o nuestros hábitos, o nuestros negocios, por tibia que nos haya puesto el alma la magia infiel del hielo, hemos sentido, desde que supimos que estos huéspedes nobles nos venían a

ver, como que en nuestras casas había más claridad, como que andábamos a paso más vivo, como que éramos más jóvenes y generosos, como que nuestras ganancias eran mayores y seguras, como que en el vaso seco volvía a nacer flor? Y si nuestras mujeres quieren decirnos la verdad ¿no nos dicen, no nos están diciendo con sus ojos leales, que nunca pisaron más contentos la nieve ciertos pies de hadas; que algo que dormía en el corazón, en la ceguera de la tierra extraña, se ha despertado de repente; que un canario alegre ha andado estos días entrando y saliendo por las ventanas, sin temor al frío, con cintas y lazos en el pico, yendo y viniendo sin cesar, porque para esta fiesta de nuestra América ninguna flor parecía bastante fina y primorosa? Esta es la verdad. A unos nos ha echado aquí la tormenta; a otros, la leyenda; a otros, el comercio; a otros, la determinación de escribir, en una tierra que no es libre todavía, la última estrofa del poema de 1810; a otros les mandan vivir aquí, como su grato imperio, dos ojos azules. Pero por grande que esta tierra sea, y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en

De lo más vehemente de la libertad nació en días apostólicos la América del Norte. No querían los hombres nuevos, coronados de luz, inclinar ante ninguna otra su corona. De todas partes, al ímpetu de la frente, saltaba hecho pedazos, en las naciones nacidas de la agrupación de pueblos pequeños, el yugo de la razón humana, envilecida en los imperios creados a punta de lanza, o de diplomacia, por la gran república que se alocó con el poder; nacieron los derechos modernos de las comarcas pequeñas y autóctonas que habían elaborado en el combate continuo su carácter libre, y preferían las cuevas independientes a la prosperidad servil. A fundar la república le dijo al rey que venía uno que no se le quitaba el sombrero y le decía de tú. Con mujeres y con hijos se fían al mar, y sobre la mesa de roble del camarín fundan su comunidad, los cuarenta y uno de la Flor de Mayo. Cargan mosquetes, para defender las siembras; el trigo que comen, lo aran; suelo sin tiranos es lo que buscan, para el alma sin tiranos. Viene, de fieltro y blusón, el puritano intolerante e integérrimo, que odia el lujo, porque por él prevarican los hombres; viene el cuáquero, de calzas y chupa, y con los árboles que derriba levanta la escuela; viene el católico, perseguido por su fe, y funda un Estado donde no se puede perseguir por su fe a nadie; viene el caballero, de fusta y sombrero de plumas, y su mismo hábito

de mandar esclavos le da altivez de rey para defender su libertad. Alguno trae en su barco una negrada que vender, o un fanático que quema a las brujas, o un gobernador que no quiere oír hablar de escuelas; lo que los barcos traen es gente de universidad y de letras, suecos místicos, alemanes fervientes, hugonotes francos, escoceses altivos, bátavos económicos; traen arados, semillas, telares, arpas, salmos, libros. En la casa hecha por sus manos vivían, señores y siervos de sí propios; y de la fatiga de bregar con la naturaleza se consolaba el colono valeroso al ver venir, de delantal y cofia, a la anciana del hogar, con la bendición en los ojos, y en la mano la bandeja de los dulces caseros, mientras una hija abría el libro de los himnos, y preludiaba otra en el salterio o en el clavicordio. La escuela era de memoria y azotes; pero el ir a ella por la nieve era la escuela mejor. Y cuando, de cara al viento, iban de dos en dos por los caminos, ellos de cuero y escopeta, ellas de bayeta y devocionario, a oír iban al reverendo nuevo, que le negaba al gobernador el poder en las cosas privadas de la religión; iban a elegir sus jueces, o a residenciarlos. De afuera no venía la casta inmunda. La autoridad era de todos, y la daban a quien se la querían dar. Sus ediles elegían, y sus gobernadores. Si le pesaba al gobernador convocar el consejo, por sobre él lo convocaban los «hombres libres». Allá, por los bosques, el aventurero taciturno caza hombres y lobos, y no duerme bien sino cuando tiene de almohada un tronco recién caído o un indio muerto. Y en las mansiones solariegas del sur todo es minué y bujías, y coro de negros cuando viene el coche del señor, y copa de plata para el buen madera. Pero no había acto de la vida que no fuera pábulo de la libertad en las colonias republicanas que, más que cartas reales, recibieron del rey certificados de independencia. Y cuando el inglés, por darla de amo, les impone un tributo que ellas no se quieren imponer, el guante que le echaron al rostro las colonias fue el que el inglés mismo había puesto en sus manos. A su héroe, le traen el caballo a la puerta. El pueblo que luego había de negarse a ayudar acepta ayuda. La libertad que triunfa es como él, señorial y sectaria, de puño de encaje y de dosel de terciopelo, más de la localidad que de la humanidad: una libertad que bambolea, egoísta e injusta, sobre los hombros de una raza esclava, que antes de un siglo echa en tierra las andas de una sacudida: ¡y surge, con un hacha en la mano, el leñador de ojos piadosos, entre el estruendo y el polvo que levantan al caer las cadenas de un millón de hombres emancipados! Por entre los cimientos desencajados en la estupenda convulsión se pasea, codiciosa y soberbia, la victoria; reaparecen, acentuados por la guerra, los factores que constituyeron la nación; y junto al cadáver del caballero, muerto sobre sus esclavos, luchan por el pre-

¿Y cómo no recordar, para gloria de los que han sabido vencer a pesar de ellos, los orígenes confusos y manchados de sangre de nuestra América, aunque el recuerdo leal, y hoy más que nunca necesario, le pueda poner la tacha de vejez inoportuna aquel a quien la luz de nuestra gloria, de la gloria de nuestra independencia, estorbase para el oficio de comprometerla o rebajarla? Del arado nació la América del Norte, y la española, del perro de presa. Una guerra fanática sacó de la poesía de sus palacios aéreos al moro debilitado en la riqueza, y la soldadesca sobrante, criada con el vino crudo y el odio a los herejes, se echó, de coraza y arcabuz, sobre el indio de peto de algodón. Llenos venían los barcos de caballeros de media loriga, de segundones desheredados, de alféreces rebeldes, de licenciados y clérigos hambrones. Traen culebrinas, rodelas, picas, quijotes, capacetes, espaldares, yelmos, perros. Ponen la espada a los cuatro vientos, declaran la tierra del rey, y entran a saco en los templos de oro. Cortés atrae a Moctezuma al palacio que debe a su generosidad o a su prudencia, y en su propio palacio lo pone preso. La simple Anacaona convida a su fiesta a Ovando, a que viera el jardín de su país, y sus danzas alegres, y sus doncellas; y los soldados de Ovando se sacan de debajo del disfraz las espadas, y se quedan con la tierra de Anacaona. Por entre las divisiones y celos de la gente india adelanta en América el conquistador; por entre aztecas y tlaxealtecas llega Cortés a la canoa de Cuauhtémoc; por entre quichés y zutujiles vence Alvarado en Guatemala; por entre tunjas y bogotaes adelanta Quesada en Colombia; por entre los de Atahualpa y los de Huáscar pasa Pizarro en el Perú; en el pecho del último indio valeroso clavan, a la luz de los templos incendiados, el estandarte rojo del Santo Oficio. Las mujeres, las roban. De cantos tenía sus caminos el indio libre, y después del español no había más caminos que el que abría la vaca husmeando el pasto, o el indio que iba llorando en su treno la angustia de que se hubiesen vuelto hombres los lobos. Lo que come el encomendero, el indio lo trabaja; como flores que se quedan sin aroma, caen muertos los indios; con los indios que mueren se ciegan las minas. De los recortes de las casullas se hace rico un sacristán. De paseo van los señores; o a quemar en el brasero el estandarte del rey; o

a cercenarse las cabezas por peleas de virreyes y oidores o celos de capitanes; y al pie del estribo lleva el amo dos indios de pajes y dos mozos de espuela. De España nombran el virrey, el regente, el cabildo. Los cabildos que hacían, los firmaban con el hierro con que herraban las vacas. El alcalde manda que no entre el gobernador en la villa, por los males que le tiene hechos a la república, y que los regidores se persignen al entrar en el cabildo, y que al indio que eche el caballo a galopar se le den veinticinco azotes. Los hijos que nacen aprenden a leer en carteles de toros y en décimas de salteadores. «Quimeras despreciables» les enseñan en los colegios de entes y categorías. Y cuando la muchedumbre se junta en las calles, es para ir de cola de las tarascas que llevan el pregón; o para hablar, muy quedo, de las picanterías de la tapada y el oidor; o para ir a la quema del portugués; cien picas y mosquetes van delante, y detrás los dominicos con la cruz blanca, y los grandes de vara y espadín, con la capilla bordada de hilo de oro; y en hombros los baúles de huesos, con llamas a los lados; y los culpables con la cuerda al cuello, y las culpas escritas en la coroza de la cabeza; y los contumaces con el sambenito pintado de imágenes del Enemigo; y la prohombría y el señor obispo, y el clero mayor; y en la iglesia, entre dos tronos, a la luz vívida de los cirios, el altar negro; afuera, la hoguera. Por la noche, baile. ¡El glorioso criollo cae bañado en sangre, cada vez que busca remedio a su vergüenza, sin más guía ni modelo que su honor, hoy en Caracas, mañana en Quito, luego con los comuneros del Socorro; o compra, cuerpo a cuerpo, en Cochabamba el derecho de tener regidores del país; o muere, como el admirable Antequera, profesando su fe en el cadalso del Paraguay, iluminado el rostro por la dicha; o al desfallecer al pie del Chimborazo, «exhorta a las razas a que afiancen su dignidad»! El primer criollo que le nace al español, el hijo de la Malinche, fue un rebelde. La hija de Juan de Mena, que lleva el luto de su padre, se viste de fiesta con todas sus joyas, porque es día de honor para la humanidad, el día en que Arteaga muere. ¿Qué sucede de pronto, que el mundo se para a oír, a maravillarse, a venerar? ¡De debajo de la capucha de Torquemada sale, ensangrentado y acero en mano, el continente redimido! Libres se declaran los pueblos todos de América a la vez. Surge Bolívar con su cohorte de astros. Los volcanes, sacudiendo los flancos con estruendo, lo aclaman y publican. ¡A caballo, la América entera! Y resuenan en la noche, con todas las estrellas encendidas, por llanos y por montes, los cascos redentores. Hablándoles a sus indios va el clérigo de México. Con la lanza en la boca pasan la corriente desnuda los indios venezolanos. Los rotos de Chile marchan juntos, brazo en brazo, con los cholos del Perú. Con el gorro frigio del liberto

van los negros cantando, detrás del estandarte azul. De poncho y bota de potro, ondeando las bolas, van, a escape de triunfo, los escuadrones de gauchos. Cabalgan, suelto el cabello, los pehuenches resucitados, voleando sobre la cabeza la chuza emplumada. Pintados de guerrear vienen tendidos sobre el cuello los araucos, con la lanza de tacuarilla coronada de plumas de colores; y al alba, cuando la luz virgen se derrama por los despeñaderos, se ve a San Martín, allá sobre la nieve, cresta del monte y corona de la revolución, que va, envuelto en su capa de batalla, cruzando los Andes. ¿Adónde va la América, y quién la junta y guía? Sola, y como un solo pueblo, se levanta. Sola pelea. Vencerá, sola.

¡Y todo ese veneno lo hemos trocado en savia! Nunca, de tanta oposición y desdicha, nació un pueblo más precoz, más generoso, más firme. Sentina fuimos, y crisol comenzamos a ser. Sobre las hidras, fundamos. Las picas de Alvarado, las hemos echado abajo con nuestros ferrocarriles. En las plazas donde se quemaba a los herejes, hemos levantado bibliotecas. Tantas escuelas tenemos como familiares del Santo Oficio tuvimos antes. Lo que no hemos hecho, es porque no hemos tenido tiempo para hacerlo, por andar ocupados en arrancarnos de la sangre las impurezas que nos legaron nuestros padres. De las Misiones, religiosas e inmorales, no quedan ya más que paredes descascaradas, por donde asoma el búho el ojo y pasea melancólico el lagarto. Por entre las razas heladas y las ruinas de los conventos y los caballos de los bárbaros se ha abierto paso el americano nuevo, y convida a la juventud del mundo a que levante en sus campos la tienda. Ha triunfado el puñado de apóstoles. ¿Qué importa que, por llevar el libro delante de los ojos, no viéramos, al nacer como pueblos libres, que el gobierno de una tierra híbrida y original, amasada con españoles retaceros y aborígenes torvos y aterrados, más sus salpicaduras de africanos y menceyes, debía comprender, para ser natural y fecundo, los elementos todos que, en maravilloso tropel y por la política superior escrita en la naturaleza, se levantaron a fundarla? ¿Qué importan las luchas entre la ciudad universitaria y los campos feudales? ¿Qué importa el desdén, repleto de guerras, del marqués lacayo al menestral mestizo? ¿Qué importa el duelo, sombrío y tenaz, de Antonio de Nariño y san Ignacio de Loyola? Todo lo vence, y clava cada día su pabellón más alto, nuestra América capaz e infatigable. Todo lo conquista, de sol en sol, por el poder del alma de la tierra, armoniosa y artística, creada de la música y beldad de nuestra naturaleza, que da su abundancia a nuestro corazón y a nuestra mente la serenidad y altura de sus cumbres; por el influjo secular con que este orden y

grandeza ambientes ha compensado el desorden y mezcla alevosa de nuestros orígenes: y por la libertad humanitaria y expansiva, no local, ni de raza, ni de secta, que fue a nuestras repúblicas en su hora de flor, y ha ido después, depurada y cernida, de las cabezas del orbe -libertad que no tendrá, acaso, asiento más amplio en pueblo alguno- ¡pusiera en mis labios el porvenir el fuego que marca! -que el que se les prepara en nuestras tierras sin límites para el esfuerzo honrado, la solicitud leal y la amistad sincera de los hombres.

De aquella América enconada y turbia, que brotó con las espinas en la frente y las palabras como lava saliendo, junto con la sangre del pecho, por la mordaza mal rota, hemos venido, a pujo de brazo, a nuestra América de hoy, heroica y trabajadora a la vez, y franca y vigilante, con Bolívar de un brazo y Herbert Spencer de otro; una América sin suspicacias pueriles ni confianzas cándidas, que convida sin miedo a la fortuna de su hogar a las razas todas, porque sabe que es la América de la defensa de Buenos Aires y de la resistencia del Callao, la América del Cerro de las Campanas y de la Nueva Troya. ¿Y preferiría a su porvenir, que es el de nivelar en la paz libre, sin codicias de lobo ni prevenciones de sacristán, los apetitos y los odios del mundo; preferiría a este oficio grandioso el de desmigajarse en las manos de sus propios hijos, o desintegrarse en vez de unirse más, o por celos de vecindad mentir a lo que está escrito por la fauna y los astros y la historia, o andar de zaga de quien se le ofreciese de zagal, o salir por el mundo de limosnera, a que le dejen caer en el plato la riqueza temible? ¡Sólo perdura, y es para bien, la riqueza que se crea, y la libertad que se conquista con las propias manos! No conoce a nuestra América quien eso ose temer. Rivadavia, el de la corbata siempre blanca, dijo que estos países se salvarían: y estos países se han salvado. Se ha arado en la mar. También nuestra América levanta palacios y congrega el sobrante útil del universo oprimido; también doma la selva, y le lleva el libro y el periódico, el municipio y el ferrocarril; también nuestra América, con el sol en la frente, surge sobre los desiertos coronada de ciudades. Y al reaparecer en esta crisis de elaboración de nuestros pueblos los elementos que lo constituyeron, el criollo independiente es el que domina y se asegura, no el indio de espuela, marcado de la fusta, que sujeta el estribo y le pone adentro el pie, para que se vea de más alto a su señor.

Por eso vivirnos aquí, orgullosos de nuestra América, para servirla y honrarla. No vivimos, no, como siervos futuros ni como aldeanos deslumbra-

dos, sino con la determinación y la capacidad de contribuir a que se la estime por sus méritos y se la respete por sus sacrificios; porque las mismas guerras, que de pura ignorancia le echan en cara los que no la conocen, son el timbre de honor de nuestros pueblos, que no han vacilado en acelerar con el abono de su sangre el camino del progreso y pueden ostentar en la frente sus guerras como una corona. En vano -faltos del roce y estímulo diario de nuestras luchas y de nuestras pasiones, que nos llegan ¡a mucha distancia! del suelo donde no crecen nuestros hijos-, nos convida este país con su magnificencia, y la vida con sus tentaciones, y con sus cobardías el corazón, a la tibieza y al olvido. ¡Donde no se olvida, y donde no hay muerte, llevamos a nuestra América, como luz y como hostia; y ni el interés corruptor, ni ciertas modas nuevas de fanatismo, podrán arrancárnosla de allí! Enseñemos el alma como es a estos mensajeros ilustres que han venido de nuestros pueblos, para que vean que la tenemos honrada y leal, y que la admiración justa y el estudio útil y sincero de lo ajeno, el estudio sin cristales de présbita ni de miope, no nos debilita el amor ardiente, salvador y santo de lo propio; ni por el bien de nuestra persona, si en la conciencia sin paz, hay bien, hemos de ser traidores a lo que nos mandan hacer la naturaleza y la humanidad. Y así, cuando cada uno de ellos vuelva a las playas que acaso nunca volvamos a ver, podrá decir, contento de nuestro decoro, a la que es nuestra dueña, nuestra esperanza y nuestra guía: «¡Madre Am - rica, allí encontramos hermanos! ¡Madre América, allí tienes hijos!»

El Partido Liberal. México, 30 de enero de 1891

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifiquen al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el cielo, que van por el aire dormido engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las

armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras.

No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados. Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos. Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas si no quieren que les llame el pueblo ladrones, devuélvanle sus tierras al hermano. Las deudas del honor no las cobra el honrado en dinero, a tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades; ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

A los sietemesinos, sólo, les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil, el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan a Tortoni, de sorbetes. ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque lleva delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan ¡bribones! de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues ¿quién es el hombre? ¿el que se queda con la madre a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos! ¡Estos delicados, que

son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el Washington que les hizo esta tierra ¿se fue a vivir con los ingleses, a vivir con los ingleses en los años en que los veía venir contra su tierra propia? ¡Estos «increíbles» del honor, que lo arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles de la Revolución Francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban las erres!

¿Ni en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irremediable a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña. La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales de composición singular y violenta, con leyes heredadas de tres siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diez siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien: y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible, donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno y acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no

se vale de su sumisión para dañarle o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder; y han caído en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

En pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernaran, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno. La masa inculta es perezosa, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yankees o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta, sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los Incas a acá, ha de enseñarle al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo, vinimos, denodados, al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer alzan en México la república, en hombros de los indios. Un canónigo español, a la sombra de su capa, instruye en la libertad francesa a unos cuantos bachilleres magníficos, que ponen de jefe de Centro América contra España al general de España. Con los hábitos monárquicos, y el sol por pecho, se echaron a levantar pueblos los venezolanos por el norte y los argentinos por el sur. Cuando los dos héroes chocaron, y el continente iba a temblar, uno, que no fue el menos grande, volvió riendas. Y como el heroísmo en la paz es más escaso, porque es menos glorioso que el de la guerra; como al hombre le es más fácil morir con honra que pensar con orden; como gobernar con los sentimientos exaltados y unánimes es más hacedero que dirigir, después de la pelea, los pensamientos diversos, arrogantes, exóticos o ambiciosos; como los poderes arrollados en la arremetida épica zapaban, con la cautela felina de la especie y el peso de lo real, el edificio que había izado, en las comarcas burdas y singulares de nuestra América mestiza, en los pueblos de pierna desnuda y casaca de París, la bandera de los pueblos nutridos de savia gobernante en la práctica continua de la razón y de la libertad; como la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la república, o las capitales de corbatín dejaban en el zaguán al campo de bota-de-potro, o los redentores biblógenos no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra desatada a la voz del salvador, con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella, entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico. El continente, descoyuntado durante tres siglos por un mando que negaba el derecho del hombre al ejercicio de su razón, entró, desatendiendo o desoyendo a los ignorantes que lo habían ayudado a redimirse, en un gobierno que tenía por base la razón; la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de uno sobre la razón campestre de otros. El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu. Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fogonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le

oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros -de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborigen- por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos.

Pero «estos países se salvarán», como anunció Rivadavia, el argentino, el que pecó de finura en tiempos crudos; al machete no le va vaina de seda, ni en el país que se ganó con lanzón se puede echar el lanzón atrás, porque se enoja, y se pone en la puerta del Congreso de Iturbide «a que le hagan emperador al rubio». Estos países se salvarán, porque, con el genio de la moderación que parece imperar, por la armonía serena de la naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio en que se empapó la generación anterior, le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real.

Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norte América y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvía, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado. La juventud angélica, como de los brazos de un pulpo, echaba al cielo, para caer con gloria estéril, la cabeza, coronada de nubes. El pueblo natural, con el empuje del instinto, arrollaba, ciego del triunfo, los bastones de oro. Ni el libro europeo ni el libro yankee daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada

año a menos. Cansados del odio inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte, se empieza, como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. «Cómo somos», se preguntan, y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojímar un problema, no van a buscar la solución a Danzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república. El tigre de adentro se entra por la hendija, y el tigre de afuera. El general sujeta en la marcha la caballería al paso de los infantes. O, si deja a la zaga a los infantes, le envuelve el enemigo la caballería. Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas, la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos. Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la naturaleza. Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores empiezan a ser sobrios. Los dramaturgos traen los caracteres nativos a la escena. Las academias discuten temas viables. La poesía se corta la melena zorrillesca y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado. La prosa, centelleante y cernida, va cargada de idea. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio.

De todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras, olvidando que Juárez paseaba en un coche de mulas, ponen coche de viento, y de cochero a una bomba de jabón; el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano y abre la puerta al extranjero.

Otras acendran, con el espíritu épico de la independencia amenazada, el carácter viril. Otras crían, en la guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que puede devorarlas. Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña. Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y sólo aman, a los pueblos viriles; como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte, o en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana, aun a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con que se la pudiera encarar y desviarla; como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América, el deber urgente de nuestra Am -rica es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas, y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles, y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámpara, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres

peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara perecederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ing - nita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras, ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños, ni mira caritativo, desde su eminencia aún mal segura, a los que, con menos favor de la historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas; ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno y la unión tácita y urgente del alma continental. ¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Zemí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!

Honduras y los extranjeros

Nueva York, diciembre de 1894

En nuestra América hay mucho más sentido de lo que se piensa, y los pueblos que pasan por menores -y lo son en territorio o habitantes más que en propósito y juicio- van salvándose, a timón seguro, de la mala sangre de la colonia de ayer y de la dependencia y servidumbre a que los empezaba a llevar, por equivocado amor a formas ajenas y superficiales de república, un concepto falso y criminal de americanismo. Lo que el americanismo sano pide es que cada pueblo de América se desenvuelva con el albedrío y propio ejercicio necesarios a la salud, aunque al cruzar el río se moje la ropa y al subir tropiece, sin dañarle la libertad a ningún otro pueblo -que es puerta por donde los demás entrarán a dañarle la suya-, ni permitir que con la cubierta del negocio o cualquiera otra lo apague y cope un pueblo voraz

e irreverente. En América hay dos pueblos, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes y costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana. De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza y de cuna parecida o igual, e igual mezcla imperante; de la otra parte está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que, con el decoro firme y la sagaz independencia, no es posible y es útil ser amigo. Pero de nuestra alma hemos de vivir, limpia de la mala iglesia y de los hábitos de amo y de inmerecido lujo. Andemos nuestro camino, de menos a más, y sudemos nuestras enfermedades. La grandeza de los pueblos no está en su tamaño, ni en las formas múltiples de la comodidad material, que en todos los pueblos aparecen según la necesidad de ellas y se acumulan en las naciones prósperas, más que por genio especial de raza alguna, por el cebo de la ganancia que hay en satisfacerlas. El pueblo más grande no es aquel en que una riqueza desigual y desenfrenada produce hombres crudos y sórdidos y mujeres venales y egoístas; pueblo grande, cualquiera que sea su tamaño, es aquel que da hombres generosos y mujeres puras. La prueba de cada civilización humana está en la especie de hombre y de mujer que en ella se produce.

De tiempo atrás venía apenando a los observadores americanos la imprudente facilidad con que Honduras, por sinrazón visible más confiada en los extraños, que en los propios, se abrió a la gente rubia que con la fama de progreso le iba del Norte a obtener allí, a todo por nada, las empresas pingües que en su tierra les escasean o se les cierran. Todo trabajador es santo y cada productor es una raíz: y al que traiga trabajo útil y cariño, venga de tierra fría o caliente, se le ha de abrir hueco ancho, como a un árbol nuevo; pero con el pretexto del trabajo y la simpatía del americanismo no han de venir a sentársenos sobre la tierra, sin dinero en la bolsa ni amistad en el corazón, los buscavidas y los ladrones.

gica de San Nicolás, no muestra deseos de enviar sus negros elocuentes a la conferencia de naciones; ni Santo Domingo ha aceptado el convite, porque dice que no puede venir a sentarse a la mesa de los que le piden a manos armada su bahía de Samaná, y en castigo de su resistencia le imponen derechos subidos a la caoba.

Del Paraguay nadie ha llegado, aunque se publicó que venía con poderes de él Alberto Nin, el caballero juicioso que mandan de Montevideo. En los hoteles hay va y viene, y muchos cumplidos a la hora de pasar por las puertas, que es cosa que denuncia por estos pueblos la gente castellana. En el teatro del Casino, de yeso dorado que parece con las luces morería de mucha riqueza, todas las cabezas se vuelven a la vez, descuidando las arias del «Tambor Mayor» para ver entrar en su palco, con un ramo de rosas rojas, y majestad de casa real, a una sudamericana de ojos negros. Para luego el estudio, y el examen del congreso de Panamérica y sus hilos. Ahora la tarjeta de visita, la llegada de los argentinos, el vapor que entra y el tren que se va: la crónica.

El programa ya está, y hasta mediados de noviembre no empezarán las sesiones. El dos de octubre será el día de zalameos en la Casa Blanca, donde la Secretaría de Estado presentará los huéspedes panamericanos al Presidente. El cinco saldrán de viaje de más de un mes los delegados, aunque no todos, porque México ya conoce el país, y de Chile, dicen que no va a la gira, ni está, por lo que se sabe hasta ahora, la Argentina en el paseo, que no es para decidir, sino para mostrar a los huéspedes la grandeza y esplen-

didez de las ciudades, y aquella parte de las industrias que se puede enseñar, a fin de que se les arraigue la convicción de que es de la conveniencia de sus pueblos comprar lo de éste y no de otros, aunque lo de éste sea más caro, sin ser en todo mejor, y aunque para comprar de él hayan de obligarse a no recibir ayuda ni aceptar tratos de ningún otro pueblo del mundo. En los paseos irán con los representantes de la otra América, algunos de los diez delegados que ha puesto en el congreso la secretaría por los Estados Unidos, y dos militares que hablan español, y acaso vaya de guía principal el autor de las Capitales de Hispano-América, que es aquel caballero Curtis de cuyo artículo sobre la Argentina habló a su hora La Nación, aunque el saber la lengua y el haber sido secretario de la comisión que por encargo del Congreso de Washington visitó hace unos tres años las tierras de la otra América, no sean tal vez cosas de más peso que el desagrado con que los caballeros de Colombia han visto que el que los ha de acompañar como representante de la Secretaría de Estado y el secretario probable del congreso sea quien publicó hace un mes en el Cosmopolitan un artículo en que tacha de tránsfuga y de maniquí impotente y quien sabe de qué más a Núñez, el Presidente colombiano; y hay quien ve en este ataque el interés de los que quieren abrir el canal por Nicaragua y temen que Núñez arregle con Washington, a pesar de la grita de su país, la venta, a costo de la primogenitura, de los derechos sobre el canal de Panamá, con lo que se quedarían del lado del Presidente que tales maravillas puede hacer, los burócratas beneficiados: y cuentan que los delegados de Colombia harán saber que no les place ir de bracero por toda esa gira con quien hace en público mofa y censura de su presidente. En la gira, con el consentimiento y amistad de la secretaría, irá un delegado de los navieros de Nueva York, y de algunos de sus comerciantes, que han levantado aquí, con raíces en Washington, la unión comercial hispanoamericana. Habrá al paso del tren de la delegación banquetes y recepciones numerosas, y más en Boston, Chicago y San Luis, donde el interés con México es ya cosa mayor. Filadelfia prepara fiestas, y Pittsburgh un número de diario en español. Luego, a la vuelta, serán los debates sobre las ocho proposiciones, en que política y comercio andan unidos: cuando se encienda el árbol de Christmas, el día 24 de diciembre, vendrán los delegados a los festejos que disponen en Nueva York; y acaso para cuando termine en Washington la sesión de enero, vayan, de fin de viaje, a ver los naranjos de la Florida y admirar la riqueza del hotel moruno de Ponce de León.

Ya al acercarse el fin de este mes era frecuente leer y oír sobre el proyecto y los detalles del congreso panamericano.

Las entrañas del congreso están como todas las entrañas, donde no se las ve. Los periódicos del país hablan conforme a su política. Cada grupo de Hispanoamérica comenta lo de su república, e inquiere por qué vino este delegado y no otro, y desaprueba el congreso, o espera de él más disturbios que felicidades, o lo ve con gusto, si está entre los que creen que los Estados Unidos son un gigante de azúcar, con un brazo de Wendell Phillips y otros de Lincoln, que va a poner en la riqueza y en la libertad a los pueblos que no la saben conquistar por sí propios, o es de los que han mudado ya para siempre domicilio e interés, y dice «mi país» cuando habla de los Estados Unidos, con los labios fríos como dos monedas de oro, dos labios de que se enjuga a escondidas, para que no se las conozcan sus nuevos compatricios, las últimas gotas de leche materna. Esto no es un estudio

Se habla de las primeras noticias que llegan de cada país; de que el comercio no es pecado, pero ha de venir por sí, libre y natural, para provecho mutuo; de lo que no sería bien que Centroamérica se dejase unir con cemento de espinas, por la mano extranjera, que quiere echarle por el sur un enemigo fuerte a México; de que hay en los Estados Unidos mucha opinión sensata, que no quiere perder, con atentados que las alarmen justamente, el comercio legítimo de las repúblicas del sur, «donde el porvenir está preparando su asiento». «Ellos, dice un diario, tienen sus divisiones, de que nuestra gente lista se quiere aprovechar; pero también tienen ojos y no se dejarán aturdir por lo que quiera hacerles ver esta alianza de los barateros de nuestra política y de nuestro comercio. Ellos nos conocen y piensan de nosotros mejor de lo que merecemos. Nosotros, necesitamos de ellos hoy, y debemos estudiarlos y respetarlos». Y mientras unos se preparan para deslumbrar, para dividir, para intrigar, para llevarse el tajo con el pico del águila ladrona, otros se disponen a merecer el comercio apetecido con la honradez del trato y el respeto a la libertad ajena.

Ya para el 20, cuando llegaron los delegados del Plata, estaban en Nueva York los representantes de nuestras repúblicas. Entraban en amistad los unos: otros no ponían interés en conocerse.

Los de alma americana, los veían a todos con placer igual. En algún momento, padecían. ¡Qué! ¿que volverán para la América los tiempos en que entró Alvarado el Rubio en Guatemala porque lo dejaron entrar los odios entre los quichés y los zutujiles? Se hablaba más de los países de la vecindad que de los que andan lejos. Se preguntaba, con curiosidad mezclada a cierto asombro, por los delegados de la Argentina. En la memoria se llevaban las listas. Sólo faltaba Amaral-Valente, del Brasil, Bolet Peraza, el de Venezuela, que estaba al llegar de su paseo francés; Romero, que no vuelve aún de París; y el de Uruguay, y los de la Argentina. Y se cambiaban datos breves de los delegados.

Matías Romero, el de México, es ministro residente en Washington de años atrás; cuando Grant cayó en miseria, él fue el que llevó a la casa el primer cheque: casó con norteamericana; escribe sin cesar, y no habla casi nunca; cree acaso que México está más seguro en la amistad vigilante con los Estados Unidos que en la hostilidad manifiesta; en su patria, nadie duda de él: en Washington, todos le tienen por amigo cordial, como que fue quien empujó el brazo de Grant en lo de los ferrocarriles: ahora lleva uniforme galoneado, y calzones hasta el tacón: hace quince años cuando levantaba en México su casa, piedra a piedra, venía todas las mañanitas de su quinta, jinete en una mula, con sombrero alto de pelo, levitón castaño, cartera al brazo izquierdo, y pantalones que tenían más que hacer con las rodillas que con los calcañales; pues en política, el que no es brillante, ¿no ha de ser singular?; no se ha olvidado la gente de México, ni el señorío ni la chinaca, del sombrero alto de Matías Romero; el que andaba en mula llevó los ferrocarriles. Dos más vienen por México; el uno es José Limantour, hijo de rico, que no desmigajó a los pies de las bailarinas la fortuna que allegó su padre con el trabajo, ni la empleó en deshonrarse, sino en mostrarse capaz y digno de ella: el otro es uno de los patriarcas mejicanos, el caballero indio Juan Navarro, compañero de Prieto, de Ramírez, de Payno, de los Lerdo, de todos los fundadores: es el cónsul de México en Nueva York: perdió su gran fortuna, y vive feliz con otra mayor, que es la de no lamentarla.

En Centroamérica, ¡son tan encontrados los intereses y tan vivos! De ahí, y de Colombia, pueden venir las dificultades. A Guatemala le representa Fernando Cruz, que es el ministro en Washington, hombre de idiomas y de leyes, autor de Las instituciones de derecho y de versos reales y sentidos, y mente tan poblada y capaz que no ha de errar sino en lo que quiera.

En El Salvador no es nombre nuevo el del delegado Jacinto Castellanos. Nicaragua manda a su ministro en Washington, Horacio Guzmán, amigo apasionado, según dicen, de estos canales de ahora. Costa Rica, que está en celos por lo del canal con los nicaragüenses, envía a un hombre de los nuevos y liberales del país, Manuel Aragón, que en su congreso llegó a presidente y lleva en el rostro el poder y la luz del trabajo. Por Honduras viene Jerónimo Zelaya, que guía ahora el pensamiento del país, y tiene tiempo, con todas sus labores de ministro de la presidencia, para celebrar con elocuente pasión cuanto le parezca adelanto y beldad o fuerza que vaya poniendo a su patria centroamericana en el camino del mundo. Porque es de los que quieren resucitar de la tumba de Morazán a Centroamérica.

De Colombia son tres los delegados, José María Hurtado, comerciante de paños, en Nueva York, y hombre de resolución y consejo; Clímaco Calderón, el cónsul en Nueva York, perito en hacienda; Carlos Martínez Silva, literato laborioso: «asistió ayer a misa el Sr. Martínez Silva con el presidente», dice un diario de Cartagena: redactaba el Repertorio Colombiano: acaba de publicar la biografía del prócer de la independencia Fernández Madrid. Venezuela escogió, en estos tiempos de abierta rebelión contra Guzmán Blanco, al que de las filas de éste salió para combatirlas, y reveló a tiempo el interés e iniquidad del poderoso: a Nicanor Bolet Peraza, poeta en prosa, que escribe la Revista Ilustrada de Nueva York con pluma de colores. Por el Ecuador, cuyo Presidente Flores se ha visto en batallas cerradas con Washington, viene, como para dar prueba viva de que aun allí van ya a menos las revoluciones porque en el norte desdeñan la otra América, el Presidente a quien Flores acaba de sustituir, incisivo con la pluma y poderoso en la costa liberal: José María Caamaño.

Chile dio su representación en el congreso al que la tenía ya como ministro residente: a Emilio C. Varas, que tiene la diplomacia como oficio familiar y ganó en él la Gran Cruz de la Rosa Blanca del Brasil. José Alfonso es el otro delegado chileno: «su opinión era ley entre nosotros los jueces», dice quien lo conoce, «es de los que no se deslumbran y ve debajo de lo que le enseñan y sabe decidir: es de los de canas útiles». Zegarra, el ministro del Perú en Washington, representa a su país en la conferencia: quien lea de cosas americanas conoce su nombre: el haber estado en Washington en la juventud no le ha ofuscado el juicio ni entibió su entusiasmo y fe en la patria. De Bolivia viene con sus dos hijos criados en Buenos Aires, José Velarde, el padre del Heraldo de Cochabamba que habla de la Argentina con

afecto y placer: es hombre de ojos claros y de franqueza que se entra por los corazones. Por el Brasil tienen asiento en el congreso Lafayette Rodríguez, el presidente de la junta de arbitramento en los reclamos de aquella guerra en que no se puede pensar sin dolor: y Amaral-Valente, que no era en Nueva York desconocido para los que saben de derecho internacional; y Salvador Mendonça, el culto cónsul, amigo de cuadros y de libros, que dice en palabras breves lo que tiene que decir, y sabe allegar amigos a su patria, y a su emperador.

Estos delegados estaban ya en Nueva York, o casi todos cuando venía por la costa con la mayor suma de pasajeros de salón de que hay recuerdo, con setecientos once, el vapor en que es lujo ahora venir, porque lo tienen como palacio de la mar y ciudad que anda: El City of Paris: allí venía Alberto Nin, el delegado del Uruguay. Y eran las cinco y media de la mañana, mañana fría, y de lluvia, cuando del parque de la batería, de los carruajes, de la estación del ferrocarril aéreo que tiende su tronco al pie del parque antiguo fueron apreciando, camino del guardacostas que los esperaba piafando en el agua turbia, los que iban a recibir de media ceremonia, a los huéspedes de dos pueblos invitados. Las seis sería cuando entre los remolcadores, las goletas italianas de casco verde y rojo, los vapores del río, los carboneros desmantelados, los buques graneros, salió con su banderola del águila al aire el guardacostas de la aduana. Y fue, y vino, y volvió a ir. El City of Paris no debía entrar hasta las once. Pereceó el guardacostas por la bahía. El buen cocinero pudo hallar a bordo unas galletas y un tanto de café. Uno de los comisionados, hecho a campañas, se trajo de la despensa doméstica un par de codornices. Y hablando de las leyes y, del crecimiento, y de las costumbres de las tierras del sur, entretuvieron la mañana con el tanto de codorniz y de café los caballeros que iban de recepción: Charles Flint, comerciante neoyorquino y uno de los delegados del gobierno en el congreso, William Hughes, jefe de la casa de vapores de Ward y de la Unión Comercial Hispanoamericana, que iba en nombre de los comerciantes de Nueva York: Adolfo G. Calvo, el cónsul argentino que ostenta la ciudadanía como una medalla de honor; el vicecónsul, Félix L. de Castro, comerciante de los de honra y cabeza respetada en la casa de Carranza y Cía.; la casa argentina Ernesto Bosch, el secretario de la legación, que parece de más años por el peso de lo que hace y dice: Fidel Pierra, persona de comercio y de letras y secretario de la Unión Comercial; Charles Sawyer, caballero de Boston que venía en nombre de su ciudad, y el cónsul de Uruguay en Nueva York.

A una se pusieron todos en pie. El vapor estaba a la vista, cerca, al doblar del fuerte, al lado del guardacostas. El pasaje entero está viendo llegar al guardacostas. Otro llegó antes, cargado de amigos de los pasajeros, que lograron el privilegio de la aduana. ¿Y así se había de subir al vapor por esa escalera de manos? No llega a la borda la escalera; pero por ella se ha de subir. Delegados, comerciantes y cónsules suben por la escalerilla y entran a la baranda del vapor. De abajo les alcanzan los paraguas y los abrigos.

Por el gentío del puente se van abriendo paso hasta la biblioteca. Allí espera de pie un anciano noble, y entra a pocos instantes, con paso como de batalla, un joven vigoroso, Sr. D. Manuel Quintana con Roque Sáenz Peña: Pinedo, el secretario activo, presenta y acerca: Hughes y Flint ofrecen a los delegados trasladarse al guardacostas: «aunque tal vez estén más cómodos si no se trasbordan». No se trasbordan. Se tienden todas las manos para dar la bienvenida a un hombre de rostro abierto y de sonrisa franca: Alberto Nin, el delegado del Uruguay. Un cónsul busca en vano flores que ofrecer a la dama argentina, la esposa de Sáenz Peña. La llegada está prevista; la aduana no abrirá el equipaje; los comisionados del gobierno y el comercio han preparado coches; se puede ir en calma al puente, a ver cómo se entra en Nueva York, en día de lluvia fina.

Rodea la comisión a los viajeros. Uno va de éste a aquél, hablando ya de negocios. Otros dejan ver en el rostro la alegría: «Es un buque bonaerense». «En esa cabeza joven hay una mente de poder». «Es un Chesterfield». «El joven ha debido ser militar».

En la lluvia fina ancla el vapor, bajan los huéspedes distinguidos y se van con sus cónsules al Hotel Brunswick.

¿A qué contar los primeros festejos? Uno fue a todos los delegados, pero no todos fueron: no fueron los de la Argentina; una casa de seguros quería enseñarles su palacio y les dio un lunch suntuoso en el comedor de los abogados: «mucho lo agradecemos, mucho» dijo Mendonça el del Brasil, «aunque no venimos aquí como personas oficiales»; y los llevaron a ver la arcada sombría con el techo de cristal de colores y la escalera de pórfido: y el mirador desde donde se ve toda la ciudad. A los brasileños les dio banquete Flint, que en el Brasil tiene comercio valioso. Hughes, el que representaba en la comisión a los comerciantes, invitó a los delegados de la Ar-

gentina y el Uruguay a una comida de próceres: estaba Flint, que funge como de comisionado especial del gobierno, y figura aquí en lo alto del comercio y la vida ostentosa: padre notable, esposa bella, verano en Tuxedo, invierno en Florida: estaba Cornelius Bliss, otro de los delegados del gobierno, persona presidencial, magnate proteccionista de Nueva York: estaba Plummer, príncipe del comercio de géneros, que bregó mucho y puso más porque el club de comerciantes que preside sacase electo a Harrison: estaba Ivins, demócrata a lo Cleveland; socio hasta ayer de los Grace que hacen el comercio con el Perú.

Estaba Adams, presidente del banco; el español Ceballos, que quiere llevar a la Argentina los vapores de la Compañía Trasatlántica, y preside, más de nombre que de hecho, la Unión Comercial Hispanoamericana; Bosch, el secretario de la legación argentina; Pierra, el de la Unión Comercial; Calvo, el cónsul argentino, y el cónsul del Uruguay. Por la Argentina asistió Sáenz Peña y el secretario Pinedo; por el Uruguay, Alberto Nin. ¿A qué contar en detalles el banquete de negocios? Ante los delegados cruzaron argumentos, como chispas unos y como mandobles otros, los convidados principales. El anfitrión defendía sus vapores, que han de llevar a esta gente en dieciséis

Plummer quería que hubiera dos grandes pueblos en América que dominaran el universo, uno del istmo al norte, otro del istmo al sur. Ivins opinó que con vapores vacíos y leyes violentas no se podía crear el comercio, sino abriendo créditos como los europeos, y conociéndose más los del norte y del sur, y respetándose. A lo que dijo Ivins de que el sistema de créditos era inseguro, contestó Pierra que no se podía tener por tales a pueblos como Buenos Aires, donde «no le queda al quebrado más recurso que arreglar sus baúles». Cruzado de brazos, oía Sáenz Peña: «Levanto mi copa, dijo a su hora, por la gran nación americana». Nin, convidado a hablar, dijo cómo su pueblo era próspero, dichoso y libre, y brindó «por todos los pueblos americanos». Al día siguiente, en carro especial, salieron, con pocas excepciones, los delegados para Washington. Como un patriarca, con la barba al pecho iba del brazo de Mendonça, Lafayette Rodríguez. Todo el mundo quería saber quién era, en el grupo de los argentinos, «el anciano noble».

(La Nación. Buenos Aires, 8 de noviembre de 1889)

El congreso de Washington (II)

Nueva York, 4 de octubre de 1889

Señor Director de La Nación:

Se abre el Mail and Express, el diario vespertino de los republicanos de Nueva York, y se lee: «los huéspedes que vienen a seguir nuestra guía; la alianza que hemos solicitado y que vienen a ajustar nuestros huéspedes».

Se abre el Herald, y se lee: «Es un tanto curiosa la idea de echar a andar en ferrocarril, para que vean cómo machacamos el hierro y hacemos zapatos, a veintisiete diplomáticos, y hombres de marca, de países donde no se acaba de nacer». Se abre el Post, y se lee: «el discurso de Blaine, lleno de evasivas sonoras». El Tribune dice: «ha llegado la hora de hacer sentir nuestra influencia en América: el aplauso de los delegados al discurso de Blaine fue una ovación». Dice el Star: «el Congreso americano de Blaine». Y el Sun dice: «Están vendidos a los ingleses estos sudamericanos que se le oponen a Blaine». El tren palacio ha empezado, en tanto, a rodar en su camino de cinco mil cuatrocientas seis millas. De Washington a West Point, a ver lo militar, lo grave de los centinelas, lo austero de la disciplina: a Boston, a ver letrados y monumentos: a Portland, a ver cosas de mar: por las fábricas de New Haven y Hartford y Springfield, por la ciudad política de Albany; al Niágara, a templar para la grandeza el espíritu: en Buffalo verán las ferrerías y las balsas de madera, y el comercio del lago; en Cleveland los pozos de petróleo; en Detroit los molinos y los hornos de cobre, y los talleres en Grand Rapids: pasarán por South-Sout, centro de los caminos, en Indiana: en Chicago visitarán los graneros; en Milwaukee y St. Paul y Minneápolis, todo lo del trigo y lo de la cerveza; en Omaha verán la capital del comercio de ríos; en San Luis «el jardín del mundo», la primera ciudad harinera, término de veinte días: en Indianápolis la cruz de los ferrocarriles, semillero de industrias y de políticos, y de abogados: en Louisville, el tabaco; los corrales y mataderos en Cincinnati; en Pittsburg el hierro bruto y el carbón, leguas de hierro, montes de carbón; y en Filadelfia, donde la excursión acaba, las fábricas de cueros y los tejidos y el hierro, y la Casa Pública, con los comedores sombríos y las razas del mundo en cariátides de mármol. Del cinco de octubre al once de noviembre

habrán vivido los delegados en ferrocarril, en ferias, en convivialidades. Filadelfia, la de las manufacturas, les prepara festejos suntuosos. «Los huéspedes de esta excursión, dice el itinerario oficial, estarán libres de todo

Pero antes de empezar la gira quedó el congreso ceremoniosamente abierto en Washington. Ya ha habido esgrima, intriga, calumnia. Ya tiene el presidente el congreso. Ya tuvo un día de quehaceres oficiales. En los corredores del Arlington no se oía más que español: se quejaba uno del hotel; despedía otro con decoro a un negociante intruso; se buscaban otros con los ojos, como hermanos; otros, recelosos, creían ver un compromiso en el saludo; entraba Curtis, que de secretario se quedaba, aunque no place a Colombia; salía Trescott, cerebro de la Secretaría de Estado, delegado al congreso por los Estados Unidos, señalado de antemano para la presidencia. Los negros van y vienen, diez para cada huésped, cepillo en mano.

En la casa cercana de Wallach, donde se va el congreso a reunir, se juntaron los delegados para irse conociendo. A solas a esa hora, daba la ley Blaine en la secretaría a los diez delegados de los Estados Unidos que han de votar como uno. Pero ya entre los delegados de la otra América se sabía que Trescott no iba a ser el presidente. ¿Presidente nuestro, decían los diez, el que vendió a los confederados los papeles de la Secretaría cuando era Subsecretario de Estado? Blaine, que no es delegado, fue el propuesto. ¿Qué pasó en la sesión secreta de los delegados del Centro y del Sur? Toda la tarde estuvieron en debate; comieron agitados y de prisa; en el debate les sorprendió la medianoche. Al otro día, a las doce, fue la delegación en masa a la Secretaría de Estado. En la sala diplomática los esperaba, de pie, un hombre pálido, de ojo incisivo y cabello a la frente, de sonrisa imperial y mano suave. Y en el primer fulgor empezó su discurso, el discurso de la sentencia maravillosa, del Mail and Express, el discurso de las sonoras evasivas del Evening Post, «poder, comunicaciones más rápidas»: esto se oye dos veces, dicho en forma distinta, como para que quede en los que oyen, como queda en los que entran en un cielo nuevo la imagen de la primer ave que ven volar por él. Hay arte así: arte de ave. Lo que del discurso maravilla no es la grandeza, que no la hay, sino la prudencia y el modo sutil de responder a las objeciones previstas contra la persona del que habla, que no es el de salirles al frente, sino el de decir lo opuesto de lo que se espera, que a nadie se ha de engañar en el congreso. Que no ha de haber con nadie secreta inteligencia. Que en paz y sinceridad se juntan las diez y siete repúbli-

cas. Y todo firme, insinuante, abierto, con cierto aire de fiereza contenida, que es un modo de conquistar con las palabras y de quedar como rey, y alma mayor ante las gentes débiles.

Cuanto podía hacerlo amable dijo. Rebanó del discurso cuanto confirmase lo que se pudiera temer de él. Del encanto de su persona fue de lo que quiso dejar impresión duradera. Con un gesto magnánimo de la mano derecha ofreció el país, en la última frase de su discurso, como «bienvenida de americanos a americanos». Y desapareció por una puerta a la espalda con el eco de su voz. El Tribune es quien dice que el aplauso fue espontáneo, largo, nutrido. De Blaine es el Tribune.

Y comenzó entonces la sesión oficial. Elige el congreso por presidente temporal a Henderson, el que preside por nombramiento de la Secretaría de Estado, la delegación de los Estados Unidos. Dice Henderson las suavidades naturales. Habla con empeño sobre las hermosuras de la excursión.

En todas partes les van a recibir con los brazos abiertos. Nombra a la junta de organización: Romero, el ministro de México; Lafayette Rodríguez, del Brasil; Nin, del Uruguay; Guzmán, de Nicaragua; Hurtado, de Colombia. A los pocos instantes, volvió la junta con los resultados de su deliberación; de la deliberación secreta de ayer. A Blaine propone para presidente del congreso. Nombra Henderson una comisión que traiga a la silla al presidente. Bliss, de Nueva York; Hurtado, de Colombia; Aragón, de Costa Rica; Zegarra, del Perú; Velarde, de Bolivia. Mientras vienen, se acuerda nombrar una comisión que reparta en subcomisiones los trabajos del congreso: se acuerda que, en la ausencia del presidente, presida en turno las sesiones, elegido por suerte, uno de los delegados; se acuerda dar las gracias al Presidente de los Estados Unidos por la excursión con que obsequia al congreso. Entra Blaine, y desde la silla presidencial, marcando con los ojos el influjo que no quiere poner en la voz, declara la sesión en receso hasta el diez y ocho de noviembre. Los carruajes esperan a la puerta. El lunch está servido en la Casa Blanca. Y fue lunch cortés.

El gabinete estaba con sus damas. Vestía traje salmón la esposa del presidente. Eran jardines del trópico los tres salones, con palmas, con magueyes, con cactus de México; el salón azul era una gruta de palmas: en la mesa, la América, de flores rojas. Y las ostras del país, y el guayabate dulce de

México, champaña en una botella y en la otra vino de Parras. El Brasil, de uniforme.

Por la noche fue la comida suntuosa, en el hotel donde Blaine vive, en espera de que le acaben la casa.

La mesa en cuadro, y en el centro un jardín tropical: la magnolia en botón, la begonia de pintada hoja, el jazmín doble de Malabar, el florón lila de las azaleas. Y por la mesa, piñas de luces eléctricas, con pantallas de colores. De afuera, con dulce música, los himnos de las repúblicas americanas. De pie Blaine, cerró la comida con este único brindis: «A la amistad perpetua y a la prosperidad de todos los Estados americanos».

Ya andaba en las calles impresa, a la salida de los huéspedes, la relación excesiva del debate secreto. Eran, pues, ciertos los rumores del día. No habían pasado inadvertidos los movimientos y las ansias de los anfitriones para los huéspedes recién llegados. Lo que de privado se dice en los círculos del país, parecían saberlo ellos. Que Blaine toma por suya, como su idea y creación, la conferencia, y para sí quiere, y no quiere para los demás, el triunfo que espera de ella. Que por dentro tiene servidores, y por fuera látigos. Que Harrison no ve con malos ojos la extensión del poder del norte, pero no quiere que Blaine use como instrumento suyo y derecho mayor a la presidencia que viene, el congreso en que el interés de la nación ha de estar por encima del de Blaine. Que Blaine puso a Trescott de candidato para la presidencia del congreso, porque de seguro el país no lo había de permitir, como no lo permitió, así que la candidatura vacante a última hora, había de caer en Blaine, que parecía no apetecerla. Que el afán de Blaine estaba patente en el empeño con que de días atrás venía la prensa que lo favorece insistiendo en que la presidencia de todos los congresos internacionales, del de Panamá en 1826, del de Lima en 1827, del de 1856 en París, de los de Berlín y Constantinopla en 1878, había sido del Secretario de Estado del país que convocó al congreso. Que a Henderson, el candidato de Harrison, lo sacó hábilmente Blaine en la competencia con la candidatura de Trescott, superior a Henderson en lenguas y diplomacia. Que tenía los lebreles preparados el secretario para que cayesen sobre cuantos, del país o de afuera, le estorbasen la candidatura.

Y en la relación del periódico se daba por cierta la versión del día. «El Congreso de Blaine, decía, se ha inaugurado con una tormenta. En enérgico

castellano protestó Chile, por boca del ministro Varas, contra el conato de poner de presidente a Blaine, en un congreso de que Blaine no es miembro: Chile cree indecoroso y ridículo que se dé semejante carácter, de coro de persona, a un concierto de naciones»; «Manuel Quintana y Roque Sáenz Peña, de la Argentina, dice el diario, y Varas y Alfonso, de Chile, capitanearon el ataque contra Blaine, con la simpatía y ayuda de muchos otros delegados». «Momento hubo, continúa el relato, en que se vio cerca el peligro de que las delegaciones hostiles a Blaine se retiraran, desde aquella sesión previa, del congreso». Asomaron, dicen, obligaciones disimuladas. Callaron, cuentan, por temor los que por la mucha cercanía o la esperanza de caudales, no tienen las manos libres en las deliberaciones. Un diario publica que, al salir del debate agitado, muchos miembros del congreso proclamaban que no asistirían al día siguiente a la sesión inaugural. Otro periódico, casi todos, anunciaron que la Argentina y Chile se separaban del congreso. «No es cierto, dice el Post, que se separen sino que Chile no ve con ojos serenos que presida donde él se sienta el que le quiso privar, con su política de negocios, del bien que tiene Chile por suyo; y la Argentina creyó que debía pensar como él; pero cedieron ambos cortésmente a la mayoría del congreso». Son acá levadura viva los celos de Inglaterra, y el Sun maligno, aliado demócrata de Blaine, denuncia a los que se le opusieron en la sesión como «empleados e instrumentos de Inglaterra». El tren palacio está rodando ya de vuelta de West Point: lleva siete coches, y uno con baño y barbería y biblioteca y salón de beber, y otro con comedor de cocina francesa y cinco criados, y otro con la prensa y la electricidad y cinco para habitación de los viajeros, con el criado al pie, y el colchón de plumas, y la luz eléctrica a la cabecera: la máquina es maravilla, por ligera y segura, y da el calor, y mueve los frenos: no mudaron de carros en las cinco mil cuatrocientas millas los viajeros, ni hubo tren palacio más cómodo y ostentoso. En él no van ni la Argentina, ni México, ni Chile, ni Lafayette Rodríguez, ni Bolivia. Era largo el viaje para los delegados. Se han quedado en Washington.

(La Nación. Buenos Aires, 14 de noviembre de 1889)

Congreso internacional de Washington

Nueva York, 2 de noviembre de 1889

Señor Director de La Nación:

«Los panamericanos», dice un diario, «El Sueño de Clay», dice otro. Otro: «La justa influencia». Otro: «Todavía no». Otro: «Vapores a Sudamérica». Otro: «El destino manifiesto». Otro: «Ya es nuestro el golfo». Y otros: «¡Ese congreso!», «Los cazadores de subvenciones», «Hechos contra candidaturas», «El Congreso de Blaine», «El paseo de los panes», «El mito de Blaine». Termina ya el paseo de los delegados, y están al abrirse las sesiones del congreso internacional. Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.

En cosas de tanto interés, la alarma falsa fuera tan culpable como el disimulo. Ni se ha de exagerar lo que se ve, ni de torcerlo, ni de callarlo. Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se los puede evitar. Lo primero en política, es aclarar y prever. Sólo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del universo, como en Colombia, o para obligarlos,

como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio.

De raíz hay que ver a los pueblos, que llevan sus raíces donde no se las ve, para no tener a maravilla estas mudanzas en apariencia súbitas, y esta cohabitación de las virtudes eminentes y las dotes rapaces. No fue nunca la de Norteamérica, ni aun en los descuidos generosos de la juventud, aquella libertad humana y comunicativa que echa a los pueblos, por sobre montes de nieve, a redimir un pueblo hermano, o los induce a morir en haces, sonriendo bajo la cuchilla, hasta que la especie se pueda guiar por los caminos de la redención con la luz de la hecatombe. Del holandés mercader, del alemán egoísta, y del inglés dominador se amasó con la levadura del ayuntamiento señorial, el pueblo que no vio crimen en dejar a una masa de hombres, so pretexto de la ignorancia en que la mantenían, bajo la esclavitud de los que se resistían a ser esclavos.

No se le había secado la espuma al caballo francés de Yorktown cuando con excusas de neutralidad continental se negaba a ayudar contra sus opresores a los que acudieron a libertarlo de ellos, el pueblo que después, en el siglo más equitativo de la historia, había de disputar a sus auxiliares de ayer, con la razón de su predominio geográfico, el derecho de amparar en el continente de la libertad, una obra neutral de beneficio humano. Sin tenderles los brazos, sino cuando ya no necesitaban de ellos, vio a sus puertas la guerra conmovedora de una raza épica que combatía, cuando estaba aún viva la mano que los escribió, por los principios de albedrío y decoro que el norte levantó de pabellón contra el inglés: y cuando el sur, libre por sí, lo convidó a la mesa de la amistad, no le puso los reparos que le hubiera podido poner, sino que con los labios que acababan de proclamar que en América no debía tener siervos ningún monarca de Europa, exigió que los ejércitos del Sur abandonasen su proyecto de ir a redimir las islas americanas del golfo, de la servidumbre de una monarquía europea. Acababan de unirse, con no menor dificultad que las colonias híbridas del Sur, los trece Estados del Norte y ya prohibían que se fortaleciese, como se hubiera fortalecido y puede fortalecerse aún, la unión necesaria de los pueblos meridionales, la unión posible de objeto y espíritu, con la independencia de las islas que la naturaleza les ha puesto de pórtico y guarda. Y cuando de la verdad de la vida, surgió, con el candor de las selvas y la sagacidad y fuerza de las criaturas que por tener más territorio para esclavos, se entraron de guerra por un pueblo vecino, y le sajaron de la carne viva una co-

marca codiciada, aprovechándose del trastorno en que tenía al país amigo la lucha empeñada por una cohorte de evangelistas para hacer imperar sobre los restos envenenados de la colonia europea, los dogmas de libertad de los vecinos que los atacaban. Y cuando de la verdad de la pobreza, con el candor del bosque y la sagacidad y poder de las criaturas que lo habitan, surgió, en la hora del reajuste nacional, el guía bueno y triste, el leñador Lincoln, pudo oír sin ira que un demagogo le aconsejará comprar, para vertedero de los negros armados que le ayudaron a asegurar la unión, el pueblo de niños fervientes y de entusiastas vírgenes que, en su pasión por la libertad, había de ostentar poco después, sin miedo a los tenientes madrileños, el luto de Lincoln; pudo oír, y proveer de salvoconducto al mediador que iba a proponerle al Sur torcer sus armas sobre México, donde estaba el francés amenazante, y volver con crédito insigne a la República, con el botín de toda la tierra, desde el Bravo hasta el Istmo. Desde la cuna soñó en estos dominios el pueblo del Norte, con el «nada sería más conveniente» de Jefferson; «con los trece gobiernos destinados» de Adams; con «la visión profética» de Clay; con «la gran luz del Norte» de Webster; con «el fin es cierto, y el comercio tributario» de Summer; con el verso de Sewall, que va de boca en boca, «vuestro es el continente entero y sin límites»; con «la unificación continental» de Everett; con la «unión comercial» de Douglas; con «el resultado inevitable» de Ingalls, «hasta el istmo y el polo»; con la «necesidad de extirpar en Cuba», de Blaine, «el foco de la fiebre amarilla»; y cuando un pueblo rapaz de raíz, criado en la esperanza y certidumbre de la posesión del continente, llega a serlo, con la espuela de los celos de Europa y de su ambición de pueblo universal, como la garantía indispensable de su poder futuro, y el mercado obligatorio y único de la producción falsa que cree necesario mantener, y aumentar para que no decaigan su influjo y su fausto, urge ponerle cuantos frenos se puedan fraguar, con el pudor de las ideas, el aumento rápido y hábil de los intereses opuestos, el ajuste franco y pronto de cuantos tengan la misma razón de temer, y la declaración de la verdad. La simpatía por los pueblos libres dura hasta que hacen traición a la libertad; o ponen en riesgo la de nuestra patria.

Pero si con esas conclusiones a que se llega, a pesar de hechos individuales y episodios felices, luego de estudiar la relación de las dos nacionalidades de América en su historia y elementos presentes, y en el carácter constante y renovador de los Estados Unidos, no se ha de afirmar por eso que no hay en ellos sobre estas cosas más opinión que la agresiva y temible, ni el caso concreto del congreso, en que entran agentes contradictorios, se ha de ver

como encarnación y prueba de ella, sino como resultado de la acción conjunta de factores domésticos afines, personales y públicos, en que han de influir resistiendo o sometiéndose los elementos hispanoamericanos de nacionalidad e interés; los privilegios locales y la opinión de la prensa, que según su bando o necesidad es atrevida en el deseo, o felina y cauta, o abyecta e incondicional, o censoria y burlona. No hubo cuando el discurso inaugural de Blaine quien dijese por el decoro con que conviene enseñarse al extranjero, que fue el discurso como un pisto imperial, hecho de retazos de arengas, del marqués de Landowne, y de Henry Clay; pero, vencida esta tregua de cortesía, mostró la prensa su variedad saludable, y en ella se descubre que la resistencia que el pudor y el interés imponen, frente a la tentativa extemporánea y violenta de fusión, tiene como aliados naturales los privilegios de la industria local que la fusión lastimará, y los diarios de más concepto, y pensamiento del país. Así que yerra quien habla en redondo, al tratar del congreso, de estas o aquellas ideas, de los Estados Unidos, donde impera, sin duda, la idea continental y particularmente entre los que disponen hoy del mando, pero no sin la flagelación continua de los que ven en el congreso, desde su asiento de los bastidores, el empuje marcado de las compañías que solicitan subvenciones para sus buques, o el instrumento de que se vale un político hábil y conocedor de sus huestes, para triunfar sobre sus rivales por el agasajo doble a las industrias ricas, ofreciéndoles, sin el trabajo lento de la preparación comercial, los mercados que apetecen, y a la preocupación nacional, que ve en Inglaterra su enemigo nato, y se regocija con lo mismo que complace a la masa irlandesa, potente en las urnas. Hay que ver, pues, cómo nació el congreso, en qué manos ha caído, cuáles son sus relaciones ocasionales de actualidad con las condiciones del país, y qué puede venir a ser en virtud de ellas, y de los que influyen en el congreso y lo administran.

Nació en días culpables, cuando la política del secretario Blaine en Chile y el Perú salía tachada del banco del reo donde la sentó Belmont, por la prueba patente de haber hecho de baratero para con Chile en las cosas del Perú, cuya gestión libre impedía con ofrecimiento que el juicio y el honor mandaban rechazar, como que en forma eran la dependencia del extraño, más temible siempre que la querella con los propios, y por base tuvo el interés privado de los negocios de Landreau a que servía de agente confeso el ministro de los Estados Unidos, que de raíz deslucieron, por manos del republicano Frelinghuysen, lo que «sin derecho ni prudencia» había mandado hacer, encontrándose de voceador en la casa ajena, el republicano Blaine,

quién perturbaba y debilitaba a los vencidos, con promesas que no les había de cumplir, o traían el veneno del interés, y a los vencedores les daba derecho a desconocer una intervención que no tenía las defensas de la suya, y a la tacha de mercenaria unía la de invasora de los derechos americanos. Los políticos puros viven de la fama continua de su virtud y utilidad, que los excusa de escarceos deslumbrantes o atrevimientos innecesarios, pero los que no tienen ante el país esta autoridad y mérito recurren, para su preponderancia y brillo, a complicidades ocultas, con los pudientes, y a novedades osadas y halagadoras. A esos cortejos del vulgo hay que vigilar, porque por lo que les ve hacer se adivina lo que desea el vulgo. Las industrias estaban ya protegidas en los apuros de la plétora, y pedían política que les ayudase a vender y barcos donde llevar sus mercancías a costa de la nación. Las compañías de vapores, que a condición de reembolso anticipan a los partidos en las horas de aprieto, sumas recias, exigían, seguras de su presa, las subvenciones en lo privado otorgadas. El canal de Panamá, daba ocasión para que los que no habían sido capaces de abrirlo quisiesen impedir que «la caduca Europa» lo abriese, o remedar la política de «la caduca Europa» en Suez, y esperar a que otros lo rematasen para rodearlo. Los del guano de Landreau vieron que era posible convertir en su agencia particular la Secretaría de Estado de la nación. Se unieron el interés privado y político de un candidato sagaz, la necesidad exigente de los proveedores del partido, la tradición de dominio continental perpetuada en la república, y el caso de ponerla a prueba en un país revuelto y débil.

Surgió de la secretaría de Blaine el proyecto del congreso americano, con el crédito de la leyenda, el estímulo oculto de los intereses y la magia que a los ojos del vulgo tienen siempre la novedad y la osadía.

Y eran tan claras sus únicas razones que el país, que hubiera debido agradecerlo, lo tachó de atentatorio e innecesario. Por la herida de Guiteau salió Blaine de la secretaría. Su mismo partido, luego de repudiarle la intervención en el Perú, nombró no sin que pasasen tres años, una comisión de paz que fuera para la América, sin muchos aires políticos, a estudiar las causas de que fuera tan desigual el comercio, y tan poco animada la amistad entre las dos nacionalidades del continente. Hablaron del congreso en el camino, y lo recomendaron a la casa y al senado a su vuelta.

Las causas de la poca amistad eran, según la comisión, la ignorancia y soberbia de los industriales del Norte, que no estudiaban ni complacían a los

mercados del Sur; la poca confianza que les mostraban en los créditos en que es Europa pródiga; la falsificación europea de las marcas de los Estados Unidos; la falta de bancos y de tipos comunes de pesas y medidas; los «derechos enormes» de importación que «podrían removerse con concesiones recíprocas»; las muchas multas y trabas de aduana, y «sobre todo, la falta de comunicación por vapores».

Estas causas, y ninguna otra más. Estaba en el gobierno, a la vuelta de la comisión, el partido demócrata, que apenas podía mantener contra la mayoría de sus parciales, gracias a la bravura de su jefe, la tendencia a favorecer al comercio por el medio natural de la rebaja del costo de la producción; y es de creer, por cuanto los de esta fe dijeron entonces y hoy escriben, que no hubiera arrancado de los demócratas este plan del congreso, nunca muy grato a sus ojos, por tener ellos en la mente, con la reducción nacional del costo de la vida y de la manufactura, el modo franco y legítimo de estrechar la amistad con los pueblos libres de América. Pero no puede oponerse impunemente un partido político a los proyectos que tienden, en todo lo que se ve, a robustecer el influjo y el tráfico del país; ni hubiera valido a los demócratas poner en claro los intereses censurables que originaron el proyecto, porque en sus mismas filas, ya muy trabajadas por la división de opiniones económicas, encontraban apoyo decisivo los industriales necesitados de consumidores, y las compañías de buques, que pagan con largueza en uno u otro partido, a quienes las ayudan. La autoridad creciente de Cleveland, caudillo de las reformas, apretaba la unión de los proteccionistas de ambos partidos, y preparaba la liga formidable de intereses que derrotó en un esfuerzo postrero su candidatura. La angustia de los industriales había crecido tanto desde 1881, cuando se tachó la idea del congreso de osadía censurable, que en 1888, cuando aprobaron la convocatoria las dos casas, fue recibida por la mucha necesidad de vender, más natural y provechosa que antes. Y de este modo vino a parecer unánime, y como acordado por los dos bandos del país, el proyecto nacido de la conjunción de los intereses proteccionistas con la necesidad política de un candidato astuto. Cabe preguntar si, despejados estos dos elementos del interés político del candidato, y el pecuniario de las empresas que lo mantienen, hubiera surgido la idea de un nuevo interés, y por sucesos favorables a la ampliación del plan, a un extremo político en que culminan, con la vehemencia de una candidatura desesperada, las leyendas de expansión y predominio a que han comenzado a dar cuerpo y fuerza de plan político, la guerra civil de un pueblo rudimentario, y los celos de repúblicas que de-

bieran saber recatarlos de quien muestra la intención y la capacidad de aprovecharse de ellos.

Los caudales proteccionistas echaron a Cleveland de la Presidencia. Los magnates republicanos tienen parte confesa en las industrias amparadas por la protección. Los de la lana contribuyeron a las elecciones con sumas cuantiosas, porque los republicanos se obligaban a no rebajar los derechos de la lana. Los del plomo contribuyeron para que los republicanos cerrasen la frontera al plomo de México. Y los del azúcar. Y los del cobre. Y los de los cueros, que hicieron ofrecer la creación de un derecho de entrada. El congreso estaba lejos. Se prometía a los manufactureros el mercado de las Américas: se hablaba, como con antifaz, de derechos misteriosos y de «resultados inevitables»: a los criadores y extractores se les prometió tener cerrado a los productos de afuera el mercado doméstico; no se decía que la compra de las manufacturas por los pueblos españoles habría de recompensarse comprándoles sus productos primos, o se decía que habría otro modo de hacérselos comprar, «el resultado inevitable», «el sueño de Clay», «el destino manifiesto»; el verso de Sewall, corría de diario en diario, como lema del canal de Nicaragua: «o por Panamá, o por Nicaragua, o por los dos, porque los dos serán nuestros»; «ya es nuestra la península de San Nicolás, en Haití, que es la llave del golfo», triunfó con la fuerza oculta de la leyenda, redoblada con la necesidad inmediata del poder, el partido que venía uniendo en sus promesas la una a la otra.

Y al realizarse el congreso, y chocar los intereses de los manufactureros con los de los criadores y extractores, se ve de realce la imposibilidad de asegurar la venta al fabricante proteccionista sin cerrar en cambio el mercado de la nación, por la entrada libre de los frutos primos a los extractores y criadores proteccionistas; y la necesidad de salir del dilema de perder el poder en las elecciones próximas por falta de su apoyo, o conservar su apoyo por el prestigio de convenios artificiales, obtenidos a fuerza de poder, viene a juntarse, reuniendo el interés general del partido, al constante y creciente del candidato que busca programa a la ocasión de influjo excepcional que ofrece al pueblo que lo espera y prepara desde sus albores, el período de mudanza en que, por desesperación de su esclavitud unos, y por el empuje de la vida los otros, entran los pueblos más débiles e infelices de América, que son, fuera de México, tierra de fuerza original, los pueblos más cercanos a los Estados Unidos. Así el que comenzó por ser ardid prematuro de un aspirante diestro, viene a ser, por la conjunción de los cam-

bios, y aspiraciones a la vida de los pueblos del golfo, de la necesidad urgente de los proteccionistas, y del interés de un candidato ágil que pone a su servicio la leyenda, el planteamiento desembozado de la era del predominio de los Estados Unidos sobre los pueblos de la América.

Y es lícito afirmar esto, a pesar de la aparente mansedumbre de la convocatoria, porque a ésta, que versa sobre las relaciones de los Estados Unidos con los demás pueblos americanos, no se la puede ver como desligada de las relaciones, y tentativas, y atentados confesos, de los Estados Unidos en la América, en los instantes mismos de la reunión de sus pueblos sino que por lo que son estas relaciones presentes se ha de entender cómo serán, y para qué, las venideras; y luego de inducir la naturaleza y Objeto de las amistades proyectadas, habrá de estudiarse a cuál de las dos Américas convienen, y si son absolutamente necesarias para su paz y vida común, o si estarán mejor como amigas naturales sobre bases libres, que como coro sujeto a un pueblo de intereses distintos, composición híbrida y problemas pavorosos, resuelto a entrar, antes de tener arreglada su casa, en desafío arrogante, y acaso pueril, con el mundo. Y cuando se determine si los pueblos que han sabido fundarse por sí, y mejor mientras más lejos, deben abdicar su soberanía en favor del que con más obligación de ayudarles no les ayudó jamás, o si conviene poner clara, y donde el universo la vea, la determinación de vivir en la salud de la verdad, sin alianzas innecesarias con un pueblo agresivo de otra composición y fin, antes de que la demanda de alianza forzosa se encone y haga caso de vanidad y punto de honra nacional, -lo que habrá de estudiarse serán los elementos del congreso, en sí y en lo que de afuera influye él, para augurar si son más las probabilidades de que se reconozcan, siquiera sea para recomendación, los títulos de patrocinio y prominencia en el continente, de un pueblo que comienza a mirar como privilegio suyo la libertad, que es aspiración universal y perenne del hombre, y a invocarla para privar a los pueblos de ella-, o de que en esta primera tentativa de dominio, declarada en el exceso impropio de sus pretensiones, y en los trabajos coetáneos de expansión territorial e influencia desmedida, sean más, si no todos, como debieran ser los pueblos que, con la entereza de la razón y la seguridad en que están aún, den noticia decisiva de su renuncia a tomar señor, que los que por un miedo a que sólo habrá causa cuando hayan empezado a ceder y reconocido la supremacía, se postren, en vez de esquivarlo con habilidad, al paso del Juggernaut desdeñoso, que adelanta en triunfo entre turiferarios alquilones de la tierra invasora aplastando cabezas de siervos.

rica, con estar en pañales, lo mismo; y México ha puesto sobre sus pies con sus pesos mestizos a dos compañías rubias de vapores, cuando no pensaba en su prole necesitada la superioridad rubia; y es patente que no hay por qué hacer con guía de otros aquello de que se le ha dado al guía lección adelantada. Otra proposición es recomendable; porque entre pueblos llanos y amigos no debe haber fórmulas nimias ni diversas, y conviene a todos que sean unas las de los documentos mercantiles, y las de despachos de aduana, así como lo de la propuesta que sigue, sobre uniformidad de pesas y medidas, y leyes sobre marcas y privilegios, y sobre extradición de criminales.

Ni la idea de la moneda común es de temer, porque cuanto ayude al trato de los pueblos es un favor para su paz, y una causa menos de encono y recelo, y si se puede acordar, con un sistema de descuentos fijos o con el reconocimiento de un valor convencional, el valor relativo y constante de la plata de diversos cuños, no hay por qué estorbar el comercio sano y apetecible con la fluctuación de la moneda, ni de negar en un tanto al peso de menos plata, el crédito que entre pueblos amigos se concede al peso nominal de papel. Ni sería menos que excelente la proposición del arbitraje, caso de que no fuera con la reserva mental del Herald de Nueva York, que no es diario que habla sin saber, y dice que todavía no es hora de pensar en el protectorado sobre la América: sino que eso se ha de dejar para cuando estén las cosas bien fortificadas; y sea tanta la marina que vuelva vencedora de una guerra europea, y entonces, con el crédito del triunfo, será la ocasión de intentar «lo que ha de ser, pero que por falta de fuerzas no se ha de intentar ahora». Excelente cosa sería el arbitraje, si en estos mismos meses hubiesen dado pruebas de quererlo realmente los Estados Unidos en su vecindad, proponiéndolo a los dos bandos de Haití, en vez de proveer de armas al bando que le ha ofrecido cederle la península de San Nicolás, para echar del país al gobierno legítimo, que no se la quiso ceder. El arbitraje sería cosa excelente, si no hubieran de estar sometidas las cuestiones principales de América, que han de ser dentro de poco, si a tiempo no se ordenan, las de las relaciones con el pueblo de Estados Unidos, de intereses distintos en el universo, y contrarios en el continente, a los de los pueblos americanos, a un tribunal en que, por aquellas maravillas que dieron en México el triunfo a Cortés, y en Guatemala a Alvarado, no fuera de temer, y aun de asegurar, que con el poder de la bolsa, o el del deslumbramiento, tuviera el león más votos que los que pudieran oponer al coro de ovejas, el potro valeroso o el gamo infeliz. Cosa excelente sería el arbitraje, si fuera de esperar que en la plenitud de su pujanza sometiera a él sus apetitos la república que, aún adolescente, mandaba a los hermanos generosos que dejasen al hermano sin libertar, y que le respetasen su presa.

De una parte hay en América un pueblo que proclama su derecho de propia coronación a regir, por moralidad geográfica, en el continente, y anuncia, por boca de sus estadistas, en la prensa y en el púlpito, en el banquete y en el congreso, mientras pone la mano sobre una isla y trata de comprar otra, que todo el norte de América ha de ser suyo, y se le ha de reconocer derecho imperial del istmo abajo, y de otra están los pueblos de origen y fines diversos, cada día más ocupados y menos recelosos, que no tienen más

enemigo real que su propia ambición, y la del vecino que los convida a ahorrarle el trabajo de quitarles mañana por la fuerza la que le pueden dar de grado ahora. ¿Y han de poner sus negocios los pueblos de América en manos de su único enemigo, o de ganarle tiempo, y poblarse, y unirse, y merecer definitivamente el crédito y respeto de naciones, antes de que ose demandarles la sumisión el vecino a quien, por las lecciones de adentro o las de afuera, se le puede moderar la voluntad, o educar la moral política, antes de que se determine a incurrir en el riesgo y oprobio de echarse, por la razón de estar en un mismo continente, sobre pueblos decorosos, capaces, justos, y como él, prósperos y libres?

Ni fuera para alarmar la propuesta de la unión aduanera, que permitiría la entrada libre de lo de cada país en todos los de la unión; porque con enunciarla se viene abajo, pues valdría tanto como ponerse a modelar de nuevo y aprisa quince pueblos para buscar acomodo a los sobrantes de un amigo a quien le ha entrado con apremio la necesidad, y quiere que en beneficio de él los vecinos se priven de todo, o de casi todo, lo que tienen compuesto en una fábrica de años para los gastos de la casa: porque tomar sin derechos lo de los Estados Unidos, que elaboran, en sus talleres cosmopolitas, cuanto conoce y da el mundo, fuera como echar al mar de un puñado la renta principal de las aduanas, mientras que los Estados Unidos seguirían cobrando poco menos que todas las suyas, como de lo que les viene de América no pasan de cinco los artículos valiosos y gravados al entrar: sobre que sería inmoral e ingrato, caso de ser posible por las obligaciones previas, despojar del derecho de vender en los países de América sus productos baratos a los pueblos que sin pedirles sumisión política les adelantan caudales y les conceden créditos, para poner en condición de vender sus productos caros e inferiores a un pueblo que no abre créditos ni adelanta caudales sino donde hay minas abiertas y provechos visibles, y exige además la sumisión.

¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo? ¿Por qué han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización? ¿Por qué tan deseosos de entrar en la casa ajena, mientras los que quieren echar de ella se les están entrando en la propia? ¿Por qué ajustar en la sala del congreso proyectos de reciprocidad con todos los pueblos americanos cuando un proyecto de reciprocidad, el de México, ajustado entre los dos gobiernos con ventajas mutuas, espera en vano de años atrás la sanción del congreso, porque se

oponen a él, con detrimento del interés general de la Nación, los intereses especiales heridos en el tratado?

En 1883, mientras iba la comisión convidando al congreso internacional ¿no se cerraron las puertas, para contentar a los criadores nativos, a las lanas sudamericanas? ¿No quiere el senado aumentar hoy mismo, cara a cara del congreso internacional, el gravamen de la lana de alfombras de los pueblos a quienes se invita a recibir sin derechos, y a consumir de preferencia los productos de un país que le excluye los suyos? ¿No acaba la Secretaría de Hacienda, mientras andan de convivialidades los panamericanos en Kentucky, de confirmar el derecho prohibitivo del plomo de México, a quien llama a tratar sobre la entrada libre de los productos del norte en la república mexicana, que ya les tiene acordada la entrada libre, y sólo espera a que la permita por su parte el congreso de los Estados Unidos? ¿No están levantando protestas los estancieros del oeste contra las compañías de vapores, que quieren valerse del partido que los estancieros ayudaron a vencer, para traer de venta de Sudamérica al este, con el dinero nacional, reses vivas y carnes frescas más baratas que las que pueden mandar del oeste por los ferrocarriles los estancieros de la nación? ¿Y a qué se convida a Chile, que exporta cobre, si el cobre del país, que ayudó tanto a los republicanos, les exige la condición, que fue cerrar la entrada al cobre? ¿Y los azucareros, para qué trajeron a los republicanos al poder, sino para que les cerraran las puertas al azúcar?

O se priva el gobierno republicano del apoyo de los proteccionistas que lo eligieron para que los mantuviese en su granjería, -lo que fuera sacrificio inútil, porque el congreso federal, que es de las empresas, reprobaría la deserción del gobierno. O se convida a los pueblos americanos a sabiendas, con la esperanza vaga de recobrar concesiones que los entraban para el porvenir, a formular tratados que de antemano desechan los poderes a quienes cumpliría ejecutarlos, y los intereses que los encumbraron al gobierno. O se espera reducir al congreso internacional, por artificios de política, y componendas con los pueblos deslumbrados y temerosos, a recomendaciones que funden el derecho eminente que se arrogan sobre América los Estados Unidos. O se les usa con suave discreción, en esperanzas de tiempos más propicios, de manera que sus acuerdos generales y admisiones corteses pasen ante los proteccionistas ansiosos y ante el país engolosinado con la idea de crecer, como premio de la obra mayor del protectorado decisivo sobre América, que no debe realizar el estadista mágico

desde su cárcel de la secretaría, sino en el poder y autoridad de la presidencia. Eso dice el Herald.

«¡Cómo que nos parece que este congreso no viene a ser más que una jugada política, una exhibición pirotécnica del estadista magnético, un movimiento brillante de estrategia anticipada para las próximas elecciones a la presidencia!». «A las compañías de vapores que ayudaron a ponerlo donde está es a quienes quiere contentar Blaine, -dice el Evening Post-, si ese congreso acuerda algunas recomendaciones vagas sobre la conveniencia de subvencionar líneas de vapores, y junta su tanto correspondiente de luz de luna sobre la fraternidad de los pueblos y las bellezas del arbitraje, a la horca se puede ir el congreso, que ya ha hecho lo que las compañías querían que hiciese». «Por cuanto se ve, va a parar este congreso en una gran caza de subvenciones para vapores», dice el Times. Toda esta fábrica pomposa levantada por los Estados Unidos es una divertidísima paradoja nacional: «¿no, pone en riesgo», dice el Herald de Filadelfia, «nuestra fama de pueblo sensato e inteligente?» Y el Herald de Nueva York comenta así: «¡Magnífico anuncio para Blaine!»

Pero el congreso comprenderá la propiedad de desvanecerse en cuanto le sea posible. En tanto, el gobierno de Washington se prepara a declarar su posesión de la península de San Nicolás, y acaso, si el ministro Douglas negocia con éxito, su protectorado sobre Haití: Douglas lleva, según rumor no desmentido, el encargo de ver cómo inclina a Santo Domingo al protectorado: el ministro Palmer negocia a la callada en Madrid la adquisición de Cuba: el ministro Migner, con escándalo de México, azuza a Costa Rica contra México de un lado y Colombia de otro: las empresas norteamericanas se han adueñado de Honduras: y fuera de saber si los hondureños tienen en la riqueza del país más parte que la necesaria para amparar a sus consocios y si está bien a la cabeza de un diario del gobierno un anexionista reconocido: por los provechos del canal, las visiones del progreso, están con las dos manos en Washington, Nicaragua y Costa Rica; un pretendiente a la presidencia hay en Costa Rica, que prefiere a la unión de Centroam - rica la anexión a los Estados Unidos: no hay amistad más ostensible que la del presidente de Colombia para el congreso y sus planes: Venezuela aguarda entusiasta a que Washington saque de la Guayana a Inglaterra, que Washington no se puede sacar del Canadá: a que confirme gratuitamente en la posesión de un territorio a un pueblo de América, el país que en ese mismo instante fomenta una guerra para quitarle la joya de su comarca y la

llave del golfo de México a otro pueblo americano; el país que rompe en aplausos en la casa de representantes cuando un Chipman declara que es ya tiempo de que ondee la bandera de las estrellas en Nicaragua como un Estado más del Norte.

Y el Sun dice así: «Compramos a Alaska ¡sépase de una vez! para notificar al mundo que es nuestra determinación formar una unión de todo el norte del continente con la bandera de las estrellas flotando desde los hielos hasta el istmo, y de océano a océano». Y el Herald dice: «La visión de un protectorado sobre las repúblicas del sur llegó a ser idea principal y constante de Henry Clay». El Mail and Express, amigo íntimo de Harrison, por una razón, y de Blaine por otra, llama a Blaine «el sucesor de Henry Clay, del gran campeón de las ideas americanas». «No queremos más que ayudar a la prosperidad de esos pueblos» dice el Tribune. Y en otra parte dice hablando de otro querer: «Esos pueden ser resultados definitivos y remotos de la política general que deliberadamente adoptaron ambos partidos en el congreso». «No estamos listos todavía para ese movimiento», dice el Herald: «Blaine se adelanta a los sucesos como unos cincuenta años». ¡A crecer, pues, pueblos de América, antes de los cincuenta años!

Nótase, pues, en la opinión escrita, mirando a lo hondo, una como idea táctica e imperante, visible en el mismo cuidado que ponen los más justos en no herirla de frente, como que nadie tacha de inmoral, ni de trabajo de salteador, aunque lo sería, la intentona de llevar por América en los tiempos modernos la civilización ferrocarrilera como Pizarro llevó la fe de la cruz; y la censura está a lo más en no hablar de las acciones por venir, ya porque, en lo real del caso de Haití, iniciaron los demócratas, a pesar de su moderación, la misma política de conquista de los republicanos, y fueron los demócratas en verdad los que con la compra de la Luisiana la inauguraran bajo Jefferson, ya porque la prensa vive de oír, y de obedecer la opinión más que de guiarla, por lo cual no osa condenar las alegaciones con que pudiera enriquecerse el país, aunque luego de hechas no haya de faltar quien las tache de crimen, como a la de Texas, que llaman crimen a secas Dana y Javier, y los biógrafos de Lincoln, por más que fuera mejor impedirlas antes de ser, que lamentarlas cuando han sido. Pero sí ha de notarse, porque es, que en lo más estimable de la prensa se pone de realce la imposibilidad de que el congreso venga a fines reales de comercio, por la oposición de soberanía de cada país con el rendimiento de ella que el congreso exige, y la de la política de las concesiones recíprocas que la convocatoria

apunta, con la de resistencia a la reciprocidad, a que de raíz están obligados los que reúnen a los pueblos de América para fingir, por aparato eleccionario o fin oculto, que la violan. El Times, el Post, el Luck, el Harper, el Advertiser, el Herald, tienen a bomba de jabón y a escenografía ridícula, la junta de naciones congregadas para que entren en liga contra el universo, en favor de un partido que no puede entrar en la liga a que convida, ni hacer, sin morir, lo que insta a sus asociados que hagan.

Blaine mismo, conoce que para el triunfo del mito en las elecciones, basta con que una semejanza de éxito, excusada de no ir a más por estarse al principio de la obra, alimente la fe que viene de Adams a Cutting, y estima que con el hecho del congreso, por el poder de la luz sobre los ojos débiles, ha de quedar realmente favorecida; pero muestra el temor de que se espere del congreso, por la mucha necesidad de las industrias, más de lo que ha de dar, que nada puede ser en esto del comercio sobre las bases proteccionistas de ahora, por lo que a tiempo hace saber, por un hijo hoy, y por un diario mañana, que no espera de la junta, en lo que se vea, sino preliminares de la fusión que ha de venir, y más resistencia que allegamiento, o allegamientos preparatorios. La política de la dignidad tiene, pues, por aliados voluntarios y valiosos, en el mismo país hostil, a los que por llevar la dignidad en sí, no conciben que pueda faltar en aquellos en quienes se ataca. Ni el que sacaría más provecho de la falta de ella, osa esperar que falte.

Y es voz unánime que el congreso no ha de ser más que junta nula, o bandera de la campaña presidencial, o pretexto de una cacería de subvenciones. Esto aguardan de los pueblos independientes de América los que, conocedores del bien de la independencia, no conciben que se pueda, sin necesidad mortal, abdicar de él. ¿Se entrarán, de rodillas, ante el amo nuevo, las islas del golfo? ¿Consentirá Centroamérica en partirse en dos, con la cuchillada del canal en el corazón, o en unirse por el sur, como enemiga de México, apoyada por el extranjero que pesa sobre México en el norte, sobre un pueblo de los mismos intereses de Centroamérica, del mismo destino, de la misma raza? ¿Empeñará, venderá Colombia su soberanía? ¿Le limpiarán el istmo de obstáculos a Juggernaut, los pueblos libres, que moran en él, y se subirán en su carro, como se subieron los mexicanos de Texas? ¿Por la esperanza de apoyo contra el extranjero de Europa, que por un espejismo de progreso, excusable sólo en mente aldeana, favorecerá Venezuela el predominio del extranjero más temible, por más interesado y cercano, que anuncia que se ha de clavar, y se clava a sus ojos, por toda la casa de Amé-

rica? ¿O debe llegar la admiración por los Estados Unidos hasta prestar la mano al novillo apurado, como la campesina de «La Terre»?

Eso de la admiración ciega, por pasión de novicio o por falta de estudio, es la fuerza mayor con que cuenta en América la política que invoca, para dominar en ella, un dogma que no necesita en los pueblos americanos de ajena invocación, porque de siglos atrás, aún antes de entrar en la niñez libre, supieron rechazar con sus pechos al pueblo más tenaz y poderoso de la tierra: y luego le han obligado al respeto por su poder natural, y la prueba de su capacidad, solos. ¿A qué invocar, para extender el dominio en Am -rica, la doctrina que nació tanto de Monroe como de Canning, para impedir en América el dominio extranjero, para asegurar a la libertad un continente? ¿O se ha de invocar el dogma contra un extranjero para traer a otro? ¿O se quita la extranjería, que está en el carácter distinto, en los distintos intereses, en los propósitos distintos, por vestirse de libertad, y privar de ella con los hechos, -o porque viene con el extranjero el veneno de los empréstitos, de los canales, de los ferrocarriles? ¿O se ha de pujar la doctrina en toda su fuerza sobre los pueblos débiles de América, el que tiene al Canadá por el Norte, y a las Guayanas y a Belice por el Sur, y mandó mantener, y mantuvo a España y le permitió volver, a sus propias puertas, al pueblo americano de donde había salido?

¿A qué fingir miedos de España, que para todo lo que no sea exterminar a sus hijos en las Antillas está fuera de América, y no la puede recobrar por el espíritu, porque la hija se le adelanta a par del mundo nuevo, ni por el comercio, porque no vive la América de pasas y aceitunas, ni tiene España en los pueblos americanos más influjo que el que pudiera volver a darle, por causas de raza y de sentimientos, el temor o la antipatía o la agresión norteamericana? ¿O los pueblos mayores de América, que tienen la capacidad y la voluntad de resistirla, se verían abandonados y comprometidos por las repúblicas de su propia familia que se les debían allegar, para detener, con la fuerza del espíritu unificado, al adversario común, que pudo mostrar su pasión por la libertad ayudando a Cuba a conquistarla de España, en vez de ayudar contra la libertad a España, que le profanó sus barcos, y le tasó a doscientos pesos las cabezas que quitó a balazos a sus hijos? ¿O son los pueblos de América estatuas de ceguedad, y pasmos de inmundicia?

La admiración justa por la prosperidad de los hombres liberales y enérgicos de todos los pueblos, reunidos a gozar de la libertad, obra común del

mundo, en una extensión segura, varia y virgen, no ha de ir hasta excusar los crímenes que atenten contra la libertad el pueblo que se sirve de su poder y de su crédito para crear en forma nueva el despotismo. Ni necesitan ir de pajes de un pueblo los que en condiciones inferiores a las suyas han sabido igualarlo y sobrepujarlo. Ni tienen los pueblos libres de América razón para esperar que les quite de encima al extranjero molesto el pueblo que acudió con su influjo a echar de México al francés, traído acaso por el deseo de levantarle valla al poder sajón en el equilibrio descompuesto del mundo, cuando el francés de México, le amenazaba por el sur con la alianza de los estados rebeldes, de alma aún latina; el pueblo que por su interés echó al extranjero europeo de la república libre a que arrancó en una guerra criminal una comarca que no le ha restituido. Walker fue a Nicaragua por los Estados Unidos; por los Estados Unidos, fue López a Cuba. Y ahora cuando ya no hay esclavitud con que excusarse, está en pie la liga de Anexión; habla Allen de ayudar a la de Cuba; va Douglas a procurar la de Haití y Santo Domingo; tantea Palmer la venta de Cuba en Madrid; fomentan en las Antillas la anexión con raíces en Washington, los diarios vendidos de Centroamérica; y en las Antillas menores, dan cuenta incesante los diarios del norte, del progreso de la idea anexionista; insiste Washington en compeler a Colombia a reconocerle en el istmo derecho dominante, y privarle de la facultad de tratar con los pueblos sobre su territorio; y, adquieren los Estados Unidos, en virtud de la guerra civil que fomentaron, la península de San Nicolás en Haití. Unos dan «el sueño de Clay» por cumplido. Otros creen que se debe esperar medio siglo más: otros, nacidos en la América española, creen que se debe ayudarlo.

El congreso internacional será el recuento del honor, en que se vea quiénes defienden con energía y mesura la independencia de la América española, donde está el equilibrio del mundo; o si hay naciones capaces, por el miedo o el deslumbramiento, o el hábito de servidumbre o el interés de consentir, sobre el continente ocupado por dos pueblos de naturaleza y objeto distintos, en mermar con su deserción las fuerzas indispensables, y ya pocas, con que podrá a la familia de una nacionalidad contener con el respeto que imponga y la cordura que demuestre, la tentativa de predominio, confirmada por los hechos coetáneos, de un pueblo criado en la esperanza de la dominación continental, a la hora en que se pintan, en apogeo común, el ansia de mercados de sus industrias pletóricas, la ocasión de imponer a naciones lejanas y a vecinos débiles el protectorado ofrecido en las profecías, la fuerza

material necesaria para el acometimiento, y la ambición de un político rapaz y atrevido.

(La Nación. Buenos Aires, 20 de diciembre de 1889)

La conferencia americana

Nueva York, 11 de diciembre de 1889

Señor Director de La Nación:

Diciembre está en sus últimos días hábiles, porque el fin del mes es aquí de pascuas todo, y no hay quien piense en más que en regalar o en recibir, ni mes del año en que las esquelas de amiga traigan más perfume, ni en que esquiven los galanes la presencia más, ni en que sean los niños tan obsequiosos y obedientes: luego, desconsolada, la esposa ligera dice a su amiga del corazón: «¡Y yo que hice tanto por tenerlo contento, y vea lo que me ha dado de pascuas, una lámpara!» Todos están en Washington de viaje, porque no hay representante ni senador, por canosa que tenga el alma, que no quiera ir a ver a quién le toca en el salón de su casa, a la campanada de la media noche, el beso a que da título el encuentro debajo de la rama del muérdago amoroso. El sur entierra, con las ciudades vestidas de crespón a su guía y símbolo, al herido célebre de Buena Vista, al que a caballo, deshecha la cabellera, flotándole a la espalda la esclavina, hambriento y exangüe a sus pies la confederación, más parecía espíritu que hombre, semejante a un árbol acuchillado por el rayo, y rondaba, ahora a escape, luego a paso de quien muere, por las calles lúgubres de Richmond; al que solo arrió el pabellón de su causa vencida para morir envuelto en él: a Jefferson Davis. El norte entierra, a tiempo que se levantan los «nuevos abolicionistas», los que quieren abolir la propiedad privada en los bienes de naturaleza pública, a uno de aquellos doce famosos, que sin más tesoro que su idea, ni más ejército que su voluntad, fundaron en Boston, befados y lapidados, la primera sociedad abolicionista de la esclavitud que fue el fundamento de la nueva nación. ¡Mal haya el que teme verse solo, o acompañado de los humildes, cuando tiene una idea noble que defender, y los de cuenta

de banco y botín de charol están del lado de los que la sofocan o abandonan!: los que huían como de la peste, de Oliver Johnson, y le murmuraban la levita verde y el pelo revuelto, ahora, con epicedios y antífonas, han ido, sombrero en mano, a acompañarlo a la tumba. Los diarios hablan mucho de las víctimas de la luz eléctrica, que lleva en los alambres más poder que el que resiste la vida humana, o tiene gastada la cubierta aisladora, y abrasa y mata en segundos, a los pobres obreros, que mueren sobre los alambres, con un hilo ceñido a una pierna, y el opuesto en la mano, chirriándoles la carne, echando chispas la muñeca, comiéndoles la boca: un trabajador clava al poste en que murió su amigo, una alcancía, y a la mañana siguiente le echa en la falda a la viuda, que llora rodeada de sus tres hijos, ochocientos pesos: ¡pero muere un obrero cada día, y la caridad se cansa!

De la rapidez con que el presidente de la casa ha nombrado las comisiones, se habla mucho; de la agonía de la mujer que le cobró la honra a balazos al banquero, y ahora, deshecho el pulmón, cuentan que acaba en su celda; del padre que creía en lo que la Biblia dice sobre el poder de curar de la oración, y oró, y se le murieron sin medicina los dos hijos; de los discursos nobiliarios y aguileños del oráculo de la gente bolsuda; de Chauncey Depew, el que quiere «atar la América del Sur a la del Norte»; y para eso quiere «que sea aquí la Exposición»; del frenesí con que Chicago, anheloso de ganarse la voluntad del presidente, lo cercó y estrujó de manera, en su visita a la ciudad para el estreno del Auditorio, que las damas mismas del cortejo presidencial salieron de la muchedumbre sin plumas ni lazos.

Pero en Nueva York, como que ya están al llegar, lo de moda por la semana que entra, va a ser la excursión de los panamericanos. Tampoco parece que venga en masa a la gira la conferencia de naciones; aunque ya ondea desde ayer en la casa de las sesiones la bandera panamericana: -al fondo del campo azul, limpio de las estrellas usuales, la cruz de mayo: delante, cubriendo con las dos alas tendidas el norte y sur del continente, el águila: y el continente tiene alrededor un anillo de boda.

De los países de América se lee aquí en estos días mucho. En Haití, como que no halla fácil el camino el mulato Douglas para que Hyppolite, que ya es el dueño, cumpla lo que parece que ofreció, a los poderes del norte que lo proveyeron de ánimo, y de armas: y han ido, a estrenarse por aquellos mares, cuatro buques de guerra. El Tribune, de Nueva York, que en estas cosas sale hecho de la Secretaría de Estado, dice, a propósito de un artículo

donde se celebra la política de la Secretaría, «una política osada, original, definida, popular en la nación, que le asegure resultados de valor permanente», -que «hay sus señales de la disposición del Departamento de Estado a tomar en cuenta la importancia de obtener estaciones de carbón en la punta norte de Haití, y en otras partes.»

Hawai tiene aquí a un ministro Carter, que viene a pedir el protectorado. «Del canal de Nicaragua», dice el Tribune, «parece que está dispuesto a cuidarse el Departamento de Estado». Todo lo de Nicaragua y Costa Rica, y de la Unión de Centroamérica, se publica aquí día a día, con los detalles más minuciosos y razones por las que Nicaragua, que va a tener canal, no debía unirse a Guatemala, «que se le va a echar encima»; -y notas de las opiniones anexionistas de un Jiménez costarricense, que «prefiere ver a su patria anexada a los Estados Unidos, que convertida en estado de Centroamérica». Se publica mucho lo de la ciudad nueva del canal, que se va a llamar «América». «Este gobierno a la verdad» dice el Times, «habría de ver con mucho desagrado la entrada de Nicaragua en unión alguna, a menos que no quedase libre el canal de toda intervención del nuevo gobierno federal». «¿En qué dirección se ha de mover nuestra bandera?» dice el Sun en un artículo odioso, «¿sobre el norte, o sobre el sur, o sobre alguna de las

El senador Tall presenta en el congreso una proposición para que los Estados Unidos procuren, mediante una garantía «de la remuneración, que España consienta en permitir que sea la isla de Cuba una república libre e independiente» -«porque en la forma clara de venta», dice un comentador, «pudiera España verse obligada a no entrar por decoro, a pesar de la venta antigua de la Florida, en una senda que con esta forma se le allana». ¿Y a qué ir a buscar lo real de la proposición, cuando el Post de Washington, que es diario de buenos informes, la titula, al dar cuenta de ella, «una proposición para adquirir la isla de Cuba», y es sabido que van a presentarse otras, en otras partes, con ese mismo disfraz, y el mismo objeto?

Y el Tribune, al fin de su artículo sobre «posibilidades diplomáticas», «no sabe si la administración está preparándose o no a una serie de golpes brillantes en las Antillas, Nicaragua, Hawai o los Mares del Sur''.

Los delegados de la conferencia de Panamérica vienen en esta semana que entra a las fiestas de Nueva York, a ver la escuela normal, a visitar los

paseos y los asilos y una joyería, a presenciar el ejercicio de un regimiento de milicias y de la policía, a la recepción del Club republicano «Union League», al banquete de la Unión Comercial Hispanoamericana, a oír el Trovador en alemán en el Metropolitan, y la parodia de Robert Macaire en el Casino; -en una de las noches, fiel, en la nieve, los recibirá en sesión de honor, la Sociedad Literaria Hispanoamericana.

Y éstas son las primeras vacaciones de la conferencia, después de su sesión preparatoria. Entra en las fiestas con las comisiones nombradas. Del 18 de noviembre acá no ha habido más en la conferencia que los primeros codeos y reconocimientos; la prisa marcada, y puesta a raya pronto, de los que creían que la conferencia con «esa gente del sur» era paseo libre; la resistencia tenaz y comedida a toda pretensión de inconformidad o predominio; y la labor regular de las comisiones de credenciales, de reglamento y de comisiones.

En la de credenciales presidió el ministro de México. En la de reglamento, México estuvo también, con D. Manuel Quintana, de la Argentina, y el juez Alfonso, de Chile, y el expresidente Caamaño, del Ecuador, y Jacinto Castellanos, salvadoreño, y Trescott, delegado a la conferencia ahora, y en otro tiempo agente de Estado en la época de Blaine, cuando su sucesor revocó por el cable las instrucciones que llevaba al Perú, de intervención y guerra. La de comisiones propuso las juntas de estudio en que la conferencia se ha de dividir: una es sobre la unión aduanera, y otra sobre vías de comunicación de tierra y mar: sobre la uniformidad de los derechos de puerto es una y otra sobre la de las pesas y medidas, y otra sobre disposiciones sanitarias: para privilegios y propiedad literaria hay comisión aparte, y para la extradición y para bancos. Otra es sobre la unificación de la moneda: otra sobre leyes internacionales: y sobre arbitraje y asuntos afines otra. Una comisión ejecutiva de cinco miembros cuidará de todo lo disciplinario y formal de la conferencia y de sus publicaciones. ¿Y quién nombrará las comisiones?

En los debates sobre el sorteo de los vicepresidentes; de los secretarios; sobre el quórum; sobre la firma de las actas, había defendido su parecer con minuciosidad y tesón D. Manuel Quintana, delegado de la Argentina, que a Henderson, que con inoportuna chanza quiso como censurarle su ausencia del paseo, le respondió, seco y erguido: «yo he estado donde me mandaba mi deber y donde me pareció mejor estar», -que a uno de los delegados

colombianos, en disputa sobre si debían llamarse acuerdos o decisiones, los dictámenes de la conferencia, contestó así: «lo mismo es que se llamen acuerdos o decisiones u opiniones o pareceres, puesto que en nada pueden obligar a las delegaciones que disientan de ellos, ni a sus gobiernos»; -que a Blaine, cuando le dijo, según cuentan: «en Boston dirían de usted por su figura, señor delegado, que era un rector de universidad», repuso inclinándose, «en mi país, señor secretario, todos tenemos la misma figura». Unos tenían a puntillo excesivo el del delegado argentino, que en lo de menos importancia aparente hacía hincapié, sin ceder cuando creía estar en las prácticas y en la previsión, ni insistir cuando el aviso de la vigilancia continua había sido acaso su único propósito. Y otros creían que en una reunión de hombres de pueblos cordiales y caballerescos, y en quienes pudiera ser mayor, por la predicación hiperbólica y el ansia ciega de progreso, el entusiasmo por lo ejemplar del norte que el conocimiento de lo temible de él, era de necesidad urgente que, por algunos al menos, se extremase la cautela, visto el peligro de que por otros se extremase la confianza, sobre todo cuando parece que se pudo notar en los primeros días, una como impaciencia de todo freno, y mal humor por toda demora, de parte de la delegación norteamericana, que en su más sutil expresión debió sujetarse desde el nacer, por el decoro de los pueblos que es acá uso desdeñar, si era descortesía, -y por el cumplimiento de sus deberes, si se trataba de llevar asuntos de tal monta, a la loca, y como quien no ve. Y hay razón para sospechar que éste fue el caso, y que el remedio fue bien puesto, porque los diarios que están cerca del secretario intentaron sofocar el «orador del congreso» como le llama el Export and Finance, con una campaña de ridículo, y acusaciones de venir vendido a los ingleses, y pinturas de cuando sacaba el sorteo «serio como una lechuza», -a todo lo que se ha sobrepuesto él manteniendo, sin atender a la invectiva, los puntos de práctica y de dogma en que es maestro sagaz, recabando con su elocuencia acerada y sencilla el asentimiento de sus colegas, abatiéndole la soberbia a algún norteño menos conocedor de cosas internacionales, -y levantándose a proponer que se dejara el nombramiento de las comisiones al Secretario de Estado.

Acaso quedan apuntados ya los temas y caracteres salientes de los debates en esta sesión preparatoria. Se trató de los vicepresidentes, y quedó acordado que presidieran los delegados por sorteo, aunque luego se vio que ser experto en un ramo u otro es una cosa, y otra presidir donde hay tanto interés variado y opuesto, a pesar del águila de las dos alas y el anillo: y más cuando entre los delegados son muchos los que desconocen el inglés, por lo

que se volvió sobre el acuerdo del sorteo, y por elección quedaron nombrados vicepresidentes, dándoles por suerte los títulos de primero y segundo, D. Juan Francisco Zegarra, el delegado del Perú, educado acá en el colegio del Georgetown, y aquel que goza ya en la conferencia fama de cauto y de letrado inglés: D. Matías Romero. Sobre los secretarios hubo debate, porque Quintana quería uno latino-inglés, y otro anglo-latino, que es lo que vino a ser al cabo, y Horacio Guzmán, el delegado de Nicaragua, que los del sur nombrasen el suyo, y los del norte otro: Guzmán y Zegarra fungieron de secretarios pero sólo mientras se decidía nombrar como permanente a Reinsen Whitehouse, de México, tenido aquí por muy perito en diplomacia y letras españolas, y al cubano Fidel Pierra, joven aún, hombre de mucho estudio y viveza natural, que en sus desahogos de comerciante próspero ha acaudalado práctica y saber en ambas lenguas. Sobre el quórum hubo debate largo, hasta que se convino en dar a cada delegación un voto, separado y nominal, sobre los asuntos expresos en la convocatoria, y en fijar como quórum las dos terceras partes de las delegaciones. Sobre la firma de las actas, la diferencia de ideas fue mayor, porque Estec, que tiene nombre de jurista, daba por bastante las actas firmadas por el presidente de la sesión y los secretarios, y Quintana decía: «¿Cómo ha de tener mi gobierno por buena un acta que no le va firmada por sus representantes?» y los representantes las firman.

Pero la sesión memorable de la conferencia, porque revela tal vez su pensamiento cardinal y el afán de los del norte de sacar pronto triunfante un fin oculto y concreto, fue sin duda aquella en que, en una junta de delegados reunidos para objetos especiales, y fuera de la órbita usual, y aparte de la diplomacia, propuso uno de los delegados norteamericanos el acto diplomático, y extraño a la conferencia, por mas que grato a toda mente liberal, de reconocer, en forma de saludo de la conferencia, a los Estados Unidos del Brasil, la república acelerada por la decisión del general Fonseca en los dominios, amenazados por la clerecía, del magnánimo D. Pedro.

Decía, con arranque juvenil, el vehemente Henderson: «¡Todos los lugares son propios y todos los tiempos convenientes, para expresar el deseo de ver a todos los pueblos convertidos en repúblicas!». Porque D. José Hurtado, colombiano, le puso la razón de que los delegados allí reunidos no tenían poder para declarar ni por sí, ni en junta, un reconocimiento de gobierno que pudiera, por una causa u otra, contrariar la voluntad desconocida de sus naciones. Dos delegados votaron por Henderson. ¡Pero todos, todos, al en-

trar con sus credenciales renovadas por la república los delegados del Brasil, rompieron, una vez y otra, en aplausos!

Lo demás, ha sido detalles de forma. El reglamento, ya se ha publicado. Por ahora habrá actas, y luego, tal vez, diario de sesiones. El castellano de las actas era mísero al principio, y ahora dicen que es suelto y elegante. Las sesiones son secretas, y sólo pueden asistir a ellas los delegados y sus secretarios oficiales, y los secretarios y taquígrafos. Guatemala ha dado gracias fervientes al Secretario de Estado por el favor, y la hermosura, y el lujo del paseo. Se reciben invitaciones numerosas; pero la conferencia ha decidido no tomarlas en cuenta como corporación, sino individualmente, y contestarlas por los secretarios, no sea que de los delegados se haga lo mismo que hizo Wanamaker, el secretario de correos, que por los respetos de su puesto logró que le visitasen su tienda, y ya allí, usó de ellos como tendero, y tuvo anuncio magno y singular, y venta grande el día de la visita.

Muchas proposiciones reciben también, y muchas más recibirán, y algunas embozadas, sin verse de donde vienen, y algunas inicuas. Y otras, como ésta: un Folson propone que se constituya un gobierno federal de toda la América, con el asiento en los Estados Unidos, y un sueldo de $ 500,000 anuales para el jefe. Y al que le dijo que eso sería imposible le señaló Folson el anillo de la bandera: «¿Qué más da, si está en seda, que esté en papel?».

Otra vez son tres reverendos los que llegan, y vienen, de levita larga y corbata blanca, a demostrar a los delegados la justicia de procurar la paz entre los hombres con la cordura del arbitramiento.

Y en la casa de representantes, cuando ya estaban en sus puestos los huéspedes ilustres y el vicepresidente de la república en la silla, y el Capitolio todo atento al elogio con que el presidente de la suprema corte, por encargo del congreso, conmemoraba la inauguración presidencial y el valor, y el desinterés, y los tiempos de Washington, rompió de pronto el aire un aplauso nutrido. ¿Fue al consejo de moderación o a la esperanza de mayor poder? Fue cuando dijo estas palabras el juez Fuller: «Es motivo de plácemes que el primer año de nuestro segundo siglo halle a los representantes de las tres Américas ocupados en aumentar las facilidades de las relaciones mercantiles consultando el curso natural de las cosas, difundiendo y diversificando por medios suaves las corrientes del trato, sin forzar

nada, con lo cual vendrán a ser más estrechos los lazos de amistad paternal y quedarán los pueblos de los dos continentes americanos con el dominio armonioso de todo el hemisferio».

(La Nación. Buenos Aires, 24 de enero de 1890)

La política internacional de los Estados Unidos

Nueva York, 3 de febrero de 1890

Señor Director de La Nación:

Estaba el teatro de la ópera en Nueva York colgado de pabellones con los escudos de los cuarenta y dos Estados por broches, para recibir en la fiesta magna a los nueve jueces de la Suprema Corte y celebrar con ellos el centenario de la primera reunión del tribunal eminente, que fue el primer martes de febrero de 1790: hoy, a los tres años de puesto en el boletín, ven el caso, porque el tiempo no les alcanzó para verlo antes, los nueve jueces: aquel martes, los cuatro magistrados que recibieron de presidente del tribunal al autor famoso y elegante de la «Alocución al pueblo inglés» levantaron la sesión «por falta de asuntos». De festones y guirnaldas estaba adornado el teatro; la música iba a ser de arte y de pompa; no había persona de viso que no estuviese convidada; se tenía para el banquete de la noche el mejor Madera, que es más para cortar que para beber: venía de Washington el presidente con sus secretarios. Y de pronto se le muere a Blaine una hija, a Blaine, que no hace un mes vio morir de un capricho del invierno, a su apoyo, a su confidente, a su primogénito Walker. Y un día después, cuando tenía sobrecogido a Washington las dos muertes súbitas y se decía de salón a salón que la casa en que viven los Blaine es casa fúnebre, húmeda, embrujada, donde un asesino quiso matar a Seward, al secretario de Lincoln en la guerra civil; pasan volando las bombas; sitian con las mangueras inútiles una casa suntuosa; se echa una mujer por la ventana y muere al caer, se ve orando, rodeada de llamas, a la hija del palacio, en su traje de alcoba; bajan los bomberos por la escala a un anciano sin sentido. Es la casa del Secretario de Marina: la que murió al caer, era la madre: la hija, en

sus ropas de noche murió quemada. «¿Y mi mujer?» preguntó el anciano, en el cuarto de la Casa Blanca, a Harrison que lo velaba a la cabecera. Harrison calló. «¡Muerta mi mujer!». «¿Y mi hija?». Harrison le dijo:

Las cóleras mayores se aplacaron ante aquel viento de muerte. ¡El padre trémulo, que se veía en su hijo mayor, y en su hija hermosa, y se ve solo, solo en la casa oscura, de pie entre sus ambiciones indomables, sin la que le traía flores a la mesa, sin el que le leía la voluntad en los ojos! ¡Y el rico de Brooklyn, el honrado Tracy, levantóse de su sueño de poderoso, entre dos cadáveres, magullada la mujer, la hija en cenizas! Se habló menos en Washington, se habló en voz más baja, de los temas que en estos días lo ocupan: del baile espléndido del ministro de México a sus colegas de la conferencia de naciones, donde el peruano Zegarra, el primer vicepresidente, llevó del brazo al comedor a la señora del argentino Sáenz Peña -de la sorpresa con que los delegados norteamericanos a la conferencia, celosos entre sí, han visto a los argentinos y brasileños presentar, brazo en brazo, el certero plan de arbitraje con que Sáenz Peña prepara la paz de los pueblos del sur, por el acuerdo de los que pudieran ver su interés en enconar sus luchas, y burlar, sin ofensa, a los que pretendían darse a la América por únicos árbitros-; del punto de decoro diplomático que ha levantado, con los textos y el derecho y la cortesía a su favor, el argentino D. Manuel Quintana, a quien recibió el presidente de la república como enviado diplomático que es, con los discursos y ceremonia de uso, sin que eso le valiera para que se le invitara el día de año nuevo a la Casa Blanca, por no ser -según mantiene el decano del cuerpo, el ministro italiano Fava, miembro del cuerpo diplomático-; de la fervorosa demanda que interpuso ante la comisión de comunicaciones marítimas de la conferencia, el naviero Hughes, cabeza actual de la casa de vapores de Ward, que afirma que sin vapores rápidos no puede haber comercio, y va y viene de Washington sin cesar, explicando la necesidad de las subvenciones, y lo imposible de ponerse a construir barcos de a setecientos mil pesos sin ayuda del gobierno», y su idea de construir, con la ayuda del gobierno, que es de hecho el dinero de la nación, tres vapores para la propiedad privada, tres vapores de a 16 millas por hora, que saliesen de Nueva York, a lo menos cada 20 días, «aunque para el comercio que se puede levantar, con ayuda del gobierno, cada diez días debería salir el vapor o cada siete»: y en un párrafo de su peroración, al augurar el éxito del ferrocarril interamericano de Helper, que es distinto del que por Cartagena y Cuzco proyecta el virgini-

ano Parson, ahora, dijo así el naviero: «Y si se ha de ver como al fin se verá, la maravilla de entrar en el tren palacio de Nueva York y bajarse del tren en Buenos Aires, séame lícito ir preparando de antemano esa empresa mayor, con la creación de la línea de vapores que ha de poner más al habla a las dos repúblicas más grandes del mundo». Veremos, dice un diario comentador, veremos si hay subvención, a pesar de que la recomiende la conferencia de la América y quién se la lleva en caso de que la haya: si la casa de Ward, que tiene a su lado a Blaine, y costeó los pasos de las procesiones y cientos de antorchas cuando la elección -o la línea del Brasil, que tiene los amigos más cerca de Harrison y de los demócratas-, o si la callada no les gana la mano por aquellos países, con su paso de Rodil, que abre y cierra las puertas con llave de oro, esa compañía que con los recursos modernos del comercio, ya que les va fallando el dominio sobre las conciencias, quiere restablecer en América, a modo de red, el poder clerical y la influencia española. O habrá «quien se eche al agua sin muletas» -dice el diario-, «y pruebe que si hay comercio de verdad él bastará para mantener los vapores». -Se habla menos de la «napoleonada de ese felino Fonseca» y se comenta la demora que los republicanos opusieron, por prudencia según ellos, y por amores monárquicos según sus enemigos, al reconocimiento «de una república que venía echando raíces de lejos y en nada se desacreditará con tropezar en sus primeros años con las mismas dificultades de celos de provincia, y espíritu centralizador, y de intereses esclavistas con que acá en el norte tropezamos nosotros». Se habla menos del debate de los senadores sobre el proyecto de ley que convida a los norteamericanos negros a expatriarse, a salir de su patria para siempre, para que no tengan que tratarlos como hombres, y sentarse a su lado en los carros, los norteamericanos blancos.

(La Nación. Buenos Aires, 20 de marzo de 1890)

El ferrocarril Interamericano y la Conferencia Panamericana

Por el telégrafo hemos sabido que las Comisiones de la Conferencia de Repúblicas en Washington han comenzado a presentar sus informes, y a estas horas acaso estarán ya todos prontos para el debate, que no parece

haya de ser mucho más empeñado que el que ha habido en el reposo de las sesiones preparatorias de cada Comisión: la más animada tal vez de todas ellas, fue, según cuentan los díceres, la de la Comisión de Comunicaciones en el Atlántico, cuando uno de los diez delegados de nuestros vecinos, que conoce poco al Paraguay, sugirió que, como era país pequeño, y muy dentro de tierra, y pobre, no quería entrar en gastos para subvencionar los vapores del Atlántico, que, en opinión de la Comisión, han de navegar, en relación a la cantidad que cada nación afronte, con las banderas, sobre esa base distribuidas, de las naciones que los paguen.

Y dicen que se levantó, imponente de figura, el delegado del Paraguay, uno de los padres del Paraguay moderno, el generoso y sensato, señor José Decoud, y en párrafos que resplandecían como oro, dijo que al Paraguay le sobraban a la vez el decoro y el dinero, y que «no se podría prescindir del

Los díceres cuentan que el discurso fue oído y comentado con respeto.

Se ha estado diciendo que era difícil obtener que los delegados norteamericanos asistiesen a las sesiones de las comisiones, o diesen votos terminantes en ellas -que entre ciertos países de la América Central no había más divisiones, aunque hay más de las necesarias y prudentes, que entre los diez delegados norteamericanos en el asunto de la plata, donde son tres los dictámenes, y todos opuestos-; que en la cuestión de las banderas de los vapores, hubo seriedad entre los delegados de las dos hablas, porque los argentinos insistían en que los buques de la línea subvencionada no llevaran por única bandera la del Norte, como quería el norteamericano, sino las de todas las naciones contribuyentes, repartidas según la suma que aportasen a la subvención total. Y se ha dicha que hubo buenos pases de armas, centelleantes y corteses, entre el puntilloso y capaz delegado Quintana, que sabe de leyes internacionales cuanto hay que saber, y un delegado de la otra habla que se resistía a dar voto sobre ellas, con el pretexto de que la ley defectuosa de los Estados Unidos se oponía a las justicias mutuas que iban envueltas en las opiniones de Quintana: «Pero no se ha de pedir» -dicen que dijo Quintana- «que los países que están más adelantados en leyes internacionales ajusten y rebajen las suyas al nivel de la legislación defectuosa de los menos adelantados».

Ya van saliendo a luz, como decimos, los informes de las Comisiones diversas. Hoy nos trae el correo la noticia detallada del de la Comisión de Ferrocarriles, que fue unánimemente adoptado por la Conferencia. No recomienda la Comisión en particular una u otra de las tres vías que se disputan el porvenir: la que arranca de los Estados Unidos, por México y la América Central, para ladear la del Sur por el Este -la que llevaría, por el Oeste, de Maracaibo en Venezuela a la Villa de la Concepción en la Argentina, y la que quiere ir de Cartagena a Cuzco, a entroncar con los ferrocarriles que van briscando, como en justificación de una raza mal comprendida, la metrópoli inca-. Aprueba la Comisión la idea de un ferrocarril
edios con que se pudiera llevar a cabo.

Lo primero sería, a juicio de los informantes, nombrar una Comisión Internacional de Ingenieros, a tres miembros por cada nación, divisible en subcomisiones, con poder de emplear cuantos ingenieros y ayudantes considerase necesarios, para estudiar las vías posibles, determinar su extensión verdadera, estimar su costo respectivo, y comparar sus ventajas recíprocas. A ser posible, el ferrocarril debe pasar por las ciudades principales cercanas a la vía, o construir ramales que lleven a ellas.

En cuanto se pueda, deben utilizarse las vías ya construidas. Luego se solicitarán propuestas de construcción, de la vía entera, o de las secciones separadas. La construcción, administración y explotación de la línea será del costo de los concesionarios, o de las personas a quienes éstos encarguen la obra o transfieran sus derechos, con autorización del gobierno respectivo. Los materiales entrarán libres de derechos, pero con sujeción a las disposiciones que se dicten para impedir el abuso de este privilegio. Toda la propiedad real y personal del ferrocarril usada en su construcción y explotación, estará exenta de toda especie de contribuciones. Debe subvencionarse, y ayudarse con concesiones de terrenos y garantías de un mínimum de interés, la construcción de una obra de tal magnitud. Los gastos de la Comisión de Ingenieros serán cubiertos por los gobiernos que determinen tomar parte en ella, en proporción a su población según resulte del último censo, o del acuerdo de los gobiernos, donde no haya censo oficial. El ferrocarril será declarado neutral, para siempre. Serán materia de acuerdos especiales entre los gobiernos participantes, los sueldos de la Comisión, las condiciones de las propuestas, la protección de los concesionarios, la inspección del trabajo, la reglamentación de la línea, la neutralidad del ferrocarril, y el paso libre de las mercancías en tránsito. -Y el último

artículo del informe aprobado es éste: - «Tan pronto como el Gobierno de los Estados Unidos reciba noticia de la aceptación de estas recomendaciones por los demás gobiernos, los invitará a nombrar a los ingenieros comisionados, a fin de que se reúnan sin demora».

Firman el informe nuestro delegado Mexía, Cruz por Guatemala, Zelaya de Honduras, Castellanos del Salvador, Guzmán de Nicaragua, Martínez Silva de Colombia, Andrade de Venezuela, Caamaño del Ecuador, Zegarra del Perú, Varas de Chile, Quintana de la Argentina, Valente del Brasil, Decoud del Paraguay -y por los Estados Unidos, Davis, el ferrocarrilero virginiano, y Carnegie, el dueño de las minas de hierro, que obsequió a la Conferencia hace pocos días con un banquete suntuoso.

(El Partido Liberal. México, 13 de marzo de 1890)

La Conferencia de Washington (I)

Nueva York, 31 de marzo de 1890

Señor Director de La Nación:

Boston lee mucho español y aplaude en la versión inglesa la María, de Isaacs y la Maximina, autobiografía como la María, del español Palacio Valdés. Filadelfia está de guante y colorete, para ver casar al barón, de Pappenheim, calvo y chalecudo con la millonaria Whecler; Loulsville, sorbida por la tromba, cae despedazada, con los muros por tierra, las calles hechas ríos, y doscientos muertos. Chicago, en el apuro de la vanidad, anda sin saber cómo salir de la feria del 93, paseando en el elefante, plato en mano; Washington, sorprendida, oye y alaba lo que, sin pompa ni flojedad, han dicho a su hora, los delegados argentinos, el del Uruguay, el del Paraguay, el de Bolivia: la misma Costa Rica, pequeña como una esmeralda, se levanta y dice, después de seis meses provechosos, en que la admiración rudimentaria se ha serenado con el conocimiento real: «Pequeño es mi país, pero pequeño como es, hemos hecho más, si bien se mira, que los Estados

Ni es posible ver sin júbilo, porque confirma el poder de nuestros pueblos para su gobierno y desarrollo, la identidad tácita con que, avisados desde el sigilo del corazón por aquel consejero sutil que puede más que la codicia de la tierra ajena o la desconfianza fronteriza, van como uno en lo esencial, por la sagacidad y nobleza características en América de la raza, los pueblos que no han dejado ver al extraño sus ropas caseras, ni las heridas que el hermano les ha hecho, ni sus recelos vecinales; sino que, sin más liga que la del amor natural entre hijos de los mismos genitores, han ido acercándose, en esta primera ocasión, hasta palparse y entenderse, y ver, que cuando ronda la herencia, el primo artero que ha de heredar si los hermanos pelean, hay que salir a la defensa del hermano aborrecido, como los Parellada del drama español del Heren. Viene el primo a recoger la herencia, a ver que los Parellada se odien más, a estimularles, con cuento acá y cuento allá, la cizaña, a echarlos con invenciones y astucias, uno contra otro, a preguntarles, cuando ya los cree bien envenenados, si la razón social «marcha bien»; y el segundón generoso le salta al cuello, lo echa por tierra, y con la mano a la garganta le devuelve al primo, empolvado y tundido, la pregunta:

«¿Qué tal marcha la razón social de los Parellada hermanos?».

No es hora de reseñar, con los ojos en lo porvenir, los actos y resultados de la conferencia de naciones de América, ni de beber el vino del triunfo, y augurar que del primer encuentro se han acabado los reparos entre las naciones limítrofes, o se le ha calzado el freno al rocín glotón que quisiera echarse a pacer por los predios fértiles de sus vecinos; ni cabe afirmar que en esta entrevista tímida, se han puesto ya los pueblos castellanos de Am -rica, en aquel acuerdo que sus destinos e intereses les imponen, y a que, en cuanto los llame una voz imparcial han de ir con arrebato de alegría, con nada menos que arrebato, los unos arrepentidos, a devolver lo que no les pertenece, para que el hermano los perdone y el mundo no les tache de pueblo ladrón; los otros a confesar que vale más resguardarse juntos de los peligros de afuera, y unirse antes de que el peligro exceda a la capacidad de sujetarlo, que desconfiar por rencillas de villorrio, de los pueblos con quienes el extraño los mantiene desde los bastidores en disputa, u ostentar la riqueza salpicada de sangre que con la garra al cuello le han sacado al cadáver caliente del hermano. Los pueblos castellanos de América han de volverse a juntar pronto, donde se vea, o donde no se vea. El corazón se lo

pide. Sofocan los más grandes rencores, y se nota que se violentan para acordarse de ellos, y obrar conforme a ellos, en la tierra extraña. La conferencia de naciones pudo ser, a valer los pueblos de América menos de lo que valen, la sumisión humillante y definitiva de una familia de repúblicas libres, más o menos desenvueltas, a un poder temible e indiferente, de apetitos gigantescos y objetos distintos. Pero ha sido, ya por el clamor del corazón, ya por el aviso del juicio, ya por alguna levadura de afuera, la antesala de una gran concordia. ¿A qué detalles indiscretos, y gacetilla prematura, si esa es, después de mucho oír y palpar, la lección visible de la conferencia?

Unos piafan, otros vigilan, otros temen, pero todos oyen en el aire la voz que les manda ir de brazo por el mundo nuevo, sin meter las manos en el bolsillo de sus compañeros inseparables de viaje, ni ensayar el acero en el pecho de sus hermanos. Se nota como una cita, y como si los delegados a la conferencia se dijeran con los ojos leales, más que con las palabras imprudentes: «¡hasta luego!». Las familias de pueblos, como los partidos políticos, frente al peligro común, aprietan sus lazos. Acaso lave la culpa histórica de la conquista española en América, en la corriente de los siglos, el haber poblado el continente del porvenir con naciones de una misma familia que, en cuanto salgan de la infancia brutal, sólo para estrechárselas

Ni es hora aún de ver si, después de estos meses de habla andan tan recelosos de México los guatemaltecos como en el norte le han aconsejado hasta ahora que anden; ni se confían tanto en el norte los de Centroamérica como confiaban hasta ahora; ni si empiezan a ver los centroamericanos que el norte, so capa de ayudar a la unión inevitable de las cinco repúblicas, las divide; ni si de veras quieren lo mismo todos los delegados de Colombia, o desean los colombianos el patrocinio del norte con la vehemencia con que parece solicitarlo el gobierno que se ha de mantener, porque otros sostenes no tiene, con el influjo de los caudales que espera le entren en pago de los derechos, no colombianos, sino americanos, que cediera al cambio de patrocinio. Ni se puede saber todavía si Venezuela tiene la fe de antaño, fomentada por el déspota que lleva aún en el hueso, en el norte que, en pago de la complicidad futura en las casas americanas, y de ayuda en la codicia del canal, había de librarla de obligaciones, y sacarla de peligros, con los pueblos europeos. Ni puede calcularse, por más que se le entrevea, el benéfico influjo de esta reunión de pueblos fraternales, sin preparación y

sin intrigas, sobre aquellos que por arrogancia o avaricia hayan pecado, o estuvieran en el riesgo de pecar, contra la fraternidad de los pueblos de América. Pero cuando el delegado argentino Sáenz Peña dijo, como quien reta, la última frase de su discurso sobre el Zollverein, la frase que es un estandarte, y allí fue una barrera: «Sea la América para la humanidad» - todos, como agradecidos, se pusieron en pie, comprendieron lo que no se decía, y le tendieron las manos.

Lo visible de la conferencia, lo ha sido el telégrafo contando. Que por urbanidad más que por convicción, han convenido los delegados en recomendar el establecimiento de vapores subvencionados, porque era mucha la súplica de los navieros, y claro en Washington el empeño político de servirlos, y natural en los pueblos castellanos de América ser dadivosos, y considerados con la gente de servicio de su anfitrión. Que sin caer en este plan o el otro, apoyó el proyecto del ferrocarril continental la comisión donde Blaine puso a su consuegro Davis, que tiene mano mayor en uno de los ferrocarriles que quiere echarse por América, y a Carnegie, el pequeñuelo, de ojos redondos, que paseó a Blaine en coche por Escocia y fabrica lo más del hierro y acero de los Estados Unidos. Que en sanidad, patentes, pesas, propiedad literaria, derecho internacional privado se estudie lo que aconsejó el congreso de Montevideo, que para los delegados y políticos de acá era desconocido, y por mérito y prelación les lleva ahora, no sin mohína suya, la delantera, a punto que los diarios se han dado a estudiar las proposiciones del congreso, y se hacen lenguas de ellas. Pero todo eso era lo menor, y como la cubierta de los objetos reales, que nunca podían ser, por la vigilancia y decisión terminantes de los delegados castellanos, lo que quería el senador Frye, y otros como él, que fuesen; pero pudieran a lo menos llevar cierto vestido que no dejase ver al país lo flaco, sino lo nulo, de las resoluciones que de la conferencia se lograban alcanzar, y difieren tanto de las que de Maine a California propagaron los políticos, cuando las elecciones, que se alcanzarían. Los nombres había que salvar, ya que, por la fuerza y mesura desplegadas, por los pueblos que tenían por inermes, no osó la delegación descompuesta del norte mostrar las intenciones verdaderas. Con el nombre de «tratados de comercio» quedaría cubierto, «ante esta gente que lee de prisa» el ofrecimiento de hacer algo por aumentar el tráfico con los países americanos. Y con el nombre de «arbitraje», que fue el lema con que corría la idea de la tutela continental, contentaremos «a esta gente que lee de prisa», y viendo el nombre recomendado, creerá que hemos llevado adelante la idea. Al arbitraje y a los tratados que era lo de

interés local político, llegaban con tiento y miedo, y como queriendo que nunca se llegase. Los tratados, los ha recomendado la comisión. El arbitraje no será, de manos de americanos, el que esclavice a la América.

Mas lo que la discreción manda callar aún sobre las escenas poco menos que dramáticas y de arrogancia saludable, en que un delegado de barba blanca, que lleva en sí el poder y la finura de su tierra, torció del primer arranque las tentativas débiles del famoso secretario de estado, en pro de árbitros permanentes, y predominios encubiertos, sobre el proyecto ejemplar de arbitraje posible y equitativo, escrito de manos argentinas; sobre el acuerdo feliz de la América castellana en todo lo que pudiera ponerle en peligro la independencia y el decoro, puede decirse en lo que hace a los tratados, porque anda de público, y en los hoteles de Washington se comentaba de lleno el día de sesión el discurso de Sáenz Peña y al día siguiente que era domingo, iba como con alas uno de los delegados del norte, para que el traductor, que pasó la noche encorvado, sobre las cuartillas, le enseñase aquellas donde se echa abajo el argumento de que el ochenta y cinco por ciento de lo que viene de la otra América entra libre en el Norte -donde, calzadas con hechos irrefutables, y luego que resulta la censura de la presentación hábil de las estadísticas norteamericanas se tacha al Zollverein de «ensueño utópico», que los mismos que lo evocaron no habían osado proponer- de «Zollverein con cabeza de gigante», que es frase que basta para tenderlo por tierra-, de, «guerra de un continente a otro» -de consejo vano cuando «no son consejos los que necesita el comercio», ni se ayuda a la paz del mundo, y al desarrollo natural de los pueblos de América, con «tarifas beligerantes». «¿Pero dijo eso?» preguntaban en los hoteles. «Pero a esa gente no la conocíamos». «Pues no nos han dicho más de lo que merecemos». «¡Si el discurso es lo que dicen no sé con qué plazoletada le va a contestar Henderson!». Y alrededor de una mesa, ya muy entrada la noche, un representante de Boston, picado en lo vivo, negaba al acto los méritos que veía en él un senador anciano.

Porque no estuvo, a lo que parece, la fuerza del discurso en argüir contra el Zollverein, que está fuera de todo sentido, y con el dedo meñique se echa abajo, sin más que recordar que el alemán, que se saca de modelo, vivió por la política, que es justamente lo que en este caso no ha de ser, -y porque fue la primera forma posible del pensamiento unánime de la unificación nacional, que en Alemania era tendencia justa por ser toda de unos mismos padres, mientras que en América no cabe, por estar poblada por dos nacio-

nes que pueden visitarse como amigos, y tratarse sin pelear, pero no echar por un camino, porque una quiere ponerse sobre el mundo, mientras que la otra le quiere abrir los brazos.

Ni en eso estuvo la fuerza del discurso; ni en poner de relieve los yerros económicos del norte, y la puerilidad de pretender que los pueblos a cuyos frutos cierra las puertas se obliguen a comprarle caro lo que les ofrecen barato los pueblos que les abren las puertas de par en par; ni en la claridad con que probó que estaba fuera del programa expreso de la conferencia y fuera de las prácticas internacionales y fuera del interés mismo de los Estados Unidos, recomendar como con el apoyo principal del ministro de México había recomendado la comisión, que se celebrasen tratados de reciprocidad, «porque, si a reciprocidades vamos, ¿cómo podremos los argentinos conformarnos a ella sino gravando el pino y las máquinas, y el petróleo de los Estados Unidos con el mismo sesenta por ciento con que nos gravan los Estados Unidos nuestras lanas?»

«¿Ni a qué reciprocidad se nos convida, si cuando los argentinos la ofrecimos al secretario Fish, en 1870, nos dijo Fish que los tratados recíprocos eran inconstitucionales y contrarios a la política de los Estados Unidos; si ahora mismo rechaza el congreso el tratado que ajustó con México el presidente Grant, como rechazó el que se había celebrado con Santo Domingo?» En la fuerza tranquila, presente desde las primeras frases, parece haber estado el mérito saliente del discurso de Sáenz Peña; en aquel sentir tan alto la patria en el corazón, que con toda ella se presenta, robusto y orgulloso y con tal fe que nadie la ofende ni la duda, sino que la respetan y juzgan por la energía y poder que infunde en sus hijos; y en el mérito mayor, en cosas de diplomacia, de no dar dictamen que no lleve el hecho al pie, ni adelantar censura que no vaya recta al blanco, ni censurar mucho, y por poca causa, sino cuando la causa sobra, y la censura cae inesperada y merecida, y entra en el pecho hostil hasta el pomo. No en irritar estuvo su fuerza; sino en tundir, -en oponer, sin soberbia, y del primer quite, la pintura de su patria, generosa y próspera, a la de las trabas con que el norte le cierra al comercio de su patria las puertas, -en mantener, cabeza alta, que los Estados Unidos, pletóricos y desdeñosos, han de ver por su plétora, antes de tachar la de otros, y de curar sus malas leyes antes de poner mano en las ajenas, en hablar, como por derecho natural, de la América castellana como una, -y de un vuelo, con las palabras que se necesitan para fabricar una maza, declarar sin provocación ni imprudencia, y sin parecer que lo declaraba, que los

pueblos de América son entidades firmes y crecidas, que se conocen plenamente, viven abiertos al hombre en liza libre, y no entrarán en «aventuras

Una semana después cuando el delegado Henderson encomiaba, como única respuesta a Sáenz Peña, el poder y riqueza sobrante de los Estados Unidos, no presidía Zegarra, el primer vicepresidente, ni Romero, su segundo, sino Blaine, pálido.

(La Nación. Buenos Aires, 9 de mayo de 1890)

La conferencia de Washington (II)

Washington, 18 de abril de 1890.

Señor Director de La Nación:

¿Qué es lo que se va a tratar en la conferencia de naciones americanas, que la casa de piedra parda, de ancha escalinata, tiene como aspecto solemne? Unos entran con paso recogido, otros con paso batallador. Los delegados yanquis llegan de brazo, cuchicheando, inquietos. Los grupos no son los de todos los días, lánguidos y como compuestos al azar. Los pocos que se hablan, se hablan de veras. El curioso, poniendo atención, puede oír, como centellas que vuelan, los nombres del combate. «Perú», «arbitramento», «Estados Unidos», «Argentina» «conquista»; «Bolivia», «Chile». Un delegado de ojos flameantes y perilla militar, se levanta de su sillón, estrujando el número del New York Herald de 12 de abril: -«¿Y para esto me han traído aquí? ¿Para convidarme a la paz, y decirme luego que a la sombra del proyecto de paz, del proyecto de arbitramento, se me van a entrar a cañonazos por mi país bueno, por mi país trabajador, por mi país libre? ¿No dice el Herald, sabedor de lo que pasa entre los suyos, que a ir el arbitraje por donde en Washington se quiere que vaya, tendrá el congreso que dar pronto al ministro de Marina los ocho buques que pide, porque «van a necesitar más de ocho buques para mantener la paz entre esos nuestros vecinos del sur, de sesos algo calientes?» ¿No dice el Herald, al acabar el

artículo, comentando a media burla lo que se quiere en Washington, que «es un gusto saber que al fin y al cabo los vecinos de sesos calientes del sur nos han de pagar las costas?» En un grupo de secretarios congregados en un diván amarillo, leen la entrevista del World, donde el senador Ingalls, el presidente posible de la república, el presidente temporal del senado, vuelve a decir que es su opinión que «dentro de poco todo el continente será nuestro, y luego todo el hemisferio». «¡Arreglemos -dice- nuestras diferencias de casa; juntémonos de mano el oeste y el sud; y trataremos a esos apéndices del Atlántico y del Pacífico con más justicia que la que gastan ellos con nosotros!» Un delegado norteamericano saca de su cartera, de grandes iniciales de plata, el recorte del Sun donde está lo que la Annual Cyclopaedia dice de Blaine: «que no fue juicioso lo de mezclarse en la contienda de Chile y el Perú; que el republicano Arthur, el presidente que desautorizó a Blaine, y quitó los poderes a sus enviados intrusos, tenía tanto derecho a mantener la política de abstención como Blaine la de entrometimiento; que Blaine quería, desde 1881, echar a los Estados Unidos de «hermano grande» sobre todos los demás gobiernos del hemisferio».

En esto se iban sentando los delegados a lo largo de la mesa de la conferencia. Zegarra, el peruano, preside, un poco nervioso. De un lado tiene al cubano José Ignacio Rodríguez, experto en ambas lenguas, en el arte de despuntar con la traducción hábil las arengas hostiles, y en desenvolver los casos más intrincados del derecho. De otro está Fergusson, el secretario norteamericano, de bigote pomposo y voz marcial, que toma al vuelo el castellano que oye, y lo vierte al inglés como le suena, sin azucararlo ni ponerle hiel. Por los rincones, la gente menor de la conferencia fuma, se estira el chaleco, se alisa el capuz, habla de damas. Silenciosos, los delegados de habla latina: Henderson, rubicundo, con los labios apretados, preside, al cabo de la mesa, a sus diez delegados que se hablan al oído.

Un niño de calzón corto, que funge de paje, distribuye ejemplares de las resoluciones de la «Unión de Paz Universal» donde Matías Romero, el ministro de México, el vicepresidente de la conferencia, es vicepresidente. Se abre la sesión, en el silencio súbito.

Es el día dramático de la conferencia. Va a discutirse el proyecto de arbitraje. La conferencia ha sido como esas cajas chinas que tienen muchas cajuelas, unas dentro de otras, y a cada una que se quita queda otra cajuela, hasta que de la última sale el misterio de la caja, que era el arbitraje. Será lo

que el Herald dice: que el proyecto va a hacer de los Estados Unidos «el alcaide ejecutor de todos los pueblos de Centro y Sur América», -o lo que el delegado argentino Quintana, alma y voz de la comisión del arbitramento, ha dicho en la comisión, de pie, con la voz ardiente, con la mirada decidida: -«ni naciones presas, ni alcaides criminales».

Están vacías las sillas de la comisión. La comisión está en junta. Dicen que traen una adición al proyecto presentado; una adición valiente, que condena a los pueblos conquistadores: dicen que no ha querido firmar la adición el delegado de los Estados Unidos. De entre los norteamericanos, que por primera vez han venido todos y a la hora, se levanta Trescott, el vocero de Blaine; el que fue a amenazar a Chile, cuando salieron de misión él y el hijo de Blaine: el perito de los negocios extranjeros, que no pudo ser presidente de la delegación, porque su pericia, que será lo que sea, «no nos hace olvidar que entregó al sur los secretos del departamento de estado que lo empleaba». Lo emplean, en lo que sirve, porque conoce su parlamento; porque tiene la lengua hábil y voluble: porque sabe, cuando es menester, ponerle trabas y barras a las discusiones. Se levanta Trescott: «¿Por qué tenemos que esperar a esos señores? ¿Qué tienen esos señores que hacer, que se meten ahora a juntas, y fuerzan a la conferencia a esperarlos cuando lo que ha de hacerse no es respetar el derecho de que están abusando, sino emprender la discusión sin ellos?» ¡Y los señores a quienes no se quiere esperar, y que están en junta en negocios de su cargo, son los miembros de la comisión más importante de la conferencia, de la comisión del proyecto de arbitraje, que Trescott a lanza y tambor, quiere discutir a sus espaldas! Sáenz Peña, el otro delegado argentino, pide, cortés, que la conferencia se ajuste «a los precedentes constantes de esta especie de cuerpos, y aguarde a la comisión ausente en cumplimiento de su deber». Trescott, descompuesto, echándose sobre las sillas que tiene delante, insiste en «que no se les espere» en que «harto se les ha esperado ya», en que «allá estén si tienen gusto en estar» y echa el índice por el aire, y las guedejas blancas le bailan coléricas, como enaguas alzadas por el viento, alrededor de la coronilla monda. Sáenz Peña, perentorio, demanda que la conferencia espere a la comisión para discutir el proyecto, que «se cumpla con la costumbre invariable con que manda cumplir la cortesía».

Al Perú, que preside, se le monta la voz; y con palabra que tenía su timbre de acero, y sagaz a la vez que airada, decide que se aguarde a la comisión, -a tiempo que entra, a paso vivo, uno de sus miembros, el venezolano Bolet

Peraza; y otro, con los bigotes de combate, el portugués Amaral-Valente; y Cruz, el guatemalteco, que ha venido enfermo; y Velarde, el caballero de Bolivia, con la batalla en los ojos, y en las mejillas el fuego de la patria vejada; y Hurtado, uno de los colombianos; y Quintana, el abogado militar, el que le limó los dientes al arbitramento, el que «no soporta alcaides». Quintana, Velarde, Amaral, se sientan como para ponerse pronto en pie. Amaral pide que sea leído el proyecto complementario que la comisión acaba de traer a secretaría. Y Trescott deja su puesto al cabo de la mesa; cruza la sala, y empieza a hablar, de dedo alto, bajo la barba del presidente: «¡Por eso quería que empezásemos el debate! ¡Ese proyecto no puede leerse, ni la comisión puede presentarlo ahora! ¡Está el arbitraje en discusión, y hasta que no se discuta el arbitraje, nada más se puede discutir!» Amaral alega que el proyecto adicional completa y explica, a juicio de los comisionados, el dictamen primitivo, y es indispensable su lectura, para que se vote a sabiendas. Trescott, floreando las gafas, confirma la objeción. El Perú, con la voz montada de antes, se la desatiende: «¿No ha de tener la comisión informante, en asunto de esta trascendencia, el privilegio de leer un documento explicatorio, que en buena ley de parlamentos se otorga a los simples contendores?» «¡Pero como parte de los discursos!» exclama Trescott desde su asiento. El Perú manda que se lea el proyecto adicional, el proyecto contra la conquista. Trescott renuncia al derecho de apelar a la conferencia, que le brinda el presidente. La secretaría lee entonces, y la conferencia atiende, en silencio profundo.

Del cabo de los del norte, abejean las voces. El Brasil clava la barba en las dos palmas: Bolivia aprieta, ata la cabeza, los brazos del sillón; el Paraguay echa atrás la melena revuelta. Ni en Centro América, que no tiene allí al salvadoreño Castellanos; ni en Colombia, cuya política infortunada y artificiosa se revela en su delegación, descompuesta y estéril; ni en el Ecuador que tiene poco que temer, se ven muestras mayores de desasosiego, Venezuela, inquieta, piensa visiblemente en la Guayana que le quiere arrebatar el inglés. México presencia, pálido e inescrutable.

De los dos argentinos uno escucha inmóvil, otro, el de más años, como si tuviera menos. Un chileno, apoyada la mejilla en una mano, mira a la alfombra roja. Y el secretario lee el proyecto de los cuatro artículos. «En América no hay territorios res nulius»... ¿Res qué? dice volviéndose a los suyos, el norteamericano Estee; el juez Estee, y los suyos, se sonríen. «Las guerras de conquista entre naciones americanas serían actos injustificables

de violencia y despojo». «La inseguridad del territorio nacional conduciría fatalmente al sistema ruinoso de la paz armada». «La conferencia tiene el deber de consolidar los vínculos nacionales de todos los estados del continente». «La conferencia acuerda resolver: Que la conquista quede eliminada para siempre del derecho público americano: Que las cesiones territoriales serán insanablemente nulas si fuesen hechas bajo la amenaza de la guerra o la presión de la fuerza armada: Que la nación que las hiciese, podrá siempre recurrir al arbitraje para invalidarlas: Que la renuncia del derecho de recurrir al arbitraje carecerá de valor y eficacia, cualesquiera que fuesen la época, circunstancias y condiciones en que hubiere sido hecha». Hablaban en alta voz, ya al acabar la lectura, los diez delegados del norte. Henderson se levanta, a anunciar que a su hora explicará a la conferencia las razones de los Estados Unidos para negar su firma al proyecto. Y cuando todos los ojos se volvieron sobre Chile, allí estaba el chileno, mirando a la alfombra roja, con la mejilla apoyada en la mano.

Relee en ese instante uno que otro delegado el proyecto de arbitraje, que va a ponerse a discusión. Los más, lo conocen muy de cerca. La batalla previa, en el silencio de las juntas, ha sido mucha. ¿No llamó Blaine a junta secreta, e infructuosa, a México, la Argentina, Chile y Brasil? ¿No quiso luego, en vano, congraciarse, con los pueblos de número, los de menos poder, que en esto han mostrado la unidad y entereza de su corazón? ¿No echó Henderson sobre la mesa, como quien manda, sin soñar en que se le nieguen, sus demandas del tribunal continuo -de la exclusión de árbitros, que no fuesen de América- de la omisión de la cláusula que redime del arbitraje obligatorio los casos de independencia? «Ni tribunales permanentes, dijo Quintana, ni arbitraje compulsorio, ni forma alguna de arbitraje que por sí o lo que se derive de ella acarree el predominio de una nación fuerte de América sobre los débiles -o no hay arbitraje». Y comenzaron del lado del norte los trabajos de bastidores. «Concederemos, puesto que no podemos vencer: ofrecimos al país el arbitraje y los tratados de comercio; y puesto que saldremos de la conferencia sin los tratados, no podemos salir sin alguna especie de arbitraje»; «ya veremos cómo a última hora, azuzando de aquí y aturdiendo de allá, sacamos un proyecto que no nos ate las manos»; «lo que quieren estos del sur no es tanto obligarse al arbitraje ellos, como obligarnos a los Estados Unidos a un arbitraje en que renunciemos a nuestra supremacía»; «a ver si con México, que tiene sus razones, y Chile que tiene las suyas, y nosotros que tenemos las nuestras, y algunos países de Centro América, que van por donde queremos, y Colombia que

nos quiere vender el canal de Panamá, les quitamos a los argentinos y a los brasileños, que se la están dando de evangelistas, este plan que componen con el Perú y Bolivia, mordidos por Chile y Venezuela, que no pueden declararse en América contra el precepto que invocan a su favor en Europa, y el Paraguay, que es pueblo romántico, y El Salvador, que es el que en Centro América cabecea, y Haití que nos tiene miedo a los Estados Unidos».

Pero cuando el proyecto del tratado de Quintana salió de manos de la comisión, esto y no venta de primogenituras, era lo que proponía: que las disputas de los pueblos de América deben resolverse por el arbitraje: Que el arbitraje ha de ser obligatorio en todas las cuestiones sobre privilegios diplomáticos, límites, territorios, que no sean los de indemnizaciones, derechos de navegación y validez, inteligencia y cumplimiento de tratados, o sea todos los casos que no atañan a la independencia de una de las naciones contendientes, en lo que será obligatorio para la que la amenace y voluntario para la nación comprometida: Que deben someterse al arbitraje las cuestiones hoy pendientes, y cuantas se susciten en adelante, aun cuando provengan de hechos anteriores al tratado, siempre que no sean para renovar cuestiones arregladas en definitiva, sino sobre la inteligencia y validez de los arreglos: Que no ha de haber preferencias ni límites para la elección de árbitros, sino que puede ser árbitro unipersonal o colectivo, cualquier gobierno amigo o tribunal de justicia, o corporación científica, o funcionario público, o simples particulares sean o no ciudadanos del estado que los nombre: Que el tercero en discordia cuando sea por el número de árbitros, ha de nombrarse antes de conocer del caso, y no ha de formar parte del tribunal, sino decidir en los puntos en que haya desacuerdo. Que los árbitros se reunirán en el lugar acordado por las naciones contendientes, o si no lo acordasen estas o disintiesen sobre el lugar, donde los árbitros elijan: Que cuando fuese colegiado el tribunal; no cesará de fungir la mayoría porque la minoría se retire: Que las decisiones de la mayoría absoluta constituirán sentencia, en los incidentes como en lo principal, a menos que en el compromiso arbitral no se exigiera que el laudo fuera unánime: Que los gastos del arbitraje se pagarán a prorrata entre los pueblos contendientes, y cada uno pagará los de su defensa y representación: Que para separarse de esas reglas, ha de preceder el consentimiento mutuo y libre de las naciones interesadas: Que el tratado de arbitraje durará veinte años: Que lo han de ratificar las naciones que lo aprueben, y se han de cambiar en Washington las ratificaciones el primero de mayo de 1891, o antes si fuere posible: Que

cualquiera otra nación puede adherirse a este tratado, sin más que firmar un ejemplar de él, y ponerlo en manos del gobierno de los Estados Unidos.

Y sin ira, y sin desafío, y sin imprudencia, la unión de los pueblos cautos y decorosos de Hispanoamérica, derrotó el plan norteamericano de arbitraje continental y compulsorio sobre las repúblicas de América, con tribunal continuo e inapelable residente en Washington.

-«¡A esos sueños, señor secretario, hay que renunciar!», dicen que dijo, en ivada, Quintana a Blaine.

Y el Evening Post de Nueva York, que estudia y sabe, declara «que las proposiciones de Blaine han sido todas derrotadas» que el arbitraje de la conferencia no es, como dice el Tribune blainista, «el triunfo de la diplomacia americana» ofrecido a las comarcas agresivas del oeste, y a los manufactureros menesterosos, que quieren atar por la espalda, con lazos políticos, las manos de los pueblos compradores para llenarles los bolsillos indefensos de cotones a medio pintar y jabones de Colgate, sino la victoria patente y completa del pensamiento hispanoamericano sobre arbitraje, marcadamente opuesto al pensamiento de los Estados Unidos».

«El arbitraje acordado» -dice el Evening Post- «es con poca diferencia, aquel proyecto de alcance y raíz que presentaron juntos, en un día inolvidable ya en la historia de América, el Brasil y la Argentina».

La Argentina, por su delegado Quintana, se puso en pie, a explicar el proyecto. La voz mandaba, alta y aguda. Los generales en batalla, no fundan sus órdenes. Mientras escribiesen un considerando, el enemigo les llevaría la trinchera. Se le veía el caballo al orador, los cascos nobles e impacientes, la crin revuelta. A sus espaldas, en un gran mapa del océano, le hacía como marco a la cabeza blanca el mar azul. Fulminaba y contendía. No era lo que decía ataque, sino respuesta; ni verba, sino sentido; ni fanfarronada perniciosa, sino indispensable altivez. El que muestra rodillas flacas, ya está en tierra. Ni hay que traer sobre sí a un enemigo a quien no se puede derribar, ni que invitarlo a que se eche encima, con lo flojo de la oposición. Ni mayordomos de raza ajena, ni mayordomos de nuestra raza. No es cuestión de razas, sino de independencia o servidumbre. Ni pueblos fuertes rubios, para su beneficio y moral, sobre los pueblos meritorios y capaces de América; ni pueblos fuertes trigueños, para su poder injusto, sobre las naciones afligi-

das de la América del Sur. Y vertía, a modo de tajante, sus palabras, como si tuviese agrupadas al pie, defendiéndolas y guiándolas a las naciones afligidas. Las palabras, pocas. Los discursos, están en el timbre y el espíritu. Ni flores de yeso, ni universidades. La elocuencia era de aquella nacida del pensamiento vivo y claro; y del ajuste, como de espada a vaina, de la idea a la forma. Oían, de codos en la mesa, los delegados hispanoamericanos. Los del norte, no abejeaban: -«Ante el derecho internacional americano», dice al romper, «no existen en América naciones grandes ni pequeñas: todas son igualmente soberanas e independientes: todas son igualmente dignas de consideración y de respeto».

«El arbitraje propuesto no es un pacto de abdicación, de vasallaje, ni de sometimiento: antes como después de celebrarlo, todas y cada una de las naciones americanas conservarán la dirección exclusiva de su destino político con absoluta prescindencia de las demás».

Y en seguida: «Ese proyecto no crea un congreso de anfitriones, ni un pacto de confederación americana, en que la mayoría de los areopagitas pueda compeler moralmente, y mucho menos materialmente, al cumplimiento de los compromisos contraídos; sino un pacto de justicia y concordia que no reposa sobre la fuerza del número ni sobre el poder, sino sobre la fe internacional de las naciones que lo apoyan, sobre el sentimiento de dignidad de cada una de ellas; que intentar esta gran obra de la civilización y el derecho es empeño de la fe, del sentimiento y de la responsabilidad del corazón americano, más nobles y eficaces que el poder material de nación alguna por grande y fuerte que sea». «El arbitraje será obligatorio, jamás compulsorio: y si contra todas las previsiones, esperanzas y deseos, el arbitraje fuese indebidamente declinado en algún caso y sobreviniera la guerra entre los pueblos disidentes, a los demás, grandes o pequeños de hecho, pero iguales todos ante el derecho, sólo competiría la triste misión de deplorar el fracaso de las más nobles aspiraciones humanas, sin más autoridad que la de imponer conforme a la ley de gentes sus

«Con ese espíritu intergiversable suscribe el tratado la Argentina: sin él no vacilaría en retirar su firma del proyecto. Servirán acaso estas ideas para evitar en lo futuro interpretaciones tan arbitrarias como depresivas de la sinceridad de unos, de la dignidad de otros, y de la cordialidad de todos». Y quedaron en el blanco las últimas palabras.

México habló luego. ¡Cuánto se había hablado de México! Unos «¡no entienden a México!» Otros: «México hace todo lo que puede hacer». Otros: «México sabe más que nosotros». México, amable y blandílocuo, va de un sillón a otro sillón, juntando, investigando, callando, y más mientras más dice. Unos no se explican «la prolijidad de Romero». Otro dijo esta frase: «La astucia es de cristal y necesita ir envuelta en paja». Dice otro: «Pero en la conferencia, ni México se ha quedado atrás, ni se ha ganado un enemigo». «Por los resultados hay que ver a los estadistas; por los métodos». «¿Se irá México con Chile, como dicen, y votará, contra el arbitraje?» «Dicen que Chile está enojado, porque México ya no va con él». «¿Vota, pues, o no vota?» «¡A saber!» Y cuando Romero desenvuelve su «tiposcrito» como llaman a las copias de la máquina de escribir, el observador présbita ve que está lleno de notas menudas, continuas, copiosas, dobles. Lee como quien desliza. La voz suena a candor.

Debajo de aquella sencillez ¿qué puede haber de oculto? Ni pendenciero ni temerón. Es caso de derecho el arbitraje, y habla tendido y minucioso, como de un caso de derecho. En el preámbulo, como por sobre erizos, pasa por sobre la política. Se complace en que siete naciones de América, entre ellas los Estados Unidos, presenten un proyecto de abolición de la guerra. «Como hombre de paz y como representante de una nación que no es agresiva» se regocija de que para terminar las diferencias que se susciten entre las naciones americanas se reemplace «el medio salvaje de la fuerza» por árbitros semejantes a los que usan los particulares en casos análogos, «aunque con las modificaciones que requiere su carácter de naciones independientes». Pero lamenta no poder ir con los demás delegados, que tal vez van demasiado lejos. No es que México rechace el arbitraje, no, ni es que en las instrucciones de México le digan esto o aquello, aunque él tiene. sus instrucciones, «sino que en asunto tan delicado es más prudente dar pasos que si son menos avanzados tendrán la probabilidad de ser más seguros». Deja caer la noticia de que los Estados Unidos han propuesto directamente a México un tratado de arbitraje. En principio, México lo acepta: «la dificultad está en establecer las excepciones». Y se ve el plan del discurso. Ni se dirá que México se opone, ni quedará obligado México. Ciertos artículos le parecen bien, y ciertos no. Y no hay que buscar razones calladas a lo que no acepta, porque él da las que tiene, aunque parezcan nimias. Parezca lo que parezca, con tal que quede servida la patria. El discurso adelanta, artículo por artículo. A las excepciones del arbitraje obligatorio quiere que

se añada la de los casos, aunque sean de límites «que afecten de una manera directa el honor y la dignidad de las naciones contendientes». «Sin esa adición, no pueden votar el artículo los delegados de México». No le parece de mucha prudencia incluir en los casos arbitrables las cuestiones pendientes: ¿acaso para contentar a Chile? No cree necesario decir con tanto detalle quiénes pueden ser árbitros: ¿acaso para contentar a los Estados Unidos? Sobre el número de árbitros que según el proyecto será uno por nación, opina que «el caso es nuevo» y puede acarrear injusticia a una de las partes, cuando sean más de dos las naciones que contiendan, y haya muchas de un parecer, con tantos votos como naciones, y otra del otro parecer con un solo voto. Aplaude que el tercero sea nombrado antes de que los árbitros comiencen a conocer del asunto; pero no que se excluya al tercero del tribunal. Sobre lugar, mayoría de votos y reparto de gastos, está con el proyecto. Tacha de superfluo el artículo que deja al convenio libre de las naciones contendoras el derecho de conformar a otras el arbitraje que acuerden. Están bien los veinte años. Pudiera estar mejor lo que se provee sobre la ratificación. En suma, aprobará los artículos «que tenga instrucciones de aprobar» y los que por su sentido general se ajusten a ellas: y sobre los demás, «tal vez le lleguen a tiempo las instrucciones».

Entero, y con voz que iba subrayando, leyó su discurso Chile. No leyó el anciano Alfonso, de palabra abundosa y sutil, sino Varas, el joven de voz insinuante y precisa. Se puso en pie, y el silencio fue súbito. Va a hablar del proyecto contra la guerra, el pueblo de guerra. El senador que pidió la muerte de un prisionero, cuando el conflicto con el Perú, está de delegado en la conferencia; y otro de los delegados es el prisionero, el prisionero argentino que enciende su cigarro y fuma. En la conferencia está el Perú, presidiendo. Está Bolivia, apretándole al sillón los brazos. Está, con los ojos abiertos, el coro de pueblos. Lo que Chile lee es como defensa; habla a manera de quien se siente solo, como que es el único pueblo de América que se niega a votar el arbitraje; no provoca, no flaquea, no ofende. El mérito del discurso esta en que, sin cejar de su posición de pueblo ocupante, no da caso a los pueblos ocupados para que le muevan querella, o se den por desdeñados o resentidos. Insinúa que el proyecto de arbitraje, so capa de paz, parece un ataque concentrado contra Chile; Chile es el que se da por resentido; con moderación enérgica, con la que convida a que por lo cortés lo respeten, y por lo viril lo tengan en cuenta, y por la ofensa lo satisfagan.

«Tal vez se retarda con ese proyecto -dice, acentuando la voz- la paz que con él se intenta conseguir». «Los pueblos -dice- no someten a arbitraje los casos en que ven envuelta su dignidad o decoro, y son los jueces propios y únicos sobre los conflictos necesarios para mantener su independencia». Se refiere acá y allá a «actos de agresión» de modo que parece como explicación disimulada de la guerra de Chile, y como si Chile los hubiera padecido, y no impuesto a otros.

Notifica, volviéndose de pronto hacia los argentinos, la determinación de Chile de seguir como va, y hacer lo que hace. Ni sobre límites, ni sobre cuestiones pendientes, acepta el arbitraje. No se funda en su derecho de guerra, ni alude a él; sino a la convocatoria de la conferencia, que a su juicio excluye del arbitramento todo caso estante o de procedencia anterior, en que cada pueblo debe resolver por sí, en lo que cree de su decoro o dignidad; los casos que al entender de la nación la ofendan; en que el incluir en los casos arbitrales las disputas pendientes, sin tener en cuenta los intereses y pasiones humanas», compromete y aleja, en vez de preparar, el arbitramento, que ha de dejarse, conforme a la convocatoria, para los casos futuros. Chile no sale de sus posiciones. Chile no somete a arbitraje sus disputas pendientes. Chile no vota.

«¿Y para qué es el arbitraje entonces?» -dijo en su discurso del día siguiente, escrito de fuerza de corazón, entre dos fiebres, el guatemalteco Cruz. La palabra, suave, iba como regando luces. Hacía como que informaba, ya que Quintana, más atento, por ser lo más grave, a lo político del proyecto, quiso poner el arbitraje donde lo puso, fuera de gavilanes y contrabandistas-; y Henderson, que debió ser el ponente de oficio, andaba de mal humor, mordiéndose los labios, recodeándose con Blaine, poco ganoso de defender el proyecto en que todas sus peticiones habían sido, de un revés de guante, desechadas. Pero Cruz respondía a México, a Chile, a los Estados Unidos, y resonaba más su voz, y fue más de atender lo que decía; porque Guatemala, que con ese discurso tomaba filas con las repúblicas de alma meridional, es el pueblo que, por los celos que le azuzan de afuera -o por pasión ciega de progreso, que no está en la sumisión insensata a un país voraz y hostil, -o por obligaciones ocultas de cancillería, que tienen cosas que darían ganas de morir si se las viera-, pasaba en los bastidores de Washington, como toda Centroamérica, «corrompida con las esperanzas de riqueza que les fomentamos con los canales» como el cachetero de la otra América, como la mano servil que, cuando el espada lo

¡El cachete, que lo clave el espada! ¡A la madre, no le ha de dar la cachetada el hijo! El ímpetu del pensamiento parecía mayor por lo tranquilo, aun adamado, de la voz: ¿conque saben rebelarse estas voces de dama?, ¿conque estos guantes de cabrito, son de oso por dentro?, ¿conque sacando a Chile, que va con su conquista al hombro, solo por el mundo, no hay modo de poner cizaña en esta familia de hermanos? Y el discurso de Cruz adelanta: los norteamericanos, lo oyen, sorprendidos: los del habla, atentos y cariñosos. El guante de cabrito es esto: «Sustituir al medio cruel de la guerra el humano y civilizador del arbitraje, es sin duda un título de eterno honor para la nación que con ese fin, y otros importantes, convocó a las naciones de América a que se reuniesen en la ciudad de Washington». Y el oso del guante es esto: «Quitar al arbitraje el carácter de obligatorio, equivaldría a no haber hecho nada; pero por ningún concepto se ha de entender que se establezcan medios directos de compeler a las naciones a cumplir esa obligación. Libremente se han reunido aquí las naciones de América: libremente rechazarán el arbitraje obligatorio, en todas o alguna de sus partes, las naciones que así lo crean conveniente. Si se duda de la eficacia y sinceridad de la palabra de una nación, hay que prescindir de tratar con ella. La soberanía de las naciones no se compadece con sanciones de otra naturaleza, ni habría a quien concederle el derecho de hacerlas efectivas». Luego entra en los quites a los reparos de Chile y de México. «El proyecto enumera los casos arbitrables, y no dice en junto que lo serán todos los que no afecten la independencia de un país, porque con el pretexto de que el caso afectaba la independencia, las naciones podrían esquivar el arbitraje». La comisión que acepta que las cuestiones que ponen en peligro la independencia nacional, quedan exceptuadas del arbitraje, porque una nación no puede poner en tela de juicio su existencia, y su concepto de nación, ni admitir que se revoque a duda -no incluyó entre las excepciones las que «comprometan el honor o dignidad nacional» porque de otra suerte se habría borrado con una mano lo que con la otra acaba de escribirse, por no haber cuestión, sea la que fuere, de la que no se pueda decir que afecta el honor y dignidad nacional. Y sobre las cuestiones pendientes, dice a Chile: «Pues si todas las cuestiones de América están entre las pendientes, y son de hoy, y de orígenes anteriores, ¿qué guerra vamos a evitar, ni qué casos vamos a resolver, si son los que están pendientes hoy, aun cuando

provengan de hechos anteriores? No sería prueba de verdaderas intenciones de amistad admitir el arbitraje para todo lo que ocurra en adelante, y darse en ese concepto el abrazo de hermanos, pueblos que al mismo tiempo se están preparando a sostener con los cañones sus pretensiones respecto de los hechos ocurridos con anterioridad». «Y eso es lo que dice la convocatoria, que expresa que las naciones se reunirán para ver de convenir un plan de arbitraje sobre todas las cuestiones que existan ahora, o existan después: todas las cuestiones». «No se trata, no, de reabrir cuestiones cerradas, ni recomenzar lo que ya está concluido; sino de sujetar a arbitramento los detalles futuros que pudiesen surgir, y no puede evitarse que surjan, de la interpretación de las cuestiones cerradas». «Lo de los árbitros se enumeró para mayor claridad». «La comisión creyó, con la ley romana, que cada nación que tenga un interés distinto debe nombrar su árbitro». «La mayoría de árbitros tiene, por supuesto, el derecho de deliberar y sentenciar aunque se retire la minoría». «El proyecto fija en veinte años el plazo para la duración del tratado; por mi parte no habría inconveniente en que fuera perpetuo». «Mi gobierno me ha autorizado a ir en este asunto tan lejos como se pueda ir; a firmar desde luego un tratado que comprenda los artículos del proyecto: a rogar, a todas las delegaciones que lo puedan, que firmen el tratado desde luego, en asunto que honra tanto al gobierno de los Estados Unidos, que invitó a las repúblicas latinoamericanas, y a las que respondieron a la invitación». ¡Pero ha de ser el tratado libre, sin compulsión y sin alcaides ejecutores, hecho de mano honrada para el bien de «nuestros países respectivos y para la causa de la humanidad!» Y si no, no.

Enseguida, tomadas las posiciones, comenzaron las escaramuzas. Tres días de escaramuzas. ¡Conque Chile se niega, y México se va de lado, y Centro América alza la cabeza, y la Argentina lleva la voz de rebelión! ¡Conque los periódicos arremeten contra Blaine, desnudan el proyecto, prueban que vence en él «la familia del sur», celebran «la amplia diplomacia y sereno juicio» de los miembros latinos de la conferencia, y reconocen, «por la voz del Herald, que el mérito de la conferencia ha sido suyo, y la habilidad, y el triunfo! ¡Conque el Evening Post insiste en que en lo del arbitraje Blaine ha sido vencido palmo a palmo, -que Quintana, vigilante y tenaz, lo ha vencido;- que «si la delegación de Norteamérica hubiera tenido un miembro del tesón y la talla de Quintana, se habría gloriado en él, como su país debe gloriarse!» ¡Conque al desconsuelo de la delegación yanqui, que quería el tribunal permanente, el arbitraje continental y compulsorio, se une el de Blaine, que levantó la campaña de elecciones con la promesa de uncir al

carro del norte la América entera, y sacar el arbitraje como el reconocimiento voluntario del predominio del norte por la América, y ahora ve que se le va de las manos, con un arbitraje que no es el suyo, sino que le echa el suyo por tierra, esta arma mayor de su candidatura!

¡Pues la delegación del norte no ha de parecer burlada por «esa gente del sur»! ¡Por arte, o por intimidación, hay que sacar los tratados de arbitraje; o se viene encima la silba, y Harrison se regocijará del escarnio de Blaine, y la candidatura de Blaine se viene abajo, y la de Harrison se liberta del rival más poderoso!

Ya no es Zegarra quien preside, sino Blaine mismo. Ya no hay discursos largos. Zegarra dice: «Votaré el arbitraje si se vota el proyecto contra la conquista». Entre los delegados se susurra que es mucha la cólera de Blaine, que se va a salir pronto de sus modos blandos, que en las conferencias privadas llegó hasta a inquirir si de veras se creía que cuando dos naciones de América se negasen a arbitrar, no impondrían los Estados Unidos por la fuerza el arbitramento. «¡No!» «¡no!» «¡no!», se oye de todas partes; y las caras no lo disimulan. ¿Cómo vendrá el ataque? ¿O vendrá, después de la derrota plena en las juntas y comisiones? El ataque será por la mera forma, para que no parezca derrota lo que es. La resistencia, si se trata de lo esencial, está, como al mando de una sola voz, de una misma voz, en todos los corazones. Los del norte, ávidos, se consultan. Los del sur ¡desde la cuna se han consultado! Mueve Quintana un punto de orden, que Blaine no abarca de pronto, por la traducción confusa; ¿con qué objeto secreto, con su tanto de látigo en la voz, dice Blaine, al acatar el punto, que «espera que se reconozca que él ha sido imparcial, y magnánimo, en la dirección de los debates?» Quintana le replica erguido, con palabras que no se piden licencia unas a otras: «Sí que ha sido imparcial el presidente: pero ha de entenderse, porque importa al decoro de todos que se entienda así, que con esta imparcialidad que nos complacemos en reconocerle, no ha hecho más que cumplir con su deber: y si no lo hubiera cumplido, y hubiera sido parcial, la conferencia habría mantenido y habría recabado sus derechos». ¿Lo dijo? Lo dijo. ¡Y se sentó como quien lo va a volver a decir! Sáenz Peña, el otro argentino, piafa. Van y vienen mociones.

Y al fin se llega al último artículo: se le aprueba: se levanta Henderson a preguntar con qué fecha se llenarían los blancos de fecha del tratado - porque el proyecto no llevaba forma de mera recomendación, como todos

los demás, sino de tratado ya compuesto escrito. Esta fue la batalla: ahí quiso entrar el arte del norte. De que la forma del borrador de tratado era distinta, quiso sacar los tratados en forma. «Pues la fecha, dijo Blaine, en que firmen acá los delegados los pergaminos; porque las otras son simples recomendaciones, pero esto, según la convocatoria, es un asunto especial, y ha de quedar firmado aquí por las delegaciones y en pergamino».

«Eso no haré yo», dice saltando sobre sus pies el delegado de Haití, mulato hermoso y firme, de palabra fina. Blaine, convulso, deja su sitial, llama al Perú a presidir, se viene al asiento del Perú, junto a Quintana. Echa sobre la mesa los papeles, como quien algo más que papeles quisiese echar. Uno cae sobre Quintana, que lo torna de una esquina entre el pulgar y el índice, y de un gesto del revés lo echa a la mesa. Blaine está hablando: «¡Pues será falta de fe a un pacto solemne, volverse atrás de sus compromisos, falsear el propósito de la convocatoria! Esto es sacro, esto es singular, esto es urgente. No ha de recomendarse, se ha de firmar. Todas las delegaciones, todas, han de firmar. A eso han venido aquí: a firmar». Echa atrás la cabeza, hace como que le tiemblan los labios, tiende el brazo imperante, se da con el dorso de una mano en la palma de la otra, se vuelve a su asiento a pasos teatrales.

Calla un momento la conferencia. El Salvador propone que el tratado se firme ad referéndum. Carnegie, el escocés astuto y conciliador, sugiere que al pie del proyecto se ponga una recomendación de aprobar, suscrita como delegados, por todas las delegaciones. Trescott pide que el tratado se deje como está y lo firmen todos. Una moción desaloja a la otra. Tres mociones están discutiéndose a la vez. Del desorden, y por sobre él, se levanta Quintana: «Nunca supo la Argentina, señor presidente, nunca supo, porque la convocatoria no se lo decía, que la cuestión del arbitraje era diferente o superior a las demás que hubiesen de recomendarse. No se le alcanza a la Argentina, ni a ninguna otra de las repúblicas se le alcanzará, que el arbitraje, que es la más ardua de las cuestiones de la conferencia, se trate con más ligereza que todas las demás cuestiones; ni que en una conferencia de delegados reunida para discutir y recomendar diferentes asuntos, y entre ellos el del arbitraje, se traten unos asuntos como delegados para discutir y recomendar, y otros como delegados para tratar, y se envíe a los gobiernos para estudio, los asuntos más simples, a que los acepte o no, y el más grave de todos sea el único que se les envíe como aceptado, y con la obligación moral de aceptarlo, puesto que lo está por su delegación. Ni los poderes de

muchos de los delegados los autorizan para firmar tratado alguno, ni las delegaciones tienen la facultad de obligar a sus gobiernos, ni usurpar los privilegios de las cancillerías. Ni este asunto del arbitraje difiere, o tiene por qué diferir, de los demás asuntos. La Argentina recomienda el proyecto: no firma el tratado». Blaine alega. Quintana alega. Impone Blaine. Impone Quintana. Traducen, confusos, los intérpretes. Blaine entiende que Quintana se opone a que se considere de nuevo el artículo último; Quintana entiende que Blaine reabre la discusión del artículo, para que se vote no de nuevo y en todo, como se debe votar si se reabre, sino en particular, sobre la moción de Trescott, que quiere poner delegados donde dice plenipotenciarios, para que como delegados firmen, con tal que firmen, y así vaya el tratado en pergamino y con sellos vistosos, y el compromiso moral de las delegaciones. Blaine, de sobre los estribos, hace que le traduzcan a Quintana, párrafo a párrafo, el discurso que le va pronunciando. Quintana de sobre los estribos le hace traducir a Blaine el discurso con que le responde párrafo a párrafo. Y las confusiones paran en que Blaine manda rogar a Quintana que insista en su moción de que el caso del artículo pase a comisión y vuelva informado al día siguiente. Quintana insiste amable, sonriendo.

Pero no sonreía al día siguiente, cuando, después de haber acordado Henderson con la comisión el medio conciliatorio de que las delegaciones recomendasen con sus firmas todos los proyectos, para que así quedase recomendado el arbitraje como se quería, pero como todo lo demás, y sin carácter especial ni solemne, surge Trescott, con voz de quien trae órdenes de alto, y se opone al acuerdo de la comisión. ¡Henderson, el presidente de la delegación norteamericana, aceptó el compromiso, y ahora Trescott, el portavoz de los norteamericanos lo rechaza! Blaine concede a los delegados del norte derecho para expresar opiniones diversas antes del voto de la delegación que ha de ser uno. Quintana, rápido, objeta: «Acaso puede hacer eso el delegado; pero no romper el compromiso formal contraído en comisión por el presidente de la comisión misma, que es a la vez presidente de la delegación norteamericana. Puesto que rompe el compromiso la delegación norteamericana, rompe el suyo, y queda en libertad, la delegación Argentina». Henderson, que saca la cabeza en estatura a sus presididos, dice que firmó por coacción; que no está conforme con cierta parte del proyecto, la única que redactaron manos meridionales; que el arbitraje no es la tradición del mundo, como se dice allí, sino la guerra, y, no ha de quitarse mérito por los enemigos a la panacea del arbitraje, que le parece

novedad del país, y artificio novísimo, nunca intentado, y no recurso añejo y universal. Quintana, de pie, les saca luz a los quevedos, y se los ciñe: «¿Acaso cree el delegado del norte que ha sido él el inventor del arbitraje? ¿No sabe que los pueblos primitivos, de Grecia, de Roma, de China, de Inglaterra, de Italia, de Holanda, de Suecia, de Bélgica, de Francia? ¿O saber de lo que se discute, es ser enemigo de lo que se discute? ¿O es el deber, y el mérito, de los delegados de una conferencia, desconocer los asuntos sobre que han de tratar? ¿O es tan desmayada persona el culto caballero de la delegación del norte que la apacible comisión haya podido sembrar en su fuerte pecho el espanto, y arrancarle la firma a mano salteadora? A taponazos, sorpresas y discordias, no se puede imponer en una junta de dieciocho pueblos libres, un arbitrio tan antiguo como la guerra que quiere remediar, tan natural como la justicia y la benevolencia entre los hombres, extendido, sin marca de fábrica, por todo el universo. La delegación argentina, puesto que la de los Estados Unidos rompe su compromiso, rompe el suyo. O firma el arbitraje como todos los demás asuntos de la conferencia, o no firma el arbitraje». Retiran su compromiso, en pos de la Argentina, las delegaciones de la comisión: Bolivia, Venezuela, Colombia, Brasil, Guatemala. Se abre voto sobre la forma en que se ha de firmar el arbitraje. La emoción es intensa. México, Chile y Brasil se abstienen. Ni la Argentina, ni el Paraguay, ni Haití, firmarán tratados. Y votan por firmar el tratado las repúblicas de Centro América, Colombia, Ecuador, Bolivia, apurados por los chilenos. Pero el tratado no llevará la firma de la Argentina, ni la de México, ni la de Chile, etc. ¡Sale, pues, más pobre que todos los demás, el proyecto a que se quería dar mas pompa y énfasis! En vez de la alcaidía continental del senador Fry, el autor de la convocatoria de la conferencia, que pidió tutor perpetuo para los pueblos de sesos calientes del Sur, la conferencia aprueba un proyecto de los pueblos del Sur contra toda alcaidía y tutela, que mira en su casa propia cara a cara: y el proyecto no lleva la firma de los pueblos que la secretaría de estado llamó a junta de amigos magnos, teniéndolos por cabeceras de América.

Les pusieron el aro para saltar, y unos se llevaron el aro en los pies y otros saltaron sin pararse a verlo. Y cuando Blaine, con frases de artística emoción, compuesta de modo que a los delegados pareciesen arranque de amor fraterno y al norte promesa disimulada, pronunció la clausura de la conferencia de naciones, llamó «mi amigo muy distinguido, mi amigo altamente apreciado», -al argentino Quintana.

(La Nación. Buenos Aires, 31 de mayo de 1890)

Congreso de Washington (III)

Nueva York, 3 de mayo de 1890.

Señor Director de La Nación:

Ya se van, aleccionados y silenciosos, los delegados que vinieron de los pueblos de América a tratar, por el convite de Washington, sobre las cosas americanas. Ya vuelven a Centro América los de los cinco países, más centroamericanos de lo que vinieron, porque al venir se veían de soslayo unos a otros, y ahora se van juntos como si comprendieran que este modo de andar les va mejor. Ya salen en las conversaciones poco a poco, sin la cautela de los días oficiales, las notas curiosas, los desengaños y asombros. «¡Y éste era el gran estadista!» «¡Y llamaron a toda la América, y se la están arrebatando unos a otros los candidatos rivales, y no caímos en que esto era ni más ni menos que un ardid electoral!» «Ahora me convenzo, -dijo en la mesa de adiós un yanquiniano convertido, -de que me he pasado los años cazando mariposas». Casi todas las repúblicas, como jadeantes de la última pelea, estaban dándose la mano en torno de una mesa del Shoreham. Se hablaba de prisa, con júbilo, en voz baja, como cuando hay nacimiento, como cuando hay boda. Velarde, el de Bolivia, radiante de gratitud, brindó, entre un coro de copas levantadas «¡por el héroe del día, por el Bayardo de la conferencia, por el mantenedor inquebrantable de los derechos de los oprimidos y de los débiles, por el autor y el abogado triunfante del proyecto contra la conquista!» Y de todos los labios, brotaron, como de hijos a padre, palabras de ternura y agradecimiento. Quintana, vencido por primera vez, sólo acierta a decir: «¡Para mi patria acepto estos cariños! ¡Nada más que un pueblo somos todos nosotros en América! ¡Yo he cumplido, y todos hemos cumplido con nuestro deber!» Un americano sin patria, hijo infeliz de una tierra que no ha sabido aún inspirar compasión a las repúblicas de que es centinela natural, y parte indispensable, veía, acaso con lágrimas, aquel arrebato de nobleza. Las repúblicas, compadecidas se

volvieron al rincón del hombre infeliz, y brindaron por el americano sin patria. Lo que tomaron unos a piedad y otros a profecía.

La batalla del día fue de veras muy recia. El Zollverein había sido el campo de combate en lo económico, y la Argentina lo ganó, de cara al sol. El proyecto de conquista, suma y término natural del arbitraje, era el campo de combate en lo político; ¿lo ganaría la Argentina también, cuando tenía al sol en contra? Porque, entre los de habla castellana, el entusiasmo con que se acogió el proyecto de honradez y humanidad que a todas las asegura y garantiza, y no se puede rechazar sin confesarse reo voluntario y descarado contra la humanidad y la honradez, fue tan loable como la moderación con que en la casa extranjera, refrenó los impulsos a que lo pudo llevar el interés amenazado o la ira, el único pueblo de nuestra América que por sus pecados de guerra, pudo creer que le iba al pecho el proyecto levantado en masa por todas las repúblicas del continente, como un coro de hermanos. Quien vio aquel espectáculo, jamás lo olvidará. Los pecadores se arrepentirán; y lo que se tomó por mal consejo se devolverá noblemente a su hora. En nuestra América no puede haber Caínes. ¡Nuestra América es una! Pero la otra América se negó a firmar el proyecto que declara «eliminada para siempre la conquista del derecho público americano». Luego, sofocada, consintió en declarar eliminada la conquista «por veinte años». Quintana redactó el proyecto en la comisión de bienestar general, el proyecto de los cuatro artículos, en que se elimina la conquista para siempre, -que las cesiones territoriales en virtud de coacción serán nulas, -que los pueblos forzados a ceder sus tierras pueden recurrir al arbitraje, -que será nula la renuncia del derecho de llamarse a arbitramento. En lo privado se contaban todas las escaramuzas de la comisión: ¿Por qué Henderson, el presidente de los delegados del norte, se oponía al proyecto contra la conquista, o dejaba a la conquista una puerta abierta, con su enmienda sobre la ofensa, que reservaba el derecho de conquista, al pueblo que cayera sobre otro por creerse ofendido?: la comisión entera aceptaba el proyecto, argentinos, colombianos, brasileros, guatemaltecos, venezolanos; ¿por qué los Estados Unidos son los únicos que no aceptan? Blaine llamó a conferencias a la comisión, y dijo que aceptaba el proyecto, a los pocos pases con Quintana, que con explicaciones oportunas y concesiones de lenguaje le aquietó el miedo visible de que el proyecto intentase poner en tela de juicio los derechos de los Estados Unidos sobre la tierra que le quitaron a México, a los que les pudieran caber en lo futuro por la ocupación violenta del Canadá; ¿cómo Blaine, que aceptó el proyecto, se volvió atrás, después de sus en-

trevistas con Henderson, el que intimó a Sáenz Peña cuando el Zollverein, que «aceptase ahora lo que los Estados Unidos le ofrecían, porque la fortuna tiene alas a los pies, y esa oportunidad podría no volver a presentársele nunca?» A lo que Sáenz Peña contestó demostrando que a la fortuna de alas le importaba más ir a la Argentina que a la Argentina venir a la fortuna de alas, lo mismo que Quintana que no se movió de su silla por la posición de Henderson (ni por la postura) ni la postura de Blaine, y no mudó el proyecto. Toda la comisión lo firmó menos Henderson: Colombia firmó el preámbulo y la declaración contra la conquista.

Y eran los últimos instantes de la conferencia: era la tarde última. Ya esperaba encendido, el vapor que había de llevar a los delegados a la visita de Mount Vernon: ya estaba dispuesto con los enseres de oro el tren que debía llevar a los delegados al paseo del sur, y volvió del paseo interrumpido, porque sólo dos delegados curiosos fueron en él, uno de Venezuela y otro de Colombia. Que los delegados no iban, que su negativa tenía a Blaine airado. Que Henderson no cejaba un ápice en su oposición a que se condenase la conquista. Que Blaine cedió primero al plan, de temor de que le fallase el arbitraje: y cuando sacó el arbitraje que pudo, volvió a sacar el águila, y no hallaba modo de sofocar el «americanismo intenso» que le celebran a su enemigo Henderson. Que Chile podía tener a México por amigo, puesto que a México le suponen, los que no lo conocen, apetitos centroamericanos. Que por el miedo de descontentar a los Estados Unidos, que iba a tener a su lado a México y Chile, pudieran otros países de poca espina irse con ellos, y dejar el proyecto del honor sin suficiente amparo. Al lado de Chile, inmutable, Bolivia, crispada. El Paraguay, cosido a Bolivia. El Perú, pálido. Y empieza la votación. ¿Cuál, cuál será el pueblo de América que se niegue a declarar que es un crimen la ocupación de la propiedad de un pueblo hermano, que se reserve a sabiendas, el derecho de arrebatar por la fuerza su propiedad a un pueblo de su propia familia? ¿Chile acaso? No: Chile no vota contra la conquista; pero es quien es, y se abstiene de votar, no vota por ella. ¿México tal vez? México no: México es

Y uno tras otro, los pueblos de América, votan en pro del proyecto contra la conquista. «Sí», dice cada uno, y cada uno lo dice más alto. Un solo «no» resuena: el «no» de los Estados Unidos. Blaine, con la cabeza baja, cruza solo el salón. Los diez delegados del norte le siguen, en tumulto, a la secretaría. En el salón se oye a Quintana, defendiendo el proyecto, en la

discusión de artículos, de la tacha de ineficaz y redundante que le pone el delegado de Colombia, el gramático Martínez Silva: «El proyecto no quiere, decía Quintana, reabrir el proceso de culpas pasadas, sino impedir que los pueblos de América se manchen la honra con nuevas culpas, y conquistándose entre sí, conviden, y acaso justifiquen, la conquista ajena». «¡Eficacia! ¿pues qué fuerza es a la larga mayor en el mundo que la de la condenación moral, que es la sombra del crimen, y acaba con él, y no hay fuerza material que le resista?» Y se oía de lejos la voz: «Yo no quiero recordar las guerras fratricidas de América sino para deplorarlas».

Viene Flint, el sonriente delegado del norte y le habla a Quintana muy quedo. Blaine desea que Quintana conferencie con los del norte, bajo su presidencia desea enmendar el voto. Quintana está en pie defendiendo su proyecto: «siente mucho no poder complacer al secretario de estado»: «está ante la conferencia, está en pie, defendiendo el proyecto» Ni en su colega Sáenz Peña puede delegar: Sáenz Peña, que ha recibido ese mismo día su nombramiento de ministro de relaciones exteriores, no asiste a aquella inquieta sesión. Flint vuelve, con un recado aún más apremiante. Quintana, «esta en pie ante la conferencia». Flint pide que se suspenda la sesión, y se suspende. La comisión del Proyecto, con Quintana a la cabeza, se reúne en secretaría con los del norte, presididos por Blaine. Crúzanse enmiendas. Desvirtúan todos el pensamiento. Rechazan todas. Insiste Blaine en que no se condene la conquista para siempre, sino por el mismo término por que se ha acordado el arbitraje, por veinte años -en que se prescinda de la cláusula que declara nula la renuncia de llamarse a arbitramento para recobrar los territorios cedidos por la fuerza. Quintana alega: «pues si no se puede acudir al arbitraje en el caso más grave, más claro, y más justo, ¿de qué sirve el arbitraje, ni qué recurso queda contra el abuso de la fuerza? ¿Y si la conquista es un crimen, se la declara tal por veinte años, y a los veinte años de tenerla por crimen, se la absuelve? ¿Y tendremos entonces este artículo: «se declara inhumana la conquista, por veinte años?». Blaine arruga el papel que tiene bajo la mano. Observa que algunos de los de la comisión, deseosos de obtener para el proyecto la sanción del norte, por un celo patriótico que nadie les ha de censurar, hablan entre sí, miran a Quintana, le ruegan acaso que ceda. «¿Y qué sanción le queda entonces al proyecto, y paz de papel en esta que sólo ha de durar, con la conquista a la puerta, veinte años?». Se pone Blaine en pie, saca de sí más cuerpo que el usual, clava en Quintana los ojos penetrantes, le ofrece «por última vez», las

bases de la transacción «en nombre del gobierno de los Estados Unidos». La comisión mira a Quintana, inquieta.

Un relámpago le pasa a Quintana por los ojos: «declino el ofrecimiento. Creo justo y necesario el proyecto primitivo» Echa Blaine su sillón atrás, y sale, a paso recio, a reanudar la sesión. Rodean a Quintana sus compañeros: Bolivia, conmueve, el Brasil, cree que se debe ceder. «El principio es lo que importa». «Lo que importa es que la sentencia sea unánime». Y estaba Quintana demostrándoles, con suave entereza que la cláusula de arbitraje sobre las cesiones forzosas era el amparo más seguro contra la conquista, cuando aparece ante ellos Blaine, cambiado ya el rostro. «¿Espero, señor Quintana, que seguiremos siendo amigos?». «Nunca he creído, señor secretario, que habíamos dejado de serlo». Y le dio Blaine la mano. No había aún dejado Blaine la secretaría, y entró Carnegie, el escocés astuto y cordial, buscando a Quintana. Pequeñín, chato ojirredondo, risueño, ágil. «¡Es un pecado pelearse, buen amigo Quintana, con el buen amigo Blaine!». «¡Estas son cosas de palabras, y con palabras se arreglan!». «¡Propóngame que yo veré que acepte el otro buen amigo!». Conviene Quintana en «¡la mutilación de los veinte años, con tal de que se conserve la cláusula del arbitraje en los casos de renuncias territoriales forzosas!».

De un paso va Carnegie, y de otro vuelve. «¡Pues aceptado! Es claro que aceptado». Vuelven los comisionados a la sala; baja Blaine de su asiento; propone con acentos paternales el proyecto reformado a la conferencia. Quintana, sencillo, lee la congratulación en los ojos de todos. Había promesas en el aire, y como fiesta futura. Carnegie iba de un lado a otro, dando a todos las manos. La conferencia vota.

¿Por qué era un pueblo de nuestra América, de nuestra familia de pueblos, el único que salió de la conferencia con la cabeza baja?

(La Nación. Buenos Aires, 15 de junio de 1890)

Los delegados argentinos en Nueva York

Nueva York, 5 de mayo de 1890

Señor Director de La Nación:

Ha vuelto el tren de Richmond, el tren extraordinario donde habían de recorrer los delegados benévolos las comarcas celosas del oeste y del sur, que no quieren que los meridionales se vayan del país sin haberles visto sus pueblos e industrias, y mantienen su derecho «a los beneficios comerciales que resulten de las excursiones de los delegados, puesto que de los fondos de todos ha pagado el erario los gastos de su hospitalidad, y han de llevar a sus pueblos noticias de todos»; ha vuelto el tren, porque de las dieciocho delegaciones sólo montaron en él dos delegados intrépidos, con mucho agregado segundón y gente menor, que no era lo que quería ver la rica Atlanta, la patria laboriosa del pobre Grady: ni Richmond, la ciudad leal que le va a levantar un monumento a Lee; ni Nueva Orleans, que ha recibido con fiestas la bandera confederada que la ciudad de Richmond le manda a la viuda de Jefferson Davis, el caballero de alma marcial que no había leído, en lo mucho que leyó, «nada más grande que Pablo y Virginia». Por un instante parecían decididas a deponer sus lutos, más por cortesía de su natural que por deseo verdadero, las ciudades señoriales y desvencijadas que no quieren oír el ruido del mundo, ni dar licencia para que los visitadores indiferentes maltraten la yerba que crece sobre las tumbas: ¿no dice un poeta de Richmond, que de noche, cuando las estrellas se ocultan entre las nubes, la yerba canta? -¿que se oye como un susurro-, -que brillan ojos de fuego entre la yerba-, que por la mañana, sobre la yerba húmeda, aparece un sombrero confederado? Pero para los «meridionales» iba a haber, por la simpatía de los cabellos negros, exhibición de industrias en Atlanta, y en Richmond cuadrillas de honor, y en Orleans fiestas como las de los carnavales. La grita fue grande, cuando el gobierno, con razón de que «el número de los delegados en viaje no justificaba el gasto que se iba a hacer por ellos», ordenó que el tren de los enseres de oro interrumpiese el viaje. Los dos delegados solitarios y los agregados y gentes menor se negaron, coléricos, a volver a Washington en el tren de los enseres de oro; sino que volvieron, cuál con el gabán por las orejas, cuál con la barba de tres días, a su propia costa. ¿Ni cómo podían los delegados ir decorosamente a este viaje, cuando aparte del ansia natural por volver a sus tierras a dar

cuenta de su mandato, era público y confeso que la gira se hacía para acallar los clamores de las comarcas a quienes se quiere tener complacidas para las elecciones venideras y ha entrado ya en la leyenda y la caricatura el viaje primero de los delegados por el este y el noroeste, que los diarios pintan como ocasión nunca vista y harto aprovechada por las familias de nuestros amigos del sur que andan viajando a costa de los Estados Unidos, que son ricos y pueden pagar, aunque en verdad eran los agregados muchos, y los cigarros demasiado buenos, y se gastó mucha champaña?».

Volvió de Richmond el tren vacío; y en el mismo diario donde estaba la noticia, se leía sin más extrañeza que la de los incautos, la novedad de que el secretario de estado había sacado de los anaqueles la reclamación de un ciudadano del norte, y castigaba con ella al ministro-delegado de Guatemala, a Fernando Cruz. ¿Pero no tuvo dormida durante la conferencia esta reclamación la Secretaría de Estado, mientras se creyó que Guatemala iría por donde se le dijese que fuera, y con ella el Salvador y Honduras? ¿No sabe de sobra la secretaría que esta reclamación es inicua si no burlesca, puesto que el individuo reclama contra el gobierno guatemalteco, en su calidad de ciudadano norteamericano, porque el gobierno lo puso preso en atención a la solicitud del ministro de los Estados Unidos en Guatemala, por haber atentado al honor de su nación en la persona del ministro? ¿Y cómo al día después de erguirse Cruz, junto con toda su América, y tomar filas en lo del arbitraje, con los argentinos, con los brasileros, con la familia del sur, con los pueblos de su habla, le resucitan la reclamación que tenían como escondida, y dan al público a sabiendas informes falsos, calculados para que el país se le eche encima a Cruz, y vean en su tierra, que ha cesado de ser persona grata? Cruz abrió a la prensa su libro de telegramas, donde estaba la historia del caso, y paró con discreta bravura el golpe. ¿O no fue eso, sino el temor del secretario de que le viniese encima, por las ruidosas victorias de los argentinos, la censura de flaqueza para con «esos pueblos del mediodía» y el deseo de quitarle virtud a la acusación mostrándose vigilante y enérgico en lo menos comprometido que halló a mano?

Y es la primera ventaja del decoro de los pueblos latinos en la conferencia el visible respeto, y mayor conocimiento, con que hablan de ellos, como asombrados y confusos, los que paran en ver que mucho de lo que tenían por incapacidad ajena era ignorancia suya. Ya buscan corresponsales fijos en los países del sur, y cuentan en detalle los sucesos de su hacienda y su política. Ya tachan a las empresas de noticias porque no son tan amplias y

frecuentes las del sur como el público desea. Ya comentan los cambios de gabinete, y llevan cuenta de los factores políticos y de las personas. Los comerciantes lisonjeros sujetan el estribo de los magnates del sur, sombrero en mano. Los poderosos de la república, halagados, como hombres que son, de ver hombres ante sí, como a tales los tratan; y aún parecen tener gusto en mostrarles con especial aprecio su sorpresa.

¡No hay como volverse de frente para echar atrás a los que nos pican las espaldas!

Cierto es que el día de la revista militar, que fue a las puertas de la Casa Blanca, en la hora del sol, ni ofrecieron entrada a las señoras, que estaban al fuego del sol en los carruajes descubiertos, ni les llevaron a los coches la limonada republicana, ni salió a recibir a sus huéspedes la esposa del presidente, que miraba de atrás de una cortina, ni saludó el presidente a las

Pero con los últimos días vino mayor respeto, y acaso ninguna otra delegación ha recibido más muestras de él que la Argentina. Carnegie propalaba entre los delegados la satisfacción con que Blaine recibió el nombramiento de ministro de Sáenz Peña -el que, sin mudar de voz, «porque no había para qué» dijo, como miembro de la comisión de comunicaciones del Atlántico, que «si el congreso votaba el proyecto de tarifa de MacKinley que aumenta fuera de toda prudencia y justicia el derecho sobre las lanas argentinas, la delegación argentina contestará a esta falta de respeto retirando su recomendación al proyecto de subvencionar los vapores, recomendación que hemos hecho más que por necesidad por cortesía: -el que sacó de sus asientos a la delegación del norte cuando preguntó, como cosa natural, sin apagar el cigarro, en qué proporción llevarían los buques subvencionados las banderas de sus países, cuando los del norte tenían por seguro que, aunque los demás países entrasen a pagar los vapores, la del norte era la bandera única que habían de llevar-, el que cuando en la comisión de Zollverein dejó Henderson, airado y descompuesto, un proyecto sobre la mesa, «y que lo llamasen cuando fueran a votar, porque tenía otros quehaceres» formuló al punto su voto contra los tratados de reciprocidad, y dejó sobre la mesa, sin acceder a volver a la sala, como se lo pedía Henderson contrito, «porque el delegado argentino tenía otros quehaceres» -el que puso sin ambages ante la conferencia el caso económico, trató al norte arrogante de hombro a hombro, y le descoyuntó las estadísticas. En su sitial de delegado

estaba Sáenz Peña cuando recibió la nota autógrafa y espontánea de Blaine: «Será para mí motivo de gran satisfacción corresponderme con Ud. acerca de los intereses indisolubles de las dos repúblicas».

Y al paso de los argentinos por Nueva York, los poderes del país los han tenido de una mesa en otra; la bandeja iba y venía con tarjetas de navieros tenaces, de comerciantes pudientes, de capitalistas investigadores, de enviados oficiosos. Unos hablaban de Quintana, de ferrocarriles, de tierras nuevas, de la riqueza firme de la república, de su poder de recuperación y empuje, de la constitución nacional que se asimila lo homogéneo y elevado, y rechaza lo burdo y ruin; era la sala, dicen, registro abierto de ciudadanía: «No ha sido vana, señor, esta conversación», le dijo un millonario: «sepa Ud. que también los millones emigran». Y Carnegie, que tiene en la presidencia de su comedor el sillón en que se sentó en la conferencia- llevó a su mesa a Quintana, y se le mostró locuaz, abierto, hombre a la manera de su paisano Burns «que para eso es hombre, para ser uno con los hombres de

Otras veces había coro de comerciantes en la sala del hotel. Sáenz Peña les demuestra la vanidad de pretender henchir de artefactos del norte el mercado argentino, cuando el norte le cierra las puertas a los productos argentinos, los invita, más con su altiva tranquilidad que con su solicitud, a tratar con el país sobre bases de conocimiento y de respeto; los induce a llevar a la Argentina la manufactura de las lanas.

Será para el provecho de la Argentina, pero también para el de ellos. Allí pueden fabricar sus lanas y venderlas; mientras que aquí, con su tarifa prohibitiva, no las pueden vender, y tienen que ir moviendo política, y pujando paternidades, y levantando una unión comercial hispanoamericana que se cae, como monumentos de copas de champagne, al suelo, para echar sobre el continente las lanas pordioseras. Allí hay gran campo para la venta: pongan capitales, que el país, a pesar de sus cuitas, tiene fondo de tierras permanente que, al cabo de cuentas, ha de responder por cuanto se ponga en él; lleven máquinas, y útiles, y materiales de fabricación, que ya se hará por que entren, puesto que es para bien de las repúblicas, libres de derechos. ¿Ganancias? ¡Por supuesto que las hay! ¿No paga la Argentina flete y seguro sobre cada cien libras de lana sucia, que sólo le dan treinta limpias?

¿No ha de sacar su utilidad el manufacturero europeo, y ponerla en el precio? ¿No paga la lana argentina al volver manufacturada al país, un cuarenta y cinco por ciento de derechos de importación? Pues manufactúresela allá, y el manufacturero tendrá amplio mercado para un producto de consumo indispensable, que no tendría que pagar ni flete, y seguro por tres tantos de su material real, ni flete de vuelta, ni cuarenta y cinco por derechos de importación. La Argentina, es cierto, ganaría con el establecimiento de la nueva industria y su pueblo se vestiría más barato y mejor, y ¿por qué no con su empuje, y su mucha lana, y sus facilidades para exportar, no se haría en poco tiempo país exportador -no proveería, por lo menos, a los mercados cercanos? La Argentina ganaría, sí; pero los que llevasen la industria harían un negocio pingüe. Por las noches, en el Club de los Lenceros, en el comedor del Union League, en cierta mesa de la cantina célebre de Hoffman, se oían frases como estas: «¿Y esta clase de hombres, de dónde han salido?». «Saben de nuestras cosas más que nosotros mismos». Ese ministro joven me dejó hoy convencido». «Los amigos creen que hay asunto en lo que nos dijo hoy y que vale la pena de llevar allá los telares que se nos están quedando aquí sin quehacer». «¡Smith, este Pommery por el primer telar yanqui que pongamos en la Argentina!». «¡Eso no -dijo de brillantón en la pechera, traje de pana nacional, y botas de becerro: por esas cosas no se brinda con Pommery sino con champaña de nuestras uvas, con champaña de Ohio!». Que no fue como la que sirvió Sheppard, el agresivo republicano casado con la Vanderbilt, en la comida de honor, con que en la casa monumental, copia de la de Francisco I, obsequió el matrimonio millonario a los esposos Sáenz Peña.

Allí estaba Chauncey Depew, el abogado de la casa, y el presidente posible: allí el general Sherman, con su cara rugosa, que se llenó de luz, como cuando da un rayo de sol sobre los riscos, cuando Sáenz Peña recibió, con sincera gratitud, un suntuoso ejemplar de sus «Memorias»: allí Flint que el día antes tuvo a su mesa, entre gente de pro, a los dos delegados bonaerenses: allí Lawford, cuñado del juez supremo de Inglaterra y el presidente de la cámara de comercio de Nueva York, y navieros y capitalistas. La hija de la casa tenía a su derecha a Quintana, y a su izquierda al cónsul argentino. Estaba Zegarra, el vicepresidente del congreso, y Hurtado, el delegado colombiano, y Guzmán, el ministro nicaragüense. Con sus señoras habían ido muchos: estaba la señora de Pitkins. Y en la mesa fue rara la cordialidad, de oro la vajilla de los postres, y entusiasta la admiración a la esposa argentina.

El periódico de Sheppard, el Mail and Express, describía con pluma complacida el banquete memorable -y celebraba, en las columnas editoriales, el aniversario de la batalla de Palo Alto, «donde Taylor con dos mil norteamericanos, derrotó a seis mil mexicanos y perdió sólo cuatro

(La Nación. Buenos Aires, 19 de junio de 1890)

Los asuntos hispanoamericanos en Washington

Nueva York, 28 de Junio de 1890

Señor Director de La Nación:

Hispanoamérica esta en todas las bocas. Ni de la podredumbre de Tammany, ni del regalo escandaloso a la mujer del presidente, se ha hablado tanto como de Hispanoamérica en estos días, aunque del regalo se han dicho tales cosas y tan a punto, que los más cercanos a la Casa Blanca no osan defenderla de lo que llama uno «sencillez increíble», y otro «hipoteca de los caudales públicos», «mortificante ignominia». Ni la plata preocupa tanto como Hispanoamérica a los que hablan y leen, por más que ante el proyecto en volante de la Casa de los Senadores, los cuales no quieren, como la Casa, que el gobierno compre toda la plata que se saque de la república, y dé por ella certificados de papel, que han de fluctuar con el valor de la plata representada, sino que compre el gobierno la plata toda del país, y aun toda la del mundo y acuñe en pago pesos de a cien centavos, que en oro no valen en realidad más que setenta y la ley obliga al país a tomar por cien de oro; y cuando el presidente anuncia, por no alarmar al este de los banqueros, que su deseo de complacer al oeste no va hasta forzar a los bancos a recibir como cien un peso que sólo pueden vender por setenta -se levanta un senador republicano, de allá de los estados nuevos, y dice con citas de Shakespeare y del latín, que «si su gente hubiera sabido que no le iba a dar Harrison la plata libre, se habrían guardado de ponerse al codo las camisas, como se las pusieron, para sacar de presidente al que les iba a

comprar toda la plata: ¡y ya sabe lo que tiene que hacer el que quiera los votos de Colorado!». Dos grandes gremios, por sobre todos los demás, pelean con ministerio abierto en Washington, por regir el partido imperante de modo que convenga al interés agrícola, aunque las manufacturas ganen menos de lo que ganan a su costa, o al interés manufacturero, que quiere que los del campo se le sometan y avengan a mantener con su asentimiento una tarifa que les pone lo de vestir, y de comer más alto de lo que por culpa de ella pueden vender los frutos con que lo han de comprar. El público sabe poco de estas querellas de los manufactureros, con Quay y MacKinley de capitanes, y los campesinos aliados, que tienen a Allison y Buttenworth por principales cabezas; y hay que hocear por lo oscuro, y verle los móviles a cada cual, para saber que toda la pelea sobre el proyecto de MacKinley esta en concertar, dentro del partido republicano, estos dos intereses, que se han puesto tan aparte, según lo están de hecho, que Blaine ha visto modo de alzarse de nuevo como tirano pacificador y dar otro sombrerazo en la mesa, a fin de ver si detrás de él se van, ligados los manufactureros y los campesinos, aclamándole por jefe: para lo cual se presenta de campeón del libre cambio, o poco menos, con las naciones de América.

¡Se ha de estar a los saltos y mundanzas de los que se ocupan de nosotros! Arañarles el faldón no es necesario; sobre todo cuando se lo hemos besado antes: sino ver de dónde nace, y a dónde va, lo que nos interesa, y cuál nos quiere bien, y cuál no es nuestro amigo: o si se nos toma de tamboril, y debemos echar el tambor al aire.

El rencor mezquino no nos es tan útil como la atención sensata.

Lo primero, por supuesto, que recomendó la Secretaría de Estado al Congreso, de todo lo que acordó la Conferencia, fue el proyecto de ferrocarriles, donde están Carnegie y Davis, y fue al Congreso con su nota de Blaine, que alude sin ira al desarrollo de los ferrocarriles argentinos, como al de los de México y Chile, y un mensaje presidencial, en que se apoya la idea, aunque no le faltó modo de poner, entre razón y razón, esta frase amorosa sobre los vapores: «La creación de líneas nuevas y mejoradas es indudablemente el medio más rápido de desenvolver un tráfico mayor con las naciones de la América latina». Y luego con vivo empeño y nuevo mensaje y nota, se propuso la incorporación del Banco Panamericano, cuya comisión está en sesiones desde que conoció el proyecto el Congreso, donde hablan día a día el comerciante Thut, príncipe del caucho, que es en la em-

presa cabeza mayor, y el agudo abogado Ivins, que tiene en el Brasil buenos negocios, y en Nueva York la mejor biblioteca castellana, y Hughes, el de los vapores de Ward, que era en la conferencia como delegado sin diploma, y Bliss, el que ha hecho millones en los géneros: tanto que la malicia llega a insinuar que por ahí se empiezan a ver las causas del interés de aquél, y del comedimiento del otro, en los asuntos de la Conferencia, sobre todo cuando los diez comisionados propuestos para organizar el banco de negocios son los mismos diez a quienes los Estados Unidos nombraron de delegados al congreso de naciones de América. De un banco no hay que decir mal, si viene con honradez; ni están hoy los pueblos para atufarse, tejado contra tejado, y enseñarse los dientes uno a otro, sino para vivir en vigilante paz, que con nada se asegura tanto como con el interés natural y libre, ni se compromete más que con convenios artificiales y forzosos.

A las corrientes calladas hay que ver, y éstas van sin duda con la idea; puesto que puede decirse con verdad que nunca se ha hecho acá menos objeción a cosa de esa monta, y aún hay que reparar en lo cauto de la aprobación, que es tácita y continua como si por ahí fuese la idea nacional, y se tuviera a pecado ponerle vallas. En nada se ve más esta disposición pública que en el temor que los demás bancos muestran de ir contra ella, por más que dé el proyecto tal poder al Panamericano, que con su mínimo de diez millones y máximo de veinticinco, y sus cinco sucursales en la Unión y sus ramas favorecidas en México, las Antillas, Centro y Sud América, y su facultad singular de emprestar, a más de las de girar, agenciar, representar, garantizar por contratos y tomar en depósito, que los bancos nacionales tachan de monopolio a este rival que podrá más que ellos, en los veinte años de su concesión, y va a ser a la vez, con la nación a la espalda, banco de descuentos y garantías, y casa de colocaciones y caja fiduciaria. Emitir, no podrá; ni comprar raíces por más del veinte por ciento de capital pago; ni servir de agente a gobierno, corporación o funcionario alguno, aunque esta última cláusula es de burladero, puesto que el banco puede negociar en rentas públicas. Las acciones serán de a cien pesos; y habrá veinticinco directores, que han de tener cada uno doscientas cincuenta. Y en la comisión hizo mucho pie este argumento: «En caso de guerra con el inglés, por quien pasa hoy todo el valor del caucho que entra en los Estados Unidos, ¿qué hacemos, si no tenemos banco propio, para que no padezcan los cincuenta mil que nos trabajan acá el caucho?»

En eso se estaba, «de las cosas latinas». El senador Hale pedía sesenta y cinco mil pesos para la comisión del norte que debe ir, de seguida, a lo de los ferrocarriles, y treinta y seis mil para «los primeros gastos de la unión aduanera», y 250.000 que es lo que recomiendan el Secretario de Estado y el Presidente, para levantar en Washington el edificio de los papeles americanos. La golosina de la unión iba ya hasta el proyecto de Frye, el senador del Estado de Blaine, que quiere que los Estados Unidos se liguen con Hispanoamérica «para suprimir el tráfico del licor».

Cuando de repente, la prensa sacudida da, una tras otra, las noticias inesperadas: Un telegrama de Blaine. Una carta de Blaine. Un mensaje conjunto de Blaine y de Harrison al Congreso. Un discurso, y un sombrerazo, de Blaine en la comisión de presupuestos del Senado. Blaine, el que levantó la campaña electoral con el grito de protección extrema, se vuelve de frente, con Harrison que huele derrota, contra el proyecto de MacKinley, que pone en la tarifa, uno a uno, los dogmas de la protección extrema. «¿Qué proyecto es ese -dice Blaine al Congreso-, que cuando se convida a los argentinos a abrir las puertas a nuestros productos, a nuestra lencería, a nuestra ferretería, a nuestros muebles, a nuestras conservas, le cierra las puertas a lo único que nos quieren vender, que son sus lanas?» Y en seguida, como a que le vean la cabeza imperiosa, dice esto del azúcar libre que quiere MacKinley:

«¿Qué proyecto es ese que da entrada libre al azúcar, y nos deja sin condición que imponer a los pueblos latinos azucareros, para que por el azúcar a que nosotros demos entrada, nos la den a nuestras manufacturas y a nuestras harinas? ¡Harto les hemos dado ya, sin que nos den, y basta de concesiones unilaterales con el ochenta y siete por ciento de sus frutos que les recibimos ahora libres!» -sin contar con que estas franquicias han sido impuestas a los Estados Unidos por sus propios habitantes, para abaratar lo esencial o tener materia primera con que competir con el mundo: ¡y ahora salen de perdonadores los necesitados, y de quijanos los tacaños, tapándose la mendicidad con la capa rota, y haciendo con la mano de delante como que nos dan un revés, y por entre los faldones sacando la otra mano pedigüeña! Para hacer tema del azúcar libre, y ganarles el corazón a los campesinos que la favorecen, corrió la noticia de que España quiere cerrar las puertas de Cuba a la harina de Norteamérica; y al telegrama que le viene en respuesta contestó Blaine así: «Si quieren vender azúcar libre, que com-

pren harina». De un amigo de su pueblo, recibe Blaine una carta oportuna preguntándole si se opone al azúcar libre.

-«¡Oh, no! A lo que me opongo es a que se me quite el instrumento con que puedo obligar a los pueblos latinos a entrar en tratados de reciprocidad. ¡Me parece que es tiempo ya para asegurar ventajas recíprocas» Y en la misma tarde, opina Blaine ante la comisión secreta de los senadores: -¿A cuándo se espera para que los Estados Unidos sean lo que deben ser? Si nos quedamos sin instrumentos, ¿de qué instrumentos nos valemos luego?

¡Esta es la hora de los tratados de reciprocidad; o no es la hora nunca! y dio con el sombrero sobre la mesa: «¡Ese proyecto de MacKinley es un oprobio! Diera dos años de mi vida por dos horas para combatir ante el Senado el azúcar libre; si se declara el azúcar libre, los mayores resultados que se buscaron, y se esperan, de la conferencia, se habrán perdido; antes me torcerían el brazo por el hombro que firmar el proyecto de MacKinley».

Y afuera, con amistad, a los manufactureros: «Pero a que quieren los manufactureros republicanos la protección inútil, si esos son los únicos pueblos a que, por los precios altos de la protección, podemos vender, y no les venderemos si no los ligamos, con tratados recíprocos? Ni podremos conservar la protección aquí, si no halagamos la opinión con este aumento de comercio, y todo lo que se entiende por tratados de reciprocidad».

Y a los campesinos, como quien los protege sin merecerlo, y no necesita de ellos: «También yo quiero el azúcar libre; pero después de haber asegurado a los republicanos del campo la venta en las Américas de las harinas y a los Estados Unidos lo que les conviene». Y a sus parciales: «Yo sé lo que hago y voy con la opinión. A MacKinley lo echamos de antena; ¡que se quede donde está! Harrison ve que el proteccionismo no le ayuda, y se declara conmigo, para amparar mejor a los manufactureros con la fama de proteccionista moderado y ponerse con la mayoría, hostil a MacKinley; e irme atrás cojeando, a que digan que son suyas mis ideas sobre las Antillas y la

«Reúno en mí, con la panacea de los tratados de reciprocidad, a los manufactureros apurados que no le ven a Harrison poder, y a los campesinos hostiles a Harrison, que siguen al que los mira de arriba, y les promete venta. Los rivales me están dejando atrás, y de este salto me les pongo

delante. Yo ofrezco, yo hablo de lo desconocido, yo guío. Y con esta esperanza concreta en mí, contra todos los demás, que no llevan oferta concreta, vamos a las elecciones de la nueva presidencia, sin haber alzado el avispero de la tarifa. La bandera: Hispanoamérica». Y de esta bandera dice así el Sun, de Nueva York, de 26 de junio: «El programa que Blaine propone, o insinúa, es fascinador, y no pierde nada a los ojos públicos porque lo recomiende su personalidad brillante. La esperanza, o el sueño, de la unión comercial, si no política, de este continente, está en la mente de todos los americanos. Puede ser que se tomen pronto las primeras medidas para realizarla. La opinión pública está madurándose para ella».

(La Nación, Buenos Aires, 31 de agosto de 1890)

A Gonzalo de Quesada

Nueva York, 29 de octubre de 1889

Mi muy querido Gonzalo:

Por lo pequeño de la letra verá Vd. que el alma anda hoy muy triste, y acaso la causa mayor sea, más que el cielo oscuro o la falta de salud, el pesar de ver cómo por el interés acceden los hombres a falsear la verdad, y a comprometer, so capa de defenderlos, los problemas más sagrados. De estas náuseas quisiera yo que no sufriese Vd. nunca, porque son más crueles que las otras. Por eso no le he escrito en estos días, porque cuando me cae ese desaliento estoy como ido de mí, y no puede con la pluma la mano. Y porque quería hablarle largo, como a su buen padre le hablé, sobre el peligro en que está Vd. de que, con el pretexto de amistad, se le acerquen personas interesadas que quieran valerse de la posición de confianza de que goza, cerca de una delegación importante a la que con la astucia se quisiera deslumbrar, o confundir, o convertir, o traer a la estimación de personas que llevan el veneno donde no se les ve. Lo han de querer usar, descaradamente unos, y otros sin que Vd. lo sienta. Y yo quiero que todos le tengan a Vd., y a la persona que confía en Vd., el respeto que les he tenido yo, que me guardé bien, ni de frente ni de soslayo, de inculcar en Vd. mis ideas

propias sobre estas cosas delicadas del Congreso, y sobre los hombres que de dentro o de fuera intervienen en él, por más que ni Vd. ni yo podamos tener duda de la pureza de mis intenciones, ni del fervor de mi cariño, y el desinterés de mi vigilancia, por mi tierra, y por toda nuestra América. Vd. es discretísimo; pero no me ha de tener a mal que lo ponga en guardia sobre estas asechanzas sutiles. Si entra en las funciones de Vd. poner delante al caballero a quien acompaña las opiniones sobre este asunto, póngale por igual las del Tribune y el Avisador y las del Post, el Herald y el Times. Refrene, en cuanto a las personas, el entusiasmo natural a su gallardo corazón; y estudie los móviles torcidos que a veces se esconden bajo las más deslumbrantes prendas exteriores. No hable mal ni bien de quien oiga hablar bien o mal, hasta saber si hay causa para el elogio o la censura, o si lo que se ha querido es acreditar o desacreditar a una persona, por el medio indirecto e involuntario de Vd. No hay encaje más fino que el que labran los hombres decididos a intrigar, o necesitados de servir. Es necesario ser hábil y honrado, contra los que son hábiles, y no honrados. Esto se lo digo a Vd., como me lo diría a mí mismo, -porque preveo que no se ha de dejar sin intentar el propósito de llegar por medio de Vd. al ánimo de la delegación, que es de tanto peso y juicio, y de pueblo tan viril, que de nadie busca ni necesita consejo, pero pudiera, sobre todo en cuanto a los hombres, formarse opinión errada y peligrosa de esta persona o aquella, por verlas -en buen predicamento con los que tienen merecida su confianza; Vd. hará, para empezar, un buen oficial de caballería, porque ve de lejos, lo que es igualmente necesario en los tratos con los enemigos, y con los hombres. ¿Qué más tengo que decirle, sino que me perdone en gracia de que son por su bien, estas vejeces?

Ahora le hablaré de lo que nos toca más de cerca que nuestras mismas personas: de lo de nuestra tierra. Hay marea alta en todas estas cosas de anexión, y se ha llegado a enviar a La Discusión de La Habana, desde Washington, una correspondencia sobre una visita a Blaine, en favor de la anexión, en que la dan por prometida por Blaine, y al calce están mis iniciales: ¡y en Cuba creen los náufragos, que se asen de todo, que es mía la carta, a pesar de que es una especie de anti-vindicación, y que yo estoy en tratos con Blaine, y los demás que en Cuba puede suponerse de que los revolucionarios de los Estados Unidos arden en arreglos con el gobierno norteamericano!: hasta ofertas de agencias he recibido de personas de respeto, como primer resultado de esta superchería. En instantes en que el cansancio extremo de la Isla empieza a producir el espíritu y unión indis-

pensables para intentar el único recurso, es coincidencia infortunada ésta del Congreso, de donde nada práctico puede salir, a no ser lo que convenga a los intereses norteamericanos, que no son, por de contado, los nuestros. Y lo que Vd. me dice, y ha hecho muy bien en decirme, agrava esta situación, con la única ventaja de que el tiempo perdido en estas esperanzas falsas, lo emplearemos, los que estamos en lo real, en organizarnos mejor.

Pero no es por nuestras simpatías por lo que hemos de juzgar este caso. Es, y hay que verlo como es. Creo, en redondo, peligroso para nuestra América o por lo menos inútil, el Congreso Internacional. Y para Cuba, sólo una ventaja le veo, dadas las relaciones amistosas de casi todas las Repúblicas con España, en lo oficial, y la reticencia y deseos ocultos o mal reprimidos de este país sobre nuestra tierra: -la de compeler a los Estados Unidos, si se dejan compeler, por una proposición moderada y hábil, a reconocer que «Cuba debe ser independiente». Por mi propia inclinación, y por el recelo -a mi juicio justificado- con que veo el Congreso, y todo cuanto tienda a acercar o identificar en lo político a este país y los nuestros, nunca hubiera pensado yo en sentar el precedente de poner a debate nuestra fortuna, en un cuerpo donde, por su influjo de pueblo mayor, y por el aire del país, han de tener los Estados Unidos parte principal. Pero la predilección personal, que puede venir de las pasiones, debe ceder el paso, en lo que no sea cosa de honor, a la predilección general: y pronto entendí que era inevitable que el asunto de Cuba se presentase ante el Congreso, de un modo o de otro, y en lo que había que pensar era en presentarlo de modo más útil. Para mí no lo es ninguno que no le garantice a Cuba su absoluta independencia. Para que la Isla sea norteamericana no necesitamos hacer ningún esfuerzo, porque, si no aprovechamos el poco tiempo que nos queda para impedir que lo sea, por su propia descomposición vendrá a serlo. Eso espera este país, y a eso debemos oponemos nosotros. Lo que del Congreso se había de obtener era, pues, una recomendación que llevase aparejado el reconocimiento de nuestro derecho a la independencia y de nuestra capacidad para ella, de parte del gobierno norteamericano, que, en toda probabilidad, ni esto querrá hacer, ni decir cosa que en lo menor ponga en duda para lo futuro, o comprometa por respetos expresos anteriores, su título al dominio de la Isla. De los pueblos de Hispano América, ya lo sabemos todo: allí están nuestras, cajas y nuestra libertad. De quien necesitamos saber es de los Estados Unidos; que está a nuestra puerta como un enigma, por lo menos. Y un pueblo en la angustia del nuestro necesita despejar el enigma; -arrancar, de quien pudiera desconocerlos, la promesa de respetar los derechos que supiésemos

adquirir con nuestro empuje, -saber cuál es la posición de este vecino codicioso, que confesamente nos desea, antes de lanzarnos a una guerra que parece inevitable, y pudiera ser inútil, por la determinación callada del vecino de oponerse a ella otra vez, como medio de dejar la isla en estado de traerla más tarde a sus manos, ya que sin un crimen político, a que sólo con la intriga se atrevería, no podría echarse sobre ella cuando viviera ya ordenada y libre. Eso tenía pensado, contando con que en el Congreso no nos han de faltar amigos que nos ayudasen a aclarar nuestro problema, por simpatía o por piedad. Y como pensaba componer la exposición de manera que en ella cupiesen todas las opiniones, en José Ignacio pensé, como pensé en Ponce y en cuantos, con diferencias de métodos, quieren de veras a su país, para que acudiesen al Congreso con sus firmas, en una solicitud que el Congreso no podía dejar de recibir, y a la que los Estados Unidos, por la moderación y habilidad de la súplica, no habría hallado acaso manera decorosa de negar una respuesta definitiva: y así, con este poder, batallar con más autoridad y a campos claros. Del Congreso, pues, me prometía yo sacar este resultado: la imposibilidad de que, en una nueva guerra de Cuba, volviesen a ser los Estados Unidos, por su propio interés, los aliados de España. Nada, en realidad, espero, porque, en cuestión abierta como ésta, que tiene la anexión de la Isla como uno de sus términos, no es probable que los Estados Unidos den voto que en algún modo contraríe el término que más les favorece. Pero eso es lo posible, y el deber político de este instante, en la situación revuelta, desesperada, y casi de guerra, de la Isla. Y eso estaba yo decidido a hacer. Y aún no sé si será mi deber hacerlo, acompañado, o solo.

En esto me llega su carta de Vd. De los móviles de José Ignacio Rodríguez no hay que hablar. Ama a su patria con tanto fervor como el que más, y la sirve según su entender, que en todo es singularmente claro, pero en estas cosas de Cuba y el Norte va guiado de la fe, para mí imposible, en que la nación que por geografía, estrategia, hacienda y política necesita de nosotros, nos saque con sus manos de las del gobierno español, y luego nos dé, para conservarla, una libertad que no supimos adquirir, y que podemos usar en daño de quien nos la ha dado. Esta fe es generosa; pero como racional, no la puedo compartir. Lo que en todo el documento, tal como Vd. me lo pinta, se demuestra, no es tanto la razón de que Cuba sea independiente, sino la necesidad que la nación de más intereses y aspiraciones en América tiene de poseer la Isla, el mal que le puede venir de que otro la posea. Aparte de lo histórico, en cuanto al espantapájaros que mató de una vez

ndez Núñez? De esas alegaciones tomarán los Estados Unidos refuerzo para sus propósitos, confesos o tácitos. La indemnización ¿quién la había de garantizar, sino la única nación americana que puede hacerla efectiva? Y una vez en Cuba los Estados Unidos ¿quién los saca de ella? Ni ¿por qué ha de quedar Cuba en América, como según este precedente quedaría, a manera, -no del pueblo que es, propio y capaz, -sino como una nacionalidad artificial, creada por razones estratégicas? Base más segura quiero para mi pueblo. Ese plan, en sus resultados, sería un modo directo de anexión. Y su simple presentación lo es. Lo anima en Rodríguez, el deseo puro de obtener la libertad de su tierra por la paz. Pero no se obtendrá; o se obtendrá para beneficio ajeno. El sacrificio oportuno es preferible a la aniquilación definitiva. Es posible la paz de Cuba independiente con los Estados Unidos, y la existencia de Cuba independiente, sin la pérdida, o una transformación que es como la pérdida, de nuestra nacionalidad. Sírvanos el Congreso, en lo poco que puede, pero sea para el bien de Cuba, y para poner en claro su problema, no para perturbarla, por lo pronto, con esperanzas que han de salir una vez más fallidas, o si no salen, no han de ser para su beneficio.

Y ahora, los hombres. Dos cosas pueden ser, y sólo la parte de Rodríguez me impide creer que sea una de ellas. O los capitalistas y políticos de la costa, con ayuda y simpatía de quienes siempre ayudan estas cosas en Washington, han ido penetrando sutilmente hasta hallar en Rodríguez un auxiliar desinteresado y valioso, y este plan viene a ser la aparición de un propósito fijo de hombres del Norte, que es lo que me inclino a creer; o por comunidad de las ideas limpias de Rodríguez, la pasión constante del revolucionario González, y el interés confeso y probado de Moreno, se ha venido a producir un modo de pensar, que como todo lo que lleva esperanza a los infelices, y libertad cómoda a los débiles, tendrá muchos adeptos, aquí y en Cuba, pero en el que no quisiera yo ver persona como Rodríguez junto a un hombre del descrédito de Moreno, y de la poca autoridad de Luna. No sé hablar mal de los hombres. Pero Moreno no es buena compañía, aparte de lo ridículo de su persona, que sólo por la idea simpática que le llevaba, y por el respeto de su puesto de representante, pudo parecer bien, como Vd. me dice, al entusiasta González. De González, nada sé, sino lo que se puede saber de la expedición de López, que Vd., recordando o preguntando, lo sabrá. Y por unas líneas suyas que leí en días pasados, sé

Nueva York. Sábado, 14 de diciembre de 1889

Mi muy querido Gonzalo:

Anoche a vuela pluma le contesté, y ahora recibo, con agradecimiento y provecho, el dato que me manda.

En las cosas de la Conferencia, veo con júbilo que la Argentina crece en autoridad. Pero ¿no nota Ud. que está como vencida de antemano, y como rodeada, en las únicas comisiones trascendentales de la Conferencia, no porque las otras no debieran serlo, sino porque sólo sirven de ocasión y disfraz para las dos que llamaré yo comisiones reales: la de Ley Internacional y la del Bien General? Ya sabía yo, y dije, que estarían en ella los que están. A Quintana le dan puesto, para alardear de imparcialidad, porque lo creen vencido. Vea cómo está compuesta la Comisión del Bien General: la encabeza Henderson, el caudillo de la agresión: están, por supuesto, Gua-

Para hablarle de lo demás tengo que hablarle de mí, lo que me es hoy menos difícil, porque no tengo ninguna pena que darle, sino noticias que lo van a poner contento, y aun a hincharle la nariz, ganoso de pelea, como buen potro Kochlani. En el baile de Romero, que estuvo lucido, me acordé de Vd., especialmente, no porque hubiera cosa mayor, sino porque su descripción del año pasado fue tan viva y fiel que, quitando una flor y poniendo un ponche, pudiese servir para este año. Romero tuvo la bondad de valerse de mí para ayudarle a hacer los honores. Estaba el hijo de Menocal, pero no lo vi: la madre no estaba. Me presentaron a la muchachería rosa y azul; pero yo bajé al comedor con las Misses Thomas, de cuarenta años, vestidas de negro.

Lo de la Conferencia es lo que le interesará más. Y ahí estaba esta mañana de la carta larga que le iba a escribir; pero las visitas no se han ido hasta ahora, y me dejan aturdido y perezoso. Le diré en pocas palabras que salimos con crédito, y con independencia, de esta primera sesión. ¿Por qué no guardé los bocetos que hice al lápiz, mientras José Ignacio, solícito, leía las cartas, y Fergusson hacía ejercicio con sus ojos de turco? Romero preside, con la cabeza al pecho, quitándose y poniéndose las gafas. Chile y Haití se han quedado en casa. Nos sentamos sin orden, alrededor de una mesa ovalada. El cuarto da a una esquina, y está lleno de luz. José Ignacio está un instante en pie al lado de Romero, que le ve unos papeles: nadie pudiera verlos sin saber que, pesen pesares, está delante de dos cabezas fuertes. Honduras pinta monos. Nicaragua me dice que en Hispanoamérica no hay ciencias. Venezuela y Colombia están bien sentados. Perú se limpia los espejuelos. De los dos del país, uno no puede hablar, del baile de anoche: el otro, mira al techo, como si lo que tiene alrededor fuera de poca cuenta y estuviera allí como haciéndonos merced. Sale el reglamento a plaza, un reglamento bueno, y Tree, uno de los de acá, quiere que se apruebe en

conjunto. Se podría; pero el precedente es temible. De la Conferencia no ha de salir nada en conjunto. Ni a Venezuela, ni a Colombia, ni a Nicaragua ni al Uruguay que están juntos, les parece bien. Zegarra guiña los ojos, a tiempo que el Uruguay los volvía a él. No: no se discute en globo. Nicaragua se opone, y se vota por artículos. Los asientos, por orden alfabético español. Presidencia, caso de ausencia o enfermedad del Presidente, por el orden de asientos. Cada delegación, un voto. En las delegaciones, el voto será por mayoría. ¿Y será el artículo casualidad, cuando los Estados Unidos han nombrado dos delegados hostiles entre sí, uno orista y otro platista? ¡Dancen Vds. y nosotros no diremos palabra! Pero no danzaremos.

Se aprobó una Comisión de Credenciales. Uruguay es de la comisión, y Brasil y Colombia.

Se nombró una Comisión Ejecutiva. Hill, el platista, quedó en ella contra su gusto. Rechazó bajando el cumplimiento.

Y en esto hubo la escaramuza del día. Tree propone que, estando el Congreso para opinar sobre la cuestión del cuño libre, se espere, para reunir de nuevo a la Conferencia, al 4 de marzo. Romero apoya, como «cortesía a la nación que nos invita», Zegarra propone el 10, pero la proposición fue breve, y no sin junta. Honduras teme al calor. Honduras habla inglés: Steverns. Y aquí rompe el Brasil, -para ejemplo y desilusión de los que dan al tratado de reciprocidad más alcance que el que tiene, contra la opinión y el gusto de los mismos brasileños, -en una notificación inoportuna y feliz: ¿a qué se viene? ¡a nada probablemente!: lo mismo es ahora que de aquí a un mes: mientras no haya un acuerdo internacional, un acuerdo con las naciones europeas, el Brasil no votará por cuño alguno del continente, ni irá, contra los suyos, a la cola de intereses ajenos: «Brasil, ñao». Eso era; olvidaba el orden, sobre la proposición de Hill, que tenía que estudiar, que consultar, que ir a Chicago, que volver: que proponía espera hasta el primer Lunes de abril. Y en el orden olvidaba que después de la proposición de Hill, y antes de la de Mendoça vino la observación del Uruguay: «La Conferencia debe, si los Estados Unidos no están en aptitud de dar voto, y piden espera natural, darles el tiempo que necesiten para sus estudios preparatorios. Nadie se lo regateará. No porque lo que el Congreso haga pueda influir sobre la Conferencia, sino sobre los delegados de los Estados Unidos que es natural deseen saber lo que su Congreso piensa. Los demás delegados, cree Uruguay, saben a qué atenerse, y podrían entrar ahora en

discusión, o esperar, por cortesía. Pero no hasta abril, hasta mediados de abril; porque es lícito que la Conferencia atienda a las demandas justas y a la necesidad de preparación de los Estados Unidos, y éstos a la conveniencia de los demás delegados, que pueden diferir a la de aquéllos, pero no con exceso. Aquí lo de Mendonça. Uruguay recalca que su deseo de ver concedida la demora nace de atención a los delegados de los Estados Unidos para que estudien y preparen, no de ninguna necesidad a la Conferencia, o deber de ellos de esperar a la decisión del Congreso para decidir. El Hill, atufado, insiste: que él no puede; que él es platista; que vendrá día en que los Estados Unidos sean «bastante fuertes para imponer al mundo su moneda de plata»; que ya ve en la Conferencia el deseo de estudiar este asunto muy despacio; que tiene que ir a Chicago, e insiste en lo de mediados de abril, no ya en el Lunes; que no sabe lo que piensa su colega». Su colega piensa que está bien, que hasta mediados de abril. Nadie objeta, y se va a sentar el precedente de acceder a una demanda excesiva, presentada, fuera de respeto, en un lenguaje descuidado y duro. En la forma, a lo menos, se ha de vencer. Uruguay no se siente solo. Está sentado entre gente de coraje: «No: abril está muy lejos. Lo justo pero no más. Désele tiempo; pero atiéndase a la conveniencia general». Y como vacilaba cierta ala, Uruguay propone el 20, casi un mes antes que Hill. El 20; por unanimidad. Pero es el Viernes Santo, dice José Ignacio. El 23 propone Uruguay y es el 23.

-Conque el Brasil, -cualesquiera que sean sus razones de política transitoria y antiimperial para haber ajustado un tratado que habrá de alterar pronto si quiere vivir en paz con sus vecinos del Sur, -el Brasil, -no.

Ya esto es todo. Salgo a comer. Mañana escribo sobre Espadero y Liga. A Trujillo le iba a contar. Léale. Espero El P[orvenir] para escribirle. Vivo, pensando en todos los que quiero, y hospedado hasta el sábado entrante, en un cuarto bueno y módico, con el Arlington en frente y el Shoreham atrás, en 1529, I Street. Allí espera noticias suyas.

Su

José Martí

Privado todo lo de la Conferencia, -menos el nombramiento, ya público, de las Comisiones.

Comisión Monetaria Internacional Americana. Informe.

La comisión nombrada para estudiar las proposiciones presentadas por la delegación de los Estados Unidos a la Comisión Internacional Americana, reunida en virtud del acuerdo de la Conferencia Internacional Americana, congregada en Washington por invitación de los Estados Unidos, para tratar sobre el establecimiento de la Unión Monetaria Internacional Americana, con la base de una o más monedas internacionales, ha examinado con profunda atención las proposiciones que la delegación de los Estados Unidos somete al acuerdo de la Comisión, para que ésta declare inoportuna la creación de una o más monedas internacionales, opine que el establecimiento del doble padrón de oro y plata, en proporción universalmente acatada, facilitaría la creación de aquellas monedas, y decida recomendar que las repúblicas representadas en la Conferencia conviden juntas, por el conducto de sus respectivos Gobiernos, a una Conferencia Monetaria Universal, en Londres o en París, para tratar del establecimiento de un sistema uniforme y proporcionado de monedas de oro y plata.

Cumple a la Comisión comenzar declarando que recibe con agrado la expresión del aprecio profundo con que el pueblo y el Gobierno de los Estados Unidos estiman la respuesta de los pueblos latinos de América a la Invitación del Gobierno norteamericano. Es tan grato ver reconocidos los móviles de nuestra participación en esta Conferencia, como penoso hubiese sido que se la supusiese determinada por ligereza o ignorancia. Los países representados en esta Conferencia no vinieron aquí por el falso atractivo de novedades que no están aún en sazón, ni porque desconociesen ninguno de los factores que precedían y acompañaban el hecho de su convocatoria; sino para dar una muestra, fácil a los que están seguros de su destino propio y su capacidad para realizarlo, de aquella cortesía cordial que es tan grata y útil entre los pueblos como entre los hombres, de su disposición a tratar con buena fe lo que se cree propuesto de buena voluntad, y del afectuoso deseo de ayudar con los Estados Unidos, como con los demás pueblos del mundo, a cuanto contribuya al bienestar y paz de los hombres.

A su vez toca a la Comisión congratular muy sinceramente a la delegación de los Estados Unidos por la sana doctrina que inspira sus proposiciones y el reconocimiento oportuno que en ellas se hace de la verdadera función de los pueblos de América en las relaciones económicas universales. El oficio

del continente americano no es perturbar el mundo con factores nuevos de rivalidad y de discordia, ni restablecer con otros métodos y nombres el sistema imperial por donde se corrompen y mueren las repúblicas. El oficio del continente americano no es levantar un mundo contra otro, ni amasar con precipitación elementos diversos para un conflicto innecesario e injusto, sino tratar en paz y con honradez, como propone noblemente la delegación de los Estados Unidos, con los pueblos que en la hora dudosa de la emancipación nos enviaron sus soldados, y en la época revuelta de la reconstitución nos mantienen abiertas sus cajas.

Las proposiciones de la delegación de los Estados Unidos no han podido causar sorpresa a la Comisión Monetaria Internacional, porque ellas vienen a ser el reconocimiento discreto de una situación que vieron siempre claramente los delegados latinoamericanos, por más que en «su deseo de contribuir», según la frase elocuente del honorable Presidente de la Conferencia, «a unificar las instituciones e intereses de las repúblicas americanas, a costa de cualquier esfuerzo razonable», no quisieron llevar tan lejos su previsión que pudiera parecer resistencia sistemática a una mejora en que se requería su concurso. Ni podrán desconocer los delegados latinos, porque era su deber conocerlas, las hondas escisiones que señalaron los debates de la delegación de los Estados Unidos sobre el dictamen de la Comisión Monetaria ante la Conferencia Internacional Americana.

No extraña, pues, la Comisión de estudio, que los delegados de una nación sincera, suspensa hoy entre los mantenedores del padrón del oro, y los de la amonedación ilimitada de la plata, reconozcan ante la Comisión Monetaria Internacional las verdades que ésta se hubiera visto obligada a reconocer por sí, como que resultan con fuerza invencible de la masa de opiniones contradictorias, que sin alteración esencial vienen buscando ajuste desde los años que precedieron al advenimiento de la América republicana. Ni puede la Comisión de estudio, en el seno de la Comisión que desde sus primeras sesiones oyó ideas semejantes a sus miembros, rechazar por nuevas las opiniones de la delegación de los Estados Unidos, convencida hoy, como los delegados latinos, de que no puede aspirarse a la creación de una moneda internacional que no sea aceptada igualmente en todos los pueblos del globo; de que la moneda internacional es un «sueño fascinador», en tanto que no se llegue a un acuerdo universal sobre la relación fija del oro y la plata; de que «hay otro mundo», y un mundo muy vasto del otro lado del mar, y la insistencia de este mundo en no elevar la plata a la

dignidad del oro es el obstáculo grande e insuperable que se presenta hoy para la adopción de la moneda de plata internacional.

No es lícito dejar de desear la creación de un sistema de monedas uniformes, que harían más morales y seguras las relaciones económicas de los pueblos y mantendría en poder de la mayoría activa del comercio, con la ventaja consiguiente del comprador de los productos abaratados, las sumas que hoy aprovechan a los agentes y especuladores del cambio. El valor común de la moneda no sólo facilitaría las transacciones, tanto como las estorba e intimida un cambio inquieto, sino que permitiría crear sobre una suma de necesidades conocidas, o fáciles de prever, una corriente de negocios más estable y serena, que las que hoy estremecen e interrumpen de súbito, por caprichos criminales a veces, las especulaciones del cambio. Y no se puede negar un valor político, tanto internacional como doméstico, a la adopción de una moneda fija y común, que removería de los tratos entre pueblos el recelo peligroso con que se disputan la soberanía monetaria, y en lo interior, por la quietud y contento que da al portador la mayor seguridad de recoger el fruto de sus productos, completaría la libertad política. Los pueblos no se rebelan contra las causas naturales de su malestar, sino contra las que nacen de algún desequilibrio o injusticia. Fijar los cambios es robustecer la libertad.

Todo acto equitativo en provecho de la masa laboriosa contribuye a afirmar la seguridad pública. Pero por apetecible que sea la creación de un sistema monetario uniforme, no puede olvidarse, mientras no se obtenga, que la moneda, sobre todo en su aspecto internacional, es esencialmente relativa. Toda alteración en una especie de moneda que sirve para comerciar, se ha de hacer en acuerdo con los países que comercian en la moneda de esa especie. La moneda que cubre los saldos de comercio ha de ser mutuamente aceptable a los países que comercian. Ningún país puede aceptar una moneda que no sea recibida, o se reciba con depreciación y desagrado, por los países que le abren crédito y le compran sus frutos. Ningún vendedor puede ofender gratuitamente a sus compradores. Ningún vendedor debe alarmar siquiera a sus compradores. La uniformidad de la moneda es una empresa digna de las naciones democráticas, conveniente a la paz internacional e indispensable para el goce completo de la libertad doméstica. Pero si esa uniformidad se ha de obtener, sea -como quiere la delegación de los Estados Unidos- por el acuerdo confiado y sincero de todos los pueblos trabajadores del globo, para que tenga base que dure, y no por los recursos

violentos del artificio llevado a la economía, que fomentan rencores y provocan represalias, y no pueden durar.

No es menos deseable que la uniformidad monetaria, el establecimiento de una relación fija entre las monedas de oro y plata, que ha de preceder a todo proyecto de uniformidad. Ni el oro cede, ni basta. La insuficiencia de la cantidad de oro conocida y probable, la determinación de los pueblos a no aceptar por substancia monedable la que no tenga valor constante y propio, aparte del valor legal del cuño, y el carácter meramente fiduciario y convencional de la moneda de papel, dan a la plata un valor real como medio de circulación, y un puesto firme en todos los sistemas. La moderación en su uso beneficiaría más, a la larga, a los productores, que el consumo artificial y excesivo. La plata no tiene acaso más enemigo que las pretensiones desmedidas de los productores, empeñados en echar sobre el mundo, con un valor inseguro -puesto que el valor se ha de fijar en parte por la producción- una producción incalculable. Pero parece permitido esperar, que con la buena fe, y la producción prudente, de los países argentíferos, llegarán las naciones que hoy discuten sobre la elevación de la plata, a acordar, por lo menos, un período de prueba franca y limitada de la moneda doble con relación fija.

La persistencia del metal como moneda en los mercados del mundo, la necesidad patente que hay de él, por la producción escasa de oro, y el mismo carácter popular que asume, como el vehículo de uso mayor entre las masas, acercan más cada día la moneda de plata y la de oro. La nación que más la combatía, ya la acepta a medias. La producción inconsiderada es un obstáculo a la relación fija, pero los productores impacientes habrán de ceder por su interés ante el daño que su tenacidad causa a su propio producto. Otro obstáculo es el tipo vario de la relación entre el oro y la plata en diversos países; pero se nota una disposición creciente a unificar el tipo, y es para la Comisión motivo de complacencia que sea una república hermana, la República de México, el país que haya dado el último ejemplo de esta sensata actitud, proponiendo en su nuevo plan monetario que la relación de la plata y oro sea de 15½ a 1, en vez de 16½ a 1, como era; lo que deja la moneda de plata a mucha mejor luz. Ya el bimetalismo no es la «utopía» de Goschen, ni un suceso práctica y materialmente irrealizable; y es de desear que se cumplan los votos que hace por su establecimiento la delegación de los Estados Unidos. La América ha de promover todo lo que

Las puertas de cada nación deben estar abiertas a la actividad fecundante y legítima de todos los pueblos. Las manos de cada nación deben estar libres para desenvolver sin trabas el país, con arreglo a su naturaleza distintiva y a sus elementos propios. Los pueblos todos deben reunirse en amistad y con la mayor frecuencia dable, para ir reemplazando, con el sistema del acercamiento universal, por sobre la lengua de los istmos y la barrera de los mares, el sistema, muerto para siempre, de dinastías y de grupos. Pero, en este caso concreto, cree firmemente la Comisión que no existiendo condiciones nuevas, ni nuevos argumentos, con que influir de un modo natural en el ánimo de una conferencia de los países del mundo, sobre puntos que se debatieron, por peritos en gran parte vivos, en dos conferencias recientes, se correría el peligro, con una invitación no bastante justificada, de alarmar con temores, no por infundados menos ciertos, a los poderes que pudiesen ver en la convocatoria cierto empeño, aunque hábil y disimulado, de precipitarlos a una solución a que de seguro llegarán antes por sí propios, caso que quieran llegar, que si se les excita la suspicacia, o se lastima su puntillo, con una insistencia que no tendría la razón de allegar al problema un solo factor nuevo de importancia, ni un solo dato desconocido.

Y acontecería que el recurso propuesto por la delegación de los Estados Unidos para acelerar la solución del problema contribuiría a retardarla.

Cree esto firmemente la Comisión; pero en el caso de que esta Conferencia Universal fuese convocada por alguna de las naciones en ella interesadas particularmente, bien de Europa, o de América, es la Comisión de parecer que no habría ya la menor causa de objeción, y deberían las repúblicas americanas, si lo tienen a bien, concurrir a defender, en el caso probable de su asentimiento, las soluciones que la delegación de los Estados Unidos recomienda, y que la Comisión estima conciliadoras y sensatas. No ha de haber prisa censurable en provocar, ni en contraer entre los pueblos, compromisos innecesarios que estén fuera de la naturaleza y de la realidad. Ni han de negarse los pueblos, por reparos pueriles, a tratar unidos cuantos asuntos tiendan a fomentar, por el cambio amistoso de las ideas, y el creciente conocimiento y respeto mutuos, los intereses legítimos, cuyo comercio natural asegura, en vez de comprometer, la paz de las naciones.

Con este espíritu y con cordial aprecio del que visiblemente anima las proposiciones de la delegación de los Estados Unidos, la Comisión de estudio, conservando íntegras la primera y segunda de ellas, y alterando sólo la tercera, tiene el honor de someter a la Comisión Monetaria, en cumplimiento de su encargo, las siguientes proposiciones:

I

Que reconociendo plenamente la gran conveniencia e importancia que vendría al comercio de la creación de una moneda o monedas internacionales, no se cree por ahora oportuno recomendarla, vista la actitud de algunos de los grandes poderes comerciales de Europa hacia la plata, como uno de los metales en curso, y los diversos tipos de relación establecidos entre el oro y la plata por los varios países representados en la Comisión.

II

Que muchas de las dificultades para el establecimiento de una moneda o monedas internacionales podrían desaparecer con la adopción del bimetalismo y el establecimiento de una relación común entre el oro y la plata por los grandes poderes comerciales.

III

Que sería conveniente que se reuniese, en Londres o en París, una Conferencia Monetaria Universal, con asistencia de los países americanos; y que la Comisión recomienda la asistencia a ella de todas las repúblicas.

La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América

El 24 de mayo de 1888 envió el presidente de los Estados Unidos a los pueblos de América, y al reino de Hawaii en el mar Pacífico, el convite donde el Senado y la Cámara de Representantes los llamaban a una Conferencia Internacional en Washington, para estudiar, entre otras cosas, la adopción por cada uno de los gobiernos de una moneda común de plata, que sea de uso forzoso en las transacciones comerciales recíprocas de los ciudadanos de todos los Estados de América».

El 7 de abril de 1890, la Conferencia Internacional Americana, en que eran parte los Estados Unidos, recomendó que se estableciese una unión monetaria internacional; que como base de esta unión se acuñasen una o más monedas internacionales, uniformes en peso y ley, que pudiesen usarse en todos los países representados en esta Conferencia; que se reuniese en Washington una Comisión que estudiase la cantidad, curso, valor y relación de metales en que se habría de acuñar la moneda internacional.

El 23 de marzo de 1891, después de un mes de prórroga solicitado de la Comisión Monetaria Internacional reunida en Washington, por la delegación de los Estados Unidos, «para tener tiempo de conocer la opinión pendiente de la Cámara de Representantes sobre la acuñación libre de la plata», declaró la delegación de los Estados Unidos, ante la Conferencia, que la creación de una moneda común de plata de curso forzoso en todos los Estados de América era un sueño fascinador, que no podía intentarse sin el avenimiento con las demás potencias del globo. Recomendó la delegación el uso del oro y la plata para la moneda, con relación fija. Deseó que los pueblos de América, y el reino de Hawaii que se sentaba en la Conferencia, invitasen unidos a las potencias a un Congreso Monetario Universal

¿Qué lección se desprende para América, de la Comisión Monetaria Internacional, que los Estados Unidos provocaron, con el acuerdo del Congreso, en 1888, para tratar de la adopción de una moneda común de plata, y a la que los Estados Unidos dicen, en 1891, que la moneda común de plata es

A lo que se ha de estar no es a la forma de las cosas, sino a su espíritu. Lo real es lo que importa, no lo aparente. En la política, lo real es lo que no se ve. La política es el arte de combinar, para el bienestar creciente interior, los factores diversos u opuestos de un país, y de salvar al país de la enemistad abierta o la amistad codiciosa de los demás pueblos. A todo convite entre pueblos hay que buscarle las razones ocultas. Ningún pueblo hace nada contra su interés; de lo que se deduce que lo que un pueblo hace es lo que está en su interés. Si dos naciones no tienen intereses comunes, no pueden juntarse. Si se juntan, chocan. Los pueblos menores, que están aún en los vuelcos de la gestación, no pueden unirse sin peligro con los que buscan un remedio al exceso de productos de una población compacta y agresiva, y un desagüe a sus turbas inquietas, en la unión con los pueblos menores. Los actos políticos de las repúblicas reales son el resultado compuesto de los elementos del carácter nacional, de las necesidades económicas, de las necesidades de los partidos, de las necesidades de los políticos directores. Cuando un pueblo es invitado a unión por otro, podrá hacerlo con prisa el estadista ignorante y deslumbrado, podrá celebrarlo sin juicio la juventud prendada de las bellas ideas, podrá recibirlo como una merced el político venal o demente, y glorificarlo con palabras serviles; pero el que siente en su corazón la angustia de la patria, el que vigila y prevé, ha de inquirir y ha de decir qué elementos componen el carácter del pueblo que convida y el del convidado, y si están predispuestos a la obra común por antecedentes y hábitos comunes, y si es probable o no que los elementos temibles del pueblo invitante se desarrollen en la unión que pretende, con peligro del invitado; ha de inquirir cuáles son las fuerzas políticas del país que le convida, y los intereses de sus partidos, y los intereses de sus hombres, en el momento de la invitación. Y el que resuelva sin investigar, o desee la unión sin conocer, o la recomiende por mera frase y deslumbramiento, o la defienda por la poquedad del alma aldeana, hará mal a América. ¿En qué instantes se provocó, y se vino a reunir, la Comisión Monetaria Internacional? ¿Resulta de ella, o no, que la política internacional americana es, o no es, una bandera de política local y un instrumento

de la ambición de los partidos? ¿Han dado, o no, esta lección a Hispanoamérica los mismos Estados Unidos? ¿Conviene a Hispanoamérica desoírla, o aprovecharla?

Un pueblo crece y obra sobre los demás pueblos en acuerdo con los elementos de que se compone. La acción de un país, en una unión de países, será conforme a los elementos que predominen en él, y no podrá ser distinta de ellos. Si a un caballo hambriento se le abre la llanura, la llanura pastosa y fragante, el caballo se echará sobre el pasto, y se hundirá en el pasto hasta la cruz, y morderá furioso a quien le estorbe.

Dos cóndores, o dos corderos, se unen sin tanto peligro como un cóndor y un cordero. Los mismos cóndores jóvenes, entretenidos en los juegos fogosos y peleas fanfarronas de la primera edad, no defenderían bien, o no acudirían a tiempo y juntos a defender, la presa que les arrebatase el cóndor maduro. Prever es la cualidad esencial, en la constitución y gobierno de los pueblos. Gobernar no es más que prever. Antes de unirse a un pueblo, se ha de ver qué daños, o qué beneficios, pueden venir naturalmente de los elementos que lo componen.

Ni es sólo necesario averiguar si los pueblos son tan grandes como parecen y si la misma acumulación de poder que deslumbra a los impacientes y a los incapaces no se ha producido a costa de cualidades superiores, y en virtud de las que amenazan a quienes lo admiran; sino que, aun cuando la grandeza sea genuina y de raíz, sea durable, sea justa, sea útil, sea cordial, cabe que sea de otra índole y de otros métodos que la grandeza a que puede aspirar por sí, y llegar por sí, con métodos propios -que son los únicos viables- un pueblo que concibe la vida y vive en diverso ambiente, de un modo diverso. En la vida común, las ideas y los hábitos han de ser comunes. No basta que el objeto de la vida sea igual en los que han de vivir juntos, sino que lo ha de ser la manera de vivir; o pelean, y se desdeñan, y se odian, por las diferencias de manera, como se odiarían por las de objeto. Los países que no tienen métodos comunes, aun cuando tuviesen idénticos fines, no pueden unirse para realizar su fin común con los mismos métodos.

Ni el que sabe y ve puede decir honradamente -porque eso sólo lo dice quien no sabe y no ve, o no quiere por su provecho ver ni saber- que en los Estados Unidos prepondere hoy, siquiera, aquel elemento más humano y viril, aunque siempre egoísta y conquistador, de los colonos rebeldes, ya

segundones de la nobleza, ya burguesía puritana; sino que este factor, que consumió la raza nativa, fomentó y vivió de la esclavitud de otra raza y redujo o robó los países vecinos, se ha acendrado, en vez de suavizarse, con el injerto continuo de la muchedumbre europea, cría tiránica del despotismo político y religioso, cuya única cualidad común es el apetito acumulado de ejercer sobre los demás la autoridad que se ejerció sobre ellos. Creen en la necesidad, en el derecho bárbaro, como único derecho: «esto será nuestro, porque lo necesitamos». Creen en la superioridad incontrastable de «la raza anglosajona contra la raza latina». Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Creen que los pueblos de Hispanoamérica están formados, principalmente, de indios y de negros. Mientras no sepan más de Hispanoamérica los Estados Unidos y la respeten más -como con la explicación incesante, urgente, múltiple, sagaz, de nuestros elementos y recursos, podrían llegar a respetarla- ¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil para Hispanoamérica? ¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica con los Estados Unidos?

Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político. La política es obra de los hombres, que rinden sus sentimientos al interés, o sacrifican al interés una parte de sus sentimientos. Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él. Cuando un pueblo fuerte quiere dar batalla a otro, compele a la alianza y al servicio a los que necesitan de él. Lo primero que hace un pueblo para llegar a dominar a otro, es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir a alguno, prefiera al que lo necesite menos, al que lo desdeñe menos. Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente de algún candidato o algún bachiller, a unión política. El comercio va por las vertientes de tierra y agua y detrás de quien tiene algo que cambiar por él, sea monarquía o república. La unión, con el mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él, contra otra. Si algún oficio tiene la familia de repúblicas de América, no es ir de arria de una de ellas contra las repúblicas futuras.

Ni en los arreglos de la moneda, que es el instrumento del comercio, puede un pueblo sano prescindir -por acatamiento a un país que no le ayudó nunca, o lo ayuda por emulación y miedo de otro- de las naciones que le anticipan el caudal necesario para sus empresas, que le obligan el cariño con su fe, que lo esperan en las crisis y le dan modo para salir de ellas, que lo tratan a la par, sin desdén arrogante, y le compran sus frutos. Por el universo todo debiera ser una la moneda. Será una. Todo lo primitivo, como la diferencia de monedas, desaparecerá, cuando ya no haya pueblos primitivos. Se ha de poblar la tierra, para que impere, en el comercio como en la política, la paz igual y culta. Ha de procurarse la moneda uniforme. Ha de hacerse cuanto prepare a ella. Ha de reconocerse el uso legal de los metales imprescindibles. Ha de establecerse una relación fija entre el oro y la plata. Ha de desearse, y de ayudar a realizar, cuanto acerque a los hombres y les haga la vida más moral y llevadera. Ha de realizarse cuanto acerque a los pueblos. Pero el modo de acercarlos no es levantarlos unos contra otros; ni se prepara la paz del mundo armando un continente contra las naciones que han dado vida y mantienen con sus compras a la mayor parte de los países de él; ni convidando a los pueblos de América, adeudados a Europa, a combinar, con la nación que nunca les fió, un sistema de monedas cuyo fin es compeler a sus acreedores de Europa, que les fía, a aceptar una moneda que sus acreedores rechazan.

La moneda del comercio ha de ser aceptable a los países que comercian. Todo cambio en la moneda ha de hacerse, por lo menos, en acuerdo con los países con que se comercia más. El que vende no puede ofender a quien le compra mucho, y le da crédito, por complacer a quien le compra poco, o se niega a comprarle, y no le da crédito. Ni lastimar, ni alarmar siquiera, debe un deudor necesitado a sus acreedores. No debe levantarse entre países que comercian poco, o no dejan de comerciar por razones de moneda, una moneda que perturba a los países con quienes se comercia mucho. Cuando el mayor obstáculo al reconocimiento y fijeza de la moneda de plata es el temor de su producción excesiva en los Estados Unidos, y del valor ficticio que los Estados Unidos le puedan dar por su legislación, todo lo que aumente este temor, daña a la plata. El porvenir de la moneda de plata está en la moderación de sus productores. Forzarla, es depreciarla. La plata de Hispanoamérica se levantará o caerá con la plata universal. Si los países de Hispanoamérica venden, principalmente, cuando no exclusivamente, sus frutos en Europa, y reciben de Europa empréstitos y créditos, ¿qué con-

veniencia puede haber en entrar, por un sistema que quiere violentar al europeo, en un sistema de moneda que no se recibiría, o se recibiría depreciada, en Europa? Si el obstáculo mayor para la elevación de la plata y su relación fija con el oro es el temor de su producción excesiva y valor ficticio en los Estados Unidos, ¿qué conveniencia puede haber, ni para los países de Hispanoamérica que producen plata, ni para los Estados Unidos mismos, en una moneda que asegure mayor imperio y circulación a la plata de los Estados Unidos?

Pero el Congreso Panamericano, que pudo ver lo que no siempre vio; que debió librar a las repúblicas de América de compromisos futuros de que no las libró; que debió estudiar las propuestas de la convocatoria por sus antecedentes políticos y locales -la plétora fabril traída por el proteccionismo desordenado, -la necesidad del Partido Republicano de halagar a sus mantenedores proteccionistas, -la ligereza con que un prestidigitador político, poniéndole colorines de república a una idea imperial, podía lisonjear a la vez, como bandera de candidato, el interés de los productores ansiosos de vender y la conquista latente y poco menos que madura en la sangre nacional; -el Congreso Panamericano, que demoró lo que no quiso resolver, por un espíritu imprudente de concesión innecesaria, o no pudo resolver, por empeños sinuosos o escasez de tiempo, -recomendó la creación de una Unión Monetaria Internacional, -la creación de una o más monedas internacionales, -la reunión de una Comisión que acordase el tipo y reglamentación de la moneda. Las repúblicas de América atendieron, corteses, la recomendación. Los delegados de la mayoría de ellas se reunieron en Washington, México y Nicaragua, y el Brasil y el Perú, y Chile y la Argentina, delegaron a sus ministros residentes. El ministro argentino renunció el puesto, que ocupó más tarde otro delegado. Las otras repúblicas enviaron delegados especiales. El Paraguay no envió. Ni envió Centroamérica, fuera de Nicaragua, y de Honduras, cuyo delegado, hijo de un almirante norteamericano, no hablaba español. Presidió la Comisión, por acuerdo unánime, el Ministro de México. Sesiones de uso, comisiones previas, reglamento; lo uniforme no era allí la moneda, sino la duda, cambiada a chispazos en los debates -la seguridad- de que no podía llegarse a acuerdo. Uno hablaba del «comercio real». Otro se declaraba, antes de sazón, hostil «a esa idea imposible». Pidió un delegado de los Estados Unidos una larga demora, «para tener tiempo de conocer la opinión pendiente de la Cámara de Representantes sobre la acuñación libre de la plata»; y un delegado, al obtener que se redujese a términos de cortesía lícita la pretensión excesiva

del delegado de los Estados Unidos, estableció que «se entendiese cómo la demora era para que la delegación del país invitante pudiera completar sus estudios preparatorios, puesto que de ningún modo se habría de suponer que la opinión de la Cámara de Representantes hubiese por necesidad de alterar las opiniones formadas de la Comisión».

Cumplida la demora y desbandada la Cámara de Representantes sin haber votado la ley de plata libre, las delegaciones ocuparon de nuevo sus puestos en la mesa de la Comisión. Acaso habían oído algunos lo que decían sin reserva gentes notables del país. Oyeron acaso que la Comisión no parecía bien a los que pasaban por amigos de la mayoría del gobierno. Que al gobierno no agradaba el interés de su minoría en mantener, por los que se tachan de artificios, la política continental. Que este alarde peligroso de la política continental, ni de una minoría era siquiera, sino de un solo hombre. Que esta Comisión hueca debía cesar, para que no sirviese de comodín político a un candidato que no se para en medios y sabe sacar montes de las hormigas. Que la simple discusión de una moneda de plata común alarmaba y ofendía a los mantenedores del oro, que imperan en los consejos actuales del Partido Republicano. Que los países Hispanoamericanos verían por sí, sin duda, si les quedan ojos, el peligro de abrirse, por concepto de cortesía o por impaciencia de falso progreso, a una política que los atrae, por el abalorio de la palabra y los hilos de la intriga, a una unión fraguada por los que la proponen con un concepto distinto del de los que la aceptan. Se puso en pie un delegado de los Estados Unidos, ante la Comisión por los Estados Unidos convocada para adoptar una moneda común de plata, y propuso, al pie de una robusta exposición de verdades monetarias, donde llamaba «sueño fascinador» a la moneda internacional, que declarase la Comisión inoportuna la creación de una o más monedas de plata comunes; que se opinase que el establecimiento del patrón doble de plata y oro, con relación universalmente acatada, facilitaría la creación de aquellas monedas; que recomendase que las repúblicas representadas en la Conferencia conviden juntas, por el conducto de sus respectivos gobiernos, a una Conferencia Monetaria Universal, para tratar del establecimiento de un sistema uniforme y proporcionado de monedas de oro y plata. «Hay otro mundo -decía el delegado- y un mundo muy vasto del otro lado del mar, y la insistencia de este mundo en no elevar la plata a la dignidad del oro es el obstáculo grande e insuperable que se presenta hoy para la adopción de la plata internacional». ¡Los Estados Unidos, pues, marcaban a la América

-

rica los entendía, y entiende cuanto atañe a la vida individual e independiente de sus pueblos, lo marcó así:

«Los países representados en esta Conferencia no vinieron aquí por el falso atractivo de novedades que no están aun en sazón, ni porque desconociesen los factores todos que precedieron y acompañaron el hecho de su convocatoria sino para dar una muestra, fácil a los que están seguros de su destino

propio y su capacidad para realizarlo, de aquella cortesía cordial que es tan grata y útil entre los pueblos como entre los hombres -de su disposición a tratar con buena fe lo que se cree propuesto con buena voluntad- y del afectuoso deseo de ayudar, con los Estados Unidos como los demás pueblos del mundo, a cuanto contribuya al bienestar y la paz de los hombres». «No ha de haber prisa censurable en provocar, ni en contraer entre los pueblos compromisos innecesarios que estén fuera de la naturaleza y de la realidad». «El oficio del continente americano no es perturbar el mundo con factores nuevos de rivalidad y de discordia, ni restablecer con otros métodos y nombres el sistema imperial, por donde se corrompen y mueren las repúblicas; sino tratar en paz y honradez con los pueblos que en la hora dudosa de la emancipación nos enviaron sus soldados, y en la época revuelta de la constitución nos mantienen abiertas sus cajas». «Los pueblos todos deben reunirse en amistad, y con la mayor frecuencia dable, para ir reemplazando, con el sistema del acrecentamiento universal, por sobre la lengua de los istmos y la barrera de los mares, el sistema, muerto para siempre, de dinastías y de grupos». «Las puertas de cada nación deben estar abiertas a la libertad fecundante y legítima de todos los pueblos. Las manos de cada nación deben estar libres para desenvolver sin trabas el país, con arreglo a su naturaleza distintiva y a sus elementos propios». Cuando se pone en pie el anfitrión, los huéspedes no insisten en quedarse sentados a la mesa. Cuando los huéspedes venidos de muy lejos, más por cortesía que por apetito, hallan al anfitrión a la puerta, diciendo que no hay qué comer, los huéspedes no lo echan de lado, ni entran en su casa a la fuerza, ni dan voces para que les abran el comedor. Los huéspedes deben decir alto la cortesía por que vinieron, y cómo no vinieron por servidumbre ni necesidad, para que el anfitrión no crea que están tallados en una rodilla, o son títeres que van y que vienen, por donde quiere que vaya o venga el titiritero. Luego, irse. Hay un modo de andar, de espalda vuelta, que aumenta la estatura. Un delegado hispanoamericano -entendiendo que la Comisión Monetaria no venía más que «a cumplir lo que se había recomendado»- apadrinó, sin ver que una recomendación lleva aparejada la discusión y confirmación antes del cumplimiento, la opinión sin cabeza visible que andaba serpeando por entre los delegados: que la Comisión Monetaria no había venido, como creían los Estados Unidos que la promovieron, a ver si podía y debía crearse una moneda internacional, sino a crearla ahora, aunque los Estados Unidos mismos reconociesen que ahora no se podía crear; y el delegado propuso un plan minucioso de moneda de América, que

llamó «Columbus», sobre los trazos de la moneda de la Unión Latina, más un Consejo de Vigilancia, «residente en Washington».

No habían dicho los Estados Unidos que el obstáculo para la creación de la moneda internacional fuese la resistencia de la Cámara de Representantes a votar la acuñación libre de la plata, sino la resistencia del mundo vasto del otro lado de la mar a aceptar la moneda de plata en relación fija e igual con la moneda de oro; pero un delegado hispanoamericano preguntó así: «¿No sería más prudente, dada la probabilidad de que la nueva Cámara de Representantes vote antes de fin de año la acuñación libre de la plata, suspender las sesiones de la Conferencia, por ejemplo, hasta el día primero de enero de 1892, cuando probablemente este asunto habrá sido decidido por el gobierno de los Estados Unidos?» Y cuando otro delegado urgía, por el decoro de los huéspedes, la aceptación, lisa y prudente, de las proposiciones de los Estados Unidos, salva la del Congreso Universal, habló un delegado hispanoamericano, que no habla español, para pedir y obtener la suspensión de la sesión. ¿Quién podía tener interés, puesto que los hispanoamericanos lo tenían, en que la Comisión promovida por los Estados Unidos continuase en funciones, contra la opinión terminante de los mismos Estados Unidos? ¿Quién azuzaba, en una asamblea de mayoría hispanoamericana, la oposición a las proposiciones de los Estados Unidos? ¿A quién, sino a los que hacen bandera de la política continental, propuesta por los Estados Unidos, perjudicaba que la idea de una moneda continental se declarase imposible en la Comisión reunida para su estudio por los mismos Estados Unidos? ¿Por qué surgía, ni cómo podía surgir de un modo natural en la Comisión Monetaria, de mayoría hispanoamericana, el pensamiento de oponerse a la clausura de una Comisión reunida para tratar de un proyecto que expresamente declaraban irrealizable, casi unánimemente, los delegados hispanoamericanos? Si a sí no se servían, ¿qué interés, en el seno de ellos, se aprovechaba de su buena voluntad excesiva, y los ponía a su servicio? ¿O era, como decían los que saben del interior de la política, que el interés de un grupo político, o de un político tenaz y osado de los Estados Unidos, levantaba por resortes ocultos e influencias privadas una asamblea de pueblos contra la opinión solemne del gobierno de los Estados Unidos? ¿Era que la asamblea de pueblos hispanoamericanos iba a servir los intereses de quien los compele a ligas confusas, a ligas peligrosas, a ligas imposibles, desdeñando el consejo de los que, por su interés local de partidarios o por justicia internacional, les abren las puertas para que se salven de ellas?

Se meditó; se temió; se urgió; se corrió gran riesgo de hacer lo que no se debía: de dejar en pie -al capricho de una política ajena, desesperada y sin escrúpulos-, una asamblea que, por lo complejo y delicado de las relaciones de muchos pueblos de Hispanoamérica con los Estados Unidos, podía, en manos de un candidato inclemente, ceder a los Estados Unidos más de lo que conviniese al respeto y seguridad de los pueblos hispanoamericanos.

Mostrarse acomodaticio hasta la debilidad no sería el mejor modo de salvarse de los peligros a que expone en el comercio, con un pueblo pujador y desbordante, la fama de debilidad. La cordura no está en confirmar la fama de débil, sino en aprovechar la ocasión de mostrarse enérgico sin peligro. Y en esto de peligro, lo menos peligroso, cuando se elige la hora propicia y se la usa con mesura, es ser enérgico. Sobre serpientes, ¿quién levanta pueblos? Pero si hubo batalla; si el afán de progreso en las repúblicas aún no cuajadas lleva a sus hijos, por singular desvío de la razón, o levadura enconada de servidumbre, a confiar más en la virtud del progreso en los pueblos donde no nacieron, que en el pueblo en que han nacido; si el ansia de ver crecer el país nativo los lleva a la ceguedad de apetecer modos y cosas que son afuera producto de factores extraños u hostiles al país, que ha de crecer conforme a sus factores y por métodos que resulten de ellos; si la cautela natural de los pueblos clavados en las cercanías de Norteamérica no creía aconsejable lo que, más que a los demás, por esa misma cercanía, les interesa; si la prudencia local y respetable, o el temor, o la obligación privada, ponían más cera en los caracteres que la que se ha de tener en los asuntos de independencia y creación hispanoamericana, en la Comisión Monetaria no se vio, porque acordó levantar de lleno sus sesiones.

(La Revista Ilustrada. Nueva York, Mayo de 1891)

III. Hispanoamericanos

Miguel Peña

Revista Venezolana. Caracas, 1 de julio de 1881.

Honrar, honra. Hubo, ha setenta años, sucesos tales en esta ilustre tierra, que sólo en atención a que la polvareda que los ejércitos levantan en su marcha elévase tan alta cuanto son ellos numerosos, pueden aun los que abrieron la gloriosa vía estar oscurecidos por el polvo del camino. Mas no a los ojos de los que en él andamos. Valencia erige hoy una estatua al doctor Peña; pues hoy paga Valencia lo que debe.

Aquel lidiador audaz que así movía la espada como la pluma, sin que la pluma fuera más extraña a sus manos que la espada; aquel tribuno apuesto que supo, de los paños de la casaca colonial, corta y estrecha, hacer túnica y toga; aquel héroe colérico, sentidor de lo grande, amador de lo propio, mirado siempre como igual y como enemigo terrible por los héroes; aquel que con su amor ayudó a fundar pueblos, y con su rencor a volcarlos; aquel en quien la pasión no perdió nunca los estribos del juicio, pero en quien, sobre los estribos del juicio, no dejó nunca de erguirse, implacable y ardiente, la pasión; el que rivalizó en pujanza con los grandes, y venció en astucia a los pequeños; el que, por una vez que sacó provecho desusado de las arcas públicas, trabajó siempre con fogoso empeño en defensa y provecho de la patria; el que llevaba a los senados, inquietos y encendidos, en aquellos tiempos de hervor y de batalla, un bravo corazón americano y el arma con que había de defenderlos, merece presidir, en aposento de bronce, los destinos de la ciudad que él supo hacer tumba de realistas, fortaleza de derechos y cuna de republicanos.

Era Peña hombre entero y erguido, ni medrado ni rico de cuerpo, importante de suyo y gallardo, con esa gallardía que viene de la alteza del espíritu, y da singular realce a lo vulgar, y disimula o trueca en bello lo mezquino.

Era de cara enjuta, aunque maciza; de ojos claros y vivos, llenos de empuje y de poder de examen; de boca fina, como de hombre agudo; de frente alzada en cúpula, cual frente de letrado, azotada a menudo por un guedejo de cabellos lacios, signo seguro de hombre indómito. Limpio de barba llevaba el rostro; ceñía a su talle grave casaca de elevado cuello, de entre cuyas solapas anchurosas rebosaba, sobre el chaleco de enhiestos costados, la rizada pechera, aquí y allí prendida con perlas lujosas.

Bullía en las aulas, en la primera década del siglo, señalado por su palabra risueña y flagelante, y expedientes fáciles, y ciencia de Ordenanzas y Novísimas, el que había de fatigar caballos, defender murallas, vestir disfraces, conmover congresos, apasionar ciudades, desatar y enfrenar iras y presidir a hombres ilustres. Gastados, más que por los propios pesares, por los ajenos; hijos de casas donde, con los vaivenes de los tiempos, son huéspedes de turno el fausto y la penuria, y ora se bebe en copa de Bohemia, ora no hay licor de que llenar la copa; nacidos en el lomo de un corcel frenético; mecidos, más que en cuna, en olas de la mar, son los hombres ahora a los veinticinco años, gigantillos cansados, jefes tal vez de familia numerosa, pálidos de alma y pálidos de cuerpo. Mas por entonces causó asombro que a los veintiséis de sus años agitados fuera Peña, con merma de sus fuerzas por lo excesivo del trabajo, abogado relator de la Excelentísima

¡Tal freno era preciso, duro freno de leyes, a un hombre en quien la misteriosa Naturaleza parecía haber dado carne al odio sagrado y la cólera batalladora de América ofendida! Pasiones numerosas le agitaron, y, más que de perdón, supo de ira; pero no hubo entre ellas alguna que moviese su voluntad a más hazañas, ni su elocuencia a más esfuerzos, que la independencia de su América. Su mano buscaba instintivamente el bridón y las armas cuando, ya echado el señor, se le hablaba de reesclavitud. Anhelo de milicia le posee; y, como en carta suya a Flemming, su pluma, que se divierte en los primeros trozos en discurrir, cual venadillo suelto, por entre los razonamientos de sus domésticos enemigos, truécase de súbito, no bien

sabe que se trata de invasión probable, en lanza trémula, inquieta en el estribo; cuya asta azota impaciente el banderín de guerra.

Era su modo de hablar, como su modo de escribir, igual en lo alto. Las frases que decía, como los renglones que con mano firme trazaba, eran rectas y netas; sus letras, como sus pensamientos, aceradas, y como su imaginación, rematadas por rasgos airosos de amplio vuelo. Corría su palabra sin esfuerzo y sin movimientos convulsivos, ni desigualdad ni arrebato, ni fulgor boliviano, aquí segando y allí tajando, como de quien no quiere ver lo que taja ni siega. Nunca fue locuaz; por lo que fue siempre elocuente. Ni rehuía combate, ni gustaba de provocarlo.

Ni dejó nunca de adivinar el pensamiento de los otros, ni fue nunca posible adivinar enteramente el suyo. Vestidos de cristal estaban los demás para él; y él, para ellos, de sombra. Hecho al ruido de las armas, no le movía a miedo el de los parlamentos; y habituado a oír fieras, parecíanle pequeñas las pasiones. Serenamente hablaba, sin cuidar de ser galano ni correcto. No esquivaba, antes buscaba un chiste oportuno, y con la gracia de la aplicación redimía la vulgaridad del chiste. A sucesos grandes reservaba las palabras grandes; y era fuerte, porque en su odio y en su amor era constante y sincero.

Cuando ya ni el anhelo de desconcertar a sus contrarios le movía, sino el riesgo de la independencia de la patria o de la propia honra, henchíase su natural caudal, como río que recibiese inesperadamente aguas de montes, y con el sonar y atropellar de los torrentes caía sobre los absortos enemigos; aunque en lo tonante, no era abundoso. Saltábanle al encuentro imágenes gráficas y osadas, y aquellas palabras precisas y nervudas que hallaban tan fácilmente nuestros padres, hechos a batir a Encélado y a templar hierro en la fragua de Vulcano. Su discurso, a las veces, flamea: «¡Lo que debemos hacer es tocar a punto la reunión!» «¡Si vienen, suspenderemos nuestra contienda hasta que los hayamos acabado de enterrar, y sobre sus despojos cantaremos himnos a la patria, y con su sangre escribiremos nuestros derechos a la independencia, y continuaremos después la obra de la libertad!» Era su discurso como invisible constrictor que atraía, con hábiles artes, a sus víctimas, a su dominio peligroso; y oíase a poco el crujir de los contrarios argumentos, deshuesados y estrujados por la boa. Venía en lo común, sobre sus contrarios, como la ola de pacífico mar sobre la playa: se extendía con manso ruido y se hacía señora de la arena. Su réplica vivaz

igualaba a su dialéctica contundente. La historia de otros tiempos y el espectáculo de los suyos daban a su estilo aquella singular elevación, que pareciera entre nosotros hipérbole ridícula, y era entonces único, propio y natural lenguaje. Volvió a saberse entonces cómo hablaban los cíclopes.

Con ellos estaba siempre en faena el doctor Peña. Con él nace, y por él muere, Colombia. De él teme Bolívar, que lo acaricia. Él da pensamiento a la lanza de Páez. A Miranda lo acusa. Con Santander combate. A los jefes del llano los convence. Burla a Monteverde. Burla a Boves. Y cuando las almas fuertes, fatigadas de su grandeza excesiva, o de la ajena pequeñez, desmayan, él, sobre el héroe dormido, alza al abogado. Luego de Cúcuta, Valencia.

Él preside en todas partes, donde Bolívar no preside; en San Diego de Cabruta, donde acerca y confunde, en flamígera masa, las guerrillas del llano oriental; en el Congreso de Cúcuta, donde firma, en 1821, la primera Constitución de la República de Colombia; en la Alta Corte de Bogotá, donde salva, si no la vida de Leonardo Infante, su honor de magistrado; en el Ministerio de Páez, y en su ánimo; en el Congreso famoso de Valencia; en el Senado inquieto de 1831. Con él van siempre su tono personal, su voluntad precisa, su ánima batallante, su facilidad venturosa de ofrecer en sentencias breves ideas graves. A los suyos organiza; a los adversos desbanda. Severo en los primeros años de su vida, cuando la severidad es fácil, truécase en indulgente cuando tiene que serlo consigo propio; que no hay como vivir para aprender a tener compasión de los que viven. Fue tan hábil, que su habilidad mató su grandeza. La habilidad es la cualidad de los pequeños.

Así se sentaba él en la áspera silla del caballo llanero, como en aquellas de cordobán pespunteado de seda de colores, ornamento preciado de las salas en aquellas épocas modestas. ¡Qué activo en todas partes! ¡Qué brioso en la Sociedad Patriótica! ¡Qué buen republicano en los primeros años difíciles de la República! ¡Qué bravo cuando acusa a Miranda! ¡Qué injusto cuando lo prende! ¡Qué útil en los llanos! En Cúcuta, ¡qué asiduo! En Bogotá, ¡qué fiero! ¡Qué pequeño en lo de los dineros de la agricultura! ¡Qué laborioso en su Ministerio! ¡Qué imponente en el Congreso de Valencia! Y en el

Hierve la Sociedad Patriótica en encontradas opiniones: Miranda es prudente; Bolívar es grande; Peña es osado; ni a Bolívar ni a Miranda cede. Con pujante discurso echa por tierra pareceres menguados. Desnuda su carácter. Arranca de Bolívar aquel clamor famoso, hijo de siglos que ha de durar siglos, sin que sea parte a su duración y fama justa esa opinión irreverente que, como ave de noche, suele enfriar el aire en torno nuestro, por cuanto es ley moral que las virtudes sean menos estimadas por aquellos que viven en constante contacto con los virtuosos; y, en pueblos, como en ríos, es fuerza, para juzgar del beneficio de las aguas, esperar a que se sequen, al sol del tiempo, los residuos limosos que la corriente deja en su camino. Su lengua, aquella noche, se hizo azote. Peña va a repetir su discurso, tonante como un monte que revienta, al seno del Congreso. Esto es el día 4. El día 5, el Congreso declara independiente a Venezuela, ¡independiente a Am - rica! ¡Ah! ¡es que hay sucesos tales, que exigen tanta grandeza en los que han de soportarlos como en los que los realizan!

Asesor de Miranda es ya el conspicuo Peña. De sí arranca, y en Trinidad, donde le envió la colonia a asesorar a un abogado inglés, había fortalecido el instinto del gobierno propio. Opónese con brío a toda exigencia de órdenes sociales. Ve en el sacudimiento un cambio de esencia, y no de forma. Enamórase de esta palabra hermosa: ciudadano. Las plazas griegas y las juntas francesas lo hubieran reconocido como suyo. Miranda ha enfrentado en Valencia la soberbia realista; en su obra severa, júzgase alcanzado -en la persona de su padre- Peña. Ni ama al compañero, ni teme al jefe, ni quiere distinguir qué es valor, qué es cólera. Acusa a Miranda ante el Congreso. Velo inferior a sí, porque lo ve menos enérgico. Y ¡cuán bello eso de acusar con voz segura a un jefe poderoso que el pueblo ama! Respétalo la Cámara; el pueblo, airado, ruge; vese de su acusación, que no halla curso, lo imprudente, no lo valeroso.

¡Ah! ¿por qué firma Peña la orden de prisión de aquel anciano, de quien tenía el gobierno del puerto de La Guaira, en que lo prendía? ¿Qué es la grandeza, sino el poder de embridar las pasiones, y el deber de ser justo y de prever? Miranda, que en su capitulación con Monteverde desconoció el vigor continental e inextinguible de las fuerzas que estaban en su mano, no cometió más falta que ésta. Era él anciano, y los otros jóvenes; él reservado, y ellos lastimados de su reserva; él desconfiado de su impetuosidad, y de su prudencia ellos; quebraron al fin el freno que de mal grado habían

tascado, y creyeron que castigaban a un traidor, allí donde no hacían más que ofender a un grande hombre.

Cierra Casas, el compañero de Peña en el gobierno, el puerto a los emigrados, de orden de Monteverde, a quien acata; queda Miranda preso; huye Peña; ampárale Caracas; surge de nuevo acaudillando bravos, en los valles de Aragua. Él resiste, él dirige, él mantiene. Boves, que algún nombre han de tener las fieras, cerca a Valencia. Mientras la espada tiene punta, esgrímenla los valencianos; rota ya hasta el pomo, cejan. A Peña, su hijo ilustre, acuden. Él se encara al terrible; recábale franquicias; arráncale promesa de respeto a clero y seglares, a gentes de armas y gentes pacíficas; tómale de ello juramento por su vida, honra y Dios. Mas tal como los ríos, que han amontonado con ruido sordo nuevas aguas ante la enérgica represa, sáltanla al cabo y quiébranla, y se echan por el cauce y por los bordes, en crespas ondas roncas, así la ola de sangre pasó sobre la mísera Valencia. Fueron horas frenéticas de bestia.

De casa de la dama valerosa, Vicenta Rodríguez de Escorihuela, salió, protegido de un disfraz, el defensor del cerco. Acá se finge clérigo, y leñador allá, y allá demente. No olvida lo que ve, ni lo que oye. Vencerle es preciso, puesto que le acaban de vencer. El lamento es de ruines cuando está enfrente la obra.

Llega, por fin, al campo de Zaraza, el jefe de los laureados de Rompelínea, el que en Maturín desaloja a Morales, en la Hogaza hiere a Latorre, en Quebrada Honda combate contra Quero, y remata luego a Boves en Urica. ¿Qué importa a Peña que el agua le venga ahora, no ya de la porosa piedra, ornada de frondosa yerbecilla, sino de la rústica tapara? ¿Que sea su lecho el colgante chinchorro, o el áspero cuero, y troncos de árboles su asiento, y cráneos de caballos? Con su palabra calurosa y la autoridad que en sí llevaba, crea rápidamente y sin auxilio, sobre las menudas rivalidades de caudillos, un Congreso en el llano. Acá monta; allí riñe; seduce a éste; a aquél convence. Él hace de los rivales apretados amigos, y de las guerrillas un ejército. Reúne un haz de rayos, y pónelo en las manos de Monagas. Aquella obra está hecha, juntos aquellos miembros de gigantes, creada la República en el bosque. Allí arreciaba la persecución de los realistas; allí puso su esfuerzo encima del peligro.

Sale en busca de Bolívar, y atájanle las fiebres; que suelen mezquinas causas domar a hombres egregios. Se acoge en Trinidad, donde le quieren, y pronto cura. Aún le huelgan las carnes enfermizas, cuando vuelve a Guayana: que en tiempos de peligro, el pesar mayor es estar lejos de él. Su austeridad en los comienzos; su fortaleza en las adversidades; su prontitud en el consejo, le valen, a su vuelta, un puesto en Cúcuta. Hecho a las prácticas republicanas, por lo que admiraba y conocía las de la América del Norte; templado en sus ardores de convencional por sus tres años de relatoría; encendido en amor vehemente por la independencia americana, que sus sufrimientos recientes acrecientan, -combate con ligereza y sin fatiga, maravilla por la oportunidad de sus recursos, la madurez de sus juicios, la robustez y desenvoltura de su palabra. El Congreso le lleva a su presidencia, y desde ella anuncia a la Tierra habitada que Colombia ha nacido. ¡Ah, padre ingrato!

Envíale el Congreso a la ciudad histórica, donde a los cuatro vientos, retando a duelo singular a hombres y dioses, regó el polvo que le cupo en el puño el altivo Jiménez de Quesada. De leyes sabe mucho, y lleva un cargo de leyes. Hay Alta Corte, que por ser alta es suya. Que la preside, dicho se está con verlo en ella. ¡Qué hervir el de su casa, en Bogotá! ¡Qué apretarse contra los dueños naturales de la Tierra, y qué mirarse en ella como perseguidos y expatriados! ¡Cuán poco puede el genio generoso contra la obra de la discordia de los hombres! ¡Todavía se alzan entre pueblo y pueblo aquellos muros que los españoles astutos levantaron! Sí, hubo falta en Bolívar: la de medir el corazón de todos los hombres por el suyo. Sí, hubo iniquidad en los conquistadores: la de amontonar obstáculos gigantes, de vientre de sangre, a la existencia de sus hijos. De ladridos de gozques fue aturdido, y de mordeduras de gozques, muerto, el formidable americano. Murió de amor de padre, -de ver morir a sus hijas.

Agitábanse en casa de Peña todos aquellos rencores que la colonia había animado y los que de la guerra y el Congreso de Cúcuta habían nacido, con la elección de Bogotá para capital y el nombramiento de Santander para Vicepresidente. Tales eran los muros, que no pudo fundirlos aquel fecundo sol de gloria. Arrebato de amor había sido el levantado pensamiento colombiano; lo que alcanzó el prestigio del héroe, lo destruyeron las vanidades e intereses de los hombres. ¡Oh! ¡qué dolor ver claramente en las entrañas de los siglos futuros, y vivir enclavado en su siglo! Por entonces, ni los venezolanos gustaban de ser mandados por los granadinos, ni éstos de

Tenía monarca venezolano el barrio de San Victorino. Gastaba lujosísimo uniforme, sombrero de gala y sable sonador; y era lo cierto que no había bravo sin miedo, ni zagala en calma, desde que estaba en Bogotá Leonardo Infante. Como a tierra conquistada miraba él, más apuesto de cuerpo que rico de cultura, el barrio en que vivía; y como a dolorosa humillación tenían la presencia del arrogante negro en la ciudad los bogotanos.

No se veían en la ciudad sus increíbles hazañas, sino sus desordenados apetitos. Burlaba a uno, ponía espanto al otro, reía de todos, codiciaba a casadas, pagaba a celestinas y vivía en poblado con aquel desembarazo primitivo, brusco donaire y altiveza salvaje del llanero. Tamaño heroico tenía el negro bizarro, y era de los que hizo Naturaleza para dar cima a cosas grandes.

De un caso de conflicto andaban en busca aquellas iras mal sujetas, de que eran muy principales teatros la casa de Santander y la de Peña; Osío, Pérez y Arvelo eran tenientes de éste; de Santander, Azuero y Soto. Colmo hallaron las iras por Infante. Muere un Perdomo; dícese, sin razón suficiente, que Infante lo había muerto. Los rencores bullentes se desatan; «¡San Victorino libre!» claman los pasquines que los barrianos fijan en las calles; alégranse los bogotanos de tener por reo a aquel héroe importuno; prepáranse los de Venezuela a su defensa. De un lado se decide la mala ventura de la víctima, y del otro ampararlo de ella bravamente.

No fue, por cierto, entonces cuando el doctor Peña cambió por otro más flexible y sombrío el carácter austero y poderoso de los primeros años de su vida.

A cóleras populares, y a más temibles cóleras, hizo frente. Las manos trémulas del apasionado defensor no alteraron los pliegues majestuosos de la toga viril del magistrado. Salvando urgentes trámites con extraña premura, sentencian a Infante dos jueces a muerte, uno a presidio; libre le quieren dos restantes. Llámase un conjuez, que vota a muerte. Pues entre tres votos a vida y tres a muerte, no hay sentencia de muerte. «¡No firmo esa sentencia!» A que firme le conmina el Vicepresidente. Que no puede conminarle arguye Peña. El Congreso le acusa ante el Senado; ¡arrogantísima pieza de oratoria, su defensa! Las indómitas iras que azotaban el pecho del lastimado venezolano no salieron a su rostro, ni a su lenguaje, sino con una amarga frase, preñada de dolor y de amenaza: «¡Yo abrigo la esperanza de ser el último colombiano juzgado por tribunales tan parciales!» Es una pieza esbelta y sólida, de oratoria de buena ley ricamente engranada, donde la ciencia llega al lujo, la disposición a la amenidad y el desprendimiento a la grandeza. ¡Con qué respeto debió oírsela, y qué respetuosa es toda ella! ¡Cómo ponía su orgullo herido por debajo del interés que la vida de Infante le inspiraba! Sus frases, como aquellos dardos celtas, partían, robustas y aceradas, a clavarse en el trémulo escudo, que se doblaba a su gran peso.

«Inútil sería que un magistrado conociera la verdad y amase la justicia, si no tuviera la firmeza necesaria para defender la verdad que conoce y combatir y sufrir por la justicia que ama». Decíase que el doctor Soto, encarnizado enemigo de Infante, deseaba la toga de Peña.

«No he traído la toga para dejarla en este salón sagrado, y que la levante el que la pretenda o la haya pretendido, porque no fuese este acto mío tachado

Que la voz pública acusaba a Infante: «¡La voz pública, esa estatua risueña que con voz sonora habla a cada uno el lenguaje que le agrada!» ¿Será crimen ese vigor con que defiende a un hombre infortunado? « ¡Mi crimen es mi gloria!» Óyesele esta sentencia admirable: «El pueblo, dice, amigo de novedades, previene el celo de la justicia y anticipa las decisiones de los jueces». «¡Condenadme!» acaba; «¡no hay poder humano sobre la Tierra que pueda hacer desgraciado a un hombre de bien!»

Argúyele el fiscal, a quien burla fieramente. Defiéndele con fraternal calor, «porque así lo haría ante un tirano», el severo Mosquera. Rebollo quiere que su desobediencia se le excuse. No lo quiere Hoyos. Con frío empeño y extemporánea destreza atácale Soto. Y Gómez. «Es modelo de buenos magistrados», prorrumpe Arosemena. «¡Ha retardado el golpe de la justicia sobre un criminal que ha ensangrentado en las venas de un hombre indefenso la espada que la República le había dado para defender sus leyes!» clama con fogoso ímpetu Narváez. Con grave continente y corteses frases levántase a acusarle Méndez. Malo añade a la acusación dilatada plática. «Su desobediencia al Tribunal Superior que declaró que había sentencia, es falta leve», dice el Vicepresidente del Senado. Se oye entonces a Briceño: «Por error o capricho procede, mas no debe afligirse a hombre tan digno y a patriota tan constante con la máxima pena». «Cierto», refuerza Márquez. «¡Máxima la merece!» clama, airado, Larrea. «Harto nos ha costado la República, para que miremos como falta leve un hecho que tiende a subvertirla». Con desenvuelto modo, presidencial estilo y común frase, alístase entre los acusadores don Luis Andrés Baralt, que presidía. «¿Es culpable de una conducta manifiestamente contraria al bien de la República?» «¡No!» claman, de entre veinticinco senadores, veintitrés. «Pero es culpable de una conducta manifiestamente contraria a los deberes de su empleo» declaran veintiún votos. Retacéanle la pena, como si no hallaran manera de imponérsela; y luego de diversas votaciones, viene a quedar en un año de suspensión de su empleo, y en que de su sueldo se pague a su suplente.

Suplica Peña de la sentencia ante el Senado, y es aquel documento vigoroso, más que súplica, defensa previa de actos posteriores. Como su resolución está tomada, su tono es tranquilo; desdeñoso, no airado; amenazador, con amenaza sorda. No es bueno despertar a los colosos, ni moverlos imprudentemente a ira. «¡A los grandes vencidos» -dice, seguro de su alteza- «se les mata o se les perdona!» «¿Qué fuera si así juzgarais a Santander, o a Bolívar? Sería más digno de su grandeza caer y morir, que someterse a las observaciones que un ministro haría a un alcalde» «¡Un año me imponéis de suspensión; cumpliré vuestro decreto, senadores, aun más allá del tiempo señalado!» Como que quiere hallar un freno para su rencor, y se denuncia: «Ved que esta sentencia vuestra puede ser origen de facciones que lleguen algún día a turbar la paz pública». Lastímale que como pena le hayan impuesto la de privación de unos dineros: «Por fortuna me habéis impuesto una pena pecuniaria, en lo que he sido bastante disipado». Quiere dejar en Bogotá más de lo que de ella ha recibido: «Muchos saben

que en cada año de permanencia en esta ciudad he gastado más de un doble de lo que valen mis sueldos». «¡Reconoced que no podéis juzgarme, por mi

Y murió Infante diciendo cosas épicas a los senadores que lo condenaban y al pueblo que le oía; con lo que quedaron manchadas de sangre las cruces del libertador de Venezuela, y de Boyacá, que le colgaban del pecho; y rota la lanza que abrió paso por la tropa enemiga en Pantano de Vargas; y Peña, airado; sepultada la prudencia; empañada la justicia y traspasado de nueva y honda herida el pecho de la pálida Colombia.

Peña vuelve a Valencia. Reconocido de antemano, por pláticas y cartas y por su bravura en lo de Infante, como vehemente adversario de Colombia, y penetrado de la necesidad política de dar con ella en tierra, y en Venezuela con un gobierno independiente, no bien llega a Valencia, que seguía sus pasos con amor, y en él tenía confianza y orgullo, encabeza las no disimuladas cóleras que, sobre los celos de Bogotá y su dependencia de ella, encendían entre los venezolanos las disposiciones de Santander y sus amigos. Y aquí se confundieron de tal modo el hervor del rencor público y el del personal de Peña, que fuera injusto decir que movió exclusivamente su resentimiento a aquellas rebeldías, y fuera nimio desconocer que sin él no hubieran sido tan rápidas ni pujantes.

Aquel publico hablar; aquel caliente escribir; aquel humilde depender de un pueblo siempre tenido por menor; aquel haber de moverse conforme a la ajena voluntad y no a la propia, y aquel recibir leyes donde se las había dictado de continuo, puesto todo a bullir por el agravio potente de Miguel Peña, y su vivísimo amor al solar patrio, no habían menester de tanto para alzarse en rebelión, como de aquellas justicias exclusivas, que más parecieron voluntarias, provocaciones, de la Cámara bogotana, con las que fueron Páez acusado de mal cumplidor de leyes, Carabaño y Pedro Díaz multados en mucho y notados feamente Tovar y Mariño. De Páez fueron entonces los actos visibles; pero los invisibles y determinantes fueron de Peña. Ni halla, ni quiere hallar manera de suspender el cumplimiento de la orden que separa a Páez del mando. Por él se alza Valencia, y con Valencia Venezuela. Él flagela, con su pluma temida, a su rival y enemigo Santander. De éste se sacude. A Bolívar se ofrece. No es, no, contra aquel hombre, «en quien él, más que en su patria, ve su patria», contra quien alza armas, sino contra aquellas «leyes de circunstancias» de Cúcuta nacidas, y el que a su

juicio las violenta y hace menos amables. Cuanto se escribe es suyo; cuanto se mueve, por él se mueve; él estuvo de pie de abril a diciembre de aquel año. De diversos factores se compuso aquella que, por quedar en poco, fue llamada la Cosiata; mas fue de él el arte de agruparlos y hacerlos producir. Sin lo de Infante, lo habría hecho; mas lo precipitó por lo de Infante.

Y por aquel desdichadísimo negocio, que le valió nueva sentencia del Senado, que consistió en tornar de la Tesorería de Cartagena $ 200.000 en onzas de oro, que a Venezuela tocaban en el repartimiento del empréstito agrícola de entonces, contada cada onza por $ 16,00, y entregar $ 200.000 en la Tesorería de Caracas como si cada onza valiese $ 18,00. Hallan los hombres excusa a los actos censurables en la frecuencia con que éstos acontecen y en la impunidad en que queda el delito; de tal modo, que llega a causar asombro que se llame al crimen, crimen, por el hábito de verlo cometido. Créase una especie de honradez relativa, que no satisface a los espíritus viriles, pero atenúa y excusa la falta que durante su reinado se comete. Ni vale que no parezca delito legal el que es delito moral; que, si a la justicia ajena escapamos, no a la propia. Por esto, desde entonces -y por el necesario alejamiento en que su carácter, temido de Bolívar, y sus enérgicas gestiones en daño de las ideas más caras de éste, le tenían de aquella excelsa criatura roída por el diente interior de su grandeza y por el agudo de los hombres, -no vuelven ya a notarse en obras ni en palabras, en el doctor Peña, aquella altivez sana y áspera fiereza con que dejó asombro en el Senado bogotano, para sacarlas luego mal heridas de la Tesorería de Cartagena.

Contra la voluntad de sus secuaces alarmados y de sus émulos envidiosos, vuelve Bolívar a Venezuela alzada, poniendo silencio, con la extensión de su grandeza, a cuantas palabras intenten celebrársela, a pedir cuenta a la rebelde hija, de aquel sacudimiento y devaneo. Él, más fuerte que todos, fue más fuerte que las ansias de Páez y las iras de Peña. Ve en éste, carácter bravío, ambición defraudada, rencor que no ceja; mas gozaba su fúlgida mente, en la elevada del valenciano, desusado prestigio; y, aunque acusado Peña de émulos, y no reñido tal vez completamente -cuidando más de ser cauto político que irreprochable amigo- con sus malogrados propósitos, ni con el glorioso llanero que lo aseguraba, no parece que perdiera, a pesar de su prisión transitoria en Barquisimeto, la confianza de Bolívar, ni que él se la negara, pues sobre confesar en carta suya que tenía del Padre de Colombia misión, y la cumplía, es el tono de sus cartas a él de servidor hu-

mildísimo y apasionado; y por venirle de Bolívar, que quería gallardamente redimirlo del cargo de las onzas, acata el nombramiento que le envía a la apartada Ocaña, como miembro de aquella Convención precipitada para acallar las impaciencias de los venezolanos y dar nueva y más sólida base a la unión de las secciones descontentas de la gran República. Ni Peña sabía olvidar, ni Santander. En vano con marcado esfuerzo, que llegó hasta invocar, en excusa de la falta de su diputado, faltas iguales y mayores de otros que ya tenían asiento en los estrados de Ocaña, escribió sus llameantes fras es el Libertador, en la admisión de Peña muy viva y principalmente interesado. Con todas sus artes se revuelve Santander contra su temidísimo adversario, y lo echan -rechazado de la Convención, porque no debe entrar en ella hombre acusado de comercio impuro con los dineros nacionales, -a llorar, con impotentes iras, su inesperada y pública vergüenza, al puerto nacional de Cartagena, donde inútilmente espera que el crédito del Libertador le vuelva al suyo, y donde, abrumado al fin, piensa en esquivar el rostro ruboroso de la patria, que lo ve humillado.

Fortalece en Cartagena ánima y cuerpo, y vuelve de nuevo los ojos, que un instante tuvo fijos en Bolívar y en Ocaña, al ensayo del año 1826, y a Páez. No dice a Bolívar, a quien en agosto felicita por el término súbito de la Gran Convención, y asegura que por él y sus hazañas de paz, más difíciles que las de la guerra, vuelven a abrazarse venezolanos y granadinos, cómo en julio, con la primera pluma que en tierra de Venezuela hubo en sus manos, escribió a Páez, en carta batalladora, que de grandes cambios era la época, por la que todos suspiraban, y de Páez la fuerza de mover aquella revolución unánime e indispensable que tenía consigo a los hombres que pensaban y a los que batallaban.

Ya, con la rara fuerza de acometimiento que debía a la Naturaleza, a todo acude y prepáralo todo para la cercana resistencia; porque él tenía las capacidades de ir poniendo en orden los elementos mismos que airaba y encrespaba, la cual es dote grandísima en tiempos de revoluciones; ya, con fulmíneo arranque, pide a Bolívar que extermine a los malvados que a su vida atentan; ya, como para impedir a Bolívar que mancille su gloria, o para obligar a Páez a que se la respete, o para volver a ser él grande, halla en aquel suceso memorable y en aquel amor de compañero que a tanto hermoso guía, y su ardiente sentimiento americano, el alto tono histórico que realza el manifiesto que suscribe Páez en 7 de febrero, en encomio de las glorias del Libertador, que enumera y agrupa; ¡manifiesto que brilla y

que batalla! No quería él, como tantos otros, celosos de glorias ajenas, o atormentados de no poseer el valor necesario para lograrlas, fundar, con exclusión de su sublime hijo, la independencia de la patria.

Estremece y conmueve aquella página vibrante en que, por entre las pasiones de vulgar orden que empujaban la mente del diestro valenciano, asoma aquel elemento grandioso que le dio brío en la Sociedad Patriótica, y que se fue en mala hora mermando, con la común merma de los hombres y los tiempos. Que los que se conservaron a su natural altura, como los hombres no perdonan nunca a los que les son reconocidamente superiores, perecieron. Ni en Temístocles, ni en Pisistrato, ni en César, ni en el astuto Napoleón, ni en el honrado Washington, halla alguno a Bolívar semejante. En su paseo por la Historia, ha recogido los elementos útiles. Con su ojo penetrante reduce lo grandioso pasado a sus proporciones naturales; y como con igual seguridad ve lo que fue que lo que va siendo, compárales sin miedo, y unge grande al más grande. ¡Qué modo de decir aquél para acabar un admirable párrafo: «Ha tenido que lidiar con los cielos y con la Tierra; con los hombres y con las fieras; lo diré de una vez: con españoles y con anarquistas»!

Poblábanse por entonces los círculos políticos, grandemente animados a la separación de Venezuela, de los recién venidos a la vida publica o de los que no habían ganado en ella gran prestigio, los cuales andaban temerosos de la importancia de los que habían sobre sus hombros alzado la patria. Érales fácil achacar a deslealtad el natural vaivén de los ilustres de Colombia, que, como Peña a veces, entrevían, enardecidos por la palabra fervorosa de Bolívar, mejora pública sin sacudimiento y sin artes de guerra. Es más fácil apoderarse de los ánimos moviendo sus pasiones, que enfrenándolas. No a celos parricidas enderezaba el ánimo de Páez nuestro ahogado; ni sacó nunca criminal partido de aquellas amarguras del Padre de Colombia, ciego ya de dolor, que, con convulsivos movimientos, quería aún retener entre sus brazos a su rebelde y cara hija. Es fama que antes de la batalla queden los alrededores libres de curiosos; y luego del peligro y del triunfo, aparecen de súbito acrecidos los ejércitos con gran número de combatientes ignorados, que, temerosos de no gozar la fama que de fijo no merecen, la decantan y pregonan con altísimas voces, en tanto que los vencedores verdaderos, contentos de sí mismos, se sientan en los bordes del camino a enjugarse la frente y las heridas.

Fue en 1829 de los voceros el triunfo, y de la deslealtad se hizo atributo, y la mayor ingratitud fue el mayor mérito. A defender el nombre de Bolívar guía Peña la mano de Páez, aun en aquellos días de juntas, actas, y clamores, y desconocimiento tempestuoso de la unión de Colombia, y de su magnánimo jefe; no lo guía a atacarlo. A declarar le lleva que mueve guerra al pensamiento político que en Nueva Granada tiene asiento, no a Nueva Granada; y al tender a sus adversarios despedazada la gloriosa acta de Cúcuta, tiéndele aún en blanco el acta generosa de la paz. Páez, astuto, déjase empujar por los voceros que lo exaltan; mas, bien seguro de la previsión extremada y eficacísimos recursos de aquel hombre incansable, que a su culpa de haber contribuido al desmembramiento de Colombia, reúne el mérito alto de haber preparado a Venezuela para su establecimiento, y enfrenado las cóleras primeras de sus hijos, asesórase de Peña. Que Peña, en tanto, por lo que estima su influjo, no cede en el propósito de ejercerlo, y por lo que ama a la patria y al humano derecho, no consiente que el jefe ande sin brida. ¡Leal fue a la libertad el que ya no lo era a Colombia, ni a su

Así, con aquella palabra diestra y lisa, semejante a extendida llanura, cercada de altos montes, de los cuales cayera sobre el llano inesperadamente la hueste enemiga, el batallante Peña –que trueca por la labor desembarazada del Congreso, ya en 1840, la sujeta y oscura de su ministerio- confunde, con grande honra suya, que ha de tenérsele en cuenta, a los que quieren hurtar a aquella Nueva Granada, que él no ama, un retazo de tierra que de derecho a Nueva Granada pertenece; ¡como si en aquel pecho agitado no debiera extinguirse por completo aquella alma fecunda, en Vulcano templada y hecha a Encélado! Niégase a la ignominia de imponer al Gobierno bogotano la expulsión de Bolívar de tierra de Colombia. Alza fusta crujiente sobre los que pretenden dar carta de ciudad en el nuevo pueblo a los que intentaron manchar con su sangre ilustre el pueblo vecino. Siéntase como presidente, al lado de Picón, que aún vive. Cerca de él bullen. Vargas, que lo auxilia; Yáñez, que observa; Gallegos, que calcula; Ayala, que condena; Osío, a quien intrigas de gobierno arrebataron el palio arzobispal; Ángel Quintero, ávido de adueñarse del ánimo de Páez, y voceador famoso; Manuel Quintero, que había de amparar más tarde el honor de la República; Mariño, arrebatado y desprendido; y Tovar, respetado, y Michelena, íntegro. Y firma luego, como en Cúcuta, la primera Constitución de Colombia, la primera de Venezuela en Valencia. ¡Y también firma, rompiendo así el que venía a ser hermoso título suyo al póstumo respeto -a trueque de un in-

flujo que no vale jamás el decoro a cuya costa se le adquiere comúnmente-la proscripción de Bolívar de Colombia, y la clausura de sus hogares para sus servidores, aquellos dos decretos que él flageló con su palabra hermosa, y que suscribe ahora con tranquila mano, sacrificando al propio encumbramiento el placer fiero de amar a la desgracia, y respetar a los vencidos! ¡Oh! ¡qué airosa figura, clavando entonces en el papel rebelde la pluma avergonzada; o en su pecho aquel elegante puñalito, de cabo y contera de bruñida plata, que fue siempre en aquellos días de lidia y susto, su compañero en el Senado!

Así se va extinguiendo, con su capacidad para la grandeza, aquella vida que comienza en monte y termina en llano.

Para amoldarse a los tiempos tuvo siempre aptitud maravillosa, y era de aquellas raras naturalezas que tenían en igual suma la dote de destruir y la de cimentar. Ya para 1831, él es el Presidente del Senado, que no sabe cómo entenderse con la vecina Nueva Granada; esquiva a Páez, que de él se esquiva; declarada, después de formidable lucha con Ángel Quintero, capital a Caracas, acompaña a su jefe hasta las puertas de aquella Valencia que entrañablemente ama; y no va más allá, y Páez lo dice, «porque él es como el gato, que acompaña a su amo hasta la puerta de su casa». Nuevos dueños va a tener Caracas; de Valencia, él es dueño. En su casa, allá en el barrio viejo de la Candelaria, al caer de la tarde, al amor de aquellas copiosas enredaderas que dan sombra a su comedor elegante y afamado, bosquéjanse ternas para puestos públicos, viértense noticias, recíbense inspiraciones, escúchansele cuentos incisivos, detiénense sus oyentes asombrados de la profundidad de su juicio, de la gracia de su frase, de su ciencia de los hombres y de la energía de su infatigable pensamiento. Vese en él cómo el vivir de prisa, y no rehuir los halagos de la vida, ni ordenar sus hábitos, merman presto el cuerpo. Del trabajo, su reposo es el trabajo. De hacer la historia, descansa en leerla. Era de verle en aquellas conventuales noches, cercado de veneradores contertulios, habituados a hallar en él, en casos arduos, remedio a los achaques públicos; sentado en su cuarto de escribir, ante aquella amplia mesa, sobre la cual, en orden riguroso y en imagen fiel de su cerebro vasto, casa extensa de tanta idea precisa, campeaban entre escasos libros, abundantes papeles, y acá un voto, y allá un manifiesto, y allá una carta; y por entre todo, esperando el tajo diestro de su mano firme, un haz de blancas plumas, esponjeadas y como orgullosas de quien había de manejarlas. Era de ver cómo leía, con claridad extrema y con su

voz reposada y distinta, encumbramientos y derrumbes de hombres y de pueblos, y mudanzas y lides de naciones, y sucesos enormes y pequeños; en lo que habían placer muy grande sus oyentes, y mayor cuando dejaba el libro de las manos, y fijando en ellos su mirada ahondadora, y sacando de la tumultuosa época en que había vivido, y de la misma en que vivía, enseñanzas y símiles, vestía, con animado comentario, el relato huesoso; o esclarecía, con deslumbrante crítica, el viejo caso oscuro.

Era dado al fausto, y en su mesa espléndido; y no había en las casas valencianas, ni más muelle sofá de negra cerda, ni sillas más costosas, ni más robusta mesa de su fanal colgante coronada; ni cuadros más valiosos que aquellos de la independencia norteamericana, que en sus trabajados marcos de oro eran adorno de su hermosa sala.

De sus adversarios muy temido; de los valencianos muy amado; de los amigos de las cosas viejas, visto como un atleta de las nuevas; dotado de áspera entereza en el carácter y de blandura sorprendente en el talento; nacido a dirigir, por ingénita valía, y a gobernar, porque sabía plegarse; grande primero, pequeño algunas veces, hábil, apasionado y elocuente siempre, murió al cabo, en el crepúsculo de aquella guerra fúlgida, que habrá de ser perpetua admiración de los humanos, aquel letrado brioso que se había rebelado contra un trono, dado vida y muerte a una república y cercenado de sus ruinas otra.

Cecilio Acosta

Caracas, 15 de julio de 1881

Ya está hueca, y sin lumbre, aquella cabeza altiva, que fue cuna de tanta idea grandiosa; y mudos aquellos labios que hablaron lengua tan varonil y tan gallarda; y yerta junto a la pared del ataúd aquella mano que fue siempre sostén de pluma honrada, sierva de amor y al mal rebelde. Ha muerto un justo: Cecilio Acosta ha muerto. Llorarlo fuera poco. Estudiar sus virtudes e imitarlas es el único homenaje grato a las grandes naturalezas y

digno de ellas. Trabajó en hacer hombres: se le dará gozo con serlo. ¡Que desconsuelo, ver morir en lo más recio de la faena a tan gran trabajador!

Sus manos, hechas a manejar los tiempos, eran capaces de crearlos. Para él el universo fue casa; su patria, aposento; la historia, madre: y los hombres, hermanos. Y sus dolores cosas de familia, que le piden llanto. Él lo dio a mares. Todo el que posee en demasía una cualidad extraordinaria lastima con tenerla a los que no la poseen: y se le tenía a mal que amase tanto. En cosas de cariño, su culpa era el exceso. Una frase suya da idea de su modo de querer: «oprimir a agasajos». Él, que pensaba como profeta, amaba como mujer. Quien se da a los hombres es devorado por ellos, y él se dio entero; pero, es ley maravillosa de la naturaleza que solo esté completo el que se da; y no se empieza a poseer la vida hasta que no vaciamos sin reparo y sin tasa en bien de los demás la nuestra. Negó muchas veces su defensa a los poderosos; no a los tristes. A sus ojos el más débil era el más amable. Y el necesitado era su dueño. Cuando tenía que dar, lo daba todo; y cuando nada ya tenía, daba amor y libros. ¡Cuánta memoria famosa de altos cuerpos del Estado pasa como de otro, y es memoria suya! ¡Cuánta carta elegante, en latín fresco, al Pontífice de Roma, y son sus cartas! ¡Cuánto menudo artículo, regalo de los ojos, pan de mente, que aparecen como de manos de estudiantes, en los periódicos que éstos dan al viento, y son de aquel varón sufrido, que se los dictaba sonriendo, sin violencia ni cansancio, ocultándose para hacer el bien, y el mayor de los bienes, en la sombra!

¡Qué entendimiento de coloso! ¡Que pluma de oro y seda! ¡y qué alma de paloma!

Él no era como los que leen un libro, entrevén por los huecos de la letra el espíritu que lo fecunda, y lo dejan que vuele, para hacer lugar a otro, como si no hubiese a la vez en su cerebro capacidad más que para una sola ave. Cecilio volvía el libro al amigo, y se quedaba con él dentro de sí; y lo hojeaba luego diestramente, con seguridad y memoria prodigiosas. Ni pergaminos, ni elzevires, ni incunables, ni ediciones esmeradas, ni ediciones príncipes, veíanse en su torno: ni se veían, ni las tenía. Allá en un rincón de su alcoba húmeda, se enseñaban, como auxiliadores de memoria, voluminosos diccionarios: mas todo estaba en el. Era su mente como ordenada y vasta librería, donde estuvieran por clases los asuntos, Y en anaquel fijo los libros, y a la mano la página precisa: por lo que podía decir su hermano, el fiel don Pablo, que no bien se le preguntaba de algo grave, se detenía un

instante, como si pasease por los departamentos y galerías de su cerebro, y recogiese de ellos lo que hacía al sujeto, y luego, a modo de caudaloso río de ciencia, vertiese con asombro del concurso límpidas e inexhaustas enseñanzas.

Todo pensador enérgico se sorprenderá, y quedará cautivo y afligido, viendo en las obras de Acosta sus mismos osados pensamientos. Dado a pensar en algo, lo ahonda, percibe y acapara todo. Ve lo suyo y lo ajeno como si lo viera de montaña. Está seguro de su amor a los hombres, y habla como padre. Su tono es familiar, aun cuando trate de los más altos asuntos en los senados más altos. Unos perciben la composición del detalle, y son los que analizan, y como los soldados de la inteligencia: y otros descubren la ley del grupo, y son los que sintetizan, y como los legisladores de la mente. Él desataba y ataba. Era muy elevado su entendimiento para que se lo ofuscara el detalle nimio, y muy profundo para que se eximiera de un minucioso análisis. Su amor a las leyes generales, y su perspicacia asombrosa para asirlas, no mermaron su potencia de escrutación de los sucesos que son como las raíces de las leyes, sin conocer las cuales no se ha de entrar a legislar, por cuanto pueden colgarse de las ramas frutos de tanta pesadumbre que, por no tener raíz que los sustente, den con el árbol en tierra. Todo le atrae, y nada le ciega. La antigüedad le enamora, y él se da a ella como a madre, y como padre de familia nueva, al porvenir. En él no riñen la odre clásica y el mosto nuevo: sino que, para hacer mejor el vino, lo echa a bullir con la sustancia de la vieja cepa. Sus resúmenes de pueblos muertos son nueces sólidas cargadas de las semillas de los nuevos. Nadie ha sido más dueño del pasado; ni nadie -¡singular energía, a muy pocos dada!- ha sabido libertarse mejor de sus enervadoras seducciones. «La antigüedad es un monumento, no una regla: estudia mal quien no estudia el porvenir». Suyo es el arte, en que a ninguno cede, de las concreciones rigurosas. Él exprime un reinado en una frase, y es su esencia: él resume una época en palabras, y es su epitafio: él desentraña un libro antiguo, y da en la entraña. Da cuenta del estado de estos pueblos con una sola frase: «en pueblos como los nuestros, que todavía, más que dan, reciben los impulsos ajenos». Sus juicios de lo pasado son códigos de lo futuro. Su ciencia histórica aprovecha, porque presenta de bulto y con perspectiva los sucesos, y cada siglo trae de la mano sus lecciones. Él conoce las vísceras, y alimentos, y funciones de los pueblos antiguos, y la plaza en que se reunían, y el artífice que la pobló de estatuas, y la razón de hacer fortaleza del palacio, y el temple y resistencia de las armas. Es a la par historiador y apóstol, con lo que

templa el fuego de la profecía con la tibieza de la historia, y anima con su fe en lo que ha de ser la narración de lo que ha sido. De aire de presente, como estaba todo en su espíritu, a lo antiguo. Era de esos que han recabado para sí una gran suma de vida universal, y lo saben todo, porque ellos mismos son resúmenes del universo en que se agitan, como es en pequeño todo pequeño hombre. Era de los que quedan despiertos, cuando todo se reclina a dormir sobre la tierra.

Sabe del Fuero Aniano como del Código Napoleónico, y por qué ardió Safo, y por qué consoló Bello. Chindasvinto le fue tan familiar como Cambaceres: en su mente andaban a la par el Código Hermogeniano, los espejos de Suabia y el Proyecto de Goyena. Subía con Moratín aquella alegre casa de Francisca, en la clásica calle de Hortaleza: y de tal modo conocía las tiendas celtas, que no salieran, mejor que de su pluma, de los pinceles concienzudos del recio Alma Tadema. Aquel creyente cándido era en verdad un hombre poderoso.

¡Qué leer! Así ha vivido: de los libros hizo esposa, hacienda e hijos. Ideas: ¿qué mejores criaturas? Ciencia: ¿qué dama más leal, ni más prolífica? Si le encendían anhelos amorosos, como que se entristecía de la soledad de sus volúmenes, y volvía a ellos con ahínco, por que le perdonasen aquella ausencia breve. Andaba en trece años, y ya había comentado, en numerosos cuadernillos, una obra en boga entonces: Los eruditos a la violeta. Seminarista luego, cuatro años más tarde, estableció entre sus compañeros clases de gramática, de literatura, de poética, de métrica. Se aplicaba a las ciencias; sobresalía en ellas; el ilustre Cajigal le da sus libros, y él bebe ansiosamente en aquellas fuentes de la vida física, y logra un título de agrimensor. La Iglesia le cautiva, y aquellos serenos días, luego perdidos, de sacrificio y mansedumbre; y lee con avaricia al elegante Basilio, al grave Gregorio, al desenfadado Agustín, al osado Tomás, al tremendo Bernardo, al mezquino Sánchez: bebe vida espiritual a grandes sorbos. Tiene el talento práctico como gradas o peldaños, y hay un talentillo que consiste en irse haciendo de dineros para la vejez, por más que aquí la limpieza sufra y más allá la vergüenza se oscurezca: y hay otro, de más alta valía, que estriba en conocer y publicar las grandes leyes que han de torcer el rumbo de los pueblos, en su honra y beneficio. El que es práctico así, por serlo mucho en bien de los demás, no lo es nada en bien propio. Era, pues, Cecilio Acosta ¡quién lo dijera, que lo vio vivir y morir! Un grande hombre práctico. Se dio, por tanto al estudio del Derecho, que asegura a los pueblos y refrena a

los hombres. Inextinguible amor de belleza consumía su alma, y fue la pura forma su Julieta, y ha muerto el gran desventurado trovando amor al pie de sus balcones. ¡Qué leer! Así los pensamientos: mal hallados con ser tantos y tales en cárcel tan estrecha, como que empujaban su frente desde adentro y le daban aquel aire de cimbria.

Nieremberg vivió enamorado de Quevedo, y Cecilio Acosta enamorado de Nieremberg. El Teatro de la elocuencia de Capmany le servía muchas veces de almohada. Desdeñaba al lujoso Solís y al revuelto Góngora, y le prendaba Moratín, como él encogido de carácter, y como él terso en el habla y límpido. Jovellanos le saca ventaja en sus artes de vida, y en el empuje humano con que ponía en práctica sus pensamientos; pero Acosta, que no lo dejaba de la mano, le vence en castidad y galanura, y en lo profundo y vario de su ciencia. Lee ávido a Mariana, enardecido a Hernán Pérez, respetuoso a Hurtado de Mendoza. Ante Calderón, se postra. No halla rival para Gallego, y le seducen y le encienden en amores la rica lengua, salpicada de sales, de Sevilla, y el modo ingenuo y el divino hechizo de los dos mansos Luises tan sanos y tan tiernos.

Familiar le era Virgilio, y la flautilla de caña, y Coridón, y Acates; él supo la manera con que Horacio llama a Télefo, o celebra a Lidia, o invita a Leucónoe a beber de su mejor vino y a encerrar sus esperanzas de ventura en límites estrechos. Le deleitaba Propercio, por elegante; huía de Séneca, por frío; le arrebataba y le henchía de entusiasmo Cicerón. Hablaba un latín puro, rico y agraciado: no el del Foro del Imperio, sino el del Senado de la República; no el de la casa de Claudio, sino el de la de Mecenas. Huele a mirra y a leche aquel lenguaje, y a tomillo y verbena.

Si dejaba las Empresas de Saavedra, o las Obras y días, o El sí de las niñas, era para hojear a Vattel, releer el libro de Segur, reposar en Las tristes de Ovidio, pensar, con los ojos bajos y la mente alta, en las verdades de Keplero, y asistir al desenvolvimiento de las leyes de Carlo Magno a Thibadiau, de Papiniano a Heinecio, de Nájera a las de Indias.

Las edades llegaron a estar de pie, y vivas, con sus propios colores y especiales arreos, en su cerebro: así él miraba en sí, y como que las veía íntegramente, y cada una en su puesto, y no confundidas, como confunde el saber ligero, con las otras -hojear sus juicios es hojear los siglos. Era de los que hacen proceso a las épocas, y fallan en justicia. Él ve a los siglos como

los ve Weber; no en sus batallas, ni luchas de clérigos y reyes, ni dominios y muertes, sino parejos y enteros, por todos sus lados, en sus sucesos de guerra y de paz, de poesía y de ciencia, de artes y costumbres: él toma todas las historias en su cuna y las desenvuelve paralelamente: él estudia a Alejandro y a Aristóteles, a Pericles y a Sócrates, a Vespasiano y a Plinio, a Vercingetorix y a Velleda, a Augusto y a Horacio, a Julio II y a Buonarroti, a Elizabeth y a Bacon, a Luis XI y a Frollo, a Felipe y a Quevedo, al Rey Sol y a Lebrun, a Luis XVI y a Necker, a Washington y a Franklin, a Hayes y a Edison. Lee de mañana las Ripuarias, y escribe de tarde los estatutos de un montepío: deja las Capitulares de Carlo Magno, hace un epitafio en latín a su madre amadísima, saborea una página de Diego de Valera, dedica en prenda de gracias una carta excelente a la memoria de Ochoa, a Campoamor y a Cueto, y antes de que cierre la noche, -que él no consagró nunca a lecturas-, echa las bases de un banco, o busca el modo de dar rieles a un camino férreo.

Son los tiempos como revueltas sementeras, donde han abierto surco, y regado sangre, y echado semillas, ignorados y oscuros labriegos: y después vienen grandes segadores que miden todo el campo de una ojeada, empuñan hoz cortante, siegan de un solo vuelo la mies rica, y la ofrecen en bandejas de libros a los que afilan en los bancos de la escuela la cuchilla para la siembra venidera. Así Cecilio. Él fue un abarcador, y un juzgador. Como que los hombres comisionan, sin saberlo ellos mismos, a alguno de entre ellos para que se detenga en el camino que no cesa, y mire hacia atrás, para decirles cómo han de ir hacia adelante; y los dejan allí en alto, sobre el monte de los muertos, a dar juicio: mas ¡ay! que a estos veedores acontece que los hombres ingratos, atareados como abejas en su faena de acaparar fortuna, van ya lejos, muy lejos, cuando aquel a quien encargaron de su beneficio, y dejaron atrás en el camino, les habla con alarmas y gemidos, y voz de época. Pasa de esta manera a los herreros, que asordados por el ruido de sus yunques no oyen las tempestades de la villa: ni los humanos, turbados por las hambres del presente, escuchan los acentos que por boca de hijos inspirados echa delante de sí lo por venir.

Lo que supo, pasma. Quería hacer la América próspera, y no enteca; dueña de sus destinos, y no atada, como reo antiguo, a la cola de los caballos europeos. Quería descuajar las universidades y deshelar la ciencia, y hacer entrar en ella savia nueva: en Aristóteles, Huxley; en Ulpiano, Horace Greeley y Amasa Walker; del derecho, «lo práctico y tangible»: las reglas

internacionales, que son la paz, «la paz, única condición y único camino para el adelanto de los pueblos»: la Economía Política, que tiende a abaratar frutos de afuera, y a enviar afuera en buenas condiciones los de adentro. Anhelaba que cada uno fuese autor de sí, no hormiga de oficina, ni momia de biblioteca, ni máquina de interés ajeno: «el progreso es una ley individual, no ley de los gobiernos»: «la vida es obra». Cerrarse a la ola nueva por espíritu de raza, o soberbia de tradición, o hábitos de casta, le parecía crimen público. Abrirse, labrar juntos, llamar a la tierra, amarse: he aquí la faena: «el principio liberal es el único que puede organizar las sociedades modernas y asentarlas en su caja». Tiene visiones plácidas, en siglos venideros, y se inunda de santo regocijo: «La conciencia humana es tribunal; la justicia, código; la libertad triunfa; el espíritu reina». Simplifica, por eso ahonda: «La historia es el ser interior representado». Para él es usual lo grandioso, manuable lo difícil, y lo profundo transparente. Habla en pro de los hombres, y arremete contra estos brahmanes modernos y magos graves que guardan para sí la magna ciencia: él no quiere montañas que absorban los llanos, necesarios al cultivo: él quiere que los llanos suban, con el descuaje y nivelación de las montañas. Un grande hombre entre ignorantes sólo aprovecha a sí mismo: «Los medios de ilustración no deben amontonarse en las nubes, sino bajar como la lluvia a humedecer todos los campos»; «la luz que aprovecha más a una nación no es la que se concentra, sino la que se difunde». Quiere a los americanos enteros: «La república no consiste en abatir, sino en exaltar los caracteres para la virtud». Mas no quiere que se hable con aspereza a los que sufren: «Hay ciertos padecimientos, mayormente los de familia, que deben tratarse con blandura». De América nadie ha dicho más: «pisan las bestias oro, y es pan todo lo que se toca con las manos». Ni de Bolívar: «la cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas». Ni del cristianismo: «El cristianismo es grande, porque es una preparación para la muerte». Y está completo, con su generosa bravura, amor de lo venidero y forma desembarazada y elegante, en este reto noble: «Y si han de sobrevenir decires, hablillas y calificaciones, más consolador es que le pongan a uno del lado de la electricidad y el fósforo que del lado del jumento, aunque tenga buena albarda, el pedernal y el morrión».

Más que del derecho civil, personal y sencillo, gustaba del derecho de las naciones, general y grandioso. Como la pena injusta le exaspera, se da al estudio asiduo del derecho penal, para hacer bien. Suavizar: he aquí para él el modo de regir. Filangieri le agrada: con Roeder medita. Lee en latín a

Leibniz, en alemán a Seesbohm, en inglés a Wheaton, en francés a Chevalier, a Carnazza Amari en italiano, a Pinheiro Ferreira en portugués. Asiste a las lecciones de Bluntschli en Heidelberg, y en Basilea a las de Feichmann. Con Heffter busca causas; con Wheaton junta hechos; con Calvo colecciona las reglas afirmadas por los escritores; con Bello, acendra su juicio; con todos, suspira por el sosiego y paz del universo. Aplaude con íntimo júbilo los esfuerzos de Cobden, y Mancini, y Van Eck, y Bredino por codificar el derecho de gentes. Dondequiera que se pida la paz, está él pidiendo. Él pone mente y pluma al servicio de esta alta labor. Hay en Filadelfia una liga para la paz universal, y él la estudia anhelante, y la Liga Cósmica de Roma, y la de Paz de Ginebra, y el Comité de Amigos de la Paz, donde habla Sturm. Él piensa, en aborrecimiento de la sangre, que con tal de que ésta no sea vertida, sino guardada, a darnos fuerza para ir descubriéndonos a nosotros mismos -lo que urge, y contra lo cual nos empeñamos-, buenos fueran los Congresos anuales de Lorimer, o el superior de Hegel, o el Areópago de Bluntschli. En 1873, escucha ansioso las solemnes voces de Calvo, Pierantoni, Lorimer, Mancini, juntos para pensar en la manera de ir arrancando cantidad de fiera al hombre: ¡cuán bien hubiera estado Cecilio Acosta entre ellos! De estos problemas, todos los cuenta como suyos, y se mueve en ellos, y en sus menores detalles, con singular holgura. De telégrafos, de correos, de sistema métrico, de ambulancia, de propiedad privada: de tanto sabe, y en todo da atinado parecer y voto propio. En espíritu asiste a los Congresos donde tales asuntos, de universal provecho, se debaten: y en el de Zurich, palpitante y celoso está él en mente, con el Instituto de Derecho internacional, nacido a quebrar fusiles, amparar derechos y hacer paces. Bien puede Cecilio hacer sus versos, de aquellos muy galanos, y muy honrados, y muy sentidos que él hacía: que luego de pergeñar un madrigal, recortar una lira o atildar un serventesio, abre a Lastarria, relee a Bello, estudia a Arosemena. La belleza es su premio y su reposo: mas la fuerza, su empleo.

Y ¡cómo alternaba Acosta estas tareas, y de lo sencillo sacaba vigor para lo enérgico! ¡cómo, en vez de darse al culto seco de un aspecto del hombre, ni agigantaba su razón a expensas del sentimiento, ni hinchaba éste con peligro de aquélla, sino que con las lágrimas generosas que las desventuras de los poetas o de sus seres ficticios le arrancaban suavizaba los recios pergaminos en que escribe el derecho sus anales! Ya se erguía con Esquilo y braceaba como Prometeo para estrujar al buitre; ya lloraba con Shakespeare, y veía su alcoba sembrada de las flores de la triste Ofelia; ya se veía

cubierto de lepra como Job, y se apretaba la cintura, porque su cuerpo, como junco que derriba el viento fuerte, era caverna estrecha para eco de la voz de Dios, que se sienta en la tormenta, le conoce y le habla: ya le exalta y acalora Victor Hugo, que renueva aquella lengua encendida y terrible que habló Jehovah al hijo de Edom.

Esta lectura varia y copiosísima: aquel mirar de frente, y con ojos propios, en la naturaleza, que todo lo enseña; aquel rehuir el juicio ajeno, en cuanto no estuviese confirmado en la comparación del objeto juzgado con el juicio; aquella independencia provechosa, que no lo hacía siervo, sino dueño; aquel beber la lengua en sus fuentes, y no en preceptistas autócratas ni en diccionarios presuntuosos, y aquella ingénita dulzura que daba a su estilo móvil y tajante todas las gracias femeniles, fueron juntos los elementos de la lengua rica que habló Acosta, y que parecía bálsamo, por lo que consolaba: luz, por lo que esclarecía; plegaria, por lo que se humillaba; y ora arroyo, ora río, ora mar desbordado y opulento, reflejador de fuegos celestiales. No escribió frase que no fuese sentencia, adjetivo que no fuese resumen, opinión que no fuese texto. Se gusta como un manjar aquel estilo: y asombra aquella naturalísima manera de dar casa a lo absoluto, y forma visible a lo ideal, y de hacer inocente y amable lo grande. Las palabras vulgares se embellecían en sus labios, por el modo de emplearlas. Trozos suyos enteros parecen, sin embargo, como flotantes, y no escritos, en el papel en que se leen; o como escritos en las nubes, porque es fuerza subir a ellas para entenderlos; y allí, están claros. Y es que quien desde ellas ve, entre ellas tiene que hablar; hay una especie de confusión que va irrevocablemente unida, como señal de altura y fuerza, a una legítima superioridad. Pero ¡qué modo de vindicar, en su sencillo y amplio modo, aquellas elementales cuestiones que, por sabidas de ellos, aunque ignoradas del vulgo que debe saberlas, tienen ya a menos tratar los publicistas! Otros van por la vida a caballo, entrando por el estribo de plata la fuerte bota, cargada de ancha espuela; y él iba a pie, como llevado de alas, defendiendo a indígenas, amparando a pobres, arropado en su virtud más que en sus escasas ropas, puro como un copo de nieve, inmaculado como vellón de cabritillo no nacido. Unos van enseñándose, para que sepan de ellos; y él escondiéndose, para que no lo vean. Su modestia no es hipócrita, sino pudorosa; no es mucho decir que fue de virgen su decoro, y se erguía, cuando lo creía en riesgo, cual virgen ofendida: «Lo que yo digo perdura». «Respétese mi juicio, porque es el que tengo de buena fe». Su frente era una bóveda; sus ojos, luz ingenua; su boca, una sonrisa. Era en vano volverle y revolverle;

no se veían manchas de lodo. Descuidaba el traje externo, porque daba todo su celo al interior; y el calor, abundancia y lujo de alma le eran más caros que el abrigo y el fausto del cuerpo. Compró su ciencia a costa de su fortuna; si se es honrado, y se nace pobre, no hay tiempo para ser sabio y ser rico. ¡Cuánta batalla ganada supone la riqueza y cuánto decoro perdido! ¡y cuántas tristezas de la virtud, y triunfos del mal genio! ¡y cómo, si se parte una moneda, se halla amargo, y tenebroso y gemidor su seno! A él le espantaban estas recias lides, reñidas en la sombra; deseaba la holgura, mas por cauces claros; se placía en los combates, mas no en esos de vanidades ruines o intereses sórdidos, que espantan el alma; sino en esos torneos de inteligencia, en que se saca en el asta de la lanza una verdad luciente, y se la rinde, trémulo de júbilo, dejado de los balcones de la patria. Él era «hombre de discusión, no de polémica estéril y deshonrosa con quien no ama la verdad, ni lleva puesto el manto del decoro». Cuando imaginador ¡qué vario y fácil!; como que no abusaba de las imaginaciones y las tomaba de la naturaleza, le salían vivas y sólidas. Cuando enojado ¡qué expresivo!; su enojo es dantesco; sano, pero fiero; no es el áspero de la ira, sino el magnánimo de la indignación. Cuanto decía en su desagravio llevaba señalado su candor; que parecía, cuando se enojaba, como que pidiese excusa de su enojo. Y en calma como en batalla ¡qué abundancia!, ¡qué desborde de ideas, robustas todas!, ¡qué riqueza de palabras galanas y macizas!, ¡qué rebose de verbos! Todo el proceso de la acción está en la serie de ellos, en que siempre el que sigue magnifica y auxilia al que antecede. En su estilo se ve cómo desnuda la armazón de los sucesos, y a los obreros trabajando por entre los andamios; se estima la fuerza de cada brazo, el eco de cada golpe, la íntima causa de cada estremecimiento. A mil ascienden las voces castizas, no contadas en los diccionarios de la Academia, que envió a ésta como en cumplimiento de sus deberes, y en pago de los que él tenía por favores. Verdad que él había leído en sus letras góticas La Danza de la Muerte, y huroneado en los desvanes de Villena, y decía de coro las Rosas de Juan de Timoneda, o el entremés de los olivos. Nunca premio fue más justo, ni al obsequiado más grato, que ese nombramiento de académico con que se agasajó a Cecilio Acosta. Para él era la Academia como novia, y ponía en tenerla alegre su gozo y esmero: y no que, como otros, estimase que para no desmerecer de su concepto es fuerza cohonestar los males que a la Península debemos y aún nos roen, y hacer enormes, para agradarla, beneficios efímeros; sino que, sin sacrificarle fervor americano ni verdad, quería darle lo mejor de lo suyo, porque juzgaba que ella le había dado más de lo que él merecía, y andaba como amante casto y fino, a quien nada

parece bien para su dama. ¡Cuán justo fue aquel homenaje que le tributó, con ocasión del nombramiento, la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras de Caracas! ¡cuán acertadas cosas dijo en su habla excelente, del recipiendario, el profundo Rafael Seijas! ¡cuántos lloraron en aquella justa y tiernísima fiesta! ¡Y aquel discurso de Cecilio, que es como un vuelo de águila por cumbres! ¡y la procesión de elevadas gentes que le llevó, coreando su nombre, hasta su angosta casa!, ¡y aquella madrecita, llena toda de lágrimas, que salió a los umbrales a abrazarle y le dijo con voces jubilosas: «Hijo mío: he tenido quemados los santos para que te sacasen en bien de esta amargura»! Murió al fin la buena anciana, dejando, más que huérfano, viudo al casto hijo, que en sus horas de plática o estudio, como romano entre sus lares, envuelto en su ancha capa, reclinado en su vetusto taburete, revolviendo, como si tejiese ideas, sus dedos impacientes, hablaba de altas cosas, a la margen de aquella misma mesa, con su altarcillo de hoja doble, y el Cristo en el fondo, y ambas hojas pintadas, y la luz entre ambas, coronando el conjunto, a este lado y aquél de las paredes, de estampas de Jesús y de María, que fueron regocijo, fe, y empleo de la noble señora, a cuya muerte, en carta que pone pasmo por lo profunda, y reverencia por lo tierna, pensó cosas excelsas el buen hijo, en respuesta a otras conmovedoras que le escribió en son de pésame Riera Aguinagalde.

No concibió cosa pequeña, ni comparación mezquina, ni oficio bajo de la mente, ni se encelaba del ajeno mérito, antes se daba prisa a enaltecerlo y publicarlo. Andaba buscando quien valiese, para decir por todas partes bien de él. Para Cecilio Acosta, un bravo era un Cid; un orador, un Demóstenes; un buen prelado, un san Ambrosio. Su timidez era igual a su generosidad; era él un Padre de la Iglesia, por lo que entrañaba a ella, sabía de sus leyes y aconsejaba a sus prohombres; y parecía cordero atribulado, sorprendido en la paz de la majada por voz que hiere y truena, cuando entraba por sus puertas, y rozaba los lirios de su patio con la fulgente túnica de seda, un anciano arzobispo.

Visto de cerca ¡era tan humilde!; sus palabras, que -con ser tantas que se rompían unas contra otras como aguas de torrente- eran menos abundantes que sus ideas, daban a su habla apariencia de defecto físico, que le venía de exceso, y hacía tartamudez la sobra de dicción. Aun visto de lejos ¡era tan imponente!, su desenvoltura y donaire cautivaban, y su visión de lo futuro entusiasmaba y encendía. Consolaba el espíritu su pureza: seducía el oído su lenguaje; ¡qué fortuna, ser niño siendo viejo!, esa es la corona y la sani-

dad de la vejez. Él tenía la precisión de la lengua inglesa, la elegancia de la italiana, la majestad de la española. Republicano, fue justo con los monarcas; americano vehementísimo, al punto de enojarse cuando se le hablaba de partir glorias con tierras que no fuesen ésta suya de Venezuela, dibujaba con un vuelo arrogante de la pluma el paseo imperial de Bonaparte, y vivía en la admiración ardorosa del extraordinario Garibaldi, que sobre ser héroe tiene un merecimiento singular: serlo en su siglo. Él era querido en todas partes, que es más que conocido, y más difícil. Colombia, esa tierra de pensadores, de Acosta tan amada, le veía con entrañable afecto, como viera al más glorioso de sus hijos; Perú, cuya desventura le movió a cólera santa, le leyó ansiosamente; de Buenos Aires le venían abrumadoras alabanzas. En España, como hechos a estas galas, saboreaban con deleite su risueño estilo, y celebraban con pomposo elogio su fecunda ciencia: el premio de Francia le venía ya por los mares: en Italia era presidente de la Sociedad Filelénica, que llamó estupenda a su carta última; el Congreso de Literatos, le tenía en su seno, el de Americanistas se engalanaba con su nombre: «acongojado hasta la muerte», le escribe Torres Caicedo, porque sabe de sus males: luto previo, como por enfermedad de padre, vistieron por Acosta los pueblos que le conocían. Y él, que sabía de artes como si hubiera nacido en casa de pintor, y de dramas y comedias como si las hubiera tramado y dirigido; él que preveía la solución de los problemas confusos de naciones lejanas con tal soltura y fuerza que fuera natural tenerle por hijo de todas aquellas tierras, como lo era en verdad por el espíritu; él, que en épocas y límites estrechos, ni sujetó su anhelo de sabiduría, ni entrabó o cegó su juicio, ni estimó el colosal oleaje humano por el especial y concreto de su pueblo, sino que echó los ojos ávidos y el alma enamorada y el pensamiento portentoso por todos los espacios de la tierra; él no salió jamás de su casita oscura, desnuda de muebles como él de vanidades, ni dejó nunca la ciudad nativa, con cuyas albas se levantaba a la faena, ni la margen de este Catuche alegre, y Guaire blando, y Anauco sonoroso, gala del valle, de la naturaleza, y de su casta vida. ¡Lo vio todo en sí, de grande que era! Éste fue el hombre, en junto. Postvió y previó. Amó, supo y creó. Limpió de obstáculos la vía. Puso luces. Vio por sí mismo. Señaló nuevos rumbos. Le sedujo lo bello, le enamoró lo perfecto; se consagró a lo útil. Habló con singular maestría, gracia y decoro; pensó con singular viveza, fuerza y justicia. Sirvió a la tierra y amó al cielo. Quiso a los hombres, y a su honra. Se hermanó con los pueblos, y se hizo amar de ellos. Supo ciencias y letras, gracias y artes. Pudo ser ministro de Hacienda y sacerdote, académico y revolucionario, juez de noche y soldado de día, establecedor

de una verdad y de un banco de crédito. Tuvo durante su vida a su servicio una gran fuerza, que es la de los niños: su candor supremo; y la indignación, otra gran fuerza. En suma: de pie en su época, vivió en ella, en las que le antecedieron y en las que han de sucederle. Abrió vías, que habrán de seguirse; profeta nuevo, anunció la fuerza por la virtud y la redención por el trabajo. Su pluma, siempre verde, como la de un ave del Paraíso, tenía reflejos de cielo y punta blanda. Si hubiera vestido manto romano, no se hubiese extrañado. Pudo pasearse, como quien pasea con lo propio, con túnica de apóstol. Los que le vieron en vida, le veneran; los que asistieron a su muerte, se estremecen. Su patria, como su hija, debe estar sin, consuelo; grande ha sido la amargura de los extraños, grande ha de ser la suya. Y cuando él alzó el vuelo, tenía limpias las alas.

Olegario Andrade

La Opinión Nacional. Caracas, 1881

El hombre es bueno. Toda gloria humana le cautiva, y así como repele al cabo toda grandeza falsa, así acata sumiso, aunque lo haya mortificado con su duda, o lacerado con su abandono, toda grandeza verdadera. Y hay además en nuestra naturaleza como un amor vehemente y callado a la hermosura y un impulso de tierno agradecimiento a quien realza, para hacernos reentrar en deseos de vida, esta tierra nuestra cuya majestad a veces olvidamos, como olvida el viandante, torturado por los guijarros del camino, los tesoros de luz que se aposentan en las alas brillantes de las aves, y los cielos solemnes, no más vastos que el espíritu de los hombres que le aguardan para recibirlo en su seno, y acariciarlo como en la magna fantasía homérica, besa en la frente Jove amorosísimo el bravo Sarpedón, que cruza el aire azul y silencioso, en alas del sueño amigo y de la hermosa Muerte.

Ver grandeza es entrar en deseos de revelarla. Y ver grandezas patrias es sentir como que se la tiene propia. Hacer justicia, es hacérnosla. Nacer en América es haber nacido en tierra donde en el corazón, como fuera de él, lucen astros nuevos, arden fuegos vírgenes, corren ríos oceánicos. Tal pujanza, tal frescor, tal brillo tiene Olegario Andrade, el poeta joven

bonaerense. Su mérito es tal, que su nombre no se olvida, una vez leído. Es de esos bardos magnos, que se sientan en la cima de los montes a cantar los dolores y las esperanzas de los hombres. No es la fuente de la apacible poesía de Guido Spano, sino gran vaso de piedra, cargado de aguas de mar, que un hombre gigantesco lleva al hombro. Hace cantos poémicos, y hará poemas. Si algún defecto tienen su Prometeo, su Canto a Victor Hugo, su Atlántida, su Noche de Mendoza, es que no sabe el hombre de Carlomagno, hecho a la gran lucha de armas, qué hacer con la flechilla de los indios. Otros tendrán que esforzarse para hacer poemas: Olegario Andrade tendrá que esforzarse por no hacerlos. Mas, hágalos sin miedo: ¡no es que los hombres no sepan oírlos! ¡Es que los poetas no saben ya hacerlo! ¡Ay!, ni pueden: no sale más entero del molino un grano de trigo, que sale de la vida en estos tiempos un corazón humano: ¿y qué ha hacer el bardo, desoído, pletórico de fuerzas no estimadas, habitante de tierras tranquilas, devoradas de furores primitivos, andador de una vía que no se acaba, soldado de una batalla que no tiene tregua, sino sentarse, durante el ligero sueño del enemigo, a llorar sobre las ruinas de sí propio?

La poesía de Andrade no es esa flor de pasión, que en unas mismas manos nace blanca, Como el sueño de un niño, y se torna en roja como si hubiese sido herida, y en lívida como lastimada de duros golpes, y en negra, como la sombra. No es esa miel rica y jugosa, que brota del alma conmovida, como a la presión de dedos suaves brota el jugo perfumado de los duraznos en sazón. Ni ese riillo de sangre que corre silencioso, como el Guadiana bajo las tierras andaluzas, bajo nuestra amarga vida. No posa su lira al retirarse de la faena diaria, sobre su corazón, a que se arome y nutra, sino sobre un monte, a que se la perfume la naturaleza, y a que vibre con el himno de los hombres. No canta desde el huerto florecido, o por veredas solitarias, sino ante la plaza de los griegos, donde los hombres se agitan como olas, o de pie sobre la roca de la playa, donde las olas hacen coro al canto, que va, como tritón pujante, en carroza de espuma. No nació su lira en el cáliz de una violeta, sino en el tronco de una ceiba. No canta afectos, sino mundos. No observa el curso de la pasión en las almas, sino el de los hombres en la vida. Sus personajes son los pueblos. Sus estaciones no son las del año sino las del Universo. No llora amores que mueren, sino naciones que se derrumban y crujen. Ve el Universo como torneo perpetuo, cuyos mantenedores son mares, tierras y cielos. Su espíritu no vive en la aldea patria, sino en toda la tierra. Sus damas son Corinto que llora; Roma elegida «por el destino misterioso» para su palenque permanente; y Cartago que es a sus

ojos hoguera encendida para que batallasen a su luz las cohortes romanas. Para él, las pirámides egipcias, son colosales tiendas de campaña, abandonadas por gigantes que desaparecieron de la tierra; y el Coliseo es «centinela de piedra»; y Platón es el anciano que se sienta a ver hervir los mares, desde las rocas de Engina, y a coloquiar con el espacio vasto, como un natural amigo y a vislumbrar en los lejanos siglos, surgiendo como entre colosales brumas tibias, la Atlántida fragante. Para él los continentes y las islas brotaron del mar frío, deshelado al primer beso del sol en la faz rugosa de la tierra; «como monstruos del mar, que van en rebaño confuso hacia la orilla»; y los montes, al compás de los acentos magníficos de la tormenta, despertaron entumecidos de su sueño, y asomaron entre las aguas marinas su abrupta cabeza, ceñida de líquenes; y son las montañas, gigantes de coraza y casco de granito que aguardan de rodillas el supremo mandato, para lanzarse a escalar», con sus manos de piedra, los espacios inmensos; y las Antillas, son una bandada de aves fugitivas, que van gimiendo; y «se secan al sol las alas blancas para emprender el vuelo a otras riberas». Como otro poeta se detendría a ver nacer a un niño, Andrade se detiene a ver nacer un arroyo. En él, un rumor que se siente, no es una hoja que pasa, ni un beso que vuela, ni un sollozo que se extingue, sino una raza que nace.

Ya una mariposa de luz que surge de una larva parda, es aurora que surge fresca y confiada «de la larva informe del abismo». La idea grandiosa en él es como ola invasora que, hinchada por oculta fuerza, viene a morir en pliegues arrogantes, ora bañando de espumas fulgurosas los riscos de la playa, como beso de vida nueva que refresca a cadáveres, ora rompiéndose contra las crestas de las rocas en columnas de polvo menudísimo, que brillan, entre el fragor del oleaje, como partículas de sol. Su frase opulenta -como árbol de profundas raíces que extiende en la selva sus ramas poderosas y quiebra con su empuje incontrastable los menguados árboles vecinos-, avanza a modo de río hinchado que va a dar en mar hondo, donde parece morar la paz eterna. Su frase no tropieza, ni rueda, sino que se despliega, como un manto real. Y él cobija con ella a los pueblos que tienen frío, y a las razas que ya se desmigajan en las tumbas.

Cuando se acaba de leer su descripción del nacimiento de la tierra, parece que vienen los ojos de ver luz oceánica, luz confortante y nueva, y que acabamos de sentarnos en la mesa de roca, a cuyo torno, encuclillados sobre su manto de pieles, debieron hundir los cíclopes, con hambre gigantesca, su cuchillo de piedra afilado en las entrañas humeantes de la res. Es

la poesía de «La Leyenda de los Siglos», en que el noble elemento humano ha reemplazado a la pueril canturía mitológica. Es la nueva poesía, que anuncia el mundo nuevo. Es la poesía del reinado ideal, que han entrevisto ya los hombres. No es la poesía personal, que da de sí el corazón, como si fuera vaso melodioso, que al romperse canta, ni poesía nacional, que nace de un grande y prolongado dolor público, o de un gran odio: es la poesía humana, que nació, como el trilobites, en su cueva de fango, e irá a dormir, como los ángeles, en el seno de la luz. Es, en suma, esa poesía majestuosa en que los volcanes son antorchas, las nubes cendales, las tormentas cunas, los pueblos soldados de la batalla perenne, que combaten y caen, y el poeta, espíritu profético, que se sienta en las nubes, a cantar la elaboración del Universo permanente, en su lira de rudos troncos de árboles, a cuyas cuerdas, hechas de las cadenas de hombres, no alcanzan las tímidas brisas, sino los vientos poderosos de las tempestades.

¡Afortunado aquel en cuyo espíritu grandioso surja, como dote sobrehumana, la facultad colosal de cantar a compás de la armoniosa naturaleza! ¡Es infortunado aquel que quiera, de su modesta lira de hombre sentidor, o de su guzla de amores, arrancar sonidos que sólo es dado producir a aquellos que han podido hacer callar el corazón propio, de modo de oír sin disturbios ni oscuridades el ruido del corazón universal. Porque si el poeta vive en lucha permanente con los malos caballeros de la vida, que abunda en malos caballeros, y con las pasiones, que están sentadas en su espíritu, como fieras famélicas, en espera de presa; y si asiste, monarca y circo de sí mismo, al combate perenne de que ha de ser el premio su ventura, ¿de dónde sacarán fuerza los ojos espantados para mudarse del propio espectáculo sangriento, y posarse fuera de él, donde los hombres rugen y batallan? Mano férrea ha necesitado el poeta grandioso para poder embridar a las pasiones que le roen las alas. O debió a la Naturaleza singular ventura, casi sobrehumana. O Naturaleza le dio como a hijo amado, porque padeciese menos, menos poder de sentir. O le dio tal poder de sentimiento que no le nutre su corazón de hombre, y sale de sí en busca del corazón universal. Porque el poeta, ya cante las escenas de su alma, ya narre de la tierra, ha de ser como la estatua melodiosa, y como las hojas de los árboles, que vibran a todo rayo del sol y onda del aire. ¡No durarán los poetas mentales!

Esa prescindencia de sí, y esa compenetración con lo hermoso eterno, distinguen a Andrade. Su imaginación, como fatigada a las veces de producir hijos pasmosos, crea fantasías vagas y sonoras, que son como nubes

hinchadas de aire pesado, que no pueden alzarse de la tierra. Sabe de historia de dioses, y de hombres, y de ciencia moderna que es tan abundosa fuente de legítima poesía, y esto que sabe, y sus anhelos políticos, que son en él generosos y amplios anhelos humanos, no alcanzan en uno y otro lugar de sus cantos poémicos, a sacar de sí todo lo que cada acto humano, por menguado y humilde que parezca, lleva en sí de poético. Y desposa a Víctor Hugo, que desciende al Mundo Nuevo como Orfeo, con la santa democracia; en lo que hay verdad de idea, pero no esa sana unidad pictórica que prohibe que a cosa tan bella y actual como el gobierno del hombre por sí mismo, se junte cosa tan rancia, y poco análoga a ella, como el maravilloso músico mitológico. Y en odio e instituciones caducas, y que mueren de sí mismas, las flagela con dureza que le es ajena, porque sabe más de amar que de odiar, sin ver que es de cazadores bravos dejar morir, sobre su lecho de hojas secas, al león herido. Cuando está poseído del espíritu de las épocas que dibuja, y sus aficiones hinchan cual generoso viento, la vela de la historia, en cuya barca, vuela por sobre los tiempos, ¡qué bien va la barca! Mas cuando no anda por mares poéticos, sino meramente históricos, no acierta siempre a realzarlos o a prescindir de ellos y pierde en unidad lírica lo que gana en unidad lógica. Así como debe cercenarse la poesía excesiva de la historia, así debe excluirse de la poesía la historia excesiva.

¡Pero qué poder de realzar lo grandioso, por el modo sencillo de decirlo! ¡Qué manera de asir el espíritu de las edades, y darles forma! ¡Qué lujo de fuerzas, como si estuvieran a su merced para construir esos palacios poéticos, los muros de Troya, y las luces de las primeras albas de la vida! ¡Qué pintar el resurgir de España, como dama de Italia que despierta en brazos de caballero godo, en una estrofa trémula y ardiente! ¡Qué dar carácter en una veintena de versos a Roma, y a todas sus conquistas, de manera que de esa estrofa que asombra, podrían salir a andar todos aquellos pueblos con sus arreos de batallar, sus altares y sus chozas! ¡Qué segar, como quien con hoz de oro siega mieses, todo lo que flota de poesía inmensa en el vapor de los mares, en el aliento de las tumbas, y en los himnos confusos de la tierra! ¡Qué hacer andar aparejados al Universo, que es hermoso, y al hombre que lo habita! ¡Qué hallar en todo lo vivo, todo lo poético! De la leyenda napoleónica da cuenta en una estrofa que parece, por lo relampagueante, veloz y potente, una jornada del robusto héroe, que murió en isla ruda, frente al mar alborotado ¡cual si fuesen aquéllos sillón y alcoba de morir, dignos de aquel espíritu pasmoso! Ya ve al Perú, que es para él la Roma de los In-

cas, cuando ha caído más por haber sido Capua que por ser Roma, sembrado el manto ensangrentado que hoy le ciñe, de ricas flores de oro, que serán las mieses que sus hijos, enseñados por mala fortuna, siembran en sus campos. Imagínese ver un cuadro de Alma Tadema: de aquellos cuadros en que pinta la recia tabla hendida en que los principillos se ensayaban en tirar sus dardos, y parecen pintados en ella, de puro llenos del alma de la época, cuando ve el generoso Andrade a Chile colgando, arrepentida de su labor sangrienta, las armas coléricas en el techo de su casa de labriego.

¿No ha de sernos querido el nombre de este poeta que ya ha dado honra a nuestras tierras? Las manos de los poetas cierran siempre las heridas que abre la ira de los hombres. Por eso en poesía no puede cantarse el odio, ni más ira que aquella sagrada de la indignación, que es una virtud y engendra otras. De que los poetas sean oídos, y se acerquen, y trabajen a la par, vendrá la paz humana: no poetillos de oficio, o de afición, ¡sino esos que llevan en el alma como una luz que se consume, de tanto como irradia! El nombre de Olegario Andrade merece ser amado. Él es joven, como la poesía en que canta, el pueblo en que nació, y la nueva humanidad que lo inspira. En certamen de poetas reunidos para ensalzar a Víctor Hugo, él fue el premiado. En certamen reciente, citado a alabar glorias de América, de él fue el premio, y de todos el asombro, ante su obra pujante. En España no bien lo oyen, lo consagran altísimo bardo. ¡Bienvenido sea a la estima de los hombres el que es capaz de amarlos y maravillarlos!

Juan Carlos Gómez

La América. Nueva York, julio de 1884

Hay seres humanos en quienes el derecho encarna y llega a ser sencillo e invencible, como una condición física. La virtud es en ellos naturaleza, y puestos frente al sol, ni se deslumbrarían, ni se desvanecerían, por haber sido soles ellos mismos, y calentado y fortalecido con su amor la tierra. Los apetitos y goces vulgares les parecen crímenes; los hombres que viven para su placer, insectos; la intranquilidad de sus amores es lealtad a un tipo de amor buscado en vano, sus goces, blandos y espaciosos como la luz de la

luna; sus dolores, bárbaros y penetrantes como aquellos hierros de punta retorcida, que no salen de la carne rota sino desgarrándola y amontonándola en escombros rojos. Aman por cuantos no aman; sufren por cuantos se olvidan de sufrir. La humanidad no se redime sino por determinada cantidad de sufrimiento, y cuando unos la esquivan, es preciso que otros la acumulen, para que así se salven todos. De estos hombres fue ese magno del Plata, que acaba de caer, no en la tumba, sino en la apoteosis. Dos pueblos, que no son más que uno, acompañaron a la sepultura su cadáver. Muerto, nadie dice que lo está, que todos lo sienten vivo. Los padres de aquellas tierras hablaron como hermanos al borde de su sepultura. Era llanto de los ojos y festejos de las almas. Es dado a ciertos espíritus ver lo que no todos ven; y allí se vieron como juramentos hechos al cielo azul por espadas de oro; y lágrimas con alas. De esa manera ha sido sepultado, en hombros de todos los hombres buenos del Uruguay y la República Argentina, el que a los dos pueblos trabajó por unir, y en su corazón caluroso los tuvo juntos siempre; porque, como todo espíritu esencial y primario, que por merced de la creación arranca directamente sus ideas de la naturaleza, no entendía que razonzuelas transitorias pudiesen estar por encima de las generosas razones naturales. Para otros la tierra es un plato de oro, en que se gustan manjares sabrosos; los hombres, acémilas, buenas para que los afortunados las cabalguen. Juan Carlos Gómez, que es el que acaba de morir, miraba a cada hombre como una porción de sí mismo, de cuya vileza era responsable en tanto que no hubiese trabajado ardientemente para remediarla. El amor era su ley; y para él, la tierra entera debía ser un brazo.

Sus versos flamean; sus párrafos son estrofas; su vida fue de polémica grandiosa. Parecía singular caballero, de blanca armadura, que a anchos golpes de espada lumínea defendía de la gente invasora el templo de la virtud abandonada. Porque no hay que estudiar a Juan Carlos Gómez como persona local y de accidente, que devuelve las luces que recibe y brilla en su tiempo porque lo refleja; sino como persona propia, que trajo luz consigo y no vivió para acomodarse a su época, sino para impedirle que se envileciera, y para enderezarla. Para él no hubo más templo digno de ver de rodillas al hombre que la naturaleza; y vivió comido de sueños del cielo y amores humanos. No cabían tampoco sus pensamientos en los moldes comunes, y creó sin sentirlo una prosa encendida y triunfante, que no parece de palabras concebidas y dadas a luz en dolor, como en él fueron, y en todo escritor honrado y sincero son: sino a manera de ríos de oro de solemnes ondas, que con natural majestad ruedan, agolpánse un momento -para que-

brarlo, u horadarlo, o saltar sobre él-, en torno al obstáculo que hallan al paso, y siguen su camino victoriosos, como si hubieran dejado tendido por la tierra un estandarte. Hizo urna magnífica a su espíritu con su lenguaje fulguroso.

Los hechos de su vida quedan para biógrafos menudos. Nació en el Uruguay, cuando éste era del Brasil, en los tiempos penosos de la Cisplatina; y aunque apenas tenía cinco años cuando la Banda Oriental se salió de los brazos lusitanos, el pensamiento de la pasada esclavitud de su patria fue tan vivo en aquella alma nacida a la epopeya, que llevo durante toda su existencia la dolorosa memoria, como hubiera llevado un golpe en la mejilla. Estuvo en Chile. Vivió poco en su patria. Pasó la mayor parte de su vida en la República Argentina. Jamás obró por el provecho propio, sino por que no se mancillase el decoro humano. Sentía en sí al hombre vivo, y cuanto atentaba a la libertad o dignidad del hombre le parecía un atentado a él, y echaba sobre el ofensor su cólera magnífica. En dos diarios escribió su poema: en El Nacional; en Los Debates. Con igual ánimo imprecaba al hombre horrible que tiñó en sangre a Buenos Aires hasta los campanarios, y los árboles del campo hasta las copas, que a aquellos de su bando que, luego de abatir el poder del criminal en Monte Caseros, quisieron aprovecharse en demasía de su triunfo. Cuanto hizo, nació de su pureza. Por donde iba, iba un pabellón blanco abierto. Del lado del derecho pasó toda su vida. Y más que de otros, sufrió de dos males: el de vivir, como un espíritu superior, entre la gente usual; el de vivir, dotado de un alma angélica y exquisita cultura, en una época embrionaria.

¡Oh pena prolongada, incurable y cruentísima, la de un hombre de luz ayuntado a un pueblo que acaba de safir del seno de la fiera! ¿Quién no se maravilla, que piense hondo, de que con tanta prisa se estén nuestras nacionalidades de América fortaleciendo y transformando? ¿Qué tuvieron al nacer, sino indios desnudos, adoloridos y enajenados, al servicio de un señorío arrogante y frailesco, el que, como quien vacía la luz a torrentes, unos cuantos jóvenes generosos, con la enciclopedia en el cerebro y Washington en el alma, se vaciaron? ¡Qué manos, dignas de ser moldeadas en bronce y puestas en las plazas públicas a recibir los besos agradecidos de sus descendientes, qué manos no hubieron de ser aquellas que de tierra tan ruin levantaron, a que el tiempo las puliese y la sangre las animase, estas firmes estatuas! Quedaron en lucha, a la hora de la libertad, el hombre directo y genuino de la tierra, impetuoso y selvático, y el caballero de salón

y libros, en cuyo espíritu brioso, nutrido del propio suelo, asentábase, aquilatada por todas sus experiencias y dolores, el alma europea. Y fue la lucha entre el apetito, que es la primera expresión humana, y la última, que es el derecho. ¡Qué trabajo, el de ir acomodando los empujes rústicos de la naturaleza rudimentaria e inculta a las sublimes concepciones y amorosos devaneos de las sociedades más adelantadas! ¿Cómo, sin convulsiones y catástrofes? ¿Cómo, sin sacudimientos tremendos y dolor enorme, concertar en un breve número de años estos dos elementos diversísimos, y del agraz sacar vino sedoso, y saltar en una mitad del siglo del hombre embrionario, batallador y egoísta de la naturaleza, al hombre desinteresado y pacífico de la civilización? ¡Enseñad, enseñad, pueblos de América, como timbres de honor y certificados de grandeza, vuestras guerras y desgracias!

Nuevo es el problema americano, y más difícil que otro alguno, pues consiste en unir de súbito, lo cual no puede ser sino de modo violento, los extremos de la civilización que en todo el resto de la Tierra se ha venido naturalmente edificando. De la rudeza patriarcal, por despacioso envolvimiento, los pueblos del mundo han venido espiritualizándose y puliéndose, y a su hora natural apareciendo en el árbol humano, después del riego costoso, las flores y frutas. ¡Y a los americanos se nos pide que, contra historia y naturaleza, pongamos los paramentos de oro fino al caballo que trae aún en las crines los olores nuevos de la selva! A bien que, por fortuna, el sol de América es mágico, y como solar la mente americana; ¡y lo estamos haciendo!

Pero de este torneo maravilloso, en que a la arremetida de la lanza de a caballo oponen los contendientes, como un escudo, una idea, y están echando atrás la lanza; de este comercio de los caudillos fuertes que triunfan, imponen y pagan, y los hombres inteligentes, siempre al principio vencidos, que, por falta de ajuste entre sus conocimientos y tendencias superiores y el estado elemental de sus pueblos, viven en ellos como sin alimento ni trabajos propios: de este contacto del vencedor de guerra que corrompe, y el vencido de paz, que por su misma condición de inteligencia ama la vida holgada y fastuosa, o necesita de todos modos medios de vida; del aflojamiento en que en presencia de la fuerza y la riqueza caen, aunque la naturaleza las haya marcado con su sello de luz, ciertas almas; de todos estos lances e irregularidades de nuestro problema americano, habían de originarse apostasías, miedos y vilezas grandes. Cuál por deslumbramiento, cuál por amor a los goces de la fortuna, cuál por poquedades de ánimo, era frecuente que, como envuelve el toreador, para distraer al animal, su espada

de matar en una capa roja, hubiera hombres de mente que diesen color de idea a los látigos y a las espadas; y pusieran la cabeza, como los cortesanos desnudos de los reyes de África, a los pies, a menudo ensangrentados, de los caudillos vencedores. Vuelcos de alma sentía Juan Carlos Gómez contra toda esa traílla de gente miedosa o traidora; y todavía vibra su pluma sobre las frentes que marcaba. Era en él el decoro como el pudor debe ser en las mujeres; y resentía toda tentación a su pureza y a la ajena, como resiente la sensual solicitud de un galán de calle una mujer honrada. Mientras mayor amenazaba ser este desvío de la virtud y desconcierto moral que fuera de sí veía y padecía en sí, como si fuese llaga encendida que le consumiera el cuerpo, era mayor su enojo sagrado, su discurso más alto y seguro, su polémica más avasalladora y animosa. Trozos de rayo, y no palabras, le salían de la pluma. Si le contendían, pronto estaba él solo, triunfante, como que peleaba en él el derecho, entre ideas cadáveres.

Que erró alguna vez, ha debido ser: nunca por interés ni por pasión, sino por engaño honrado. Un dolor parecido al frenesí le causaba la merma de la virtud en los hombres de su pueblo, y se le iba entrando por el alma la dolorosa aflicción que se la sacó al cabo del cuerpo. Porque vivía penetrantemente enamorado de la pureza y hermosura: y quedaba herido de todo golpe que sobre la faz de la tierra se asestaba al decoro humano. Es así la virtud, que, distribuida por el Universo equitativamente, siempre que en un espacio o localidad determinada falta en muchos, en uno solo se recoge, para que no se altere el equilibrio y venga a padecer la armonía humana: en uno solo, que el honor que en los demás escasea amontona en sí, y adquiere de ello profética indignación y elocuencia resplandeciente; y es todo vergüenza, por faltar en los demás, y es todo mejilla. De aquí que en las épocas decorosas de libertad y paz sea menor, o menos perceptible, el número de hombres extraordinarios, por estar en ellas distribuidas entre todos las condiciones que, cuando es costoso poseerlas, se recogen en los espíritus sublimes, como en la tempestad una bandera en su asta. Ni la serpiente pudo nunca morder en la lima, ni la tentación en Juan Carlos Gómez. ¡Y sólo los que se los han sacudido de los hombros, como un manto de espinas encendidas, saben lo que cuesta rechazar los halagos de los tiranos!

Sin que dejara ése de ser motivo perpetuo de amargura y contienda para ese caballero de la virtud, duro y centelleador como el brillante, un nuevo dolor, tal como si sintiese que Mesalina se sentaba en su mesa de familia, cayó, como una mortaja, sobre su alma. La prosperidad que no está subor-

dinada a la virtud avillana y degrada a los pueblos; los endurece, corrompe y descompone. Del descubrimiento de la ilimitada y fácil riqueza de su territorio, y del saludable afán de buscar satisfacción a las necesidades de la vida, no en el tahalí de un capitán afortunado, sino en las fuerzas de la naturaleza, se engendró naturalmente en la República Argentina un ardoroso espíritu de empresa que, con los beneficios que empezó a dar al punto, y el gusto por la elegancia y la belleza, en todas nuestras tierras espontáneo, creó pronto un vivo amor al fausto, que es afición que en todos los pueblos ha puesto siempre en peligro el decoro. A cada carácter que con las nuevas solicitudes se enturbiaba; a cada caída o vacilación de un ciudadano útil; a cada muestra del predominio del interés en las relaciones usuales, se estremecía aquel anciano de barba gris, límpida frente y ojos penetrantes y melancólicos, como si viera ya, el cinto desatado, el seno ardiente y enjuto, y en el cabello seco las flores corrompidas, reclinada a su patria infeliz junto a la mesa llena de jarros de vino envenenado, en la litera de la orgía romana. A exaltadas imaginaciones y desconfianzas enfermizas le llevaba aquel nobilísimo desasosiego, y el pesar de creer que no podría detener este peligro le fue enflaqueciendo las fuerzas y avecinándolo a la muerte: por ser, el morir de miedo, ante la debilitación de la virtud, remate propio de aquella limpia vida.

Pero estas cosas no perecen, ni deja de haber quien las guarde. La perla está en su concha, y la virtud en el espíritu humano. Afirmase siempre -por la soledad, náusea y hastío que el fausto desnudo produce- la espiritualidad de la existencia. De la tumba en que parece sepultado, se alza con nueva fuerza el espíritu de amor, de desinterés y de concordia. Cuando los gozadores y egoístas, alegres de no ver en pie a quien con su exquisita pureza los molestaba y ofendía y por todas partes les iba detrás como un rayo de luz, vienen cantando, con su copa de champaña en las manos, del brazo de sus mancebas de regaladas carnes y suelta cabellera, a regocijarse frente a la tumba de aquel testigo, hallan en pie sobre la tumba, armado de coraza radiante a un hombre nuevo con el estandarte del que murió enhiesto en las manos. La virtud crece. El honor humano es imperecedero e irreductible, y nada lo desintegra ni amengua, y cuando de un lado se logra oprimirlo y desvanecerlo, salta inflamado y poderoso de otro. ¡Ni qué eran, más que ejército de guardianes, los hombres ilustres y conmovidos que, en procesión seguida de gran número de gente, acompañaron a Juan Carlos Gómez a su tumba!

Cuanto recuerda y honra, cuanto ama y piensa, cuanto crea y esculpe, cuanto prevé y prepara, cuanto enseña y estudia, cuanto anda y protesta, cuanto labora y brilla en la República Argentina y el Uruguay, ante el cadáver de Juan Carlos Gómez estaba. En las calles, la muchedumbre silenciosa. En el cementerio, como el mejor tributo, leales damas. ¡Flores fueran las letras de la imprenta, y nosotros dignos de ofrecerlas, y por ese homenaje exquisito y valeroso se las ofreceríamos! Hasta las gentes comunes e indiferentes miraban con respeto y recogimiento el cortejo funerario, y el carro de coronas que iban en él; y se inclinaban los que todo lo sacrifican a la posesión de la fortuna, al paso de aquel que vivió y murió en pobreza por no sacrificarle nada ¡cuando todo género de holguras le hubieran venido de torcer alguna vez la pluma! Odian los hombres y ven como a enemigo al que con su virtud les echa involuntariamente en rostro que carecen de ella: pero apenas ven desaparecer a uno de esos seres acumulados y sumos, que son como conciencias vivas de la humanidad, y como su médula, se aman y aprietan en sigilo y angustia en torno del que les dio honor y ejemplo, como si temiesen que, a pesar de sus columnas de oro, cuando un hombre honrado muere, la humanidad se venga abajo.

¡Oh, y qué armoniosa y soberana inteligencia acababa de volar de aquel hermoso cráneo! ¡Con qué claridad vieron sus ojos que la vida es universal, y todo lo que existe mero grado y forma de ella, y cada ser vivo su agente, que luego de adelantar la vida general y la suya propia en su camino por la tierra, a la naturaleza inmensa vuelve, y se pierde y esparce en su grandeza y hermosura! Como a madre quería a la Naturaleza; que a tal hijo no había de tener madre menor. En un cajón de pino mandó que le enterrasen, para que su cuerpo entrara más pronto en la tierra; que su estoica virtud nunca necesitó de eclesiástico estímulo, ni de futuro premio. ¡Cierto aplauso del alma, y cierto dulce modo interior de morir, valen por todo! De pie estuvo toda la vida; ni acostado jamás, ni encorvado. Por la luz tenía un amor ferviente; y no amaba la noche sino como seno del día. Perseguía con los ojos sedientos un ideal de pureza absoluta, y tenía aquella ternura femenil de todas las almas verdaderamente grandes; y, de no ver a los hombres tan puros como él quisiera, una tristeza que parecía desolación. Campea mejor su pensamiento artístico en los peligros amplios y gallardos de la prosa que en la estrofa poética, por más que en analogía con su espíritu y el cielo y el río que veían sus ojos fuera de su estancia usual ancha y pomposa; mas se ve bien su alma en sus versos; y ya es de ellos guerrero pujante, ya paje tímido y sencillo, enamorado de su doliente castellana; ya cruzado que pone a los

pies de su señora su casco hendido y su bandera de colores, ya alma arrebatada y altiva que desdeña y rechaza a las interesadas e insensibles, y a la belleza inútil que no sabe consumirse en el amor, y como una copa de ámbar en los altares, expirar envolviendo en sus perfumes al ser que ama. Vese en todos sus versos, como en onda confusa, la idea gigantesca; se ve el lomo del monstruo, que sólo de vez en cuando alza, colgada de olas, las cabeza divina. La tristeza, que era en él lo más hondo, le inspiró sus más acabadas estrofas; porque venía en ellas el pensamiento tan verdadero y seguro, que se plegaba a él, vencida la forma, como a un coloso un carrizo. Y tiene a veces versos que parecen columnas de mármol blanco y elegante que alzan al cielo el capitel florido. A la tierra la imaginaba llena de luz; a los hombres, con alas. Sentía náusea del placer frívolo, y odio de sí por haberlo gozado. Cayó en exageraciones románticas, porque éstas eran en su tiempo el símbolo y ropaje de la libertad, y una revuelta saludable contra la literatura de peluca y polvos, sustituida de prisa, en tanto que se adquiría el conocimiento de la sana e inspiradora realidad, por una especie de realidad imaginaria; se desbordaba la inspiración romántica por los versos, como mar sacado de madre por las playas, y hacía colosales travesuras, y daba al Sol magníficos reflejos, para evaporarse ¡ay! casi toda, por falta de esencia real y condensación en moldes sólidos; templo fue de oro y piedras preciosas, levantado en columnas de espuma. Pero aquel superior sentido suyo de armonía, y casto disgusto de lo vano y hojoso, trajeron pronto a Juan Carlos Gómez, con lo sincero de sus penas, a más vigoroso estilo poético, que solía alzarse, por lo ceñido y conciso, a verdadera majestad. La de su vida fue más igual, eficaz y serena; era de los que tienen a la vez la visión de lo por venir y la prudencia del presente, y por aquélla viven empujados y refrenados por ésta, sin que admitan que las transacciones con la inmoralidad, por mucho que se barnicen y disculpen, sean eficaces para los pueblos, que por ellas ven pospuestos sus intereses a los de los que van conduciendo sus destinos, ni sean honradas en quienes las cometen. Entendía que se fuese por la justicia relativa a la absoluta, pero no que, mermando aquélla y con lo injusto transigiendo, se acelerase el triunfo de la justicia absoluta. Se le inflamaba el rostro y se le encendía la pluma cada vez que veía en peligro el honor del hombre, y caía sobre el transgresor, como si de la Naturaleza hubiera recibido encargo de abatir a todos los enemigos de la virtud. Nunca tuvo que pedir a Dios, como el árabe, que le hiciera ir por el camino recto, porque él iba y se detenía solo a echar su luz, para detenerle o denunciarle, sobre el que se salía de él. Y en su sepultura pudieran grabarse aquellas tres

palabras que grabó el duque de Weimar sobre la tumba de Herder: luz, amor, verdad.

Esplende, con luz igual a la de la más hermosa escena histórica, la escena de sus funerales en la ciudad de Buenos Aires. Una promesa parecía hecha al Cielo. Los padres de aquellas tierras y los mejores jóvenes hablaron. Con su palabra de grandes círculos y atrevidas alas habló Mitre; habló Sarmiento con la suya inquieta, audaz y misteriosa, y Lucio López con su lengua de colores. Con acentos sacerdotales y proféticos dijo adiós a Juan Carlos, en nombre del Uruguay, el enérgico anciano Carlos Blanco; y con aquel comedimiento y serenidad de la generación que nace se despidió de él Manuel Herrero y Espinosa, como un hijo. No parecían aquéllas meras palabras humanas, sino que flameaban como banderas, apretaban como compromisos, resonaban como tablas de bronce y brillaban como coronas de plata. Se afirma un pueblo que honra a sus héroes.

En un día 25 de mayo, a los clamores de la noble gente moza que acababa de arrebatar de manos de French los trozos de cinta azul y blanca, llamados a ser luego el pabellón de la patria, surgió libre y gloriosa Buenos Aires de su Cabildo timorato. Llama era toda la plaza, cuajada de gente; en hombros de sus amigos y llevados por los vivas, peroraban los ardientes chisperos; ola de fuego el pueblo parecía, y maza cada mano, cada palabra gloria, cada resistencia caña, coraza cada pecho; llegaba al cielo el bravo vocerío; detrás se iba la ola de los chisperos y manolos bravos: ¡es hermoso ver cómo nace la libertad, blanca y avasalladora, de los pechos humanos! Nacía el sol de los pueblos orientales. Juan Carlos Gómez, que murió en día 25, se acostó en la tumba, y tenía derecho de acostarse a los reflejos de aquel sol de mayo.

Eloy Escobar

Nueva York, febrero de 1888.

Cansado, acaso, de hacer bien, ha muerto en Venezuela Eloy Escobar, poeta y prosador eximio y tipo perfecto del caballero americano. Hasta el

modo de andar revelaba en él benevolencia e hidalguía, porque iba como quien no quiere ser visto, ni tropezar con nadie, y por junto al poderoso pasaba como si nadie lo viese, no junto al infeliz, para quien salía a pedir prestado. Se entraba en sus paseos de mañana por las casas amigas, llevando a todos rosas con su palabra, que parecía ramilletes de ellas, y luz con su alma ingenua, que acendró en la desdicha su perfume; era como una limpia vela latina, que al fulgor del sol, cuando parece el cielo acero azul, va recalando en las ensenadas de la costa. Aunque hombre de muchos años, tuvo razón para poner cierto afán en esconderlos, porque en realidad no los tenía. Era esbelto y enjuto de pies y manos finas; y vestir siempre humilde; los espejuelos de oro, no deslucían la mirada amorosa y profunda de sus ojos pequeños; ostentaba su rostro aquella superior nobleza y espiritual beldad de quien no empaña la inteligencia con el olvido de la virtud, que se venga de quienes la desdeñan negando al rostro la luz que en vano envidia la inteligencia puesta al servicio del poder impuro. Era pálido, como su alma:

«Musa mía de mi alma
que en mi alma vives,
tu sabes que yo te amo
porque eres triste;
porque tu lira
tiene todas las cuerdas
de la elegía.»

Le caía sobre el pecho en bosque la barba.

Fue de aquellos hombres excelsos a quienes el nacer en condición favorecida no estorba a conocer el derecho del humilde; ni la mente postiza, que la cultura rudimentaria y falsa de las universidades y los dejos de la historia echan en los pueblos de Hispano América sobre la mente natural, pudo entibiar nunca en aquel hijo de una casa ilustre el sano amor a la naturaleza, que le revelaba el secreto del heroísmo americano, sin buscarlo en Gonzalos o en Cides, y le guió a estudiar de preferencia aquellos griegos que, más que los latinos, la conocieron y cantaron, y aquel Luis de León, que, por lo ingenuo del sentido y la forma, le parecía maestro cabal, de quien los que ven poco tienen a Escobar por mero imitador, cuando lo que quería el enamorado de la poesía nueva de América como de la gracia libre antigua, era «promover una feliz y concertada unión entre la literatura erudita española

y la nuestra, tan desmayada de aquel vigor olímpico, y escasa también de los giros de una sintaxis más flexible y fuerte, y de tantos nobles vocablos que ya damos por seniles incosultamente, y modos y frases adverbiales, y partículas que, como blanco aljófar, esmaltan la elocución poética de los príncipes del parnaso español, y tantas bellezas, en fin, y figuras y galas retóricas preciosas». Así es como pudo decir, celebrando en la lira de Fray Luis la novela india Anaida, de José Ramón Yepes:

Y vuelva a la memoria
de la presente edad, el ultrajado
Inca de infausta historia,
el cacique esforzado
y el dolor de aquel pueblo aún no llorado.

La gracia, el infortunio y la virtud eran sus musas; y su don especial el de ver la elegancia del dolor, acaso porque llevaba el suyo como lleva el caballero de raza el guante blanco. De las flores, la violeta y la adelfa; del día, el crepúsculo; de las fiestas, la mañana de pascuas; de los sucesos del mundo, jamás canta al amigo encumbrado, sino al que muere, ni al que llega, sino al que se despide; va por las calles siguiendo con el alma ansiosa la nube que se deshace o el ave que desaparece, y encuentra siempre modo nuevo, y como fragante, de comparar la pena humana a la de la naturaleza, y sacar de ella el consuelo. Anticuaba sus giros de propósito; pero esto era como artística protesta contra el dialecto becqueriano que se ha puesto de moda entre los poetas, o contra ese pampanoso estilo de la prosa heroica y altisonante que en nuestras tierras, so pretexto de odas y de silvas, ha llegado a reemplazar aquel candor, esencia y música, breves por su misma excelsitud, que son las dotes de la legítima poesía. Él quería labrar ánforas de oro para guardar el aroma del amor, veteado de sangre como los jacintos, y la gota de rocío, y la de llanto. No rehuía la pompa; pero había de ser esa que trae como ornamento propio la grandeza, y se trabaja años para que pueda durar siglos. Es su poesía como mesa de roble, de aquellas macizas y sonoras de la vieja hechura, donde se hubiesen reunido, por capricho del azar, una espada de 1810, un abanico de concha y oro con el país de seda y un vaso de flores.

No era de los que, deslumbrados por la apariencia multiforme de la sabiduría moderna, acaparan sin orden y de prisa conocimientos de mucha copa y escasa raíz, con lo que por su peso excesivo se vienen a tierra, como

esos árboles de pega que suelen clavar en las calles de los pueblos los días de fiestas públicas, para que parezca alameda lo que no tiene álamos; antes era Escobar de los dichosos que entienden que sabe más del mundo el que percibe su belleza y armonía moral que el que conoce el modo de aparecer, lidiar y sobrevivir de las criaturas que lo habitan. Ni era de esos literatos de índice y revista, muy capaces de refreír en sartenes lustrosos materiales ajenos, pero menos conocedores de la belleza verdadera, y menos dispuestos para gozarla que los que, como Escobar, estudiaron la literatura con maestros depurados en el griego y el latín, no para copiar, como los que calcan un dibujo, sus imágenes, órdenes y giros, sino para aprender, como con lo griego se aprende, que sólo en la verdad, directamente observada y sentida, halla médula el escritor e inspiración el poeta.

Así se iba él, recordando y soñando, por aquel valle real, más bello que los de Claudio de Lorena, en que levanta, a la falda del Ávila azulado, su pintoresco caserío Caracas: o «de codos en el puente», como Milanés, pasaba horas mirando a las hondas barrancas del Anauco juguetón, que corretea por entre la ciudad, vestido de flores, como un pastor travieso; o engañaba los domingos en paseos amables por las cercanías, recordando, del brazo de un amigo, las hazañas de Páez, o los discursos de aquel otro llanero Sotillo, que no sabía hablar del pueblo sino a caballo y con la lanza, o los días de oro en que su amiga Elena Hahn, como aquella maga que sacaba flor con su mirada al ramo seco, reunía a sus pies el ingenio, el valor y la poesía, de cuyas fiestas y certámenes hablaba Escobar con la ternura con que el amante respetuoso alza del fondo del cofre de sándalo el ramo de violetas secas. Y fue lo singular que en aquella alma fina, tan mansa en la ternura como magnífica en la indignación, residían por igual, como en todo hombre verdaderamente superior, la poesía y el juicio, y la misma florida imaginación que compuso cuadros magistrales en la Elegía a Vargas, o en la «Lira» al caballeresco Carlos Madriz, adivinaba con tal viveza los móviles de los hombres y el poder del interés en sus actos, que en el oficio de corredor a que lo llevó la fortuna no había quien combinase una proporción de remate de la deuda con más habilidad, ni comprador más cauto o consejero más feliz que este insigne poeta.

Pero lo que ganaba en este oficio ¿llegaría a manos de aquellas hijas que eran la corona de su vejez, o se quedaría al paso en las manos de un amigo? En las del amigo solía quedarse, aun cuando no fuese menos la necesidad en la casa propia, donde, sin recordar lo que había dado, se preparaba,

dando paseos o recitando versos, a salir vencedor sobre los negociantes de oficio en el remate de la tarde. Y era de ver cómo, cuando sentía el alma a sus anchas, padecía hasta llorar por las desdichas de sus amigos: «¡Que en esto se vean estas almas de príncipe!», «¡Que este hombre, qué es la misma virtud, tenga que empeñar en su tierra el reloj para comer!», «¿Qué somos, sino sombras, los que no hemos tenido miedo a ser honrados?», «¡Me habría muerto ya de la tristeza que veo, si no fuera yo como los árboles, que tienen el corazón en el tronco!», «¡Busco, sí, busco, en emociones locas y ligeras, la satisfacción del anhelo mortal de la hermosura y el olvido de la pena pública!» «¿A tal? Sí, conozco a Tal; es como aquellas malezas que son por de fuera todo fragancia y verdor y bajo cuya mentida lozanía, replegándose para saltar sobre el viandante con más fuerza, se esconde la serpiente». «Cuando entré en las bóvedas a ver a Heraclio Guardia, me parecía que se pegaban a la frente dos alas de búho». «¡Vengan, hijas mías, vengan a decir adiós a este huésped que se nos va de nuestra tierra; y denle para que se lleve lo mejor que tengamos!» Y la hija mayor entró en la sala conmovida, trayendo en las manos una caja de nácar. ¡Así eran ¡oh Carmen! los versos de tu padre! ¡Así, pura en la adversidad, fue su alma egregia!

Heredia

El Economista Americano. Nueva York, julio de 1888

No por ser compatriota nuestro un poeta lo hemos de poner por sobre todos los demás; ni lo hemos de deprimir, desagradecidos o envidiosos, por el pecado de nacer en nuestra patria. Mejor sirve a la patria quien le dice la verdad y le educa el gusto que el que exagera el mérito de sus hombres famosos. Ni se ha de adorar ídolos, ni de descabezar estatuas. Pero nuestro Heredia no tiene que temer del tiempo: su poesía perdura, grandiosa y eminente, entre los defectos que le puso su época y las imitaciones con que se adiestraba la mano, como aquellas pirámides antiguas que imperan en la divina soledad, irguiendo sobre el polvo del amasijo desmoronado sus piedras colosales. Y aun cuando se negase al poeta, puesto que el negar parece ser el placer más grato al hombre, las dotes maravillosas por que,

después de una crítica austera, asegura su puesto en las cumbres humanas, ¿quién resiste al encanto de aquella vida atormentada y épica, donde supieron conciliarse la pasión y la virtud, anheloso de niño, héroe de adolescente, pronto a hacer del mar caballo, para ir «armado de hierro y venganza» a morir por la libertad en un féretro glorioso, llorado por las bellas, y muerto al fin de frío de alma, en brazos de amigos extranjeros, sedientos los labios, despedazado el corazón, bañado de lágrimas el rostro, tendiendo en vano los brazos a la patria? ¡Mucho han de perdonar los que en ella pueden vivir a los que saben morir sin ella!

Ya desde la niñez precocísima lo turbaba la ambición de igualarse con los poetas y los héroes: por cartilla tuvo a Homero; por gramática a Montesquieu, por maestro a su padre, por dama a la hermosura, y por sobre todo, el juicio; mas no aquel que consiste en ordenar las pasiones cautamente, y practicar la virtud en cuanto no estorbe a los goces de la vida, sino aquel otro que no lo parece, por serlo sumo, y es el de dar libre empleo a las fuerzas del alma -que con ser como son ya traen impuesto el deber de ejercitarse- y saber a la vez echarlas al viento como halcones, y enfrenarlas luego. No le pareció, al leer a Plutarco en latín, que cuando había en una tierra hecha para la felicidad esclavos azotados y amos impíos, estuviese aún completo el libro de las Vidas, ni cumplido el plan del mundo, que comprende la belleza moral en la física, y no ve en ésta sino el anuncio imperativo de aquélla: así que, antes de llevarse la mano al bozo, se la llevó al cinto. Salvó su vida y calmó su ansiedad en el asilo que por pocos días le ofreció la inolvidable Emilia. Llora de furor al ver el país de nieves donde ha de vivir, por no saber amar con mesura su país de luz. Lo llama México, que siempre tuvo corazones de oro, y brazo sin espinas, donde se ampara sin miedo al extranjero. Pero ni la amistad de Tornel, ni la compañía de Quintana Roo, ni el teatro de Garay, ni la belleza fugaz de María Pautret, ni el hogar agitado del destierro, ni la ambición literaria, que en el país ajeno se entibia y vuelve recelosa, ni el pasmo mismo de la naturaleza, pudieron dar más que consuelo momentáneo a aquella alma «abrasada de amor» que pedía en vano amante, y paseaba sombrío por el mundo, sin su esposa ideal

Aquel maestro de historia, aquel periodista sesudo, aquel político ardiente, aquel juez atildado, con una mano opinaba en los pleitos, y con la otra se echaba atrás las lágrimas. En el sol, en la noche, en la tormenta, en la lluvia nocturna, en el océano, en el aire libre, buscaba frenético, mas siempre

dueño de sí, sus hermanos naturales. -Disciplinaba el alma fogosa con los quehaceres nimios de la abogacía. Su poesía, marcial primero y reprimida después, acabó en desesperada. Más de una vez quiso saber cómo se salía pronto de la vida. Pide paz a los árboles, sueño a la fatiga, gloria al hombre, amor a la luna. Aborrece la tiranía, y adora la libertad. Arreglando tragedias, nutre en vez de apagar su fuego trágico. Borra con sus lágrimas la sangre que en la carrera loca sacó con la espuela al ijar de su caballo. ¿Quién le apaciguará el corazón? ¿Dónde se asilará la virtud? El exceso de vida le agobia; vive condenado a efectos estériles; jamás ¡infeliz! ser correspondido por la que ama. De noche, sobre un monte, descubierta la cabeza, alza la frente en la tempestad. ¡No se irá de la vida sin haber sembrado el laurel que quiere para su tumba! Aquietará su espíritu desolado con el frescor de la lluvia nocturna, pero donde se oiga, a los pies de una mujer, bramar el mar y rugir el trueno. Y murió, grande como era, de no poder ser grande.

Porque uno de los elementos principales de su genio fue el amor a la gloria, en que los hombres suelen hallar consuelos comparables al dolor de quien nada espera de ella: su poesía resplandece, desmaya o angustia, según vea las coronas sobre su cabeza o fuera de su mano: busca sin éxito, ya desalentado, poesía nueva por cauces más tranquilos: su lira es de las batallas, del amor «tremendo», del horror «grato», «bello» y «augusto». Del país profanado en que le tocó nacer, y exaltó desde la infancia su alma siempre dispuesta a la pasión, buscó amparo en la grandeza de su tiempo, reciente aún de la última renovación de la humanidad, donde, como hordas de fuego de un mar torvo, cantaba Byron y peleaban Napoleón y Bolívar. Grecia y Roma, que le eran familiares por su cultura clásica, reflorecían en los pueblos europeos, desde el trágico que acababa de imitarlas en Italia al inglés que había de ir a morir en Misolonghi; en los mismos Estados Unidos, donde Washington acaba de vencer, Bryant canta a Tesalia, y Halleck celebra a Bozzaris. Pero ya tenía para entonces su poesía, a más de estro ígneo, la majestad que debió poner en ella la contemplación, entre helénica por lo armoniosa y asiática por el lujo, de la hermosura de los países americanos donde vivió en su niñez; de aquel monte del Ávila y valles caraqueños, con el cielo que viene a dormir de noche sobre los techos de las casas; de aquellas cumbres y altiplanicies mexicanas, modelo de sublimidad, que hinchen el pecho de melancolía e imperio; de Santo Domingo, donde corre el fuego por las venas de los árboles, y son más las flores que

las hojas; de Cuba, velada ¡ay! por tantas almas segadas en flor, donde tiene la naturaleza la gracia de la doncellez y la frescura del beso.

Pero nada pudo tanto en su genio como aquella ansia inextinguible de amor, que con los de la tierra crecía, por ir demostrando cada uno lo amargo de nacer con una sed que no se puede apagar en este mundo. No cesan las hermosuras en cuanto habla de amores. Hay todavía «Lesbias» y «Filenos»; pero ya dice «pañuelo» en verso, antes que de Vigny. Cuando se prepara a la guerra, cuando describe el sol, cuando contempla el Niágara, piensa en los tiranos, para decir otra vez que los odia, y en la mujer a quien ha de amar. Es lava viva, y agonía que da piedad. Del amor padece hasta retorcerse. El amor es «furioso». Llora llanto de fuego. Aquella mujer es «divina y funesta». Una bailarina le arranca acentos pindáricos, una bailarina «que tiende los brazos delicados, mostrando los tesoros de su seno». No teme caer en alguna puerilidad amatoria, de que se alza en un vuelo a la belleza pura, ni mostrarse como está, mísero de amor, postrado, desdeñado: ¡cómo viviría él en un rincón «con ella y la virtud»! Y era siempre un amor caballesco, aun en los mayores arrebatos. Para su verso era su corazón despedazado; pero salía a la vida sereno, domador de sí mismo. Acaso hoy, o por desmerecimiento de la mujer, o por mayor realidad y tristeza de nuestra vida, no nos sea posible amar así: la pasión es ahora poca, o sale hueca al verso, o gusta de satisfacerse por los rincones. Tal fue su genio, contristado por la zozobra inevitable en quien tiene que vivir de los frutos de su espíritu en tierras extrañas.

Así amó él a la mujer, no como tentación que quita bríos para las obligaciones de la vida, sino como sazón y pináculo de la gloria, que es toda vanidad y dolor cuando no le da sangre y luz el beso. Así quiso a la libertad, patricia más que francesa. Así a los pueblos que combaten, a los caudillos que postran a los déspotas. Así a los indios infelices, por quienes se le ve siempre traspasado de ternura, y de horror por los «hombres feroces» que contuvieron y desviaron la civilización del mundo, alzaron a su paso montones de cadáveres, para que se vieran bien sus cruces. Pero eso, otros lo pudieron amar como él. Lo que es suyo, lo herédico, es esa tonante condición de su espíritu que da como beldad imperial a cuanto en momentos felices toca con su mano, y difunde por sus magníficas estrofas un poder y esplendor semejantes a los de las obras más bellas de la Naturaleza. Esa alma que se consume, ese movimiento a la vez arrebatado y armonioso, ese lenguaje que centellea como la bóveda celeste, ese período que se de-

sata como una capa de batalla y se pliega como un manto real, eso es lo herédico, y el lícito desorden, grato en la obra del hombre como en la del Universo, que no consiste en echar peñas abajo o nubes arriba la fantasía, ni en simular con artificio poco visible el trastorno lírico, ni en poner globos de imágenes sobre hormigas de pensamiento, sino en alzarse de súbito sobre la tierra sin sacar de ella las raíces, como el monte que la encumbra o el bosque que la interrumpe de improviso, a que el aire la oree, la argente la lluvia, y la consagre y despedace el rayo. Eso es lo herédico, y la imagen a la vez esmaltada y de relieve, y aquella frase imperiosa y fulgurante, y modo de disponer como una batalla la oda, por donde Heredia tiene un solo semejante en literatura, que es Bolívar. Olmedo, que cantó a Bolívar mejor que Heredia, no es el primer poeta americano. El primer poeta de América es Heredia. Sólo él ha puesto en sus versos la sublimidad, pompa y fuego de su naturaleza. Él es volcánico como sus entrañas, y sereno como sus alturas.

Ni todos sus asuntos fueron felices y propios de su genio; ni se igualó con Píndaro cuantas veces se lo propuso; ni es el mismo cuando imita, que no es tanto como parece, o cuando vacila, que es poco, o cuando trata temas llanos, que cuando en alas de la pasión deja ir el verso sin moldes ni recamos, ni más guía que el águila; ni cabe comparar con sus odas al Niágara, al Teocali de Cholula, al sol, al mar, o sus epístolas a Emilia y Elpino y la estancia sexta de los Placeres de la Melancolía, los poemas que escribió más tarde pensando en Young y en Delille, y como émulo de Voltaire y Lucrecio más apasionado que dichoso; ni campea en las composiciones rimadas, sobre todo en las menores, con la soberanía de aquellos cantos en que celebra en verso suelto al influjo de las hermosas, el amor de la patria y las maravillas naturales. Suele ver verboso. Tiene versos rellenos de adjetivos. Cae en los defectos propios de aquellos tiempos en que al sentimiento se decía sensibilidad: hay en casi todas sus páginas versos d -biles, desinencias cercanas, asonantes seguidos, expresiones descuidadas, acentos mal dispuestos, diptongos ásperos, aliteraciones duras; ésa es la diferencia que hay entre un bosque y un jardín: en el jardín todo está pulido, podado, enarenado, como para morada de la flor y deleite del jardinero: ¿quién osa entrar en un bosque con el mandil y las podaderas?

El lenguaje de Heredia es otra de sus grandezas, a pesar de esos defectos que no han de excusársele, a no ser porque estaban consentidos en su tiempo, y aun se tenían por gala: porque a la poesía, que es arte, no vale

disculparla con que es patriótica o filosófica, sino que ha de resistir como el bronce y vibrar como la porcelana: y bien pudo Heredia evitar en su obra entera lo que evitó en aquellos pasajes donde despliega con todo su lujo su estrofa amplia, en que no cuelgan las imágenes como dijes, sino que van con el pensamiento, como en el diamante va la luz, y producen por su nobleza, variedad y rapidez la emoción homérica. Los cuadros se suceden. El verso triunfa. No van los versos encasacados, a donde los quiere llevar el poeta de gabinete, ni forjados a martillo, aunque sea de cíclope, sino que le nacen del alma con manto y corona. Es directo y limpio como la prosa aquel verso llameante, ágil y oratorio, que ya pinte, ya describa, ya fulmine, ya narre, ya evoque, se desata o enfrena al poder de una censura sabia y viva, que con más ímpetu y verdad que la de Quintana, remonta la poesía, como quien la echa al cielo de un bote, o la sujeta súbito, como auriga que dé un reclamo para la cuadriga. La estrofa se va tendiendo como la llanura, encrespando como el mar, combando como el cielo. Si desciende, es como una exhalación. Suele rielar como la luna; pero más a menudo se extingue como el sol poniente, entre carmines vívidos y, negrura pavorosa.

Nunca falta, por supuesto, quien sin mirar en las raíces de cada persona poética, ni pensar que los que vienen de igual raíz han de enseñarlo en la hoja, tenga por imitación o idolatría el parecimiento de un poeta con otro que le sea análogo por el carácter, las fuentes de la educación o la naturaleza del genio: como si el roble que nace en Pekín hubiera de venir del de Aranjuez, porque hay un robledal en Aranjuez. Así, por apariencias, llegan los observadores malignos, o noveles a ver copia servil donde no hay más que fatal semejanza. Ni Heredia ni nadie se libra de su tiempo, que por mil modos sutiles influye en la mente, y dicta, sentado donde no se le puede ver ni resistir, los primeros sentimientos, la primera prosa. Tan ganosa de altos amigos está siempre el alma poética, y tan necesitada de la beldad, que apenas la ve asomar, se va tras ella, y revela por la dirección de los primeros pasos la hermosura a quien sigue, que suele ser menor que aquella que despierta. De esos impulsos viene vibrando el genio, como mar de ondas sonoras, de Homero a Whitman. Y por eso, y por algunas imitaciones confesas, muy por debajo de lo suyo original, ha podido decirse de ligero que Heredia fuese imitador de éste o aquél, y en especial de Byron, cuando lo cierto es que la pasión soberbia de éste no se avenía con la más noble de Heredia; ni en los asuntos que trataron en común hay la menor semejanza esencial; ni cabe en juicio sano tener en menos las maravillas de la Tempestad que las estrofas que Byron compuso «durante una tormenta»; ni en

el No me recuerdes, que es muy bello, hay arranques que puedan compararse con el ansia amorosa del Desamor, y aun de El Rizo de Pelo, ni por los países en que vivió, y lo infeliz de su raza en aquel tiempo, podía Heredia, grande por lo sincero, tratar los asuntos complejos y de universal interés, vedados por el azar del nacimiento a quien viene al mundo donde sólo llega de lejos, perdido y confuso, el fragor de sus olas. Porque es el dolor de los cubanos, y de todos los hispanoamericanos, que aunque hereden por el estudio y aquilaten con su talento natural las esperanzas e ideas del universo, como es muy otro el que se mueve bajo sus pies que el que llevan en la cabeza, no tienen ambiente ni raíces ni derecho propio para opinar en las cosas que más les conmueven e interesan, y parecen ridículos e intrusos sí, de un país rudimentario, pretenden entrarse con gran voz por los asuntos de la humanidad, que son los del día en aquellos pueblos donde no están en las primeras letras como nosotros, sino en toda su animación y fuerza. Es como ir coronado de rayos y calzado con borceguíes. Éste es de veras un dolor mortal, y un motivo de tristeza infinita. A Heredia le sobraron alientos y le faltó mundo.

Esto no es juicio, sino unas cuantas líneas para acompañar un retrato. Pero si no hay espacio para analizar, por su poder y el de los accidentes que se lo estimularon o torcieron, el vigor primitivo, elementos nuevos y curiosos, y formas varias de aquel genio poético que puso en sus cantos, sin más superior que la creación, el movimiento y la luz de sus mayores maravillas, y descubrió en un pecho cubano el secreto perdido que en las primicias del mundo dio sublimidad a la epopeya, antes le faltaría calor al corazón que orgullo y agradecimiento para recordar que fue hijo de Cuba aquel de cuyos labios salieron algunos de los acentos más bellos que haya modulado la voz del hombre, aquel que murió joven, fuera de la patria que quiso redimir, del dolor de buscar en vano en el mundo el amor y la virtud.

Tres héroes

La Edad de Oro. Julio de 1889

Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo. El viajero hizo bien, porque todos los americanos deben querer a Bolívar como a un padre. A Bolívar, y a todos los que pelearon como él porque la América fuese del hombre americano. A todos: al héroe famoso, y al último soldado, que es un héroe desconocido. Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria.

Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. En América no se podía ser honrado, ni pensar, ni hablar. Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado. Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, no es un hombre honrado. Un hombre que se conforma con obedecer a leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado. El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez, debe trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres, y debe ser un hombre honrado. El niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir, sin saber si vive honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón, y está en camino de ser bribón. Hay hombres que son peores que las bestias, porque las bestias necesitan ser libres para vivir dichosas: el elefante no quiere tener hijos cuando vive preso: la llama del Perú se echa en la tierra y se muere, cuando el indio le habla con rudeza, o le pone más carga de la que puede soportar. El hombre debe ser, por lo menos, tan decoroso como el elefante y como la llama. En América se vivía antes de la libertad como la llama que tiene mucha carga encima. Era necesario quitarse la carga, o morir.

Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van

miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. Esos hombres son sagrados. Estos tres hombres son sagrados: Bolívar, de Venezuela; San Martín, del Río de la Plata; Hidalgo, de México. Se les deben perdonar sus errores, porque el bien que hicieron fue más que sus faltas. Los hombres no pueden ser más perfectos que el sol. El sol quema con la misma luz con que calienta. El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz.

Bolívar era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampagueaban, y las palabras se le salían de los labios. Parecía como si estuviera esperando siempre la hora de montar a caballo. Era su país, su país oprimido, que le pesaba en el corazón, y no le dejaba vivir en paz. La América entera estaba como despertando. Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismos, y los pueblos tienen muchos hombres, y no pueden consultarse tan pronto. Ese fue el mérito de Bolívar, que no se cansó de pelear por la libertad de Venezuela, cuando parecía que Venezuela se cansaba. Lo habían derrotado los españoles: lo habían echado del país. Él se fue a una isla, a ver su tierra de cerca, a pensar en su tierra.

Un negro generoso lo ayudó cuando ya no lo quería ayudar nadie. Volvió un día a pelear, con trescientos héroes, con los trescientos libertadores. Libertó a Venezuela. Libertó a la Nueva Granada. Libertó al Ecuador. Libertó al Perú. Fundó una nación nueva, la nación de Bolivia. Ganó batallas sublimes con soldados descalzos y medio desnudos. Todo se estremecía y se llenaba de luz a su alrededor. Los generales peleaban a su lado con valor sobrenatural. Era un ejército de jóvenes. Jamás se peleó tanto, ni se peleó mejor, en el mundo por la libertad. Bolívar no defendió con tanto fuego el derecho de los hombres a gobernarse por sí mismos, como el derecho de América a ser libre. Los envidiosos exageraron sus defectos. Bolívar murió de pesar del corazón, más que de mal del cuerpo, en la casa de un español en Santa Marta. Murió pobre, y dejó una familia de pueblos.

México tenía mujeres y hombres valerosos que no eran muchos, pero valían por muchos: media docena de hombres y una mujer preparaban el modo de hacer libre a su país. Eran unos cuantos jóvenes valientes, el esposo de una mujer liberal, y un cura de pueblo que quería mucho a los indios, un cura de sesenta años. Desde niño fue el cura Hidalgo de la raza

buena, de los que quieren saber. Los que no quieren saber son de la raza mala. Hidalgo sabía francés, que entonces era cosa de mérito, porque lo sabían pocos. Leyó los libros de los filósofos del siglo dieciocho, que explicaron el derecho del hombre a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. Vio a los negros esclavos, y se llenó de horror. Vio maltratar a los indios, que son tan mansos y generosos, y se sentó entre ellos como un hermano viejo, a enseñarles las artes finas que el indio aprende bien: la música, que consuela; la cría del gusano, que da la seda; la cría de la abeja, que da miel. Tenía fuego en sí, y le gustaba fabricar: creó hornos para cocer los ladrillos. Le veían lucir mucho de cuando en cuando los ojos verdes. Todos decían que hablaba muy bien, que sabía mucho nuevo, que daba muchas limosnas el señor cura del pueblo de Dolores. Decían que iba a la ciudad de Querétaro una que otra vez, a hablar con unos cuantos valientes y con el marido de una buena señora. Un traidor le dijo a un comandante español que los amigos de Querétaro trataban de hacer a México libre. El cura montó a caballo, con todo su pueblo, que lo quería como a su corazón; se le fueron juntando los caporales y los sirvientes de las haciendas, que eran la caballería; los indios iban a pie, con palos y flechas, o con hondas y lanzas. Se les unió un regimiento y, tomó un convoy de pólvora que iba para los españoles. Entró triunfante en Celaya, con músicas y vivas. Al otro día juntó el Ayuntamiento, lo hicieron general, y empezó un pueblo a nacer. Él fabricó lanzas y granadas de mano. Él dijo discursos que dan calor y echan chispas, como decía un caporal de las haciendas. Él declaró libres a los negros. Él les devolvió sus tierras a los indios. Él publicó un periódico que llamó El Despertador Americano. Ganó y perdió batallas. Un día se le juntaban siete mil indios con flechas, y al otro día lo dejaban solo. La mala gente quería ir con él para robar en los pueblos y para vengarse de los españoles. Él les avisaba a los jefes españoles que si los vencía en la batalla que iba a darles los recibiría en su casa como amigos. ¡Eso es ser grande! Se atrevió a ser magnánimo, sin miedo a que lo abandonase la soldadesca, que quería que fuese cruel. Su compañero Allende tuvo celos de él, y él le cedió el mando a Allende. Iban juntos buscando amparo en su derrota cuando los españoles les cayeron encima. A Hidalgo le quitaron uno a uno, como para ofenderlo, los vestidos de sacerdote. Lo sacaron detrás de una tapia, y le dispararon los tiros de muerte a la cabeza. Cayó vivo, revuelto en la sangre, y en el suelo lo acabaron de matar. Le cortaron la cabeza y la colgaron en una jaula, en la Alhóndiga misma de Granaditas, donde tuvo su gobierno. Enterraron los cadáveres descabezados. Pero México es libre.

San Martín fue el libertador del Sur, el padre de la República Argentina, el padre de Chile. Sus padres eran españoles, y a él lo mandaron a España para que fuese militar del rey. Cuando Napoleón entró en España con su ejército, para quitarles a los españoles la libertad, los españoles todos pelearon contra Napoleón: pelearon los viejos, las mujeres, los niños; un niño valiente, un catalancito, hizo huir una noche a una compañía, disparándole tiros y más tiros desde un rincón del monte: al niño lo encontraron muerto, muerto de hambre y de frío; pero tenía en la cara como una luz, y sonreía, como si estuviese contento. San Martín peleó muy bien en la batalla de Bailén, y lo hicieron teniente coronel. Hablaba poco: parecía de acero: miraba como un águila, nadie lo desobedecía: su caballo iba y venía por el campo de pelea, como el rayo por el aire. En cuanto supo que América peleaba para hacerse libre, vino a América: ¿qué le importaba perder su carrera, si iba a cumplir con su deber?: llegó a Buenos Aires: no dijo discursos: levantó un escuadrón de caballería: en San Lorenzo fue su primera batalla: sable en mano se fue San Martín detrás de los españoles, que venían muy seguros, tocando el tambor, y se quedaron sin tambor, sin cañones y sin bandera. En los otros pueblos de América los españoles iban venciendo: a Bolívar lo había echado Morillo el cruel de Venezuela: Hidalgo estaba muerto: O'Higgins salió huyendo de Chile: pero donde estaba San Martín siguió siendo libre la América. Hay hombres así, que no pueden ver esclavitud. San Martín no podía; y se fue a libertar a Chile y al Perú. En dieciocho días cruzó con su ejército los Andes altísimos y fríos: iban los hombres como en el cielo, hambrientos, sedientos: abajo, muy abajo, los árboles parecían yerba, los torrentes rugían como leones. San Martín se encuentra al ejército español y lo deshace en la batalla de Maipú, lo derrota para siempre en la batalla de Chacabuco. Liberta a Chile. Se embarca con su tropa, y va a libertar al Perú. Pero en el Perú estaba Bolívar, y San Martín le cede la gloria. Se fue a Europa triste, y murió en brazos de su hija Mercedes. Escribió su testamento en una cuartilla de papel, como si fuera el parte de una batalla. Le habían regalado el estandarte que el conquistador Pizarro trajo hace cuatro siglos, y él le regaló el estandarte en el testamento al Perú. Un escultor es admirable, porque saca una figura de la piedra bruta: pero esos hombres que hacen pueblos son como más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no debían querer; pero ¿qué no le perdonará un hijo a su padre? El corazón se llena de ternura al pensar en esos gigantescos fundadores. Esos son héroes; los que pelean para hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad. Los que pelean por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos,

por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales.

Páez

Nueva York, junio 1890.

Con homenaje digno de él despidieron los Estados Unidos, hace poco, los restos del que, sin más escuela que sus llanos, ni más disciplina que su voluntad, ni más ejército que su horda, ni más semejante que Bolívar, sacó a Venezuela del dominio español, con tanta furia en la pelea como magnanimidad en la victoria, en una carrera de caballo que duró diez y seis años. En parada solemne fue escoltado el cadáver por las calles más nobles de Nueva York, desde el cuartel del Regimiento de Milicias al muelle de donde, al son de los cañonazos funerales, lo transportó una lancha de vapor al buque de guerra que, por decreto del Congreso de Washington, llevaba los restos del héroe a Venezuela. Abría la parada la policía a caballo; la mandaba desde un coche, envuelto en su capa militar y con la muleta caída a un lado, el general Daniel Sickles, el que ganó la batalla de Gettysburg de una pujante arremetida, seguía la artillería con sus obuses relucientes; la marina, de bayeta y cuero; la caballería, de amarillo y azul; la tropa de línea, sobria; la milicia, con colores y galas; una guardia de honor, gris; una escolta de oficiales mayores, con sombreros plumados y espadines de oro; otra de veteranos, con las mangas vacías prendidas al pecho. Las músicas vibraban. Las damas venezolanas saludaban el séquito con sus pañuelos, desde un balcón. Las aceras estaban llenas de curiosos. A la cabeza de los húsares iba Sheridan, el que de un vuelo de caballo cambió la fuga de sus escuadrones en victoria. Presidiendo la comitiva iba Sherman, el que acorraló sobre sus últimos reductos al Sur exangüe. Cerraba el séquito doble hilera de coches, con los comisionados de Venezuela y los del Municipio, los ciudadanos prominentes que dispusieron estas honras, representantes de Boston y de Brooklyn, magistrados y generales, ministros y cónsules, neoyorkinos e hispanoamericanos.

Aquella música heroica, aquel estruendo de cureñas, aquel piafar de la caballería, aquellos uniformes galoneados, aquellos carruajes de gente civil, eran cortejo propio del que con el agua al pecho y la lanza en los dientes salió de los esteros del salvaje para ganar, en la defensa de la libertad, los grados y riquezas que otros ganan oprimiéndola, y morir al fin recomendando a sus compatriotas que, «como no sea para defenderse del extranjero, jamás toquen las armas». En una caja amarilla, como su pabellón, iba el cadáver, con las coronas de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, del Consulado de Santo Domingo, del 7º regimiento del fiel amigo Bebus, y una espada de flores, y la corona de los cubanos. «¡Cerca, mi Dios, de ti!» tocaba la banda a un lado del muelle, cuando iba el ataúd del féretro a la lancha, en hombros de ocho marinos. En fila la caballería, la artillería, las milicias, la tropa de línea. El cañón, de minuto en minuto. Todos los sombreros en las manos.

Aquellos honores eran eco del asombro con que los Estados Unidos oyeron contar, y leyeron en libros y diarios ingleses, las proezas del llanero épico que con el decoro y hombría de su trato supo más tarde, en su destierro de veinte años en Nueva York, mantener para el hombre resignado la admiración que despertó el guerrero. Sus amigos de entonces son hoy magnates de la banca, columnas de la religión, cabezas de la milicia, candidatos a la Presidencia de la República. «Aún lo recordamos», dicen, «cortés y verboso, puntual en sus citas, muy pulcro en el vestir, lleno de generosidad y de anécdotas, amigo de las damas y del baile, sin que lo de general y presidente se le viera más que en algún gesto de imperio de la mano o en alguna centella de los ojos». ¡Aún recuerdan al prócer arrogante que en las noches de invierno les contó las guerras increíbles de aquellos hombres que cargaban, como Sánchez, «un cañón a cuestas»: de aquellas mujeres que decían a sus esposos, como la de Olmedilla: «prefiero verte revolcar en tu sangre antes que humillado y prisionero»; de aquellos jinetes que amansaban al amanecer al potro salvaje con que a la tarde iban dando caza, asta contra anca, al enemigo. Así quisieron sus amigos de antes despedir con majestad al que tantas veces les apareció con ella. Así honró a aquella lanza insaciable el pueblo que se opuso, por razones de conveniencia, a que coronara su obra.

Nadie comenzó su vida en mayor humildad, ni la ilustró con más dotes de aquellas sublimes que parecen, con el misterio de la vida, venir a los hombres privilegiados del espíritu mismo de la tierra en que nacen. Vio la luz a

la orilla del agua el que había de librar en ella batallas de caballería, como en la tierra firme. Le enseñaron con sangre, en la escuela de la Señora Gregoria, la doctrina cristiana y los palotes de Palomares; cartuchos de pulpería y panes de azúcar fueron sus primeras armas, cuando sirvió, a su tío el pulpero, de mancebo, y por la tarde le ayudaba a sembrar el cacaotal; pasó la mocedad de peón de hato, trayendo y llevando camazos de agua caliente, para que se lavase los pies el capataz de pelo lanoso que no veía con gusto su cabello rubio; a lomo pelado, sin más riendas que las crines, salió a la doma del potro salvaje, rebotando, mugiendo, salvando quebradas, echado al cielo, volando; escarmenaba cerdas para los cabestros o echaba correas a la montura, en los pocos ocios que le permitía Manuelote, sentado en un cráneo de caballo o en la cabeza de un caimán, que eran allí los únicos asientos; «yo no le pregunto si sabe nadar», le decía Manuelote; «lo que le mando es que se tire al río y guíe el ganado»; su comida era un trozo de la res recién muerta, asada al rescoldo, sin pan y sin sal, y el agua de la tapara la bebida, y la cama un cuero seco, y el zapato la planta del pie, y el gallo el reloj, y el juez la lanza; cantó a la puerta de su novia, en los domingos y las fiestas, aquella poesía selvática y profunda que suele interrumpir el rival celoso con otra poesía, y luego con la muerte; y de pronto así como los llanos chamuscados y sedientos, albergue sólo del cocodrilo moribundo y de la víbora enroscada, surgen a las primeras lluvias cubiertos de lozanía, fragancia y verdor, y el potro relincha, y el toro renovado se encela, y cantan los pájaros, esmeraldas aladas, y todo entona con estallidos y chispazos el venturoso concierto de la vida, así el alumno de la Señora Gregoria, el criado de la pulpería, el que traía y llevaba los camazos, pone el oído en tierra, oye a los lejos, convocando al triunfo, los cascos del caballo de Bolívar, monta, arenga, recluta, arremete, resplandece, lleva caballo blanco y dolmán rojo, y cuando se le ve de cuerpo entero, allí está, en Las Queseras del Medio, con sus ciento cincuenta héroes, rebanando enemigos, cerrándolos como en el rodeo, aguijoneando con la lanza, como a ganado perezoso, a las hordas fatídicas de Morales. Pasa el río; se les va encima; los llama a pelear; les pica el belfo de los caballos; finge que huye; se trae a las ancas toda la caballería. «¡Vuelvan caras!» dice, y con poco más de cien, a la luz del sol, que volvió a parar su curso para ver la maravilla, clavó contra la selva a seis mil mercenarios, revueltos con el polvo, arrastrados por sus cabalgaduras, aplastados por sus cañones, caídos sobre sus propios hierros, muertos antes por el pavor que por la lanza. Así venció en su primera pelea formal, en la Mata de la Miel; así en la última, trece años después, cuando aseguró la independencia del continente en

Carabobo. «¡A vengar mi caballo!» dijo en la Mata, y se trajo sin jinetes, porque a lanzazos los sacó de las sillas, todos los caballos de López. «¡A vengar a mi negro Camejo!» dijo en Carabobo; carga con sus seiscientos, gana la rienda y rompe al enemigo, vuelve con todas «las lanzas coloradas», y es libre la América.

Tres años sirvió de soldado durante la primera guerra, y cuando en sus filas no había llegado más que a sargento, en las del enemigo, triunfante en 1813, lo querían para capitán de caballería. ¿No era él quien desmontaba en un encuentro treinta jinetes? ¿el «tío», «el compadre», el «mayordomo» de los llaneros? ¿El que por generoso los deslumbraba, y por astuto, y por fuerte? ¿El que veía de una legua, clavaba de un saetazo al puerco montés, domaba al potro con mirarlo fijo, volcaba al toro de un tirón de cola? Pero él se escurre por un lado del monte, a ser capitán de los patriotas, que a poco se le cansan, y ya no son más que veinte, y luego dos, y luego él solo. Le quitarán la espada con engaño, ¡porque frente a frente, ni el pueblo entero de Camaguá se la quitaría! Lo cargarán de grillos en Barinas: «¡A mí los más pesados!» Lo habrían matado de noche, como a todos los presos, a lanzazos, si con sus ruegos y los de un amigo no ablandase el corazón del carcelero, que le quitó los hierros. ¿Adónde irá ahora Páez? ¡A buscar su caballo y sus armas, para venir, él solo, a rescatar a sus compañeros! «¡Quién vive!» le grita la guardia. «¡El demonio, que pronto vendrá a cargar con ustedes!» Vuelve riendas. «¡Adelante!» grita a un batallón invisible. La guardia se echa por tierra. De un planazo se concilia al alcalde dudoso. Saca libres a ciento quince presos. Abre otra cárcel llena de mujeres.

Y sin más compañero que un gallardo español que no le conoce, y a quien dará después su bolsa, como para castigarse por haber pensado en cobrar en él toda la ofensa de que viene lleno, sale otra vez, sin aceptar el sacrificio cierto del pueblo de Barinas, que lo aclama por jefe, a levantar el ejército allí donde la libertad está, más segura que en las poblaciones, en los llanos. En los llanos, leales al rey: ¡pero él levantará ejército! Sus primeros soldados son cinco realistas que le intiman rendición. Luego saldrá al camino, puesto en apuros para demostrar a los cinco reclutas como es verdad que tiene por lo cercano una compañía, que nunca llega; topa con una banda de indios; los aterra; los hace echar al suelo las flechas; con todas ellas y los arcos ata un haz, y se lleva a la espalda, y entra en el pueblo con los indios presos. Con los llaneros que desprecia García de Sena organiza en Mérida su primera compañía: con los prisioneros de su teniente en

Banco Largo monta los «Bravos de Páez»; con el aguardiente y su palabra enardece de tal modo a los indios de Canabiche, temerosos de la fusilería, que los indios, transfigurados, se pican la lengua con la punta de la flecha, se embadurnan el rostro con la sangre que les sale de la herida y mueren abrazados a los cañones. Cuando no tiene más, sale a campaña con tres lanzas y un fusil; pero si quiere caballos para la gente que se allega ¿no van montados los realistas? Si le faltan barcas con que defender el río; ¿para qué están las flecheras españolas, que huyen a cañonazos corriente arriba? Por eso escogió Páez de pinta rucia los caballos de sus mil llaneros, porque los rucios son buenos nadadores. Ni los hombres ni las bestias ni los elementos le habrán de hacer traición, porque él, que al empezar la pelea cae a veces sin sentido de la silla por la fuerza con que le acomete el deseo de ir a recibir los primeros golpes; él, que en cuanto se ve solo, ataca, y en cuanto ataca, vence; él, que cegado por el combate se va detrás del enemigo con un niño por único compañero, mientras su tropa se queda atrás entretenida con el botín; él, que arenga a sus lanzas de este modo, en la Mata de la Miel: «¡Al que no me traiga un muerto lo paso por las armas!», él no humillará jamás a un bravo, ni se ensañará contra el vencido. Al pujante Sánchez sí lo sacará de la montura en el asta de la lanza, y como que, cuando lo tiene en tierra bajo la rodilla, «prorrumpe en palabras descompuestas e impropias del momento en que se hallaba», lo rematará de otro lanzazo; pero cuando un patriota sanguinario deshonra sus armas, descabezando prisioneros indefensos, «ya al caer la quinta», no puede contener la indignación que le sofoca; para al bárbaro; acude a su superior: defiende a los prisioneros delante de la tropa. «¡No! ni la más estricta obediencia militar», escribió luego, «puede cambiar la espada del soldado en cuchilla del verdugo!»

Así iba ya, de jefe suelto, alzo más libre que al principio de jefes torpes y rivales celosos, a la cabeza de su gente de lanza que le adora, que le para el caballo para pedirle lo que quiere, que le quita de las manos la lonja de carne que se lleva a la boca. Van por los ríos de noche, voceando para ahuyentar los caimanes: por los esteros cenagosos, sacando a pujos de brazos su animal ahogado; por los llanos encendidos, entre brotes de llamas, turbiones de humareda, bocanadas de polvo. No hay más comida que la res que matan; y los soldados, sin sombreros y vestidos de pieles, se apean, lanza en ristre, a disputarse el cuero fresco. La banda sigue al paso, afilando el chuzo de albarico, asegurando al astil con correas de cuero la cuchilla floja. Páez va delante, «descalzo y maltratado de vestido», con unas calzas de bayetas roídas hasta media pierna. Cruzan los ríos con las

armas y la montura a la cabeza: al que no sabe nadar le hacen bote de un cuero: si la carga es mucha, con tiras sin curtir recogen los bordes de una piel, echan dentro lo pesado, y al agua van, con su caballo de una mano y la cuerda en los dientes. Al salir a un yagual, descubren a un hombre encuclillado, con las manos en la maraña del cabello, con la mirada fija en tierra: tiene a los pies, mondados, los huesos de su propio hijo. De cuando en cuando se encuentran, colgada en una jaula o clavada en una escarpia, la cabeza de un patriota frita en aceite; un día, después de vencer, desclavan la cabeza de Aldao, ¡y sale volando un pájaro amarillo, como su bandera, que tenía allí su nido! ¿Que es Monteverde, qué es Calzada, qué es Correa, qué es Latorre, qué es Boves, qué es Morillo? Cuando aún tienen su plan en el cerebro, ya Páez está a sus talones deshaciéndolo. Adivina todas las vueltas y ardides del español y calcula con exactitud, los movimientos que deben nacer de sus defectos y virtudes. Obedece a sus presentimientos, y se salva. Al azar nada fía y lo prevé todo antes de empeñar el combate; pero ya en él, no pierde un gesto. Improvisa recursos singulares en los instantes más comprometidos. Engaña al más astuto. Siempre le ocurre lo que el enemigo no puede prever. Lleva la carne muerta de tres días, para que no le delaten los buitres que caen sobre la matazón reciente. Cada encuentro le enseña el modo de vencerlo. Su estrategia es original, pintoresca y sencilla. Sobresale en simular un ataque, y vence con otro; en fingir fugas de caballería, partir las fuerzas que le dan caza, y revolver con toda la gente sobre la una, y luego sobre la otra, en sacar al campo al enemigo de modo que la infantería lo envuelva; es decidir una batalla dudosa con una inesperada acometida. ¡Qué peleas brazo a brazo, la de Miel, la de Cosos, la de Mucuritas, la de queseras, la de Carabobo! Aquellos mil hombres parecen un solo hombre: se tienden por la llanura, galopan al mismo son, ondean como una cinta, se abren en abanico, se forman en una sola hilera, se repliegan anca con anca, desbócanse en cuatro bandas para volver a una sobre el enemigo dividido; vuelven a escape del triunfo, sacudiendo las lanzas en alto.

No eran aún más que cien, allá por 1814, y ya Páez se iba a citar a combate con baladronadas al jefe realista. El jefe vencido se echaba al río y Páez se echaba tras él, cruzaba el río antes y lo esperaba la otra orilla, para perdonarlo. Se les caen al suelo los potros moribundos y la pelea sigue en pie a tierra. Va a venir por aquel lado el español; y lo aguardan hora sobre hora, tendidos sobre los cuellos de los caballos. Los apura el contrario numeroso y pasan la noche en el estero. Vienen a cazarlos con barcas y ellos se echan al agua, se acercan a la borda, se zambullen en cuanto luce la mecha del

cañón, pican con el asta el pecho de los artilleros, toman desnudos, lanza en mano, las flecheras desiertas. Se prepara Morillo, con el favor de la noche, a echarles encima sus fuerzas mayores; Páez, que no sabe de Aníbal ni de sus dos mil bueyes, ata cueros secos a la cola de cuatro caballos, y a la vez que echa al aire un tiroteo, lanza a los brutos desesperados sobre el campo español, que presa del pánico levanta tiendas. Si el viento va detrás del enemigo, incendia la sabana, y en medio del fuego espantoso, entre columnas de humo y lenguas de llamas, carga catorce veces la caballería. A Puerto Cabello, entretenido con maniobras falsas, lo asalta de noche a caballo por el mar, y lo toma. Y cuando en 1818, horas después de abrazar por primera vez a Bolívar, quiere el héroe, impaciente, vadear el Apure, burlando las cañoneras españolas del Coplé, «yo tomaré las cañoneras», dice Páez; sus bravos se desnudan y se echan al río con los caballos en pelo y la lanza en la boca; nadan con una mano y con la otra guían a su cabalgadura; llegan a las cañoneras, saltan del agua al lomo, del lomo a la cubierta, ¡de la cubierta a la victoria! Suyas son. Bolívar, vencedor, pasa el Apure.

Grande era Páez al resplandor de las llamas de San Fernando, incendiado por sus propios habitantes, para que Morillo no pudiera hacer de él fortaleza contra los patriotas; grande en los llanos, cuando, ijar contra ijar, con luces émulas centelleándoles los ojos, iba su caballo blanco al lado del potro rucio de Bolívar; grande en Las Queseras, tundiendo a los de Morales con el cuento de la lanza, cuando, de herir a los seis mil con sus ciento cincuenta, ya se le había embotado al asta el filo; grande en Carabobo, cuando señalándose al contrario por su penacho rojo, que acude de sus infantes abatidos a su caballería desordenada, ve venir al «primero» de sus bravos, al negro Camejo, cuyo caballo, muerto como su amo, cae de rodillas a sus plantas; de un vuelo del brazo cita a los jinetes que le quedan, y cuando un realista compasivo lo levanta del síncope que lo ha echado por tierra, del poder de España en la América no quedan más que los cascos, rojos por la sangre que empapa la llanura, ¡de los caballos de Valencey y de Barbastro! Pero el llanero criado en el mando de su horda omnipotente jamás fue tan grande como el día en que de un pueblo lejano mandó llamar al cura, para que le tomase, ante la tropa, el juramento de ser fiel a Bolívar; ni aquel guerrero, saludado durante dieciséis años a la entrada de los caminos por las cabezas de sus tenientes en la picota o la jaula, venció nunca tanto como el día en que, roto con honor el último acero de España en Puerto Cabello, ni la humilló, ni se vengó, ni le colgó en jaulas la cabeza, ni la clavó en pi-

cas, sino que le dio salida libre del castillo, a tambor batiente y bandera desplegada.

¿Podrá un cubano, a quien estos recuerdos estremecen, olvidar que cuando, tras dieciséis años de pelea, descansaba por fin la lanza de Páez en el palacio de la Presidencia de Venezuela, a una voz de Bolívar saltó sobre la cuja, dispuesto a cruzar el mar con el batallón de Junín, «que va magnífico», para caer en un puerto cubano, dar libres a los negros y coronar así su gloria de redentores con una hazaña que impidieron la sublevación de Bustarnante en el Perú, adonde Junin tuvo que volver a marchas prontas y la protesta del gobierno de Washington, que «no deseaba cambio alguno en la condición ni en la posición política de Cuba»? Bolívar sí lo deseaba, que, solicitado por los cubanos de México y ayudado por los mejicanos, quiso a la vez dar empleo feliz al ejército ocioso y sacar de la servidumbre, para seguridad y adelanto de la América, a la isla que parece salir, en nombre de ella, a contar su hermosura y brindar sus asilos al viajero cansado en la mar. Páez sí lo deseaba, que al oír, ya cano y viejo, renovarse la lucha de América en la isla ¡volvió a pedir su caballo y su lanza! ¡Oh llanero famoso! Tú erraste luego, como yerra el militar que se despoja, por el lauro venenoso del poder civil, de la corona inmarcesible que los pueblos tributan a sus héroes desinteresados; tú creías tener razón para olvidar el juramento que empeñaste al cura; tú te dejaste seducir por el poder, cuyo trabajo complicado exige las virtudes que más se quebrantan la guerra; pero jamás fuiste cruel, ni derramaste para tu provecho la sangre de los tuyos, ¡ni deprimiste, para mantener un falso engrandecimiento, el carácter de tus conciudadanos! ¡Dondequiera que estés, duerme! Mientras haya americanos, tendrás templos; ¡mientras haya cubanos, tendrás hijos!

Álbum de El Porvenir. Nueva York, 1891

Un día, cuando saltaban las piedras en España al paso de los franceses, Napoleón clavó los ojos en un oficial seco y tostado, que cargaba uniforme blanco y azul; se fue sobre él y le leyó en el botón de la casaca el nombre

del cuerpo: «¡Murcia!» Era el niño pobre de la aldea jesuita de Yapeyú, criado al aire entre indios y mestizos, que después de veintidós años de guerra española empuñó en Buenos Aires la insurrección desmigajada, trabó por juramento a los criollos arremetedores, aventó en San Lorenzo la escuadrilla real, montó en Cuyo el ejército libertador, pasó los Andes para amanecer en Chacabuco; de Chile, libre a su espada, fue por Maipú a redimir el Perú; se alzó protector en Lima, con uniforme de palmas de oro; salió, vencido por sí mismo, al paso de Bolívar avasallador; retrocedió; abdicó; pasó, solo, por Buenos Aires; murió en Francia, con su hija de la mano, en una casita llena de luz y flores. Propuso reyes a la América, preparó mañosamente con los recursos nacionales su propia gloria, retuvo la dictadura, visible o disimulada, hasta que por sus yerros se vio minado en ella, y no llegó sin duda al mérito sublime de deponer voluntariamente ante los hombres su imperio natural. Pero calentó en su cabeza criolla la idea épica que aceleró y equilibró la independencia americana.

Su sangre era de un militar leonés y de una nieta de conquistadores; nació siendo el padre gobernador de Yapeyú, a la orilla de uno de los ríos portentosos de América; aprendió a leer en la falda de los montes, criado en el pueblo como hijo del señor, a la sombra de las palmas y de los urundeyes. A España se lo llevaron, a aprender baile y latín en el seminario de los nobles; y a los doce años, el niño «que reía poco» era cadete. Cuando volvió, teniente coronel español de treinta y cuatro años, a pelear contra España, no era el hombre crecido al pampero y la lluvia, en las entrañas de su país americano, sino el militar que, al calor de los recuerdos nativos, crió en las sombras de las logias de Lautaro, entre condes de Madrid y patricios juveniles, la voluntad de trabajar con plan y sistema por la independencia de América; y a las órdenes de Daoiz y frente a Napoleón aprendió de España el modo de vencerla. Peleó contra el moro, astuto y original; contra el portugués aparatoso y el francés deslumbrante. Peleó al lado del español, cuando el español peleaba con los dientes, y del inglés, que muere saludando, con todos los botones en el casaquín, de modo que no rompa el cadáver la línea de batalla. Cuando desembarca en Buenos Aires, con el sable morisco que relampagueó en Arjonilla y en Bailén y en Albuera, ni trae consigo más que la fama de su arrojo, ni pide más que «unidad y dirección», «sistema que nos salve de la anarquía», «un hombre capaz de ponerse al frente del ejército». Iba la guerra como va cuando no la mueve un plan político seguro, que es correría más que guerra, y semillero de tiranos. «No hay ejército sin oficiales». «El soldado, soldado de pies a cabeza». Con Alvear,



Pero Alvear tenía celos, y su partido en la logia de Lautaro, «que gobernaba al gobierno», pudo más que el partido de San Martín. Se carteaba mucho San Martín con los hombres políticos: «existir es lo primero, y después ver

cómo existimos», «se necesita un ejército, ejército de oficiales matemáticos»; «hay que echar de aquí al último maturrango»; «renunciaré mi grado militar cuando los americanos no tengan enemigos»; «háganse esfuerzos simultáneos, y somos libres»; «esta revolución no parece de hombres, sino de carneros»; «soy republicano por convicción, por principios, pero sacrifico esto mismo al bien de mi suelo». Alvear fue de general contra los españoles de Montevideo, y a San Martín lo mandaron de general al Alto Perú, donde no bastó el patriotismo salteño a levantar los ánimos; lo mandaron luego de intendente a Cuyo. ¡Y allá lo habían de mandar, porque aquél era su pueblo; de aquel destierro haría él su fortaleza; de aquella altura se derramaría él sobre los americanos! Allá, en aquel rincón, con los Andes de consejeros y testigos, creó, solo, el ejército con que los había de atravesar; ideó, solo, una familia de pueblos cubiertos por su espada; vio, solo, el peligro que corría la libertad de cada nación de América mientras no fuesen todas ellas libres: ¡Mientras haya en América una nación esclava, la libertad de todas las demás corre peligro! Puso la mano sobre la región adicta con que ha de contar, como levadura de poder, quien tenga determinado influir por cuenta propia en los negocios públicos. En sí pensaba, y en América; porque es gloria suya, y como el oro puro de su carácter, que nunca en las cosas de América pensó en un pueblo u otro como entes diversos, sino que, en el fuego de su pasión, no veía en el continente más que una sola nación americana. Entreveía la verdad política local y el fin oculto de los actos, como todos estos hombres de instinto; pero fallaba, como todos ellos, por confundir su sagacidad primitiva, extraviada por el éxito, por la lisonja, y por la fe en sí, con aquel conocimiento y estrategia de los factores invisibles y determinantes de un país, que sólo alcanza, por la mezcla del don y la cultura, el genio supremo. Ese mismo concepto salvador de América,» que lo llevaría a la unificación posible de sus naciones hermanas en espíritu, ocultó a sus ojos las diferencias, útiles a la libertad, de los países americanos, que hacen imposible su unidad de formas. No veía, como el político profundo, los pueblos hechos, según venían de atrás; sino los pueblos futuros que bullían, con la angustia de la gestación, en su cabeza; y disponía de ellos en su mente, como el patriarca dispone de sus hijos. ¡Es formidable el choque de los hombres de voluntad con la obra acumulada de los siglos!

Pero el intendente de Cuyo sólo ve por ahora que tiene que hacer la independencia de América. Cree e impera. Y puesto, por quien pone, en una comarca sobria como él, la enamoró por sus mismas dotes, en que la co-

marca contenta se reconocía; y vino a ser, sin corona en la cabeza, como su rey natural. Los gobiernos perfectos nacen de la identidad del país y el hombre que lo rige con cariño y fin noble, puesto que la misma identidad es insuficiente, por ser en todo pueblo innata la nobleza, si falta al gobernante el fin noble. Pudo algún día San Martín, confuso en las alturas, regir al Perú con fines turbados por el miedo de perder su gloria; pudo extremar, por el interés de su mando vacilante, su creencia honrada en la necesidad de gobernar a América por reyes; pudo, desvanecido, pensar en sí alguna vez más que en América, cuando lo primero que ha de hacer el hombre público, en las épocas de creación o reforma, es renunciar a sí, sin valerse de su persona sino en lo que valga ella a la patria; pudo tantear desvalido, en país de más letras, sin la virtud de su originalidad libre, un gobierno retórico. Pero en Cuyo, vecino aún de la justicia y novedad de la Naturaleza, triunfó sin obstáculo, por el imperio de lo real, aquel hombre que se hacía el desayuno con sus propias manos, se sentaba al lado del trabajador, veía. por que herrasen la mula con piedad, daba audiencia en la cocina, -entre el puchero y el cigarro negro-, dormía al aire, en un cuero tendido. Allí la tierra trajinada parecía un jardín; blanqueaban las casas limpias entre el olivo y el viñedo; bataneaba el hombre el cuero que la mujer cosía; los picos mismos de la cordillera parecían bruñidos a fuerza de puño. Campeó entre aquellos trabajadores el que trabajaba más que ellos; entre aquellos tiradores, el que tiraba mejor que todos; entre aquellos madrugadores, el que llamaba por las mañanas a sus puertas; el que en los conflictos de justicia sentenciaba conforme al criterio natural; el que sólo tenía burla y castigo para los perezosos y los hipócritas; el que callaba, como una nube negra, y hablaba como el rayo. Al cura: «aquí no hay más obispo que yo; predíqueme que es santa la independencia de América». Al español: «¿quiere que lo tenga por bueno?, pues que me lo certifiquen seis criollos». A la placera murmurona: «diez zapatos para el ejército, por haber hablado mal de los patriotas». Al centinela que lo echa atrás porque entra a la fábrica de mixtos con espuelas: «¡esa onza de oro!» Al soldado que dice tener las manos atadas por un juramento que empeñó a los españoles: «¡se las desatará el último suplicio!» A una redención de cautivos la deja sin dinero «¡para redimir a otros cautivos!» A una testamentaría le manda pagar tributo: «¡más hubiera dado el difunto para la revolución!» Derrúmbase a su alrededor, en el empuje de la reconquista, la revolución americana. Venía Morillo; caía el Cuzco; Chile huía; las catedrales entonaban, de México a Santiago, el Te Deum del triunfo; por los barrancos asomaban los regimientos deshechos, como jirones. Y en la catástrofe continental, decide San Martín alzar su ejército con el

puñado de cuyanos, convida a sus ofíciales a un banquete y brinda, con voz vibrante como el clarín, «¡por la primera bala que se dispare contra los opresores de Chile del otro lado de los Andes!»

Cuyo es de él, y se alza contra el dictador Alvear, el rival que bambolea, cuando acepta incautamente la renuncia que, en plena actividad, le envía San Martín. Cuyo sostiene en el mando a su gobernador, que parece ceder ante el que viene a reemplazarlo; que menudea ante el Cabildo sus renuncias de palabra; que permite a las milicias ir a la plaza, sin uniforme, a pedir la caída de Alvear. Cuyo echa, colérico, a quien osa venir a suceder, con un nombramiento de papel, al que tiene nombramiento de la Naturaleza, y tiene a Cuyo; al que no puede renunciar a sí, porque en sí lleva la redención del continente; a aquel amigo de los talabarteros, que les devuelve ilesas las monturas pedidas para la patria; de los arrieros, que recobraban las arrias del servicio; de los chacareros, que le traían orgullosos el maíz de siembra para la chacra de la tropa; de los principales de la comarca, que fían en el intendente honrado, por quien esperan librar sus cabezas y sus haciendas del español. Por respirar les cobra San Martín a los cuyanos, y la raíz que sale al aire paga contribución; pero les montó de antes el alma en la pasión de la libertad del país y en el orgullo de Cuyo, con lo que todo tributo que los sirviese les parecía llevadero, y más cuando San Martín, que sabía de hombres, no les hería la costumbre local, sino les cobraba lo nuevo por los métodos viejos: por acuerdo de los decuriones del Cabildo. Cuyo salvara a la América. «Denme a Cuyo, y con él voy a Lima!» Y Cuyo tiene fe en quien la tiene en él; pone en el Cielo a quien le pone en el Cielo. En Cuyo, a la boca de Chile, crea entero, del tamango al falucho, el ejército con que ha de redimirlo. Hombres, los vencidos; dinero, el de los cuyanos; carne, el charqui en pasta, que dura ocho días; zapatos, los tamangos, con la jareta por sobre el empeine; ropa, de cuero bataneado; cantimploras, los cuernos; los sables, a filo de barbería; música, los clarines; cañones, las campanas. Le amanece en la armería, contando las pistolas; en el parque, que conoce bala a bala; las toma en peso; les quita el polvo; las vuelve cuidadosamente a la pila. A un fraile inventor lo pone a dirigir la maestranza, de donde salió el ejército con cureñas y herraduras, con caramañolas y cartuchos, con bayonetas y máquinas; y el fraile de teniente, con veinticinco pesos al mes, ronco para toda la vida. Crea el laboratorio de salitre y la fábrica de pólvora. Crea el código militar, el cuerpo médico, la comisaría. Crea academias de oficiales, porque «no hay ejército sin oficiales matemáticos». Por las mañanas, cuando el Sol da en los picos de la serranía, se ensayan en el

campamento abierto en el bosque, a los chispazos del sable de San Martín, los pelotones de reclutas, los granaderos de a caballo, sus negros queridos; bebe de su cantimplora: «¡a ver, que le quiero componer ese fusil!», «la mano, hermano, por ese tiro bueno»; «¡vamos, gaucho, un paso de sable con el gobernador!» O al toque de los clarines, jinete veloz, corre de grupo en grupo, sin sombrero y radiante de felicidad: «¡recio, recio, mientras haya luz de día; los soldados que vencen sólo se hacen en el campo de instrucción!» Echa los oficiales a torear: «¡estos locos son los que necesito yo para vencer a los españoles!» Con los rezagos de Chile, con los libertos, con los quintos, con los vagos, junta y transforma a seis mil hombres. Un día de sol entra con ellos en la ciudad de Mendoza, vestida de flores; pone el bastón de general en la mano de la Virgen del Carmen; ondea tres veces, en el silencio que sigue a los tambores, el pabellón azul: «Esta es, soldados, la primera bandera independiente que se bendice en América; jurad sostenerla muriendo en su defensa, como yo lo juro!»

En cuatro columnas se echan sobre los Andes los cuatro mil soldados de pelear, en piaras montadas, con un peón por cada veinte; los mil doscientos milicianos; los doscientos cincuenta de artillería, con las dos mil balas de cañón, con los novecientos mil tiros de fusil. Dos columnas van por el medio y dos, de alas, a los flancos. Delante va Fray Beltrán, con sus ciento veinte barreteros, palanca al hombro; sus zorras y perchas, para que los veintiún cañones no se lastimen; sus puentes de cuerda, para pasar los ríos; sus anclas y cables, para rescatar a los que se derrisquen. Ladeados van unas veces por el borde del antro; otras van escalando, pecho a tierra. Cerca del rayo han de vivir los que van a caer, juntos todos, sobre el valle de Chacabuco, como el rayo. De la masa de nieve se levanta, resplandeciendo, el Aconcagua. A los pies, en las nubes, vuelan los cóndores. ¡Allá espera, aturdido, sin saber por dónde le viene la justicia, la tropa del español, que San Martín sagaz ha abierto, con su espionaje sutil y su política de zapa, para que no tenga qué oponer a su ejército reconcentrado! San Martín se apea de su mula, y duerme en el capote, con una piedra de cabecera, rodeado de los Andes.

El alba era, veinticuatro días después, cuando el ala de O'Higgins, celosa de la de Soler, ganó, a son de tambor, la cumbre por donde podía huir el español acorralado. Desde su mente, en Cuyo, lo había acorralado, colina a colina, San Martín. Las batallas se ganan entre ceja y ceja. El que pelea ha de tener el país en el bolsillo. Era el mediodía cuando, espantado el

español, reculaba ante los piquetes del valle, para caer contra los caballos de la cumbre. Por entre los infantes del enemigo pasa como un remolino la caballería libertadora, y acaba a los artilleros sobre sus cañones. Cae todo San Martín sobre las tapias inútiles de la hacienda. Dispérsanse, por los mamelones y esteros, los últimos realistas. En la yerba, entre los quinientos muertos, brilla un fusil, rebanado de un tajo. Y ganada la pelea que redimió a Chile y aseguró a América la libertad, escribió San Martín una carta a «la admirable Cuyo» y mandó a dar vuelta al paño de su casaca.

Quiso Chile nombrarle gobernador omnímodo, y él no aceptó; a Buenos Aires devolvió el despacho de brigadier general, «porque tenía empeñada su palabra de no admitir grado ni empleo militar ni político»; coronó el Ayuntamiento su retrato, orlado de los trofeos de la batalla, Y mandó su compatriota Belgrano alzar una pirámide en su honor. Pero lo que él quiere de Buenos Aires es tropa, hierro, dinero, barcos que ciñan por mar a Lima mientras la ciñe él por tierra. Con su edecán irlandés pasa de retorno por el campo de Chacabuco; llora por los «¡pobres negros!» que cayeron allí por la libertad americana; mueve en Buenos Aires el poder secreto de la logia de Lautaro; ampara a su amigo O'Higgins, a quien tiene en Chile de Director, contra los planes rivales de su enemigo Carrera; mina, desde su casa de triunfador en Santiago, -donde no quiere «vajillas de plata», ni sueldos pingües-, el poderío del virrey en el Perú; suspira, «en el disgusto que corroe su triste existencia», por «dos meses de tranquilidad en el virtuoso pueblo de Mendoza»; arenga a caballo, en la puerta del arzobispo, a los chilenos batidos en Cancharrayada, y surge triunfante, camino de Lima, en el campo sangriento de Maipú.

Del caballo de batalla salta a la mula de los Andes; con la amenaza de su renuncia fuerza a Buenos Aires, azuzado por la logia, a que le envíe el empréstito para la expedición peruana; se cartea con su fiel amigo Pueyrredón, el Director argentino, sobre el plan que paró en mandar a uno de la logia a buscar rey a las cortes europeas, -a tiempo que tomaba el mando de la escuadra de Chile, triunfante en el Pacífico, el inglés Cochrane, ausente de su pueblo «por no verlo oprimido sin misericordia» por la monarquía-, a tiempo que Bolívar avanzaba clavando, de patria en patria, el pabellón republicano. Y cuando en las manos sagaces de San Martín, Chile y Buenos Aires han cedido a sus demandas de recursos ante la amenaza de repasar los Andes con su ejército, dejando a O'Higgins sin apoyo y al español entrándose por el Perú entre chilenos y argentinos; cuando Cochrane le había,

con sus correrías hazañosas, abierto el mar a la expedición del Perú; cuando iba por fin a caer con su ejército reforzado sobre los palacios limeños, y a asegurar la independencia de América y su gloria, lo llamó Buenos Aires a rechazar la invasión española que creía ya en la mar, a defender al gobierno contra los federalistas rebeldes, a apoyar la monarquía que el mismo San Martín había recomendado. Desobedece. Se alza con el ejército que sin la ayuda de su patria no hubiese allegado jamás, y que lo proclama en Rancagua su cabeza única, y se va, capitán suelto, bajo la bandera chilena, a sacar al español del Perú, con su patria deshecha a las espaldas. «¡Mientras no estemos en Lima, la guerra no acabará!»; de esta campaña «penden las esperanzas de este vasto continente»; «yo, a seguir el destino que me

¿Quién es aquél, de uniforme recamado de oro, que pasea por la blanda Lima en su carroza de seis caballos? Es el Protector del Perú, que se proclamó por decreto propio gobernante omnímodo, fijó en el estatuto el poder de su persona y la ley política, redimió los vientres, suprimió los azotes, abolió los tormentos, erró y acertó, por boca de su apasionado ministro Monteagudo; el que el mismo día de la jura del estatuto creó la orden de nobles, la Orden del Sol; el que mandó inscribir la banda de las damas limeñas «al patriotismo de las más sensibles»; el «emperador» de que hacían mofa los yaravíes del pueblo; el «rey José» de quien reían, en el cuarto de banderas, sus compañeros de la logia de Lautaro. Es San Martín, abandonado por Cochrane, negado por sus batallones, execrado en Buenos Aires y en Chile, corrido en la «Sociedad Patriótica» cuando aplaudió el discurso del fraile que quería rey, limosnero que mandaba a Europa a un dómine a ojear un príncipe austríaco, o italiano, o portugués, para el Perú. ¿Quién es aquél, que sale, solitario y torvo, después de la entrevista titánica de Guayaquil, del baile donde Bolívar, dueño incontrastable de los ejércitos que bajan de Boyacá, barriendo al español, valsa, resplandeciente de victorias, entre damas sumisas y bulliciosos soldados? Es San Martín que convoca el primer Congreso constituyente del Perú, y se despoja ante él de su banda blanca y roja; que baja de la carroza protectoral, en el Perú revuelto contra el Protector, porque «la presencia de un militar afortunado es temible a los países nuevos, y está aburrido de oír que quiere hacerse rey»; que deja el Perú a Bolívar, «que le gano por la mano», porque «Bolívar y él no caben en el Perú, sin un conflicto que sería escándalo del mundo, y no será San Martín el que dé un día de zambra a los maturrangos». Se despide sereno, en la sombra de la noche, de un oficial fiel; llega a Chile, con ciento

veinte onzas de oro, para oír que lo aborrecen; sale a la calle en Buenos Aires, y lo silban, sin ver cómo había vuelto, por su sincera conformidad en la desgracia, a una grandeza más segura que la que en vano pretendió con la

Se vio entonces en toda su hermosura, saneado ya de la tentación y ceguera del poder, aquel carácter que cumplió uno de los designios de la Naturaleza, y había repartido por el continente el triunfo de modo que su desequilibrio no pusiese en riesgo la obra americana. Como consagrado vivía en su destierro, sin poner mano jamás en cosa de hombre, aquel que había alzado, al rayo de sus ojos, tres naciones libres. Vio en sí cómo la grandeza de los caudillos no está, aunque lo parezca, en su propia persona, sino en la medida en que sirven a la de su pueblo; y se levantan mientras van con él, y caen cuando la quieren llevar detrás de sí. Lloraba cuando veía a un amigo; legó su corazón a Buenos Aires y murió frente al mar, sereno y canoso, clavado en su sillón de brazos, con no menos majestad que el nevado de Aconcagua en el silencio de los Andes.

El General Gómez

Patria. 26 de agosto de 1893

A caballo por el camino, con el maizal a un lado y las cañas a otro, apeándose en un recodo para componer con sus manos la cerca, entrándose por un casucho a dar de su pobreza a un infeliz, montando de un salto y arrancando veloz, como quien lleva clavado al alma un par de espuelas, como quien no ve en el mundo vacío más que el combate y la redención, como quien no le conoce a la vida pasajera gusto mayor que el de echar los hombres del envilecimiento a la dignidad, va por la tierra de Santo Domingo del lado de Montecristi, un jinete pensativo, caído en su bruto como en su silla natural, obedientes los músculos bajo la ropa holgada, el pañuelo al cuello, de corbata campesina y de sombra del rostro trigueño el fieltro veterano. A la puerta de su casa, que por más limpieza doméstica está donde ya toca al monte la ciudad, salen a recibirlo, a tomarle la carga del arzón, a abrazársele enamorados al estribo, a empinarle la última niña hasta el bigote

blanco, los hijos que le nacieron cuando peleaba por hacer a un pueblo libre: la mujer que se los dio, y los crió al paso de los combates en la cuna de sus brazos, lo aguardan un poco atrás, en un silencio que es delicia, y bañado el rostro de aquella hermosura que da a las almas la grandeza verdadera: la hija en quien su patria centellea, reclinada en el hombro de la madre lo mira como a novio: ése es Máximo Gómez.

Descansó en el triste febrero la guerra de Cuba, y no fue para mal, porque en la tregua se ha sabido cómo vino a menos la pujanza de los padres, cómo atolondró al espantado señorío la revolución franca e impetuosa, cómo con el reposo forzado y los cariños se enclavó el peleador en su comarca y aborrecía la pelea lejos de ella, cómo se fueron criando en el largo abandono las cabezas tozudas de localidad, y sus celos y sus pretensiones, cómo vició la campaña desde su comienzo, y dio la gente ofendida al enemigo, aquella arrogante e inevitable alma de amo, por su mismo sacrificio más exaltada y satisfecha, con que salieron los criollos del barracón a la libertad. Las emigraciones se habían de purgar del carácter apoyadizo y medroso, que guió flojamente, y con miras al tutor extranjero, el entusiasmo crédulo y desordenado. La pelea de cuartón por donde la guerra se fue desmigajando, y comenzó a morir, había de desaparecer, en el sepulcro de unos y el arrepentimiento de otros, hasta que, en una nueva jornada, todos los caballos arremetiesen a la par. La política de libro, y de dril blanco, había de entender que no son de orden real los pueblos nacientes, sino de carne y hueso, y que no hay salud ni belleza mayores, como un niño al sol, que las de una república que vive de su agua y de su maíz, y asegura en formas moldeadas sobre su cuerpo, y nuevas y peculiares como él, los derechos que perecen, o estallan en sangre venidera, si se los merma con reparos injustos y meticulosos, o se le pone un calzado que no le viene al pie. Los hombres naturales que le salieron a la guerra, y en su valor tenían su ley, habían de ver por sí, en su caída y en la espera larga, que un pueblo de estos tiempos, puesto a la boca del mundo refino y menesteroso, no es ya, ni para la pelea ni para la república, como aquellos países de mesnaderos que en el albor torpe del siglo, y con la fuerza confusa del continente desatado, pudo a puro pecho sacar un héroe de la crianza sumisa a los tropiezos y novelería del gobierno remendón y postizo. Los amos y los esclavos que no fundieron en la hermandad de la guerra sus almas iguales, habrían entrado en la república con menos justicia y paz que las que quedan después de haber ensayado en la colonia los acomodos que, en el súbito alumbramiento social, hubiesen perturbado acaso el gobierno libre. Y

mientras se purgaba la guerra en el descanso forzoso y conveniente, mientras se esclarecían sus yerros primerizos y se buscaba la forma viable al sentimiento renovado de la independencia, mientras se componía la guerra necesaria en acuerdo con la cultura vigilante y el derecho levantisco del país, Gómez, indómito tras una prueba inútil, engañaba el desasosegado corazón midiendo los campos, cerrándolos con la cerca cruzada de Alemania, empujándolos inquieto al cultivo, como si tuviese delante a un ejército calmudo, puliendo la finca recién nacida, semilleros y secadores, batey y portón, vegas y viviendas, como si les viniera a pasar revista el enemigo curioso. Quien ha servido a la libertad, del mismo crimen se salvaría por el santo recuerdo; de increíble degradación se levantaría, como aturdido de un golpe de locura, a servirla otra vez; ni en la riqueza ni en el amor ni en el respeto ni en la fama halla descanso, mientras anden por el suelo los ojos donde chispeó antes la suprema luz. ¡Y de día y de noche se oye a la puerta relinchar el caballo, de día y de noche, hasta que, de una cerrada de muslos, se salta sobre la mar, y orea otra vez la frente, en servicio del hombre, el aire más leve y puro que haya jamás el pecho respirado!

Iba la noche cayendo del cielo argentino, de aquel cielo de Santo Domingo que parece más alto que otro alguno, acaso porque los hombres han cumplido tres veces bajo él su juramento de ser gusanos o libres, cuando un cubano caminante, sin más compañía que su corazón y el mozo que le contaba amores y guerras, descalzaba el potrillo del cercado de trenzas de una finca hermosa, y con el caballo del cabestro, como quien no tiene derecho a andar montado en tierra mayor, se entró lentamente, con nueva dignidad en el épico gozo, por la vereda que seguía hasta la vivienda oscura: da el misterio del campo y de la noche toda su luz y fuerza natural a las grandezas que achica o desluce, en el dentelleo de la vida populosa, la complicidad o tentación del hombre. Se abrieron a la vez la puerta y los brazos del viejo general: en el alma sentía sus ojos, escudriñadores y tiernos, el recién llegado; y el viejo volvió a abrazar en largo silencio al caminante, que iba a verlo de muy lejos, y a decirle la demanda y cariño de su pueblo infeliz, y a mostrar a la gente canija cómo era imposible que hubiese fatal pelea entre el heroísmo y la libertad. Los bohíos se encendieron: entró a la casa la carga ligera: pronto cubrió la mesa el plátano y el lomo, y un café de hospedaje, y un fondo de ron bueno de Beltrán: dos niñas, que vinieron a la luz, llevaban y traían: fue un grato reposo de almas la conversación primera, con esa rara claridad que al hombre pone el gusto de obrar bien, y unos cuantos contornos en el aire, de patria y libertad, que en el caserón de

puntal alto, a la sombra de la pálida vela, parecían como tajos de luz. No en la cama de repuesto, sino en la cama del General, había de dormir el caminante: en la cama del General, que tiene colgada a la cabeza la lámina de la tumba de sus dos hijos. Y en tres días que duró aquella conversación, sobre los tanteos del pasado y la certidumbre de lo porvenir, sobre las causas perecederas de la derrota y la composición mejor y elementos actuales del triunfo, sobre el torrente y unidad que ha de tener la guerra que ya revive de sus yerros, sobre el sincero amor del hombre que ha de mover a toda revolución que triunfe, porque fuera crimen sacarlo a la muerte sino para su rescate y beneficio; en aquella conversación por las muchas leguas del camino, ganándoles a las jornadas las horas de luna, salvando a galope los claros de sol, parándose con tristeza ante el ceibo gigante, graneado de balas fratricidas, abominando las causas remediables, de castas y de comarcas, porque está aún sin su pleno poder aquella naturaleza tan hermosa, no hubo palabra alguna por la que un hijo tuviera que avergonzarse de su padre, ni frase hueca ni mirada de soslayo, ni rasgo que desluciese, con la odiosa ambición, el amor hondo, y como sangre de las venas y médula de los huesos, con que el General Gómez se ha jurado a Cuba. Se afirma de pronto en los estribos, como quien va a mandar la marcha. Se echa de un salto de la hamaca enojosa, como si tuviera delante a un pícaro. O mira largamente, con profunda tristeza.

Su casa es lo que hay que ver, cuando él no está, y baja a la puerta, cansado del viaje, el mensajero que va tal vez a hablar del modo de dejar pronto sin su sostén a la mujer y sin padre a los hijos. El júbilo ilumina todos aquellos rostros. Cada cual quiere servir primero, y servir más. «Mañana» generosa, la compañera de la guerra, saluda, como a un hermano, al desconocido. Un fuego como de amor, como de la patria cautiva y rebelde, brilla en los ojos pudorosos de la hija Clemencia. Se aprietan al visitante los tres hijos mayores: uno le sirve de guía, otro de báculo, el otro se le cose a la mano libre. Cuanto hay en la casa se le ha de dar al que llega. «¡Ay, Cuba del alma!» «¿Y será verdad esta vez?: ¡porque en esta casa no vivimos hasta que no sea verdad!» «Y yo que me tendré que quedar haciendo las veces de mi padre!», dice con la mirada húmeda Francisco, el mayor. Máximo, pálido, escucha en silencio: él se ha leído toda la vida de Bolívar, todos los volúmenes de su padre; él, de catorce años, prefiere a todas las lecturas el Quijote, porque le parece que «es el libro donde se han defendido mejor los derechos del hombre pobre». Urbano, leal, anhela órdenes. Aquella misma tarde han recibido todos cartas del padre amante. «Él anduvo treinta y seis

leguas para traer a Clemencia de Santiago, y salió ayer para La Reforma, que está a veinte; pero nos dijo que le pusiéramos un propio, que él vendría enseguida». Allí mismo, como para un amigo de toda la vida, se prepara el viaje del mensajero testarudo, que quiere ir a saludar junto a su arado al viejo augusto que cría a su casa en la pasión de un pueblo infeliz. Mañana le da de beber, y le echa luz el rostro de piedad, bajo la corona de sus canas juveniles... ¡Santa casa de abnegación, a donde no llega ninguna de las envidias y cobardías que perturban el mundo!

Y la casa tiene un desván que mira al mar, donde, una vez al menos, no se ha hecho nada indigno de él. Por la escalera de la alcoba, alta y oscura como una capilla, se sube al rincón de escribir del General, con las alas del techo sobre la cabeza, la cama de campaña al pie del escritorio, y el postigón por donde entra, henchido de sal pura, el viento arremolinado. Allí, esquivándose a los halagos fraternales de los montecristeños, dio el General cita, con su pañuelo al cuello y una mirada que se ve en hombre pocas veces, a un cubano que por primera vez sintió entonces orgullo, para ver el mejor modo de servir a Cuba oprimida, sin intrusión ni ceguera ni soberbia. Un pueblo entero pasó por aquel desván desmantelado; y sus derechos, para no hollar ninguno, y sus equivocaciones, para no recaer en ellas, y sus recursos, para emplearlos con seguridad, y sus servidores, para abrazarse a todos, y los infieles mismos, para no conocerles más que la grandeza pasada y la posibilidad de arrepentirse. Con palabras sencillas, en. voz baja, andando leguas en una pregunta, mirándose como si se quisieran cambiar el corazón, y no sin cierta sagrada tristeza, aquellos dos hombres, depositarios de la fe de sus compatriotas, acababan de abrir el camino de la libertad de un pueblo: y se le ponían de abono. Le caían años sobre el rostro al viejo General: hablaba como después de muerto, como dice él que quiere hablar: tenía las piernas apretadas en cruz, y el cuerpo encogido, como quien se repliega antes de acometer: las manos, las tuvo quietas: una llama, clara e intensa, le brillaba en los ojos: y el aire de la mar jugaba con su pañuelo blanco.

Y allá en Santo Domingo, donde está Gómez está lo sano del país, y lo que recuerda, y lo que espera. En vano, al venir de su campo, busca él la entrada escondida; porque en el orgullo de sus dos hermanas, que por Cuba padecieron penuria y prisión, y en la viveza, y como mayor estatura, de los hijos, conoce la juventud enamorada que anda cerca el tenaz libertador. A paso vivo no le gana ningún joven, ni a cortés; y en lo sentencioso, se le

igualan pocos. Si va por las calles, le dan paso todos: si hay baile en casa del gobernador, los honores son para él, y la silla de la derecha, y el coro ansioso de oírle el cuento breve y pintoresco: y si hay danza de gracia en la reunión, para los personajes de respeto que no trajeron los cedazos apuntados con amigas y novias, para él escoge el dueño la dama de más gala, y él es quien entre todos luce por la cortesía rendida añeja, y por el baile ágil y caballeresco. Palabra vana no hay en lo que él dice, ni esa lengua de miriñaque, toda inflada y de pega, que sale a libra de viento por adarme de armadura, sino un modo de hablar ceñido al caso, como el tahalí al cinto: u otras veces, cuando no es una terneza como de niño, la palabra centellea como el acero arrebatado de un golpe a la vaina. En colores, ama lo azul. De la vida, cree en lo maravilloso. Nada se muere, por lo que «hay que andar derecho en este mundo». En el trabajo «ha encontrado su único consuelo». «No subirá nadie: he puesto de guardia a mi hijo». Y como en la sala de baile, colgado el techo de rosas y la sala henchida de señoriles parejas, se acogiese con su amigo caminante a la ventana a que se apiñaba el gentío descalzo, volvió el General los ojos, a una voz de cariño de su amigo, y dijo, con voz que no olvidarán los pobres de este mundo: «Para

Sí: para ellos: para los que llevan en su corazón desamparado el agua del desierto y la sal de la vida: para los que le sacan con sus manos a la tierra el sustento del país, y le estancan el paso con su sangre al invasor que se lo viola: para los desvalidos que cargan, en su espalda de americanos, el señorío y pernada de las sociedades europeas: para los creadores fuertes y sencillos que levantarán en el continente nuevo los pueblos de la abundancia común y de la libertad real: para desatar a América, y desuncir el hombre. Para que el pobre, en la plenitud de su derecho, no llame, con el machete enojado, a las puertas de los desdeñosos que se lo nieguen: para que la tierra, renovada desde la raíz, dé al mundo el cuadro de una patria sana, alegre en la equidad verdadera, regida conforme a su naturaleza y composición, y en la justicia y el trabajo fáciles desahogada y dichosa: para llamar a todos los cráneos, y hacer brotar de ellos la corona de luz. Se peca; se confunde; se toma un pueblo desconocido, y de más, por el pueblo de menos hilos que se conoce; se padece, con la autoridad de quien sabe morir, por la inercia y duda de los que pretenden guiar las guerras que no tienen el valor de hacer: corre por las bridas la tentación de saltar, como por sobre la cerca que cierra el camino, sobre la verba y pedantería, o el miedo forense, que disputan el paso a la batalla: a la ley no se le niega el corazón, sino a la

forma inoportuna de la ley: se quiere el principio seguro, y la mano libre. Guerra es pujar, sorprender, arremeter, revolver un caballo que no duerme sobre el enemigo en fuga, y echar pie a tierra con la última victoria. Con causa justa, y guerra así, de un salto se va de Lamensura a palacio. Y luego, descansará el sable glorioso junto al libro de la libertad.

Patria, 31 de octubre de 1893

Aquel nombre tan bello que al pie de los versos tristes y joyantes parecía invención romántica más que realidad, no es ya el nombre de un vivo. Aquel fino espíritu, aquel cariño medroso y tierno, aquella ideal peregrinación, aquel melancólico amor a la hermosura ausente de su tierra nativa, porque las letras sólo pueden ser enlutadas o hetairas en un país sin libertad, ya no son hoy más que un puñado de versos, impresos en papel infeliz, como dicen que fue la vida del poeta.

De la beldad vivía prendida su alma; del cristal tallado y de la levedad japonesa; del color del ajeno y de las rosas del jardín; de mujeres de perla, con ornamentos de plata labrada; y él, como Cellini, ponía en un salero a Júpiter. Aborrecía lo falso y pomposo. Murió, de su cuerpo endeble, o del pesar de vivir, con la fantasía elegante y enamorada, en un pueblo servil y deforme. De él se puede decir que, pagado del arte, por gustar del de Francia tan de cerca, le tomó la poesía nula, y de desgano falso e innecesario, con los orífices del verso parisiense entretuvieron estos años últimos el vacío ideal de su época transitoria. En el mundo, si se le lleva con dignidad, hay aún poesía para mucho; todo es el valor moral con que se encare y dome la injusticia aparente de la vida; mientras haya un bien que hacer, un derecho que defender, un libro sano y fuerte que leer, un rincón de monte, una mujer buena, un verdadero amigo, tendrá vigor el corazón sensible para amar y loar lo bello y ordenado de la vida, odiosa a veces por la brutal maldad con que suelen afearla la venganza y la codicia. El sello de la grandeza es ese triunfo. De Antonio Pérez es esta verdad: «Sólo los grandes estómagos digieren veneno».

Por toda nuestra América era Julián del Casal muy conocido y amado, y ya se oirán los elogios y las tristezas. Y es que en América está ya en flor la gente nueva, que pide peso a la prosa y condición al verso, y quiere trabajo y realidad en la política y en la literatura. Lo hinchado cansó, y la política hueca y rudimentaria, y aquella falsa lozanía de las letras que recuerda los perros aventados del loco de Cervantes. Es como una familia en América esta generación literaria, que principió por el rebusco imitado, y está ya en la elegancia suelta y concisa, y en la expresión artística y sincera, breve y tallada, del sentimiento personal y del juicio criollo y directo. El verso, para estos trabajadores, ha de ir sonando y volando. El verso, hijo de la emoción, ha de ser fino y profundo, como una nota de arpa. No se ha de decir lo raro, sino el instante raro de la emoción noble o graciosa. -Y ese verso, con aplauso y cariño de los americanos, era el que trabajaba Julián del Casal. Y luego, había otra razón para que lo amasen; y fue que la poesía doliente y caprichosa que le vino de Francia con la rima excelsa, paró por ser en él la expresión natural del poco apego que artista tan delicado había de sentir por aquel país de sus entrañas, donde la conciencia oculta o confesa de la general humillación trae a todo el mundo como acorralado, o como con antifaz, sin gusto ni poder para la franqueza y las gracias del alma. La poesía vive de honra.

Murió el pobre poeta, y no lo llegamos a conocer. ¡Así vamos todos, en esa pobre tierra nuestra, partidos en dos, con nuestras energías regadas por el mundo, viviendo sin persona en los pueblos ajenos, y con la persona extraña sentada en los sillones de nuestro pueblo propio! Nos agriamos en vez de amarnos. Nos encelamos en vez de abrir vía juntos. Nos queremos como por entre las rejas de una prisión. ¡En verdad que es tiempo de acabar! Ya Julián del Casal acabó, joven y triste. Quedan sus versos. La América lo quiere, por fino y por sincero. Las mujeres lo lloran.

Palabras en la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York sobre Santiago Pérez Triana

Me siento como ungido, y este honor, en nadie hubiese podido recaer mejor que en quien recae por ser él persona distinguidísima. Este honor recae en quien debe porque al celebrar a D.S.P., no sólo celebramos sus méritos propios, como proféticos y patriarcales.

Hay en la tierra de Colombia algo como aquello de que hablé yo aquí una noche, celebrando dos bellas improvisaciones de Pérez Triana y Calderón, sobria la de Calderón, rica la de Pérez Triana, y cada una con algo de la otra: hay allá, como en todas partes, aunque en pocas en tanto grado, por ser en pocas tan grande y varia la riqueza, una fuerza literaria original y nativa, y un vuelo como el de sus aves, y una altura como la de sus montes, y una coloración como la de sus árboles, y una novedad como la de su naturaleza, que se ve en lo que desde el principio, desde las cárceles de la colonia, produjeran sus hijos, en la gracia de Trelles, en el colorido de Piedrahita, en los [...] de San Nicolás, en la misma pasión angélica de la Madre Castillo. Por aquellas tierras hay tal jugo y poder que cuando sembraban cadetes, salían Bolívares; y cuando sembraban seminaristas, salían Zeas, coronados de ciencia; salía Restrepo, protegiendo con su cuerpo la razón desnuda, salía envuelto en la Declaración de los Derechos del Hombre como en fuego salía Nariño. Así es la tierra. Sembraban Marciales, Persios y Salustios, y sucedió que desde hace más de un siglo, adelantada Colombia en esto como en todo, propuso bravamente, y aun puso en práctica, la reforma contra el latín, que empieza ahora a triunfar en lo mas culto de Europa y en esta parte de América. Porque en desdeñar el bien material, o posponerlo a las cosas del espíritu, hemos sido hasta ahora tan pródigos que nos íbamos quedando demasiado atrás del mundo; pero en batallar por nuestras ideas, en postergarlo todo al obrar político, en amasar la libertad con sangre, en obrar alto, en pensar hondo [...] nos ha hecho el vigía y el cantor, y la nave mensajera, y la hija póstuma, y la lección viva para que con lo que en nosotros ve América hoy nos preste oídos a aquellos de sus hijos que por el amor poético al viejo solar acaso pretendieran, abofeteando a sus padres en la tumba, reemplazar la libertad feliz que la naturaleza les impone y el paso que han dado hacia la luz del mundo con las prácticas homicidas de los tiempos que en sus ojos la cegaron!

No es esta noche de fiesta, de fiesta de fundación en que es ley que paguemos tributo de respeto los hispanoamericanos a nuestros fundadores, noche propia para analizar, como urge analizar para evitar males muy próximos, los elementos de que nuestra América se compone, y ver si convendrá más fundirlos, desenvolverlos, y cruzarlos conforme a su naturaleza y cualidades.

Sembraron claustros, y nacieron tertulias eutrapélicas: criaron a las mujeres para monjas, y bajo la presidencia de una mujer celebraba sus reuniones la famosa tertulia del Buen Gusto; una mujer notable en quien se mostró toda la flor de su tierra; y esto, y el recordar que nuestro huésped no ha venido a esta tierra por sí solo, sino con los encantos de su vida, me hace pensar en que nuestro homenaje no sería completo si no hiciéremos con lo mejor de nuestra voluntad un ramo como de lirios, y lo dejáramos en manos del anciano meritorio para que lo ponga a los pies de las dueñas de su casa, que

De aquella época de mujeres benditas y de hombres evangélicos arrancan los que luego han ido creando como familias literarias, donde el vigor de la cepa fue tal que no se pierde en los vástagos, sino va fortaleciendo con el jugo de la tierra bien sembrada, como esas generaciones de Restrepos, de Pombos, de Caicedos, de Camachos, de Caros, de Quijanos. Mucho lucen en la literatura colombiana, y con luz mayor, estos ricos ingenios, mas el de nuestro huésped es tal que nada pierde en su compañía, sino que se sienta como padre, y aun como hermano entre ellos. Él ha bregado, desde que se sintió la luz de la palabra, del lado de la luz. Él ha ayudado a echar abajo lo viejo -prefiriendo, como se debe preferir, que lo podrido se corrompa hasta desaparecer, a permitir que su corrupción entre como componente del cuerpo nuevo. Él ha tenido las pasiones y ha librado los combates, siempre en primera fila y a pecho descubierto, de su país y de su época. Él peleó la batalla romántica del teatro con su Jacobo Morlay y su Castillo de Berkeley: él habla en prosa como senador constante y como poeta tiene en su lira cuerdas varias, la del ingenio para dar los días a Dolores, la de la ternura en el buen hijo de Virginia, la de la Contemplación de la noche con el mar, y en su poema Leonor, la de la historia; con reflejos de luz y suavidad de lágrimas. Y ahora que entra en el reposo bien ganado escribe, como por el espíritu del país que se apega a los que nacen en él, como escribían los indios de antes, como si esculpiera, como si no escribiese en el papel, que

perece, sino en la piedra, que perdura. Nuestro huésped de esta noche escribe en mármoles.

A mí me causa siempre regocijo leerlo, ya en verso o en prosa. Lo que escribe, inspirado y triste a veces, como el mohán del muisca, otras arrebatado a impaciente, cuando la mocedad literaria, por la piafante y espumosa literatura de aquel tiempo, cuando se criaba más la juventud con la viña de Francia que con la empolvada y enjuta de Roma y de Grecia; pero ya desde entonces, amigo de la proporción y de la sinceridad y dueño enérgico de la dote suprema en el arte de escribir, que es la de ajustar la forma al pensamiento, de modo que si falta alguna palabra de lo escrito falte algo esencial a la idea, y del arte de pensar, que es ver las ideas en globo y por entero, desde la raíz hasta la fruta, o una tela de la cáscara, o una hoja, como lo ven los pensadores de poco más o menos. En él no pudo mucho el zorrillismo ni el hugoísmo, ni pertenece a ésta ni aquella escuela, ni sigue, de público o de secreto, a tal escritor que lo admira, a tal postura de orador, a tal gracia de prosista feliz, sino que lleva su escuela en sí propio, y escribe como quien es, como quien viene de la naturaleza y se fortifica con su contemplación y estudio. La honradez no es menos necesaria en literatura que en las demás ocupaciones del espíritu. Lo que no es honrado, en literatura, como en todo, al fin perece. La literatura de nuestro huésped tiene

Él no es como tantos otros, arcaico ni huguesco, que son los dos delitos por donde los que hablamos español en América pecamos, alatinando los unos la expresión e inflándola los otros, tanto que unas veces, entre los que padecen de latinomanía no se ve el pensamiento, si lo hay, de puro retorcido entre Plinio y Tertuliano, y en otros tampoco se ve, porque lo cubren de hojas, o lo estiran a pujo de palabrería, de modo que es como los globos, que se vienen a tierra de un alfilerazo.

Él es de los que para América quieren lo que América da, y le haga bien por ser suyo, y venir de ella propiamente sin admiraciones pueriles de lo ajeno, sobre todo cuando es hostil, ni de lo añejo y probado de malo, porque esto es como entretenerse, cuando aun no se ha salido bien de un tósigo, en infiltrárselo otra vez con esmero en las venas, a pico de ortografía y a agujadas de latines. La lengua de D.P.S. no es así, sino legítima y propia de América, con toda la lozanía del buen pensar, donde el lenguaje sigue a la idea, como la túnica de lino de los indios, donde se nota a veces

como el aleteo fuerte del cóndor que vuela por los Andes y adorna el escudo de su patria, donde como en su propia tierra, se eleva en las alturas, con todo el oro y música de la naturaleza en las regiones templadas, el laurel de hojas recias y bruñidas, rodeado de bosques de palmeros y de olorosas musáceas.

Éste es nuestro huésped, y nos honramos honrándolo, sea bienvenido el anciano que no se ha cansado de fundar; el hombre de letras que no se ha llenado de imitaciones; el americano que quiere a América americana, no madrileña o rubia, el Presidente que cuando bajó la silla del poder miró a su alma y no encontró otra silla digna de él que la silla humilde y santa del Maestro.

IV. Escenas Americanas

La estatua de Bolívar

Nueva York, junio de 1883.

Respira en bronce una vez más, moldeado por manos filiales y vaciado del yeso por fieles fundidores, aquel hombre solar, a quien no concibe la imaginación sino cabalgando en carrera frenética, con la cabeza rayana en las nubes, sobre caballo de fuego, asido del rayo, sembrando naciones. Burló montes, enemigos, disciplina, derrotas; burló el tiempo; y cuanto quiso, pudo, menos mellar el diente a los ingratos. No hay cosa que moleste tanto a los que han aspirado en vano a la grandeza como el espectáculo de un hombre grande; crecen los dientes sin medida al envidioso.

Rafael de la Cova, joven de Caracas, ha amasado con sus manos piadosas e inspiradas, en un cuarto pequeño y oscuro, sin distancias, sin tiempo, sin luz acaso, a no ser la febril de la mente y la inquieta del ansia, la estatua monumental que en el buen taller de Bonnard se ostenta ahora, ganosa ya de emprender camino a la ciudad del héroe, adonde, para celebrar con su

instalación el centenario del padre de pueblos, el gobierno de Venezuela la destina.

¡Es brava estatua, de nueve pies de alto! Lleva traje de militar en ciudad: colgándole al cinto espada de gala: en una mano, que extiende en ademán modesto, la cuenta de sus hazañas; y puesta la otra mano en la espada que las alcanzó y mantuvo. Allí está el héroe en reposo, como en vida estuvo en el instante en que el escultor lo representa. En el patio del convento de San Francisco, que es ahora Universidad -por cuanto es bueno que se truequen en universidades los conventos-, va a ser erigida, en pedestal sencillo, la estatua de Cova; y Cova representa a su héroe, como cuando el día 2 de enero, ante su pueblo jubiloso y radiante, que creía ver en él astro humanado, narró, con su palabra grandiosa, sus victorias, en aquel mismo patio glorioso de San Francisco. ¡Hay de esos días, en que el sol baja a la tierra!

Ese es el Bolívar que el gallardo Cova eligió para su estatua; no el que abatió huestes, sino el que no se envaneció por haberlas abatido; no el dictador omnímodo, sino el triunfador sumiso a la voluntad del pueblo que surgió libre, como un águila de un monte de oro, del pomo de su espada: no el que vence, avasalla, avanza, perdona, fulmina, rinde; sino el que, vestido de ropas de gala, en una hora dichosa de tregua, el alma inundada de amores grandiosos y los oídos de vítores amantes, fue a devolver, sin descalzarse -porque aún había míseros- las botas de montar, la autoridad ilimitada que le había concedido la república. En torno suyo aparecieron aquella vez las muchedumbres como deslumbradas, y los hombres ilustres noblemente postrados. De pie ante su pueblo; acariciando la espada fecunda; en la mano la memoria de su gobierno; en la faz la ventura que da el sentirse amado y la tristeza que inspira el miedo de llegar a no serlo, dio cuenta espontánea Bolívar de su dictadura a la asamblea popular, nacida, como la América nueva, de su mente. Nada fatigó tanto a Bolívar, ni lo entristeció tanto, como su empeño férvido, en sus tiempos burlado, de despertar a todo su decoro los pueblos de la América naciente; sólo les tomó las riendas de la mano cuando le pareció que las dejaban caer a tierra. Ya, para aquel 2 de enero, dormía sobre almohadas de plumas que no vuelan el humilde comandante de Barranca. De un golpe de su mano había surgido ya Nueva Granada, y Venezuela de otro. Por sobre Correa enemigo, por sobre Castillo envidioso, por sobre Briceño rebelde, por sobre Monteverde confuso, entra en Cúcuta, abraza en Niquitao al glorioso Ribas, enfrena al adversario en los Taguanes, llora a Girardot en Bálbula, mueve el brazo

vencedor de d'Elhuyar en las trincheras, de Elías en Calabozo, de Villapol en Araure, y baja un momento a contar a la madre Caracas sus victorias, mientras piafa a la puerta, penetrado del maravilloso espíritu de su jinete, el caballo que ha de llevarlo al Ecuador, al Perú, a Chile, a Bolivia.

Y así habló, en el instante de reposo que Cova con su solemne estatua conmemora; habló como quien de tanto venía y a tanto iba; habló, no como quien se ciñe corona, sino como quien las forja y las regala y no quiere para su frente más que la de luz que le dio naturaleza. No hablaba Bolívar a grandes períodos, sino a sacudidas. De un vuelo de frase, inmortalizaba a un hombre; de un tajo de su palabra, hendía a un déspota. No parecían sus discursos collares de rosas, sino haces de ráfagas. Cuando dice ¡libertad!, no se ve disfraz de hambres políticas, ni trama encantada que deslumbra turbas, sino tajante que hunde yugos, y sol que nace.

La cabeza de bronce de Cova parece que encaja aún sobre los hombros del que la llevó viva. ¡Oh cabeza armoniosa! La frente, noblemente inflamada, se alza en cúpula; al peso de los pensamientos se ha plegado; al fuego de aquella alma se ha encogido; súrcanla hondas arrugas. En arco se alzan las cejas, como cobijando mundos. Tiene fijos los ojos, más que en los hombres que lo oyen, en lo inmenso, de que vivió siempre enamorado. Las mejillas enjutas echan fuera el labio inferior, blando y grueso, como de amigo de amores, y el superior, contraído, como de hombre perpetuamente triste. La grandeza, luz para los que la contemplan, es horno encendido para quien la lleva, de cuyo fuego muere.

El rostro de bronce, como el de Bolívar aquel día, está bañado de expresión afable; sentirse amado fortalece y endulza. La estatua entera, noblemente compuesta, descansa con la modesta arrogancia de un triunfador conmovido sobre su pedestal desnudo de ornamentos; quien lo es de un continente no los necesita.

Tiene este bronce tamaños monumentales, pero ni la seductora cabeza perdió con ellos gracia, ni corrección ni proporción el cuerpo. Si algo difícil tiene la escultura, es una estatua en reposo; apenas hay poetas, ya hagan versos en piedra, en lienzo o en lenguaje, que acierten a expresar la perfecta belleza de la calma, que parece divina y negada al corazón atormentado, a la mente ofuscada y a las manos nerviosas de los hombres. El alto cuerpo, vestido de gala marcial, se yergue sin embarazo ni dureza; el brazo dere-

cho, que, por el uniforme de aquellos años épicos, parece enjuto, se tiende hacia el Senado, atento, que llenaba el día 2 de enero el patio de San Francisco; el izquierdo cae, como para sacar fuerzas del descanso, sobre el sable de fiesta; medalla de honor le cuelga al pecho; las piernas, siempre desgarbadas e innobles, no lo son esta vez, y las rematan, muy bien plegadas, botas de batallar; la mano que empuña el sable invita a acariciarla y a saludar al escultor: la que empuña el papel enrollado acaba airosamente, y con riqueza de detalles, el brazo derecho. El cuello encaja bien entre los duros entorchados. De lado ofrece el bronce buen tipo de hermosura marcial. De espalda, oportuno pilar sobre el que cae la capa de combate en gruesos pliegues, oculta la que, con la casaca y ajustado pantalón que eran de uso en el alba del siglo, hubiera podido parecer menguada porción del cuerpo de tal héroe. El dorso se encorva gallarda y firmemente.

Y la cabeza, armoniosísima, sonríe.

Tal es la estatua hermosa que en cuatro meses de obra, apenado e inquieto, sin dar sueño a los ojos, ni sacar de la masa las manos, ha trabajado sin ayuda, en un cuarto de tres varas en cuadro, Rafael de la Cova, genioso escultor venezolano, devorado de una sed que mata, pero que lleva a la gloria: la sed de lo grande.

El centenario de Bolívar en Nueva York

Nueva York, agosto de 1883.

Así como hacendosa dueña de casa interrumpe con gusto sus labores cuando recibe visita de su padre, así La América, exclusivamente consagrada a avivar el amor a la agricultura, promover las facilidades del comercio y estimular la fabricación, deja un momento en reposo sus usuales asuntos para tornar nota breve de la fiesta con que los hispanoamericanos de Nueva York celebraron, con elevación de pensamiento y majestad de forma dignas de él, el centenario de Bolívar. Artes e industrias deben bajar a tierra sus aperos, como los soldados las armas, al paso del caudillo singular y

magnánimo que aseguró al comercio del mundo y a la posesión fructífera de los hombres libres el suelo en que florecen.

Ni reseña es ésta que hacemos, por no permitírnosla extensa el espacio que nos falta, ni la naturaleza de La América, a la cual sus columnas vienen siempre cortas para las novedades de su ramo, de que quiere tener impuestos a sus lectores.

Nunca con más gozo se reunieron tantos hombres entusiastas y distinguidos. No fueron, como otras veces a menores fiestas, llegando lentamente los invitados perezosos; sino que, a la hora del convite, ya estaban llenos los salones de gala de Delmónico, como si a los concurrentes empujase espíritu enardecido y satisfecho, de representantes de nuestras repúblicas, de hombres de nota de Nueva York, de entusiastas jóvenes, de escritores y poetas de valía; notábase que en la fiesta nadie andaba solo, ni triste ni encogido; parecía que se juntaban todos a la sombra de una bandera de paz, o que una inmensa ala amorosa, tendida allá en el cielo de la espalda que sustenta un mundo, cobijaba a los hombres alegres. Por los salones, llenos de flores, palmas y banderas, andaban en grupos, hermanando de súbito, hombres de opuestos climas, ya unidos por la fama. Peón Contreras, de México, de cuyo cerebro saltan dramas como saltan chispas de la hoja de una espada en el combate, iba del brazo de Juan Antonio Pérez Bonalde, levantado y animoso, al encuentro de Miguel Tejera, poeta de vuelo, estudiador leal y feliz decidor de nuestra historia, y hecho a exámenes de límites y ciencias graves. El caballero Carranza, que con sus talentos sirve y con su encendido corazón patriótico ama a su próspera patria, la impetuosa Buenos Aires, cruzaba manos con don Adolfo de Zúñiga, distinguido hondureño, que habla y escribe de manera que parece que le esmalta la pluma y le calienta el pecho el más brillante sol americano. Por todas partes andaba, justísimamente celebrado por el noble pensamiento con que inició la fiesta, y la discreción, energía y fortuna con que le dio remate, el señor Lino de Pombo, el cónsul de Colombia, que es digno de su patria y de su nombre. Ver al arrogante ministro Estrázulas, cuya palabra ferviente y alma generosa gana almas, era como ver aquellas majestuosas selvas, invasores ríos, dilatadas campiñas del Uruguay, su altiva patria. Hablábase en todos los grupos del señor Marco Aurelio Soto; mas no con distingos y a retazos, como es uso hablar de gentes de gobierno, sino con cierto orgullo y cariño, como si fuera victoria de todos lo que este joven gobernante alcanza, sobre los años, de quienes no ha necesitado venia para dar prendas de desusado

tacto y juicio sólido, y sobre las dificultades que, como evocadas a la sombra del gobierno, surgen al paso de los que rigen pueblos no bien habituados aún al manejo de sí propios. Cerca de él recibían celebraciones, por el empeño desusado con que le secundaron, el benévolo y caballeroso señor Tracy, cónsul del Perú; Spíes, entusiasta, del Ecuador; don Jorge A. Philips, cónsul de Venezuela; Obarrio, buen cónsul de Bolivia. No lejos andaban, saludados por todos, un orador y un poeta, hijos afamados de Cuba: Antonio Zambrana, de nombre ilustre, que él aun enaltece; José Joaquín Palma, de lira armoniosísima, cuyos versos parecen, si de dolor, pálidos lirios; si de ternura, frutas de ricas mieles. Es lira orfeica, de la que ya no se oye. Y la de Zambrana, palabra magistral y serenísima, que anda en cumbres.

Bruscamente hemos de rasguear esta reseña. En mesa suntuosa, que llenaba la sala magna de Delmónico, profusamente adornada de banderas, oculta entre las cuales solía entonar las marchas de batalla e himnos de gloria una animada banda, se sentó como un centenar de hombres de América. Alegría es poco; era júbilo; júbilo cordial, expansivo, discreto. Presidía, como quien para presidir nació, don Juan Navarro, con aquella fácil palabra, tacto exquisito y cultos modos que dan fama a los hombres de México. Y llegada la hora de los brindis, que otros diarios más venturosos que La América reseñan, adivinábase ¡qué más pudiera decirse, si es necesario decir! que del Bravo al Plata no hay más que un solo pueblo. ¡Con qué elegancia y señorial manera contestó, en robustos períodos, el poeta Bonalde, fraternalmente amado por los hispanoamericanos de Nueva York, al brindis de Bolívar! ¡Con qué fervor, como de hijos que ven bien honrado al padre, aplaudían los comensales al cónsul Egleson, a quien la alta palabra no es extraña, cuando, hablando en nombre de la ciudad de Nueva York, como el colector Robertson acababa de hablar por los Estados Unidos apropiadamente, llamó a Washington el Bolívar de la América del Norte! ¡Con qué cariñosa atención fueron oídas las palabras sobrias, elevadas, galanamente dispuestas, con que al brindis por la América española respondió el presidente Soto! Parecía aquel banquete, de Pombo nacido y por él y los cónsules de todas las repúblicas de Bolívar en breves días realizado, no fiesta de hombres diversos, en varias ocupaciones sociales escogidos y de edades varias, sino de hombres de Estado. Regocijaba ver juntos, como mañana a sus pueblos, a tanto hijo de América, que con su cultura, entusiasmo viril y nobles prendas de hombre le adornan. Eso fue la fiesta: anuncio. Eso ha sido en toda la América la fiesta. ¡Oh, de aquí a otros cien años, ya bien

prósperos y fuertes nuestros pueblos, y muchos de ellos ya juntos, la fiesta

Y otros hablaron luego. De España trajo saludos a los países hispanoamericanos el señor Suárez Blanes. Por la prensa, leyó oportuno y caluroso brindis el señor José A. García, que dirige Las Novedades. De Colombia se oyó una voz simpática de joven: la del señor Zuleta. De México, ¡qué lindo romance escribió sobre la lista del banquete y leyó, entre coros de aplausos, Peón Contreras! Por San Martín y los bravos de los Andes vaciaron todos, sus copas, movidos sin esfuerzo por las filiales y fervientes palabras del cónsul Carranza. Por el Brasil, dijo cosas de nota y de peso el caballero Mendonça, culto representante del imperio. Cuba tuvo allí hijos: brindó Zambrana, en párrafos que parecían estrofas, por el encendramiento y mejora de las instituciones republicanas en América; y como quien engarza una joya en una corona, improvisó admirables décimas José Joaquín Palma. El mismo redactor de La América, llamado a responder al brindis «por los pueblos libres», tuvo algunas palabras que decir.

Y, por sobre todo y en todo, un espíritu de amor, una fervorosa cordialidad, una admirable discreción, una tan señalada ausencia de cuanto pudiera haber sido tomado a intereses de bandería, ni a halagos a gobernantes, ni a rebajamientos de súbdito, que de veras dejaron alto el nombre de hijo de tierra de América y pusieron la fiesta muchos codos por encima de los banquetes de usanza vulgar.

No fue de odiadores, ni de viles, sino de hombres confiados en lo por venir, orgullosos del pasado, enérgicos y enteros.

Discurso pronunciado en la velada en honor de México de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en 1891

Señoras y señores:

Este júbilo es justo, porque hoy nos reunimos a tributar honor a la nación ceñida de palmeros y azahares que alza, como un florón de gloria, al cielo azul, las cumbres libres donde el silbato del ferrocarril despierta, coronada

de rosas como ayer, con la salud del trabajo en la mejilla, el alma indómita que chispeaba al rescoldo en las cenizas de Cuauhtémoc, nunca apagadas. ¡Saludamos a un pueblo que funde, en crisol de su propio metal, las civilizaciones que se echaron sobre él para destruirlo! ¡Saludamos, con las almas en pie, al pueblo ejemplar y prudente de América!

Fue México primero, antes de la llegada de los arcabuces, tierra como de oro y plumas, donde el emperador, pontífice y general, salía de su palacio suntuoso, camino de la torre mística, en hombros de los caballeros naturales, de adarga de junco y cota de algodón, por entre el pueblo de mantos largos y negro cabello, que henchía el mercado, comprando y vendiendo; o aplaudía la comedia al aire libre, con los niños vestidos de pájaros y mariposas; o abría campos a los magnates de vuelta del banquete, con sus bailarines y bufones; o saludaban al paso del teculi ilustre que mostró en sus pruebas de caballería el poder de domarse a sí propio; o bullía por las calles de las tiendas, probándose al dedo anillos tallados, y a los hombros mantones de pieles; o danzaba, con paso que era aire, el coro de la oda; o se agolpaba a ver venir a los guerreros de escudo de águila, que volvían en triunfo, con su ofrenda de víctimas, a las fiestas del monarca conquistador. Por entre el odio de las repúblicas vencidas al azteca, inseguro en el trono militar, se entró, del brazo de la crédula Malinche, el alcalde astuto de Santiago de Cuba. Los templos de las pirámides rodaron despedazados por las gradas; sobre el cascajo de las ruinas indias alzó sus conventos húmedos, sus audiencias rebeldes y vanidosas, sus casucones de reja y aldaba, el español; todo era sotana y manteo en la ciudad de México, y soldadesca y truhanería, y fulleros e hidalguetes, y balcón y guitarra. El indio moría desnudo, al pie de los altares.

Trescientos años después, un cura, ayudado de una mujer y de unos cuantos locos, citó su aldea a guerra contra los padres que negaban la vida de alma a sus propios hijos; era la hora del Sol, cuando clareaban por entre las moreras las chozas de adobe de la pobre indiada; ¡y nunca, aunque velado cien veces por la sangre, ha dejado desde entonces el sol de Hidalgo de lucir! Colgaron en jaulas de hierro las cabezas de los héroes; mordieron los héroes el polvo, de un balazo en el corazón; pero el 16 de septiembre de cada año, a la hora de la madrugada, el Presidente de la República de México vitorea, ante el pueblo, la patria libre, ondeándola bandera de Dolores.

Toda la jauría de la conquista salió al paso de la bandera nueva: el emperador criollo, el clero inmoderado, la muchedumbre fanática, el militar usurpador, la división que aprovechó el vecino rapaz y convidó al imperio austríaco. Pero los que en la fatiga de gobiernos inseguros y en la fuga triunfante habían salvado, con las manos ensangrentadas en el esfuerzo, el arca santa de la libertad, la escondieron, inmaculados, «mientras duraba la vergüenza» en un rincón donde el pan era tan escaso como abundante el honor; la muerte por el derecho del país funde, al fuego de la Reforma, al indio y al criollo; y se alza Juárez, cruzado de brazos, como fragua encendida en las entrañas de una roca, ante el imperio de polvo y locura, que huye a su vista y se deshace.

Hoy campea segura la libertad, por modos suyos y crecidos con el país, en la república serena y majestuosa, donde la hermosura de la Naturaleza prepara a las artes, donde la mirada de la mujer mueve a la vez a la piedad y al lujo; donde la prueba franca de la guerra ha afirmado la paz; donde templa el trato amigo las diferencias de la condición y la pena de vivir; donde el vivir no es pena. Hoy descansa, en reposo vigilante, aquel pueblo que, cuando pelea, pelea como si vaciara en sus hijos la lava de sus volcanes; y cuando ama, ama como ha de amar el clavel a la llamarada de la aurora. Ya no es Tenochtitlán, la ciudad de guerreros y de sacerdotes, la que pasea en las plazas de México, y entra a orar en sus teocalis, y boga cantando, al son del remo, en las chalupas; es París quien pasea, refinado y airoso, por aquellas alamedas de follaje opulento que, al rumor de las fuentes, cala sobre las sendas una luna más clara que ninguna otra luna. Los perseguidos y hambrientos de ayer son hoy estatuas en el Paseo de la Reforma. El palacio de la República va sumiso por la calle de la riqueza y el trabajo, como buscando el alma del país, al palacio indio de los emperadores. Rey parece cada lépero de la ciudad, por el alma independiente y levantisca. La noche alumbra el portón donde, a la sombra de un zarape, conversan de amor los novios pobres; o el teatro que corona al poeta nacional, con las flores que se arrancan del talle las mujeres; o el salón donde la esposa del Presidente trata con sus amigas del alivio de las madres desamparadas; o el baile donde compiten en vano con la mujer de México la palma y la magnolia. Al asomar el día bajan de sus canoas, como en cestas de flor, las indias de vestido azul; trae el canal, de las islas flotantes, la hortaliza y la jardinería; bulle, como avispero despierto, la industria popular; se abre a los jóvenes ávidos la muchedumbre de escuelas y de bibliotecas; pasan de brazo los poetas con los obreros y los estudiantes; vierten en las plazas su carga de

trabajadores los tranvías; silban, proclamando a la nación, las chimeneas de los ferrocarriles. Resucita, al abono de la propia sangre, aquel alma imperial que huyó, en el horror de la conquista, a lo profundo de la tierra, y hoy sazona, con la virtud indispensable de lo nativo, el alma importada. Como de la raíz de la tierra le viene al mexicano aquel carácter suyo, sagaz y señoril, pegado al país que adora, donde por la obra doble de la magnífica Naturaleza, y el dejo brillante de la leyenda y la epopeya, se juntan en su rara medida el orden de lo real y el sentimiento romántico.

¿Y ante quién tributaremos el entusiasmo que nos inspira la obra firme y creciente de la República que viene a ser en América como la levadura de la libertad, sino ante el que, con el mérito y brío de su persona, más con su cargo oficial de Cónsul, representa a México en Nueva York, ante uno de los luchadores gloriosos que han puesto la libertad de la tierra mexicana, la libertad de pensar y de vivir por sí, donde no parece que haya poder que la derrumbe, ante aquel cuya barba blanca ennoblece el rostro donde se revela la juventud del corazón, como aquellos festones de delicado gris, canas del bosque, que realzan el verde perpetuo de las colinas que vieron vivir a Moctezuma, y morir, al pie de su bandera, a los cadetes heroicos de Chapultepec? ¡Señor: como los guerreros de manto y penacho de diversos climas se juntaban al pie del ahuehuete, a jurar su ley al árbitro imperial, las Repúblicas agradecidas de América, con palmas invisibles y flores selladas con el corazón, se juntan alrededor de la bandera mexicana!

Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Venezuela, en 1892

Señoras, señores:

No con la voz penosa de quien vive aún en la fatiga de los primeros días de América, puesto que sólo se han de contar en un pueblo los días que nacen de aquel en que se sacudió de la frente la corona extraña; no con la voz caída de quien, hasta por el cuerpo ruin, padece de envidia de aquellos cíclopes que escalaron el cielo y se trajeron de él la banda azul que abrió en dos, para siempre, el antiguo pabellón; no con la voz desmayada de la en-

fermedad tenaz, sino con acentos que fueran a la vez como fragor de rayo y como música de seda, quisiera yo sacar del relicario de mi pecho aquella tierna reliquia de la pasión que guardo en él para el pueblo que a la hora de la libertad puso en sus hombres la fuerza de los ríos con que echa atrás el mar, y el ímpetu y el fuego y el estrépito con que arrancaron de los senos de la tierra sus montañas; para el pueblo que pone en sus mujeres el alma nacarada y aromosa de su flor de café.

Porque yo no sé que haya derecho más grato que el de admirar como hijo al pueblo por donde América mostró al mundo cómo la libertad vence desnuda, sin más cureña que el lomo de caballo ni más rancho que recortes de cuero, al poder injusto que se socorre de las riquezas de la tiranía y del mismo ciego favor de la Naturaleza; de venerar como hijo a la tierra que nos ha dado en nuestro primer guerrero a nuestro primer político, y el más profundo de nuestros legisladores -en el más terso y artístico de nuestros poetas; de amar como hijo a la república donde las almas, a modo de espada de fábrica finísima, son todas de acero, que pica frente a frente, para quien les pellizca la dignidad o les rebana la tierra del país, y para el que de afuera va a pedirles techo y pan son todas puño de oro.

Duermen tal vez otros pueblos, -que es cosa que no se ha de hacer, porque hay siempre pueblos que acechan y vigilan, -duermen otros pueblos tal vez, entretenidos en comadrear por las ventanas o en descascarar el maíz, sobre una gloria que sólo tiene derecho a recordar quien la cultiva y continúa; y suele uno que otro americano, -por el anhelo codicioso de las pompas y bienes del mundo, o por aturdimiento fácil ante las maravillas ajenas, acaso más viciadas que seguras, o por el horror natural de los trastornos y la sangre, o por impaciencia mal aconsejada de progresos superficiales e inmaduros, -proclamar más pesada de la cuenta, o abandonar a la lluvia y el polvo del camino, la patria que sus padres sublimes les confiaron, para obtenerle del Universo indiferente la paz del respeto, y librarla del desdén peligroso con que miran a las almas entecas los creadores y fuertes de este mundo; ¡pero a Venezuela, como a toda nuestra América, a nuestra América desinteresada, la hemos de querer y de admirar sin límites, porque la sangre que dio por conquistar la libertad ha continuado dándola por conservarla! ¡Proclamemos, contra lacayos y pedantes, la gloria de los que en la gran labor de América se van poniendo de quicio y abono para la paz libre y decorosa del continente y la felicidad e independencia de las generaciones futuras!

Fue un día en que de la tierra, como la Naturaleza de los llanos después de las lluvias, surgieron, a medio vestir, los héroes que descansaron de la cabalgata en el alumbramiento de Ayacucho; ¡y allí las margariteñas fueron de más valor que las perlas de la Margarita, que a cestos vaciaban, sin fatigárseles las manos, en el tesoro de la libertad, siempre mendiga en sus primeras horas; y allí, con sus manos blancas y afiladas, como la fragante reina de la noche de su jardín, a su hermano imberbe armaban caballero, de la caballería que no vuelve la espalda sino como en las Queseras, aquellas magníficas barcelonesas, torres de alabastro; y con las valencianas de hospital y reserva, daban el frente a los demonios montados de Boves los espectros de lanza y cinturón que defendían a Valencia invencible; y «con los escarpines de raso» y el incendio de la patria asolada en las mejillas, salieron de sus flores y naranjos a la tiniebla de la emigración, como el jacinto teñido de sangre, las finas caraqueñas ¡Y allí se abrazaban los hombres a la pólvora, y el sol ante su luz palidecía de celos; y volvió a ser que los hombres a pie firme anduviesen y triunfasen sobre las aguas de la mar y le cortaron a Ribas la cabeza del gorro frigio y la mano inmortal con que señala su camino a América!

Luego fue el día -porque el drama de la sangre tiene siempre más de un acto- en que, con el calor de la libertad novel en las regiones apartadas de propósito por la malicia colonial, o enemistadas por los celos de predominio o las diferencias de cultura, las armas criadas en la pelea contra el opresor se emplearon en acomodar, con la prisa pródiga de la juventud, las entidades que la distancia y la emulación no han podido dividir tanto como las ha juntado al cabo el patriotismo. Y con los métodos violentos que eran de naturaleza en un país sanguíneo y brillante, venido al gobierno propio sin el conocimiento ni costumbre de las prácticas despaciosas y rutinarias de la libertad, precipitó Venezuela generosa, a saltos armados, la amalgama indispensable para la fundación de un pueblo -por la ley de los árboles nuevos, que tienen el corazón muy cerca aún de la corteza, y no por la impotencia inherente que los débiles o los ignorantes creen reconocer en esto que no es más que el cumplimiento útil e inevitable de un simple trance histórico. ¡Héroes tuvo Venezuela, bellos como banderas desgarradas, y como el potro fiero de su escudo, y como el rayo primero del Sol, en la pelea sobrenatural de la independencia!, ¡y héroes ha tenido, no menos útiles por ser menos gloriosos, en esta brega de amasar, con cadáveres, y con desterrados, y con presos, los cimientos firmes e inconmovibles de una verdadera república!

¡Y entonces fue la miríada de los méritos: de los llaneros que se amoldaban a la presidencia; de los maestros canosos que hacían del pecho trinchera del civismo; de los magistrados que volvían del sitial de la nación a la silla de la cátedra; de los coroneles a quienes no les salía el discurso a la multitud sino cuando estaban a caballo, con la lanza en su bota; de los patricios que, en el continuo choque de la mezcla urbana y postiza de la civilización de Roma y las de Francia y los Estados del Norte, con la civilización burda y real que caía de las regiones naturales del país, hallaron tiempo para exponer los cánones del mundo nuevo y de la literatura constante en aquella lengua que crece con los años, como el aroma del vino generoso; para cantar la Naturaleza y los afectos en una poesía que mantuvo siempre -aun en la época en que el fuego patriótico parecía tener su forma propia en las importaciones románticas, aun en los días en que el afán de la emancipación definitiva llevaba a tomar los modelos franceses de sus mismos imitadores españoles-, aquel orden ameno y encendida moderación por donde en las letras de América tiene aire como de rosa entre flores la literatura venezolana. Entonces fue cuando, con los vaivenes de la fortuna en aquellos años de subir y de caer, se enseñó en sus quilates mayores el alma de la mujer de Venezuela, palma en el salón, y sol suave en la casa, y amiga en la adversidad; de aquella mujer que sabe unir, sin egoísmo ni rudeza, el albedrío al decoro, y en las quintas del valle hace olvidar, con su gracia elocuente e ingenua, los tornasoles y hermosuras que de todas partes reclaman los ojos en aquella soberbia naturaleza, y en los paseos de la plaza florida viene y va como la misma flor, con su elegancia y su finura, a quien el jardinero ha dado asueto para travesear por los jardines.

Y hoy es el día de la grandeza más difícil, en que los que reciben de sus padres, en el carácter ya hecho a la realidad y a la disciplina, el país más compacto y adulto, han de ordenar, como están ordenando, las fuerzas nacionales, descascaradas en la larga trilla, y han de evitar, como están evitando, la suerte que en el mundo que avanza ha de caber a los pueblos que no se deciden a avanzar con el mundo; hoy es el día de trabajar y de juntar, en que una juventud que pide al empleo directo y al estudio de los problemas propios la paz dichosa que jamás vendría de ideas de afuera ni de amistades artificiales, ni de la creencia impropia y enervante en la irremediable superioridad ajena, entiende acaso que entró ya la América en aquella hora de alma eficaz y común en que se cumplirá por fin el angustioso anhelo, el deseo profético y mortal, de aquel cuyo nombre no se ha de

decir, porque con evocarlo sólo ya las almas se subliman y elevan; del que por las astas tomó a la Naturaleza, cuando la Naturaleza se le oponía, y la volcó en tierra; del que cuando pensó en «poner una piedra fundamental para la libertad» en América no la pidió para la libertad de Venezuela, sino para la libertad sudamericana; del que murió del afán devorador de alzar a tiempo, con un siglo de tiempo, las energías que al cabo de él habría de necesitar para su salvación, en la batalla esencial y evitable, el continente que

Ni de soberbia, ni de ambición, ni de despecho murió el hombre increíble que acaso pecó por todas ellas; sino del desacuerdo entre su espíritu previsor, turbado por aquella misma viveza de la fuerza personal que lo movía a las maravillas, y la época de distancias enemigas y de civilizaciones hostiles, o incompletas y ajenas, o aborígenes y degradadas, que juntó él mismo a vivir; del desacuerdo murió entre su concepto impaciente y original de los métodos de creación de un país a ningún otro semejante, y los conceptos, más influyentes a veces que sinceros, de los que en la misma libertad prefieren el seguro de la canonjía a las emociones costosas y saludables de las labores de raíz; murió de la lucha, por entonces inútil, entre su idea continental con las ideas locales, y de la fatiga de conciencia de haber traído al mundo histórico una familia de pueblos que se le negaba a acumular, desde la cuna, las fuerzas unidas con que podía, un siglo más tarde, refrenar sin conflicto y contener para el bien del mundo las excrecencias del vigor foráneo, o las codicias que por artes brutales o sutiles pudiesen caer, arrollando o serpeando, sobre los pueblos de América, cuando levantasen por su riqueza un apetito mayor que el respeto que hubiera levantado por su odio y auxilio. ¡Y se cubrió el grande hombre el rostro, y murió frente al mar!

Me lleno de júbilo y de orgullo al ver cómo, en la casa de la nieve, hemos tallado el altar donde se comulga en la amistad discreta y entrañable de los pueblos de nuestro continente. Y al mirar al pie de esta bandera, más limpia de sangre inocente que ninguna otra de las grandes banderas del mundo, y más empapada de sangre gloriosa, los hijos agradecidos de nuestra familia de pueblos, que vienen a poner las almas, atónitas aún de admiración, ante la madre de nuestras repúblicas, siento que en las botas de pelear, que no se ha quitado todavía, se pone en pie el genio de América, y mira satisfecho, con el fuego vivífico de sus ojos, a los que, de buena voluntad para todos los pueblos buenos de la Tierra, cumplen, sin comprometerlo con coque-

Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispano-americana de Nueva York en honor de Simón Bolívar el 28 de octubre de 1893.

Con la frente contrita de los americanos que no han podido entrar aún en América; con el sereno conocimiento del puesto y valer reales del gran caraqueño en la obra espontánea y múltiple de la emancipación americana; con el asombro y reverencia de quien ve aún ante sí, demandándole la cuota, a aquel que fue como el samán de sus llanuras, en la pompa y generosidad, y como los ríos que caen atormentados de las cumbres, y como los peñascos que vienen ardiendo, con luz y fragor, de las entrañas de la tierra, traigo el homenaje infeliz de mis palabras, menos profundo y elocuente que el de mi silencio, al que desclavó del Cuzco el gonfalón de Pizarro. Por sobre tachas y cargos, por sobre la pasión del elogio y la del denuesto, por sobre las flaquezas mismas, ápice negro en el plumón del cóndor, de aquel príncipe de la libertad, surge radioso el hombre verdadero. Quema y arroba. Pensar en él, asomarse a su vida, leerle una arenga, verlo deshecho y jadeante en una carta de amores, es como sentirse orlado de oro el pensamiento. Su ardor fue el de nuestra redención, su lenguaje fue el de nuestra naturaleza, su cúspide fue la de nuestro continente; su caída, para el corazón. Dícese Bolívar, y ya se ve delante el monte a que, más que la nieve, sirve el encapotado jinete de corona; ya el pantano en que se revuelven, con tres repúblicas en el morral, los libertadores que van a rematar la redención de un mundo. ¡Oh, no! En calma no se puede hablar de aquél que no vivió jamás en ella; ¡de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o un manojo de pueblos libres en el puño y la tiranía descabezada a los pies! Ni a la justa admiración ha de tenerse miedo, porque esté de moda continua en cierta especie de hombres el desamor de lo extraordinario; ni el deseo bajo del aplauso ha de ahogar con la palabra hinchada los decretos del juicio; ni hay palabra que diga el

misterio y fulgor de aquella frente cuando en el desastre de Casacoima, en la fiebre de su cuerpo y en la soledad de sus ejércitos huidos, vio claros, allá en la cresta de los Andes, los caminos por donde derramaría la libertad sobre las cuencas del Perú y Bolivia. Pero cuanto dijéramos, y aun lo excesivo, estaría bien en nuestros labios esta noche, porque cuantos nos reunimos hoy aquí somos los hijos de su espada.

Ni la presencia de nuestras mujeres puede, por temor de parecerles enojoso, sofocar en los labios el tributo; porque ante las mujeres americanas se puede hablar, sin miedo, de la libertad. Mujer fue aquella hija de Juan de Mena, la brava paraguaya que, al saber que a su paisano Antequera lo ahorcaban por criollo, se quitó el luto del marido que vestía y se puso de gala, porque «es día de celebrar aquel en que un hombre bueno muere gloriosamente por su patria»; mujer fue la colombiana de saya y cotón, que, antes que los comuneros, arrancó en el Socorro el edicto de impuestos insolentes que sacó a pelear a veinte mil hombres; mujer la de Arismendi, pura cual la mejor perla de la Margarita, que a quien la pasea presa por el terrado de donde la puede ver el esposo sitiador, dice, mientras el esposo riega de metralla la puerta del fuerte: «Jamás lograréis de mí que le aconseje faltar a sus deberes»; mujer aquella soberana Pola, que armó a su novio para que se fuese a pelear, y cayó en el patíbulo junto a él; mujer Mercedes Abrego, de trenzas hermosas a quien cortaron la cabeza porque bordó, de su oro más fino, el uniforme del Libertador; mujeres las que el piadoso Bolívar llevaba a la grupa, compañeras indómitas de sus soldados, cuando a pechos juntos vadeaban los hombres el agua enfurecida por donde iba la redención a Boyacá, y de los montes andinos, siglos de la naturaleza, bajaban torvos y despedazados los torrentes.

Hombre fue aquel en realidad extraordinario. Vivió como entre llamas, y lo era. Ama, y lo dice, es como florón de fuego. Amigo, se le muere el hombre honrado a quien quería, y manda que todo cese a su alrededor. Enclenque, en lo que anda el posta más ligero barre con un ejército naciente todo lo que hay de Tenerife a Cúcuta. Pelea, y en lo más afligido del combate, cuando se le vuelven suplicantes los ojos, manda que le desensillen el caballo. Escribe, y es como cuando en lo alto de una cordillera se coge y cierra de súbito la tormenta y es bruma y lobreguez el valle todo, y a tajos abre la luz celeste la cerrazón, y cuelgan de un lado y otro las nubes por los picos, mientras en lo hondo luce el valle fresco con el primor de todos sus colores. Como los montes era él ancho en la base, con las raíces en las del

mundo, y por la cumbre enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde. Se le ve golpeando, con el sable de puño de oro, en las puertas de la gloria. Cree en el cielo, en los dioses, en los inmortales, en el dios de Colombia, en el genio de América y en su destino. Su gloria lo circunda, inflama y arrebata. Vencer ¿no es el sello de la divinidad? ¿Vencer a los hombres, a los ríos hinchados, a los volcanes, a los siglos, a la naturaleza? Siglos ¿cómo los desharía, si no pudiera hacerlos? ¿No desata razas, no desencanta el continente, no evoca pueblos, no ha recorrido con las banderas de la redención más mundo que ningún conquistador con las de la tiranía, no habla desde el Chimborazo con la eternidad y tiene a sus plantas en el Potosí, bajo el pabellón de Colombia picado de cóndores, una de las obras más bárbaras y tenaces de la historia humana? ¿No le acatan las ciudades, y los poderes de esta vida, y los émulos enamorados o sumisos, y los genios del orbe nuevo, y las hermosuras? Como el sol llega a creerse, por lo que deshiela y fecunda, y por lo que ilumina y abrasa. Hay senado en el cielo, y él será, sin duda, de él. Ya ve el mundo allá arriba, áureo de sol cuajado, y los asientos de la roca de la creación, y el piso de las nubes, y el techo de centellas que le recuerden en el cruzarse y chispear, los reflejos del mediodía de Apure en los rejones de sus lanzas; y descienden de aquella altura, como dispensación paterna, la dicha y el orden sobre los humanos. ¡Y no es así el mundo, sino suma de la divinidad que asciende ensangrentada y dolorosa del sacrificio y prueba de los hombres todos! Y muere él en Santa Marta del trastorno y horror de ver hecho pedazos aquel astro suyo que creyó inmortal, en su error de confundir la gloria de ser útil, que sin cesar le crece, y es divina de veras, y corona que nadie arranca de las sienes, con el mero accidente del poder humano, merced y encargo casi siempre impuro de los que sin mérito u osadía lo anhelan para sí, o estéril triunfo de un bando sobre otro, o fiel inseguro de los intereses y pasiones, que sólo recae en el genio o la virtud en los instantes de suma angustia o pasajero pudor en que los pueblos, enternecidos por el peligro, aclaman la idea o desinterés por donde vislumbran su rescate. ¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el Inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía! América hervía, a principios del siglo, y él fue como su horno. Aún cabecea y fermenta, como los gusanos bajo la costra de las viejas raíces, la América de entonces, larva enorme y confusa. Bajo las sotanas de los canónigos y en la mente de los viajeros próceres venía de Francia y de Norte América el libro revolucion-

ario, a avivar el descontento del criollo de decoro y letras, mandado desde allende a horca y tributo; y esta revolución de lo alto, más la levadura rebelde y en cierto modo democrática del español segundón y desheredado, iba a la par creciendo, con la cólera baja, la del gaucho y el roto y el cholo y el llanero, todos tocados en su punto de hombre; en el sordo oleaje, surcado de lágrimas el rostro inerme, vagaban con el consuelo de la guerra por el bosque las majadas de indígenas, como fuegos errantes sobre una colosal sepultura. La independencia de América venía de un siglo atrás sangrando; ¡ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma! Así, en las noches aromosas de su jardín solariego de San Jacinto, o por las riberas de aquel pintado Anauco por donde guió tal vez los pies menudos de la esposa que se le murió en flor, vería Bolívar, con el puño al corazón, la procesión terrible de los precursores de la independencia de América: ¡van y vienen los muertos por el aire, y no reposan hasta que no está su obra satisfecha! Él vio, sin duda, en el crepúsculo del Ávila, el séquito cruento... Pasa Antequera, el del Paraguay, el primero de todos, alzando de sobre su cuello rebanado la cabeza; la familia entera del pobre Inca pasa, muerta a los ojos de su padre atado, y recogiendo los cuartos de su cuerpo; pasa Tupac Amaru; el rey de los mestizos de Venezuela viene luego, desvanecido por el aire, como un fantasma; dormido en sangre va después Salinas, y Quiroga muerto sobre su plato de comer, y Morales como viva carnicería, porque en la cárcel de Quito amaban a su patria; sin casa adonde volver, porque se la regaron de sal; sigue León, moribundo en la cueva; en garfios van los miembros de José España, que murió sonriendo en la horca, y va humeando el tronco de Galán, quemado ante el patíbulo; y Berbeo pasa, más muerto que ninguno -aunque de miedo a sus comuneros lo dejó el verdugo vivo-, porque, para quien conoció la dicha de pelear por el honor de su país, no hay muerte mayor que estar en pie mientras dura la vergüenza patria; ¡y de esta alma india y mestiza y blanca, hecha una llama sola, se envolvió en ella el héroe, y en la constancia y la intrepidez de ella; en la hermandad de la aspiración común juntó, al calor de la gloria, los compuestos desemejantes; anuló o enfrenó émulos, pasó el páramo y revolvió montes, fue regando de repúblicas la artesa de los Andes, y cuando detuvo la carrera, porque la revolución argentina oponía su trama colectiva y democrática al ímpetu boliviano, catorce generales españoles, acurrucados en el cerro de Ayacucho, se desceñían la espada de España!

De las palmas de las costas, puestas allí como para entonar canto perenne al héroe, sube la tierra, por tramos de plata y oro, a las copiosas planicies que

acuchilló de sangre la revolución americana; y el cielo ha visto pocas veces escenas más hermosas, porque jamás movió a tantos pechos la determinación de ser libres, ni tuvieron teatro de más natural grandeza, ni el alma de un continente entró tan de lleno en la de un hombre. El cielo mismo parece haber sido actor, porque eran dignas de él, aquellas batallas; ¡parece que los héroes todos de la libertad, y los mártires todos de toda la tierra, poblaban apiñados aquella bóveda hermosa, y cubrían, como gigante égida, el aprieto donde pujaban nuestras almas, o huían despavoridos por el cielo injusto, cuando la pelea nos negaba su favor! El cielo mismo debía, en verdad, detenerse a ver tanta hermosura: de las eternas nieves ruedan, desmontadas, las aguas portentosas; como menuda cabellera, o crespo vellón, visten las negras abras árboles seculares; las ruinas de los templos indios velan sobre el desierto de los lagos; por entre la bruma de los valles asoman las recias torres de la catedral española; los cráteres humean, y se ven las entrañas del universo por la boca del volcán descabezado; ¡y a la vez, por los rincones todos de la tierra, los americanos están peleando por la libertad! Unos cabalgan por el llano y caen al choque enemigo como luces que se apagan, en el montón de sus monturas; otros, rienda al diente, nadan, con la banderola a flor de agua, por el río crecido; otros, como selva que echa a andar, vienen costilla a costilla, con las lanzas por sobre las cabezas; otros trepan un volcán, y le clavan en el belfo encendido la bandera libertadora. Pero ninguno es más bello que un hombre de frente montuosa, de mirada que le ha comido el rostro, de capa que le aletea sobre el potro volador, de busto inmóvil en la lluvia del fuego o la tormenta, ¡de espada a cuya luz vencen cinco naciones! Enfrena su retinto, desmadejado el cabello en la tempestad del triunfo, y ve pasar, entre la muchedumbre que le ha ayudado a echar atrás la tiranía, el gorro frigio de Ribas, el caballo dócil de Sucre, la cabeza rizada de Piar, el dolmán rojo de Páez, el látigo desflecado de Córdoba, o el cadáver del coronel que sus soldados se llevan envuelto en la bandera. Yérguese en el estribo, suspenso como la naturaleza, a ver a Páez en Las Queseras dar las caras con su puñado de lanceros, y a vuelo de caballo, plegándose y abriéndose, acorralar en el polvo y la tiniebla al hormiguero enemigo. Mira, húmedos los ojos, el ejército de gala, antes de la batalla de Carabobo, al aire colores y divisas, los pabellones viejos cerrados por un muro vivo, las músicas todas sueltas a la vez, el sol en el acero alegre ¡y en todo el campamento el júbilo misterioso de la casa en que va a nacer un hijo! ¡Y más bello que nunca fue en Junín, envuelto entre las sombras de la noche, mientras que en pálido silencio se astillan contra el brazo triunfante de América las últimas lanzas españolas!

Y luego, poco tiempo después, desencajado, el pelo hundido por las sienes enjutas, la mano seca como echando atrás el mundo, el héroe dice en su cama de morir: «¡José! ¡José! vámonos, que de aquí nos echan; ¿adónde iremos?» Su gobierno nada más se había venido abajo, pero él acaso creyó que lo que se derrumbaba era la república; acaso, como que de él se dejaron domar, mientras duró el encanto de la independencia, los recelos y personas locales, paró en desconocer, o dar por nulas o menores, estas fuerzas de realidad que desaparecían después del triunfo; acaso, temeroso de que las aspiraciones rivales le devorasen los pueblos recién nacidos, buscó en la sujeción, odiosa al hombre, el equilibrio político, sólo constante cuando se fía a la expansión, infalible en un régimen de justicia y más firme cuanto más desatada. Acaso, en sueño de gloria, para la América y para sí, no vio que la unidad de espíritu, indispensable a la salvación y dicha de nuestros pueblos americanos, padecía, más que se ayudaba, con su unión en formas teóricas y artificiales que no se acomodaban sobre el seguro de la realidad; acaso el genio previsor que proclamó que la salvación de nuestra América está en la acción una y compacta de sus repúblicas, en cuanto a sus relaciones con el mundo y al sentido y conjunto de su porvenir, no pudo, por no tenerla en el redaño, ni venirle del hábito ni de la casta, conocer la fuerza moderada del alma popular, de la pelea de todos en abierta lid, que salva, sin más ley que la libertad verdadera, a las repúblicas; erró acaso el padre angustiado en el instante supremo de los creadores políticos, cuando un deber les aconseja ceder a nuevo mando su creación, porque el título de usurpador no la desluzca o ponga en riesgo, y otro deber, tal vez en el misterio de su idea creadora superior, los mueve a arrostrar por ella hasta la deshonra de ser tenidos por usurpadores.

¡Y eran las hijas de su corazón, aquellas que sin él se desangraban en lucha infausta y lenta, aquellas que por su magnanimidad y tesón vinieron a la vida, las que le tomaban de las manos, como que de ellas era la sangre y el porvenir, el poder de regirse conforme a sus pueblos y necesidades! ¡Y desaparecía la conjunción, más larga que la de los astros del cielo, de América y Bolívar para la obra de la independencia, y se revelaba el desacuerdo patente entre Bolívar, empeñado en unir bajo un gobierno central y distante los países de la revolución americana, nacida con múltiples cabezas, del ansia de gobierno local y con la gente de la casa propia! «¡José, José! vámonos, que de aquí nos echan; ¿adónde iremos?...»

¿Adónde irá Bolívar? ¡Al respeto del mundo y a la ternura de los americanos! ¡A esta casa amorosa, donde cada hombre le debe el goce ardiente de sentirse como en brazos de los suyos en los de todo hijo de América, y cada mujer recuerda enamorada a aquel que se apeó siempre del caballo de la gloria para agradecer una corona o una flor a la hermosura! ¡A la justicia de los pueblos, que por el error posible de las formas, impacientes o personales, sabrán ver el empuje que con ellas mismas, como de mano potente en lava blanda, dio Bolívar a las ideas madres de América! ¿Adónde irá Bolívar? ¡Al brazo de los hombres, para que defiendan de la nueva codicia y del terco espíritu viejo la tierra donde será más dichosa y bella la humanidad! A los pueblos callados, como un beso de padre, hombres del rincón y de lo transitorio, a las panzas aldeanas y los cómodos harpagones, para que, a la hoguera que fue aquella existencia, vean la hermandad indispensable al continente y los peligros y la grandeza del porvenir americano! ¿Adónde irá Bolívar?... Ya el último virrey de España yacía con cinco heridas, iban los tres siglos atados a la cola del caballo llanero, y con la casaca de la victoria y el elástico de lujo venía al paso el Libertador, entre el ejército, como de baile, y al balcón de los cerros asomado el gentío y como flores en jarrón, saliéndose por la cuchillas de las lomas, los mazos de banderas. El Potosí aparece al fin, roído y ensangrentado; los cinco pabellones de los pueblos nuevos, con verdaderas llamas, flameaban en la cúspide de la América resucitada; estallan los morteros a anunciar al héroe, y sobre las cabezas, descubiertas de respeto y espanto, rodó por largo tiempo el estampido con que de cumbre en cumbre respondían, saludándolo los montes. ¡Así, de hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas!

(Patria. Nueva York, 4 de Noviembre de 1993)

La fiesta de Bolívar en la Sociedad Literaria Hispanoamericana

Nueva York, octubre 1893

La América, al estremecerse al principio de siglo desde las entrañas hasta las cumbres, se hizo hombre, y fue Bolívar. No es que los hombres hacen

los pueblos, sino que los pueblos, con su hora de génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre. A veces está el hombre listo y no lo está su pueblo. A veces está listo el pueblo y no aparece el hombre. La América toda hervía; venía hirviendo de siglos; chorreaba sangre de todas las grietas, como un enorme cadalso, hasta que de pronto, como si debajo de la tierra los muertos se sacudieran el peso odioso, comenzaron a bambolear las montañas, a asomarse los ejércitos por las cuchillas, a coronarse los volcanes de banderas. De entre las sierras sale un monte por sobre los demás, que brilla eterno; por entre todos los capitanes americanos resplandece Bolívar. Nadie lo ve quieto, ni él lo estuvo jamás. A los diecisiete años ya escribe, pidiendo a su novia, como un senador, y de la primera frase astuta descabeza la objeción que le pudiera hacer el suegro prócer; poco antes de caer de su fogosa monocracia al triste tamarindo de San Pedro, de la lava del poder al delirio de la muerte, escribía a menudo a un general para que herrase los caballos de este modo o de aquel y les bañara los cascos con cocuiza; y a otro le dice, en carta larga y sutil, que aproveche para su objeto, para hacer una república del Alto Perú, todos los recursos y todas las pasiones; con Olmedo se cartea muy por lo fino, quitándole o poniéndole al Canto de Junín, como pudiera el más gallardo crítico; y de nervudo análisis, escueto y audaz, hay pocas muestras como su memoria, un tanto malhumorada de las causas por que cayó la primera república de Venezuela. Pero la naturaleza del hombre, como la de América en su tiempo, era el centelleo y el combate; andar hasta vencer; el que anda, vence. Su gloria, más que en ganar las batallas de la América, estuvo en componer para ellas sus elementos desemejantes u hostiles, y en fundirlos a tal calor de gloria, que la unión cimentada en él ha podido más al fin que sus elementos de desigualdad y discordia; su error estuvo, acaso, en contar más para la seguridad de los pueblos con el ejército ambicioso y los letrados comadreros que con la moderación y defensa de la masa agradecida y natural; mas para ver estas cosas hay que ir a lo hondo y obligar a la gente a pensar; que es trabajo que suele agradar menos a los petimetres literarios y políticos que el de ponerle colorines y floripondios a la fachada de la historia. Por sus hazañas vistosas y pasmosas es más conocido Bolívar. Del historiador Gervinus al cholo del Perú, todos le ven desensillando el caballo en la agonía de San Mateo; pasando los torrentes y el páramo para ir a redimir a Nueva Granada; envolviendo con las llamas de sus ojos y con sus escuadrones a los realistas de Carabobo; hablando con la inmortalidad en el ápice del Chimborazo; abrazándose en Guayaquil con San Martín, entristecido; presidiendo en Junín, desde las sombras de la noche, la última batalla

al arma blanca; entrando de lujo al Potosí, a la cabeza de su ejército conversador, mientras los pueblos y montes le saludan y en la cumbre del cerro de Plata ondean las banderas nuevas de sus cinco repúblicas. Otros lo ven muerto, casi sin ropa que ponerse, en el espanto de la caída, al borde de la mar. ¡Los cubanos lo veremos siempre arreglando con Sucre la expedición, que no llegó jamás, para libertar a Cuba!

La Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York convidó el 28 de octubre a una fiesta en honor de Bolívar, y fue la ocasión digna del héroe. Henchido estaba el salón histórico de la Sociedad. Altivos argentinos, cultos colombianos, venezolanos valientes, cubanos silenciosos, todos de toda nuestra América, se saludaban como una nación sola. Nuestra mujer, más galana que nunca, fue, cargada de flores, a la fiesta de aquel que escribía tan abrasantes cartas de amor, y habló, tal vez mejor que nunca, cuando anunció la libertad a «las hijas del Sol». Presidía, con la faja del mar entre el amarillo y el rojo y con las siete estrellas blancas sobre el azul, la enseña de Venezuela. ¿Qué tiene que todos los americanos la ven como la bandera madre? Y la fiesta entera brilló por su dignidad singular y por un amor como de hijo al que echó el mundo viejo e inútil de nuestro continente. Música escogida llenó los descansos breves del pensamiento. Decir Bolet Peraza es como haber dicho que su discurso presidencial, de oportuna historia y cincelados engastes, fue sobrio y majestuoso tributo al creador americano; era como rosa de oro cada luciente párrafo. Un hombre de armas y letras, con el apellido del redentor de la esclavitud en su república, el descendiente de un hombre que astilló mucha lanza española cuando Bolívar, el general Domingo Monagas, leyó un trabajo de peso, en estudio de las fuerzas sociales, y demanda de más realidad y conjunto, y de más oído a la conciencia colectiva, en el arte de gobernar los pueblos que emancipó el caraqueño luminoso. De los poetas de Bolívar presentó cumplidas muestras el señor Enrique Trujillo, que en el correcto discurso halló manera propia de recordar la servidumbre y las esperanzas de Cuba. De noble prosa, realzada por conceptos felices de la obra del libertador, fue la ofrenda del señor Carlos Benito Figueredo, calzada cuerdamente con unos párrafos como diamantinos sobre la vida de Bolívar, de Eduardo Caleaño, aquel que nos escribía, cuando los años de nuestro honor, su artículo de «¡Fuego!». La cercanía de Patria a José Martí prohibe decir más ahora que la ternura visible con que de sus labios de cubano oyó el discurso ferviente aquella compañía de toda nuestra América; de él sólo recuerda Patria estas palabras: «Quien tenga patria, que la honre; y quien no tenga patria, que la

conquiste; esos son los únicos homenajes dignos de Bolívar». ¡Y eso, y no palabra, es lo que bulle en el pecho cubano, al recordar aquella solemne noche! Esta es hora de andar, más que de decir; el que anda, vence. La hermana de Bernabé de Varona estaba en la fiesta, y el presidente le regaló

Apuntes

Después del mar, lo más admirable de la creación es un hombre. Él nace como arroyo murmurante, crece airoso y gallardo como abierto río, y luego -a modo de gigante que dilata sus pulmones, se encrespa ciego, y se calma generoso- ¡genio espléndido de veras, que sacude sobre los hombros tan regio manto azul, que hunde los pies monstruosos en rocas transparentes y corales!; ¡genio híbrido y extraño que cuando se mueve se llama tormenta, y cuando reposa, noche de luna en el Océano, lluvia de plata, y plática de estrellas sobre el mar! -Aquí sobre esta arena menudísima, tormento de los pies y blanca muerte de las olas, tapizada de conchas quebradizas, salpicada de bohíos de lindo techo de trenzadas pencas, esmaltada de indígenas robustas, aquí entre estos hombres descuidados, entre estas calles informes, sobre esta arena agradecida que no sofoca con su ardor al extranjero que la pisa, aquí reposa mi alma, señora de su fatiga, contenta con la serenidad de esta grandeza, poblada y consolada en medio de esta muelle soledad.

La buena voluntad es un reflejo que pone en el rostro la suave luz de luna, que ha dado el cielo a cada espíritu de hombre: ¡qué noche tan amarga, cuando, allá en el fondo de nuestra conciencia, la luz serena y permanente descubre alguna sinuosidad! ¡Qué revolverse en el lecho! ¡Qué pedir consuelo en vano a los recuerdos, a las esperanzas, a los paseos, a los versos, a los libros! Parece que la mala acción cometida está escrita en la onda de cada nube, en la quebrada luz de cada estrella, en cada ardiente voz de nuestro espíritu. En cambio ¡qué plácido sueño cuando esta [...] lumbre no ilumina en el corazón más que llanuras! El alma satisfecha acrece las fuerzas, rejuvenece el rostro, desarruga la frente de los viejos, perpetúa la beldad de las mujeres, limpia de ortigas los años, aligera los miembros, aviva

la voluntad, acrecienta los caudales. Más joven se levanta cada mañana el hombre bueno: así los viejos suizos, amigos y camaradas de los Alpes, mueren con los ojos azules y con el color sonrosado en las mejillas, ¡porque no han doblado en un siglo el ramo de roble en que se apoyan, ni su conciencia pura -blanca como sus neveros- su báculo más fuerte!

Dejé en la Habana las iras de los hombres; y traspuse llegando a Progreso, si bien por tiempo breve, las majestuosas iras de la mar. Mido yo mi grandeza por la de los océanos irritados: cuando viajaba en el potente Celtic, buque de inmigrantes y de príncipes, donde vi -y no en los príncipes- más héroes respetables, el negro Atlántico reunía todas las fuerzas de su seno, no cabía su cuerpo dilatado en la implacable orilla de sus mares, y se retorcía con sacudimientos montañosos, pidiendo fuerza al cielo, negro también y oscuro, como la frente de sañudo padre, que quiere detener con su ira las impaciencias de un hijo rebelado. Mar vea el cielo, allá en la inmensidad del horizonte. Nunca sentí terror ante tan grandes luchas; antes [...], las fauces, bien firmes en las órbitas mis ojos, rey también entre tanta majestad, sentía hercúleas mis espaldas. Un religioso espíritu me transportaba; afán de batalla me poseía, hogar mío creía yo a aquel espacio negro y barco hondo, y regocijado como un niño, adoraba aquel peligro, que al fin me conocía y miraba al cielo alto, que es mi manera de pintarme de rodillas. ¡Qué desdén luego en mis ojos para todo lo que no amaba conmigo la tormenta! Verdad que nunca oí manera de rugir más formidable. ¡Pueril lenguaje fuera comparado al de las ondas atlánticas airadas, el de una selva de leones desatada sobre árabes temerosos en impenetrable noche oscura! Duda la mano débil al transportar a los hombres tan hermoso honor. Jamás tuvo cantor la epopeya de la Naturaleza, ni lo ha tenido aún la epopeya del esfuerzo de los hombres. Eran el mar y el buque como masas de espíritus inmensos; placíanse en el combate, y reposaban de sus golpes como generosos enemigos. Allá viene la negra montaña, ladeado el cráter, crecientes las faldas, jadeante y horrible; y hace cresta, se extiende, se yergue, ya se lanza rugiente sobre el buque. Y el gran Celtic se dilata, se encorva, se inclina al lado mismo de la ola con su borde poderoso -el hondo aceroso borde, abre sus brazos férreos como para ahogar mejor a la montaña, y se endereza y se sacude, vencedor gigante; conmueve la onda horrible y la echa fuera. Tal vez adolorido, calla el mar esta labor de abismo, y fatigado de la lucha, se estremece sobre su base colosal, como si se desatara el ruido de bronce a sus miembros. Ruge sordamente, como monarca perturbado; mas otra vez, en cambio, corre de su férrea cabeza a su ligero extremo onda

apacible, y parece, al resplandor de la tiniebla, un león satisfecho que lame con su lengua el pelo de oro.

Y luego, tras dos años, ¡qué azulado ese Océano sombrío, qué desarrugado el ceño de ese cielo, qué mezquino guerrero en vez de aquel ferrado batallador! ¡Oh! la nación norteamericana morirá pronto, morirá como las avaricias, como las exuberancias, como las riquezas inmorales. Morirá espantosamente como ha vivido ciegamente. Sólo la moralidad de los individuos conserva el esplendor de las naciones.

Los pueblos inmorales tienen todavía una salvación: el arte. El arte es la firma de lo divino, la revelación de lo extraordinario. La venganza que el hombre tomó al cielo por haberlo hecho hombre, arrebatándole los sonidos de su arpa, desentrañando con luz de oro el seno de colores de sus nubes. El ritmo de la poesía, el eco de la música, el éxtasis beatífico que produce en el ánimo la contemplación de un cuadro bello, la suave melancolía que se adueña del espíritu después de estos contactos sobrehumanos, son vestimentos místicos, y apacibles augurios de un tiempo que será todo claridad. ¡Ay, que esta luz de siglos le ha sido negada al pueblo de la América del Norte! El tamaño es la única grandeza de esa tierra. ¡Qué mucho, si nunca mayor nube de ambiciones cayó sobre mayor extensión de tierra virgen! Se acabarán las fuentes, se secarán los ríos, se cerrarán los mercados ¿qué quedará después al mundo de esa colosal grandeza pasajera? El ejemplo de la actividad, que si ha asombrado tanto a la tierra, aplicado a la tierra, debe salvarla y equipararla al cielo, cuando anime con igual empuje las naves veleras de las aguas, y las salvadoras realidades del espíritu.

La América del Norte desconoce ese placer de artista que es una especie de aristocracia celestial. Sólo las almas elevadas gustan toda la íntima belleza de ese mundo extramundano. La admiración universal alimenta el ara no apagada de la Grecia; pasó el pueblo, y quedó su reflejo; se prostituyó su nacionalidad, y la Grecia es aún madre perenne y admirable, no ha perdido sus formas, a pesar de haber amamantado tantos hijos. Inagotable es la fuente de sus senos, inmarchitable la verde palma que sobre ellos abandona con molicie; empapados están sus labios todavía de la sabrosa y eterna miel de Himeto.

Hoy ha dejado el puerto esa redonda nave en que vinimos, vulgar, cómoda, apática, sin gallardía en sus velas, sin elegancia en su atrevimiento, sin

atrevimiento siquiera! Al fin la nave sueca imita en forma y marcha el regio andar del cisne; la gran nave de Hamburgo, fresca y gruesa, retrata en sus anchuras la franca cordialidad de sus armadores; la audaz proa británica vuela airosa, velera enamorada de la mar, y murmura la góndola en Venecia las historias de amor de sus canales.

México

De pronto, como artesa de siglos, de edades, la tierra se abre a los pies, honda, verdeada a cuartones, a fajas verdes, verdeoscuro, amarillo de oro, con su verdor crespo en la tierra negruzca, con su hilo de techos y árboles por lo largo del camino, y los montes alrededor, prendida la sombra de un pico a otro, o cogida de un hombro, como si de cada uno fuese a asomarse al valle la naturaleza. La india, de rebozo azul, ofrece por la ventanilla un cesto de granados.

Por los cortes rojos (la locomotora). El cerro de los pinos, como cabeza de chino, que se pelan a cuadros.

Por los cortes rojos va bajando, sujetando el aliento, la locomotora. Un ave parda cruza en lo alto el abismo. Por una caída -como cosida a pespuntes,

Por entre las laderas empieza a verse el valle plomizo. A una vuelta, la hermosura.

De Esperanza a lo primero, la cuchilla enorme.

Al salir de Esperanza; en lo alto de la sombra de un cerro, un golpe de oro que verdea, que negrea, que amarillea de nuevo, que se entra por el bosque oscuro, corona del cerro inmediato.

Se encoge el corazón de tanta hermosura. Los ojos queman. Se juntan las manos, en gracias y en plegaria.

¿Y quiénes son los dueños de esta tierra? ¿Una raza canija, de vasta distancia entre el poder de idear y el de la voluntad -entre el bello discurso y la bella acción?

I.-Belleza.

II.-Pregunta: ¿acción?

III.-Los peligros que le cercan. ¡Oh México!

IV.-Sí: descripción de lo que veo. México crece. Ha de crecer pa. la defensa, cuando sus vecinos crecen pa. la codicia. Ha de ser digno del mundo, cuando a sus puertas se vea librar la batalla del mundo. ¿Qué va a ser Am -rica: Roma o América, César o Espartaco? ¿Qué importa que el César no sea uno, si la nación, como tal una, es cesárea? ¡Abajo el cesarismo americano! ¡Las tierras de habla española son las que han de salvar en América. la libertad! las que han de abrir el continente nuevo a su servicio de albergue honrado. La mesa del mundo está en los Andes.

De la cumbre comba, por cuya brusca ladera crecen a trechos pinos dorados, bajan, muy tendidos al valle, los jalones selvosos. Ya hay cerros de basalto, que baja el agua turbia.

La iglesia de Maltrata, que luce blanca, rodeada de tejados, entre arboledas negras.

Al salir de los túneles, el sol tiene color de llama. Pinos, hojas, negras, piedra caliza.

Por entre las laderas, veteadas y musgosas, estribadas, grietas pardas, como arrugas de viaje, el tablero del valle, sus tajos de calles, sus cercados y tufos de verdeoscuro, su iglesia rodeada de techos rojos -de tejados rojos.

Como ejército en marcha; por la cresta del monte, pegados unos tras otros,

1.-El tablero.

2.-Las fajas de verdes-claros.

3.-El verdor crespo.

¡Oh México querido! ¡Oh México adorado, ve los peligros que te cercan! ¡Oye el clamor de un hijo tuyo, que no nació de ti! Por el Norte un vecino avieso se cuaja: por el Sur &. &. Tú te ordenarás: tú entenderás; tú te guiarás; yo habré muerto, oh México, por defenderte y amarte, pero si tus manos flaqueasen, y no fueras digno de tu deber continental, yo lloraría, debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego vetas de hierro para lanzas -como un hijo clavado a su ataúd, que ve que un gusano le come a la

Maltrata: Ah ¡qué grandeza! Como que algo se cae dentro del pecho y se arrodilla.

¿Y los dueños de esta tierra, la dejarán morir, decaer (caer en manos extrañas)? La hermosura de un pueblo ¿no es el deber de utilizarla? La inteligencia de un hombre ¿qué es más que el deber de emplearla? ¿Creerán que basta morir a última hora, sin la fuerza de la vigilancia anterior, contra un enemigo más fuerte por más vigilante? ¿Qué es la capacidad de morir sin la superior de ordenar?

Jolbós

Viniendo de Progreso a la Isla de Mujeres, se pasa muy cerca de Contoy. Jolbós es un pueblecillo de pescadores, mucho menos importante que la isla, frecuentado solamente por cayucos o canoas pequeñas, que allí hacen el comercio de tortugas y cazones. No vive el pueblo solamente de la pesca, hay también milpas, pobres haciendas y estos frutos y la pesca son vendidos por los habitantes en los pueblos de la costa, y principalmente en Progreso para Mérida. Consiste la riqueza de Jolbós, la mayor riqueza allí posible, en una milpa, una casa en el puentecillo y una o dos canoas. Así se reúne en una misma mano al productor, al consignatario y al comerciante.

Contoy es todavía mucho menos que Jolbós. Es un islote de una o dos leguas de extensión, habitado exclusivamente por gran cantidad de pájaros diversos, que en enormes bandadas recorren por la costa; parecen en su carrera ondas negras desquiciadas. Ya son rabihorcados ligeros, ya buchones alcatraces, ya albas garzas, va picudos zaramagullones.

La pesca en las orillas del Contoy es abundante; hay allí grandes tortugas, enormes chalupas, negras tintoreras.

A las veces, los marineros bajan a la costa, empuñan un palo, y tal es la abundancia de las compactas masas de aves, que a golpes matan y hieren centenares de ellas. Hienden también el aire del Contoy las blancas gaviotas, al par que alterna en los mares de alrededor con la picuda veloz la fresca cherna.

En tanto, deja su labrada huella en la playa arenosa la elegante zolla, caracol blanco y puntiagudo, de base espiral y dilatada trompa.

El islote está lleno de mangle.

Isla de Mujeres

Crecen en su playa arenosa el rastrero hicaco, el útil chite, una uva gomosa, fruta veraniega, semejante a la caleta cubana; y verdeando alegre y menudamente por el suelo, el quebrado kutz-bósh; que la gente pobre y enviciada usa a manera de tabaco. Tuestan la yerbecilla; y la envuelven a modo de picadura en papel de estraza: hacen esto principalmente los pescadores; cuando les hostiga en la costa la necesidad de fumar.

Bordan la arena sutilísimos encajes, correcta y pulidamente trabajados en su marcha nocturna por los caracoles, y cangrejos. Es admirable la perfección y simetría de esas largas y trenzadas huellas que las numerosas patas y el ancho carapacho de los cangrejos hacen en la arena finísima. La cruzan en todas direcciones, formando caprichosos dibujos: buscan de noche su alimento, y así labra esta nimia belleza el pueblo cangrejuno.

¡Qué baratas las casas! Seis pesos ha costado a Mr. Le Plougeou, erudito americano, un poco hierólogo, un poco arqueólogo, locuaz y avaricioso, industrial de la ciencia, que la ha estudiado para hacer comercio de ella, seis pesos le ha costado ese bohío de chite en forma de óvalo. Delgados mangles lo sustentan y arena blanda lo tapiza; pencas enlazadas lo protegen de la lluvia, sin estorbar la entrada a la sabrosa brisa que viene de la costa, donde negrean recalando en las claras ensenadas las veloces y largas lisetas. Allá apunta el gallardo cementerio, cercado de piedra, vestido de limpio, sembrado de cruces, colocado, como la tumba de Chateaubriand -en un lugar solitario de la tierra, cercano de la mar. Aquí no es posible la muerte, entre tanta mujer amable; onda transparente, rumor de cocotero y cielo puro. Mientras la muerte es más natural, es más bella. La muerte solitaria es imponente; la muerte urbana, es ridícula. Sonriente y tranquilo, limpio y blanco, he ahí en esas tumbas incorrectas el cementerio verdadero. ¡Ay de las almas si no han podido presentarse a lo Eterno revestidas de igual blancura!

En aquellas clarísimas tierras deben oscurecerse más las manchas.

Por aquí llaman villano al que ha nacido en Valladolid, a bien que este

Paseaba yo esta mañana con este raro hombre que sabe de memoria a Genti -Bernard, a Voltaire, a Boileau, a Ronsard, a Molière; que toca deliciosamente la ternísima música de Flotow; que viaja con un chaquetón y dos hamacas, con un diccionario de Bouchirt y dos títulos de médico; con una cara rugosa y una conversación amena, con los pies descalzos y el bolsillo totalmente aligerado de dineros. Cuando lo veo cubierto -no debo decir coronado- de canas; cuando me pregunto cómo esos pies desnudos han venido a ser cimiento errante y vagabundo de un alumno de la universidad de Montpellier; cuando leo en la miseria y descuido de esta vida, y en esta vejez sin gloria y sin apoyo, un secreto culpable y doloroso, pienso que, puesto que ese hombre no es un emigrado político, debe ser un emigrado de sí mismo. A esa edad no se pasea la miseria por ignotas tierras; cuando se está contento de su pasado, se habla de él; cuando no se habla de él, es porque su recuerdo pesa y avergüenza. ¡Ay! infeliz del viejo que no ha cumplido el precepto del árabe: este hombre no ha hecho un libro, no ha plantado un árbol, no ha creado un hijo. Ha visto, sin embargo, el cielo rojo del

Egipto; ha recordado a Volney ante las ruinas elocuentes de otra edad; ha subido en Canarias a la meseta azufrada del Teide; reculó espantado en Orizaba ante el peligro grandioso del ferrocarril de Veracruz a México; ha pisado humildemente durante diez años la árida y destrozada tierra yucateca; hizo en Madrid la vida de estudiante de provincia, vio en Londres el cetro nuevo de 1832 y hoy ha llegado, con dos reales fuertes españoles, un violín roto y dos libros mugrientos a esta tierra de Chipre, bella y nueva, donde las chozas limpias se levantan a la sombra de los poblados cocoteros.

¡Oh! ¡también la vida tiene sus miserables presidiarios! Tal vez porque lleva el alma medio muerta, huyó esta mañana ese pobre hombre de aquel alegre, invitador, sonriente, cementerio. Temí ahondar las heridas del emigrado de sí mismo, y no pude pasear a mi sabor por el pueblo de diminutas casas blancas. Albo color, amor de mi vida.

En este pueblo de pescadores, trazado a cordel, sin una creencia que no ve a una superstición, sin una aspiración, sin un respeto, los hombres emigran o hacen contrabandos; los marineros canarios, que azotan estos mares en busca del carnudo mero, entretienen los amantes ocios de estas mujeres bondadosas, dotadas de afabilidad extrema, inteligencia natural y gran ternura. Apenas albean resplandecientes el holgado hipil y el fustán blanco, y la saya y el rebozo han reemplazado en este pueblo mixto el traje primitivo. A bien que es de dudar si aquí lo hubo, porque, aunque esta tierra se llama de viejo Isla de Mujeres, es lo cierto que su población es nueva; y que fue bautizado el caserío con el nombre de Puebla de Dolores, tal vez en memoria del valeroso sacerdote que alzó enseña terrible ante el pueblo asombrado mexicano, y que sujetó a humano los misterios irracionales de las vírgenes. ¿A qué llamar al cielo los místicos en demanda de oraciones?

No han conocido a las mujeres de la tierra esos fantásticos pobladores de los cielos.

Aquí se pescan caguamas y tortugas que no se venden mal en la costa de Belice. Consiste la riqueza en un cayuco danzarín, que coge y vierte sal, que lleva carey y trae maíz, y que de vez en cuando burla la vigilancia, siempre burlable, de la canoa de guerra que cura de los derechos del Fisco en estas cumbres.

Los criados, que son a modo de esclavos, sujetos a sus amos, que así les llaman aún, por los caprichosos anticipos de que éstos les hacen larga cuenta, prestados sobre servicios personales, van por marzo y abril a las costas cercanas, llevan maíz para su alimento; algún bohío de mangle, tienen sus redes rematadas con grandes trozos de madera, y allí pescan pacientemente tres o cuatro meses; la época en que ya no prenda en sus lazos la perezosa tortuga.

Dicen que eso es vivir; y veo que viven.

En mí, el fuego de la impaciencia, lanzaría roto mi cráneo al mes de aquella vida sin cielo de alma; sin líos de mujer; sin trabajo, sin gloria y sin amor.

En tanto van trayendo cargamentos parciales a esta linda bahía, que si bien no da alcance a buques de mucho calado, ofrece a las embarcaciones menores muy seguro y muy cómodo abrigo.

Se compra aquí con huevos; se llama al aguardiente de caña, habanero, se hacen frecuentemente bailes con poninas, contribución voluntaria que no excede nunca de cuatro reales, y en ellos, como en todas partes, se bebe abundante cantidad de vino dulce.

Bailan muy muellemente, bien es que no de otra manera pueden expansionarse las naturales jovialidad y pasión de estas mujeres. Dicen que los carnavales son muy animados; no falta algún canario de bordada pantufla, calzón amahonado y camisa azul, que dando trancos por la arena, persiga al bullicioso tropel de mestizas, que más se ofrecen que esquivan, y más ríen que huyen al que las alcanza para teñirles la mejilla de polvo de arroz de Nueva Orleans, o cascarilla meridiana, o polvo de papa de Belice.

Ni falta tampoco, allá en la plaza, una familia de Cozumel, donde un viejecillo de camisa y calzón; de tez morena y acento honrado, que llama aun blancos a los españoles, y viste a su mujer de largo camisón de puntas de color, explica al viajero curioso como Cozumel se deriva de Cuzamil, que significa tierra de murciélago -porque Cuzaín es murciélago. Y si el viajero es avaricioso de noticias y pregunta por qué Catoche se llama Catoche, el mismo viejecillo, que acaba de ofrecerle asiento en una hamaca de henequén, le dirá tal vez que como los españoles preguntasen a los indios el nombre de aquella extraña tierra, éstos, confiados y benévolos, le

dijeron:

Kox-otox, ven a mi casa: ¡Ay! ¡Y fueron!

En esa casa misma ¿por qué no se puede hacer amistad con airosas jóvenes, vestidas a más moderna usanza que su madre?

Tienen tendida en la espalda la negra cabellera, y si en la una centellean dos grandes ojos verdes sobre la viva tez morena, en la otra dos grandes ojos negros son realzados por su fragante color blanco y encendida rosa de sus mejillas. El seno les reluce; seno de Ceres y Pomona, del traje de traidora muselina; y la redonda juventud campea en los abiertos hombros y arrogante cuello, orlado atado por cadena larga de oro, que baja hasta la cintura delicada. Y son pobres mujeres tabaqueras. Ellos hablan del boniato importado de Cuba, más dulce y más grande que el camole; hablan de la naranja refrescante, del menudo plátano, de la variada milpa, que así llaman la hacienda cozumeleña; de la guanábana aromosa, de la negra tierra, fácil para el cultivo del tabaco, del café, de la caña, que todo esto, en abundancia y confusión pasmosa, produce la isla dócil.

Es tierra, sin embargo, miserable; sus hijos no han sabido aprovechar tan raras ventajas, tan productivo suelo, tan amable clima, y, sin comercio, sin tráfico siquiera, sin estímulo, sin necesidades, sin empleo, la raquítica población amengua, y los naturales del país, que en él han llegado a avanzada edad, emigran. La Isla de Mujeres, dotada de mejor bahía, está al menos segura de que no faltará un viajero sediento que contemple gustoso cómo trepa por el tronco resbaladizo el indio armado de cuchillo que va a arrancar al cocotero su pesado y abastecido racimo verde.

De vez en cuando, cuéntase, sentado en taburetes de madera, o en incómodos sillones de ancho espaldar y corto y corvo asiento, a medias sofocados los oyentes por el olor del aceite de caguama, luz aquí de acomodados y de pobres; cuéntase cómo, frente a Cozumel, los indios, más que bárbaros, tímidos del trato rudo de los blancos, ocupan y hacen inaccesible la antigua ciudad histórica de Tulima cuyas ruinas no ceden en importancia a las de xmal.

En un bohío cercano el ama de la casa, en cuyo hipil resalta la labrada tierra roja sobre el lienzo blanco, señala un trozo de madera, donde, grabada en

letras doradas, se lee un nombre inglés, que, suspendido sobre la puerta del único cuarto de la casa, es en ella la prenda más valiosa, y con asentimiento de la única indígena con canas que ven los curiosos en el pueblo, y con gran asombro de los pequeñuelos que revuelven con los piececillos descalzos el suelo de arena, relátase allí cómo naufragó un barco grande de tres cubiertas lleno de americanos y madamas que no se sabe dónde fueron; y cómo, entristecida la familia de un vecino porque han llevado al hijo de la casa a ser soldado, han recibido noticia de que el bravo Kem, jefe de una tribu alzada, que es un tanto su tío o menos pariente, le promete librarlo de entre la turba de cartucheras y chacó.

Y como en comenzando a contar historias va llegando la madrugada sabrosamente y sin sentir cata que ya la luna está en lo alto del cielo, y brillan como plata las arenosas calles, y se oye el mugir recio del mar un tanto airado, cuando, avisado la concurrencia por el sueño que se entra y el ruido que va de la alzada hora, desdobla la dueña del bohío la [...] hamaca, tiempo que entra a solicitar alojamiento un indio de Jolbós, que viene con su cesta al hombro y su bolsa de maíz a la cintura, bolsa y maíz que despiertan los apetitos de los chicuelos que resguardan del aire frío con sus rebozos, a la par que las mozas y mayores reparan en cierto isleño calavera, que sale, medio a hurtadillas de una casa que cierra su puerta con presteza, sin pensar que la malicia adivina tras la madera la mano complaciente de alguna fácil amadora que no faltan ciertamente por la Isla.

¡Oh! las hijas sin padre, los padres que abandonan, y los desventurados pueblos sin sentido moral, sin concepto de honradez y sin criterio.

Asoma luego el día, se abre la puerta de la casa, salta de la hamaca sorprendido por el sol, el huésped retrasado, tiende la hotelera, gruesa y [...] limpio mantel sobre la mesa de amarillo pino, y a ella se acoda el huésped; que humea en ella una taza de chocolate, preparada a sus propios ojos con frescos y gruesos granos de cacao.

Luego el desayuno, examinando los bordados de hilos de colores que adornan el mantel, y cuando la revoltosa criatura que ayuda al ama en sus quehaceres, le trae para orear manos y labios ancha jícara con agua, queda el viajero sonriente, viendo cómo le dan para enjugarse un espacioso pañuelo, en cada uno de cuyos lados hay un verso bordado en letras negras, que ex-

presa casi siempre un pensamiento amoroso, revelado a medias por inocentes jeroglíficos.

Curazao

Ante el mar limpio, terso, muelle y azul como ningún otro mar, luego de haber costeado largamente la isla; monótona y mondada, se ve al fin un pueblecillo compacto y risueño, porque no hay pueblo que no sea risueño después de diez días de cielo igual y mar igual. El aire es cálido: la atmósfera transparente, desnuda a los ojos curiosos el aseado ajuar exterior de las pesadas casas, que con sus árboles menguados, y sus tejados rojos y sus paredes altas, agujereadas por ventanas menudísimas, y su construcción elemental, como si sobre un paralelepípedo se encaramase un, recuerdo a la memoria, que se goza generosamente en volvernos a nuestros inmaculados días azules; esos juguetillos de madera que labran y pintan en sus horas de ocio los labriegos de la opaca Alemania. Eso es desde lejos Curazao: una caja de casas de juguete. Las fortalezas de piedra parecen de cartón. Los arbolillos, escuetos y quejumbrosos, se asemejan a aquellos desdichados palillos pardos, coronados por verdes virutillas. Y el mismo amarillo suelo semeja el papel amarillo y áspero en que yacen casas, árboles, pastoras, campesinos y corderos. Sólo que aquí luego que se entra en la vía plácida, y el buque fatigado pega sus ijares –henchidos de cajones y barriles- al muelle por donde vagan unos cuantos negros de lánguido andar y pies descalzos, los corderos se convierten en burros como el lugar, amarillosos, ora llevados a la mano por ancianos negros de negro chaleco y holgado pantalón y saco blanco, cubierto el lomo, como si lo hubiera aderezado para montarlo, un campesino guatemalteco, de apiñado vellón; -ora, trotando traviesamente huyendo el anca esquiva del negrillo gentil que lo fustea, y haciendo danzar, saltar, caracolear el carro que conduce; -ora esperando, con cómica mansedumbre, sacudiendo de vez en cuando el sillón de montar que lo enjaeza, a la dama feliz que ha de pavonearse en tan airosa y enérgica cabalgadura. ¡Coyuctudos burrillos!

¿Y las pastoras? Las pastoras son aquí mulatas anémicas, negras informes, viejas harapientos que ahúman a la orilla de la ría sardinas secas. Un cotor-

ral parlero que vuela espantado de una palma a otra, no vocea, no cacarea, no grita con tan estridente grito, no asombra y asorda como esta parvada de singulares criaturas, que huelgan ampliamente dentro de sus vestidos de percal inflados por el viento. No las redimen a nuestros estéticos ojos de su negro color la curva llena, la hendida espalda, los fulminantes ojos, la hinchada sensual boca, las pomas altivas, los hombros redondos, los menudos pies de la mujer negra de África. Y de los blancos ¡ay! no tienen más que el desdén que las envilece, y los vicios que empujadas de la miseria y de la ignorancia de más puros placeres -comparten y halagan. Ninguna mano amante ha echado semilla en ese bosque hojoso y perfumado, que atrae, como los bosques tantos rayos; que carga el aire, como los bosques de tanto aroma: la generosa imaginación. Descubiertos algunos... arrodillado al lado de esas almas, he saludado en ellas el mar rugiente y vasto. Ahí van, raza degenerada, raza enferma, hablando rápidamente, con la exuberante fluidez del trópico, una lengua innoble y singular, mezcla incorrecta y bochornosa de castellano y neerlandés, una lengua que está entera en su nombre: papiamento. Ahí van, los hombres, en el traje ordinario de los negros pobres de estas tierras, ancho el sombrero de penca, azul o llama la camisa, de lienzo el pantalón blanco, contando al fin del día las placas con que les ha favorecido su oficio de boteros, empleados, en la mañana brillante, en el mediodía pastoso y tórrido; en la tarde benigna, en la noche misteriosa, que llevará la alada mente a las márgenes del Lido, a las cercanías de la Campanida, a los bordes de la piazetta del barco, en llevar de uno a otro lado la ría, capuchinos de barba luenga, refugiados de tierras en que se lucha, alemanes albinos, que se van adueñando de estos mares –niños petimetres, de tez tostada y rizado cabello, fumadorcillos precoces, de ojos ardientes y levita larga, en cuya aceitunada faz y estrecho cuerpo se lee como los desvíos prematuros del deseo comen en estas tierras las fuerzas malogradas corporales-, mantenimiento y lastre de la nave, en las zozobras graves de la vida. Y pasan durante el día los empleados públicos que van de un lado a otro de Curazao, por la plácida vía dividido, los alineados comerciantes, sobre cuyo chaleco de dril resplandece -como símbolo de moderna nobleza, gruesa leontina de oro-, y las doncellas de la villa, de menguado color y estrambótico y aéreo vestido. Y las ventrudas y descalzas negras, con la maciza crespa cabellera oculta por el pañuelo amarillo, azul, morado, rojo, cuyas flotantes puntas, como sonrientes en rebeldía, azota el bosque el viento; el desnudado seno holgado dentro del talle; deshonestamente alta la saya por delante, como para que no estorbe los pies recios- y por detrás lujosamente larga, por ese vil empeño que tiene siempre en no parecer miser-

able la miseria. Y pasa, como rarísima especie, un gendarme holandés, de ojo avaricioso, mostacho empomadado, pelo laso y agudo. Y el refugiado melancólico, que repara en esta chíprea paz sabrosa el estrago de las últimas fuerzas -o cobra en el aire marino vigoroso, y en el decano abandono de un puerto libre, fuerzas para crear tormentas nuevas. O el viajero no clasificado, hombre a menudo antipático y no extraño en estas tierras, de ojo ensangrentado y redondo, de tez bronceada, de patillas luengas, de hábitos dispendiosos, de lenguaje bronco, que es capaz de echar peces en el mostrador de la taberna como de limpiarse por dentro el alma oscura, y que poniendo el pie colérico, al salir de la posada del comercio en el pesado poncho, tan diferente ¡ay! de la góndola -dice, con muy grande razón, que no tomó jamás Curaçao más vil, amargo y licuoso que el que acaba de tomar -no bien de ser esta tierra de excelentísimas naranjas- en la posada mejor de Curazao. Que para tomar Curaçao hay que ir a Holanda.

Caída la tarde, luego de oír entrar, gozoso, como un triunfador romano, corpulento como un elefante de las aguas, un vapor de guerra prusiano; -de enviar las cartas al Postánkoor, que duerme y digan en las de estas buenas gentes -duerme abierto-, luego de vaciar en el muelle corrido los remos y harina que traíamos de New York -de ver salir blancas goletas, cuyas cubiertas animadas por pasajeras bulliciosas, lánguidos viajeros y [...] tripulantes, parecen, más que cubierta de buque, plaza de pueblo en feria; luego de mirar de cerca el elegante vapor veraniego que lleva a Maracaibo; luego de inquirir ansiosamente, por lo que toda lección sencilla sirve más tarde a quien gusta de reflexionar en las cosas de gobernación y mantenimiento de los pueblos, cómo en éste -por ser puerto libre, muy socorrido de mercaderes y de buques, que vienen a buscar aquí las cosas de Europa y la Am - rica del Norte para llevarlas a la América del Sur-, ya tan europea, y a llevarse de aquí, para las tierras de Vercingétorix y de Arvingo, los granos sabrosos y las maderas de cola de las tierras de Chilam Balam y Seguechul; luego de ahitar a una cohorte de mulatudos, medio desnudos, brillantes como napolitanos, secos como fruta chupada, amarillos como canisteles, con apretadas y gustosas tortas de nutritivo ajonjolí, que en tableros pequeños venden aquí, como elemental medio de vida, las mujeres pobres; luego de lamentar, y no en mi nombre sino en el de aquellos que viven dados a los goces del paladar, y dulzores del gusto, cómo no se respetan ya las en otro tiempo perfumadas y jugosas cáscaras de naranja –sustituidas hoy en la exportación por un poco, y no mucho, de hediondo y útil guano, riqueza única, sobre la que benéfica libertad-, madre aquí del comercio -

proporciona- de esta poblada y arcillosa isla; luego de ver pasar, como todo encogido y trémulo, sobre un pesado poncho, un burillo [...] de cañas finas, anchas desladeradas [...] aderezadas y enderezadas de [...], y fina cabeza, y móviles y claros ojos, -fuime del lado de allá de la ría entrando por la mejor calle de la banda del comercio, a hablar conmigo mismo esas sabrosas conversaciones del crepúsculo, ¡qué alivian tanto!, ¡qué prometen tanto!, ¡amables novias de la esperanza!, ¡punto de reposo, y de cobro de fuerzas del deseo! El alma, pudorosa, guarda sus más íntimas, y graves, y deleitosas confidencias, para esta hora sabrosa, en que, no temerosa ya de que la vean, se sale desnuda del cuerpo, a resarcirse y fortalecerse en el espectáculo y goce del alma universal, flotante en la onda de aire, palpitante en el éter

Calles a menudo tan estrechas como una calleja moruna, -portalejos oscuros, encimados sobre descarados escalones dejando ver, por la abierta menguada boca, la escalera holandesa, pendiente, estrecha y alta -que por encima termina en un corredor que da a la calle, alegrada por verdes persianas, y que a su pie ostenta ancianas negras, sentadas en los escaloncillos, cubiertas con sombreros de paja, ocupadas en contar y recontar los híbleos nísperos que llevan en su pardo tablero. -De súbito, da la calleja pedregosa en ancha lisa calle, bordada de macizas casas, con cal coloreadas, y con ladrillo o torta de cal ornamentadas. -Álzase aquí y allá, como rematando el triángulo de [...], un edificio de los tiempos, y si en los balcones de madera que se coronan algunos puntales, y en los terrados, rematados por cerca de ladrillo -vese, bien cómo estamos en tierra de sol, en las empinadas y altas construcciones, en las habitaciones apretadas, en la forma de esos balcones mismos, saliéndose osadamente del [...] elevado, un trecho bueno, hállanse huellas de aquellos pueblos fríos del mar del Norte-, pintorescos allí como marineros rudos y leales, y sus fantásticas, honradas mujeres, y los tarros de flores que adornan los altos balcones -morada y recreo de doncellas honestas y robustas, de grande, fuerte cuerpo, cabello abundantísimo, grandes ojos, franca risa y seno alto.

No discurren por las calles esos gentiles suramericanos, hercúleos y apolíneos [¿ni vencidos?], del campo -y si, comidos por el alma excesiva, y amezquinados por la vida rápida en la ciudad-, ardientes y pequeños como griegos. Amarilla es la calle -amarillas las casas, amarillo, con la puesta del sol-, digna del pincel melodioso de Swain Gifford -el vasto horizonte, amarillas escuálidas las gentes. No con ese noble bronce, color natu-

ralísimo del cuerpo que ostentan almas templadas a buen fuego, -sino con ese terroso matiz que acusa descuidada infancia, ascendencia oblicua, mente desocupada, sedentaria vida. De vez en cuando, por entre las verjas del patiecillo que sirve de vestíbulo a algunas de las más risueñas casas, asoman, como recortando trozos de amarillo cielo egipcio, perfiles de acero, arrogantes perfiles semíticos-. Porque no hay casa bella, del lado silencioso de la ría, luego de haber visto la cuadrada casa roja, coronada de un sol, donde ofician los masones -el templo protestante, no escaso de devotos, la iglesilla rematada por torre sinagogal, donde se leen aún, entre admirados coros, los grandes libros mosaicos; la casa techada de negro, donde, al decir de n/guía -«se hacen comedias»; y el alto templo gótico, donde se alzan espaciosas bóvedas para anidar los cantos solemnes con que se celebra al niño Vencedor de los [...]; no hay construcción cuidada, ya la pared humilde copia en ladrillo de los templos griegos, ya se entre a ella por atrio romano, ya ostente en la pared ornamentadas celosías, como las casas florentinas -nada hay que acuse riqueza, buen gusto, placidez, reposo, esmero-, que no sea, al decir de las gentes del pueblo -de un judío-. Y los judíos son allí muy amados, porque las gentes del pueblo [...] -dicen que hacen obra- la mejor de las obras, la hermosa limosna. En [...] y [...] se piensa, costeando, al caer del día, la silenciosa avenida de las villas. Como nota álgida de una gama de colores, brillan, entre los resplandores rojizos del día recién muerto -las lámparas redondas que alumbran con tintes encarnados, colgadizos y atrios. Convida aquella calma-, semejante a la que se gozaría en un cementerio de ricos, cruzado de vez en cuando por vaporosa e inspiradora forma blanca -a darnos dulces deleites de la mente-, al interior, profundo examen, que es la hora de preñez del pensamiento -y si ese placer divino de ver surgir, de nuestro espíritu agitado, hijos animados, pensamientos brillantes y veloces, crecientes por su propio empuje, más rápidos en su propio movimiento -como las ondas de los ríos-, como los movimientos de las ruedas. Pensar es desencadenar. Es sentarse a ver volar, como de entre senos de nubes, bandadas de pájaros. -Noble tarea- ¡pensar!

De súbito, atraído por la verde enramada, en este árido pueblo donde apenas, como esclavos macilentos, asoma sobre uno que otro musgo, un dátil pálido -o interrumpe el patio desierto un aplanado espino-, los ojos se entran por un portal de flores que lleva, por bajo florido cobertizo, al azul río. Matices venecianos iluminan, allá [...] la margen, la niña lánguida que arranca a la caja sonora palabras mejores que las palabras, más vastas y penetrantes y vibrantes que ellas -y a la madre que lleva el cuerpo y alma

vestidas de blanco-, y el padre venturoso, que goza del reposo de la casa, ese premio debido al que obra bien. ¡Oh!, ¡cuántos tormentos han generado esa calma!, ¡cuántos ríos amargos habrá braceado ese hombre antes de venir a la postre a descansar a la margen del río dulce! -Y se piensa en el viejo Tieppolo, y en el moderno Ziem, y en Tallien, en la condesa de Guiccioli, y en Lucrecia que ama, y en la veneciana que aroma, y en la góndola negra [...], de amoríos, que va sobre el canal, como cisne dormido -¡ataúd flotante dentro del que se escuchan bien ruidos de nido!

Más abigarrada es la población, árida la tierra, parleras las negras holandesas, mezquinos los burrillos, viejas cuanto limpias -las apiñadas casas-; y no se halla entre tanta singular vida distinta, como en revuelto pozo adonde vinieran a parar en remolino turbio aguas diversas -ese aire propio altivo, que encadena atención e imprime gracia-. Centavos bastan, para la vida del día a la gente pobre, mal suenan como arpa descordada, los pianos a cuyo son se baila sin reposo -y si al doblar una calle, viértese en [...] un carro largo y negro, traído a rastras de mal grado por un mísero y mal caballejo, y coronado en el pescante por [...] cochero, sentado a par de un chicuelo haraposo y alegre, que viene del pueblo silencioso como de gozosa gira -si tras el menguadísimo atalaje, arreo indigno de cosa tan grandiosa como un muerto, asoma un caballero escueto, como si se hubiera tallado en una lanza un hombre, y coronado con empinada chimenea y puéstole en las manos bastón negro, que mueve gravemente a manera de pavo-, sí tras él, a distancia larga, asoman dos ancianos, de faz para el severo trance pergeñada, enlevitados como cuáqueros, grave como dómines, luengos como flechas, negros como hierro damasquino en los talleres de Eibar, y asoman luego en masas caprichosas como colosales gotas de tinta, grupos de dolientes, dibujándose el negrísimo conjunto, sobre el suelo amarillo, liso, claro, como en una brillante acuarela de Heilbuth se dibuja un [...] anticuarios, vigoroso y coloreado como la vida, entre las ruinas y [...] del despedazado Coliseo, -afligese el ánimo de ver como los hábitos de los pueblos-, y la escasez de ese supremo bien -fuente de goces y aureador de abismos, el sentido artístico- puede hacerse para los [...] asuntos de burla [...] gorja -el místico trance y hora venturosa, grado de vida para el que ha obrado con valor y con honor- ¡la muerte!

¡Oh, mas cómo se agita ya, para mí que vengo de la ahogante nieve, -el alma poderosa americana! ¡Cómo, a ruido de aroma, brilla por entre esas paredes amarillas, sólidas murallas viejas, casas echadas abajo por los tem-

porales, portales coronados de los históricos hipogrifos neerlandeses- este espíritu férvido y amante -que el amor, como en un cráter, hierve-, en que los fuegos de la pasión se apagan en las salinas lágrimas de la Verdad! ¡Aquí empieza ya la mujer a ser tierna -el niño a ser brillante, a ser heroico y generoso el hombre! ¿Cuándo se prendió? ¡Qué buena, qué benévola, qué confiada, qué saludadora, qué servidora, qué blanda es la gente! Del no conocido fían, al extraño saludan y agasajan. Salen al encuentro los [...] agradecer; -y cuando hallo al niño que perdimos ¡con qué júbilo salieron los buenos mulatos descalzos a darme la noticia! ¡Con qué desgarrador acento decían adiós aquellos niños [...] al hermanito que dejaban! ¡Qué claras voces de despedida, llenas de ese [...] alegre [...] poblan el aire transparente! -¡Cómo recogía un hombre del suelo-, como quien recoge un tesoro, una página de versos! ¡Y así –dejando atrás el cuerpo libre, abrí el alma a la noche, sobre el buque alumbrado por la noche, hinchado ya el pulmón de aire de América!

Un viaje a Venezuela

Mientras atravesábamos, como pueblo feliz, la tierra misteriosa, hay muy cerca de nosotros pueblos nacientes que se trazan penosamente una vía en la historia humana, que luchan valiente y oscuramente para abrirse un camino entre las ruinas que obstruyen a sus viejas ciudades y a sus incultas campiñas. -La Biblia dijo la verdad: son los hijos quienes pagan los pecados de los padres: -son las Repúblicas de la América del Sur las que pagan

Cuando se ven a tantos hermosos países amenazados, como lo están siempre, por naciones avaras, roídos por sus odios domésticos, buscando, con esfuerzos desesperados, un modo de satisfacer su amor al lujo, entre sus indígenas que temen a los blancos, sus aristócratas que aborrecen a los negros, sus aldeanos que no trabajan por miedo de ver sus campos arrasados por las revoluciones, sus hombres brillantes envilecidos por la necesidad de vender a los afortunados triunfadores su talento y su honor -cuando se ve, a pesar de todo, crecer a esos pueblos, y aspirar a la vida, y pedir en su hermoso idioma español, con su fogosa e inagotable elocuencia, su puesto en

el concierto de los grandes pueblos-, se siente uno conmovido por la suerte de esos valientes luchadores que no han recibido de sus padres más que la ignorancia, los odios intestinos, el amor a la holganza, y las preocupaciones, madres fecundas de toda guerra permanente y de toda incurable miseria. -Esos pueblos tienen una cabeza de gigante y un corazón de héroe en un cuerpo de hormiga loca. Habrá que temerles, por la abundancia y el vigor de sus talentos, cuando se hayan desarrollado, aunque se nutren de ideas tan grandiosas, tan sencillas y tan humanas que no habrá motivo de temor: es precisamente porque se han consagrado, confusa y aisladamente, a las grandes ideas del próximo siglo, que no saben cómo vivir en el presente. Todo en ellos es prematuro y precoz -tanto los frutos como los hombres-. Los ideales más generosos, los sueños más puros ocupan en ellos sus largas noches de estudiante, sus días de hombre maduro. Criados como parisienses, se ahogan en su país: no sabrían vivir bien más que en París. Son plantas exóticas en su propio suelo: lo cual es una desgracia. No es preciso haber comido la ensalada negra de los espartanos para admirar a Leónidas. Cuando el pueblo en que se ha nacido no está al nivel de la época en que vive, es preciso ser a la vez el hombre de su época y el de su pueblo, pero hay que ser ante todo el hombre de su pueblo.

Hay por suerte un equilibrio perpetuo tanto en la naturaleza de los pueblos como en la de los hombres. La fuerza de la pasión está contrapesada por la fuerza del interés. Un apetito insaciable de gloria lleva a los hombres al sacrificio y a la muerte, pero un instinto innato los lleva al ahorro y a la vida. La nación que descuida una de esas fuerzas, muere. Hay que guiarlas juntas, cual la Pareja de caballos de un carruaje. Y esa es la razón de las desgracias de los países sudamericanos: la fuerza de la pasión ha sido allí hasta hoy más grande que la fuerza del interés. Se desprecia el dinero: se adora a la idea. Ser rico no es allí sino algo secundario. Ser conocido, ser glorioso, es grande: ese es el objetivo de sus esfuerzos. Lo que presagia días mejores para esas Repúblicas tan simpáticas y abnegadas, es que la fuerza del interés empieza a querer nivelarse con la fuerza de la pasión, y hasta quiere sobrepujarla, lo cual sería útil durante algún tiempo, para compensar por el exceso temporal de una fuerza, lo que ha habido de exceso permanente en la otra. Para los hombres modernos, vivir, por muy ruda que sea la obra de vivir, es un deber: se es martillo y hay que golpear el yunque. Morir ha sido el deber en esos países de la América del Sur. En la guerra de Independencia, a principios del siglo, morir para ser independientes; después de su victoria sobre los españoles, morir para ser libres. Una in-

definida necesidad de libertad domina y engaña a esos países nuevos, que no ven el bienestar público, esa gran fuerza política, que se llama el bienestar general, como un medio de asegurar la libertad, sino creen -en lo cual se equivocan- que sólo puede asegurarles su bienestar. -Son águilas que no caben ya en jaulas. Al igual que las aves de su selva, prefieren morir a ser esclavos. No quieren creer en las virtudes eficaces de la evolución progresiva: para ellos, no hay más salvación que la revolución violenta. Pero para un país son malos cimientos las pasiones que la guerra crea.

Por medio de una constitución política esperan aliviar sus desgracias y obtener el desarrollo de la Nación, sin ver que no serán bastante fuertes para tener una constitución política respetada y duradera sino cuando sean bastante trabajadores y bastante ricos para que el interés general ordene y preserve la fórmula de las libertades que hayan de garantizarla.

Hemos tomado estos informes en el propio terreno; venimos de esa tierra que vio nacer a Bolívar, aquel hombre a quien Washington amó, y que fue menos feliz que él, pero tan grande como él: nuestros caballos han pastado la yerba que ya antes habían comido los caballos de aquel formidable héroe, cuyas proezas deslumbran como relámpagos, cuyos soldados sin más naves que sus inquietos corceles de guerra, lanzáronse al mar, sitiaron y apresaron a los barcos españoles: venirnos de esa tierra en que nació el intrépido centauro, el hombre de la casaca roja, de ancho corazón, de mirada centelleante, que murió entre nosotros hace algunos años –José Antonio Páez. Llegamos de Venezuela, aún maravillada la vista ante tantas obras maestras de la Naturaleza, esperanzados de nuevo al ver los generosos esfuerzos que hace el país para repoblar sus bosques, renovar sus ciudades, acreditar sus puertos y abrir sus ríos al mundo; -y con el corazón entristecido por las razones históricas que harán subsistir por algún tiempo aún, en esa tan hermosa región, los odios que la roen, la pobreza que la debilita, la lucha pueril e indigna entre una casta desdeñosa y dominadora que se opone al advenimiento a la vida de las clases inferiores -y esas clases inferiores que enturbian con sus excesos de pasiones y de apetitos la fuente pura de sus derechos. La libertad no es una bandera a cuya sombra los vencedores devoran a los vencidos y los abruman con su incansable rencor: la libertad es una loca robusta que tiene un padre, el más dulce de los padres -el amor- y una madre, la más rica de las madres –la paz-. Sin mutuo amor, sin mutua ayuda, siempre será un país raquítico. La dicha es el premio de los que crean, -y no de los que se destruyen.

Venezuela vale bien el viaje que hay que hacer para llegar a ella, tras una travesía de doce días, bajo un cielo siempre azul y sobre un mar siempre azul, cielo y mar implacablemente bellos que son capaces de hacer desear la borrasca. Después de habernos despedido de nuestra maravillosa bahía, no se extraña la grandeza del mar, ni sus ruidosos, ni su majestad, ni su belleza: se sale de Nueva York. Allí, en medio del Océano, está el mar vacío: aquí, en medio de la ciudad está el mar lleno de hombres.

Al amanecer del octavo día se abren los ojos ante una preciosa y pequeña ciudad: una posesión holandesa. Esa ciudad es como algunos grandes hombres: hay que verlos de lejos. Si se desembarca en ella, la ilusión, cual si fuera una flor sumergida en un atmósfera miasmática, se desvanece. No hay en ella más que calles sucias, casas amarillas, caras enfermizas, negras gritonas y negros desvergonzados: algo así como una eterna disputa entre loros y cotorras: se maldice, se insulta, se amenaza con matar, se alzan los remos como para partir la cabeza -pero si cae el remo, es sobre la cabeza del cándido que se atreve a calmar esa tormenta de viento. Las riñas de los negros de Curazao -tal es el nombre de la ciudad- son como nubes tronadoras de las que jamás se desprendería el rayo. La ciudad, llena de criollas perezosas, de holandeses que representan a la metrópoli, de judíos ricos, de refugiados políticos de Venezuela y de Colombia, con bigotes negros como azabache y ojos brillantes como el filo de una espada, está atravesada por un brazo de mar. Pequeños barcos nombrados ponchos, una especie de góndola sin adorno ni poesía, surcan, cual si fueran moscas marinas, las tranquilas aguas: a veces transportan a un monje; otras veces, a uno de los potentados de la ciudad, vestidos de dril blanco; y otras, a un burrito gracioso y sufrido. Por la tarde, a la puesta del sol, el piso arenoso, las casas amarillas, el cielo rojizo, producen la impresión de un incendio que se apaga silenciosamente. La noche cae solemnemente sobre esa triste ciudad: es como un cementerio poblado de seres vivientes. Las gentes de Curazao -aparte de los holandeses, que hablan su idioma materno-, hablan un español horrible y un dialecto mezquino, sin fuerza ni gracia, el papiamento -que es el español con terminaciones holandesas: así, de sufrimiento hacen suffrimentol, de católicos, catholikanan. Curazao vive de la sal que produce la isla y del contrabando con Venezuela. La isla es árida cual una cabeza calva. Los árboles, pequeños como los de Navidad, no tienen más que espinas. Todo cuanto allí se come viene de fuera. Como carne, sólo hay carneros débiles y lastimeros, lo que desespera a los alemanes, esos grandes

comedores de carne cruda, que abundan en Curazao, y en toda la América, y entre los cuales hasta los hay que sueñan con la conquista de Venezuela – y es curioso el oírles decir: «Estos países deben de ser nuestros, porque los necesitamos. No hay más que tomar a la Guaira, a Puerto Cabello, a Maracaibo». Cierto que sí, y eso es lo que Mr. Bismarck enseña: «no hay más que tomar». Pero se olvidan de que un sarcófago vacío espera a los visitantes: el de Maximiliano.

Se deja a Curazao, y a las pocas horas se llega a Puerto Cabello, pequeña ciudad pobre y casi arruinada, que hace todo el comercio de Valencia, la segunda ciudad del país, y muy cercana al puerto. Pero es animado, y está lleno de gentes trabajadoras, ese pequeño Puerto Cabello, con su alegre jardín cargado de platanales, de limoneros, de naranjos, de guanábanas, de frutas dulces del trópico, y que, rodeado de su reja de hierro, parece como una cesta de flores que va, en busca de los forasteros. Paseando por él, se tropieza con las gentes del país, gritones y felices, con pantalones blancos y sombreros de Panamá; se refresca uno copiosamente con agua de coco tomada en su propia nuez, donde sabe mejor; causa pena la pobreza de la ciudad, la desigualdad de las calles, el abandono de los pobres pobladores; se compra una botella de ron de Maracaibo -una isla de pescadores conocida por el valor de sus hijos, famosos en otros tiempos por las hazañas de que los hicieron víctimas los filibusteros -pero cuyo ron blanco no vale lo que el viejo ron rojo de Jamaica; se acuesta uno en el barco al atardecer, y se levanta al amanecer ante la Guaira, el puerto de mar de Caracas, donde el general Miranda, cuyo glorioso nombre está inscrito en el Arco de Triunfo de París y que sirvió valientemente a la Revolución y peleó junto a Dumouriez, vivió mucho tiempo encarcelado como culpable de haber sido el predicador de la idea de independencia de la América del Sur: fue realmente un gran hombre, serio y poderoso. La ciudad, construida irregularmente a los pies de una gran montaña, es accidentada, tortuosa, alegre, como replegada en sí misma, antiguamente rica, y capaz de seguir siéndolo. Vista de lejos, es como una multitud de bonitos cachorros de perros echados bajo un inmenso vientre. Durante los dos últimos días del viaje, no se ha visto más que montañas. Sus pies entran en el mar: sus cabezas traspasan las nubes. Miradas desde el mar, parecen como una hilera de colosales soldados, dignos porteros de una tan hermosa tierra.

Para ir a Caracas, la capital de la República, la Jerusalén de los sudamericanos, la cuna del continente libre, donde Andrés Bello, un Virgilio, estu-

dió, donde Bolívar, un Júpiter, nació –donde crecen a la vez el mirto de los poetas y el laurel de los guerreros, donde se ha pensado todo lo que es grande y se ha sufrido todo lo que es terrible; donde la Libertad -de tanto haber luchado allí, se envuelve en un manto teñido en su propia sangre -hay que penetrar en el seno de esos colosos, costear abismos, cabalgar sobre sus crestas, trepar a los picos, saludar de cerca a las nubes. Al principio del camino, en La Guaira, al tomar la diligencia, el vehículo en que se hace el viaje, quisiera uno despojarse de todos sus trajes -tan rudo es el calor; y a mitad del trayecto buscamos los del vecino por no bastamos con los nuestros: el frío comienza. ¡Y qué hermosa carretera! Es una pista sobre precipicios: se respira un aire bueno durante el trayecto -el sabroso aire del peligro. No hay más que mirar hacia abajo: el vértigo se apodera de nosotros. Ahora, con una rapidez febril propia de los cuentos de hadas, y que honra a la inteligencia y a la actividad del país, se está construyendo un ferrocarril tortuoso y audaz, que taladrará cual un juguete de acero esa mole de montañas. Será algo así como el mango de un abanico chino, sobre el cual vendrán a reunirse los diversos ferrocarriles, ya estudiados y trazados, que se extenderán como flechas agudas, desmontando a las perezosas selvas, sacudiendo a las ciudades dormidas, por todas las regiones del país.

Venezuela es un país rico más allá de los límites naturales. Las montañas tienen vetas de oro, y de plata, y de hierro. La tierra, cual si fuera una doncella, despierta a la menor mirada de amor. La Sociedad Agrícola de Francia acaba de publicar un libro en el que se demuestra que no hay en la tierra un país tan bien dotado para establecer en él toda clase de cultivos. Se pueden allí sembrar patatas y tabaco: -té, cacao, y café; la encina crece junto a la palmera. Hasta se ve en la misma pucha el jazmín del Malabar y la rosa Malmaison, y en la misma cesta la pera y el banano. Hay todos los climas, todas las alturas, todas las especies de agua; orillas de mar, orillas de río, llanuras, montañas; la zona fría, la zona templada, la zona tórrida. Los ríos son grandes como el Mississippi; el suelo, fértil como las laderas

Esa tierra es como una madre adormecida que ha dado a luz durante el sueño una cantidad enorme de hijos. Cuando el labrador la despierte, los hijos saldrán del seno materno robustos y crecidos, y el mundo se asombrará de la abundancia de los frutos. ¡Pero la madre duerme aún, con el seno inútilmente lleno! El labrador del país, que sólo ama a la mujer y a la libertad, no aspira a nada, y no hace nada, coge, al igual que los hindúes,

las frutas maduras que cuelgan de los árboles, y, cual un gitano, canta, seduce, pelea, muere. En esa naturaleza virgen, los hombres de los campos tienen todavía costumbres grandiosas y audaces. Es el desprecio a la vida, el amor al placer, el recuerdo atrayente de una vida anterior de libertad feroz: son poetas, centauros y músicos. Relatan sus proezas en largos trozos de versos que se llaman galerones. Sus bailes tienen una dulce monotonía, la del céfiro en las ramas de los árboles, todas las suaves melodías de la selva interrumpidas por terribles gritos del huracán. Sus goces, como sus venganzas, son tormentosos. Beben agua en la tápara, una ancha fruta vacía de corteza dura. Se sientan en sus chozas sobre cráneos de caballos. Sus caballos, bajo sus espuelas, tienen alas. Con su garbo deleitan a las mujeres; con su fuerza derriban a los toros.

El labrador extranjero tarda en ir allá. Prefiere la América del Norte, donde está desarrollado el trabajo, la vida es tranquila y la riqueza es probable. En Venezuela, hay isleños, nativos de las Islas Canarias, una posesión española, hombres rutinarios, de poco alcance mental, de mano pesada, preocupados y mezquinos. Crían vacas y cabras, y venden su leche. Cultivan el maíz. Hay alguno que otro francés, artesano de mérito, cocinero, barbero, zapatero, sastre. Hay alemanes, que tienen el arte de vender bien lo que laboran mal. Hay italianos que comercian con frutas, tocan el órgano, viven hacinados en un miserable apartamento y limpian zapatos. Es, pues, imposible la unión entre esa tierra y esos hombres. Se necesita un hálito de fuego para despertar a esa gran durmiente: hay que romper el encantamiento a fuerza de arado: hay que lanzarla por esos campos húmedos y fragantes: semejante ujier debe anunciar a la naturaleza inempleada la noble visita del trabajo humano.

En la ciudad, una vida rara semipatriarcal, semiparisiense, espera a los forasteros. Las comidas que en ella se sirven, exceptuando algunos platos del país, las sillas para sentarse, los trajes que se usan, los libros que se leen, todo es europeo. La alta literatura, la gran filosofía, las convulsiones humanas, les son del todo familiares. En su inteligencia como en su suelo, cualquier semilla que se riegue fructifica abundantemente. Son como grandes espejos que reflejan la imagen aumentándola: verdaderas arpas eolias, sonoras a todos los ruidos. Sólo que se desdeña el estudio de las cuestiones esenciales de la patria; -se sueña con soluciones extranjeras para problemas originales; -se quiere aplicar sentimientos absolutamente genuinos, fórmulas políticas y económicas nacidas de elementos completamente diferentes.

Allí se conocen admirablemente las interioridades de Víctor Hugo, los chistes de Proudhon, las hazañas de los Rougon Macquart y Naná. En materia de República, después que imitaron a los Estados Unidos, quieren imitar a Suiza: van a ser gobernados desde febrero próximo por un Consejo Federal nombrado por los Estados. En literatura, tienen delirio por los españoles y los franceses. Aunque nadie habla la lengua india del país, todo el mundo traduce a Gautier, admira a Janin, conoce de memoria a Chateaubriand, a Quinet, a Lamartine. Resulta, pues, una inconformidad absoluta entre la educación de la clase dirigente y las necesidades reales y urgentes del pueblo que ha de ser dirigido. Las soluciones complicadas y sofísticas a que se llega en los pueblos antiguos, nutridos de viejas serpientes, de odios feudales, de impaciencias justas y terribles; las transacciones de una forma brillante, pero de una base frágil, por medio de las cuales se prepara para el siglo próximo el desenlace de problemas espantosos -no pueden ser las leyes de la vida para un país constituido excepcionalmente, habitado por razas originales cuya propia mezcla ofrece caracteres de singularidad -donde se sufre por la resistencia de las clases laboriosas, como se sufre en el extranjero por su esparcimiento: donde se sufre por la falta de población, como se sufre en el extranjero, por su exceso. -Las soluciones socialistas, nacidas de los males europeos, no tienen nada que curar en la selva del Amazonas, donde se adora todavía a las divinidades salvajes. Es allí donde hay que estudiar, en el libro de la naturaleza, junto a esas míseras chozas. Un país agrícola necesita una educación agrícola. El estudio exclusivo de la Literatura crea en las inteligencias elementos morbosos, y puebla la mente de entidades falsas. Un pueblo nuevo necesita pasiones sanas: los amores enfermizos, las ideas convencionales, el mundo abstracto e imaginario que nace del abandono total de la inteligencia por los estudios literarios, producen una generación enclenque e impura -mal preparada para el gobierno fructífero del país, apasionada por las bellezas, por los deseos y las agitaciones de un orden personal y poético -que no puede ayudar al desarrollo serio, constante y uniforme de las fuerzas prácticas de un pueblo.

Otro mal contribuye a malversar las extraordinarias fuerzas intelectuales de la República. En los hombres hay una necesidad innata de lujo: es casi una condición física, impuesta por la abundancia de la naturaleza que los rodea; -llevados, además, por el desarrollo febril de su inteligencia, a las más altas esferas de apetencia, la pobreza resulta para ellos un dolor amargo e insoportable. No creen que la vida sea, como es, el arte difícil de escalar una montaña, sino el arte brillante de volar, de un solo impulso, desde la base

hasta la cima. El don de la inteligencia les parece un derecho a la holgazanería: se entregan, pues, a los placeres costosos del lujo intelectual, en lugar de mirar a la tierra, trabajarla afanosamente, arrancarle sus secretos, explotar sus maravillas, y acumular su fortuna por medio del ahorro diario, al igual que como por el constante goteo se forma la estalactita. Se tienden sobre la tierra, impidiéndole abrirse, y sueñan. Pero viene el amor, el amor de una mujer distinguida, el amor sudamericano, rápido como la llama, imperativo y dominador, exigente y morboso. Hay que casarse, poner casa lujosa, vestir bien a los hijos, vivir al uso de las gentes ricas, gastar, en resumen, mucho dinero. ¿Dónde ganarlo en un país pobre? Y se habla entonces, y se escribe, para el Gobierno que paga, o para las revoluciones que prometen; se ponen a los pies de los amos, que odian a los talentos viriles y gozan destruyendo los caracteres, venciendo a la virtud, refrenando a la inteligencia. La clase intelectual y culta está así desacreditada y como aniquilada por ese servilismo vergonzoso, a tal extremo que se mira ya con justificada desconfianza a los literatos -el Gobierno es de los fuertes y de los audaces. Los jefes de renombre se rodean de los literatos en desgracia. Los mantienen, por su audacia y sus medios de fuerza, en su posición de riqueza fugaz: los literatos les pagan dando apariencia y forma de legalidad a las voluntades del amo. Y ¡qué héroes ha producido esa tierra! Al observar el vigor con que su valentía acaba de ser recordada por un joven dotado de gran talento, Eduardo Blanco, en un libro que brilla como una lámina de oro, Venezuela Heroica, diríase que puesto que se comprende siempre a los héroes, se podría serlo también. Pero, si los hombres inteligentes de Venezuela, bastante numerosos y notables para ser tratados como clase, pudieran desear un amor más vivo por la independencia personal, y una aplicación más útil, más directa, más patriótica de sus fuerzas, hay en ellos, como en toda la gente del país, una condición que seduce: la grandeza de corazón. Dan todo cuanto tienen y piden aún más para dárselo al prójimo. Se exige al extranjero una honradez probada y una vida virtuosa; pero se le estima y se le recompensa. La generosidad llega casi a la prodigalidad. Gozan gastando dinero y se honran despreciándolo. Siempre tienen la sonrisa en los labios. Pronto se hace uno amigo de todo el mundo, lo cual es muy agradable, porque hombres y mujeres charlan admirablemente. Se interesan por nuestras penas, le hablan a uno de sí mismo. Se tiene la sensación de no estar perdido en el mundo como una hormiga o una mariposa. Se goza del dulce placer...[...]

...y de muebles venerables, herencia de familia, donde las ventanas, casi a nivel de la acera, están llenas, por la noche, de rostros tranquilos y soberbios, donde los ojos en vez de mirar, mandan, donde los labios en vez de hablar, queman. Hay una fiesta curiosa en Caracas donde se ven más mujeres bonitas de las que se pudiesen ver, en otra reunión igualmente numerosa, en cualquier otro país, aunque fuese el nuestro: es el Carnaval. -El Carnaval era antes en Venezuela una fiesta abominable, motivo de toda clase de groserías y peligros. Se echaba agua a barriles por las ventanas sobre los transeúntes; los transeúntes, provistos de toda clase de armas defensivas, algunas veces muy cómicas, vaciaban aguas perfumadas sobre las bellas mujeres que abrían las ventanas. Pero algunas veces era cosa bien distinta al perfume. Otras veces, la fiereza nativa de los hombres se despertaba con furor, y si bien se besaba la mano de la mujer que nos mojaba de la cabeza a los pies, también se mataba a algunos desgraciados mal aconsejados que no gozan del derecho natural que se le otorga a las mujeres bonitas.

Desde hace algunos años la fiesta ha cambiado bastante: es una embriaguez de alegría aristocrática, una elegante expansión, un regalo para los ojos. Imaginaos una decena, una centena, un millar de cajas de colores rotas al aire. La tarde es clara; el cielo, azul; el sol, suave; las casas, a ambos costados de la gran calle Candelaria, donde se celebra el Carnaval, están repletas de mujeres. Nada de disfraces, nada de horrendas máscaras, nada de contornos escondidos: es una fiesta al aire libre. Los hombres, y algunas familias que desean disfrutar del combate, se pasean, ya montando los bellos caballos del país, ya en coches adornados con los tres colores nacionales, el amarillo, el rojo y el azul, entre dos hileras de ventanas, en las que las jóvenes apiñadas parecen ramilletes de flores. Las aceras están llenas de paseantes. -Sobre los sombreros de seda, y los vestidos negros, ha caído una lluvia de polvo de arroz. Al pasar ante una ventana, una de vuestras amigas os echa al rostro un puñado de papel de colores -usted se quita el sombrero de seda, que se llama en Caracas pum-pá, por imitar el ruido del cañón al que se compara este feo sombrero, y un torrente de algodón se desborda sobre vuestros cabellos negros. Algunas veces, cuando llega la noche y la impunidad es casi segura, nueces [...], papas, galletas calientes, se lanzan con violencia sobre los rostros de los transeúntes: -Pero la verdadera fiesta está en el combate de las ventanas. Los caballeros que pasan detienen súbitamente sus corceles, lanzan flores, exquisitos bombones, prendas de valor, monedas de oro, a las señoritas que adornan las ventanas,

y espoleando a sus caballos, se acuestan sobre el cuello de la bestia, partiendo como flechas para escapar de las nubes de proyectiles que caen sobre ellos. –Leónidas hubiera podido ofrecer batalla bajo esos doseles volantes de confituras, de almendras azucaradas, de golosinas, de granos de café, de caraotas negras, los black beans del país. Durante los tres días de este fantástico paseo se hacen regalos valiosos; una suma considerable se gasta al año en regalos de familia para cada casa de Caracas. Nada importa que los campos estén sin cultivar por el temor a la guerra; que el comercio sea precario por la escasez de productos de exportación; que de la pobreza general nazca un malestar grave y sensible; que toda la maquinaria nacional descanse, pese a todo lo ambiciosa y suntuosa que es, sobre algunos pobres campesinos que explotan el café; que no exista otro medio seguro de vivir que servir en el ejército, en las oficinas o en los departamentos del gobierno; que el mismo gobierno no viva más que a merced de las enormes contribuciones que impone a la pobre gente trabajadora, o a los pobres comerciantes que introducen artículos extranjeros: -no se vive menos a la manera parisiense; no se gasta menos de lo que se gastaría en París para vivir: -se despliega un lujo supremo, realzado por la instintiva elegancia en el atavío de las mujeres.

Hay una semana que es en Caracas como una exhibición de riqueza: la Semana Santa. Mientras dura, se advierten prodigalidades insensatas. Todo el mundo está en la calle. Todos los trabajos se suspenden. Se da uno por entero al placer de ver y ser visto. Es una exhibición de riqueza, una verdadera batalla entre las familias, un desbordamiento de lujo. Se pasea desde la mañana a la tarde. El Señor moribundo es el pretexto, pero no se piensa sino en cantar en la iglesia, donde los coros están formados por las gentes jóvenes más notables de la ciudad; -en maravillar a los curiosos en vencer a sus rivales. -Son los alegres vestidos nuevos, arrastrando por las calles sus [...] colas grises, rojas o azules; donde se exige a los hombres reunidos a la puerta de los templos tributo a la belleza, donde las larvas que van a ser mariposas sacuden las alas, y con movimientos adorables de muñecas animadas, se pasean en su primer traje de mujercitas. -Como paisaje no hay nada más bello. Los vestidos, de color vivo, al sol de la mañana parecen flores que caminan, mecidas por el aire amable en la larga calle. El aire, siempre húmedo y sabroso, está cargado de perfumes del día que nace, de la iglesia que se abre, de mujeres que se pasean. Y los pies de las mujeres son tan pequeños, que toda una familia podría posarse sobre una de nuestras manos. -No son criaturas humanas, sino nubes que sonríen. Estrellas

pasajeras, -sueños que vagan: -son ligeras e inasibles y esbeltas como los sueños. -La caraqueña es una mujer notable. El marido, para satisfacer las necesidades del hogar, o su amor insaciable de belleza, puede poner en subasta su dignidad política: -porque están peligrosamente orgullosos de su dignidad personal; pero nada estremece la sólida virtud de la mujer, una virtud natural, encantadora, indolente, -elegante: una virtud que se inspira dulcemente, sin exageraciones de cuáqueros, sin severidades de monja. -Estas mujeres poseen el don de detener a los hombres audaces con una sonrisa. Se habla con ellas ante las ventanas abiertas. Se siente uno embelesado, y pleno de fuerza, y borracho de una dulce bebida: -las volvemos a encontrar en las calles, en el teatro, en el paseo: ellas nos saludan cortés pero fríamente. Vuestra jarra de flores cae por tierra. El bello Don Juan se aburriría soberanamente en Caracas. No existe allí la Doña Inés, porque la inteligencia superior de las mujeres constituye una salvaguarda contra las seducciones de los tenorios: allí no hay conventos, aunque la pequeña reja de madera que se coloca en el interior de las ventanas, que pudiera ser un [...], todavía puede hacernos pensar en ellos.

Aunque casi todo el mundo es católico, se podría decir que nadie lo es: un pueblo inteligente no puede ser fanático. A veces se defienden con ardor las preeminencias de la Iglesia, las mantienen con una tenacidad que pudiera hacer creer que tienen una fe sólida: todavía se ve al fondo del zaguán de las casas, un gran corredor vacío que conduce a la puerta que abre a los corredores interiores, una imagen de San José, o de San Policarpo, o de la Virgen, bajo cuyos mantos sagrados se abriga el hogar: -hasta en los mismos cuartos interiores se encuentran las paredes cubiertas de Corazones de María, atravesados de espadas, de Jesús agonizante, coronado de espinas, de Santa Rita, abogada de los imposibles, de San Ramón Nonato, el patrón natural de las jóvenes esposas, que rezan arrodilladas ante su santo favorito por la salvación de su primer hijo, -esa flor que acaba de brotar en su seno. -El hogar caraqueño es encantador: todo es enternecedor, pleno de amor, de espíritu de mujer, de puros goces, de tiernos encantos. Tiene algo de ala de mariposa y rayos de sol. Es un placer vivir en él. No es como en nuestras grandes ciudades -donde la faena agota al hombre y el hogar agota a la mujer. Es un bello rincón de yerba fresca donde un seno trémulo siempre espera la cabeza cansada del señor de la casa. -¡Oh! ¡qué hueca, peligrosa, fría y brutal es la vida sin esos amores!

La ciudad -lo hemos dicho- es bella. Constantemente se construyen casas espaciosas, de una sola planta, en cuyo patio, entre dos grandes macetas, un chorro de agua se eleva y cae sobre un elegante estanque, como en Sevilla. Bellas riberas, de altos bordes tapizados de un aromoso verdor, serpentean entre las calles, prolongadas por todas partes por sólidos puentes. Un bello teatro y una bella iglesia acaban de ser levantados. A propósito de la iglesia hay una anécdota de Humboldt: -«¿Cuándo regresará usted?» -le preguntaron, a su partida de la ciudad: «Cuando esa iglesia esté terminada», dijo sonriendo. -Y en efecto, la obra terminó noventa años después de su partida. Ramas cargadas de flores acarician todavía los muros ruinosos de la casa donde vivió Humboldt. -Humboldt, que nunca olvidó -«la culta, la hospitalaria, la inteligente Caracas»-. En una plaza donde los árboles, como alumbrados por un súbito fuego, se coronan en el verano de grandes flores rojas, se ve un reloj de sol construido por Humboldt. -Y cuando en uno de esos coches ligeros que se encuentran por todas partes en la ciudad, uno se pasea por los alrededores de Caracas, poblados de cafetales, sembrados bajo la sombra amiga de los rojos y altos búcaros, puede verse aún una portada, sobre cuya cima se lee, en desvaídas letras dibujadas por la mano del sabio, el nombre del paraje encantador, que antes fue un lugar delicioso de solaz: -Sans Souci-. La ciudad, rodeada de montañas, está construida sobre un valle apacible y sereno, bañado por un ancho y tranquilo río, por el noble Guaire: -río de ninfas: hay también otro río, tortuoso y caudaloso, ruidoso e inquieto, el Catuche, y aun uno más, apacible como su nombre, el dulce Arauco, que hace pensar en una guirnalda de flores. Desde el puente, construido sobre el Guaire -uno de los paseos favoritos de los caraqueños-se divisa una planicie melodiosa, llena de ruidos amables, sembrada de plantas humildes, coloreada de tiernos tintes, magníficamente sereno. Las palmas, como centinelas, se levantan sobre los campos de maíz. Los sauces bordean el río murmurante. -A lo lejos las montañas, como envueltas en un velo mágico, cambian, por la influencia poderosa del sol, sus suaves colores: y ora se vuelven rojas, ora amarillas, ora grises, ora azules. -Las vacas mugen, las cabras saltan, los pastores llevan en ánforas de barro cocidas al fuego la leche espumosa a su cabaña lejana, -un coche nos despierta para recordarnos que estamos en la ciudad, -un gran encanto el de tener tan cerca la ciudad que roe la vida, y el campo que la repone. Es bueno, -en el crepúsculo misterioso, vaciar el alma fatigada en el alma universal.

Hay un paseo que posee un encanto maravilloso: el Calvario. -Es una colina, antes árida, enfermiza y amarillenta, donde hoy la fragante verdura cae

sobre sus costados pintorescos, como un rico ropaje, de pliegues colosales, sembrado aquí y allá de notas vivas y chillonas: -las rosas. Al subir, por una suave pendiente, se encuentran jardines, pequeños bosques, piazzettas, arroyos, frondosas arboledas, cascadas sonoras, platanales cargados de frutas, bambúes sonoros como las arpas. Es una mezcla artística cuya mejor condición es que apenas se ve la mano del arte, se ha hecho un jardín americano dentro de un jardín americano. Se ha mezclado el bosque al jardín. Pocas calles; muchos árboles -por vías estrechas, en la cima, coronada por una estatua, la ciudad se ve como un tablero de damas; el Capitolio, que se abre los días de fiesta nacional al público, que va a ver, en los cuadros que cuelgan de las paredes, los rostros de los héroes que ama; el Palacio Federal, que encierra dos salones rectangulares, uno para los diputados, presidido por un retrato de Bolívar, que arrancó la América del Sur a los españoles; el otro, para los senadores, donde el asiento del presidente está coronado por un cuadro histórico que representa a los hombres gigantescos que firmaron, el primero de julio de 1811, en la capilla de la iglesia de San Francisco, el acta de independencia. Se ve la Casa Amarilla, residencia oficial del Presidente de la República, frente a la Plaza Bolívar, muy bonita, en medio de la cual se levanta, sobre un pedestal de granito, el monumento ecuestre de ese héroe admirable en quien se reunieron en el más alto grado todos los dones que forman la grandeza humana. Enfrente de la Casa Amarilla, al otro lado de la Plaza, hay una vieja iglesia, alta, la cuadrada torre coronada de una insignificante estatua: es la Catedral, de grandes naves sombrías. Enfrente del Palacio Federal, la Universidad yergue sus torrecillas góticas. A lo lejos, el Panteón, otra iglesia donde reposan en un monumento de mármol, que honra al arte italiano, las cenizas de Bolívar, -se extiende al pie de una gran montaña, digna sepultura de un muerto de tanta grandeza. Al recoger las miradas para admirar la luna, que brilla en el cielo como contenta de iluminar su ciudad favorita, caen sobre un gran pedazo de piedra que resplandece como la superficie de un lago; es el Gran Teatro. -Y dejamos este lugar encantador, vigorizados por un espectáculo de tanta belleza, y por el aire límpido y puro. Al bajar, se piensa en los guerreros indios, que en este mismo lugar lucharon, cuerpo a cuerpo, desnudos y armados de una macana, contra los guerreros españoles, vestidos de hierro, y armados de espada, y de daga, y de mosquete: -y se piensa también en las mujeres piadosas, que, por sus costados hoy [...], subieron, de rodillas, con una vela en la mano, hasta lo alto de la colina, para agradecer a Dios haber salvado de la guerra o de la enfermedad a sus maridos o sus hijos. Así es la ciudad: -así es el país: en la naturaleza, una belleza

asombrosa, espectáculos que mueven las rodillas a hincarse, y al alma, adorar; en el corazón de las gentes, toda clase de noblezas; en las inteligencias, poderes excepcionales; [...] una falta absoluta de aplicación a las necesidades reales de la vida, entre las clases superiores; en las clases inferiores, una inercia penosa que proviene de una falta total de aspiraciones: allí, para la gente pobre, vivir es vivir independiente, trabajar hasta ganar lo suficiente para comprar el arepa, el pan de maíz, y amar; -en el movimiento agrícola, el miedo a la guerra civil, y los abusos de los partidos triunfantes; en el movimiento artístico industrial, una impaciencia honrada, sofocada por las malas leyes canónicas que ahogan las empresas; en los indios, el desdén a la ciudad y sus hombres, y el amor salvaje, -un amor [...] una concha, de su rincón del bosque y su cabaña miserable; en el trabajador blanco [...], la despreocupación criolla, y esa fiereza primitiva, ese desprecio al trabajo, y esa pasión de combate, que caracterizan a los pueblos nacientes. En la ciudad, París; en el campo, Persia. Se sabe de todo en la ciudad, y se habla admirablemente de todo: la imaginación es allí como un hada doméstica: la Poesía riega de flores las cunas de los recién nacidos; la Belleza besa los labios de las mujeres de esta tierra. Pero los hombres no tienen suficiente independencia personal y suficiente conocimiento de las verdaderas necesidades de su patria, para hacerla un país rico, feliz y fuerte. Una multitud de apóstoles trabaja en silencio por el mejoramiento del país; una necesidad de ciencia práctica comienza a reemplazar la excesiva producción poética. Hay que atender y saludar a los buenos luchadores que construyeron su primera línea férrea, que estudian nuestras costumbres, esparcen a mano llenas la instrucción pública, y llaman con voz leal a las riquezas extranjeras que deben hacer fructificar las riquezas naturales. -Se puede esperar todo de un pueblo donde la mujer es virtuosa y el hombre es honrado. -Si ellos vacilan no es [...]

V. Libros sobre América

El poema del Niágara

Nueva York, 1882

¡Pasajero, detente! ¡Éste que traigo de la mano no es zurcidor de rimas, ni repetidor de viejos maestros -que lo son porque a nadie repitieron-, ni decidor de amores, como aquellos que trocaron en mágicas cítaras el seno tenebroso de las traidoras góndolas de Italia, ni gemidor de oficio, como tantos que fuerzan a los hombres honrados a esconder sus pesares como culpas y sagrados lamentos, como pueriles futilezas! Éste que viene conmigo es grande, aunque no lo sea de España, y viene cubierto: es Juan Antonio Pérez Bonalde, que ha escrito El poema del Niágara. Y si me preguntas más de él, te diré que se midió con un gigante y no salió herido, sino con la lira bien puesta sobre el hombro -porque éste es, de los lidiadores buenos, que lidian con la lira- y con algo como aureola de triunfador sobre la frente. Y no preguntes más, que ya es prueba sobrada de grandeza atreverse a medirse con gigantes; pues el mérito no está en el éxito del acometimiento, aunque éste volvió bien de la lid, sino en el valor de acometer.

¡Ruines tiempos, en que no priva más arte que el de llenar bien los graneros de la casa, y sentarse en silla de oro, y vivir todo dorado; sin ver que la naturaleza humana no ha de cambiar de como es, y con sacar el oro fuera no se hace sino quedarse sin oro alguno adentro! ¡Ruines tiempos, en que son mérito eximio y desusado el amor y el ejercicio de la grandeza! ¡Son los hombres ahora como ciertas damiselas, que se prendan de las virtudes cuando las ven encomiadas por los demás, o sublimadas en sonante prosa o en alados versos; mas luego que se han abrazado a la virtud que tiene forma de cruz, la echan de sí con espanto, como si fuera mortaja roedora que les comiera las rosas de las mejillas, y el gozo de los besos, y ese collar de mariposas de colores que gustan de ceñirse al cuello las mujeres! ¡Ruines tiempos, en que los sacerdotes no merecen ya la alabanza ni la veneración de los poetas, ni los poetas han comenzado todavía a ser sacerdotes!

¡Ruines tiempos! -no para el hombre en junto, que saca, como los insectos, de sí propio la magnífica tela en que ha de pasear luego el espacio; sino para estos jóvenes eternos; para estos sentidores exaltables, reveladores y veedores, hijos de la paz y padres de ella, para estos creyentes fogosos, hambrientos de ternura, devoradores de amor, mal hechos a los pies y a los terruños, henchidos de recuerdos de nubes y de alas, buscadores de sus alas rotas, pobres poetas! Es su natural oficio sacar del pecho las águilas que en él nacen sin cesar -como brota perfumes una rosa, y da conchas la mar y luz el sol-, y sentarse, a par que con sonidos misteriosos acompañan en su

lira a las viajeras, a ver volar las águilas: -pero ahora el poeta ha mudado de labor, y anda ahogando águilas. ¿Ni qué vuelta irán, si, con el polvo del combate que hace un siglo empezó y aún no termina, están oscurecidas hoy las vueltas? ¿Ni quién las seguirá en su vuelo, si apenas tienen hoy los hombres tiempo para beber el oro de los vasos, y cubrir de él a las mujeres, y sacarlo de las minas?

Como para mayor ejercicio de la razón, aparece en la naturaleza contradictorio todo lo que es lógico; por lo que viene a suceder que esta época de elaboración y transformación espléndidas, en que los hombres se preparan, por entre los obstáculos que preceden a toda grandeza, a entrar en el goce de sí mismos, y a ser reyes de reyes, es para los poetas -hombres magnos-, por la confusión que el cambio de estados, fe y gobierno acarrea, época de tumulto y de dolores, en que los ruidos de la batalla apagan las melodiosas profecías de la buena ventura de tiempos venideros, y el trasegar de los combatientes deja sin rosas los rosales, y los vapores de la lucha opacan el brillo suave de las estrellas en el cielo. Pero en la fábrica universal no hay cosa pequeña que no tenga en sí todos los gérmenes de las cosas grandes, y el cielo gira y anda con sus tormentas, días y noches, y el hombre se revuelve y marcha con sus pasiones, fe y amarguras; y cuando ya no ven sus ojos las estrellas del cielo, los vuelve a las de su alma. De aquí esos poetas pálidos y gemebundos; de aquí esa nueva poesía atormentada y dolorosa; de aquí esa poesía íntima, confidencial y personal, necesaria consecuencia de los tiempos, ingenua y útil, como canto de hermanos, cuando brota de una naturaleza sana y vigorosa, desmayada y ridícula cuando la ensaya en sus cuerdas un sentidor flojo, dotado, como el pavón de plumaje brillante, del don del canto.

Hembras, hembras débiles parecerían ahora los hombres, si se dieran a apurar coronados de guirnaldas de rosas, en brazos de Alejandro y de Cebetes, el falerno meloso que sazonó los festines de Horacio. Por sensual queda en desuso la lírica pagana; y la cristiana, que fue hermosa, por haber cambiado los humanos el ideal del Cristo, mirado ayer como el más pequeño de los dioses, y amado hoy como el más grande, acaso, de los hombres. Ni líricos ni épicos pueden ser hoy con naturalidad y sosiego los poetas; ni cabe más lírica que la que saca cada uno de sí propio, como si fuera su propio ser el asunto único de cuya existencia no tuviera dudas, o como si el problema de la vida humana hubiera sido con tan valentía acometido y con tal ansia investigado, -que no cabe motivo mejor, ni más estimulante, ni más ocasio-

nado a profundidad y grandeza que el estudio de sí mismo-. Nadie tiene hoy su fe segura. Los mismos que lo creen se engañan. Los mismos que escriben fe se muerden, acosados de hermosas fieras interiores, los puños con que escriben. No hay pintor que acierte a colorear con la novedad y transparencia de otros tiempos la aureola luminosa de las vírgenes, ni cantor religioso o predicador que ponga unción y voz segura en sus estrofas y anatemas. Todos son soldados del ejército en marcha. A todos besó la misma maga. En todos está hirviendo la sangre nueva. Aunque se despedacen las entrañas, en su rincón más callado están, airadas y hambrientas, la Intranquilidad, la Inseguridad, la Vaga Esperanza, la Visión Secreta. Un inmenso hombre pálido, de rostro enjuto, ojos llorosos y boca seca, vestido de negro, anda con pasos graves, sin reposar ni dormir, por toda la tierra, ¡y se ha sentado en todos los hogares, y ha puesto su mano trémula en todas las cabeceras! ¡Qué golpeo en el cerebro! ¡qué susto en el pecho! ¡qué demandar lo que no viene! ¡qué no saber lo que se desea! ¡qué sentir a la par deleite y náusea en el espíritu, náusea del día que muere, deleite del alba!

No hay obra permanente, porque las obras de los tiempos de reenquiciamiento y remolde son por esencia mudables e inquietas; no hay caminos constantes; vislúmbranse apenas los altares nuevos, grandes y abiertos como los bosques. De todas partes solicitan la mente ideas diversas, -y las ideas son como los pólipos, y como la luz de las estrellas, y como las olas de la mar. Se anhela incesantemente saber algo que confirme, o se teme saber algo que cambie, las creencias actuales. La elaboración del nuevo estado social hace insegura la batalla por la existencia y más recios de cumplir los deberes diarios, que, no hallando vías anchas, cambian a cada instante de forma y vía, agitados del susto que produce la probabilidad o vecindad de la miseria. Partido así el espíritu en amores contradictorios e intranquilos; alarmado a cada instante el concepto literario por un evangelio nuevo; desprestigiadas y desnudas todas las imágenes que antes se reverenciaban; desconocidas aún las imágenes futuras, no parece posible, en este desconcierto de la mente, en esta revuelta vida sin vía fija, carácter definido ni término seguro, en este miedo acerbo de las pobrezas de la casa, y en la labor varia y medrosa que ponemos en evitarlas, producir aquellas luengas y pacientes obras, aquellas dilatadas historias en verso, aquellas celosas imitaciones de gentes latinas que se escribían pausadamente, año sobre año, en el reposo de la celda, en los ocios amenos del pretendiente en corte, o en el ancho sillón del cordobán de labor rica y tachuelas de fino oro, en la beatífica calma que ponía en el espíritu la certidumbre de que el

buen indio amasaba el pan, y el buen rey daba ley, y la Madre Iglesia abrigo y sepultura. Sólo en época de elementos constantes, de tipo literario general y determinado, de posible tranquilidad individual, de cauces fijos y notorios, es fácil la producción de esas macizas y corpulentas obras de ingenio que requieren sin remedio tal suma de favorables condiciones. El odio acaso, que acumula y concentra, puede aún producir naturalmente tal género de obras, pero el amor rebosa y se esparce; y este es tiempo de amor, aun para los que odian. El amor entona cantos fugitivos, mas no produce -por ser sentimiento culminante y vehemente, cuya tensión fatiga y abruma- obras de reposado aliento y laboreo penoso.

Y hay ahora como un desmembramiento de la mente humana. Otros fueron los tiempos de las vallas alzadas; este es tiempo de las vallas rotas. Ahora los hombres empiezan a andar sin tropiezos por toda la tierra ; antes apenas echaban a andar daban en muro de solar de señor o en bastión de convento. Se ama a un Dios que lo penetra y lo pervade todo. Parece profanación dar al Creador de todos los seres y de todo lo que ha de ser la forma de uno solo de los seres. Como en lo humano todo el progreso consiste acaso en volver al punto de que se partió, se está volviendo al Cristo, al Cristo crucificado, perdonador, cautivador, al de los pies desnudos y los brazos abiertos, no un Cristo nefando y satánico, malevolente, odiador, enconado, fustigante, ajusticiado, impío. Y estos nuevos amores no se incuban, como antes, lentamente en celdas silenciosas en que la soledad adorable y sublime empollaba ideas gigantescas y radiosas; ni se llevan ahora las ideas luengos días y años luengos en la mente, fructificando y nutriéndose, acrecentándose con las impresiones y juicios análogos, que volaban a agruparse a la idea madre, como los abanderados en tiempo de guerra al montecillo en que se alza la bandera; ni de esta prolongada preñez mental nacen ahora aquellos hijos ciclópeos y desmesurados, dejo natural de una época de callamiento y de repliegue, en que las ideas habían de convertirse en sonajas de bufón de rey o en badajo de campana de iglesia, o en manjar de patíbulo, y en que era forma única de la expresión del juicio humano el chismeo donairoso, en una mala plaza, de las comedias en amor trabadas entre las cazoletas de la espada y vuelos del guardainfante de los cortejadores y hermosas de la villa. Ahora los árboles de la selva no tienen más hojas que lenguas las ciudades; las ideas se maduran en la plaza en que se enseñan, y andando de mano en mano, y de pie en pie. El hablar no es pecado, sino gala; el oír no es herejía, sino gusto y hábito y moda. Se tiene el oído puesto a todo; los pensamientos, no bien germinan, ya están cargados de

flores y de frutos, y saltando en el papel, y entrándose, como polvillo sutil, por todas las mentes: los ferrocarriles echan abajo la selva, los diarios la selva humana. Penetra el sol por las hendiduras de los árboles viejos. Todo es expansión, comunicación, florescencia, contagio, esparcimiento. El periódico desflora las ideas grandiosas. Las ideas no hacen familia en la mente, como antes, ni casa, ni larga vida. Nacen a caballo, montadas en relámpago, con alas. No crecen en una mente sola, sino por el comercio de todas. No tardan en beneficiar, después de salida trabajosa, a número escaso de lectores; sino que, apenas nacidas, benefician. Las estrujan, las ponen en alto, se las ciñen como corona, las clavan en picota, las erigen en ídolo, las vuelcan, las mantean. Las ideas de baja ley, aunque hayan comenzado por brillar como de ley buena, no soportan el tráfico, vapuleo, la marejada, el duro tratamiento. Las ideas de ley buena surgen a la postre, magulladas, pero con virtud de cura espontánea, y compactas y enteras. Con un problema nos levantamos; nos acostamos ya con otro problema. Las imágenes se devoran en la mente. No alcanza el tiempo para dar forma a lo que se piensa. Se pierden unas en otras las ideas en el mar mental, como cuando una piedra hiere el agua azul se pierden unos en otros los círculos del agua. Antes las ideas se erguían en silencio en la mente como recias torres, por lo que, cuando surgían, se las veía de lejos: hoy se salen en tropel de los labios, como semillas de oro, que caen en suelo hirviente; se quiebran, se radifican, se evaporan, se malogran -¡oh hermoso sacrificio!- para el que las crea; se deshacen en chispas encendidas; se desmigajan. De aquí pequeñas obras fúlgidas, de aquí la ausencia de aquellas grandes obras culminantes, sostenidas, majestuosas, concentradas.

Y acontece también que con la gran labor común de los humanos, y el hábito saludable de examinarse y pedirse mutuas cuentas de sus vidas, y la necesidad gloriosa de amasar por sí el pan que se ha de servir en los manteles, no estimula la época ni permite acaso la aparición aislada de entidades suprahumanas recogidas en una única labor de índole tenida por maravillosa y suprema. Una gran montaña parece menor cuando está rodeada de colinas. Y esta es la época en que las colinas se están encimando a las montañas; en que las cumbres se van deshaciendo en llanuras, época ya cercana de la otra en que todas las llanuras serán cumbres.

Con el descenso de las eminencias suben de nivel los llanos, lo que hará más fácil el tránsito por la tierra. Los genios individuales se señalan menos, porque les va faltando la pequeñez de los contornos que realzaba antes

tanto su estatura. Y como todos van aprendiendo a cosechar los frutos de la naturaleza y a estimar sus flores, tocan los antiguos maestros a menos flor y fruto, y a más las gentes nuevas que eran antes cohorte mera de veneradores de los buenos cosecheros. Asístese como a una descentralización de la inteligencia. Ha entrado a ser lo bello dominio de todos. Suspende el número de buenos poetas secundarios y la escasez de poetas eminentes solitarios. El genio va pasando de individual a colectivo. El hombre pierde en beneficio de los hombres. Se diluyen, se expanden las cualidades de los privilegiados a la masa; lo que no placerá a los privilegiados de alma baja, pero sí a los de corazón gallardo y generoso, que saben que no se es en la tierra, por grande criatura que se sea, más que arena de oro, que volverá a la fuente hermosa de oro, y reflejo de la mirada del Creador.

Y como el auvernés muere en París alegre, más que de deslumbramiento, del mal del país, y todo hombre que se detiene a verse anda enfermo del dulce mal del cielo, tienen los poetas hoy -auverneses sencillos en Lutecia alborotada y suntuosa- la nostalgia de la hazaña. La guerra, antes fuente de gloria, cae en desuso, y lo que pareció grandeza comienza a ser crimen. La corte, antes albergue de bardos de alquiler, mira con ojos asustados a los bardos modernos, que, aunque a veces arriendan la lira, no la alquilan ya por siempre, y aun suelen no alquilarla. Dios anda confuso; la mujer, como sacada de quicio y aturdida; pero la naturaleza enciende siempre el sol solemne en medio del espacio; los dioses de los bosques hablan todavía la lengua que no hablan ya las divinidades de los altares; el hombre echa por los mares sus serpientes de cabeza parlante, que de un lado se prenden a las breñas agrestes de Inglaterra y de otro a la riente costa americana; y encierra la luz de los astros en un juguete de cristal; y lanza por sobre las aguas y por sobre las cordilleras sus humeantes y negros tritones; y en el alma humana, cuando se apagan los soles que alumbraron la tierra decenas de siglos, no se ha apagado el sol. No hay occidente para el espíritu del hombre; no hay más que norte, coronado de luz. La montaña acaba en pico; en cresta la ola empinada que la tempestad arremolina y echa al cielo; en copa el árbol; y en cima ha de acabar la vida humana. En este cambio de quicio a que asistimos, y en esta refacción del mundo de los hombres, en que la vida nueva va, como los corceles briosos por los caminos, perseguida de canes labradores; en este cegamiento de las fuentes y en este anublamiento de los dioses, la naturaleza, el trabajo humano, y el espíritu del hombre se abren como inexhaustos manantiales puros a los labios sedientos de los poetas-: ¡vacíen de sus copas de preciosas piedras el agrio vino

viejo, y pónganlas a que se llenen de rayos de sol, de ecos de faena de perlas buenas y sencillas, sacadas de lo hondo del alma: -y muevan con sus manos febriles, a los ojos de los hombres asustados, la copa sonora!

De esta manera, lastimados los pies y los ojos de ver y andar por ruinas que aún humean, reentra en sí el poeta lírico, que siempre fue, en más o en menos, poeta personal, -y pone los ojos en las batallas y solemnidades de la naturaleza aquel que hubiera sido en épocas cortesanas, conventuales o sangrientas, poeta de epopeya. La batalla está en los talleres; la gloria, en la paz; el templo, en toda la tierra; el poema, en la naturaleza. Cuando la vida se asiente, surgirá el Dante venidero, no por mayor fuerza suya sobre los hombres dantescos de ahora, sino por mayor fuerza del tiempo. ¿Qué es el hombre arrogante, sino vocero de lo desconocido, eco de lo sobrenatural, espejo de las luces eternas, copia más o menos acabada del mundo en que vive? Hoy Dante vive en sí, y de sí. Hugolino roía a su hijo; mas él a sí propio. No hay ahora mendrugo más denteado que un alma de poeta: si se ven con los ojos del alma, sus puños mondados y los huecos de sus alas arrancadas manan sangre. Suspensa, pues, de súbito, la vida histórica; harto nuevas aún y harto confusas las instituciones nacientes para que hayan podido dar de sí -porque a los pueblos viene el perfume como al vino, con los años- elementos poéticos; sacadas al viento, al empuje crítico, las raíces desmigajadas de la poesía añeja; la vida personal dudadora, alarmada, preguntadora, inquieta, luzbélica; la vida íntima febril, no bien enquiciada, pujante, clamorosa, ha venido a ser el asunto principal, y con la naturaleza, el único asunto legítimo de la poesía moderna.

¡Mas cuánto trabajo cuesta hallarse a sí mismo! El hombre, apenas entra en el goce de la razón que desde su cuna le oscurecen, tiene que deshacerse para entrar verdaderamente en sí. Es un braceo hercúleo contra los obstáculos que le alza al paso su propia naturaleza y los que amontonan las ideas convencionales de que es, en hora menguada, y por impío consejo y arrogancia culpable, alimentada. No hay más difícil faena que ésta de distinguir en nuestra existencia la vida pegadiza y postadquirida, de la espontánea y prenatural; lo que viene con el hombre, de lo que le añaden con sus lecciones, legados y ordenanzas, los que antes de él han venido. So pretexto de completar el ser humano, lo interrumpen. No bien nace, ya están en pie, junto a su cuna, con grandes y fuertes vendas preparadas en las manos, las filosofías, las religiones, las pasiones de los padres, los sistemas políticos. Y lo atan; y lo enfajan; y el hombre es ya, por toda su vida

en la tierra, un caballo embridado. Así es la tierra ahora una vasta morada de enmascarados. Se viene a la vida como cera, y el azar nos vacía en moldes prehechos. Las convenciones creadas deforman la existencia verdadera, y la verdadera vida viene a ser como corriente silenciosa que se desliza invisible bajo la vida aparente, no sentida a las veces por el mismo en quien hace su obra santa, a la manera con que el Guadiana misterioso corre luengo camino calladamente por bajo de las tierras andaluzas. Asegurar el albedrío humano; dejar a los espíritus su seductora forma propia; no deslucir con la imposición de ajenos prejuicios las naturalezas vírgenes; ponerlas en aptitud de tomar por sí lo útil, sin ofuscarlas, ni impelerlas por una vía marcada. ¡He ahí el único modo de poblar la tierra de la generación vigorosa y creadora que le falta! Las redenciones han venido siendo teóricas y formales: es necesario que sean efectivas y esenciales. Ni la originalidad literaria cabe ni la libertad política subsiste mientras no se asegure la libertad espiritual. El primer trabajo del hombre es reconquistarse. Urge devolver los hombres a sí mismos; urge sacarlos del mal gobierno de la convención que sofoca o envenena sus sentimientos, acelera el despertar de sus sentidos, y recarga su inteligencia con un caudal pernicioso, ajeno, frío y falso. Sólo lo genuino es fructífero. Sólo lo directo es poderoso. Lo que otro nos lega es como manjar recalentado. Toca a cada hombre reconstruir su vida: a poco que mire en sí, la reconstruye. ¡Asesino alevoso, ingrato a Dios y enemigo de los hombres, es el que so pretexto de dirigir a las generaciones nuevas les enseña un cúmulo aislado y absoluto de doctrinas, y les predica al oído, antes que la dulce plática de amor, el evangelio bárbaro del odio! Reo es de traición a la naturaleza el que impide, en una vía u otra, y en cualquiera vía, el libre uso, la aplicación directa y el espontáneo empleo de las facultades magníficas del hombre. ¡Entre ahora el bravo, el buen lancero, el ponderoso justador, el caballero de la libertad humana -que es orden magna de caballería-, el que se viene derechamente, sin pujos de Valbuena ni rezagos de Ojeda, por la poesía épica de nuestros tiempos; el que movió al cielo las manos generosas en tono de plegaria y las sacó de la oración a modo de ánfora sonora, henchida de estrofas opulentas y vibrantes, acariciada de olímpicos reflejos! El poema está en el hombre, decidido a gustar todas las manzanas, a enjugar toda la savia del árbol del Paraíso y a trocar en hoguera confortante el fuego de que forjó Dios, en otro tiempo, la espada exterminadora. El poema está en la naturaleza, madre de senos próvidos, esposa que jamás desama, oráculo que siempre responde, poeta de mil lenguas, maga que hace entender lo que no dice, consoladora que fortifica y embalsama. ¡Entre ahora el buen bardo del Niágara, que ha es-

crito un canto extraordinario y resplandeciente del poema inacabable de la naturaleza!

¡El Poema del Niágara! Lo que el Niágara cuenta; las voces del torrente; los gemidos del alma humana; la majestad del alma universal; el diálogo titánico entre el hombre impaciente y la naturaleza desdeñosa; el clamor desesperado de hijo de gran padre desconocido, que pide a su madre el secreto de su nacimiento; el grito de todos en un solo pecho; el tumulto del pecho que responde al bravío de las ondas; el calor divino que enardece y encala la frente del hombre a la faz de lo grandioso; la compenetración profética y suavísima del hombre rebelde e ignorador y la naturaleza fatal y reveladora, el tierno desposorio con lo eterno y el vertimiento deleitoso en la creación del que vuelve a sí el hombre ebrio de fuerza y júbilo, fuerte como un monarca amado, ungido rey de la naturaleza.

¡El Poema del Niágara! El halo de espíritu que sobrerrodea el halo de agua de colores; la batalla de su seno, menos fragosa que la humana; el oleaje simultáneo de todo lo vivo, que va a parar, empujado por lo que no se ve, encabritándose y revolviéndose, allá en lo que no se sabe; la ley de la existencia, lógica en fuerza de ser incomprensible, que devasta sin acuerdo aparente mártires y villanos, y sobre de un hálito como ogro famélico, un haz de evangelistas, en tanto que deja vivos en la tierra, como alimañas de boca roja que le divierten, haces de criminales; la vía aparejada en que estallan, chocan, se rebelan, saltan al cielo y dan en hondo hombres y cataratas estruendosas; el vocerío y combate angélico del hombre arrebatado por la ley arrolladora, que al par que cede y muere, blasfema, agítase como titán que se sacude mundos y ruge; la voz ronca de la cascada que ley igual empuja, y al dar en mar o en antro, se encrespa y gime; y luego de todo, las lágrimas que lo envuelven ahora todo, y el quejido desgarrador del alma sola: he ahí el poema imponente que ese hombre de su tiempo vio en el

Toda esa historia que va escrita es la de este poema. Como este poema es obra representativa, hablar de él es hablar de la época que representa. Los buenos eslabones dan chispas altas. Menguada cosa es lo relativo que no despierta el pensamiento de lo absoluto. Todo ha de hacerse de manera que lleve la mente a lo general y a lo grande. La filosofía no es más que el secreto de la relación de las varias formas de existencia. Mueven el alma de este poeta los afanes, las soledades, las amarguras, la aspiración del genio

cantor. Se presenta armado de todas armas en un circo en donde no ve combatientes, ni estadios animados de público tremendo, ni ve premio. Corre, cargado de todas las armas que le pesan, en busca de batalladores. ¡Halla un monte de agua que le sale al paso; y, como lleva el pecho lleno de combate, reta al monte de agua!

Pérez Bonalde, apenas puso los ojos sobre sí, y en su torno, viviendo en tiempo revuelto y en tierra muy fría, se vio solo; catecúmeno enérgico de una religión no establecida, con el corazón necesitado de adorar, con la razón negada a la reverencia; creyente por instinto, incrédulo por reflexión. En vano buscó polvo digno de una frente varonil para postrarse a rendir tributo de acatamiento; en vano trató de hallar en su puesto, en esta época en que no hay tierra que no los haya trastocado todos, en la confusa y acelerada batalla de los vivos; en vano, creado por mal suyo para empresas hazañosas, y armado por el estudio del análisis que las reprime cuando no las prohibe o ridiculiza, persiguió con empeño las grandes acciones de los hombres, que tienen ahora a gala y prueba de ánimo fuerte, no emprender cosa mayor, sino muy suave, productiva y hacedera. En los labios le rebosaban los versos robustos; en la mano le vibraba acaso la espada de la libertad -que no debiera, por cierto, llevar jamás espada-; en el espíritu la punzante angustia de vivir sobrado de fuerzas sin empleo, que es como poner la savia de un árbol en el corpecillo de una hormiga. Los vientos corrientes le batían las sienes; la sed de nuestros tiempos le apretaba las fauces; lo pasado ¡todo es castillo solitario y armadura vacía!; lo presente ¡todo es pregunta, negación, cólera, blasfemia de derrota, alarido de triunfo!; lo venidero ¡todo está oscurecido por el polvo y vapor de la batalla! Y fatigado de buscar en vano hazañas en los hombres, fue el poeta a saludar la

Y se entendieron. El torrente prestó su voz al poeta; el poeta su gemido de dolor a la maravilla rugidora. Del encuentro súbito de un espíritu ingenuo y de un espectáculo sorprendente, surgió este poema palpitante, desbordado, exuberante, lujoso. Acá desmaya, porque los labios sajan las ideas, en vez de darles forma. Allá se encumbra, porque hay ideas tales, que pasan por sobre los labios como por sobre valla de carrizos. El poema tiene el alarde pindárico, el vuelo herediano, rebeldes curvas, arrogantes reboses, lujosos alzamientos, cóleras heroicas. El poeta ama, ama, no se asombra. No se espanta, llama. Riega todas las lágrimas del pecho. Increpa, golpea, implora. Yergue todas las soberbias de la mente. Empuñaría sin miedo el œ-

tro de la sombra. Ase la niebla, rásgala, penétrala. Evoca al Dios del antro; húndese en la cueva limosa: enfriase en torno suyo el aire; resurge coronado de luz; ¡canta el hosanna! La luz es el gozo supremo de los hombres. Ya pinta el río sonoro, turbulento, despeñado, roto en polvo de plata, evaporado en humo de colores. Las estrofas son cuadros: ora ráfagas de ventisquero, ora columnas de fuego, ora relámpagos. Ya Luzbel, ya Prometeo, ya Ícaro. Es nuestro tiempo, enfrente de nuestra naturaleza. Ser eso es dado a pocos. Contó a la naturaleza los dolores del hombre moderno. Y fue pujante, porque fue sincero. Montó en carroza de oro.

Este poema fue impresión, choque, golpe de ala, obra genuina, rapto súbito. Vese aún a trechos el estudiador que lee, el cual es personaje importuno en estos choques del hombre y la naturaleza; pero por sobre él salta, por buena fortuna, gallardo y atrevido, el hombre. El gemidor asoma, pero el sentidor vehemente vence. Nada le dice el torrente, que lo dice todo; pero a poco pone bien el oído, y a despecho de los libros de duda, que le alzan muralla, lo oye todo. Las ideas potentes se enciman, se precipitan, se cobijan, se empujan, se entrelazan. Acá el consonante las magulla: el consonante magulla siempre; allá las prolonga, con lo cual daña; por lo común, la idea abundosa y encendida encaja noblemente en el verso centellante. Todo el poeta se salió a estos versos; la majestad evoca y pone en pie todo lo majestuoso. Su estrofa fue esta vez como la ola que nace del mar agitado, y crece al paso con el encuentro de otras olas, y se empina, y se enrosca, y se despliega ruidosamente, y va a morir en espuma sonante y círculos irregulares y rebeldes no sujetos a forma ni extensión; acá enseñoreándole de la arena y tendiéndose sobre ella como triunfador que echa su manto sobre la prisionera que hace su cautiva; allá besando mansamente los bordes cincelados de la piedra marina caprichosa; quebrándose acullá en haces de polvo contra la arista enhiesta de las rocas. Su irregularidad le viene de su fuerza. La perfección de la forma se consigue casi siempre a costa de la perfección de la idea. Pues el rayo ¿obedece a marcha precisa en su camino? ¿Cuándo fue jaca de tiro más hermosa que potro en la dehesa? Una tempestad es más bella que una locomotora. Señálanse por sus desbordes y turbulencias las obras que arrancan derechamente de lo profundo de las almas magnas.

Y Pérez Bonalde ama su lengua, y la acaricia, y la castiga; que no hay placer como este de saber de dónde viene cada palabra que se usa, y a cuánto alcanza; ni hay nada mejor para agrandar y robustecer la mente que

el estudio esmerado y la aplicación oportuna del lenguaje. Siente uno, luego de escribir, orgullo de escultor y de pintor. Es la dicción de este poema redonda y hermosa; la factura amplia; el lienzo extenso; los colores a prueba de sol. La frase llega a alto, como que viene de hondo, y cae rota en colores, o plegada con majestad, o fragorosa como las aguas que retrata. A veces, con la prisa de alcanzar la imagen fugitiva, el verso queda sin concluir, o concluido con premura. Pero la alteza es constante. Hay ola, y ala. Mima Pérez Bonalde lo que escribe, pero no es, ni quiere serlo, poeta cincelador. Gusta, por de contado, de que el verso brote de su pluma sonora, bien acuñado, acicalado, mas no se pondrá como otros frente al verso, con martillo de oro y buril de plata, y enseres de cortar y de sajar, a mellar aquí un extremo, a fortificar allí una juntura, a abrillantar y redondear la joya, sin ver que si el diamante sufre talla, moriría la perla de ella. El verso es perla. No han de ser los versos como la rosa centifolia, toda llena de hojas, sino como el jazmín del Malabar, muy cargado de esencias. La hoja debe ser nítida, perfumada, sólida, tersa. Cada vasillo suyo ha de ser un vaso de aromas. El verso, por dondequiera que se quiebre, ha de dar luz y perfume. Han de podarse de la lengua poética, como del árbol, todos los retoños entecos o amarillentos, o mal nacidos, y no dejar más que los sanos y robustos, con lo que, con menos hojas, se alza con más gallardía la rama, y pasea en ella con más libertad la brisa y nace mejor el fruto. Pulir es bueno, mas dentro de la mente y antes de sacar el verso al labio. El verso hierve en la mente, como en la cuba el mosto. Mas ni el vino mejora, luego de hecho, por añadirle alcoholes y taninos; ni se aquilata el verso, luego de nacido, por engalanarlo con aditamentos y aderezos. Ha de ser hecho de una pieza y de una sola inspiración, porque no es obra de artesano que trabaja a cordel, sino de hombre en cuyo seno anidan cóndores que ha de aprovechar el aleteo del cóndor. Y así brotó de Bonalde este poema, y es una de sus fuerzas: fue hecho de una pieza.

¡Oh! ¡esta tarea de recorte, esa mutilación de nuestros hijos, este trueque de plectro del poeta por el bisturí del disector! Así quedan los versos pulidos: deformes y muertos. Como cada palabra ha de ir cargada de su propio espíritu y llevar caudal suyo al verso, mermar palabras es mermar espíritu, y cambiarlas es rehervir el mosto, que, como el café, no ha de ser rehervido. Se queja el alma del verso, como maltratada, de estos golpes de cincel. Y no parece cuadro de Vinci, sino mosaico de Pompeya. Caballo de paseo no gana batallas. No está en el divorcio el remedio de los males del matrimonio, sino en escoger bien la dama y en no cegar a destiempo en cu-

anto a las causas reales de la unión. Ni en el pulimento está la bondad del verso, sino en que nazca ya alado y sonante. No se dé por hecho el verso, en espera de acabarle luego, cuando aún no esté acabado; que luego se le rematará en apariencia, mas no verdaderamente ni con ese encanto de cosa virgen que tiene el verso que no ha sido sajado ni trastrocado. Porque el trigo es más fuerte que el verso, y se quiebra y amala cuando lo cambian muchas veces de troje. Cuando el verso quede por hecho, ha de estar armado de todas armas, con coraza dura y sonante, y de penacho blanco rematado el buen casco de acero reluciente.

Que aun con todo esto, como pajas perdidas que con el gusto del perfume no se cuidó de recoger cuando se abrió la caja de perfumería, quedaron sueltos algunos cabos, que bien pudieran rematarse; que acá sobra un epíteto; que aquí asoma un asonante inoportuno; que acullá ostenta su voluta caprichosa un esdrújulo osado; que a cuál verso le salió corta el ala, lo que en verdad no es cosa de gran monta en esta jaula de versos sobrados de alas grandes; que, como dejo natural del tiempo, aparecen en aquella y esta estrofa, como fuegos de San Telmo en cielo sembrado de astros, gemidos de contagio y desesperanzas aprendidas; ¡ea! que bien puede ser, pero esa menudencia es faena de pedantes. Quien va en busca de montes no se detiene a recoger las piedras del camino. Saluda al sol y acata al monte. Éstas son confidencias de sobremesa. Esas cosas se dicen al oído. ¿Pues quién no sabe que la lengua es jinete del pensamiento, y no su caballo? La imperfección de la lengua humana para expresar cabalmente los juicios, afectos y designios del hombre es una prueba perfecta y absoluta de una existencia venidera.

Y aquí viene bien que yo conforte el alma, algún momento abatida y azorada, de este gallardísimo poeta; que yo le asegure lo que él anhela saber; que vacíe en él la ciencia que en mí han puesto la mirada primera de los niños, colérica como quien entra en casa mezquina viniendo de palacio, y la última mirada de los moribundos, que es una cita, y no una despedida. Bonalde mismo no niega, sino que inquiere. No tiene fe absoluta en la vida próxima, pero no tiene duda absoluta. Cuando se pregunta desesperado qué ha de ser de él, queda tranquilo, como si hubiera oído lo que no dice. Saca fe en lo eterno, de los coloquios en que bravamente lo interroga. En vano teme él morir cuando ponga al fin la cabeza en la almohada de tierra. En vano el eco que juega con las palabras -porque la naturaleza parece, como el Creador mismo, celosa de sus mejores criaturas, y gusta de ofuscarles el

juicio que les dio- responde que nada sobrevive a la hora que nos parece la postrera. El eco en el alma dice cosa más honda que el eco del torrente. Ni hay torrente como nuestra alma. ¡No! ¡La vida humana no es toda la vida! La tumba es vía y no término. La mente no podría concebir lo que no fuera capaz de realizar; la existencia no puede ser juguete abominable de un loco maligno. Sale el hombre de la vida, como tela plegada, ganosa de lucir sus colores, en busca de marco; como nave gallarda, ansiosa de andar mundos, que al fin se da a los mares. La muerte es júbilo, reanudamiento, tarea nueva. La vida humana sería una invención repugnante y bárbara, si estuviera limitada a la vida en la tierra. Pues ¿qué es nuestro cerebro, sementera de proezas, sino anuncio del país cierto en que han de rematarse? Nace el árbol en la tierra, y halla atmósfera en que extender sus ramas; y el agua en la onda madre, y tiene cauce en donde echar sus fuentes; ¿y nacerán las ideas de justicia en la mente, las jubilosas ansias de no cumplidos sacrificios, el acabado programa de hazañas espirituales, los deleites que acompañan a la imaginación de una vida pura y honesta, imposible de logro en la tierra, y no tendrá espacio en que tender al aire su ramaje esta arboleda de oro? ¿Qué es más el hombre al morir, por mucho que haya trabajado en vida, que gigante que ha vivido condenado a tejer cestos de monje y fabricar nidillos de jilguero? ¿Qué ha de ser el espíritu tierno y rebosante, que, falto de empleo fructífero, se refugia en sí mismo y sale íntegro y no empleado de la tierra? Este poeta venturoso no ha entrado aún en los senos amargos de la vida. No ha sufrido bastante. Del sufrimiento, como el halo de la luz, brota la fe en la existencia venidera. Ha vivido con la mente, que ofusca; y con el amor, que a veces desengaña; fáltale aún vivir con el dolor que conforta, acrisola y esclarece. Pues ¿qué es el poeta sino alimento vivo de la llama con que alumbra? ¡Echa su cuerpo a la hoguera, y el humo llega al cielo, y la claridad del incendio maravilloso se esparce como un suave calor, por toda la tierra!

Bien hayas, poeta sincero y honrado, que te alimentas de ti mismo. ¡He aquí una lira que vibra! ¡He aquí un poeta que se palpa el corazón, que lucha con la mano vuelta al cielo, y pone a los aires vivos la arrogante frente! ¡He aquí un hombre, maravilla de arte sumo y fruto raro en esta tierra de hombres! ¡He aquí un vigoroso braceador que pone el pie seguro, la mente avarienta, y los ojos ansiosos y serenos en ese haz de despojos de templos, y muros apuntalados, y cadáveres dorados, y alas hechas de cadenas, de que, con afán siniestro, se aprovechan hoy tantos arteros batalladores para rehacer prisiones al hombre moderno! Él no persigue a la poesía, breve es-

puma de mar hondo, que sólo sale a flote cuando hay ya mar hondo, y voluble coqueta que no cuida de sus cortejadores, ni dispensa a los importunos sus caprichos. Él aguardó la hora alta, en que el cuerpo se agiganta y los ojos se inundan de llanto, y de embriaguez el pecho, y se hincha la vela de la vida, como lona de barco, a vientos desconocidos, y se anda naturalmente a paso de monte. El aire de la tempestad es suyo, y ve en él luces, y abismos bordeados de fuego que se entreabren, y místicas promesas. En este poema abrió su seno atormentado al aire puro, los brazos trémulos al oráculo piadoso, la frente enardecida a las caricias aquietadoras de la sagrada naturaleza. Fue libre, ingenuo, humilde, preguntador, señor de sí, caballero del espíritu. ¿Quiénes son los soberbios que se arrogan el derecho de enfrenar cosa que nace libre, de sofocar la llama que enciende la naturaleza, de privar el ejercicio natural de sus facultades a criatura tan augusta como el ser humano? ¿Quiénes son esos búhos que vigilan las cunas de los recién nacidos y beben en su lámpara de oro el aceite de la vida? ¿Quiénes son esos alcaides de la mente, que tienen en prisión de dobles rejas al alma, esta gallarda castellana? ¿Habrá blasfemo mayor que el que, so pretexto de entender a Dios, se arroja a corregir la obra divina? ¡Oh Libertad! ¡No manches nunca tu túnica blanca, para que no tenga miedo de ti el recién nacido! ¡Bien hayas tú, Poeta del Torrente, que osas ser libre en una época de esclavos pretenciosos, porque de tal modo están acostumbrados los hombres a la servidumbre, que cuando han dejado de ser esclavos de la reyecía, comienzan ahora, con más indecoroso humillamiento, a ser esclavos de la libertad! ¡Bien hayas, cantor ilustre, y ve que sé qué vale esta palabra que te digo! ¡Bien hayas tú, señor de espada de fuego, jinete de caballo de alas, rapsodo de lira de roble, hombre que abres tu seno a la naturaleza! Cultiva lo magno, puesto que trajiste a la tierra todos los aprestos del cultivo. Deja a los pequeños otras pequeñeces. Muévante siempre estos solemnes vientos. Pon de lado las huecas rimas de uso, ensartadas de perlas y matizadas con flores de artificio, que suelen ser más juego de la mano y divertimiento del ocioso ingenio que llamarada del alma y hazaña digna de los magnates de la mente. Junta en haz alto, y echa al fuego, pesares de contagio, tibiedades latinas, rimas reflejas, dudas ajenas, males de libros, fe prescrita, y caliéntate a la llama saludable del frío de estos tiempos dolorosos en que, despierta ya en la mente la criatura adormecida, están todos los hombres de pie sobre la tierra, apretados los labios, desnudo el pecho bravo y vuelto el puño al cielo, demandando a la vida su secreto

México en 1882

Nueva York, 1883

Las revoluciones de los pueblos americanos han tenido dos orígenes: lucha vehemente del espíritu nuevo, que, como un aire de vida, vuela ahora sobre todo el universo, por aparecer definitivamente y afirmarse, y falta de vías por donde echar naturalmente la actividad ansiosa y el insaciable anhelo de grandeza del hombre hispanoamericano.

Cuando México se sacó de las entrañas, como quien se extirpa un cáncer, el Imperio, quedó asegurada y triunfante, dispuesta a toda pujanza y maravilla, la diosa permanente, que da de sí luz, que ilumina los altares nuevos: la persona humana; quedó en México el hombre, después de tanta lucha heroica y sangrienta, dueño de sí, que es magnífico espectáculo, tanto como es pobre de ver y doloroso el del hombre que bebe en la copa del olvido licores de rosas nacidas en fango.

Pero, aun acabada esta razón de guerra, natural siempre e inevitable en los pueblos donde, en forma más o menos vehemente y culta, el hombre se rebela contra los que sujetan el noble, fructífero y majestuoso empleo de su albedrío -por hacer de sus rodillas pavimento de templo, y de su cerebro alimento de los dioses antiguos desmayados-, quedaba aún en pie la segunda causa, avivada por el carácter belicoso que a la larga adquiere un pueblo nacido y criado entre guerras, y por cierta hidalga disposición del mejicano a fiar a la punta de la espada su derecho. Quedaba en pie la segunda causa: llegados los hombres a la edad en que el deseo aguija y la ambición despierta al alma de los perezosos sueños juveniles, no hallaban instrumentos para su actividad, ni perspectiva para sus deseos, ni cauce para sus labores legítimas, en el cultivo rutinario, trabajoso, poco remunerativo, de tierras alejadas de los grandes mercados, ni en el servicio de industrias raquíticas y contrahechas, ni en un comercio ajeno y sórdido, no bien visto en el país por ir manchado de un descarado empeño en obtener de la tierra más provecho que el natural y honrado. Desdeñosos siempre de la vida, jugaban al azar de las batallas, a la más leve ocasión, su prosperidad o su muerte. De esta disposición, meramente económica; de esta

desigualdad entre las demandas legítimas de la vida, acrecidas por un clima lujoso y un sol caliente, y los medios de satisfacerlas; de este desasosiego del hombre fuerte y fiero de los campos, que no hallaba grato quehacer, ni qué hacer acaso, en mugrientas y ruines aldeas, o en campos abandonados, a cuya labor costosa, y a menudo estéril, no osaban atentar los mismos caballeros de la riqueza; de aquel malestar del hombre joven, deseador, mal enfrenado, suntuoso, repleto de fuerza, en una tierra dormida, de cuyo seno parecía que sólo pudiera surgir el sustento de los hombres al fragor de la batalla, aprovechaban arteramente, con esa sonrisa lúgubre y fría de los que defienden cosas de su misma podredumbre muertas, los encendedores de discordia, que querían hacer pasar por sacudimientos políticos lo que no era más que desarreglos económicos. O ya era, como sucedió alguna vez, que los desocupados de todas estas guerras, o los desairados después de ellas, reunidos por el despecho, el apetito o la necesidad de sacudir la holganza, se juntaban en guerra formidable, alzaban bandera de una reforma accidental y confusa, y triunfaban.

Pero las fuerzas extraordinarias, en los hombres como en las tierras, por coartadas y oscurecidas que anden, surgen siempre. Nos parece, aunque, acaso por ver el suceso de cerca o con anteojos de pasión no se vea por todos tan claro, que la nueva era económica, acelerada por estas cuantas paletadas de oro que echan en los hornos de México los norteamericanos, hoy sobranceros de caudales, comenzó con la extinción del Imperio; esto es: con la victoria definitiva sobre los mantenedores de la oligarquía teocrática en México. Desmayados de aquel golpe, apenas pudieron ya, de vez en cuando, en lugar de aquellas guerras tremendas y devastadoras que azuzaban antes y capitaneaban, arrimar la tea apagada a aquellos puñados, en México perennes, de descontentos o desocupados de las guerras. A poco de esto, asaltó los montes, llamando con grandes voces a la tierra adormecida, la locomotora de Veracruz, que puso en fuga a los bandoleros de las cercanías, a aquellos ociosos de antaño, con más presteza y éxito que el ejército más afortunado. No parece que el avantrén de las locomotoras libre de obstáculos la vía, sino de malvados. En descanso ya las armas de los que tantos años las esgrimieron noblemente en México por asegurar al hombre, contra convenciones religiosas y rezagos autocráticos, el ejercicio de sí, y no tan ocupadas, en virtud de la última derrota estrepitosa, las lanzas de los peleadores de alquiler, comenzó el suelo a dar flores durante el sueño, apenas interrumpido, de la guerra; y ha dado tantas, que no parece que la guerra misma, maravillada de tanta hermosura, tenga valor de atentar a ella;

sobre que el aroma de las flores de la tierra cultivada se desciñe, por mágica virtud, y vienen al suelo los arreajes y aprestos de la guerra.

Nos mueve a esas reflexiones, que aquí de mal grado interrumpimos, el amistoso informe que de México en 1882 publica ahora el caballero Strother, cónsul general de los Estados Unidos en México. Oírle es asistir a fiesta de encantamiento. Parece que los hombres todos se levantaron a la vez de un sueño, y éste seca un río, aquél perfora un monte, el otro lo vacía, tal destila oro, cuál levanta un pueblo, cuál enarbolando una bandera blanca y puesto el pie sobre otra roja, se entra, a la cabeza de una locomotora, por la selva que abate a su paso las copas solemnes, y carga los vagones de sus frutos próvidos. Dice el cónsul Strother que al grueso dinero de plata sucede -¡ojalá que no sea, para evitar males futuros, con ciega presteza!- el papel moneda. Dice que no hay alba que no se anuncie con un nuevo descubrimiento; que no hay sustancia, de aquellas diversas que a millares da la tierra, que no esté ya sacada a luz y en vía de industria; que están llenas las mesas de los gobiernos de peticiones de compañías que quieren sembrar plantas de tejer, y trocar luego sus fibras en cuerdas, papel, velas, vestidos; que los pozos de oro abandonados se reabren, y vetas ignoradas salen a luz, y nuevas máquinas hidráulicas ahuyentan a las ruedas con que aún socavan en México las minas; que todo es mina de hierro, carbón y petróleo, todo esperanza donde el limpio maguey alza sus hojas, y en los campos abiertos que se visten de gala para recibir amorosamente a los ferrocarriles -¡gran desposorio nuevo!- todo es trigo y cebada, maíz, caña de azúcar. Plantan la vid, que ya se daba en los Estados de la frontera del norte; domicilian la morera, que no estaba tampoco descuidada, porque México ha sido siempre tierra ávida de arte y ciencia, y tiene para su cultivo, como privilegios naturales; traen de tierras lejanas caballos de buena alzada, que se cruzan con aquellos febriles y majestuosos de Aguascalientes; traen, y los sientan entre los indios benévolos y atentos, blandos siempre al amor, campesinos de Italia, viticultores de Francia, suizos honrados y alemanes fuertes. Entran al país nuevas semillas de árboles y hombres. Lucen en los cortijos los arados de acero y trilladoras. Y el gobierno, puesto al lado del pueblo, se ocupa en abrir puertas a las industrias y a los cultivos; y no, como otros, en cerrarlas. En suma, y aunque nos duela sacar los ojos del informe del cónsul Strother, que en ese tenor dice muchas cosas buenas, con dos hechos de gente de pelear pondremos punto a este artículo.

No bien entró, de vuelta de su cruzada épica, a gobernar en paz a México, aquel indio egregio y soberano, que se sentará perpetuamente a los ojos de los hombres al lado de Bolívar, don Benito Juárez, en quien el alma humana tomó el temple y el brillo del bronce, volvió armas contra él un capitán de guerrilla que años enteros había estado batallando en su favor. Ayer mismo, al grito de Juárez, sacudía la lanza sobre los amigos del Imperio; y hoy, al amanecer, vencidos los amigos del emperador, sacudía la

Y es fama que le dijo una persona de pro, con palabras históricas, al cabecilla reacio:

-Pero, maldito, si has estado doce años peleando por don Benito, ¿por qué ahora que ha ganado peleas contra él?

-Porque yo peleo contra el que manda.

Esto era aún diez años hace; y ahora es esto:

Antes se vendían en México, por cada diez pesos de instrumentos de agricultura, cien pesos de armas; y ahora se venden diez de armas por cada cien pesos de instrumentos de agricultura; y un cabecilla famoso, que jamás había sacado del lomo de su caballo la silla de batalla, dejando su corcel de guerrear atado a un árbol viejo, bajó pocos días hace a la ciudad, según Strother cuenta, y compró dos arados.

Los arabescos de Eduino

Nueva York, 12 de agosto de 1893

De Venezuela, donde nació América; donde un cura liberal, de un rayo de la palabra, abrió en dos y echó al mar la corona española; donde Bolívar, que engendró un mundo, pensó en redondearlo con la libertad de las Antillas, peligro y rémora del continente y de la paz universal mientras continúen esclavas; donde peleó Páez, el más épico y original de los héroes

americanos, que quiso remozar su vejez en la batalla por la independencia de Cuba; donde la madre desolada guarda aún la carta que del campo cubano le escribió el hijo querido, que de la riqueza de Caracas se fue a morir por Cuba infeliz; de Venezuela, y de uno de sus mejores hijos, le viene ahora a Cuba un valioso regalo. Cubano es el poema; y ¿por qué no hemos de decir, con esta ciudadanía en que ardemos todos, que es cubano el autor? ¿No sangra él, como la madre de su poema, por los dolores de la tierra mísera, la tierra que ya se alza sobre el codo, se aprieta la cintura y vuelve a ver el cielo? ¿No es el autor hermano glorioso de aquel Eduardo Calcaño, que con las estrofas de su prosa vehemente, calzadas como las lanzas de acero bruñido, y con su discurso de oro encendido, avivó el valor y flageló la cobardía, en tiempo de Zambrana, de Piñeyro y de Sanguily, de los cubanos de la primera guerra? ¿No es honor de América, por la médula de su verso y la ternura de su corazón, José Antonio Calcaño, el poeta piadoso de Los arabescos de Eduino?

De alma muy fina y de heroísmo doméstico es el poema de José Antonio Calcaño, que halla a la lengua castellana en América empleo más digno que el de servir de colchón y calzapollo a sus dominadores; ¡hay hombres hechos, por su ruin natural, para que se acuesten sobre ellos, Cavas perpetuas de felices Rodrigos, y otros para ponérseles delante, con la luz de su virtud y el orgullo de su libertad, y echarlos, tapándose el bochorno, por las entrañas de la tierra! ¡Hay quien le lleve al señor todos los días, para que se bañe al despertar, la palangana servil, llena de la sangre de su tierra! Y hay también, aunque no sea de cuna cubana, quien recuerde lealmente, en poesía amiga y delicada, el sacrificio que suelen negar hoy, en los demás por fatiga o aberración, los mismos que fueron héroes de él.

Cuenta el poeta la historia triste de Eduino, en romance dramático, realzado por ideas de honda belleza, y de hermano o de padre, como rubíes o zafiros en filigrana de oro.

En New Brighton, cerca de Liverpool, vivían, cuando la guerra, los padres de Eduino, y el niño acababa de nacer; vivían tranquilos -cuanto por climas extraños cabe a las aves sin nido. De fuego de sol era la madre bella, y lo que cantaba «siempre» eran «canciones de Cuba»; «mas tal al cantar lloraba, -que dudo si al tiempo mismo- que consolaba su ausencia- no doblaba su martirio». Y un día se quedó la casa sola; el padre halló a unos cubanos que le hablaron de la ocasión de ir a la guerra y del Virginius que

salía; les dio promesa de ir: «¡Oh Cuba, adorada Cuba!»; la mujer, acobardada un instante, le echa, antes que la que le puso pronto la muerte, la corona de sus brazos; el vapor se va, con el cubano fiel; pasa el vapor, humeando, por frente a la casa viuda: no se ve ni se oye nada; «un pañuelo blanco a bordo- y en los balcones un grito: -«Cuba, Cuba, tú no sabes- los

No volvió el padre: cayó en el Virginius.

Entonces no es, sino diez años más tarde, cuando se ve el dolor del poema; cuando la madre, «desierto el mundo», pobre el vestido y la casa, sólo para el muerto y para Eduino vive, y, exacerbada o hundida,

ya son de muerte sus ayes,
ya son de rayo sus ímpetus.

Y él, de diez años, «festivo y angélico», todo lo borda con la pluma artística; a besos echa la angustia de la frente de su madre: acaso su risa alegre hiere y extraña el desolado corazón; baja él con la madre al mísero jardín, o la acompaña, por las tardes de verano, a respirar el aire de la mar, de la mar que se llevó al padre que no ha vuelto; y la casa, llénala de dibujos, ya clavados con orgullo a las paredes de su cuarto, ya en los márgenes, de diarios y revistas, ya en cuanto hueco halla a mano, que por todas partes se ven los arabescos de Eduino», hasta que un día, cuando la madre retorna

con la dureza del hombre,
con el rigor del Destino,

cuando vuelve, quizás de extender la mano en balde, a la casa menesterosa, halla abierto sobre la mesa, como infausto cumplimiento, el libro de rezos que el esposo al partir dejó por memoria, y donde el pobre niño ha floreado, con lazo de más pétalos y cintas que todos los suyos, las iniciales de sus padres, airada de que otra mano desfigurase el recuerdo último, lanza el libro a su niño sonriente que, herido por el canto de bronce, se va al cuarto sangrando.

Y por toda la escalera
la llevó el sangriento hilo,

como una mano de hierro,
hasta la alcoba del niño.
Lo que sintió al ver sus manos
y su rostro en sangre tintos,
sólo alcanzarlo pudiera
la Santa Madre de Cristo;
¡que con ser tal su desdicha
que aún la lamentan los siglos,
no fue la de hacer su mano
correr la sangre del hijo!

Después ¿a qué los cuidados? ¿a que besarle con lágrimas las manecitas, que señalan a la pared, pidiéndole que rompa todos los dibujos? ¿a qué celebrarle arrepentida «los dibujos lindos», y aquel «obsequio de él», y llamarse vil? ¿a qué echarle, en las manos, para siempre caídas, pinturas en montón, y papeles y lápices? Eduino

estaba siempre en silencio,
a su regazo acogido,
como se echa bajo un olmo
con su dardo el cervatillo.

Y se desvanecía, con la cabecita vendada. Y una noche
tomó la mano a su madre
y dio el último suspiro...

Y el poema acaba, y la madre:

¡Cómo vivir ya esa madre
desolada en tal recinto,
sordo el cielo, el hijo muerto
y el remordimiento vivo!...
Pero el más pronto descanso
lo da el más grande martirio:
sucumbió, la hallaron muerta,
ya el cuerpo rígido y frío,
de rodilla, contra el lecho
y los labios sobre el libro

en la página en que estaban
los arabescos de Eduino.

De lauros está cubierta la mesa donde escribe sus versos, en el reposo de la justa fama, el poema más castizo de Venezuela. En Los Arabescos, como en todo lo suyo, luce la lengua su música y color; realza con el ritmo esmerado, y el súbito chispazo de poesía, la narración corriente, y une a estos méritos el de la viveza dramática a que en América no puede dar vuelo el verdadero artista, por no hallarle campo natural sino en la época embrionaria, de indios y conquistadores, poco vulgar aún para que interese y mueva su grandioso drama, o en el teatro, aun no bien desbrozado, de la guerra de independencia, manantial futuro de creaciones, o en la vida social contemporánea, todavía en nuestra América vacilante e informe, que en la escena se habría de expresar con la indecisión e hibridismo que quitan beldad y permanencia a la obra de arte. Drama visible parece, más que poema, el romance de Calcaño. Pero su movimiento y realidad, con ser mucho, no es lo que más debe celebrarle un cubano, ni el señorío sobre la lengua, que él guía y revuelve como jinete generoso un caballo de rico jaez, sino la ternura, de hermano o de padre, con que recuerda los sacrificios callados de Cuba, los sacrificios de que Cuba no se ha cansado aún, y aquella voz del alma con que grita, para castigo de olvidadizos y consuelo de héroes ignorados:

¡Cuba, Cuba, tú no sabes
los dolores de tus hijos!

En la portada lleva el libro, en lazo estrecho, una pluma y una espada, y alrededor una corona de laurel.

Manual del veguero venezolano

Nueva York, enero de 1884

De Varina salía en tiempos de antaño -de Varina, que estaba cerca de Cumaná, madre de Sucre- el más rico tabaco que por entonces saboreaban,

con mengua del de Güines y del de Flor de Sagua, los fumadores de España, Italia y Francia. De Venezuela viene ahora también un lindo libro, en que se cuentan con afortunada llaneza, singular lucidez y desinterés incomparable, todas las varias artes y celosos cuidados que quiere la hoja india, consuelo de meditabundos, deleite de los soñadores arquitectos del aire, seno fragante del ópalo alado. Manual del veguero venezolano se llama el discretísimo libro: todo es aroma, como la planta cuyo cuido enseña; es su autor el señor Lino López Méndez, veguero de oficio, que aquí prueba ser, además, escritor hábil y galano, que de las mismas plantas, y al sol y al sereno, ha aprendido el modo de cuidarlas. Dice que le enseñó mucho el manual de Dau, pero que la tierra le ha enseñado más.

No agrada el libro solamente porque con habla tersa y sabrosa, tan culta que parece de letrado, y tan clara que no habrá labriego que no la entienda, narra todos los trances, riesgos, necesidades y enseñanzas del cultivo de esta planta rica; sino por cierto amor de padre, celoso y ferviente, que muestra el enseñador ameno por sus plantas. Se ve que las ama y mima como si fueran sus hijas. Se enoja con los que las tratan rudamente. Se encara, como con profanadores, con los vulgares rutineros. Por entre las hojas del libro, parece vérsele encorvado, en la madrugadita fresca, buena a estas labores, sobre la mata recién nacida, sacándole de entre las hojas el mordedor y diminuto cogollero; que donde nace la planta, allí nace insecto: y por donde brota flor, ya anda la oruga.

Está escrito este libro de manera que, con ser la mejor acaso, y la más práctica y entendible de cuantas monografías van publicadas sobre el cultivo del tabaco, imagínase ver al autor, mientras se lee su artístico trabajo, protegiendo con las manos cuidadosas, del sol excesivo, del grillo rastrero, del podador burdo, de la humedad putrefactora, a su mata olana de tabaco. Ni matas las llama, sino maticas. Hojitas dice cada vez que tiene que decir hojas. Como Cherville -este Méry de los jardines- ama sus flores, don Lino López ama sus plantíos. Como a persona estima sus plantas. ¡Sentido y respeto de la vida universal, dote sólo de las almas profundas! ¡Delicadas puerilidades, prenda exclusiva de las almas nobles!

Extractar el libro fuera imposible, porque todo él es extracto. No habla como empinado catedrático, más atento a que le admiren que a que le entiendan, sino como padre de familia que da lecciones a sus hijos campesinos. La perfección absoluta de su pequeño libro le viene visiblemente de su

íntimo y acabado conocimiento del asunto. Podrá no ser don Lino López hombre de letras, pero, por el completo ajuste de su estilo y su asunto, ha hecho de su folleto de sesenta y cuatro páginas una obra literaria. A bien que en Venezuela es don nativo el arte, y tradicional el habla buena. Todavía andan por sus calles Eloy Escobar, caballero y poeta, que habla en su lengua de familia un castellano que para sus obras de gala envidiaran el coloreador Alarcón y el discreto Valera; y un Morales Marcano, cuyo lenguaje, de sólidas facetas y de fácil curso, hace a la vez pensar en el vino generoso y en los reflejos del brillante; y carreteros y mozas andan por Caracas, y pastores en luengas camisolas, que mueven el castellano que parecen graduados de academia.

¡Cuánto enseña el Manual del veguero venezolano! Toma la planta en el almácigo, y no la deja hasta que sale ya bien acondicionada y empacada, en busca de los torcedores de la ciudad. Cuenta cómo ha de abonarse la tierra; por cuanto no hay tierra, por rica que sea, que no mejore con el abono, ni alma que no se sazone con la vida, ni inteligencia que no crezca con el cultivo y ejercicio, y el tabaco ha menester más que planta alguna de abono cuidadoso, sin que lo haya mejor que el de vegetales bien podridos (por ser sabida ley que la vida nace de la muerte), mezclados con una parte de estiércol de bestias; los vegetales mejores son los palos de las mismas matas de tabaco, las cañas del arroz y del maíz, la hojarasca que se va trocando en tierra. Y explica cómo se ha de ir preparando en montones este abono y no ha de usarse de montón que no tenga ya contados sus seis meses.

Dibuja, más que dice, cómo han de hacerse en dos rectángulos paralelos los semilleros o almácigos, sobre canteros muy bien movidos, por querer el tabaco, así como atmósfera seca, tierra muy limpia y floja. De diez varas de largo por dos y media de ancho será cada uno de los dos canteros; media botella de semilla, mezclada a cinco de arena fina, basta: y luego que el almácigo está ya polvoreado de semilla, se le salpica con ceniza y abono, y se le cubre piadosamente, a que ni sol ni lluvias le dañen, con las generosas hojas del plátano. Del plátano se sacan las cabuyas en que se ensartan las hojas cosechadas; las hojas con que se forra el interior del burro, largo envase donde, bien cubierto, se pone más tarde el tabaco embetunado a que fermente; y las tiras que atan las manillas primero, y luego los matullos. El semillero es el tesoro de la vega, y como a tal se cuida. Al quinto día se le pone techo, y ya a los ocho días, la planta tempranera saca a tierra sus dos primeras hojas tiernas, que han de ser bien regadas, mas nunca con agua

salobre. ¡Cuánto pequeño cuidado empieza ahora, de que depende luego la bondad, el peso, la condición y el aroma del tabaco! A los veinticinco o treinta días de nacida la semilla, trasplantada a canteros semejantes, y cuando ya tiene unos dos meses, siémbrasela definitivamente, a tres cuartas una planta de otra, y nunca a menos, en los surcos que, a medida que se hace el trasplante, van los gañanes abriendo en el terreno bien arado y revuelto, o trabajado a pico y escardillo, cuyo terreno será tanto mejor si tiene dos partes de tierra suelta, de arena fina, y otra de abono vegetal y animal.

Para la siembra, todo esmero es poco. Se le arranca de hondo, para que las raíces no se dañen; se la lleva como en palmas al surco, de nueve pulgadas de ancho y seis de hondo; se la pone en la cresta de él, para que no la arrastren las lluvias, que correrán sin daño a su lado; se la pone bajo una casilla, como si cada planta fuera delicada dama.

No bien pasan veinte días, ya están los peones, con una escardilla pequeña, desyerbando el surco y arrimando tierra al pie de cada mata; a lo que llaman medio aporque. No ha de dejarse crecer yerba en el surco. Ha de emprenderse campaña reñida con los voraces insectos; ha de buscarse, en las cuevas que labra al pie de las matas, al grillo mordedor; al cogollero astuto, para lo que hay que abrir las hojas de cada mata; al verde veguero, que no con menor rapidez se come las mejores hojas que los ogros del cuento de Perrault se comían niños; y al pardo traidor, cachazudo, que devasta en la sombra. También a los semilleros atacan los gusanos; pero a esta invasión se pone coto cercando los almácigos de mostaza, que los insectos comen con delicia.

A poco, el tabaco repolla, a lo que se le da otro desyerbe; y a poco más, «escaña», por lo que entienden que está a punto de dar el botón, nuncio de la flor, el cual, con cuidado sumo, ha de arrancarse con las hojillas que le cercan, así como los retoños que nacen al pie de las hojas mejores de la planta, con cuya poda y deshijo va a las hojas toda la fuerza de la mata. ¡Singular cosa, que no sean diferentes, sino idénticos, el modo de sacar provecho de una planta y de una inteligencia! Todo es análogo; acaso más: todo es idéntico. Y así como acaba el monte en alto pico, así tal vez en una verdad sola, y germen solo, se concentran todas las formas de la vida. Universo es palabra admirable, suma de toda filosofía: lo uno en lo diverso, lo diverso en lo uno.

No es buen veguero
quien no coge el bajero

dice el refrán campesino; con lo cual se enseña que no han de desdeñarse, porque sean de clase inferior, sino de cogerse y aprovecharse, las hojas bajas de la planta, primeras que sazonan. Conforme van madurando las hojas, lo que se conoce en que sus venas amarillean y se cubren de pintas amarillas, se van cogiendo; y cuando ya toda la mata esté madura, se la cercena de raíz, con un machete bien afilado. Luego vienen el madureo, la seca, el embetunado, el enmanillado de las hojas. Se clasifican las hojas por tamaño; se ensartan, como quien cose, con una aguja que lleva a la zaga una cabuya, las hojas de cada condición, que, una vez en el hilo de diez cuartas, se atan a los cujes, y van en ellos a los andamios, donde las cubren con fardos de crudo grueso; y no las descubren hasta que no tienen ya el color amarillo del melón sazonado que anuncia que las hojas están maduras; por lo que a esos andamios llaman los maduraderos, que como los corredores adonde sacan los cujes a que se oreen, y las piezas abrigadas donde los ponen, ya a calentarlos, con braseros sin humo, de la humedad excesiva, ya a impedir que el exceso de sol tueste las hojas y las «arrebate», son todas partes de la aireada casa de tabaco. Y se ha de registrar hoja por hoja, y no dejar hoja podrida ni verduzca. Cuando han pasado quince días de oreo, embetúnanse por primera vez las hojas. Lucen en los betunes los vegueros todos sus experiencias e imaginaciones: cuál prepara el suyo con una infusión de tabaco en agua; cuál pone, en vez de agua, secreción del cuerpo humano, que da más fuerza que perfume. Pero el Manual del veguero dice que para lograr tabaco bueno, luego de bien almacigado, cogido y oreado, no hay como empaparlo en un betún de su receta, que es de este modo: en diez botellas de aguardiente de 30º póngase media libra de sarrapía, luego de haber rajado cada semilla por un extremo, y una media libra de tabaco bueno y de clase fuerte, todo lo cual se tapa bien en un envase de vidrio, de donde no se le saca sino al ir a usarlo, en cuyo instante se le agregan, moviendo el conjunto bien para que se disuelvan la sal y el óxido, una media libra de sal de nitro y una onza de óxido de hierro.

Pero no es ése el betún, sino una parte de él, a la cual han de juntarse veinte más de una infusión de cuatro onzas de palillos de tabaco bueno para cada diez botellas de cocimiento. Y es fama que con tal menjunje, ni la media capa segundona, ni la entre capa averiada, ni la humilde y retorcida tripa,

Todo eso que hemos apuntado de ligero, como suma de libro, y por si hay en ello algo nuevo que otros cultivadores aprendan, está enseñado con tal mansedumbre de dicción, riqueza y encadenamiento de detalles y claridad visible y palpable en el libro del señor Lino López Méndez, que el que lo acabe de leer, gustoso y agradecido como quien cierra un grato cuento, se da a sí mismo el grado de docto en el cultivo del tabaco, y pregunta el camino de las tierras fértiles donde, en vegas planas o en lomas arenosas, crece de manos de hombres sensatos y piadosos, como el autor de este libro, la planta amable que da el humo, compañero del hombre.

La sociedad hispanoamericana bajo la dominación española

Patria. Nueva York, 14 de febrero de 1893

Tienen unos por ciencia en América, y por literatura científica y principal, el estudio minucioso de los pueblos de que les apartan origen y costumbres, y el desconocimiento punible y sistemático del país en que han de vivir. Y es cierto que sin el examen profundo de los diversos ensayos políticos, más valederos mientras más se asemejan los pueblos estudiados al de nuestra naturaleza, ni se logra la pericia útil al adelanto de la tierra propia, ni la robustez moral que viene de la certidumbre de la obra ordenada y triunfante de los hombres, pero este desdén de lo criollo, singular en quienes en lo suyo intentan influir, aunque suele ser signo por donde anuncia su aspiración descontentadiza un espíritu potente, es más a menudo prueba cierta de entendimiento segundón que al gozo de cavar por sí en lo nuevo prefiere llevar a cuestas lo que cavó otro: o prurito rural del hijastro que en la brava honra solariega suspira avinagrado por su fantástica progenie de galanes y damas palatinas, y en su inútil corazón niega a su padre. Por la verdad filial, patente en la llaneza misma del estilo; por el análisis primerizo y franco de los orígenes y cruzamientos de nuestra América; por el revés con que despide a los americanos que desconocen en su pueblo propio la capacidad que conceden de prisa y oídas al ajeno, es notable el libro cuyo bosquejo ha publicado en Madrid el argentino Vicente Gaspar Quesada, sobre La sociedad hispanoamericana bajo la dominación española.

Durante los años de prueba y tanteo en que nuestra América buscó acomodo entre sus vicios heredados y su libertad súbita, entre la hostil pereza e inepto señorío, y la dificultad de la república inculta y briosa, fueron las letras tribuna deshecha de las ideas combatientes, o exánime remedo de las novedades literarias. Pero ya América, saneada en lo real de sus guerras y lo vano de sus imitaciones, conoce por fin sus elementos vivos, más nuevos por la mezcla forzosa de la condición diversa de sus moradores que por peculiaridades inamovibles de hábitos o de razas; y con acuerdo profético brota de todas partes a la vez, en prosa y en poesía, en el teatro y el periódico, en la tribuna y el libro, una literatura altivamente americana, de observación fiel y directa, cuya beldad y nervio vienen de la honradez con que la expresión sobria contiene la idea nativa y lúcida. Del peso de la idea se quiebran las frases, antes quebradas al peso de flores traperas y llanto de

cristalería. De traidores está América cansada, que sólo le hablen de su muerte fatal y de su ineptitud; y está dando creadores. Los incapaces merodean aún, que en su nulidad florida creen ver la de su tierra, y visten la idea desalentada de pompa resonante. Pero América produce obras de análisis y conjunto donde, como quien tala antes de sembrar, se desenredan y sacan al limpio las capacidades y rémoras de nuestros pueblos, a fin de poner, a aquéllas, leyes viables criollas, por donde el país se rija, según la realidad y estado de sus componentes, y de mudar en agencias las fuerzas toscas o estancadas.

El libro de Quesada es de esos estudios sinceros y totales sobre América. Él, prohombre encanecido en las fatigas de la creación de la república, que le vio a Urquiza el castillo feudal allí donde en la estancia modelo ordena ahora el político pecador su plétora de ideas y métodos extraños; él, hombre agudo y positivo, que ve al mundo sin cáscara, por donde corre a ojos la sangre y el pus, y en cortes y en repúblicas estudió largamente la desnudez humana; él, cuya pluma de hechos castiga desdeñosa, como vicio oculto que es, la complacencia enervante en todo lo propio, por ser del estiércol de nuestro jardín, y el desvío risible de cuanto no nació plátano o palma; él, ministro hoy en la corte de sus amos de ayer, que ve ya fuerte y bella la patria que conoció, como los vascos que la pasearon, de boina por la cabeza y a horcajadas en la mula; él «cree fácil demostrar con hechos históricos la viril energía y capacidad de nuestra raza para el gobierno libre». «Los hispanoamericanos tienen la capacidad y el vigor necesarios para vencer las dificultades de los pueblos nuevos y para gobernarse y prosperar». «Se pretende, y el vulgo lo acepta como verdad indiscutible, que el asombroso progreso de los Estados Unidos de Norte América y el comparativamente lento y trabajoso de las naciones hispanas tienen por origen y causa eficiente la superioridad de la raza y de las instituciones coloniales que estableció la Gran Bretaña». «El objeto de mis estudios es investigar y referir los antecedentes de las instituciones y los de las razas indígenas del grupo de las naciones hispanoamericanas, para deducir por ese estudio las condiciones que autorizan, a mi juicio, a tener completa y profunda fe en sus destinos, desenvolviendo con prudencia las cualidades heredadas y mejorándolas por el medio ambiente». «He vivido muchos años en los Estados Unidos, he desempeñado allí una prolongada misión diplomática; he tenido oportunidad de estudiar atentamente y de cerca sus instituciones políticas y su sociedad; he admirado su poder y su riqueza; pero esa admiración no me lleva hasta el servilismo de pensar que el éxito, debido a circunstancias

naturales e inevitables, sea originado por superioridad de raza, ni por antecedentes de las instituciones de la época de la colonia.»

Y en esto parece que el tema viril saca un tanto de lo seguro al historiador, que sin ver en la desviación radical de España la causa suficiente y única de la capacidad de nuestra América, mayor en los pueblos que se le han desviado más, la busca en instituciones que no pudieron ser antaño, cuando el inquisidor y los dos indios del estribo, más eficaces y emancipadoras que lo son hoy a nuestros ojos, en pleno mundo nuevo, cuando reducen y sofocan al criollo aborrecido, en vez de disponerlo a la libertad, y sostienen y encubren, con fraude insolente, la más venenosa y mercenaria tiranía. Por el descaro con que se burlaban fueron siempre más célebres sus leyes de España en Indias, que por lo que del derecho mantuviesen o levantaran el carácter. La raza española que, por quijotes y rodelas, pudo su poco más que flechas y algodones, parécele a Quesada superior a los artífices y arquitectos indios, a quienes Draper tuvo por primeros. Donde necesitó de sus rencillas para mandar el número invencible del odio de la llaneza al señorío, del rencor de los cacicazgos al imperio, dejó España con vida al indio que, más que el inglés, exterminó en Cuba, en Jamaica, en Haití, en el cerro uruguayo, rojo aún de la sangre épica de los charrúas.

Por la justicia no se asimiló el español las razas conquistadas, sino por el sexo ineludible, la conveniencia de casar con india señora, y el sutil influjo de la raza natural, sorprendida por una milicia superior cuando aún no estaba en su proceso de amalgama tan adelante que pudiera olvidar sus rencillas en la función nacional de la defensa contra el enemigo común. A Carlos III tuvo que esperar España, al buen tiempo de un virrey criollo, para ver que la media América del Perú era muy vasta para un solo virreinato. Mucho de despechos y poco de derechos se hablaba en los ayuntamientos, que eran más para disputas que para libertades, y por donde se alzó el criollo imbuido de ideas francesas, por cuanto estaba América ahíta -que por la primera boca-, había de echarse; pero las distancias grandes y las muchas cabezas repartidas por el país pudieron más para el federalismo, por ser el equilibrio de ellas, que los ayuntamientos, fiscales antes que políticos. Ni la ley, por pura que fuese, podía contra la explotación e iniquidad de las costumbres.

Desmaya tal vez el lenguaje de Quesada, por su sinceridad misma, en la enumeración de aquellas formas de gobierno, que han de estudiarse menos

Y surgió, tal cual lo narra el escritor argentino en páginas concisas; y Fernando se abre a Francia. El inglés lo castiga en Buenos Aires. Beresford, que quiso después con fuego la independencia, se alzó con la ciudad. Los criollos les pelearon, mejor que los españoles, los picaron, los echaron. El pueblo se alza, pidiendo asamblea. «Medrosos los peninsulares quieren contemporizar». Liniers es jefe, por aclamación. Arrollados Cabildo y Audiencia, deponen al virrey, al trémulo Sobremonte; acatan al pueblo; complacen al pueblo. Los ingleses vuelven, con doce mil hombres; los vecinos los tunden y rechazan, los vecinos «que se turnaron en salvarlos». «Era el comienzo de la revolución, el comienzo victorioso e irresistible». Y así funda su juicio sobre la capacidad bastante de nuestra América el argentino de pluma sincera que está hoy de ministro de su patria libre en la corte de sus antiguos amos.

La Pampa

Nueva York, mayo de 1890

El gaucho viene, a caballo tendido, por la llanura, mirando atrás de sí, como quien desconfía. Su caballo batallador, enhiestas las orejas y vigilantes los ojos, saca del pecho membrudo, en un arranque de galope, las manos de cañas afiladas. El poncho, cogido sobre la arzonera, flota al aire, dorado y azul. El gaucho es de los que nacen a horcajadas; con la rodilla guía a su compañero, más que con la rienda; trae calzones azules y camisa blanca; al cuello lleva un pañuelo rojo; el sombrerete de ala floja va bien sujeto, por el barboquejo, a la cara lampiña. Esa es la portada del libro argentino que ha publicado en París el francés Alfredo Ebelot, con el nombre de La Pampa.

No es libro vergonzante, impreso en papel turbio, con láminas prerrafaelistas; sino de lo más rico que sale de las prensas, con páginas que convidan a leer y dibujos blandos y delicados, donde se ve, en su ternura y ferocidad, la vida de la Pampa, de la planicie imponente y melancólica, coronada al norte por la palma moriche y frondosa higuera del Brasil y calzada al sur por los montes tétricos de la Patagonia. Allí la vida intensa, bajo el techo del cielo, con el recado por montura y posada y el horizonte sin más ondulaciones que las del lomo de los avestruces. Allí la pulpería, el club del desierto, con sus velorios y sus rimas, sus carreros y sus cantos, su ginebra y su conversación, su alboroto y su comercio. Allí, en los verbales profundos, la «boleada», la caza a caballo, con el arma de las bolas; el «baqueo», siguiendo la pista del indio temible por la piedra y el agua; la pelea de la «partida» de soldados y el gaucho malo, el gaucho alzado contra la justicia, que se corre a ellos, se quita de encima las balas a punta de cuchillo. Allí el indio jinete, que cría a sus hijos para el exterminio del blanco invasor, y la tropilla que le rinde la vida y la hacienda, o lo echa sobre sus toldos a balazos. Allí, expirando ya a los pies de la locomotora, la

En setecientas leguas de soledad, a las puertas de las ciudades universitarias, vive aún, con la tradición confusa de lo indio y lo español, una casta natural y fiera, nacida de los castillos y la indiada, hecha al caballo y a la sangre, que bajó lanza en cuja, a la población, a desmontar de sus cátedras

al «cajetilla» que, con el agrimensor y el botavacas, la ha vencido. La cautiva, de Esteban Echeverría, y el Celiar, de Magariños Cervantes, cuentan en verso la vida de aquellos centauros, los ataques de la «china» y el «payador» a la grupa del potro, las muertes que deben aquellos caballeros del cuchillo, de alma leonina y de apostura real. Rafael Obligado la cuenta en sus versos de colores. La cantó el gran Sarmiento en su Civilización y barbarie, libro de fundador, donde se narran los combates de Aldao, el fraile terrible, y del tigre Facundo Quiroga. Ahora Ebelot pinta la pampa que se va, el último velorio, la última pulpería, el último gaucho alzado, poncho al brazo y hoja al sol, el mate bebido al alba en cuclillas, antes de ir a la carrera, de juntar la caballada de la tropa, de arrancar, en sus bestias amigas, a la boleada palpitante. Pampa es el caballo que el tigre mismo no logra acobardar; Pampa es el perro que de una dentellada le quiebra el muslo en la pluma al avestruz; la india vanidosa, al mes de verse en las finuras de las ciudades, con collar de cuentas y pañolón carmesí, no quiere ser Pampa: «¡luluhuú!» grita desnudo en su caballo, arremetiendo sobre los guanacos, con las botas al vuelo por encima de la cabeza, el indio de la Pampa. Allí esta el poema donde el hombre alborea, como en las edades vírgenes; mata a fuerza de brazo al león que le niega su morada; copia en la piel, a punta de puñal, los árboles, los combates y las nubes: canta de noche, al son de las estrellas, el triste y el cielito; marca de un tajo la cara del que le ofende o le disputa el puesto, y cae de rodillas ante la civilización, roto el jarrete por la reja del arado. ¿A qué leer a Homero en griego, cuando anda vivo, con la guitarra al hombro, por el desierto americano?

La Pampa, de Ebelot, no es libro macizo, como pudo ser, sin más que poner con arte lo saliente y propio de aquella vida natural, de modo que se enseñara de por sí, y sin apuntador, y que el carácter del hombre naciese de la naturaleza que le rodea y educa. El apuntador molesta en los libros, como en el teatro. Lo que se vio es lo que importa, y no quién lo vio. El desinterés del autor es, en la composición de un libro, esencial al arte. Es como cuando sale a escena en el teatro chino, en medio de los príncipes de tisú y de los generales alados, el tramoyista de chanclos y blusa que, en pleno baile de ira, o esgrima de batalla, entra y sale por entre los actores con sus decoraciones ambulantes. Peca este libro sincero de La Pampa en que el autor mezcla sus opiniones, aprendidas y prehechas, con las que dan las cosas de suyo, que es lo que el lector busca en los libros. Porque éstos son los tiempos de pensar por sí, sin perifollos de frase ni dilaciones inútiles, y lo que el que lee quiere y necesita son hechos en que fundar su juicio; por lo

que le impacientan, con razón, por satisfechos e intrusos, los juicios de otro. Hay libros de mero discurso y opinión personal, que cae, de lo vacío, cuando no está bien fundada, y los hay que tienen su encanto en el arte con que el autor hace que sus razones opinen por él y comienzan y llevan al lector adonde con la verdad se le desea llevar, sin ofenderle la vista con la pampa rudimentaria, ni el albedrío con los pareceres dogmáticos. Lo que se quiere es saber lo que enseña la vida, y enoja que no nos dejen ver la vida como es, sino con estos o aquellos espejuelos. Con tanto como se escribe, está aún en sus primeros pañales la literatura servicial y fuerte.

Es cierto que en La Pampa va el autor como contando, a modo de testigo, lo que vio, y lo cuenta con soltura y hombría, y aquel espíritu de la naturaleza que a todos nos hace unos, según el verso inglés; pero lo que describe es tan vivo e interesante, tan ruidosa aquella «galera» de cadenas en que vienen revueltos hacendados, mozas y criminales; tan ceñida la carrera de los caballos perspicaces a la puerta del vasco pulpero; tan segura la nariz del rastreador que va levantando la pista del fiero Gato Moro: tan deslumbrante, con el sol en la lejanía y el ánimo del mate en las venas, la boleada de donde vuelve el cazador con el avestruz a la arzonera o la piel chorreando a los ijares; tan pintoresca y nueva la pelea en que el que quiere lanza para pelear se la quita al enemigo con el lazo de las bolas, que no está bien en su traje de biblioteca el caballero francés cuando sujeta los caballos humeantes, con su jinete de camisola y «vincha» a la cabeza, como los corredores griegos, para poner en la llanura abierta las novelerías de la metafísica de ahora, o se quita de la boca la bombilla de plata del mate cimarrón, del matecito sin azúcar, para el pecado artístico y filosófico de encinchar con Darwins y Haeckels la vida libre, que se ha de estudiar con un juicio tan libre como ella. ¡No se sale de un papado para entrar en otro!

Donde pudo y debió ver los lances heroicos de la sociedad inicial, el combate primario del hombre y de la fiera, la tristeza asidua y gozos violentos de la vida nómada, la reducción de los lanceros desamparados al capitán cauto y hercúleo, la disputa de las tribus pujantes y naturales con la ciudad literaria y leguleya, y la victoria súbita y feliz de la cultura, bella y útil, sobre la barbarie deslumbrada, ve persistencias, y desviaciones, y selecciones, y atavismo. Lleva teoría, que es como llevar venda. No ve más que barbarie primitiva y necesidad feroz de sangre en el indio descendiente de generaciones oteadas y acuchilladas por el blanco, que congrega a su prole, frente al cautivo blanco atado, a que con sus manos indias cumpla la justicia que

manda cumplir la tierra de sus padres, manchada por el invasor. A crudeza animal, e insistencia de la fiera en la composición humana, atribuye la familiaridad, que le parece gusto, del gaucho con la sangre, sin notar que ésta es consecuencia de la vida carnicera del gaucho, que se ve, en las comunidades civilizadas, en los mataderos de reses, casado con el cuchillo; y que el valor es una nobleza a que busca salida el hombre, siempre amigo de lucir la habilidad y la bravura: colorada es la sangre del hombre, como la del toro: al toro, que no ofende, se le mata, ¿y no se ha de matar al que ofende la vanidad y el puntillo salvaje? Por teorizante, cae en errores, como el de decir que mientras más se acerca al estado primitivo del hombre, «más se le ve el furor del juego y de la embriaguez», y el juego, que no es más que la forma violenta e inculta de la esperanza, e impera en las civilizaciones de plastrón y claque, se le antoja salto atrás, según la teoría naturalista, y reaparición periódica del hombre bárbaro.

La atracción del abismo, el vértigo de la mar y las alturas, la tendencia constante del hombre a entrar en lo absoluto, a salir y esparcirse, la juzga, por la ceguera de las reglas escolásticas, retorno a la celebración caótica primitiva. Con ver el mundo, graduado y en cada grado idéntico, cualquiera que sea la época de la graduación, salvo las modificaciones de lugar y ambiente, hay filosofía magna e infalible para entender cada trance social, y gozar con verlo, sin entristecerse, como nuestro francés, porque se acaban los carnavales aldeanos de la Buenos Aires de otrora, cuando damas y caballeros peleaban a agua brutal, a no ser que estas mudanzas no sean por cosa nacida en el país, que es lo que nutre y persiste, sino por postizos de afuera, de otras causas y gente, que a la larga dejan a los pueblos sin la persona propia, y crecida en sí, que es su sal, y levadura. ¿A qué buscar en particularidades locales lo que es de la naturaleza común de cuantos pueblos, empiezan a vivir? Tiene el gaucho argentino velorios, como el canario campesino y el vulgo irlandés. En la Pampa visten de fiesta al muertecito, con sus vestidos mejores, y en Colombia le ponen zapatos dorados, porque es de espinas el camino del cielo, y no quiere la madre ¡no quiere! «que se le entunen» al hijo los pies. Batea su carne el cazador pampero, lo mismo que el indio del norte. Sin ley vive el gaucho del Choele-Choel, y el vaquero yankee vive sin ley. En cuanto «se carga» de ginebra en la pulpería, sale el gaucho a flor de aire, a llamar a pistoletazos a quien le saque el pie en valor, y el minero de Colorado hace bailar, a balazos en los pies, al petimetre de la ciudad, lo mismo que el gaucho al «cajetilla», en cuanto le aloca la sangre el whisky. El gaucho malo llega a contar sus muertes como honor; y

el llanero de Upata, allá en Venezuela, le decía al maestro: «Señor maestro, me gusta dar una puñalá por detrás, pa oír el pujío». El que sabe de árabes errantes e indóciles sabe de gauchos. Y la torre de los fortines del desierto ¿no es la torre de las tribus africanas? El hombre es uno, y el orden y la entidad son las leyes sanas e irrefutables de la naturaleza.

Pero esta desventaja de la prevención, que tanto daña cuando viene de la pasión por la ciencia como de la ignorancia de ella, resalta menos en el autor de La Pampa, por ser a las claras un hombre bueno, que es la primer condición para ser inteligente de veras; y se ve que el corazón sincero le manda querer lo que la teoría tacha de animalidad por ingenua: la pulpería él «la quiere». Los gauchos, a la verdad, «son gentes buenas cuando se sabe por dónde tomarlos». El Gato Moro juró guerra a los jueces de paz, y mató cinco de una función de cuchillo; pero los jueces de paz le quitaron al Gato Moro su caballo querido, «su crédito», o su recado de plata, o su «china» amorosa. Se va el gaucho con la vida nueva, y él «siente que se vaya». ¿Quién se le apegará por simpatía en la jornada contra el indio sagaz, y le colgará del arzón, sin que lo note, el pañuelo, con toda la yerba mate que le queda? ¿Quién, con el mismo cuchillo que remató en la disputa a un «delicado», le quitará al tigre caliente la piel y se la regalará, «porque para sí la querría»? Son buenas gentes estos gauchos. Una china les gusta, y se la llevan a la grupa, a vivir en la platería del cielo, que de día tiene un brillante, y de noche es una caja de joyas. Tienen el apetito del puñal, y al «cajetilla» de la ciudad lo ven con odio; pero cuando el poeta pálido andaba por la Pampa, el enfermizo Echeverría, ¡no le sacaban el sombrero, y le oían hablar de pie, y se ponían en fila para que pasase, y se decían al oído: ajetilla! ¡Este es poeta!» ¡Buena gente estos gauchos!

En el velorio los pinta primero el libro. Llega la tropilla a la estancia de Torres, que es el rico del lugar, y atan en el palenque los caballos, porque del muro del palenque adentro no se pasa montado sin pagar cara la descortesía. El angelito de cuatro años se ha muerto, y hay velorio de los vecinos para celebrar su viaje al cielo. Afuera, llueve a mares; el trueno tamborea; el rayo estalla. Dentro bailan, ceñidos en la habanera o picándose los pies en la zamacueca, los pares de novios, que se persignan al pasar frente a la silla donde está sentado el niño muerto, sobre un pie de cajones vacíos, con treinta y seis velas de sebo alrededor, y a un lado el gaucho viejo, de canas por el hombro, rasgueando la guitarra, y al otro lado la madre, con las manos cruzadas sobre las rodillas y los ojos secos. Hay pocas fiestas en la

soledad, y el pulpero le toma en alquiler su muertecito al gaucho pobre, que sí se lo alquila, para que el ángel tenga velas y vaya al cielo como se debe, con canto y velorio, ya que la suerte negra tiene en el hilo vivo el poncho de sus padres.

Y llega la mañana. En cuclillas sorben, alrededor de la fogata de boñigas, el mate generoso. Sobre el recado, tendido por tierra, se echó el sueño ligero, y ahora el recado, con sus jergas dobladas en cuatro para lo de abajo, su carona de cuero fino para la humedad, su basto de madera fileteado, con estribos de plata, su pellón y su sobrepellón, de cama que fue, es silla de montar; la cincha es de cuero, y la sobrecincha de lana, y el freno es como los de los moros, de cuero trabajado y de plata; donde cabe la pica de su cuchillo, allí labra el gaucho flores, y cabezas, y caprichos, y hojas; sobre el corazón holgado se coge a la cintura, a modo de sobrecalzón, el chiripá; por la cabeza se mete el poncho, y el sombrero hasta los ojos; a rastrear va la «partida»; a buscar al asesino que mató en su rancho al «baqueano viejo», que era la gloria y el honor del lugar, porque no había como él para decir de un guiño dónde estaba cuál estancia, o a cuántas leguas era la vuelta para ir a la otra, o a cuántos días estaba el indio. Por unas huellas que vio a la puerta del rancho busca el rastreador al asesino que huyó hace como ocho días por el yerbal, remolineando, para extraviar la pista, por el río, hasta donde halló piedra, para no dejar rastro a la salida. Llegan a un pueblo en feria, por entre carros, tiendas, grupos, caballerías. «Este es el caballo», dice el rastreador. Y era. El asesino lo trocó por otra bestia del carretero. Vuelven al punto del trato; toma el caballo, a trote de vuelta, el camino de su señor, y el rastreador, victorioso, le pone la mano en el hombro al asesino, que confiesa; ¿quién se le niega al rastreador? En las calles de piedra conocen los hijos de los gauchos la mula en que pasó el cura, o el caballo en que anda el alcabalero, o si el maestro salió con botas o con alpargatas; y en el remolino de la yerba saben cuántas caballerías van, y cuáles son yeguas, y cuántos son los potros; no le vale al que huye ir de punta de pies, o andar a la jineta sobre la cerca y caer lejos, de talones: al cabo del año el rastreador, impasible, encontrará la huella.

Si hay por allí boleada ¿quién se va sin verla? Para avestruces y venados dicen que es: pero los gauchos ricos están temblando, porque las bolas las suele echar el cazador sobre el caballo que codicia, o sobre el novillo pintado, «por mor de la piel». En sus caballos de todo lujo vienen a la arrancada los boleadores. Montan en su caballo de cazar; el sol está saliendo; el

agua del mate barbulle en la caldera; los perros enjutos se relamen el hocico; a la busca se rranca la boleada, por los cuatro vientos; de los cuatro vientos vuelven al anochecer, con la carga de pieles sangrientas, y los avestruces muertos por pendones; los perros traen el hocico colorado. Tendidos sobre el recado, encuclillados alrededor de la bombilla, sentados en cabezas secas de bueyes, pasan la noche clara, con las estrellas como si les dijesen cosas; y el payador está cantando las muchas desgracias que ha tenido, o la muerte triste del gaucho Santos Vega, o el robo que le han hecho de su fina querida, o la pena que tuvo cuando cantó mejor que él el payador de otro poblado, o la pelea que ha habido entre los soldados y los indios, o lo tierno que se pone un hombre cuando ve en la noche el cielo estrellado.

En la pulpería es donde se cantarán luego las hazañas, en la sombra de los bancos largos que corren por junto a la pared, o de codos en el mostrador, platicándole al pulpero que de detrás de la reja segura les pasa los alcoholes, o dibujando con el cuchillo, en los muros, las marcas de los caballos del contorno. Ya se salen todos a la puerta, porque el pulpero les compró todas las pieles y las plumas, y llegan del mundo entero, en sus monturas de plata pulida, los gauchos corredores. La pista está limpia, como para carrera grande. Pasean, con el bozal de cuero, los caballos que van a correr. Unos los ven pasar, y hablan de ellos, y apuestan; otros están de amores con las chinas que han venido, de traje largo y mantón amarillo o violeta, y los pendientes de oro y cristal, y preso en la cinta el cabello repeinado. ¡De vuelta, los corredores triunfantes, en mangas blancas, con el cabello cogido por la frente con la vincha de color! Luego abren paso todos, porque es la carrera de trampas donde, de cintura abajo, con todo se puede pelear, con la rodilla a la paleta del caballo del otro, para cortarle el ímpetu, o enlazándole la pierna, para desmontarlo de un arranque, o llevándole por donde hay, escondida en la tierra, una cueva de vizcacha. Y van cosidos y revolotean, y vuelven cosidos, a escape mortal, caballo con caballo.

Las chinas hablan de la tropa fuerte que fue camino de Juárez, con mucha caballada de repuesto, y más mujeres que nunca, porque la pelea es para no volver hasta que los indios malditos no «hayan estirado la jeta». Y muchas viejas que iban, de las que hacen las tortas que le gustan al soldado. Recién nacidos iban también más que nunca. Y todas en caballos buenos, porque le sacaron la paquetería a las bestias malas que se les venían al morir, y en un jesús les volvieron a armar los paquetes en los caballos de refresco: y los

fogones, y las ollas, y los cestos, y los bultos, y lo de planchar, para ganarles la plata con el buen lavado a los oficiales; «que vea el hombre que se le quiere por su valor y su merecer, y no por lo que da cuando le paga el comisario, porque aunque él no diera, la mujer industriosa se busca con qué comprarse sus pañuelos, y sus alfileres, y sus perfumes». Y así van las mujeres del soldado, que ya son menos con los ferrocarriles y la guerra sabia. Por el desierto triste no pelea bien el soldado sin la mujer. Se la dejan atrás, y hay que mandar a buscarla. El perro es fiel al batallón; pero ella, más. Y si se anda a golpes cuando se ha bebido mucha caña, hay una torta que sabe muy bien, que viene detrás del vapuleo, y es la torta de las paces. Si hay que pelear, la mujerería se viste con los uniformes que sobran, guarda la caballada y echa atrás al indio.

El juego, la conversación, la pelea de gallos, se suspenden de pronto. De un hachazo corta el gaucho perdidoso la cabeza al gallo bastardo que cacareó. A un lado se echan deprisa todos los jinetes. Viene tronando la galera. De los caballos extenuados echan pie a tierra los postillones, que son tantos como parejas. El mayoral es héroe allí, y ha marcado la cara de muchos atrevidos. Salta del pescante y se le ve la barba negra, los hombros opulentos, la cintura arqueada y escasa, las piernas secas de andar largo, sin palabras ni risas. Y mientras mudan los caballos en el corral revuelto, con polvareda y alboroto, sacan sillas, mate y agua, para las señoras viajeras, que van de mucho fereler, pero hablan a la par con la gente de Dios; y el pulpero está de mieles con el amo de la estancia, que lleva botas de charol y poncho fino; un gaucho viene en la galera, de chiripa muy lujoso; y un italiano de pelo rizado, con corbata azul y, la caja en que trae la prendería de vender, que es la locura de las chinas: y un «desgraciado» viene en hierros, con dos policías; un «desgraciado que causó una muerte porque el amigo se le echó mucho sobre el cuchillo y se le enconó la cortada». Para él hay mate doble, y caña de la buena, « y se le da un pañuelo de seda para que recuerde en la pena que hay en el mundo una china compasiva. Y se canta y se baila, y el cantor habla de la agonía de los hombres de honra perseguidos por la justicia, y del cuidado que ha de tener la galera que va a Juárez, porque por allí la indiada anda feroz, y hay una calavera pellada por cada cabeza de buey; lo que oyen las señoras tomando mate. En la galera, ya pronta a arrancar, meten el mayoral y el pulpero una caja de fusiles.

¡Adonde se va y no se vuelve, va ahora la galera! Caerán los indios, los últimos indios, sobre los caballos; de la primer bala vendrá abajo el may-

oral; de cadáveres desnudos quedará rodeada la galera; las mujeres se las han llevado los indios a la grupa. Allá, en la última frontera, hay un cacique indio, hijo de francés, que lleva el pantalón de franja de oro de sargento mayor argentino, y está casado, en su casa de ladrillos rodeada de toldos, con una española. Más allá, en la última ciudad del mundo, en Nuestra Señora del Carmen de Patagones, con sus colinas de arena erizadas de arbustos sinuosos, son hoy banqueros, agricultores, padres amantes y felices, los que años más atrás mandó el gobierno a la villa por sus delitos de robo, de falsificación, de muerte, a levantar hogares, donde no les podía acusar la tierra, con las mujeres culpables de haber amado sin medida.

Tipos y costumbres bonaerenses

Nueva York, octubre de 1889.

Nunca en veinte años cambió una ciudad tanto como Buenos Aires. Se sacó del costado el puñal de la tradición: el tirano, ahíto por el peso de la sangre, cayó en tierra: tapiaron, para no abrirlo jamás, el zaguán de la universidad retórica; la blusa del trabajador reemplazó a la toga excesiva e infausta: los pueblos, con el arado en las manos, despertaron a la ciudad en que «se dormía la siesta y la comida era barata». Los desterrados, y los que como tales vivieron en su tierra mientras duró el oprobio, mientras salía triunfante en el conflicto «la civilización» sobre «la barbarie», mientras la ciudad literaria y anémica padeció bajo el rural codicioso y robusto, lucharon con calor después de la victoria; pero fue menos para mantener sus privilegios que para abrir de par en par las puertas de su patria a los necesitados, a los creadores, a los enérgicos del mundo. Sarmiento sentó a la mesa universal a su país, y lo puso a jugar con modelos de escuelas, de máquinas norteamericanas, de ferrocarriles. Mitre, que había estado de joven en la tierra de los cóndores, se hizo como una familia de los pueblos de la humanidad, y contó sus orígenes y sus transformaciones, como cosa de familia; Gutiérrez, para no ser traidor no quiso ser académico. Convidaron al universo, que padece de plétora, y lo trajeron sin miedo a su casa, porque los hijos de Rivadavia y de Alberdi saben juntar el valor y la prudencia. Los campos les entregaron, y no las libertades. Maestros, maestros inge-

nieros, negociantes, artesanos, artistas, exploradores, labradores, todo vino a barcadas, adonde se vive en libertad en tierra virgen, adonde los cruzados no van en busca de un sepulcro y los hombres se forjan por sí propios sus coronas. Al guijarro sucedió el asfalto; a la lechada el granito; a las arrias, arrias de ferrocarriles; a la lógica de las escuelas, la lógica superior y la enseñanza ordenada de la vida. Por las plazas repletas donde pululan los grupos, tropiezan los negociantes, se saludan los banqueros, donde los hombres nuevos hablan animados de las ferrovías, de las colonias, de los descubrimientos, de las concesiones, de los teatros, de las carreras, pasan gruñendo, con cuello de corbatín y bastón de puño de oro, dos letrados enjutos: «¡Oh amigo, el tiempo aquel en que el panadero de a caballo nos traía a la casa el pan en serones!»

Pero aquélla no fue capa de quita y pon, que se usa un día y se deja al otro, sino determinación de crear, con sus manos delicadas de universitarios, un pueblo donde se juntasen, bajo la presidencia latina, las fuerzas vivas del mundo. Y se han juntado, y confundido con las del país, pero sin invadirlo ni desfigurarlo, ni quitar al alma arrogante de las pampas el sentimiento y novedad con que embellece la civilización industrial súbita, y contiene la codicia y el egoísmo, que crea la riqueza con daño de la patria. Porque no vale quitar unas piedras y traer otras, ni sustituir una nación estancada con una nación prostituida, ni sacarse el corazón y ponerse otro de retazos, con una aurícula francesa y un ventrículo inglés, por donde corra a regaños, con sus globos de sueño, la sangre española; sino que es la caldera de la tierra, y con sus carbones se han de hervir los allegados extranjeros, de modo que tomen el sabor del país, y no le hurten más de lo que le den, ni le mermen las dos fuerzas nacionales que a todas las demás completan y coronan, y son como la sal y la levadura de los pueblos: la originalidad y la poesía.

De lo juicioso y real de esa mezcla con naciones afines, y la pasión de nuestra raza por la belleza y por la idea, se ha creado, para que todo sea maravilla, a la vez que el país nuevo, la literatura que lo refleja y ennoblece, y suele tardar siglos en las naciones de casta más lenta. A la razón científica y señorío londinense se unen en la expresión argentina la sobriedad del francés y la soltura del español, e impera, sobre todo, en la prensa como en el poema, una airosa y resuelta majestad, en que se avienen, por singular fortuna, allegando en la hora decisiva lo indígena y lo exótico, el vehemente deseo de emular a las naciones famosas y la altivez épica de quien nace y se cría junto al mar y la Pampa que lo iguala, sin que el mismo es-

pinazo andino lo sobrecoja ni admire, porque su primer capitán pasó los Andes.

Fue primero la lengua revuelta y excesiva, como en la primera confusión tenía que ser, más cuando era, en la pelea local de la carreta contra el ferrocarril, timbre de honor y patente de hombre aquel modo de hablar, y símbolo del advenimiento de la patria, sin miedos ni tutelas, al coro del mundo. Con los pueblos vinieron sus lenguas, pero ninguna de ellas pudo más que la nativa española, sino que le trajo las calidades que le faltan como lengua moderna, el italiano la sutileza, el inglés lo industrial y científico, el alemán lo compuesto y razonado, el francés la concisión y la elegancia. Y surgió en la Argentina, con la irregularidad y atrevimiento que vienen de la fuerza, ese mismo castellano que no huele a pellejo por obligación ni está sin saber salir de Santa Teresa y el Gran Tacaño, y ya se habla en España por los hombres nuevos, aunque sin el desembarazo y riqueza con que lo manejan en América sus verdaderos creadores. Mas no el castellano de crónica, adamado y pintoresco, que en espera de lances mayores, y por obra de la armonía y color de América, se escribe felizmente, con ligereza de pluma y matices de azulejo, en los países que no han entrado aún de lleno en la brega universal; sino otro que le lleva ventaja, aunque no se le vea ante el peine y el rizador, como que va poniéndole causas a todo lo que dice, y nombres a todo lo que ha menester, y es franco, directo, breve, potente, vivo, sin que se note que prospera en él el vicio de que al principio lo acusaron, que fue el de caer de la jerga arcaica, a que se ha de hacer la cruz, en la jerga científica. Y a esta literatura pertenece, como hijo sano y legítimo, por la franqueza y vida de la pasión, por lo numeroso y rápido de los cuadros, por la luz americana de los colores, por la fuerza argentina del pensamiento, el libro de Tipos y costumbres bonaerenses, de Juan A. Piaggio.

No llegan a doscientas las páginas, pequeñas y de margen generoso, de Tipos y costumbres, y de ellas unas setenta son bocetos de novela, y acaso de drama; como que en uno, un Alberto ligero se cansa del amor de una pobre María, cuyo nombre le subirá toda la vida a los labios, en las horas de reposo o de pena; y en el otro, «una dama honesta» se casa, porque era la hora de casar, con un marido a quien quería «como a su madre y como a Dios», y a cuyos pies muere, de tisis de alma y de esfuerzos de honradez, cuando se le apareció, con los ojos azules y la barba rubia, el héroe a cuyas miradas echó por primera vez toda la flor su beldad, que vibraba y resplan-

decía, desde que la inundó, como el sol, el amor de hombre. Pero le bastan a este escritor enérgico las ciento veinte páginas para poner ante los ojos, sin cátedras fatigosas, ni nimiedades, ni burlas, sino con la caridad de un apesarado, con la precisión de un poeta, con el arte de un músico, con el brillo de un pintor, aquel pueblo de su alma que reconoce por acreedor suyo, como todo hombre honrado, que por la patria es, y en paz y en guerra se debe, antes que todo, a la patria; aquel «Buenos Aires, siempre alegre, que tiene en sus brazos la fuerza que da la sangre de cien razas, y lleva en el espíritu la chispa de fuego de la ambición y la prodigalidad; aquel rival chiquitín del fuerte yanqui, durmiendo en la fábrica apenas techada que levantó ayer, entre miles de inmigrantes recién desembarcados, que aprenden el idioma y prueban la herramienta, para poder seguir mañana sus pasos gigantescos».

La ciudad palpita en él; y él dice, como el romano: «¡Mi ciudad!» Con ella se levanta, desde que iba de niño, antes de la clase de sus maestros italianos, a coger violetas por alrededores, a echar los primeros suspiros detrás del «sol de suburbio, de natural bondadoso, que de todo se admira; muy sana y alegre, de pollera oscura y de botitas altas». Ve vivir a los pobres, querellando y cantando, tendiendo la ropa, de baile y de escuela, en el hervidero de los «conventillos». Va por los barrios, «callejeando», y a eso de las diez, «en la paz sublime de una noche de verano bonaerense», noblemente ocupado de poblar de castillos el aire: y parece que se ve venir por la soledad al «grébano», al napolitano que cojea y toca en el órgano la Marianina, al «hermano» de chambergo y mascada, y chaquetilla y pantalón flojo, al «viejo» que le viene a hablar de que «no le da la biaba» a un extranjero, a un «feligrés», porque «tiene una hija de mi flor el gringo»; y silban, y se van juntos «de farra», después de dar al grébano cinco centavos. De tarde, al caer el sol, ¡cuántas cosas tristes le cuentan los pianos de las casas pobres, las casas de viuda, con las persianas bajas, con la fachada de colorín a medio descascarar, con los tiestos de flores que se ven en el patio por el portón a medio abrirse, como la hermana soltera de la casa, la hermana del suicida que pudo ser hombre y se metió de empleado! Sí, tiene muy buenas sociedades Buenos Aires: la de Damas de Beneficencia, la de Huérfanos, la de Mendigos; pero ¿por qué no pone una casa de cariño y de limpieza para los pobres de espíritu, para los que no tienen fuerza con que cargar su pena, ni valor con que arrancársela; para los que no mudan de vestido, ni se cortan el pelo, ni levantan del suelo los ojos, ni comen sino de limosna; para el pobre «atorrante»? Y allá, donde Buenos Aires brilla,

donde a los gritos del rematador pasan de mano en mano, chorreando el oro, los solares, las barriadas, las colonias, las contratas, los caminos; allá, en las grandes plazas y en las calles suntuosas, sale el chacarero, sombrero en mano, de casa del abogado, «con sus botas gruesas»; pasa el procurador, cuelliparado y narigudo, con la cartera al pecho y el bastón negro; viene y va el corredor de tierras, solapeando a cuantos ve, clavándolos contra la esquina, metiéndoles el plano por los bolsillos, vivo como el ratón, fino como la naranja, rapaz como el águila; anda a paso veloz, el «hombre de negocios», de guías mochas, de cigarro en boquilla, carirrojo y barbudo, con el reloj y las botas fuertes, y en el meñique el brillante. «El mono, el mono humano», vende periódicos. Los petimetres de la calle de la Florida «esperan en hilera a las bellas, hasta entrada la noche». La porteña hermosa e independiente, pasa con su aire real, como que «Dios la hizo con esmero e inspiración». Los semihombres, los pretendientes, entran en palacio, «blandos y pulcros».

Y luego pinta a Buenos Aires cuando el carnaval lo enloquece, y pasean juntos, ante las puertas de los bancos, de los tribunales, de los teatros, de los clubs, de los cien diarios, los chicuelos, de diablos y monos; las comparsas, con guitarra y tamboril; los carruajes de jóvenes ricas, que van rechazando el asalto con el agua de sus pomos de olor; y como que «nuestra ley es amplia, y generosa nuestra tierra, y nuestro corazón lleno de amor», ¡bien vaya el carro tosco del inmigrante de ayer, con toda la familia a la mesa: «el italiano empinando la damajuana; la mujer dando el pecho al niño; la hija mayor condimentando la ensalada; riñendo los hermanitos, y el carricoche -como el país- en marcha»! La plaza de Lorea, la del Retiro, la de la Victoria, todo es banderas, y flores, y luz, y batalla de aguas olorosas; los clubs, bailes de espaldas nacarinas, el Politeama, cancanes, entre pastoriles y locos, «él como palomo y zumbón, ella como corcho que boga; a poco, en una vuelta de carrera, él, puesto como sobre palangana, le arroja sal, y la pernera, la chazadora, se acerca, levanta el lomo, corre erguida y da el golpe; es como rayo: no se ve, y apenas se siente el gusto cuando ya está paseando asendereada como clueca que levanta tierra». Allá, entre los más pobres, es el «batuque», con tarantela de organillo, ellos de sombrero puesto, ellas de aros de oro y «el pelo liso del aceite de almendras».

Viva está Buenos Aires en esas páginas, donde no huelgan voces, ni anda la frase como en muletas, sobre elegancias postizas; ni están los cuadros en tropel, sino con cuerda distribución, y cada grupo con su movimiento y

color especiales, sin poner el adjetivo sino donde ahorre palabras, ni usar de las etnologías sino como fundamento breve, cuando viene natural, y no, según otros, a modo de percha, en donde van colgando, al son de la fanfarria, todo lo que saben. Cabría, corrigiendo otra vez las pruebas, que un término u otro fuera tan propio como los demás, o que se expurgasen de estos párrafos animosos y sucintos algunas desinencias y asonancias cercanas; podría un crítico moscatel pellizcar aquí y allí, sin verle la razón, algún vocablo altisonante, que es más útil que pecaminoso, porque por su uso en manos de este artista se ve que es grande aquel pueblo, y que aun en las voces ama lo grande. Piaggio compone como cuadros sus artículos: para un artículo solo, el Callejeando, que es cosa de maestros, reúne un diccionario del caló porteño; no echa las palabras a granel, a que caigan donde suenen, sino que les arregla las distancias, y pone en grados los sonidos, de modo que ayuden al dibujo y quede en realce la idea; odia la pompa estéril. Sabe que la literatura verdadera está en la observación de los tipos originales, y en la expresión fiel e intensa de lo que el autor ve dentro y fuera de sí, lo cual, más que con pluma, ha de escribirse con tijeras, para ir podando todo lo que sobre, y dejando cada idea en la frase en que salió más clara y feliz, sin engolosinarse con los conceptos de recalada, porque nuestra imaginación es como las ondas de la mar, que se borran las huellas en la arena unas a otras, y dejan el bordado feo y confuso. Rara vez usa Piaggio de la imaginación para invenciones, que es su empleo vano y censurable, sino para componer las partes de su trabajo, de modo que no choquen, sino que se ayuden a brillar, o para que lo real se vea mejor en un símbolo, cuya verdad acentúa con burlas aparentes, a fin de que no lo tachen de ideólogo en un pueblo que se ha dado a lo industrial con frenesí; y en plena hora de bolsa detiene a su pueblo, con el poder del estilo, para hacerle pensar en la salud del amor y en la divinidad de las montañas; o en magnífico sueño, sintiendo rota su lanza de Quijote y comidas las entrañas por el dolor de Fausto, ve en los hombres los locos cazadores que le van detrás, con los brazos tendidos, a la implacable luna, y cuando al despertar magullado halla que rompe en luz el día, se viste gozoso, para cumplir con su deber, y «baja las escaleras, exclamando en tonos proféticos: ¡Levántate y marcha, ntigo!»

Pero no es ésa la mayor fuerza y hermosura del libro del argentino Piaggio, por más que en la juventud sea dote extraordinaria la moderación en pensar y decir, y merezca plácemes por su humildad el que ha entendido a tiempo que escribir no es cosa de azar que sale hecha de la comezón de la mano,

sino arte que quiere a la vez martillo de herrero y buril de joyería; arte de fragua y caverna, que se riega con sangre, y hace una víctima de cada triunfador; arte de cíclope lapidario. Lo hermoso del libro, y lo que le da derecho de entrada en los corazones, es la suave sabiduría de tristezas que por todo él va enseñando la utilidad y dicha del valor, y la ternura con que celebra, en medio de la pompa de su pueblo, la gracia y la poesía de los humildes. El amor a la mujer y a la patria anima, con abundancia juvenil, estos cuadros generosos: a la mujer, rica o pobre, con tal que sea fiel y lozana; a la patria del héroe, del «hermano», del soberbio, del «grébano» infeliz, que divierte con la música de su órgano los barrios de los desamparados. Y su patria no lo sería para él si no fuera ya, desde que se decidió a ser grande, una patria más para los trabajadores del mundo. Él, como su impresor Lajouane, ha tomado por sello la divisa hermosa: Sine labore, nihil.

Guatemala

I -

¿Por qué escribo este libro?

Cuando nací, la Naturaleza me dijo: ¡ama! Y mi corazón dijo: ¡agradece! Y desde entonces yo amo al bueno y al malo, hago religión de la lealtad y abrazo a cuantos me hacen bien.

Yo llegué, meses hace, a un pueblo hermoso; llegué pobre, desconocido, fiero y triste. Sin perturbar mi decoro, sin doblegar mi fiereza, el pueblo aquél, sincero y generoso, ha dado abrigo al peregrino humilde. Lo hizo maestro, que es hacerlo creador. Me ha tendido la mano y yo la estrecho.

Guatemala es una tierra hospitalaria, rica y franca: he de decirlo.

Me da trabajo -que es fortaleza-, casa para mi esposa, cuna para mis hijos, campo vasto a mi inmensa impaciencia americana. Estudiaré a la falda de la eminencia histórica del Carmen, en medio de las ruinas de la Antigua, a la ribera de la laguna de Amatitlán, las causas de nuestro estado mísero, los

medios de renacer y de asombrar. Derribaré el cacaxte de los indios, el huacal ominoso, y pondré en sus manos el arado, y en su seno dormido la conciencia.

Y entretanto, vuelvo bien al que me ha hecho bien. Y en la tierra de México, noble y entusiasta, donde prenda toda idea amorosa, donde arraiga todo extraordinario sentimiento, diré con mi palabra agradecida cuánto es bella y notable, y fraternal y próspera, la tierra guatemalteca, donde el trabajo es hábito, naturaleza la virtud, tradición el cariño, azul el cielo, fértil la tierra, hermosa la mujer y bueno el hombre. Amar y agradecer.

II -

Allá, en horas perdidas, buscan, los curiosos, periódicos de Sur y Centro América, por saber quién manda y quién dejó de mandar, y no se sabe en la una república lo que hay de fértil, de aprovechable y de grandioso en la otra; y hoy, como en 1810, puede decirse con el padre Juarros, pintoresco y cándido cronista del reino guatemalteco, lo que por entonces él decía: «Vemos con la mayor admiración que, después de tres siglos de descubierto este Continente, se encuentran en él reinos y provincias tan poco conocidos como si ahora se acabasen de conquistar». Es ¡ay de nosotros! que el veneno de tres siglos, tres siglos ha de tardar en desaparecer. Así nos dejó la dueña España, extraños, rivales, divididos, cuando las perlas del río Guayato son iguales a las perlas del Sur de Cuba; cuando unas son las nieves del Tequendama y Orizaba; cuando uno mismo es el oro que corre por las aguas del río Bravo y del venturoso Polochic.

De indios y blancos se ha hecho un pueblo perezoso, vivaz, batallador; artístico por indio; por español terco y osado; y como el inglés es brumoso, y el sueco grave, y el napolitano apático, es el hijo de América ardiente y generoso, como el sol que lo calienta, como la naturaleza que lo cría. De manera que, de aquéllos hubimos brío, tenacidad, histórica arrogancia; de los de oscura tez tenemos amor a las artes, constancia singular, afable dulzura, original concepto de las cosas y cuanto a tierra nueva trae una raza nueva, detenida en su estado de larva, ¡larva de águila! Ella será soberbia mariposa.

Pero ¿qué haremos, indiferentes, hostiles, desunidos?, ¿qué haremos para dar todos más color a las dormidas alas del insecto? ¡Por primera vez me

parece buena una cadena para atar, dentro de un cerco mismo, a todos los pueblos de mi América!

Pizzaro conquistó al Perú cuando Atahualpa guerreaba a Huáscar; Cortés venció a Cuauhtémoc porque Xicoténcatl lo ayudó en la empresa; entró Alvarado en Guatemala porque los quichés rodeaban a los zutujiles. Puesto que la desunión fue nuestra muerte, ¿qué vulgar entendimiento, ni corazón mezquino, ha menester que se le diga que de la unión depende nuestra vida? Idea que todos repiten, para lo que no se buscan soluciones prácticas. Vivir en la Tierra no es más que un deber de hacerle bien. Ella muerde y nciencia paga. Cada uno haga su obra.

Yo vengo de una tierra de volcanes altos, de feraces cerros, de anchurosos ríos, donde el oro se extiende en placer vasto por las montañas de Izabal, donde el café -forma mejor del oro- crece aromoso y abundante en la ancha zona de la Costa Cuca. Allí la rubia mazorca crece a par de la dorada espiga; colosales racimos cuelgan de los altos plátanos; variadísimas frutas llenan la falda de la gentil chimalapeña; obediente la tierra responde a los benéficos golpes del arado. Extraordinaria flora tupe la costa fastuosa del Atlántico; el redondo grano, que animó a Voltaire y envidia Moka, como apretado en el seno de la tierra, brota lujosamente en la ribera agradecida del Pacífico. Aquí, sabino pálido; allí, maíz robusto, caña blanca y morada, trigo grueso y sabroso, nopales moribundos, hule nativo, ricos frijolares en asombrosa mezcla unidos, con rapidez lujuriosa producidos, esmaltan los campos, alegran los ojos y auguran los destinos de la tierra feliz de donde vengo.

La cantó Batres, la historió Marure, la copió en inimitables fábulas Goyena; se exploran los ríos se tienden los carriles, levántanse institutos, leen los indios, acuden los extranjeros, improvisan su fortuna; vínose a la libertad por una revolución sencilla y extraordinaria, admirable y artística; es esa tierra, más que tierra desconocida, amorosa virgen que regala a los que acuden a su seno. En mí están vivos estos sucesos y belleza; y ¿no he de hablar yo de aquellos poetas y prosistas, de aquellos agricultores y gobernantes, de aquella tierra ávida de cultivo, de aquella juventud ávida de ciencia?

Para unir vivo lo que la mala fortuna desunió. Más acá ha de saberse lo que más allá se hace y se vale, más allá de la frontera chiapaneca. Las manos

Viniendo de Izabal por el ancho camino carretero, que llevará pronto al Norte -¡gran perspectiva!- los azúcares y el café del Oeste, vense a lo lejos, más allá del río, altas iglesias sobre ameno valle, vasto perímetro, diáfana atmósfera, gentil señora, bella y gran ciudad.

Viniendo del puerto, del floreciente San José, pasajero en cómoda diligencia, o jinete en humilde caballo, brota de entre los montes pintoresco pueblo que, a medida que se acerca la distancia, brota de entre su cerco de robustos montes, desafía con su elegante castillo, eleva sus numerosos minaretes y abre luego sus limpias y amplias vías al viajero, admirado de la pulcritud resplandeciente que realza las anticuadas y holgadas construcciones.

Peregrinando vino esta ciudad hermosa desde Almolonga terrible hasta el risueño Valle de las Vacas. Pero memoriosos los conquistadores atrevidos, no temieron que la tierra árida se alzase contra los que la ofendían y, por fenómeno súbito inundada, pereció entre turbios mares de agua, que bajaban en remolinos del volcán, la enferma Santiago, y en ella la esforzada dama, feliz gobernadora, que hubo por nombre Beatriz de la Cueva.

Tendíase no lejos el encantado valle de Paucho y, el de ricas aguas, vecinas canteras, pastos sobrados, flores menudísimas, por río colgado, por dormidos volcanes coronado; y a él se fueron los habitantes fugitivos. Ni cielo más azul cubrió, ni más sabroso aire respiró ciudad alguna de la Tierra. Pero de pronto, preñado el suelo con el llanto de fuego de los indios, reventó en espantosos terremotos que sacaron de quicio torres y palacios, hendieron las bóvedas y echaron fuera los cimientos de la soberbia catedral. Golillas y maestros de obras acrecieron el justo alboroto, y, movidos de la evidente ganancia, apresuraron la traslación de la ciudad Antigua al llano espléndido en que hoy se extiende, desdeñosa y tranquila, la blanca y próspera señora del añejo dominio del Utatlan.

En este instante mismo trueca su forma la ciudad dormida. A esencia liberal, activa forma. Conmovida en lo político por aquella herencia funestísima que envilece a Bolivia, que sofoca a Quito, que con ondas de san-

gre acaba de aumentar las poéticas ondas del río Cauca; a par solicitada por el viejo régimen que cierra las puertas a toda grande idea, atrevido proyecto o comercial mejora, y por el inexperto nuevo régimen que a toda idea útil las abre con amor, la ciudad, llevada del instinto, derriba el claustro de Santo Domingo, tumba de almas, y lo trueca en depósito de frutos -cuna de riqueza-, del poderoso aguardiente, del delectísimo tabaco, arranca su huerta, mansión antigua de opulentas coles, a la iglesia de la Recolección, y la convierte en escuela politécnica, mansión ahora de inteligencias ricas y vivaces. Paseaban los pacíficos paulinos por largos y desiertos corredores, y hoy les suceden animados grupos de jóvenes celosos, que llevarán luego a los pueblos, no la palabra desconsoladora del Espíritu Santo, sino la palabra de la historia humana, los reactivos de la química, la trilladora y el arado, la revelación de las potencias de la Naturaleza. La nueva religión: no la virtud por el castigo y por el deber; la virtud por el patriotismo, el convencimiento y el trabajo.

Y ¡qué bellas iglesias ostenta Guatemala! Gran prisa se dieron y grandes millones gastaron aquellos piadosos sacerdotes, entonces señores únicos de la oprimida conciencia popular. Enseña San Francisco su hermosísima fachada, su imponente nave, sus robustas murallas, que no muros, irguiéndose, empinándose sobre penosa cuesta, como un rectángulo colosal. Más castillo que el castillo parece la gran fábrica destinada a sobrevivir al espíritu que la animó; antes, numerosos fieles y fieles numerosos tenían vencido el suelo con las humildísimas rodillas; hoy, salvo los días tradicionales, apenas si discurre por la nave ancha, milagro de atrevimiento arquitectónico, alguna fiel creyente, que en el perfume de las flores que regala envía a la hermosa Virgen el perfume de su alma candorosa.

Gran templo tiene también la virgen de la Merced; y blancas paredes luce Santo Domingo, el de hábito blanco; majestuoso atrio ofrece la Catedral, vasta y artística; linda torre eleva al Cielo el elegante templo de la Recolección. Es San Francisco, el monje austero; Santo Domingo, el pacífico santo; la Merced, matrona augusta; la Recolección, una hermosa mujer arrepentida. Allá, hacia el Norte, la Ermita del Carmen; acá, hacia el Sur, la Ermita del Calvario; aquélla, grave como una conciencia que sufre y se recoge; ésta, triste y lacrimosa como María al pie de la Cruz.

Allá van, caminito del Cerro, los apuestos jinetes, los alegres grupos, implacables estudiantes, artesanos bulliciosos, chicuelos ocurrentes, mujeres

de pie breve y negros ojos. ¡Ojos hay en Guatemala soñados por las moras! Tiene ese Cerro del Carmen sus domingos y fiestas de guardar. Entonces, sobre la alfombra de fragante musgo, extiéndese otra alfombra más viva, animadísima, compacta, cada vez más estrecha; alfombra de movibles filas, de parisienses figurines, de arrogantes tipos populares, realzados por mantos de colores vivos. Lluvia de rosas semeja el Cerro; el desorden, fruta gruesa, no altera nunca la gracia encantadora del jardín.

¡Y la ermita desierta! Bajo la cúpula redonda, más hecha para tumba de muerto que para morada de vivo, llora solo el espectro del hermano Pedro. Alrededor de aquella extraña peña, ofrecida sumisamente a Dios, los niños triscan como cervatillos, la vida ríe gozosa, las gentes se apodan con nombres saladísimos, la doncella de adentro hace ojos al petimetre de la casa; desdéñala éste por la atildada señorita que estrena su sombrero de primavera; y, sobre todo, este abandono natural, entre las conversaciones que chispean, entre las miradas que se cruzan, entre el ruido de los carruajes tirados lujosamente por los inquietos corceles del país, los labios sonríen, y con ellos el alma; se está tranquilo, se siente placer dulce; hay amor, hay cultura, hay aseo de espíritu, hay familia.

Ésta es la faz seductora de la vida guatemalteca. El amor puro, la hospitalidad amable, la confianza histórica, la familia honrada. Gran salvación.

Las cuestiones políticas no alcanzan a hacer rudo el carácter afable de la tierra. No se puede ser mezquino, ni egoísta, ni brusco bajo un cielo tan hermoso. Se examina al extranjero, se le pregunta, se le duda tal vez, pero no se le odia. Si es hombre de salón, no tardará en llevar del brazo a una mujer bella y afable; si es hombre de labor, no tardará en haber tierra de lujosísimos productos; todo es nuevo, todo es explotable. Al hombre trabajador, al inteligente, al bueno, la tierra le brinda vida, antes que él, menesteroso, de ella la demande. ¡Mi tierra americana, tan maltratada y tan hermosa! ¡Tan desconocida, tan amable, tan buena!

Así, el 15 de septiembre, el día de la patria, muchedumbre incontable se dirige hacia el Calvario; ¡lo había andado la patria tanto tiempo!

Rompe el limpio cerro ancha escalinata, y desde su cumbre se domina la gran población. No es esta eminencia, capaz ahora y risueña, tan correcta y redonda como la del Carmen; pero el aspecto de la pintada iglesia, de la

cercana y concurrida calzada, de los grupos de indios que se cruzan, se detienen, se brindan chicha, se saludan respetuosamente y siguen su camino; los bruscos cortes e irregularidades del cerrillo le dan carácter propio, y parece más hecho a las travesuras, infantiles lidias y gozoso bullicio, que el del Carmen.

Vense desde él las amplias calles tenazmente rectas, sin una desviación, sin un capricho. Si no fuera americana, Guatemala sería desesperante. Sólo en nuestras tierras es animada la simetría; y es que la vida primitiva, el resplandor inteligente, la vivacidad nativa, se anteponen, por dormidas que estén, a todo otro interés y concepto. Así, desde el Calvario domínanse las severas vías, las anchas casas, los macizos de verdura que llenan patios y escalan muro, esmeraldas entre ópalos; las huertas de Belén y Santa Clara, en medio de la ciudad enclavadas; la orgullosa Plaza Mayor; la riente plazuela de la Victoria. Al Oriente, el teatro; al Poniente, la Escuela Politécnica de Ciencias Exactas; la Escuela Normal, preparadora de maestros. Hermosa calle lleva del alto Calvario a la plaza orgullosa: a la diestra está la plazuela, con sus dátiles; con sus cactus; con sus masas salomónicas; con sus grandes dalias amarillas; con sus racimos de uva; con sus araucanas; más adelante la Aduana laboriosa, el reciente telégrafo, el cumplidísimo correo; luego, club rico, abundantes almacenes, tiendas lujosas; y allá, en la mitad, la plaza del Palacio y el Municipio, rodeada de la Casa Presidencial, de abastecidas tiendas, de la afanada Catedral, con sus dos torres laterales, como la raquítica de Cuba, hermosa por vieja, la atrevida de México, la rica de Pueblas; hijas todas de numen de aquel Juan de Herrera, por Felipe II acariciado; aquel del Escorial, de sombría tumba. Del 30 de Junio se llama esta calle central; Real se llamó antes.. pero ya los reyes tienen que pedir permiso a la libertad para serlo. Es hermoso que las reacciones respeten siempre la mayor parte de la obra de las revoluciones. Y si no las respetan, mueren. 30 de junio se llama, porque fue en aquel día augusto cuando las tropas redentoras que vinieron de Comitán a Guatemala, con la rápida brillantez de una leyenda, entraron entre vítores unánimes en aquella tierra animada y ansiosa; había sido el ejército libertador tan afortunado en la lid como clemente en la victoria; día aquél de popular regocijo en que la tierra brotó coronas para los caudillos, y fue el camino de San Pedro, más que camino, alfombra de cabezas. Treinta y tres hombres comenzaron en la frontera mexicana la campaña. Vencieron, vencieron, siempre vencieron, y acrecidos, socorridos, bendecidos, los revolucionarios maravillosos entraban a ocupar el solio desierto del heredero del

autócrata. Revolución extraña, radical en resultados, fabulosa en fortuna, generosa en medios. Ni la manchó sangre inútil, ni esterilizó las sementeras. Sea loada.

Y por esa calle, de entonces gloriosa, compacta multitud discurre los tradicionales días de agosto. Porque a la diestra queda la plazuela de San Sebastián, y su iglesia y su fuente; pero más allá brilla al sol el humilde Jocotenango, lugar de ciruelas, que tanto como ciruela valen jicote y cote, con su valle tapizado de carruajes, con su feria de ganado, donde el caballo chiapaneco piafa, el novillo hondureño corre, el cerdo imbécil gruñe, bala la linda oveja.

Alquilan las familias las casas vecinas. Sobre sufrida estera de petate, apuestos galanes y ricas damas comen el pipián suculento; el ecléctico fiambre; el picadísimo chojín. Pican allí los chiles mexicanos, y la humilde cerveza se codea con excelentes vinos graves. Hace dos postres un rosario, cuyas cuentas de pintada paja encubren delicada rapadura. Y como se está en agosto, y en Jocotenango, ¿quién no gusta los jugosos jocotillos, rivales de la fresca tuna?

Interrúmpese el democrático banquete para ver pasar el estrechísimo gentío. Lucen las señoras, estos días, sus más hermosos trajes; luce el padre a la hija, el esposo a la esposa. Adorna el jinete su tordillo fiero y le cuelga al cuello el rosario de la fiesta. Cuál ostenta su alazán, cuál su retinto. Desdéñase el galápago europeo y apláudese la silla mexicana. Hoy se estrenan carruajes, corceles, vestidos y sombreros; ¡cuánto celo, elegancia y donosura! ¡Cuánto orden, alabanza y discretos! ¡Cuánta memoria de la feria de San Antón, aquella que en Madrid hace famosa a la vetusta calle de Hortaleza!

Éste que pasa, caballero de una bella dama azul, es un grave ministro; la multitud lo estruja, lo olvida, lo gobierna.

Aquel que monta en arrogante bruto, es el Presidente de la República. Lleva humilde vestido y humildísimo sombrero. Cuando mira, piensa. Cuando deja de hablar, habla consigo mismo. Es penetrante, dadivoso e intrépido. Va sin temor a donde cree que debe ir. «Ahora, ni atropella, ni se anuncia; le ha llegado su día de obedecer.

El de apostura inglesa, marcial anciano, que a su lado lleva, es su antecesor en el poder, hombre de libros y de espada, revolucionario en el campo y la tribuna: Miguel García Granados. Sesenta años tenía cuando empuñó la espada vengadora.

Vuelven ya los millares de hombres; nubes de polvo aceleran la noche; átanse las curiosas de las casas los sombreros de paja al gentil rostro, y bajo lluvia importunísima vuélvese a los hogares, no fatigado como de otras fiestas, sino enamorado de ellas.

Conserva este secreto Guatemala: severa, no entristece; desdeñosa, no irrita; bulliciosa, no desordena; agitada, no cansa. Su vestido de baile nunca se aja. En este mes hermoso, lucidas cabalgatas interrumpen el silencio de las calles, bañadas de tibia plata por la Luna. Una rival tiene la Luna guatemalteca: la de México. Y ya en opaca noche brille sola, ya en noche brillante humille a las estrellas, siempre tiene aquel cielo un místico lenguaje, y parece más que otro alguno abierto al fin sublime y descanso grandioso de las almas. No es un cielo irritado que condena; es un cielo amoroso que nos llama. El trabajo alimenta esta alegría. Un harapo es en Guatemala un extranjero, Colbert, el gran hacendista equivocado, estaría allí contento, viendo cómo en las horas de comercio pasan de tienda a tienda gruesos paquetes de dinero. Pero no es la saciedad de las arcas la fortuna que un buen ministro ha de apetecer. Llénense holgadamente para vaciarse útilmente. Créese riqueza pública, protéjase el trabajo individual; así, ocupadas las manos, anda menos inquieta la mente. La facilidad del trabajo es el principal enemigo de las revoluciones.

Eso buscan, para eso entran en el Ministerio de Gobernación, donde tan patriótica acogida les espera, un alemán que solicita, un francés a quien se concede, un belga a quien se regala, un americano a quien se subvenciona, un explorador a quien se remunera. Tal encopetado contratista sembró, pocos años hace, un cafetal oscuro, allá en el hondo monte. Tal adinerado finquero era, breve tiempo ha, desconocido labrador. La tierra es la gran madre de la fortuna. Labrarla es ir derechamente a ella. De la independencia de los individuos depende la grandeza de los pueblos. Venturosa es la tierra en que cada hombre posee y cultiva un pedazo de terreno.

Ni ¿qué vale pasar largas horas sembrando la vid en Salamá, en San Agustín el trigo, en San Miguel Pochuta los cafetos, si luego, acabada la

labor, se dejan los aperos de labranza y se viene a oír buenas óperas y buenos dramas en el lindísimo teatro de la ciudad? Tal viajero recuerda sin esfuerzo la Magdalena de París, el más pagano de los templos católicos; tal otro lo compara a la Bolsa, el menos eclesiástico de todos los templos; cuál, que vio a Madrid, hace memoria del suntuoso Palacio del Congreso, y cuál, pertinaz observador, afirma que corren parejas el teatro de Guatemala y el de la histórica, y por sus edificios afamada, Aix-la-Chapelle. Griego en la fachada, moderno en el conjunto, esbelto y elegante, esta obra bella es prez de la ciudad. Álzase solo en ancha plaza, sembrada de naranjos rumorosos. Y en las noches de luna, ¡cuánta amante pareja dialoga, cuánta viva comedia se enreda a la sombra de aquellos árboles simpáticos! Pasean por la plaza las familias haciéndose lenguas de los cantantes famosos que -y no una vez sola- han pisado el proscenio guatemalteco. Y como es allá muy vulgar don el gusto músico, y todos lo han, es cosa de pensarse ésta de ir a cantar a la, por inteligente, descontentadiza Guatemala.

Y son muy animadas aquellas noches de función. Se dicen burlas, y no las hay más penetrantes, ni ingeniosas, ni precisas, ni inolvidables, que las burlas guatemaltecas. Visitan los mancebos a las gallardas señoritas, con lo que no se hace aquella fría separación de sexos que lamentaba el evangelista de amor, el gran Michelet. Hablan los hombres graves de libros, viajes, acontecimientos y memorias; confúndense los grupos, animados siempre; regosan paseante los pasillos; tienen qué hacer los abanicos; tienen espacio las galanterías. Hay expansión en la atmósfera; corren por todos los labios las sonrisas.

Y se van luego alegres, llena el alma de delicias de música y de miradas de mujer.

Pero ¿es sólo la altiva Guatemala la tierra en Guatemala bella? ¿Y la añosa Antigua? ¿Y la vivaz Quezaltenango? ¿Y Cobán la creciente, la azucarera Escuintla, la Amatitlán volcánica, la calurosa Salamá, Huehuetenango la agraciada?

¡Ya acaban las ruinas y comienzan los cimientos! Pierden las poblaciones su aspecto conventual, su tinte apático, su enfermizo matiz, y cobran, al ruido de las centrífugas, entre los pámpanos frondosos, entre los aromáticos cafetos, los colores de la juventud y las revelaciones de la vida. La libertad abrió estas puertas.

Venía antes todo lo extranjero por el camino de Izabal, y eran ciudades importantes, por su enviar y recibir, las hoy dormidas Zacapa y Chiquimula. Pero, en cambio, ¡cuánto entra por San José!, ¡cuántos cañaverales rodean a Escuintla!, ¡qué múltiples siembras las de Amatitlán!, ¡qué vigorosa producción la de los Altos, tierra fiera y batalladora, naturaleza fértil y agradecida! Todo se va del lado del Pacífico; más muy rica es la tierra, y hecho camino por el Norte, gran resurrección espera al afligido lado del Atlántico.

Quezaltenango crece como las espumas de la mar. Ella tiene tortuosas calles, pero mercado animadísimo; aspecto antiguo, pero vida completamente nueva. Y poderosa, infatigable. A las doce del día, véndese por acá trigo, maíz por allá, por allá lanas. Celebra éste sus patatas jugosas; dice aquél que tiene la ciudad 35.000 habitantes; habla el otro de los millares de arrobas de café que sin recoger dejó tendidas en la última cosecha, por escasez de brazos; Retalhuleu, Huehuetenango, Totonicápam, Mazatenango, San Marcos, hacen de ella comercio central; vense en la fría Quezaltenango, en las rudas mañanitas de frío, cuando sopla el cierzo cruel de enero, los frutos de la ardiente costa a par de los de la comarca elevadísima; allá viven los ricos cafeteros; allá tienen su corte de apelaciones y su universidad; allá hacen, con amor y prisa, su ya celebrada Penitenciaría, salvadora de malvados, creadora de hombres útiles.

Hermosa vista goza el pueblo. Allá, desde su rehoya, se ve el cerro Quemado, el Xelahú indígena, en erupción constante de vapores. Y el imponente Santa María, alto y dormido. Y, para más venturas, cerca está Almolonga, la de aguas termales, refugio de los doctores dermatólogos.

Gran obra hace Quezaltenango; gran riqueza logra; gran vida le espera.

Son las seis de la mañana, y sale la diligencia de Guatemala para la Antigua. Atrás quedan el castillo de San José, la allí inofensiva Plaza de Toros, donde ¡oh honor! se ha llamado asesinos a los espadas españoles; porque es hermoso lo de capear, y animado lo de burlar al bruto, y arrogante lo de retarlo, azuzarlo, llamarlo, esperarlo, y es lujoso el despejo, y gusta siempre el valor; pero lo de herir por herir y habituar alma y ojos de niños, que serán hombres, y mujeres que serán madres, a este inútil espectáculo sangriento, ni arrogante, ni animado, ni hermoso es. Así que, más que bravos toros, lidian en la plaza negros ojos de dama y atenoriados sombreros de

hombre; que unas y otros gustan de ver, más que sangre, ágiles juegos de títeres, sin carácter de nobleza, pero sin carácter de crueldad.

Y, camino de la Antigua, se dejan castillos y plaza. Y la Unión y la Libertad, pueblecillos nacientes y crecientes; hijos risueños del exuberante calor de la unidad.

Allí, a los lejos, se comprende por qué los egipcios hacían pirámides para sus muertos. La manera de enviar un muerto al Cielo es acercarlo a él. Y nada es más elevado que las montañas, y las grandes montañas son piramidales. Y ¡cómo burla la naturaleza americana al maravilloso arte faraónico el osado, el perfecto, el semihumano, con su volcán de fuego, coronado por los blanquísimos vapores, con su volcán de agua, con su falda sembrada de flores amarillas! ¡Bien haya este camino que recorremos, tan rico en manantiales, tan lleno de colores Azul quiebracajete, pintada guacamaya, morada campanilla; sobre un tronco agrietado una blanca enredadera, sobre una oscura piedra una parásita; que cuando muere el abuelo nace el nieto; que cuando el plátano se fatiga se reproducen sus hijuelos; y en Italia, cuando el arte había muerto, nació de un sepulcro. Toda muerte es principio de una vida ¿Quién no teme a no ser honrado? ¿Quién no lo sabe ya?

Henos al fin, por esta vía hermosísima, en la vieja ciudad. ¡Vieja cúpula rota!, ¡pobre muro caído!, ¡triste alero quebrado!, ¡ancho balcón desierto! Largas calles, antes pobladas, hoy son series larguísimas de muros; sobre el alto cimborio verde oscuro, ha echado otro la yedra; la frondosa alameda, amplia, serena y grave, llora sobre las ruinas.

Pero hay aun mucha vida en aquella muerte. Los pulmones, roídos por la orgía; el corazón, hinchado por el pesar; el cerebro, fatigado por el pensamiento; los ojos, enfermos por la labor; la sangre, envenenada en la ciudad, ¡siempre mefítica!, hallan igual alivio en aquellas corrientes de agua varia y pura, en aquella paz amable y pintoresca, ante la soberbia arcada del palacio roto enfrente del deforme, pero genioso Neptuno de Julián Perales, talento artístico nativo, y en aquel aire, pletórico de existencia, libre siempre de miasmas y de contagio. Se va a la Antigua pisando flores. Se viene de la Antigua brindando vida. Verdad es que los nopales se arruinaron, que el color solferino mató a la cochinilla, que el terror y la pobreza diezmaron la opulenta población; pero para el enfermo y el poeta -¡otro enfermo sin cura!- para el artista y el literato, que es también otro artista,

siempre habrá vida nueva en aquella tierra virginal, corona fresca de aquella ciudad grandiosa y correcta, con sus ferradas y altas ventanas, a modo de Zaragoza; con sus aleros vastos, a modo de la vieja Valladolid. Y en cada flor azul que crece por entre las grietas de las torres, en cada alba paloma que se posa sobre los trozos de las naves, en cada mujer bella, aseada y fragante, que cruza por aquellas calles tan limpias, tan simpáticas, tan rectas, toma el pincel múltiples tintes, hallan las liras amorosas sones. Y cantando a la vieja ciudad -¡tan amarillo es el musgo!, ¡tan rumorosa es la alameda!- hallarán los bardos novísima poesía. Que para hacer poesía hermosa, no hay como volver los ojos fuera: a la Naturaleza; y dentro: al alma.

Volvamos, pues, con un crucifijo en las manos, que allí los hacen muy buenos, y de allí es uno que está en el oratorio íntimo del Papa; volvamos, pues, entre una hermosa antigüeña, robusta y airosa, y una cesta de frutas, pintada y variada, y viendo de lejos la laguna de Amatitlán; como tenernos miedo a los volcanes, vamos en busca de nueva ciudad.

¿Qué nos ha hecho Escuintla, que la tenemos tan olvidada? Ella es añeja, y era derruida; pero hoy va valiendo más por lo que la rodea que por ella misma.

En este grupo de pequeños indios, el uno se refresca con sabrosa caña; gusta el otro con delicia un terrón de blanca azúcar; cata el otro un redondo trozo de panela, lo que en México llaman piloncillo. Y tienen razón, que por aquí abunda el azúcar. Hay palmas y cañales, refinería, trapiches, centrífugas. Se traen administradores extranjeros, inteligentes en el cultivo. Se crean hoteles, porque las industrias nuevas están llamando caminantes. Y a par de las humildes casas, álzanse con premura otras nuevas, vastas y elegantes. Sopla el trabajo y corre como el viento la riqueza.

Se siente crecer la vida por aquellos contornos. Y mientras se monda una dulcísima piña palineca, se auguran años hermosos a la que hoy es aún pueblo de tránsito, y será mañana, con el tráfico y el cultivo, esbelta y acomodada población.

Cruje la fusta, brotan pasajeros los hoteles, y en la diligencia, tirada por briosos frisones, salimos camino a San José. Dije yo de mi Cuba que tierra ninguna tuvo como ella leguas de flores y leguas de frutas; también las

tiene de flores Guatemala. Holgadas rancherías y vastas haciendas ocupan las cercanías de la carretera; y, por rápido que cruce el carruaje, ¿quién no ve estos macizos de verdor, donde son las florecillas menudas y opulentas mucho más numerosas que las hojas? Dije de Yucatán que tenía un campo elegante. Guatemala tiene un campo aseado. Ya estaría bien pintada en una india de negro cabello, con la falda de oscuro azul llena de flores; ya lo estaría también en un labriego de limpias vestiduras, con brillante sombrero de petate, puesta la honrada mano sobre lucientes aperos de labor.

Ese que llaman San José es pantanoso y pobre en apariencia. Y será menos enfermizo, ahora que tratan muy activamente de desecar el pueblo húmedo. Un firme muelle elegante desafía la cólera del mar. Pequeños y grandes buques pueden acercarse sin temor. Y se acercan, que aunque a los ojos humilde -como todo lo guatemalteco, crece muy velozmente San José-, más café envía afuera que mercancías y dinero -¡raro milagro de fortuna!-

Y ahora, con el ferrocarril que ya comienza, con el buen telégrafo, con el incesante ir y venir de buques de todas tierras y de todos calados, el puerto rico cobrará más fama, y crecerá sin duda a medida de ella.

Allá está, airado y triste, de lado del Atlántico, el que antes fue próspero Izabal. Viniendo de Belice -nombre que de Wallis ha de venir, no de Wallace-, déjase atrás a Livingstone, populosa y encantadora tierra de caribes. Suena el caracol que llama al descanso; recogen los pescadores el velocísimo cayuco; arreglan las fantásticas mujeres el aseado hogar; ayúdanse en la construcción de las nuevas casas los unos a los otros; y, en tanto, el viajero asombrado, trasponiendo la entrada del Río Dulce, ve el más solemne espectáculo, la más grandiosa tarde, el más majestuoso río que pudo nunca un hombre ver. Otros más caudalosos: nuestro Amazonas. Otros más claros: mi Almendares. Ninguno tan severo, de tan altas montañas por ribera, de tan mansa laguna por corriente, de tan menudas ondas, de tantas palomas, de tan soberbios cortinajes de verdura, del Cielo prendidos, y orlados y basados luego por la espuma azulosa de las aguas. Islas como cestos; palmas que se adelantan para abrazar; sibilíticas inscripciones en extrañas piedras; abundantísimas aves: eco sonoro, en que se escucha algo de lo eterno y lo asombroso.

Así, en noche de luna, se llega al puerto de Izabal, que sabe ansioso que se reconocen los ríos cercanos, que se piensa en canalizar el Motagua, que se extrae oro de su sierra fastuosa, que allí afluyen, en busca de fortuna, numerosos extranjeros, y que de estas exploraciones, trabajos y nuevos caminos, espera volver pronto a aquella animada prosperidad que, con bien de los pueblos del Pacífico, ha hurtado a los del Atlántico el favorecido San

Y cerca de Izabal, mueve sus olas, que no ondas, el gran Golfo Dulce, laguna amplísima, por geógrafos descrito, loada por poetas, por viajeros discretos admirada. Es vasta como un mar. Encadenada ruge e irritada es bella. Se encrespa y juega con los buques.

Quédense tras nosotros el Mico, desde donde se es, en empinada cumbre, vecino del alto Cielo, dominador del ancho mar, y Quiriguá, y Gualán, donde tan buenos gallos riñen, donde tan buen café cosechan, donde tan hospitalariamente acogen.

Vía de Guatemala, vengamos por entre estas empalizadas y calles tupidísimas, tomando de los árboles vecinos aquí un mamey, acá una ciruela, luego una almendra; un marañón después. Silvestre, espontáneo. Veamos cómo corren flotantes islas de mangos por el río; crucémoslo valerosamente; pongamos a una viajera enamorada, en el lindo sombrero, las florecillas rojas que acabamos de coger en el camino; oigamos en la iglesia de Zacapa el tamboril y la chirimía, con que llaman al culto y hacen fiestas; comamos de su queso; gocemos de los chistes de su gente; anotemos en nuestra cartera de viaje la vivacidad de sus mujeres; lamentemos sus grandes tiendas, repletas antes, hoy desiertas; saludemos su iglesia y su plaza y preguntemos a este buen arriero qué le ha parecido la próspera Cobán.

Era Cobán, quince años hace, un pueblecillo oscuro, rico en indios caprichos, en fértiles terrenos, en pastos excelentes, en animadas marimbas, que son, a modo de tímpano, el instrumento popular que acompaña todo baile, bautizo, fiesta y concurrida chichería.

Hoy no es sólo pintoresca morada de indígenas, sino bullicioso centro de adinerados cafetaleros, de holgados labradores, de laboriosos extranjeros. Ha corrido la nueva de la fortuna de Cobán. El café la enriquece; la enriquecerá pronto el ganado.

Allí van los franceses inquietos, los norteamericanos ansiosos, los recomendables alemanes; hasta los graves ingleses. Les hablan los cafetos, con sus blandos rumores de la tarde, un lenguaje gustoso al hombre honrado: la subsistencia debida al trabajo propio, el placer de acumular, sin avaricia ni maldades, el plan de la mujer, la cuna del primer hijuelo, los libros de los hijos.

En tanto que los de allende hablan de la sabrosa uva de Salamá, que, al decir de un catador de fama, compite con la de Fontainebleau la variedad morada, y de la blanca -de la familia de indios salamatecos que de México a allá fueron-, de la opulenta vegetación de la comarca y sus productos múltiples, de cómo es linda la alegre San Cristóbal con sus ladinos picarescos, con sus indígenas trabajadores, los indios cobanecos bailan su agitada zarabanda, y el santo inmóvil contempla la algazara y baraúnda, y cada indio con su vestido de cotón resplandeciente, y cada india con su enagua plegada, con su huipil suelto, con su cabello aderezado con trenza luenga de lana, deja un medio piadoso en el infatigable plato católico; ¡absorbe tantos ahorros de los pobres pueblos!

Usan aquellos indios curiosas baratijas. Es una el rosario o collar ceñido al cuello, en que usan el dinero. Es otra, sus originalísimos aretes, que son monedas de a dos reales del ahogador e infamante tiempo de Carrera, el matador de los caracteres viriles, el torcedor de la naturaleza humana. Resucitar es menester después de haber sido muertos de aquel modo.

Cobán tiene ahora lindas cosas: torre airosa de arte moderno, celebrada iglesia -que nunca faltan en los pueblos hispánicos, iglesia y castillo, cárcel y cárcel-, grave convento de Santo Domingo.

Viniendo de Guatemala para el puerto, ¿cómo no nos detuvimos a almorzar, de paso para el Palín de las frutas para la Escuintla de las cañas, en Amatitián, la antigua nopalera? ¡Ah, valle!, ¡ah, ricas sementeras!, ¡ah, grandes volcanes!, ¡ah eternas maravillas!

Tibia es el agua, como brotada de tierra presa del vivo ardor del turbulentísimo Pacaya. Humildes van muriendo los tristes nopales olvidados; pero arrogantes se alzan sobre ellos la dulce caña criolla, el oloroso café con flores de jazmín.

¡Bien se entienden ahora los ricos trajes, los soberbios caballos, los paquetes de especias, las numerosísimas escuelas que dan vida y belleza a Guatemala! La verdad, sobre todo en punto a hacienda, es que la savia de las plantas es la más segura savia de los hombres.

Sepamos, pues, de qué productos vive la tierra que por un lado abraza a México y por otro a sus repúblicas hermanas.

Y digamos ahora algo de sus departamentos principales, que los tiene vastos y muy productivos y muy trabajadores. Cada hombre se ocupa de sí mismo, y fía a su obra propia, no a la casualidad ni a las revueltas públicas,

Llaman Retalhuleu a un departamento que rebosa maderas, y suculento cacao, y el exquisito grano americano.

Esto y caña produce Mazatenango, del mercantil Quezaltenango fiel tributario.

En Quezaltenango abundan, sobre las fertilidades apuntadas, los ganados lanares. Inexplotado este ramo, es fuente segura de riqueza. Mucho tienen que hacer allí cardadores, exportadores, tejedores.

San Marcos cría ganado bueno a fe; espiga el trigo de oro, cultiva el maíz nutritivo, amén de los productos generales.

Y Sololá ¡lindo lago tiene! Así como al borde de la fuente vagan palomas blancas, así cercan el lago pueblillos de indígenas agricultores. ¡Dicen que por las mañanas allí es muy bello el Sol!

De Escuintla, el rico departamento, ¿quién no vio los vastos zacatales, las risueñas haciendas, las jugosas frutas? Sale allí al encuentro la fortuna. Ese bravo novillo, ese necio cerdo, todo es en Escuintla olvidado germen. Aliméntanse allí los cerdos con camote y maíz, que de tierra copiosamente brotan. A hacendar, pues.

De Amatitlán, dijimos la del agua salitrosa y valle mágico, mágicamente

Comprende Sacatepéquez a la antigua Guatemala. Como en fresco nidal nacientes aves, esmaltan el ameno valle de saludables corrientes y aromático clima muy numerosos y pintados pueblos. Y como descansarían las avecillas sobre brillantes hojas verdes, así los pueblos sobre tupidos valles de legumbres. Rico es en brazos de este departamento.

De Chimaltenango, si es tierra americana y además guatemalteca, ¿qué menester es decir que es tierra fértil? Crece ahora con el ir y venir de pasajeros.

Y llegan a veintidós los departamentos que fuera larga cuenta, y da envidia ir diciendo cuánto producen, auguran y valen.

Pero hay uno que no es para callado, y hasta el nombre es poético: la Alta Verapaz. Sus hombres son, como hijos de los trópicos, apáticos, pero sumisos y amantes del trabajo. En pastos, no hay cuento de lo que da espontáneamente aquel terreno, y salamatecos y cobanecos tienen gran porvenir en la hoy descuidada ganadería. Bien es cierto que Salamá es en sus contornos, al decir de los que los han visto, ardiente y estéril; pero la viña se esta allí extendiendo grandemente. Ya hay varias siembras y frondosas vides; ya han venido explotadores americanos y comprometido capitales serios en la elaboración del caliente zumo de la uva. Y como da el Gobierno cuanto le piden, y por acá cede tierras, y por allá quita derechos, y al uno llama con halagos, y al otro protege con subvenciones, Salamá y Cobán están de fiesta, y ven día a día más crecida su ya considerable suma de

Luego, tiene Cobán almacenes buenos, camino carretero hasta Panzós, puerto interior de importación y exportación, en el Polochic, de arenas de oro, que vierte su agua preciosa en la extensa laguna de Izabal.

Y es cosa de hacerse pronto dueño de más tierra que la casa de Zichy tuvo en Hungría, y tiene Osuna en España, y gozó en México Hernando Cortés. ¿Quién no compra aquellas inexploradas soledades, frondosas y repletas de promesas, si se venden a cincuenta pesos la caballería? Y como tienen por aquel departamento tan justa creencia en que, criando cabezas de ganado, se irá pronto a la cabeza de la fortuna, ¿quién no empaqueta libros y pape-

les -¡aunque ellos no, que son los amigos del alma!- y se va, con sus arados y su cerca de alambre, camino de la Alta Verapaz?

¡Oh, sí! El rico grano, que enardece la sangre, anima la pasión, aleja el sueño, inquietísimo salta en las venas, hace llama y aroma en el cerebro; el que afama a Uruapan, mantiene a Colima y realza a Java; el haschich de América, que hace soñar y no embrutece; el vencedor del té; el caliente néctar, el perfumado cafeto, crece como la ilusión con los amores, como la marcha de la nube con el impulso de los vientos, en los cerros y planicies de la hospitalaria Guatemala.

Quiere el café suelto volcánico: ni el muy ardiente de la costa, ni el muy frío de las cumbres; lo que llaman en Guatemala bocacosta.

Y es bueno, porque de veras será bien remunerado el que a ellos vaya, señalar dónde plugo a la Naturaleza hacer más fértil el grano. Es muy allá del lado del Pacífico; sueño parece en la Costa Cuca el crecimiento de la planta; fantasía en San Miguel Pochuta; surgimiento impensado en las planicies de Chimaltenango; capricho lujurioso en las faldas del cerro de Atitlán, volcán dormido. Por Pochuta crecen muy rápidamente las haciendas. Porque es ir, plantar, esperar y hacerse rico. Aquí dos, allí tres, muy rara vez mas de tres años, y ya los fatigados brazos no bastan, ni aun con el ansia primeriza, a recoger del tapizado suelo la abundantísima cosecha.

¿Pero es por aquí sólo? ¡Oh no!, que es por todas partes.

Esa gran Costa Cuca, por el Gobierno hoy con tanta generosidad cedida, con tan patriótico celo distribuida, con tan vivas instancias solicitada, divisa el mar inmenso. Está en Quezaltenango y alcanza a la frontera chapaneca. Tres anchas leguas prósperas en una extraordinaria longitud. Bien es verdad que se vende a 500 pesos caballería, más de tal modo produce, que vender de este modo es dar la tierra. Porque ¿quién no la compra, si este mismo dinero en vales se ha de pagar con grandísimo descuento, cosa así de un 60 ó 65 en cada centenar de pesos duros?

Y ya el terreno falta para los que lo quisieran poseer. Bien hacen los que hoy rigen la vida guatemalteca. La raza indígena, habituada, por imperdonable y bárbara enseñanza, a la pereza inspiradora y a la egoísta posesión, ni siembra, ni deja sembrar, y enérgico y patriótico, el Gobierno a sembrar la

obliga, o permitir que siembren. Y lo que ellos, perezosos, no utilizan, él, ansioso de vida para la patria, quiebra en lotes y lo da. Porque sólo para hacer el bien, la fuerza es justa. Para esto sólo; siempre lo pensé.

Cultivar, emprender, distribuir; como arrastrado por secreta fuerza ciega, tal mente guía al que preside hoy a Guatemala. La riqueza exclusiva es injusta. Sea de muchos; no de los advenedizos, nuevas manos muertas, sino de los que honrada y laboriosamente la merezcan. Es rica una nación que cuenta muchos pequeños propietarios. No es rico el pueblo donde hay algunos hombres ricos, sino aquel donde cada uno tiene un poco de riqueza. En economía política y en buen gobierno, distribuir es hacer venturosos.

Hay grandes gérmenes; descúbranse y desenvuélvanse.

Hay vastos campos; siémbrense y aprovéchense.

Enseñar mucho, destruir la centralización oligárquica, devolver a los hombres su personalidad lastimada o desconocida; tales cosas propónese y prométese el gobierno actual en Guatemala, que pone contribución sobre los caminos, pero con ella abre escuelas. El Presidente suele traer entre su escolta pobres indios, pobres ladinos, que recoge por los míseros campos para que sean enseñados en las nueva escuelas de la capital. Vienen con los pies desnudos; vuelven profesores normales. Traían la miseria cuando Barrios los recogió; llevan a sus pueblos una escuela, un hombre instruido y un apóstol. Sepan cumplir y agradecer.

Lo sé bien y lo veo. Presidente y ministros anhelan atraer gente útil, que lleven una industria, que reformen un cultivo, que establezcan una máquina, que apliquen un descubrimiento. No parcos, pródigos son de dádivas. Hay afán por ocupar a los inteligentes. Los hombres de campo tienen allí su techo y su mesa. Quiere el Gobierno que den ejemplo, inteligencia y fuerza a los campesinos, a menudo desidiosos, del país. Resucitar; esto quiere el Gobierno.

Cultivar, emprender, distribuir.

Honra ahora allí el Ministerio de Gobernación, encargado de los asuntos de tierras y repartos, un hombre grave y modesto. Don José Barberena, amigo de su patria. Elogio de un hombre que otro hombre puede hacer sin sonrojo.

De manera que es forzoso volver a hablar del jugo excelso.

Por Zapaca el más estimado es el de Quezaltepec, que viene siendo cerro de quetzales. Y ¿cómo ha de haber nada malo donde hay una ave tan hermosa? Muy bella, porque no se dobla a nadie.

Es fastuosa esta producción en toda la República. Tarda, en la Costa Cuca sobre todo, dos años en dar fruto, si es de trasplante; tres si es de semilla. Produce generalmente cada árbol de cuatro a cinco libras, sin que sean raros los que dan seis. Quien tiene 25.000 árboles, tiene mil quintales al año de café. En la tierra muy caliente dura la planta poco, pero en la media vive sin riesgo largo tiempo.

Colosales gradas llevan de la costa al interior del continente.

A más de la Costa Cuca, rinde cosecha desusada toda la faja de la bocacosta, en la grada primera y la segunda, que llevan en fétiles y ascendentes ondulaciones a las altiplanicies de la comarca.

Favorece a la planta la tierra de San Marcos, de altiva gente, de dos temperaturas, de bellas perspectivas.

Como tierras cercanas a volcanes, por excelentes son tenidas las del Atitlán, de Santa María, del Pacaya.

Y a todos estos terrenos únense los bocacosta de Patulul, la estimada Santa Lucía, Cotzamalhuapa, Siquinalá y las extensiones, blandas al arado, que hermosean el Sur de la antigua Guatemala.

Y como si la tierra caliente no fuera bastante a producir el preciado fruto, la templada no le va en zaga. Bien es verdad que no se da el café tan pronto en ésta como en aquélla, pero el grano de temperatura moderada es superior, según hábito y afirmación de discretos cultivadores, al de temperatura ardiente. Dase por esto bien en Amatitlán, la trémula amenazada del Pacaya; que es bien que junto al volcán de la tierra se dé el jugo volcánico animador de la pasión y del pensamiento. Y no menos bien se da en Petapa. Producese en Guajiniquilapa, más no con tanto éxito.

De Amatitlán hablamos y de su espléndida laguna y de la sorprendente del Río Dulce. Tierra de lagos es, pues, Guatemala, que a par de éstas bien merece memoria la laguna de Ayarza; tendida sobre cráteres, por nadie alimentada y alimento ella de muchos manantiales. Cosa que hace creer que en la erupción de un volcán o de los dos volcanes sobre que descansa quedó formado un pozo artesiano natural.

Se ama más la Naturaleza alrededor de la laguna con su extenso horizonte, con sus planicies fértiles, con su abundancia de brazos, los más recios por cierto para el trabajo y más voluntarios, como se dice en lengua campestre,

Y se desea la ciencia para conocer hondamente el raro misterio. Tiene la laguna de 3 a 5 leguas de largo, y a medida que la sonda adelanta nótase que se hunde, como si las pendientes laterales formaran embudo, en progresión verdaderamente rapidísima. Llégase a 150 varas de la costa, y no alcanza ya la sonda.

Responde aquella tierra amantemente al golpe más perezoso del arado. No se resiste, sino que se brinda. Está fatigada de su inacción, y se abre en

vida. Todo prende en aquel territorio afortunado. Diérase y dase el café con gran riqueza. Crecen silvestres muy jugosos pastos. Gimen desiertas las praderas vastas. Y esto a 25 leguas por buen camino a Guatemala, a 20 de la costa del Pacífico, cuando por toda carga, ¡cuatro reales cuesta llevar desde la cercanía de la laguna cada quintal a Guatemala!

Soberbia hacienda la que pudiera hacerse allí, y mucho más de una, con tan hinchado seno, con tan extensos brazos. Alejemos, alejemos libros y papeles y vayamos, como Cincinato, como Washington, como mi profesor de griego, a sembrar trigo, a vigilar ganado, a cultivar cerezas. Mi profesor de griego es un gran hombre. Lloró, porque nos dejaba presos, cuando él salía libre de la cárcel. Son, pues, buenos sus ejemplos.

¿Y por Verapaz, donde se da todo?

Por Gualán crece bien el cafeto, y el río Montagua, de famoso boca, arrastra en sus ondas las flores blancas del cargado arbusto. Y también crece en la parte fresca de las costas del Atlántico, aunque éstas, más que para café, para caña están hechas, porque crece lujosa y se exportaría el azúcar fácilmente. Cultivándola anda por aquellos rumbos, y él mismo es maestro de azúcar, humilde puntero, uno que fue gobernador de Nueva Orleans: Cincinati Sino.

Y por Coban se da el fruto nectáreo, con mejores condiciones en los lugares apartados de la cabecera.

¡Oh, café rico, generoso don de América, que en corrientes de vida vuelve a Europa el mal que entre tan preciosos bienes le hizo! Mme. de Sevigné, la de las bellas cartas, no debió tomar nunca buen café.

Y en la demolición de Europa vieja, por Voltaire emprendida, ¿cuántas armas terribles no se habrán templado al ardor de nuestro jugo americano?

Destronado el té tibio, padre oscuro del amargo spleen de los ingleses, y del cobarde laxamiento de los chinos, pierde también corona y cetro el alimentoso chocolate, tan gustado de los españoles y los clérigos, sin que falten humildes seglares, y de todas tierras, que a la sabrosa bavaroise parisiense, de aquel lindo café que asoma muy cerca de los Bufos, prefieren una taza de Tabasco, o una de buen cacao guatemalteco.

Enojoso el cultivo, y aminorando de consumo, no faltan, sin embargo, capitalistas que intenten su exportación, ni hacendados que abastezcan el sólido gusto que en Guatemala se tiene por el, en verdad, muy nutritivo chocolate. Con poco azúcar lo usan, pero ¿a qué, si lo sirven blancas manos?

Lo que de veras ha de preocupar a las gentes honradamente ambiciosas, es el seguro bienestar que se conseguirá en aquellas tierras dando incremento a la ganadería. Porque el ganado escasea y es solicitado. Se le compra barato y se vende caro. Como la demanda crece, la oferta encarece. Si se tiene dentro, ¡qué gran ventaja para los tenedores!; ahora hay que ir a buscarlo fuera. Centuplicarían los capitales destinados a esto. «Con criar cerdos, esto es, con dejarlos comer, me decía un ministro, se hace uno rico». Yo pregunté en Escuintla, y tenía razón.

De 17 a 22 pesos se compran míseros novillos, en 35 pesos se venden; luego, y en 55 sonoros duros, un buey gordo.

¡Y son por todas partes tan fáciles los pastos! y ¡los hay tan buenos por

Huehuetenango, el departamento de hermosa cabecera, es rico en esta producción, y como en Jalapa y Jutiapa hay buenos pastos, muy macizos, para allá se encaminan los especuladores. Y hacen bien, que una gran fortuna merece el trabajo de buscarla. No hay en la tierra más vía, honrada, que la que uno se abre con sus propios brazos.

Así lo entienden los franceses que por Gualán tienen café, los americanos que por Salamá hacen vino, los ingleses que por Izabal tienen ganado.

¿Qué madera es ésta, tan flexible, tan blanda, tan dúctil por su cara del corte?

Guatemalteca es, y un guatemalteco está labrando en ella.

¡Ah!, ¡si la conocieran los grabadores europeos! Es el huachipilin suave y rojizo, que reemplaza con justo éxito al bru afamado de Turquía.

Porque en maderas, como en todo género de producciones americanas, Guatemala es madre infatigable. Ella tiene el veteado granadillo, el ébano lustroso, el duro ronrón, de vetas negras; el inflexible guayacán, el maqueado brasilete. Y allá por el Petén rebosa la caoba, cansa el cedro.

Por cierto que en el Petén, más rico en ruinas que en hombres trabajadores, hay un muy bello lago, el de Itzá, y en medio de él se alza la capital, canastillo de casas, ciudad de flores.

Y ¡cuánto natural producto abandonado sin aplicación!

Porque el maguey crece, se da el hule en los bosques, el algodón brota en la selva.

Los campesinos de las comarcas del Atlántico secan sobre delgados cujes pálido tabaco, que sería mejor a estar cuidado. Y como la hoja pura va desterrando a lo que por allá llaman cigarrillos de tusa y dobladores, y por Yucatán llaman, aunque en distinta forma, joloches, fuerza es que la producción del tabaco, libre y protegida, se vea pronto en estado de dar abasto a la creciente petición, sin acudir para ello a muy raros tabacos extranjeros. Se intenta en las haciendas un ensayo. Mis laboriosos hermanos de familia, maestros en el cultivo, vendrían alegres a hallar ellos pan de destierro, ganado en honra de la industria y bien del país.

Y del hule, si, como hoy, no se le desdeña, podrá sacarse gran partido. Con qué placer leí yo, ni sé en dónde, hace unos días: «¡Hule mexicano!»

Y como es tan útil, tan abundante y tan fácil, apenas conocido, como el maguey, abrirá al victorioso porvenir de la activa República nuevos caminos.

Con el maguey múltiples los tiene. Muy preso yo, me hicieron poner ropa de corteza de árbol, hecha en los Estados Unidos. Raspaba y hería; pero era por la patria. La del maguey sería mejor.

Tónicos, líquidos, bebida vegetal, vinagre y bálsamo, papel y tela, podrían lograrse de la planta fértil. El país trabaja y compra. No sólo los agricultores, sino los industriales, hallarán en Guatemala gran que hacer. Porque la ciudad, sin dejar de ser propia, entra a ser francesa. Se afinan los gustos,

naturalmente delicados. Lo superfluo se va haciendo ya preciso. El patriarcado reza el rosario, se hace viejo y cede su lugar al confort. Arreos y telas de México, manta barata y buenos casimires, sombreros y sarapes, airosos fustes y piedras de ónix, telares de los Estados, ¿qué hacéis, ociosos? Ejemplos múltiples daría yo ahora de fáciles riquezas logradas en los que fueron dominios de Alvarado, con trabajos breves.

Y los mineros, ¿qué no investigan? Por Izabal extraen ahora oro, y al cebo de Belice y rumbos varios han acudido aventureros numerosos. Señala la pública voz minas de plata inexplotadas. Y ahora que el carbón de piedra inglés va escaseando, que el vizcaíno encarece, ¿por qué no examinar los osados las entrañas de la tierra, que así, dando carbón, producen oro? El trabajo convierte en amarillo lo negro. Es milagroso el trabajo.

Bien, pues, y de veras bien. La tierra es rica; por ella misma, por los honrados hábitos de los que la viven, por la enérgica voluntad de los que la gobiernan. Crear, extender, vivir; esto se quiere. El país no opone resistencia. Ama la limpieza, está acostumbrado a la sobriedad, gusta del trabajo. Naturalmente artístico, una vez despierto el gusto, buscará con amor todo lo bello.

Una larga dominación ha quebrado un poco el carácter. Pero él resucitará. La dignidad es como la esponja: se la oprime, pero conserva siempre su fuerza de tensión. La dignidad nunca se muere.

El país tiene la firme decisión de adelantar: va por buen camino, piensa más en la agricultura que en la política. La política grandiosa es el primer deber; la mezquina el mayor vicio nacional. Ni la pereza, ni la incuria son vicios guatemaltecos. Gocé mucho viendo a un ladino, allá en el fondo de un monte, leer atento, mientras su hijo aderezaba la carga, un libro de muestras de centrífugas. Los indios apáticos se quejan, pero el gobierno respeta a los buenos -¡y hay tan buenos!- y pasa por sobre los tercos, raras veces malos. Allá, por la Antigua, hay limpísimos pueblos que obedecen a un gobernador indígena, que lee periódicos, que sabe francés, que con el ejemplo y la palabra enseña virtudes, y en el humilde campo estableció y mantiene escuelas.

Los inteligentes agricultores, los útiles mecánicos, los industriales prácticos, hallarán en Guatemala una tierra que paga de sobra el servicio que se le presta, un hogar afable y un cimiento de fortuna.

No se rechaza al extranjero bueno; se le llama y se le ama.

Hay impaciencia por ver cumplida una alta obra: la grandeza patria, basada en la prosperidad. Cuanto ayuda a producir es ayudado. Se piden hombres; no se les rechaza. Ni son como en Jauja, de terrones de azúcar las cajas; pero allí, con la miel de la buena voluntad, el azúcar es muy dulce.

Y en el alma de Guatemala ¿no hay artistas, no hay pintores, no hay músicos, poetas? ¿Nada a nadie dijeron las palmas de la Antigua, las palmas de Amatitlán, las flores sobre los cráteres, los verdes cañaverales escuintlecos? Y el amor ¿no sollozó? Y la historia ¿no se pintó? Y la simpática malicia guatemalteca ¿no halló lira? ¡Oh, sí! ¡Hay poetas queridos, hubo buenos pintores, hiciéronse grandiosas esculturas, se cultivó el alma tanto como el campo! Y ¡qué triste un cultivo sin el otro! Capítulo de poetas.

Cuando murió José Batres, un gran poeta, dijo Alcalá Gallano, un gran orador: «Harta enfermedad tenía él con vivir».

José Batres nació en Guatemala. Supo francés e italiano; leyó a los enciclopedistas y a Casti; ciñó espada y tañó el laúd; vivió digno y murió joven; temía no gustar y gustará siempre. El orador español tuvo razón. Alma grandiosa, cantó con metro épico afectos concentrados y sobrios. Sufrió como Bécquer, amó como Heine, cantó poco porque tenía poco grande que cantar. Murió de vida, como el autor de las «Rimas». Se reía, pero se moría. Los que leen las sabrosas estrofas de «El Reloj», las picarescas descripciones de don Pablo, ni a Lope, ni a Villaviciosa, ni a los satíricos de Italia echan de menos. Un verso de Pepe Batres no se olvida nunca. Hubiera sido amigo de Manuel Acuña. Él era pulcro, casi adamado, observador, temido, agudo. Superior al mundo habitual, se vengó de él, ¡oh noble alma!, legándole, a modo de pintura de ridiculeces, inimitables y vivacísimos poemas. Como Ercilla la heroica, manejó Batres la octava burlesca. Ningún consonante le arredra, y de intento, como Bretón, los amontona difíciles, y como Bretón, triunfa siempre de ellos. Sus descripciones, ora gráficas en una frase, ora ricas de vericuetos y detalles; sus pintorescas enumeraciones; la burlona amargura con que flagela el falso pudor, la necia

petulancia, la monjil severidad, la vanidad ridícula; los ratos, desusados y valientes giros con que matiza su lenguaje; la rica instrucción literaria que revelan sus naturales alusiones; el seductor descuido; las inagotables sales; los punzantes episodios; la filosófica sensatez; el castizo abandono de aquel ingenioso que sabía elevarse como el águila, gemir como la paloma, vivacear como la ardilla, hacen del vate guatemalteco, injustamente olvidado de los que estudian la América, una extraña figura, pálida, profunda, entera, hermosa y culminante.

Era en la conversación general ¡demasiado serio! o silencioso. No lo entendían, y se ahogaba. Dotado de potencia inmensa de observación, se hizo satírico, porque tenía que hacerse alguna cosa. En este género lo juzgan, y esto es equivocado. Aquel laúd estaba vestido de luto, no colgado de cascabeles. Cuando escribía íntimamente, y en la intimidad hablaba, leerlo u oírlo dolía. Era una desesperación severa, sin satirismos falsos, sin byronismos imitadores. Lo comparan con Espronceda; vale más. Para juzgarlo, no ha de leerse lo que hay suyo, que es lo menos valioso y es poco; ni se puede leer lo que religiosas preocupaciones destruyeron, y fue muy bueno y mucho; de juzgársele ha por lo que en lo que hizo reveló que haría. Amó y practicó lo bello en toda forma. Gustaba de verse elegante, y elegantemente hablaba y discurría. Él pintó un desierto en estrofas que secan y que queman. Pintó un volcán en versos que levantan y dan brío. Pintó un muerto de amores, dignamente doliente, en unos breves versos que todos saben, que todos admiran, que son muy sencillos, que son muy grandes, que los extraños copian: «Yo pienso en ti».

Desdeñó el amor como amorío y lo profesó como religión. Fue mal político, leal hermano, notable músico, profundo conversador, bravo soldado, excelente prosista y gran poeta.

No tiene tumba. Descansa en la memoria de sus enorgullecidos compatriotas.

Donde escribió, grabó. Donde censuró, curó. Lo que imitó, realzó. Desconfió de sí mismo y amó puramente. He ahí su epitafio.

Cuando yo venía, un año hace, animada de sueños la frente y frío de destierro el corazón, del caluroso Izabal a la templada Guatemala, en una aldehuela que llaman el Jícaro, luego que hube visto pasar, en brillante cabal-

gata, el cortejo de dos risueños novios, eché pie a tierra en casa de un ladino, decidor, fanfarrón, letrado y tuerto; cosa esta última que tiene en el carácter más importancia que la que le es generalmente concedida.

Enseñado que me hubo una mohosa tajante, que dice que cercenó cabezas en más de una batalla fratricida, y una mazorca de maíz, que por allá llaman de fuego, porque, echada la semilla, a los sesenta días da fruto; y convenido que fue que los indios tinecos de por San Agustín –de quienes el ladino estaba quejoso- son gente hosca y rebelde, muy apegada a lo suyo, muy reacia a lo nuevo y muy enemiga de los curas malos, comenzó el ladino, para dar tiempo a que me frieran unos humildes blanquillos, a recitar, mal que bien, una buena fábula.

La primera redondilla me hizo alzar la cabeza; la segunda, fijó mucho mi atención. ¡Qué gracia y animación! ¡qué rima tan nueva, a veces brusca, pero siempre atinada y original! ¡qué copia de la Naturaleza! ¡qué observaciones tan americanas! ¡qué propiedad, en fin, y qué olvido de esos convencionales apólogos del indio Pilpay, y el liberto Fedro, y el rubicundo Lafontaine, y el amanerado Samaniego!

-Eso es muy bueno, decía el ladino. Así para el venado las orejas; como él dice, mueve la cola; así de ese modo se pone la trampa; me parece ver saltar al animalito.

¡Oh, elogio perfecto, tan apetecido y tan raro: ser hombre de ciudad, y ser admirado, en cosas de campo, por un hombre de campo!

El fabulista, ya ido de la Tierra, es García Goyena; bien haya el que hizo en Guatemala lo que en Cuba hizo Jeremías Docaranza, José María de Cárdenas: americanizar el apólogo. Censurar nuestros defectos con nuestros animales y nuestras plantas. Acomodar a nuestra naturaleza las moralejas. Tomar de nuestra naturaleza nuestros ejemplos.

Picaresco en los epigramas, severo en las epístolas, ingenioso en los múltiples jueguecillos de talento, en su tiempo de moda, fue García Goyena; siempre, en el pensamiento, intencionado; en los giros, variado; en la rima, atrevido; aunque a las veces no muy preciso ni correcto.

Amante de la Naturaleza y observador profundo de ella, en las fábulas de García Goyena, que son, de vez en cuando, más que máximas oportunas, inimitables descripciones y graves y nuevos consejos, se aprende esa simpática ciencia animada de los árboles y de las aves, de las flores y de los brutos; sus costumbres, sus amores, sus peculiaridades, sus cualidades dominantes. Cáustico en política, práctico en moral, exacto en ciencia, nuevo en la invención, rico en literatura: ese es García Goyena.

Hay en la Escuela Normal, que en la educación generosa, tolerante, aplicable y liberal, completa la obra de Gobierno en la política, unas muy animadas reuniones de hogar, donde, a tiempo que se familiarizan con la vida social los educandos, se hace buena música, se dicen discursos, se cantan correctamente bellas piezas y se leen a menudo buenos versos. Cosa de familia, con buena voluntad y con perfume. Gozo yo con que el que la haya establecido y recoja ya sus frutos de apostolado sea un cubano, amigo de los hombres: José María Izaguirre.

A aquel proscenio humilde subió una vez un elegante mestizo, de esbelto cuerpo y rizada cabellera. Y dijo una muy larga tirada de versos que él llamó fábula, como la llamó su autor, y tiene, sin embargo, los tamaños de un poema didáctico, apológico sí, pero, a más, en el fondo interesantísimo y en la vestidura magistral. Original urdimbre, sonoro endecasílabo, fáciles asonantes, corte osado del verso, más cuidadoso del pensamiento que de la censura, hábil enseñanza en deliciosa forma, tal fue y así me cautivó la, por desventura, única producción conocida de fray Matías de Córdoba, ya muerto: «La fábula del León». Trozo es ese que hace a un poeta; revela reposo de carácter, evangélica bondad, clásico estudio.

¿Quién no sabe en Centro América algo de los tiernos Diéguez? Dos hermanos fueron, Juan y Manuel, tan apretadamente unidos, que lo de uno parece del otro. Patria ausente, montañas queridas, ríos de la infancia, flores de la tierra, ilusiones, flores del alma, penas de amor, de vida y de destierro; todo esto tiene en estos laúdes gemelos los tonos de un sentimiento, no prestado, común ni preconcebido, sino sincero suave y blando. Canta la tórtola por la tarde, y cantaban los dos hermanos Diéguez. Su llanto es dulce y refresca; su esperanza es honrada y anima; sus sueños son posibles y consuelan. Yo los llamo poetas de la fe.

Hubo ¡también muerta! una poetisa en Guatemala, amiga de Batres, famosa decidora, que no dejó suceso sin comentario, hombre sin gracioso mote, defecto sin epigrama, conversación sin gracia. Talento penetrante, alma ardiente, rima facilísima, espíritu entusiasta, carácter batallador, fue María Josefa García Granados, por mucho tiempo animación y para siempre gala de la literatura guatemalteca.

Ella no desdeñaba ir a las prensas, publicar papeles, provocar controversias, sostenerlas con brío. En prosa como en verso escribía con sólida fluidez. Era abundante, pero tanto en pensamientos como en versos.

Lo serio de ella no vale tanto como lo incisivo. Anda casi en secreto un «Boletín del Cólera» -de los tiempos en que el aire mefítico del Ganges sopló fuerte, y ella, como Moliere, la emprendió con los médicos-, que es cosa de no dejar aquella ocurrentísima y castiza sátira un solo instante de las manos. Picantes ensaladillas, difíciles -nunca vulgares- charadas, por ella levantadas a género digno de estudio y de cultivo, porque en sus versos adquirió siempre gracia, a veces ternura, a menudo profunda expresión lírica; retratos, anacreónticas, canciones, epitalamios y letrillas; ir y venir de vivas réplicas; diaria y siempre nueva discusión de sucesos grandes y pequeños; tales fueron los culminantes caracteres y múltiples empleos de aquel extraordinario espíritu, de aquella mujer viril, de aquella lira fácil y elegante.

Marure se llama el historiador de las revoluciones en Centro América, valioso libro que el Gobierno reimprime ahora y que alcanza hasta el año 1852.

La ira de partido persiguió al muerto hasta su obra, y la última parte de ésta, por muy notable tenida, desapareció sin ser vista de nadie. Costaba entonces trabajo por allí ser liberal, y liberal fue el libro de Marure.

Muy niño yo, admiraba ya en la Habana la concisión de estilo, corte enérgico de frase, mesurado pensamiento de un letrado guatemalteco, para quien no era cosa nueva oír decir que escribía a modo del egregio prosista Jovellanos.

Rebusqué luego, para hacer unos cuantos versos dramáticos sobre el día patriótico, la librería nutrida del señor don Mariano Padilla, americanista

religioso, minucioso bibliófilo, coleccionador inteligente, y hube ocasión de asombro con leer los más humildes papeles públicos que, por los años 15, y 19, y 21, y 25, y 30, veían con animación, hoy olvidada, la curiosa luz. Brío en la idea, sensatez en el deseo, pureza y sobriedad; sobriedad, sobre todo, en la dicción. Aquellos escritores, periodistas, algunos de ellos principiantes, escribían como diestros académicos.

Leí entonces a Marure y mi celebración creció de punto. Ni quiso ser Tácito, ni había para qué serlo, que no hay más repugnantes cosas que sentimientos e indignaciones postizos; pero, salvas algunas explicables vivezas de partido, conserva la larga obra el tono histórico, sin hinchazón fastuosa, sin familiaridad censurable. Habla, no como quien lucha, sino como quien observa; y ese ha de ser el tono de la historia. Ella es un examen y un juicio, no una propaganda ni una excitación.

Era en aquel tiempo muy corriente en Guatemala leer los libros que en Francia prepararon, con Holbach y D'Alembert, y cumplieron con Desmoulins y Dantón, el más hondo trastorno que recuerdan aterrados los siglos. Amén de este contagio de giros, inevitable cuando se lee, como Marure debió leer, mucho francés, bien puede aquel estilo, reposado y serio, servir de útil modelo a los que quieran en literatura hallar una manera que, sin dejar de ser caliente, responda por su templaza a las severas exigencias del criterio. Hay corte antiguo en la obra celebrada de Marure.

Historiadores no han faltado a Guatemala; ni le faltan en este instante mismo, ni escritores galanos, ni sentidos y jóvenes poetas.

En punto a historias viejas, tiene la antiquísima, la candorosa, la religiosa y crédula, pero benévola y en datos rica, del buen padre Juarros, sencillo narrador de las épicas luchas de los indios y minucioso cronista de frailes, misioneros, cofradías, imágenes, soldados y conventos.

De otro padre es otro libro, sin tanto alcance ni tanta amenidad, aunque curioso: las Memorias del arzobispo García Peláez. Hombre afamado de humilde, pero pertinaz, acre y turbulento. Hacía caridades, y en cuenta se las tengo, pero como una vez le dijesen que quería hablarle un señor, y resultase que el señor era el maestro sastre, respondió con muy poco evangelismo: «Pues ése, ni es señor, ni entra». Pero él, aunque menudo de cuerpo y tenaz como un vizcaíno, era un hombre de enérgico carácter, de

firmeza en sus derechos, de verdadero valer. Cuéntanse de él originalidades sin término; ya que exigiendo -a lo que dicen- un asno la ceremonia, se empeñó en entrar a caballo a tomar posesión de su arzobispado; ya una resistencia, a veces cómica, a hacer todo lo que, siéndole aconsejado, no hiciesen los demás antes que él; ya como hizo que en el panteón de Catedral le variasen el lugar destinado a tumba suya, porque allí había una claraboya y no quería que le entrasen a molestar después los gatos.

Pero con todo esto, si no como valiosa prenda de dicción, como consejero histórico, cúmulo de detalles, color de época y juicio de los hombres, bien merece el libro del arzobispo -que así es llamado- un puesto honroso en una biblioteca americana.

En punto a historia, si no nueva en todo, nuevamente escrita, dan quehacer a las manos y fatiga a la mente, en este instante mismo, escritores distinguidos, algunos de ellos, el doctor Montúfar, guerrero ya probado en las lides de la tribuna y de la prensa, del folleto liberal, de la instrucción histórica, de la discusión viva y constante. Guerrea bravamente en este campo. A él está encomendada la moderna parte de la historia. Don Ignacio Gómez, literato de nota muy justa, versado en lenguas y todo género de crítica y poesía; conocedor del mundo viejo y nuevo, caliente en el decir y en el escribir macizo y muy galano, ha la tarea de redactar otra importante época reciente; y a don José Milla, de fácil vena, de erudición notoria, de ocurrente lenguaje y vivas sales, toca la historia del que fue Reino y Capitanía General de Guatemala, desde los tiempos en que por tierras y princesas peleaban kachiques, quichés y zutujiles, hasta los brillantes días de aurora en que la animada palabra del polemista y orador Barrundia, la vivaz actividad del abogado Córdova y las duras consideraciones de Molina, dieron en tierra con los muros y fondos coloniales.

No debo, pues que de libros hablo, callar una publicación reciente, a los esfuerzos debida del que ha sido para estas páginas rapidísimas, casi escritas entre los cerros y a caballo, mi generoso introductor. Es el libro la Galería Poética Centroamericana, que ahora revisa, reforma y con patrio celo aumenta su autor, tan hábil ministro cuanto estudioso hombre de letras y elegante poeta, Ramón Uriarte, de quien más bien no digo porque no pueda tomarse a pago del que él dice de mí.

Hácense a menudo estudios y publicaciones que, en forma de ligero folleto, van de mano en mano. Ya publica Antonio Batres, de pulcra pluma y sólidos estudios, un buen estudio sobre bellas artes; ya Agustín Gómez, que maneja bien su lengua, historia con fidelidad la institución de los cónsules; ya se cruzan alegatos impresos sobre acciones jurídicas, ricos en jurisprudencia y en calor. No es aún aquel movimiento del año 1821, guiado por la palabra arrebatada del histórico Barrundia; pero ya se renace rápidamente de aquel abatimiento enfermizo -época de almas postergadas, de dignidades dormidas- en que hundió a la tierra de los terribles volcanes y majestuosos ríos, el terror más que una fuerza real, el látigo insolente de Carrera.

Ya deben ver la luz dos libros buenos: de blandos versos el uno; de fiel, correcta y muy amena narración el otro. Forman el primero las poesías de Francisco Lainfiesta, a quien ungió la maga fortuna con la miel del idilio, del sáfico y de la égloga. Quiebra el verso airosamente. Tiene el instinto prosódico y el castizo. En lenguaje adivina lo que no conoce. En acentos, admira la espontánea precisión de su cesura. Yo le hice un sáfico, y él me devolvió inmediatamente veinte, dignos de Ventura de la Vega. Tiene la intuición de la bella forma este poeta.

De más grave orden, aunque en apariencia sencillo, es el otro libro nuevo, de memorias también, pero éstas del general Miguel García Granados. Ajedrecista y estratégico, enamorado de César y concurrente asiduo al café de la Regencia, la observación -y la atención son condiciones dominantes en el general guatemalteco. Como él vivía ya en los tiempos de la independencia, y conoció a los hombres que entonces privaron, y anduvo en guerras, los describe entre sueltas relaciones, con justa apreciación y amena gracia. Libro será éste, para el de letras, agradable; para el de armas, útil. No desmerecen de Larra el viejo ciertos párrafos del libro.

Pero entre estas publicaciones, como el Acultzingo entre los montes, como el Ixtacchihuatl entre los volcanes, como la resurrección después de la inercia, como la irradiación después de la tiniebla, viene a su puesto el Código Civil. ¿Qué es? La justicia a mano, en español, de modo que pueda entenderla todo el mundo. Se echa abajo una casta de intérpretes y se ponen en breve claridad utilísimos principios. Dejan de ser los abogados augures para comenzar a ser sacerdotes. Se ha aprovechado para el Código todo lo nuevo, se ha repelido todo lo intrincado, lo repetido, lo laberíntico, lo añejo. Primitivas disposiciones del Fuero Juzgo, cándidas –aunque hon-

radas- prescripciones del Código alfonsino; locales e inoportunos mandamientos de las Ordenanzas -¿qué ha de hacer en América lo que se mandó para Nájera?; -sujeciones señoriales de la antes sabia ley de Toro, han venido a tierra precedidas de un vigoroso informe, bello en la forma, sintético en la expresión, perfecto en el método, debido todo a la instrucción jurídica y reformador anhelo de Montúfar.

Quedan aún en pie, porque se juzgó que no podía hacerse todo de una vez, instituciones ya bien muertas. Queda el matrimonio eclesiástico, que es cosa de Dios, surtiendo efectos civiles, que son cosa de los hombres. Queda así ¡lógicamente sujeto a la Iglesia el Estado, cuando bien pueden ser dos poderes mutuamente respetuosos: el uno juez de lo temporal; de lo incorpóreo el otro. Pero han venido abajo los dilatados procedimientos, las infamantes penas, la impersonalidad de las mujeres, la larga minoría de edad, la restitución in integrum, las trabas enojosas a la circulación libre de bienes. La luz se ha hecho sobre los escombros de la Curia Filípica, red intrincada, ahogadora de los ingenios verdaderos.

La mujer es persona. El menor es persona. La tutela no es una granjería. El juicio es rápido. Las penas son más dignas. Los heredamientos serán claros. La que puede ser madre puede ser testigo. Las excepciones castellanas no aprovechan a los habitantes guatemaltecos. A vida propia, derecho, en lo necesario, propio. Tales motivos guiaron y tales efectos consigue el Código Civil, con natural regocijo promulgado entre el amor de los abogados jóvenes y el pueblo agradecido, y la resistencia de los letrados de antaño, prendados de las sutilezas del «Sancho Llama» y la oscura profundidad del erudito Pérez.

Los códigos nuevos, prez de la administración restauradora de los derechos verdaderos, han sido por los extraños celebrados; por los hombres hipócritas, mordidos; por los sinceros amigos del país, recibidos con júbilo vehemente. Ese día mereció ser blanca y azul la muy linda bandera guatemalteca. Y se añadió al escudo de Guatemala, aunque en él no figure, un libro abierto. Ese día, el quetzal lo fue más.

Los jóvenes dotados de las copiosas aptitudes comunes a los hombres de estas tierras, echado ya hacia atrás el manto de cadenas que la dominación del hombre de los montes puso en sus espaldas; abiertas ampliamente las vías del crecimiento y del trabajo, se lanzan, sin concierto aún, ganosos a

ellas; se apoderan de los modernos libros, leen afanosos en historia a Laurent, en literatura a Gautier y a Musset. Quinet, Michelet, Pelletan, Simon, Proudhon, van siendo ya libros vulgares. La ciencia amena se va haciendo amable; como que amenizar la ciencia es generalizarla. Médicos y abogados futuros, médicos y abogados recientes coronan las calvas cabezas de Papiniano e Hipócrates con los blancos azahares de las musas. Vagos ensueños de americanismo -preocupan a aquellas mentes juveniles: Matta, Gregorio Gutiérrez, Lozano, Prieto, Palma, les son familiares y amados.

Tienen ahora activas sociedades, y vi alegre en las mesas de periódicos de México las revistas que les sirven de órgano: «El Porvenir» y «El Pensamiento». Aquélla tiende a desarrollar el gusto por lo bello; ésta por lo grave; aquélla por lo literario; ésta por lo científico. Discuten, proponen, reglamentan, eligen por sufragio, gustan de ver reunidas a las gentes, dan veladas. Estos ejercicios de palabra, de discusión, de sociabilidad, fortalecen el carácter, mejoran las uniones, acentúan la cultura. La actividad es el símbolo de la juventud. Apenas nacidos, mejoran visiblemente los periódicos; lo que comenzó como un ensayo, adquiere ya, con el estímulo y la crítica, serias proporciones. Al fin se lucha; se despierta; se crea algo. Sobrada está Guatemala de talentos; la libertad los hará muy pronto florecer. Penetración, espíritu de independencia, impaciencia noble e hidalguía; esto observo en los hombres jóvenes de la mayor de las repúblicas centrales. Tengo fe en su naturaleza bondadosa, en su inteligencia clara, en su costumbre de trabajo, en su honroso y seguro porvenir.

Más trascendental en fines, más grave en sus miembros y en sus medios más poderosa, es la Sociedad Económica, la de estantes de ídolos, la de patio muy bello, la de salón del Renacimiento, con sus columnas de gigantes; la que sembró el café, la que recomendó la caña, la que estudia cuanto al fomento de la agricultura, a la mejora de las artes, a la bondad, riqueza y belleza de la República se dirige. Su nombre va unido, luengos años hace, a cuanto hermoseamiento cobra la ciudad, a cuanta nueva idea utiliza el campo. Sociedad de agricultura, de educación, de bellas artes y bella literatura, de fomento de minas, celebra sesiones, estudia comarcas, protege cultivos, experimenta siembras, publica periódico. Un químico notable la dirige; propietarios, agricultores, literatos y extranjeros ilustres son sus miembros. Ya descubre y clasifica un molar de megalonix; ya populariza ricos libros incógnitos; ya estudia las planicies de la Verapaz; ya protege a los campesinos de los peligros de las siembras.

Fomentar: éste es su empleo. Por varones egregios sostenida, y hoy por el Gobierno, dice bien de un pueblo la larga holgada estancia de una institución que ha sabido mantenerse, herida por hostiles vientos, movida por las olas revolucionarias. Poco hace encomiaba el eucalipto. ¡No introdujera el hule y el maguey!

Artes y Sociedad Económica van aparejadas. ¿Quién con más cuidado conserva los cuadros del famoso maestro Merlo, la viva gallina, las húmedas flores? ¿Quién socorrió con más amor a Buenaventura Ramírez, a aquel escultor reputadísimo, a quien venían a conocer y pedían obras de las repúblicas vecinas, de la opulenta Habana, de España la artística?

Hay por Guatemala, en pintura y escultura, grandes nombres; y, más que nombres, grandes aptitudes.

Manuel Merlo llámase el autor de los correctos y anchos lienzos que allá, entre sombras, saltan valiosos a los ojos inteligentes, en la pintoresca capilla del Calvario. Original para inventar, osado para componer, hábil para colocar, alejar y acercar, dar perspectiva, oscuro en el color, seguro en el dibujo, bien puede Manuel Merlo ir a la par del suave Pontaza, del fiel Cabrera, del místico Rosales, del penetrante Jallá.

Primera y segunda maneras tuvo Pontaza, enamorado en aquella del cobre plomizo, de las sombras pétreas, de las duras líneas, ¿qué podía hacer tampoco con el uso imperfecto, casi intuitivo, de tres pobres colores? Y en el modo segundo, ya pintaba Pontaza la bondadosa fisonomía de Santo Domingo, plegaba con acierto su albo traje, animaba su escuela, embellecía sus tentaciones, ponía en sus ojos graves mirada sobre el tratado de los Sacramentos. Tenía entonces, con más color y más práctica, no aquella ruda perspectiva, infantil composición y pueril ornato del cuadro, más afamado que digno de fama, en que pinta la muerte de los amorosos dominicos -¡buenos siempre, hasta para América buenos!- en Polonia; sino blandas carnes, movibles plegaduras, nebulosas sombras, delicados contornos, miniaturesca precisión. Abigarramientos alegóricos no le pueden faltar, que eran de la época y del caso religioso, pero él era muy original, muy delicado y muy concienzudo pintor.

Pintaba el rey Pontaza, y no oscureció nunca la fama de la señora Vasconcelos; extraña, no por su absoluto mérito, sino porque en escasez amarga de maestros y recursos, en procedimientos y en ideas, túvoselo todo que inventar. Adivinó la artista los secretos del color, los de la perspectiva, los de

Dejó Rosales, osado colorista, cuadros de caliente entonación para el Calvario; pero el en su género no imitado, el no vencido fisonomista, el de pincel y lápiz segurísimos, ese es Cabrera. Había convención en los fondos, dureza en las ropas, porcelana en el rostro y en las manos; pero ¡qué imitar!, ¡qué ver y copiar enseguida!, ¡qué ver y no olvidarse nunca de haber visto! ¿Qué casa en Guatemala no tiene un retrato de Cabrera, fondo ceniza, delineo miniaturista, sonrojada la carne, muy pulido el cabello, exacto el ojo? ¡Y no tuvo en su tumba más riqueza que los versos ardientes de un poeta noble!

Por San Francisco había, y ya desaparecieron, unos pasajes de la vida del santo, que pintó, con su rapidez del Tostado y Lope, el muy fecundo, el asombroso Villalpando, que cubrió, como Rubens la Europa, de cuadros, más o menos bellos, nunca malos, en días breves, palacios, casas solariegas y conventos; el héroe inolvidable del poeta yucateco José Peón Contreras, el inventor sin tregua, el agrupador sin miedo, el dibujante sin fatiga, el vivo colorista sin esfuerzo. Era en él pintar como soñar. Iba tan de prisa, que parecía en todo un alma en fuga.

Este gallardo mozo, que recela de esa abierta ventana y a hurtadillas estrecha una mano picaresca que ella sola, morena y exquisita, habla y sonríe, ¿qué mira, una vez cerrado el balcón, a la luz tibia de la Luna?

-Ve, dice a otro; éste es de Julián Perales, el escultor antigüeño. Para Cristos no tiene rival. Toca la madera y ya está sangrando. Esto que tengo en mi bastón es el retrato de ella. No la ha visto, se la pinté; vela cuán viva.

Y dice el otro:

-Admirable de veras. Creía yo que lo mejor que él había hecho era aquel famoso retrato de Morazán, nuestro altivo héroe, en madera de café.

-En España y Francia no quieren Cristo que no sea de Perales.

-Ganada la ha. Él hizo el muy venerado Señor de Esquipulas, el Cristo negro de expresión doliente, de delgado torso, de estudiadas formas.

-¡Ah, Esquipulas, la de la feria!

-La de las reliquias de oro, la del soberbio templo.

-Gótico dicen que es.

-Y mayor que la misma Catedral.

-Y así se van el enamorado y el amigo, diciendo que en 1640 apareció en Guatemala el muy célebre Alonso de la Paz, y tallando madera, hizo amén de obras gloriosas, un Jesús Nazareno, riqueza de que está orgullosa hoy la iglesia de la Merced, corpulenta y artística iglesia.

Virgen hay de la Piedad en el Calvario renombrado que incita a llorar: también llora ella. Ésta fue obra de Vicente España, discípulo que pudo y supo más que su maestro, el buen José Bolaños.

Y hay en Santo Domingo una hermosa virgen india, trigueña, risueña, casi voluptuosa. Es una virgen demasiado humana.

No hay templo sin su escultura predilecta. A bien que yo vi en París disputarse reñidamente una Concepción menuda, de Ramírez. Está contenta la

Virgen madre; su ropaje azul ondula airosa, su cuerpo esbelto pliégase a modo de arcángel que asciende. Y de Ramírez, ¡ni el nombre sabían! El así honrado, moría, en tanto, en su patria, tan próspera y tan agradecida, en terrible pobreza.

Hay por Barcelona copia abundante de imageneros. Ni viejos ni nuevos les son los guatemaltecos inferiores; han domado la madera y la han hecho hombre y mujer.

Un triste dijo un día, ante una escultura de Santo Domingo:

-¡Oh, qué hermosa! ¡Parece que han visto llorar a Magdalena!

Y como la Virgen de la Piedad tiene en el manto tan hermosos pliegues, ¡quién fuera católico para, en la hora de la tribulación, ampararse en ellos!

Afortunadamente hay vivas vírgenes.

Es cosa curiosa: en Guatemala los músicos se distinguen por familias: los Andrino, los Sáenz, algún Padilla.

Hay en la música guatemalteca, limitada hoy a melodiosos valses, a religiosos y solemnes himnos, a lánguidas canciones, cierto tierno fraseo, cierta melancólica repetición, cierta recogida dulzura, cierta expresión de amores afligidos.

Del país fueron los primeros que en él cantaron con Oroveso, Norma y Polion. Fue aquel mismo empresario el autor de un importante Miserere, que en los maitines del Jueves Santo, allá en la iglesia Mayor, esparce por las bóvedas los amargos acentos de la culpa, las aterradas voces del arrepentimiento, el súbito clamor de la conciencia, los ecos amorosos del perdón,

El protegido cilindro, el de la música doméstica, el que amparó Europa y reformó, invención fue del P. Juan Padilla, guatemalteco, que murió dando vueltas en la mente a gigantescos pensamientos filarmónicos.

Hay un tipillo concreto, semidesnudo, burlón, vivaz, aparentemente hambriento, al que en Madrid llaman granuja y en París gamin, y cerillero en

México, y en Guatemala vendeflores. Natural agudeza, heroico sufrimiento, raterías pequeñas y cómicas generosidades los distinguen. Y es tal el musical instinto de la patria de los Batres y los Diéguez, que cuando estos simpáticos pobrecillos entran a vender flores o dulces a los bulliciosos corredores del teatro, sea la música del penetrante Verdi, del melifluo Bellini, del dificilísimo Mozart, del poderoso instrumentista Meyerbeer, no se da caso de que a la primera audición de la ópera no salgan los pequeños tarareando con admirable precisión las más difíciles arias, el momento menos comunicativo del nuevo spartitto.

Y en la hermosa sala, tibia para los aplausos, unánime silencio censura una sviación de la partitura, casi por todos correctamente conocida.

Y apenas se estrecha una linda mano, que no acabe de tocar los deliciosos acordes del Pensamiento de Cástulo Méndez, los valses magistrales y rápidos de Arditi, las bulliciosas fantasías de Leybach, melodías dolientes o

La música está allí en el instinto artístico, en la afabilidad del carácter, en el rumor del aire grave, en el lánguido hablar de las mujeres.

Y ¡como vivía antes, oligárquicamente gobernada, esta vasta República, de extensiones tan fértiles, de espíritus tan ricos! En míseras escuelas, enseñábanse apenas principios de doctrina, y Fleury, y moral cristiana, y santos cristianos, y un tanto, así como superfluo, de leer y de escribir. Ni lastimar, ni poetizar, son aquí mi misión; mi misión es contar. Hoy cada aldea tiene escuela; con sus manos fabrican los padres la casa del maestro; del haber del hijuelo se priva el campesino porque aprenda de letras; aumentan en la ciudad los institutos de carácter grave; extiéndese en la Universidad el ya lleno programa; apréndense en la Escuela Politécnica, con hábitos militares, matemáticas; enseña la Escuela Normal, por práctico sistema de razón y propio juicio, a ser maestros; quinientos niños pueblan los salones del extenso Instituto Nacional; bien se enseña en San Francisco; del extranjero fueron traídos maestros y maestras; unos y otras enseñan tolerancia religiosa, dan instrucción realmente útil, vulgarizan los más recientes sistemas americanos y europeos.

Madura estaba la espiga en aquellas inteligencias. En las tierras de América no cuesta mucho trabajo la sazón. Aindiados, descalzos, huraños, hoscos,

bruscos, llegan de las soledades interiores niños y gañanes, y de pronto, por íntima revelación y obra maravillosa del contacto con la distinción y con el libro, el melenudo cabello se asienta, el pie encorvado se adelgaza, la mano dura se perfila, el aspecto mohíno se ennoblece, la doblada espalda se alza, la mirada esquiva se despierta: la miserable larva se ha hecho hombre.

Poco después asaltan la tribuna los libros históricos, los libros de agricultura, la flauta, el piano. Se dan a pensar en cosas graves, a dudar, a inquirir, a examinar. Hablan de Bolívar, de los hombres patrios, del buen gobierno que los educa, ¡del porvenir vasto que espera a su –como ellos dicen- querida Guatemala! Yo los veo, yo los impulso, yo los aliento-. De esos hombres saldrán, más tarde, algunos grandes hombres.

La Universidad, que es por cierto espaciosa y bella, acaba de reformar sus facultades, de mejorar su medicina, de liberalizar su derecho, de establecer su facultad de letras y filosofía, el gran estudio de los gérmenes, de las esperanzas, de los desenvolvimientos y de las analogías.

De la agrícola Costa Rica, de la inteligentísima Honduras, del cercano San Salvador, de la moderada Nicaragua, vienen numerosos estudiantes a hacerse de ciencia en la Universidad Central.

Tienen los de medicina, para práctica, un hospital excelente, por viajeros europeos tenido como rival de los mejores, por humanitario, por metódico, por aseado, por rico.

Tienen los de jurisprudencia estudios filosóficos a la margen de espaciosos corredores, que ayudan a la eterna extensión del pensamiento, en vastas aulas, distinguidos profesores.

Y los jóvenes se animan. Discuten al maestro, al texto, al libro de consulta. Tienen cierto espíritu volteriano, que hace bien. Rechazan la magistral imposición, lo que también es bueno. Anhelan saber para creer. Anhelan la verdad por la experiencia; manera de hacer sólidos los talentos, firmes las virtudes, enérgicos los caracteres.

Pero en los pueblos está la gran revolución. La educación popular acaba de salvar a Francia; yo la vi hace tres años, y auguré en forma segura, de muy

pocos creída, su triunfo sobre cualquier nueva reacción. La reacción vino, y Francia ha triunfado.

La educación popular mantiene respetada en lo exterior, y en lo interior

La educación popular, maciza allí cuanto rencorosa, ha dado a Alemania su actual grande poder.

Saber leer es saber andar. Saber escribir es saber, ascender. Pies, brazos, alas, todo esto ponen al hombre esos primeros humildísimos libros de la escuela. Luego, aderezado, va al espacio. Ve el mejor modo de sembrar, la reforma útil que hacer, el descubrimiento aplicable, la receta innovadora, la manera de hacer buena a la tierra mala; la historia de los héroes, los fútiles motivos de las guerras, los grandes resultados de la paz. Siémbrense química y agricultura, y se cosecharán grandeza y riqueza. Una escuela es una fragua de espíritu; ¡ay de los pueblos sin escuela!, ¡ay de los espíritus sin temple!

De cinco años viene este renacimiento salvador. Es exclusiva obra del gobierno liberal. No se acerca a Barrios una madre doliente, que no tenga enseguida para sus hijos una cama, un vestido, un libro. En la ciudad, en las afueras, en la Escuela Politécnica, en la Normal, en todas partes, Barrios, más que piensa lo bueno, lo presiente. Conoce que esa es la redención y naturalmente, sin esfuerzo alguno, se irrita con los que oprimieron y redime.

Mucho se gasta en escuelas; remunérase bien a los maestros; no llega vapor que no venga cargado de útiles, ya de efectos calisténicos, ya de aparatos astronómicos, de libros, de colecciones, de modelos. Se entra en el Instituto Nacional, y se oye una banda excelente. Se va a la Escuela Normal, y con espíritu de amor hispanoamericano se ve un notable instituto neoyorquino. Formación de hombres, hecha en lo mental, por la contemplación de los objetos; en lo moral, por el ejemplo diario.

Triunfante la revolución, estaba como pletórica de buenos deseos. Rebosaba creaciones. Tendió telégrafos, contrató ferrocarriles, abrió caminos, solicitó educadores, subvencionó empresarios, fundó escuelas. En esto último, su ardor no se ha cansado todavía. Ni se cansará, porque sus frutos

son visibles, y sus mismos frutos lo alimentan. ¡Qué vuelta la del maestro joven a la aldea lejana, donde para recibir lo ciñó su madre al pelo la trenza más hermosa, y al cuello los mejores corales, y vistió el buen viejo, indio o ladino, su más blanca camisa de cotón! Se fue con sus harapos y vuelve con sus sueños, con sus bancas, con sus instrumentos de alma, con sus riquezas espirituales, con sus libros. Se fue burdo y viene afinado. Se fue tartamudo y vuelve elocuente.

Antes soñaba en vacas; hoy en el porvenir, en gran trabajo, en gloria, en cielo. Es el redactor de todas las cartas, el director de todos los amores, el sabio respetado, el juez probable, el alcalde seguro, el constante maestro. A su calor, sin alejarse ya del hogar sabroso, crecerán almas nuevas...

Él fue hecho a semejanza de otras y él hará estas otras a su semejanza. La educación es como un árbol: se siembra una semilla y se abre en muchas ramas. Sea la gratitud del pueblo que se educa árbol protector, en las tempestades y las lluvias, de los hombres que hoy les hacen tanto bien. Hombres recogerá quien siembre escuelas.

Así, rápidamente, a modo de gigantes niños, a manera de fantasmas de oro, acaban de pasar a nuestra vista inmensos campos, vastas haciendas, soledades regias, esperanzas, adelantos, glorias, gérmenes. El café que empieza, el nopal que expira, el cacao que resucita, el ganado que muge impaciente, el pasto que se ofrece, el extranjero a quien se llama, la fortuna que se brinda, el libro en que se aprende, la riqueza pública por el trabajo individual, base futura de gran gloria.

Luego ese pueblo desconocido, del que emanan, o memorias indígenas movidas por un abate anticuario, o terrores modernos movidos en los hermanos pueblos por crueles y políticos rencores; ese pueblo limítrofe arrullado por mares, refrescado por brisas, sentado en el corazón del Continente; esa tierra nebulosa por el muerto Carrera -de quien un sacerdote dijo que estaba a la diestra de Dios Padre- envuelta en fúnebre sudario, impenetrable cerco; esa República vecina -más nueva para sus amigas repúblicas que las más lejanas y más extrañas tierras-, es una nación seria, trabajadora y próspera; es una comarca pacífica, encantadora y fértil; es una impaciente hermana que va, rumbo a la grandeza, con el cayado en una mano y el libro en la otra. Aspira, aprende, llama. La sed es general; el agua es abundante.

El porvenir está en que todos lo desean. Todo hay que hacerlo; pero todos, despiertos del sueño, están preparados para ayudar. Los indios a las veces se resisten; pero se educará a los indios. Yo los amo, y por hacerlo haré.

¡Ah! Ellos son ¡terrible castigo que deberían sufrir los que lo provocaron! ellos son hoy la rémora, mañana la gran masa que impelerá a la juvenil nación. Se pide alma de hombres a aquellos a quienes desde el nacer se va arrancando el alma. Se quiere que sean ciudadanos los que para bestias de carga son únicamente preparados. ¡Ah!, las virtudes se duermen, la naturaleza hermana se desfigura, los generosos instintos se deslucen, el verdadero hombre se apaga. Aire de ejemplo, riego de educación necesitan las plantas oprimidas. La libertad y la inteligencia son la natural atmósfera del hombre.

Y ellos, los que vieron un guerrero español y lo copiaron en muy dura piedra en el circo asombroso de Cobán; los que tenían escuelas, donde se loaba al alto Dios; los que elevaron torres, donde estudiaban los hermosos astros; los bravos paladines; los ingeniosísimos geómetras; los delicados tejedores; las heroicas mujeres; su senado de ilustres, más grave y respetado que nuestras severas Cortes de Justicia; los de grandes ejércitos, populosísimas ciudades, brillantes guerras; los defensores de Utatlán; los rebeldes Mames; los clásicos quichés, los profundos cantores del gran Whenb-Kaquix, llorado con lágrimas entre árabes y homéricos; los allá idos de México y Cuba; los vivaces niños; los celosos amantes; ellos son los que con el copetón sobre la frente, con el calloso pie agrietado, con la mirada imbécil, con la rodilla y el beso siempre prontos, con el esclavo espíritu, con la cargada espalda, a paso de mula o de buey sirven hoy al cura, adoran nuevos ídolos, visten míseras ropas, y ni aleteo de águilas, sino sustento de arrobas, pasan montes y ríos, praderas y ciudades, hondos y cerros.

Son resignados, inteligentes, incansables, naturalmente artistas, sin ningún esfuerzo buenos. ¡Qué gran pueblo no puede hacerse de ellos, haciendo, por ejemplo, a manera de una escuela normal de indios! ¡Un nuevo apostolado es menester!...

Pero en tanto que llegan los apóstoles, ¡cómo adelanta el pueblo vecino!, ¡cuántos granos y lanas vende hoy Quezaltenango!, por Chimaltenango, ¡cuántos viajeros pasan!, por San Marcos, ¡cómo aumenta el cultivo!, por

Escuintla, ¡cómo crece la caña!, por Amatitlán, ¡cuánto no fertiliza la laguna!

Adiós van a decir al buen lector estas cansadas páginas; más ¡quiera la fortuna que por ellas haya venido en conocimiento de la gran riqueza agrícola; del afable carácter -otra gran riqueza- de Guatemala! ¡Quiera la fortuna que no se olviden los inmigrantes de la tierra que los llama, los explotadores de la fortuna que les espera, los tímidos del gobierno que les protege! ¡Quiera la buena suerte que recuerden cómo crecen en Salamá los pastos, en la Costa Cuca el café, por el lado del Atlántico la caña! Ni ¡cuánto se necesitan los ganados! Ni ¡cómo prospera allí la vid!, ni ¡cómo todo asegura éxito a cualquier industria o sementera nueva!

Anchos caminos, naturales esplendideces, bondaso carácter, benévolo gobierno, inquietud por mejora y por riqueza; mujeres americanas y cristianas, hombres inteligentes y afectuosos, viejo arte, ansia creciente, señorial ciudad, deleitoso clima, pintorescos pueblos, seguro bienestar, fantástico crecimiento de fortuna; he aquí lo que a todo el mundo ofrece Guatemala, fertilísimo campo, California agrícola.

¡Ojalá que, con este amante libro, haya yo sembrado en él mi planta!

Revista guatemalteca

Me propongo publicar un periódico que se llamará Revista Guatemalteca. Quiero dar a mi publicación el nombre del país que me ha acogido con

Las riquezas de Guatemala son poco conocidas: el comercio intelectual con Europa es escaso; esto explica la creación de mi periódico. Fuera de la razón de mi actividad personal, que fervientemente consagro al bien de América -sobre obstáculos y apreciaciones- responde la «Revista» a mi deseo de dar a conocer cuanto Guatemala produce y puede producir, y de hacer generales las noticias de letras y ciencias, artes e industrias, privilegio

hoy del escaso número de afortunados a quienes es fácil saborear las excelentes revistas europeas.

Yo conozco a Europa, y he estudiado su espíritu; conozco a América y sé el suyo. Tenemos más elementos naturales, en estas nuestras tierras desde donde corre el Bravo fiero hasta donde acaba el digno Chile, que en tierra alguna del Universo; pero tenernos menos elementos civilizadores, porque somos mucho más jóvenes en historia, no contamos seculares precedentes y hemos sido, nosotros los latinoamericanos, menos afortunados en educación que pueblo alguno; tristes memorias históricas -secretos de muchas desdichas- que no es el caso traer a la luz...

Europa busca los productos de nuestro suelo, que dan brillo a sus plazas numerosas; nosotros hemos menester entrar en esa gran corriente de inventos útiles, de enérgicos libros de amenas publicaciones, de aparatos industriales que el mundo viejo, y el septentrión del nuevo arrojan de su seno, donde hierven la actividad de tantos hombres, la elocuencia de tantos sabios la vivacidad de tantas obras.

¿Quién entre nosotros sabe, amén de cierto gremio de escogidos, que bien sé que hay aquí hombres cuya erudición corre parejas con la de pueblos adelantados -quién sabe entre nosotros qué libros salen de las prensas de Hetzel y de Bouret, de Rivadeneira y de Navarro? ¿Quién lleva cuenta de tantas delicias de Jules Claretie, de Pierre Veron, de Charles Mazade? ¿Quién toma nota de tanta máquina asombrosa que en la América del Norte es gran ahorro de brazos, trabajo alado, maravilla de seguridad y de presteza? Apenas los poetas con sus inmensas alas llenas de perfume, nos envía las brisas del alma con sus versos. Dramáticos insignes de España y de Francia; filósofos alemanes, científicos, místicos imponentes, obra humana, nos son hoy, en lo común, desconocidos ya que por que temen los libreros no verse remunerados de los gastos que la introducción de los numerosos libros nuevos acarrea, ya porque no inspira mucho interés lo que frecuentemente no se trata, ya porque son escasos los suscriptores a esos grandes periódicos de Europa, útiles generalmente de principios, inventos y sucesos, libros ambulantes, magníficos resúmenes del desarrollo espiritual e industrial moderno.

A tal necesidad pretende, por una parte, responder.

Y, por la otra, ¿saben en Europa, en nuestra misma América saben, cuántas bellezas, cuántas riquezas, cuántas industrias naturales encierra este pueblo, que los mares buscan como cortejando su hermosura, como trayéndole mensajes de tierras luengas; como solicitando sus productos? ¿Se ha dicho bien a los viajeros cuánto hay aquí que admirar; a los poetas, cuánto hermoso espectáculo; a los industriales, cuánto campo nuevo, a los agricultores, cuánta olvidada tierra pudieran explotar en Guatemala? Apáganse más allá de la frontera las congojosas burlas del barrio, los hondos movimientos de los montes, las armónicas voces de los lagos. Incultos quedan en los bosques seda, maguey, palmares, hule... Así, cuando se elevó en Plymouth la primera oración cristiana; cuando sólo se oían entre las salvas las dolientes querellas de Haiwatha, dormían descuidados los extraordinarios gérmenes fecundos que hoy sustentan, con desenvolvimiento milagroso, los pueblos de la Unión Americana. Así poco tiempo hace, guardaba México escondidas riquezas que Guatemala también guarda, y hoy, cayendo y levantándose, en el gran calvario político, como gran niño impaciente, alentada la actividad por el consumo, los mercados de México se llenan de productos, ya elementales y burdos, ya bellos y perfectos, que rinde opimo el país. Nuestras entrañas son de oro; es preciso que nuestros brazos sean de hierro. Sepan que valemos, vengan los que sepan. Aplíquese el trabajo inteligente a la tierra dócil y rica, es forzoso presentarlo en todas partes, no como una leyenda oscura, no como una india hermosa y descalza, sino como un terreno fértil e impaciente, rico en inteligencias, belleza y productos. Es necesario que nadie pueda afectar desdén -que sentirlo no puede- por este cúmulo de incorrectas y bulliciosas concepciones de los cerebros americanos, cerebros de héroes y de locos, de niños y gigantes a la vez. Es necesario que América sea en todas partes, no una esperanza avariciosa de granjerías sino una amante respuesta a la solicitud laboriosa de los hombres de todas las razas y países.

Contendrá, pues, mi periódico, en cada uno de sus números, descripciones -más útiles que pintorescas- de las comarcas de la República; estudio de sus frutos y sobre su aplicación; remembranzas de muertos ilustres, y de obras notables que enorgullecen al país -respondiendo a mi ideal de hacer resaltar todo lo bueno y cuanto bueno y bello encierra. Y en respuesta a la natural y curiosa demanda de noticias europeas, contendrá cada numero una revista de artes bellas y útiles, de ciencias e invenciones, de libros y de dramas, de lo ultimo que se publique o imagine, de lo que con sanción y aplauso, forje el ingenio y escriba la pluma en los ilustres y viejos pueblos de nuestras

riberas humildes -Guatemala ante los ojos; y Europa a la mano. Verteré con juicios míos, cuanto sobre adelanto de ciencias, mejoramiento de artes y publicaciones de libros en los otros mundo sepa.

Es vasto el programa; por eso lo acepto; y por eso, y porque es útil. Pido, en gracia a mi buena voluntad, excusa por aquello en que a llenarlo no alcanzare. Me lisonjean de antemano con el buen éxito de mi empresa. Haga yo bien, y estaré contento. Creo que responde a una necesidad, y que será recibida con el amor con que es intentada.

VI. Letras, educación y pintura.

Revista Universal

La América. Nueva York, octubre de 1883

La prensa está haciendo algo digno de ella: el país pregunta a sus hombres inteligentes por qué se muere de miseria sobre su tierra riquísima, por qué la industria extranjera vive en México mejor que la industria mexicana: escritores jóvenes y entusiastas toman a su cargo la respuesta, y de aquí ha nacido una polémica notable, que, aunque no tuviera otro buen resultado, tendría el muy importante de haber ocupado notablemente la inteligencia de nuestros escritores. Hace a la larga daño hablar incesantemente de cosas vanas y fútiles. Se siente uno mejor cuando ha dicho sinceramente un pensamiento que cree útil. Esta satisfacción del bien obrar, cabe a los que briosamente han empeñado en la prensa de la capital esta cuestión.

No queremos añadir nada nuestro aún, a las prácticas verdades que se están diciendo. La cuestión se ha hecho cuestión de apreciación, puesto que todos están conformes en unos mismos hechos. Para apreciar con fruto, es necesario conocer con profundidad, y aún no conocemos absolutamente bien los problemas a que se busca solución. A esto debe sujetarse la polémica, no a encomiar determinada escuela económica; no a sostener su aplicación en México porque se aplicó con éxito en otra nación; no a ligarse impruden-

temente con las exigencias de un sistema extraño: -debe la polémica ceñirse -según nuestro entender humilde- a estudiar los conflictos de nuestra industria; a estudiar cada ramo en su nacimiento, desarrollo y situación actual; a buscar solución propia para nuestras propias dificultades. Es verdad que son unos e invariables, o que deben serlo por lo menos los preceptos económicos; pero es también cierto que México tiene conflictos suyos a los que de una manera suya debe juiciosa y originalmente atender.

La imitación servil extravía, en economía, como en literatura y en política.

Un principio debe ser bueno en México, porque se aplicó con buen éxito en Francia. Asiéntase esto a veces, sin pensar en que esto provoca una pregunta elocuente. ¿Es la situación financiera de México igual a la francesa? ¿Se producen las mismas cosas? ¿Están los dos países en iguales condiciones industriales?

Debe haber en la aplicación del principio económico relación igual a la relación diferencial que existe entre los dos países.

Así con los Estados Unidos, con Inglaterra y Alemania.

Bueno es que en el terreno de la ciencia se discutan los preceptos científicos. Pero cuando el precepto va a aplicarse; cuando se discute la aplicación de dos sistemas contrarios; cuando la vida nacional va andando demasiado aprisa hacia la inactividad y el letargo, es necesario que se planteen para la discusión, no el precepto absoluto, sino cada uno de los conflictos prácticos, cuya solución se intenta de buena fe buscar.

Vienen rebozos extranjeros que se venden en México un cincuenta por ciento más barato que los mexicanos. Estúdiese exclusivamente la cuestión de los rebozos. No es útil ni práctico, discutir sobre el caso urgente el precepto vago capaz de idealizaciones.

Examínese el caso concreto. ¿Hay derecho para obligar a la gran masa de consumidores, a que compre por cinco pesos un rebozo mexicano, cuando puede comprar por dos pesos y medio un buen rebozo extranjero? No hay derecho para privar de un beneficio a la gran masa, sobre todo, cuando recae en un objeto de uso indispensable.

¿Qué se quiere cuando se protege una industria nacional? No se quiere precisamente que gallardee y compita como la mejor entre las industrias extranjeras. Esto sería lisonjero, pero fuera loco y ridículo aspirar demasiado pronto a ese gran resultado aún imposible. Protegiendo una industria nacional, se quiere dar ocupación a una masa de trabajadores y lanzar al mercado un elemento más de vida que ha de redundar en provecho general. De estos dos resultados, uno no deja de realizarse con la introducción del efecto extranjero: el efecto continúa en el mercado, y aun con vida más amplia, favorecido por su bondad y baratura. Pero viene el problema grave, con el resultado que queda por realizar: ¿qué se hace con la masa de trabajadores mexicanos, ocupados antes en la industria que muere vencida y absorbida por la extranjera? He aquí el error del precepto económico demasiado libre, que quiere vencer atropellando, cuando debe vencer y conciliar.

No es que sea malo el precepto económico: es que no ha previsto todo lo que tenía que prever. Debe permitirse la introducción de los rebozos extranjeros, puesto que de ello resulta un gran beneficio para la masa consumidora. Debe buscarse al mismo tiempo la manera de que no perezcan sin trabajo los operarios de las fábricas de rebozos mexicanos, porque no sin miseria y rudas transiciones van los obreros habituados a su oficio, de un oficio a otro. Conviene, además, que las fábricas de rebozos no se extingan; porque siempre conviene tener industria propia. Deben buscarse, por tanto, no solamente las razones que aboguen en pro de uno u otro sistema debatido, sino las soluciones fijas y concretas para este caso especial. Sentado como principio que es justo permitir la introducción de rebozos extranjeros, porque de ello aprovecha la masa común y no perjudica al comercio interior, debe buscarse al mismo tiempo la manera de conservar las fábricas mexicanas de rebozos, para que no queden sin trabajo los operarios que trabajan en ellas.

No es buen sistema económico el inexorable e inflexible; el que, porque atiende al bien de muchos, se cree dispensado de atender al mal de pocos. Es verdad que aquél es preferible a éste, en último e irremediable extremo; pero es verdad también que debe procurarse, en tanto que se pueda, la situación igualmente benéfica, igualmente previsora para todos.

No terminamos aquí nuestras muy humildes observaciones; repetimos que nada nuevo hemos querido añadir a lo que se está diciendo por muy notables escritores en la prensa: para ello fuera preciso un conocimiento exacto

de los problemas del trabajo en México, que el boletinista Orestes no cree tener. Puesto que la solución es el resultado del problema, es preciso conocer éste bien, para que sea respetada y estudiada aquélla.

Regocijado por el ennoblecimiento diario de la prensa; contento porque comienzan a discutirse cuestiones verdaderamente interesantes para el país; orgulloso de escribir al lado de los que aspiran de buena fe, conocen lo que tratan, y escriben con buena voluntad y con talento, el más oscuro de los que escriben envía a los contendientes en la polémica económica su pláceme sincero, y deja para su boletín próximo la tarea agradable de terminar las ligerísimas observaciones que ha comenzado a apuntar hoy.

Revista Universal. México, septiembre 23 de 1875.

Agrupamiento de los pueblos de América. Escuelas en Buenos Aires. -

La América. Nueva York, octubre de 1883

¡Tan enamorados que andamos de pueblos que tienen poca liga y ningún parentesco con los nuestros, y tan desatendidos que dejamos otros países que viven de nuestra misma alma, y no serán jamás -aunque acá o allá asome un Judas la cabeza- más que una gran nación espiritual! Como niñas en estación de amor echan los ojos ansiosos por el aire azul en busca de gallardo novio, así vivimos suspensos de toda idea y grandeza ajena, que trae cuño de Francia o Norteamérica; y en plantar bellacamente en suelo en cierto Estado y de cierta historia, ideas nacidas de otro Estado y de otra historia, perdemos las fuerzas que nos hacen falta para presentarnos al mundo -que nos ve desamorados y como entre nubes- compactos en espíritu y unos en la marcha, ofreciendo a la tierra el espectáculo no visto de una familia de pueblos que adelanta alegremente a iguales pasos en un continente libre. A Homero leemos: pues ¿fue más pintoresca, más ingenua, más heroica la formación de los pueblos griegos que la de nuestros pueblos americanos?

Todo nuestro anhelo está en poner alma a alma y mano a mano los pueblos de nuestra América Latina. Vemos colosales peligros; vemos manera fácil y brillante de evitarlos; adivinamos, en la nueva acomodación de las fuerzas nacionales del mundo, siempre en movimiento, y ahora aceleradas, el agrupamiento necesario y majestuoso de todos los miembros de la familia nacional americana. Pensar es prever. Es necesario ir acercando lo que ha de acabar por estar junto. Si no, crecerán odios; se estará sin defensa apropiada para los colosales peligros, y se vivirá en perpetua e infame batalla entre hermanos por apetito de tierras. No hay en la América del Sur y del Centro como en Europa y Asia, razones de combate inevitables de razas rivales, que excusen y expliquen las guerras, y las hagan sistemáticas, inevitables, y en determinados momentos precisas. ¿Por qué batallarían, pues, sino por vanidades pueriles o por hambres ignominiosas, los pueblos de América? ¡Guerras horribles, las guerras de avaros!

Todo esto se nos ha venido a las mientes, viendo cómo la ciudad de Buenos Aires tiene relativamente más escuelas que Nueva York o París. A pesar de que aún no tiene la República Argentina edificios apropiados para escuelas, y paga alquileres recios a propietarios codiciosos; a pesar de que por falta de espacio, o por no alcanzar aún a cuantos buscan puesto los útiles de escuela que sin tasa se han estado importando en la República; los 280.000 habitantes de la ciudad de Buenos Aires envían 22.000 niños a sus 170 escuelas, mientras que los dos millones de habitantes de París no mandan más de 133.000 a sus 462 escuelas, y Nueva York, con su millón y cuarto de almas, 134.000 a sus 299 espaciosos edificios; que por todos los barrios de la ciudad ha sembrado la Comisión de Educación escuelas públicas.

Y vale -para apagar excesivos afanes de copia, de copia a veces irreflexiva, de toda cosa neoyorquina- vale hacer notar que París consagra a la educación pública, en un total de cinco millones, millón y medio de pesos más que la ciudad de Nueva York.

Poniendo en junto todas las escuelas de la República Argentina, se ve por el informe de 1882, que acaba de salir a luz, que hay en la República 1.389 escuelas, bajo la dirección de 2.256 maestros, a las que asisten 98.000 alumnos ¿Este año está siendo mucho más: a escuelas adonde iban el pasado 2.400 alumnos, van ahora 3.250; lo cual no sucede por cierto solamente en la ciudad capital donde los diarios, los teatros, la cercanía de las escuelas, la animación intelectual, la vida urbana predisponen a la cultura,

y la hacen condición de vida ineludible, y cualidad amable, como llave de todo beneficio, y modo de no vivir en rebajamiento bochornoso: sucede esto en pueblos interiores de no muy gran monta, lo cual prueba que las voces generosas de aquellos patriarcas, y la ferviente y cuasi febril de los apóstoles jóvenes que les suceden, han encendido ya el pujante deseo de más perfecta vida en las poblaciones ingenuas y briosas que pueblan aquellas comarcas.

En suma: así como se veía en tiempos antiguos por las calles soldados de duro jaez, votando a Dios y jurando por el Rey; así en aquella lejana República, con fuego y prisa generosos en ninguna otra de las nuestras igualadas, se oyen de todas partes, de los diarios de luchadores viejos, de los libros de poetas jóvenes, de las aulas de universitarios impacientes, de la tribuna de oradores sobre cuyas cabezas ha descendido una paloma nueva, y haces de lenguas vivas, estas otras palabras de pase a otro mundo, y contraseña de la ciudadela nueva: bibliotecas y escuelas.

Bien viene el moderno grito.

A Dios no es menester defenderlo; la naturaleza lo defiende.

El Rey, fue un tutor de pueblos, que no han menester ya los pueblos llegados a mayoría.

Enamora el fervor con que prepara su grandeza futura Buenos Aires.

La América grande

La América. Nueva York, agosto de 1883.

Se entrevé la América Grande; se sienten las voces alegres de los trabajadores; se nota un simultáneo movimiento, como si las cajas de nuevos tambores llamasen a magnífica batalla. Salen los barcos cargados de arados: vuelven cargados de trigo. Los que antes compraban tal fruto en mercados extranjeros, hoy envían a ellos el fruto sobrante.

Se opera en silencio una revolución formidable. Sale de lo común el número de máquinas agrícolas que de los Estados Unidos están yendo, buque tras buque, a los países de la América del Sur. No sale buque que no las lleve. Buenos Aires acaba de hacer abundante provisión de maquinaria de cosechar; Uruguay no le va en zaga.

Calcúlase que Uruguay tiene por cada 500 hombres una trilladora; y en estos últimos años, estímase que han entrado en el país diecisiete mil arados de acero. De que están ocupados, no hay duda: ¡qué alba, el día que toda esa labor fecunda salga a flote! He ahí la garantía de la paz para todos nuestros pueblos: la posesión agrícola. El guerreador de oficio halla cerradas las puertas del agricultor próspero; así como en los pueblos desocupados, el agricultor sin ocupación ni porvenir se trueca en guerreador de oficio: los espíritus más ardientes y fecundos, que, puestos a trabajar la tierra, le sabrían sacar maravillosos frutos, se van al logro fácil y brillante que los combates y las contiendas políticas prometen.

Ya se espera con gozo la obra imponente de esos diecisiete mil arados de acero que rompen las fértiles tierras uruguayas. La vid crece allí de manera, y da tan ricas uvas, que, con poca labor de vinería, van a obtenerse sólidos y gratos vinos.

Pero el resultado primero de esta invasión magnífica de los arados, ha sido éste: el Uruguay importaba antes toda su harina de trigo de este país: y ahora, produce en casa toda la que consume, y manda el sobrante afuera. El dinero que a otros pagaba, queda ahora en su bolsa, o le es pagado.

A los niños debiera enseñárseles a leer en esta frase:

La agricultura es la única fuente constante, cierta y enteramente pura de riqueza.

Abono.- La sangre es buen abono

La América. Nueva York, agosto de 1883.

En agricultura, como en todo, preparar bien ahorra tiempo, desengaños y riesgos. La verdadera medicina no es la que cura, sino la que precave: la Higiene es la verdadera medicina. Más que recomponer los miembros deshechos del que cae rebotando por un despeñadero –vale indicar el modo de apartarse de él. Se dan clases de Geografía Antigua, de reglas de Retórica y de antañerías semejantes en los colegios: pues en su lugar deberían darse cátedras de salud, consejos de Higiene, consejos prácticos, enseñanza clara y sencilla del cuerpo humano, sus elementos, sus funciones, los modos de ajustar aquéllos a éstas, y ceñir éstas a aquéllos, y economizar las fuerzas, y dirigirlas bien, para que no haya después que repararlas. Y lo que falta no es ansia de aprender en los discípulos: lo que falta es un cuerpo de maestros capaces de enseñar los elementos siquiera de las ciencias indispensables en este mundo nuevo. No basta ya, no, para enseñar, saber dar con el puntero en las ciudades de los mapas, ni resolver reglas de tres ni de interés, ni recitar de coro las pruebas de la redondez de la tierra, ni ahilar con fortuna un romancillo en Escuela de sacerdotes Escolapios, ni saber esa desnuda Historia cronológica inútil y falsa, que se obliga a aprender en nuestras Universidades y colegios. Naturaleza y composición de la tierra, y sus cultivos; aplicaciones industriales de los productos de la tierra; elementos naturales y ciencias que obran sobre ellos o pueden contribuir a desarrollarlos: he ahí lo que en forma elemental, en llano lenguaje, y con demostraciones prácticas debiera enseñarse, con gran reducción del programa añejo, que hace a los hombres pedantes, inútiles, en las mismas escuelas primarias.

Alzamos esta bandera y no la dejamos caer. -La enseñanza primaria tiene

El mundo nuevo requiere la escuela nueva.

Es necesario sustituir al espíritu literario de la educación, el espíritu científico.

Debe ajustarse un programa nuevo de educación, que empiece en la escuela de primeras letras y acabe en una Universidad brillante, útil, en acuerdo con los tiempos, estado y aspiraciones de los países en que enseña una Universidad, que sea para los hombres de ahora aquella alma madre que en tiempos de Dantes y Virgilios preparaba a sus estudiantes a las artes de letras, debates de Teología y argucias legales, que daban entonces a los hombres, por no saber aún de cosa mejor, prosperidad y empleo.

Como quien se quita un manto y se pone otro, es necesario poner de lado la Universidad antigua, y alzar la nueva.

A esas reflexiones nos ha llevado, por no poderse dejar de decir lo que se cree útil cuando asoma a la pluma, -aquella primera que hicimos sobre la necesidad de estudiar esmeradamente los abonos.

Quien abona bien su tierra, trabaja menos, tiene tierra para más tiempo, y

En abono, como en todo, la superstición acarrea males. No hay que creer que todo abono que se recomienda es bueno, porque cada puñado de tierra tiene su constitución propia, y acaso lo que conviene a la Martinica, no estará bien en la Isla de Trinidad.

Y como de abonar la tierra con ciertas substancias suelen venir males irreparables, no debe el agricultor, sin probarlo bien antes en un pequeño espacio de terreno, decidirse a usar de un abono desconocido en sus cultivos.

Ahora se recomienda mucho la sangre como abono. Y como es novedad que va logrando crédito, La América cuida de decir lo que sabe de ella a sus lectores.

Ya en julio hablamos de esto.

¿Por qué, ya que por ser la sangre tan preciosa no es abono de que puedan servirse los agricultores todos, no han de aprovecharse los que puedan del fertilizante excelente que todas nuestras ciudades han dejado hasta ahora perdido en sus mataderos públicos. Puede ir a flor y a fruto lo que hasta ahora ha ido a estancamiento y a miasma.

No es preciso regar con sangre pura la tierra; sino que, luego de tener ésta bien arada, basta regarla con mezcla de agua y sangre, si es que no se quiere llevar la misma mezcla por las fosas de abono, o mezclar la sangre con tierra, poniendo por cada seis o siete partes de ésta una de sangre.

Al maíz le está muy bien este abono, como a casi todas las plantas que sirven de alimento en nuestra América. Los frijoles aprovechan mucho de este abono; y los chícharos, los garbanzos y las papas, tanto como ellos.

Hay que estar, sin embargo, en guardia contra un riesgo que puede venir del uso inmoderado o torpe de este abono. El riesgo es sencillo de evitar, puesto que con no poner más de una parte de sangre por cada seis de tierra, o una porción equivalente cuando se la usa en agua, ya se consigue que la tierra no tenga en grado excesivo el fecundo calor que da este abono. Si se pone demasiada sangre, consume y a veces quema las raíces y los retoños.

Como que en donde más abunda la sangre, y más se pierde, es en los mataderos públicos, el consejo más eficaz es el que indica el modo de aprovecharlo. Éste consiste en amasar, con sangre y cal en la proporción de un 32 por 100 al peso de la sangre, una mezcla que se convierte a poco en un albuminato de cal indisoluble.

Hay aquí, pues, una ventaja para los agricultores -y una industria nueva, de posible y provechoso comercio.

Biblioteca americana

La América. Nueva York, enero de 1884.

Nos llena de orgullo todo libro nuevo publicado en nuestras tierras americanas: parece como salido de la propia mente, y lo es en parte, por ser todo hombre como átomo de la raza con cuyas cualidades brilla, de cuyo honor y fuerza se alimenta, de cuyo espíritu es soldado y depositario. La raza es una patria mayor, a la que deben pagar tributo, como hijos a madres las pa-

trias pequeñas que de la raza madre se derivan. La raza es un altar de comunión: y quien la niega, o la desconoce, o la vicia, o se quiere salir de ella -desertor es- traidor como el que pliega la bandera y huye ante el enemigo en hora de batalla, o se pasa a sus huestes.

La raza es vara de mago, rosa mística, calor en el invierno, pueblo inefable, y resurrección de la misma muerte en medio de la soledad: en tierra extraña se cae en brazos de un desconocido de nuestras propias tierras sollozando de júbilo, como se caería en brazos de un hermano.

Cada libro nuevo, es piedra nueva en el altar de nuestra raza. Libros hay sin meollo, o de mero reflejo, que en estilo y propósito son simple exhibición en lengua de Castilla de sistemas inmaturos o violentos, extranjeros, e introducción desdichada en nuestras tierras nuevas, ingenuas, aún virtuosas y fragantes, de excrecencias, iras, degregaciones y desmoronamientos de países llegados en la médula. Tales libros, como aquellos huevos de un pájaro que nace en nido de otro, no son americanos. Son ramos de adelfas o mazos de hojas secas. Son libros inútiles.

De los libros honestos, piadosos y fortalecedores hablamos, que con espíritu americano, estudian problemas de América. No tanto de libros pomposos y retóricos, y de conocimientos abstractos universales -cuanto de esos otros concretos y beneméritos, escritos al calor de nuestro sol, y en el fragor de nuestras luchas generosas, sangrientas como todas las entrañas. Hablamos de esos libros que recogen nuestras memorias, estudian nuestra composición, aconsejan el cuerdo empleo de nuestras fuerzas, fían en el definitivo establecimiento de un formidable y luciente país espiritual americano, y tienden a la saludable producción del hombre trabajador e independiente en un país pacífico, próspero y artístico.

De tales libros hará La América su biblioteca. A sus autores los pide, para extractarlos con cuidado y presentarlos con cariño.

Cada mes, hablaremos de un libro.

De más pudiéramos: pero al amor pone rienda el espacio.

Y tendremos que decirlo todo en compendio, y de prisa, como esto mismo que vamos diciendo, como a caballo sobre un relámpago -por no darnos ocasión a más nuestras columnas, bien estrechas para nuestros propósitos.

El hombre antiguo de América y sus artes primitivas

La América. Nueva York, abril de 1884

Cazando y pescando; desentendiéndose a golpes de pedernal del tigrillo y el puma y de los colosales paquidermos; soterrando de una embestida de colmillo el tronco montuoso en que se guarecía, vivió errante por las selvas de América el hombre primitivo en las edades cuaternarias. En amar y en defenderse ocupaba acaso su vida vagabunda y azarosa, hasta que los animales cuaternarios desaparecieron, y el hombre nómada se hizo sedentario. No bien se sentó, con los pedernales mismos que le servían para matar al ciervo, tallaba sus cuernos duros; hizo hachas, harpones y cuchillos, e instrumentos de asta, hueso y piedra. El deseo de ornamento, y el de perpetuación, ocurren al hombre apenas se da cuenta de que piensa: el arte es la forma del uno: la historia, la del otro. El deseo de crear le asalta tan luego como se desembaraza de las fieras; y de tal modo, que el hombre sólo ama verdaderamente, o ama preferentemente, lo que crea. El arte, que en épocas posteriores y más complicadas puede ya ser producto de un ardoroso amor a la belleza, en los tiempos primeros no es más que la expresión del deseo humano de crear y de vencer. Siente celos el hombre del hacedor de las criaturas; y gozo en dar semejanza de vida, y forma de ser animado, a la piedra. Una piedra trabajada por sus manos, le parece un Dios vencido a sus pies. Contempla la obra de su arte satisfecho, como si hubiera puesto un pie en las nubes. -Dar prueba de su poder y dejar memoria de sí, son ansias vivas en el hombre.

En colmillos de elefantes y en dientes de oso, en omóplatos de renos y tibias de venado esculpían con sílices agudos los trogloditas de las cuevas francesas de Vézère las imágenes del mamut tremendo, la foca astuta, el cocodrilo venerado y el caballo amigo. Corren, muerden, amenazan, aquellos brutales perfiles. Cuando querían sacar un relieve, ahondaban y

anchaban el corte. La pasión por la verdad fue siempre ardiente en el hombre. La verdad en las obras de arte es la dignidad del talento.

Por los tiempos en que el troglodita de Vézère cubría de dibujos de pescados los espacios vacíos de sus escenas de animales, y el hombre de Laugerie Basse representaba en un cuerno de ciervo una palpitante escena de caza, en que un joven gozoso de cabello hirsuto, expresivo el rostro, el cuerpo desnudo, dispara, seguido de mujeres de senos llenos y caderas altas, su flecha sobre un venado pavorido y colérico, el hombre sedentario americano imprimía ya sobre el barro blando de sus vasijas hojas de vid o tallos de caña, o con la punta de una concha marcaba imperfectas líneas en sus obras de barro, embutidas a menudo con conchas de colores, y a la luz del sol secadas.

En lechos de guano cubiertos por profunda capa de tierra y arboleda tupida se han hallado, aunque nunca entre huesos de animales cuaternarios ni objetos de metal, aquellas primeras reliquias del hombre americano. Y como a esas pobres muestras de arte ingenuo cubren suelos tan profundos y maleza tan enmarañada como la que ahora mismo sólo a trechos deja ver los palacios de muros pintados y paredes labradas de los bravíos y suntuosos mayapanes, no es dable deducir que fue escaso de instinto artístico el americano de aquel tiempo, sino que, como a nuestros ojos acontece, vivían en la misma época pueblos refinados, históricos y ricos, y pueblos elementales y salvajes. Pues hoy mismo, en que andan las locomotoras por el aire, y como las gotas de una copa de tequila lanzada a lo alto, se quiebra en átomos invisibles una roca que estorba a los hombres -hoy mismo, ¿no se trabajan sílices, se cavan pedruscos, se adoran ídolos, se escriben pictógrafos, se hacen estatuas de los sacerdotes del sol entre las tribus bárbaras? -No por fajas o zonas implacables, no como mera emanación andante de un estado de la tierra, no como flor de geología, pese a cuanto pese, se ha ido desenvolviendo el espíritu humano. Los hombres que están naciendo ahora en las selvas en medio de esta avanzada condición geológica, luchan con los animales, viven de la caza y de la pesca, se cuelgan al cuello rosarios de guijas, trabajan la piedra, el asta y el hueso, andan desnudos y con el cabello hirsuto, como el cazador de Laugerie Basse, como los elegantes guerreros de los monumentos iberos, como el salvaje inglorioso de los cabos africanos, como los hombres todos en su época primitiva. En el espíritu del hombre están, en el espíritu de cada hombre, todas las edades de la Naturaleza.

Las rocas fueron antes que los cordones de nudos de los peruanos, y los collares de porcelana del Arauco, y los pergaminos pintados de México, y las piedras inscritas de la gente maya, las rocas altas en los bosques solemnes fueron los primeros registros de los sucesos, espantos, glorias y creencias de los pueblos indios. Para pintar o tallar sus signos elegían siempre los lugares más imponentes y bellos, los lugares sacerdotales de la naturaleza. Todo lo reducían a acción y a símbolo. Expresivos de suyo, no bien sufría la tierra un sacudimiento, los lagos un desborde, la raza un viaje, una invasión el pueblo, buscaban el limpio tajo de una roca, y esculpían, pintaban o escribían el suceso en el granito y en la siena. Desdeñaban las piedras deleznables. -De entre las artes de pueblos primitivos que presentan grado de incorrección semejante al arte americano, ninguno hay que se le compare en lo numeroso, elocuente, resuelto, original y ornamentado. Estaban en el albor de la escultura, pero de la arquitectura, en pleno medio día. En los tiempos primeros, mientras tienen que tallar la piedra, se limitan a la línea; pero apenas puede correr libre la mano en el dibujo y los colores, todo lo recaman, superponen, encajean, bordan y adornan. Y cuando ya levantan casas, sienten daño en los ojos si un punto solo del pavimento o la techumbre no ostenta, recortada en la faz de la piedra, o en la cabeza de la viga, un plumaje rizado, un penacho de guerrero, un anciano barbudo, una luna, un sol, una serpiente, un cocodrilo, un guacamayo, un tigre, una flor de hojas sencillas y colosales, una antorcha. Y las monumentales paredes de piedra son de labor más ensalzada y rica que el más sutil tejido de estería fina. Era raza noble e impaciente, como esa de hombres que comienzan a leer los libros por el fin. Lo pequeño no conocían y ya se iban a lo grande. Siempre fue el amor al adorno dote de los hijos de América, y por ella lucen, y por ella pecan el carácter movible, la política prematura y la literatura hojosa de los países americanos.

No con la hermosura de Tetzcontzingo, Copán y Quiriguá, no con la profusa riqueza de Uxmal y de Mitla, están labrados los dólmenes informes de la Galia; ni los ásperos dibujos en que cuentan sus viajes los noruegos; ni aquellas líneas vagas, indecisas, tímidas con que pintaban al hombre de las edades elementales los mismos iluminados pueblos del mediodía de Italia. ¿Qué es, sino cáliz abierto al sol por especial privilegio de la naturaleza, la inteligencia de los americanos? Unos pueblos buscan, como el germánico; otros construyen, como el sajón; otros entienden, como el francés; colorean otros, como el italiano; sólo al hombre de América es dable en tanto grado

vestir como de ropa natural la idea segura de fácil, brillante y maravillosa pompa. No más que pueblos en cierne -que ni todos los pueblos se cuajan de un mismo modo, ni bastan unos cuantos siglos para cuajar un pueblo -no más que pueblos en bulbo eran aquellos en que con maña sutil de viejos vividores se entró el conquistador valiente, y descargo su ponderosa herrajería, lo cual fue una desdicha histórica y un crimen natural. El tallo esbelto debió dejarse erguido, para que pudiera verse luego en toda su hermosura la obra entera y florecida de la Naturaleza. -¡Robaron los conquistadores una página al Universo! Aquellos eran los pueblos que llamaban a la Vía Láctea «el camino de las almas»; para quienes el Universo estaba lleno del Grande Espíritu, en cuyo seno se encerraba toda luz, del arco iris coronado como de un penacho, rodeado, como de colosales faisanes, de los cometas orgullosos, que paseaban por entre el sol dormido y la montaña inmóvil el espíritu de las estrellas; los pueblos eran que no imaginaron como los hebreos a la mujer hecha de un hueso y al hombre hecho de lodo; ¡sino a ambos nacidos a un tiempo de la semilla de la palma!

Autores americanos aborígenes

Nueva York, abril de 1884

La pompa de los samanes, la elegancia de las palmeras, la varia y brillante fronda que viste a los montes americanos, lucen en los restos de obras de autores indios que se salvaron de manos de obispos Landas y Zumárragas. No se quiebran los rayos del sol persa en más ricos matices sobre la montura de plata y piedras preciosas de aquellos caballeros de sable duro y túnica de seda, que en abundantes y fáciles colores se rompe, amplia como un manto, la frase india. Lo negará sólo quien no haya leído un cuento de batalla o un título de propiedad de los indios guatemaltecos. El Mahabharatta es más sentencioso; el Shahnameh, más grave: las profecías de Chilam Balam el yucateco, más reposadas y profundas; las odas de Netzahualcóyolt el mejicano, más sublimes; más apasionados los dramas peruanos: el Apu Ollántay, el Uska Páukar acaso; resplandecen las tradiciones de Fingal como túnica cuajada de diamantes; pero como arroyo, como caballo nuevo de paso alado, y crines de colores, como cinta de mago que en incontables

vueltas se entrelaza y crece, como mar recién hecho que fulgura a una luz sana y virgen, o como a sol no enrojecido por los vapores de la sangre, brillaría en mañana de agosto un ejército parlero de indias coronadas de campanillas azules e indios cubiertos de penachos plumados; como río de joyas, o como si sus pensamientos desatase sobre el riachuelo limpio de la selva una doncella pura, brillan las pintorescas relaciones de aquellos quichés y zutujiles que sorprendió y domó en hora de querellas el tremendo Tonatíu, el bello Alvarado. Cuando un pueblo se divide, se mata. El ambicioso ríe en la sombra. ¿Ni cómo pudiera ser, dado que literatura no es otra cosa más que expresión y forma, y reflejo en palabras de la naturaleza que nutre y del espíritu que anima al pueblo que la crea; cómo pudiera ser que, contra la ley universal, no tuviese la literatura indígena las condiciones de esbeltez, armonía y color de la naturaleza americana? Y esto no lo vemos sólo los que amamos a los indios como a un lirio roto: precisamente escribirnos estas líneas para dar noticia del libro curioso en que un autor norteamericano halla esas cualidades en los retazos de obras que de los indígenas se conocen, y en todas aquellas en que después de la conquista mostró su abundancia y gallardía, ya en las lenguas patrias, ya en la de los conquistadores, el ingenio nativo. ¡Qué instituciones tenía Tlaxcala! ¡Qué bravos Mayapán! Teotitlán ¡qué escuelas! Copán ¡qué circo! México ¡qué talleres, plazas y acueductos! Zempoala ¡qué templos! Los Andes ¡qué calzadas! ¿Qué importa que vengamos de padres de sangre mora y cutis blanco? El espíritu de los hombres flota sobre la tierra en que vivieron, y se le respira. Se viene de padres de Valencia y madres de Canarias, y se siente correr por las venas la sangre enardecida de Tamanaco y Paracamoni, y se ve como propia la que vertieron por las breñas del cerro del Calvario, pecho a pecho con los Gonzalos de férrea armadura, los desnudos y heroicos caracas. Bueno es abrir canales, sembrar escuelas, crear líneas de vapores, ponerse al nivel del propio tiempo, estar del lado de la vanguardia en la hermosa marcha humana; pero es bueno, para no desmayar en ella por falta de espíritu o alarde de espíritu falso, alimentarse, por el recuerdo y por la admiración, por el estudio justiciero y la amorosa lástima, de ese ferviente espíritu de la naturaleza en que se nace, crecido y avivado por el de los hombres de toda raza que de ella surgen y en ella se sepultan. Sólo cuando son directas prosperan la política y la literatura. La inteligencia americana es un penacho indígena. ¿No se ve como, del mismo golpe que paralizó al indio, se paralizó a América? Y hasta que no se haga andar al indio, no

rica.

Los Estados Unidos tienen muy buenos americanistas, y Daniel Garrison Brinton es de los mejores. Ahora acaba de publicar en libro una buena memoria en que contó el año pasado a los americanistas congregados en Copenhague todo lo que se sabe de obras indígenas. Demuestra cuán amplio, apropiado y flexible era el vocabulario de los aborígenes. Descubre en ellos, y señala con calor, una facultad literaria poderosa. Como la impresión en ellos era viva, la necesidad de la expresión era inmediata. Gustaban de narrar, y lo hacían con abundancia y gracia. El color les fue siempre necesario, y como accidente indispensable de sus cuentos. Campean en cuanto se conoce de los indios un alma ingenua y una imaginación vívida. Vese en sus ruinas, como en sus manuscritos, su gusto por la simetría y el ornamento. Sus Atreos y sus Tiestes tuvieron los griegos, y su voluble Europa; también los indios los tuvieron, y luchas entre las familias y casas rivales, que, a juzgar por las escasísimas páginas interpretadas en sus letras y signos, con más lujo y pasión están contadas en sus pergaminos y sus piedras que las de Atridas y Pelópidas en el glorioso romance griego. ¡Qué augusta la Ilíada de Grecia! ¡Qué brillante la Ilíada indígena! Las lágrimas de Homero son de oro; copas de palma, pobladas de colibríes, son las estrofas indias.

En el libro de Brinton no hay sólo hechos y deducciones, sino lista de documentos: ha unido al libro un índice de todo lo que hoy se conoce y se tiene como escrito por autores indígenas. En el norte, ocupado de ampararse de las fieras y del frío, apenas tuvo el indio tiempo para dejar memoria dibujada o escrita de sus combates; y en guerra siempre, como pueblo pobre, y en marcha sobre los pueblos cálidos, más escribió con la flecha que con el pincel. Pero en las tierras calientes, adonde vendrán al fin a abrigarse todos los hombres, la poesía que nace del reposo y la imaginación, suntuosa en los pueblos de naturaleza rica, con todos sus colores vistosos florecieron. ¡Manto admirable echó naturaleza sobre los hombros de la América! Se verá un espectáculo sublime el día que se sienta con fuerzas y despierte. ¡Qué franjas, nuestros ríos! Nuestros montes ¡qué rosas! ¡Qué bordados, nuestros pensamientos! ¡Nuestras almas, qué águilas! ¡Manto admirable echó naturaleza sobre los hombros de la América!

Centro América y las hormigas

Nueva York, mayo de 1884

Un paciente leedor de libros antiguos ha hallado en el Talmud pruebas numerosas de que los escritores hebreos eran perspicaces observadores de la naturaleza; y acaba de publicar una colección de escritos del libro sagrado de los judíos, que demuestran que ya en aquel tiempo se tenían ideas semejantes a las que ahora pasan como novísimas y nacidas de Darwin.

Un escritor hebreo habla muy minuciosamente de lo mucho que tiene que hacer el que la cresta del gallo esté entera en su capacidad como jefe del serrallo, y diserta sobre la pérdida visible de ánimo y vigor que se nota en las aves cuando van perdiendo aquellos ornamentos que constituyen su hermosura; así el quetzal de ahora, en la América del Centro, que es fama que muere cuando se le quita la larga y tornasolada pluma que le hace de cola. Y cuando lo cautivan también muere; por eso hace el quetzal gallarda figura, como símbolo de independencia, en el escudo de Guatemala; sólo que no siempre obran los pueblos en conformidad con lo que establecen sus escudos.

Salomón señaló a la hormiga como ejemplo de criaturas cuerdas e industriosas, y un observador hebreo de aquellos tiempos viejos afirma que Salomón tuvo razón, pues la hormiga es animal que fabrica sus casas en tres pisos y almacena sus provisiones, no en el piso más alto de la casa, donde estarían expuestas a las lluvias, ni en el piso bajo, donde podrían sufrir de la humedad, sino en el piso del medio, donde deposita todo lo que puede recoger.

Ese mismo escritor se entretiene contando que la hormiga es, además, muy honrada, y nunca toma lo que pertenece a sus vecinos, cuya propiedad ayuda y respeta. También esto nos trae a la memoria a un hombre de hermoso corazón, clarísimo pensamiento y notable cultura, de Centro Am -rica; al que sacudió al país de su apatía conventual, y lo echó a vivir como hubiera podido con un hijo, sin entristecerse grandemente el día en que la fortuna le quitó el premio de su valor, previsión y atrevimiento de las manos; al mantenedor brioso, en parlamentos y batallas, del decoro y libre pensamiento humanos, que de Thiers tuvo tanto, que hubiera sido en Fran-

cia o compañero o rival suyo, y, fatigado de la pequeñez de lo común de los hombres, se sentó al fin a ver correr la vida, y murió sin entusiasmo, sin fe y sin quejas; al caudillo civil y militar de la revolución liberal que sacó, para siempre acaso, de las manos de la Compañía de Jesús y sus servidores laicos, a su patria Guatemala, y a Centro América tal vez: a don Miguel García Granados. Era profundo pensador, estratégico consumado, ajedrecista notabilísimo, y tan curioso en cosas de ciencia, que había llegado a formar una teoría nueva, fundada en muchos hechos, sobre la inteligencia, dotes de administración y gobierno y lenguaje de las hormigas. Para aquella vasta mente, servida por una razón limpia y un corazón sencillo, nada había indigno del más atento estudio.

Entre aquellos hebreos de que hablamos hubo uno que se llamó Simón ben Chalafta. El Experimentador observó también mucho los hábitos de las hormigas. Un periódico de ahora, hablando de él, dice que Simón hizo, entre otros, un experimento digno de Lubbock, que los ha hecho tan buenos; en un día muy caluroso, puso una especie de toldo sobre un hormiguero. Salió una hormiga, que iba como de centinela avanzada; vio la cubierta, y se volvió a contar el caso a sus compañeras. Asomáronse todas en seguida, visiblemente contentas de la sombra que les daba el toldo, y de cuyo recinto no salían. Pero aquí viene lo que demuestra que la naturaleza humana no es distinta de la de los demás seres vivos, en todos los cuales, como en el hombre, se mezclan a los instintos más tiernos los más injustos y feroces: quitó Simón el toldo, para ver lo que las hormigas hacían, y éstas entraron en tan gran cólera, que creyéndose engañadas por la hormiga centinela, y que con un falso informe las había sacado a los rigores del sol, cayeron sobre ella y la dejaron muerta. En cambio, Simón cuenta otros muchos sucesos en que se ve que la hormiga gusta de contribuir, y aun de sacrificarse, al bien de sus semejantes.

El lector de libros hebreos a quien nos referíamos al comenzar estas líneas cita pasajes del Talmud que dejan creer que ya para entonces se tenía como diferente sólo en cantidad la inteligencia del hombre y la de los demás animales.

Pero parece que el Talmud, después de observar mucho, había hallado que cuando se ha explicado todo lo que se ve, todavía no se sabe todo lo que se desea, ni se explica lo que no se ve y se siente, como no entendería la naturaleza del vapor, ni podría más que deducir la necesidad de su existencia,

aquel que conociera solamente, aunque de un modo acabado, todas las partes de una locomotora. Así dice el Talmud, con más prudencia de la que debe guiar a los hombres, que tienen el derecho de investigar lo que entrevén y de apagar la sed que les inquieta. Así dice el Talmud: «No procures alcanzar lo que está demasiado alto para ti, ni penetrar lo que está fuera de tu conocimiento, ni descubrir lo que ha sido colocado más allá del dominio de tu mente. Encamina tu pensamiento hacia aquello que puedas llegar a conocer, y no te inquiete el deseo de llegar a conocer las cosas escondidas».

Pasa el positivismo como cosa nueva, sin ser más que la repetición de una época filosófica conocida en la historia de todos los pueblos: porque ésa que hemos transcrito del Talmud no es más que la timorata doctrina positivista, que con el sano deseo de alejar a los hombres de construcciones mentales ociosas, está haciendo el daño de detener a la humanidad en medio de su camino.

Se debe poner tierra primero antes de adelantar un paso en ciencia; pero no se puede hacer calzada al cielo.

El viaje humano consiste en llegar al país que llevamos descrito en nuestro interior y que una voz constante nos promete.

Sin querer, hemos llegado a este punto, del extracto de la noticia de un periódico.

El Popol Vuh de los Quichés

Nueva York, mayo de 1884

Si no por la originalidad de sus pesquisas, ni por la novedad de sus teorías, es, entre otros méritos literarios apreciable la Historia Antigua de Centro América del guatemalteco don José Milla, por la imparcial y sencilla relación de la cosmogonía indígena. Cuanto hay escrito sobre estos curiosísimos asuntos, desdeñados sólo por los que no los conocen, Milla lo ha leído

con inteligencia y reproducido con sinceridad. La misma falta de opinión propia, que pudiera en estas materias señalársele como un defecto, ha venido a ser una buena condición, por cuanto no oscurece ni violenta las costumbres y creencias que relata, con el afán de hacer triunfar una teoría favorecida.

Véase cómo cuenta Milla el Génesis de los quichés:

«Como la Biblia de los hebreos, el Popol Vuh de los quichés comienza con el Génesis; haciendo mención de un Creador y Formador Supremo que engendra, que da el ser, y a quien designa con diversos nombres: tales son el de ‘Tirador con cerbatana tlacuatzin’, los de ‘Gran Blanco Picador’, ‘Dominador’, ‘Serpiente cubierta de plumas’, ‘Corazón de los lagos’, ‘Corazón del mar’, ‘Señor del planisferio que verdea’, ‘Señor de la superficie azulada’; epítetos y atributos que parecen encerrar un sentido alegórico. Además de ese creador supremo, que podía indicar un principio monoteísta en la religión de aquellos pueblos, se menciona también a un ‘abuelo’ y a una ‘abuela’ (Xpiyacoc y Xmucané), Conservador y Protectora, dos veces abuelo, y dos veces abuela».

Esta creencia debe haber sido muy antigua entre los indios de la América Central, pues Las Casas encontró la tradición de que en los tiempos anteriores al diluvio adoraban al abuelo y a la abuela; y continuaron designando a la divinidad bajo esos nombres, hasta que, según la misma tradición, se les apareció una anciana que se suponía inspirada, y les enseñó a llamar a Dios con otro nombre, aunque no decían cuál.

La cosmogonía de los quichés, según se encuentra expuesta en las primeras
opol Vuh, no carece de grandeza.

«Todo estaba suspenso -dice-, todo en calma y silencioso; todo estaba inmóvil, pacífico y vacío en la inmensidad de los cielos... No había aún un solo hombre, ni un animal, ni pájaros, ni peces, ni cangrejos, ni madera, ni piedras, ni hoyos, ni barrancos, ni hierbas, ni bosques; sólo el cielo existía.

»No se manifestaba aún la faz de la Tierra, sólo estaba el mar tranquilo, y el espacio de los cielos.

»No había cosa que formara cuerpo, que se asiera a otra, que se balanceara o que rozara; que hiciera oír un sonido en el cielo.

»No había más que inmovilidad y silencio en las tinieblas, en la noche. Sólo están sobre el agua, como una luz que va creciendo, el Creador, el Formador, la Serpiente cubierta de plumas; los que engendran, los que dan el ser.

»Están envueltos en verde y azul, y por eso se llaman Gucumatz.»

Hay algo de solemne y grandioso en esa oscuridad; ese silencio, esa inmovilidad de los elementos en los instantes que precedieron a la aparición de la vida sobre la faz de la Tierra.

Refiere a continuación cómo los creadores se reunieron y se consultaron acerca de la formación de los bosques y de las lianas; y sobre la creación de la humanidad, y cómo apareció la luz durante aquella conferencia. Llama al Creador Supremo «Corazón del cielo» y «Huracán», personaje en que residen tres diversas entidades, el Relámpago, el Trueno y el Rayo, formando una sola persona. Dice en seguida cómo se dio principio a la creación del universo, relación que no carece de poesía: «Se mandó a las aguas que se retiraran; Tierra, dijeron, y al instante se formó. Como una niebla o una nube se verificó su formación y se levantaron las grandes montañas sobre las aguas como camarones. Formáronse la tierra, los montes y las llanuras; dividióse el curso de las aguas, y los arroyos se fueron a las montañas, serpenteando».

Se procedió en seguida a la creación de los animales, guardianes de las selvas; los que pueblan los montes: ciervos, pájaros, leones; serpientes, víboras y cantiles, guardianas de las lianas.

Asignáronseles sus habitaciones; se les promulgó la ley de la multiplicación, y dotándolos de la facultad de producir ciertos sonidos (cada uno según su especie), se les ordenó glorificar al Creador e invocar su nombre.

Visto que no acertaban sino a producir acentos inarticulados, se les condenó a ser triturados por el diente, anunciándoles que su carne sería humillada.

Hízose en seguida un primer ensayo de formación del hombre, construyéndolo de barro; pero no sirvió. No tenía cohesión, movimiento ni fuerza. Era inepto, flojo, volvía la cara sólo hacia un lado; su vista era turbia y no podía ver atrás. Dotado de lenguaje, carecía de inteligencia, y pronto se deshizo en el agua, sin acertar a ponerse en pie.

Reunido el consejo de los dioses, con el abuelo y la abuela, Xpiyacoc y Xmucané, se decidió proceder a un segundo ensayo, haciéndolo preceder de algunos sortilegios, para calcular el resultado de la nueva operación. Se fabricaron hombres de tzité y mujeres de sibak que engendraron hijos e hijas, y se multiplicaron; pero les faltaba el corazón y la inteligencia y no se acordaban de su Creador. Su faz se secó, sus pies y sus manos carecían de consistencia; no tenían sangre, humedad ni grasa; no pensaban en levantar la cabeza hacia su Creador y Formador. Tales fueron los primeros hombres, que en gran número existieron sobre la faz de la Tierra. Seres imperfectos, que no pensaban, ni hablaban a su Creador, fueron condenados a perecer. El Popol Vuh hace una pintura viva y animada del cataclismo que ocasionó la destrucción de aquella primitiva raza humana:

«Se oscureció la faz de la Tierra y comenzó una lluvia tenebrosa que no daba tregua ni de día ni de noche. Cayó una resina espesa que ahogaba a los hombres, y al mismo tiempo animales carnívoros les arrancaban los miembros y pulverizaban sus huesos y sus cartílagos. Todo se conjuró contra ellos; hasta los animales y objetos domésticos los improperaron y maldijeron. Desesperados los hombres, corrían por todas partes: querían subir a los techos de las casas, pero éstos se desplomaban y los hacían caer; trepaban a los árboles, pero los árboles les sacudían violentamente sus copas y los arrojaban a lo lejos; intentaban refugiarse en las cavernas, y las cavernas se cerraban y no les daban asilo.

«Así pereció aquella generación, de la cual quedó únicamente una especie de hombres degenerados (los monos); recuerdo perpetuo de los maniquíes que había destruido el cataclismo».

El Güegüence

Nueva York, junio de 1884

Se sabe poco de la literatura de los indios de América; y como eran pueblos nuevos, es seguro que no la tuvieron muy perfecta, sobre todo en la dramática, que requiere complicados afectos y varia vida social, de cuyos conflictos se engendra y es copia; aunque los que con el buril fabrican escenas en la piedra ¿cómo puede ser que no diesen en el arte más fácil de representarlas con el pincel o la palabra? Porque el teatro lo hacen los afectos, y el aparato y la pompa; y es claro que existiendo éstos, ya buscan salida y quieren perpetuarse, y cuando en la piedra se ven, como en los palacios de las ciudades mayas y en sus pinturas murales, claro está que los había, que es lo esencial, y que de alguna manera se expresaron, por ser el salirse afuera y grabarse en algo la tendencia de todo lo que existe. Y la literatura no es más que la expresión y forma de la vida de un pueblo, en que tanto su carácter espiritual como las condiciones especiales de la naturaleza que influye en él, y las de los objetos artificiales sobre que ejercita el espíritu sus órganos, y hasta el vestido mismo que se usa, están como reflejados y embutidos. Pero con tan bárbaro rastrillo nivelaron la tierra india, a voces de Valverdes y Zumárragas, los conquistadores, y tan bien se juntaron el afán de éstos de extinguir a los vencidos y el encono fiero de los clérigos vulgares contra la gente hereje, que no es maravilla que tan poco se sepa ahora de lo que expresaron y escribieron en Yucatán los imetes, y en el Perú los amautas, y en Nicaragua los nahuates sabios. Centro América guarda todavía, en ciertos títulos de propiedades de la época prehispana aún no publicados, y en los escasos manuscritos que le dejó el abate Brasseur de Bourbourg, más materia original para deducir el carácter intelectual y la obra escrita de aquella esbelta e infortunada gente india, que lo que hasta ahora va presentado en los Comentarios reales y libros de Sahagunes y Clavijeros. ¿Qué pueblo que, como el de México, tenía elevadas, a mirar al cielo, tan subidas torres, no sacaría de ellas, por las condiciones mismas que a fabricarlas lo movieron, los cánticos y la sabiduría que inspiran la sfera profunda y el encendido cielo?

De comedias indígenas, que es de lo que vamos hablando, poquísimo se sabe, a no ser lo que revelan el Rabinal Achí, diálogo avivado con bailes, como tenían por uso escribirlos y representarlos los indios nahuates, que el

abate Brasseur descubrió y sacó a la luz, con aquellos ampulosos y ligeros comentarios suyos, y el Ollántay, escrito en quechua, en que andan en curiosa mezcla, y como si hubiese sido hecho de más de una mano, de una parte discretos y sabrosos donaires de estilo que parecen salidos del mismísimo Corral de la Pacheca, con primerías, matices y frondosidades de lenguaje que jamás tuvo escritor español, aun cuando viviese mucho entre indios y escribiese de ellos; y de otra parte, unos caracteres y traza dramática que de lo indio no pueden arrancar, porque lo de español por todas partes le asoma, no con ciertas niñeces y asperezas que a un castellano no pueden en justicia atribuirse, por no ser natural que el hijo de un pueblo y miembro de una civilización no esté tan penetrado de su espíritu que, al sacarse un drama del caletre, pinte las cosas propias suyas, y de su raza, que él mismo lleva en sí, como un sacristancillo mestizo pudiera dislocar y trabucar los ejercicios de la misa, si fuera puesto a decirla en vez del cura propietario.

En Nicaragua es seguro que existieron bailes hablados, y en México, que hubo por lo menos complicadas pantomimas; pero de esto mismo se deduce que la pantomima debió subir a comedia; porque de mudo no peca el pueblo americano, que de la naturaleza misma tiene la elocuencia; y no es dable suponer que pueblo hecho como el de México a reunirse en las plazas y a discutir sus negocios públicos, y nombrar sus senados y a perorar en ellos, la cual práctica era tan extensa, que hasta las mujeres la gozaban en Tlaxcala en representación de sus maridos ausentes o muertos, no aprovechara en seguida, y en drama luego, las ocasiones propicias que para lucir la mente les ofrecían las escenas que representaban. Que no se haya salvado comedia alguna de México, nada quiere decir, puesto que no era de fijo tan fuerte como la piedra el pergamino en que estaban escritas; y de iglesias, y palacios, y talleres, y mercados, y escuelas públicas, y torres, estaba México lleno, de piedra muy fuerte, y no ha quedado ninguna, sino que la cruz dio tan recio en ellas que las echó a tierra y las metió debajo de ella, y se levantó sobre sus ruinas. Llorar hemos visto a un patriarca indio en las cercanías de México sobre los cimientos arrasados de uno que debió ser gran pueblo, en las cercanías de Tlalpan, y ahora enseña sus raíces de piedra, sustento un día de espaciosas moradas, y tristes hoy y solas, como

Daniel Garrison Brinton publica en Filadelfia una Biblioteca de literatura americana aborigen, de la que lleva ya sacados cuatro tomos; y el último

nada menos es que una traducción cuidadosa del Güegüence, comedia maestra escrita después de la conquista en un dialecto burdo, mezcla de castellano bajo y náhuatl corrompido, en que con diálogo unas veces, y con danza otras, se cuentan, a grandes risas y con chistes gordos, cuando no picantes a más de rastreros, las ingeniosidades, invenciones y astucias con que uno de los americanos de la tribu burló a un alguacil, ante quien fue traído para que sufriera la pena de alguna supuesta o real bellaquería. Parece que el Güegüence tiene notable música, lo que hace de él una como zarzuela india. Brinton la pone como la única comedia original de autores indios conocida, y con examen minucioso y citas oportunas demuestra que en espíritu, trazo, estilo y desarrollo, la farsa es india pura, y lo único que tiene de mestizo es el lenguaje. Y para que no queden a ciegas los lectores, explica el publicador, en una introducción ordenada y copiosa, todo lo que se sabe del Güegüence y sus tiempos, y quiénes eran los nahuas y mangües de Nicaragua, con descripción de sus bailes de teatro, forma natural de éste en pueblo nuevo, que solían ser coreados como entre los griegos del Tragos y de Tespis, todo lo cual enriquece Brinton con muchos detalles sobre la música de los nahuates, que era animada y buena, y los instrumentos con que acompañaban sus danzas y canciones.

Consideraciones

Nueva York, junio de 1884

Sobre la mesa tenemos, esperando turno, un grupo de libros de autores hispanoamericanos que a cualquier pueblo fueran motivo de honor. Pueblo, y no pueblos, decimos de intento, por no parecernos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia. Una ha de ser, pues que lo es, América, aun cuando no quisiera serlo; y los hermanos que pelean, juntos al cabo en una colosal nación espiritual, se amarán luego. Sólo hay en nuestros países una división visible, que cada pueblo, y aun cada hombre, lleva en sí, y es la división en pueblos egoístas de una parte, y de otra generosos. Pero así como de la amalgama de los dos elementos surge, triunfante y agigantado casi siempre, el ser humano bueno y cuerdo, así, para asombro de las edades y hogar amable de los hombres, de la fusión útil en que lo egoísta templa lo ilusorio,

surgirá en el porvenir de la América, aunque no la divisen todavía los ojos débiles, la nación latina, ya no conquistadora, como en Roma, sino hospitalitaria.

Las fasces romanas se han clavado en la tierra, y, al calor de la América, enramado y florecido; a su sombra se juntan los hombres. Mucho pensar es, de tener unos cuantos libros sobre la mesa; pero los libros son serios y buenos, y dan orgullo y gozo; y luego, que en meditando en América, los pensamientos se inflaman, relucen, triunfan y caracolean, y son bandera, palma y lava.

Éste, ¿qué libro es éste? En tierras en que se habla el castellano, como el alma tiene más de mariposa que de bestia famélica, y vive de mieles, y el suelo da lo que se necesita, y, lleno el espíritu de generosidad y ternura, del suelo se necesita poco, han escaseado las ciencias, hijas de las necesidades humanas, que obligan a la pesquisa y a la observación, y de cierta disposición tranquila de la mente, que entre ojos negros y palmeras de sombra calurosa no anda casi nunca desocupada. Hambre e invierno son padres de ciencias. Por lo que no hay que buscar en castellano muchos vocablos científicos; y el industrioso y erudito cubano Néstor Ponce de León hace bien en ingerir, con discreción y propiedad, la lengua corriente y necesaria de la industria y el comercio en el idioma español, para expresar los estados del alma muy propio y rico, pero lastimosamente escaso de la verbología moderna. Y como no se ha de decir que para vivir entre los hombres es bueno desconocer su lengua, sino aprender a hablarla, y hoy los hombres se han apeado del caballo de batalla y se están montando sobre arados y ruedas dentadas, es libro de mucho alcance y servicio el Diccionario tecnológico, que con miras y materias más vastas que las de todos los diccionarios de ciencias o artes hasta ahora conocidos escribe desde su librería de Broadway el cubano Ponce de León. Ya se anuncia el Diccionario de regímenes, de un hablista ilustre, que es el colombiano don Rufino José Cuervo, notabilísimo filólogo, y como un verdadero filósofo del idioma.

Buena lengua nos dio España, pero nos parece que no ha de quejarse de que se la maltratemos; quien quiera oír a Tirsos y Argensolas, ni en Valladolid mismo los busque, aunque es fama que hablan muy bien español los vallisoletanos: búsquelos entre las mozas apuestas y mancebos humildes de la América del Centro, donde aún se llama galán a un hombre hermoso; o en Caracas, donde a las contribuciones dicen pechos; o en México altivo,

donde al trabajar llaman, como Moreto en una comedia, «hacer la lucha». Y en cuanto a las leyes de la lengua, no hay duda de que Baralt, Bello y Cuervo son sus más avisados legisladores; lo cual no quita lustre al habla en que con singular donosura dicen literarios pensamientos los varones de Guadalquivir y Manzanares, ya como Hartzeribusch la acicalen y enjoyen cual a moza en fiesta; o como Guerra y Orbe bruñan y saquen lumbre a la plata antigua; o como Alarcón le den matices árabes; o como Galdós la hagan llorar, y tener juicio, a par que gracia como Valera.

Mejor será, antes que entre en regalos la pluma, decir los títulos de los libros que están esperando turno en nuestra mesa.

De García Mérou, de la República Argentina, están aquí los Estudios literarios en linda edición de Madrid, de casa de Fortanet. Hacen bien al alma, y dan gusto a los ojos, esos libros impresos en letras redondas y a la usanza antigua. Recuérdanse los tiempos pasados, que por muertos ya son buenos, y parece como que se acaricia la barba blanca de un abuelo hermoso. Merece el libro de García Mérou esta edición artística, y se desborda de ella, como de un cesto de plata un ramo de flores. El estilo, con matices franceses, es buen estilo de España; tiene del vino la generosidad, la transparencia y el aroma, y las burbujas, tornasoles y rumor discreto de la espuma. Es un hombre ingenuo, que estudia, con mente culta y ánimo libre, la literatura poética, no en lo que rima y halaga los ojos, ni en lo que la literatura tiene de rubensiano y carnal, sino en las penas desgarradoras, esperanzas inocentes y aladas aspiraciones que la animan. García Mérou sabe llorar y cincelar, y aquél y éste son méritos que van cayendo en desuso, y sobre todo aquél. Conocimiento amoroso y sazonado de las buenas literaturas revela este libro, y esa fuerza de mente y juicio directo que señala a los literatos de raza. He ahí un escritor que se levanta.

Juan Ignacio de Armas, de Cuba, que en pocos años ha ganado renombre de buscador ingeniosísimo y esmerado poeta, registra ahora a Parras y Bernáldez, y Cabezas de Vaca y Garcilasos, y con todos estos venerables pergaminos desmiente, contra lo que san Jerónimo creyó ver, y pintó en su globo Martín Behaim, que haya habido antropófagos jamás. Alegato ameno es esta Fábula de los Caribes, y no hay que decir que es victorioso, porque el que está con la naturaleza humana está en lo cierto. Los datos que tantos otros historiófilos abalumban y revuelven sin orden, aquí van diestramente conducidos, como si los llevase capitán amaestrado, hasta que llegan a dar

de sí, como sin esfuerzo y de manera inevitable, lo que el historiófilo quiere que digan. Y de vez en cuando, una sutil ironía aguza un pensamiento, y otras veces, una severa justicia realza un detalle minucioso. Este Juan Ignacio de Armas vivió en Caracas unos cuantos años, entre los grandes de la mente de todas las edades; y de andar entre libros, llegó a tener su color y sabiduría. Es perspicacísimo de naturaleza, y de aquellos que tienen la noble y desusada capacidad de poner por encima de sí mismos, y sacar salvo de todo, su amor al estudio; títulos dan los reyes; pero de ennoblecimiento de alma, ninguno mayor que el que se saca de los libros. Las ideas purifican. Venir a la vida usual después de haber estado del brazo con ellas por bajo de los árboles, o por espacios azules, es como dar de súbito en el vacío. Una ademamentada angustia se apodera de la mente en el primer instante del choque. Y se sigue caminando adolorido, has que se ve al fin que los hombres son buenos y se está bien entre ellos.

Nueva York, Junio de 1884

Guerra literaria

Nueva York, Julio de 1884.

Llegan los libros despacio de Colombia; lo que es de sentir, porque en Colombia se escriben buenos libros. Anda allá la literatura, como la mente nacional, partida en dos bandos; y los unos, con indígena brío, éntranse anhelantes por todo lo moderno y escriben con la vehemencia de la tierra las cosas de la naturaleza, de la historia, de su espíritu y de la patria, teniendo por delito y contradicción culpable a la ley de Dios el constreñir, como pie de dama china, en moldes de bronce viejo, el pensamiento; y otros, movidos a veces del miedo saludable y generosa repulsión que los abusos de la libertad inspiran, júntanse a levantar valla al espíritu humano y a la gente humilde, con los que ven con ira el crecimiento del hombre llano que, como que viene de la naturaleza, tiene mano segura y hombro fuerte, y los saca del goce y poderío que por años sin cuento estuvo en ciertas familias vinculado. Porque oligarquía hubo en nuestros países, y ella fue la que alentó y dirigió nuestra revolución de independencia; pero no para su

provecho, sino para el público; y no para tener en cepo y grillos el alma luminosa, sino para imprimir con Nariño los Derechos del hombre. ¡Y ahora está aconteciendo que los hijos de aquellos próceres gloriosos no hallan otra manera de honrarlos más que la de ingerir de nuevo en su patria los serviles respetos y vergonzosas doctrinas que echaron abajo, acompañadas de sus cabezas, sus progenitores! Traiciones tiene la historia, y parricidios; y ésta, que entre mucha gente menguada de América priva ahora, ésta es una. Prevenirse no está de más, si se quiere salvar el espíritu de América, y se le tiene en algo, y se sabe lo que vale; porque Catilina, lleno de falsos honores y contento de ellos, está a las puertas de Roma. Nombramientos y cortesías de allende están sacando a nuestra gente ilustre de su camino natural y honrado. ¡Bueno es que, como los españoles de España, admiremos la Alhambra, sin traer por eso otra vez los moros!

Siempre campeó, por lo original, inquieta y sincera, la lengua colombiana; y de sus irreverencias y desmoldes precisamente viene aquel sabor de graciosa verdad de la historia de Lucas Fernández de Piedrahíta, y aquella sentenciosa travesura y fresco donaire de Rodríguez Fresle, amorosa consunción y abrasante vehemencia de la cuasi divina Madre del Castillo. Con Mutis, de Cádiz, y Rodríguez, de Cuba, vinieron a la lengua de Colombia precisión científica y grata cortesanía; y al amor de ellos, que fue sano y sencillo, se juntaron a leer y prepararse a la obra aquellos hermosos evangelistas de 1810, que comenzaron por serlo de la libertad de su patria, pero que no hubieran tenido fuerzas para conseguirla a no haberlo sido de la libertad humana; así se les vio brillar e inspirar amor y respeto dondequiera que fueron. Una nueva grandeza, distinta de la griega y romana, resplandece, como ancho globo de oro, en los discursos y acciones de los Torres y Zeas, Garcías del Río y Pombos; y es lo singular que, llena su mente y oraciones de las hazañas de los héroes antiguos, establecían sin sentirlo, con las palabras mismas con que los evocaban y loaban, un tipo de gloria desinteresado y nuevo, no limitada, como la de Grecia y Roma, a invadir o a rechazar al invasor, ni reducida, como la cristiana que vino después, a morir sonriendo entre los dientes de las fieras, roto ya el cuerpo en harapos sangrientos, por el goce y salvación de la propia alma. Fue la de nuestros varones de 1810 una grandeza amplia y sublime, que vino de expresar con toda la pompa y luz de América, y con un desprendimiento que más parecía de la juventud de un continente que de juventud de hombres, las pujantes ideas humanitarias que alzaron en sus alas de bronce encendidas sobre el mundo, como un sol arrebatado a su cautiverio, el siglo de redención en

que vivimos, trastornado todo él, y nervioso y convulso, por no poder tardar menos de un siglo el espíritu humano en mudar de casa. No por la soberbia gloria antigua de obedecer a la virtud obraron nuestros grandes varones; ni por el deseo egoísta de caer, temblando de gozo, en los brazos de Dios, como los mártires cristianos; sino por el enérgico y generoso dolor de ver abatido el decoro, estremecido y acorralado el espíritu y sofrenado en su divino y libre vuelo el pensamiento humano. Por su gloria habían trabajado generalmente los héroes; y los nuestros por la ajena. ¿No fuera gozo ver que tal espíritu animaba siempre los libros y papeles colombianos? Porque es de hijos poner, y no quitar, a la virtud y hacienda que les vinieron de sus padres; y no tienen el derecho de gloriarse con los nombres, actos y vida ilustre de sus antepasados aquellos descendientes que no los perpetúen en su espíritu y acciones; es alevosía ampararse de su gloria, para ir minando la gigantesca obra que alzaron. Honrar en el nombre lo que en la esencia se abomina y combate es como apretar en amistad un hombre al pecho y clavarle un puñal en el costado. Los que se oponen al ejercicio de las facultades del hombre no son los hijos de los que dieron su vida por ayudar a libertarlo.

Ha habido ahora en Colombia guerra literaria, a propósito de un cuento en octavas, no todas sueltas y viriles, aunque algunas revelan la saludable tendencia de su autor, el joven caballero Roberto MacDouall, a encerrar en forma concisa y trabajada su pensamiento, que, esta vez, ha sido el de denigrar, como de intento, por más que sin razón visible, la educación que las mujeres jóvenes de Colombia reciben en las escuelas normales. Al punto que se lee el cuento, que el autor llama El joven Arturo, nótase, por desdicha, que, aun cuando no es de mala ley literaria tratar en zumba aquello cuyo descrédito se procura, no corresponde aquí la delicadeza del lenguaje a la del asunto; ni está sazonado con aquella sal sutil, o excusado con aquel profundo pensamiento que hacen amable y atractiva a veces la misma bellaquería rabelaisiana. Boccaccio mismo, en fuerza de lo que flagelaba, ¡que era mucha la villanería de la gente de iglesia!, Boccaccio mismo suele sacar a los labios la sonrisa; y en este Joven Arturo hay cosas que, y no de entusiasmo, sacan los colores a la cara. Tiene, además, el chiste, su decoro literario, y el buen ingenio desdeña esa barata jocosidad que está en hacer alusiones a cosas deshonestas. Paseaba el autor de este cuento, hace unos diez años, por México, y eran de notar en sus versos, entonces infantiles, un gracioso candor y delicada pureza, que de seguro guarda aún para obras mayores que de este cuento de ahora le rediman.

Bien puede ser que una moza de voluntad y sentido desenvueltos, criada en regalos superiores a su fortuna por una madre tímida y consentidora, case de ligero y eche por malos caminos, aunque haya estado, después de mala crianza, en una escuela normal, y no por haber estado en ella, sino porque, como se ve, en la carne regalona traía el pecado, y padre no tuvo, y la madre no le supo quemar con enérgica virtud el impuro microbio; de la cual moza, que es verídicamente, sin punto más o menos, la que pinta el cuento con el nombre de Clara, deduce el cuentista que las jóvenes colombianas que se educan en las escuelas normales salen a desatender sus quehaceres y engañar, como una bribona de Molière o una coqueta de Bretón, a sus maridos. ¡Por Dios, por Dios, que éstas son cosas que queman, y no se deben tratar de esa manera sino cuando el mal es tan visible que la indignación o el noble miedo patrio saquen de quicio y justifiquen el exceso, y cada una de esas terribles afirmaciones vaya cosida a su prueba!

Y bien pudiera ser, lo cual de lejos no se sabe, aunque no lo parece, que faltase en las escuelas normales de Colombia, sobre que en aquellos limpios hogares nunca faltaría, esa educación en la ternura y demás condiciones del espíritu sin la que la inteligencia se trueca con la instrucción en entidad monstruosa y abominable; mas, si así fuera, así hubiera sido dicho, y dejar de decirlo hubiese sido culpa, y decirlo obligación y honor; limitase el cuento a pregonar, con puerilidad que es de esperar sea en el estudioso autor transitoria, que las jóvenes pobres de Colombia corren peligro mayor de caer en vida deshonesta adquiriendo en las escuelas normales de maestras una educación que las pone por encima de sí mismas y les asegura un quehacer honrado y propio de su sexo, que manteniéndose en holganza y tentadora frondosidad carnal, con apetitos y necesidades de existencia y sin más camino que el de entrar a servir de criada o manceba, cuando no vayan ambos servicios en una misma infeliz aparejados; ¡pues desde lejos decimos nosotros que, por agradecimiento mal entendido, y por ignorancia, o por pobreza, caen las mujeres en deshonor muchas más veces que por condescendencia al hombre a quien aman o por clamores de la carne! Desde aquí decimos que la mujer, lo mismo que el hombre, a poco que la ayuden, es esencialmente buena, y sobre todo la mujer de nuestras tierras; desde aquí decimos que hacer desaparecer una de las causas de la corrupción no puede ser manera de aumentarla; y si se alega que la educación sustituye con una causa nueva de corrupción la que extingue, decimos que no es cierto, porque la naturaleza no ha podido crear sus objetos, y al ser humano

entre ellos, para que de conocer lo que le rodea le pueda venir mal, ni pueda haber inmoralidad o error en aliviar las ansias de saber que el pensamiento humano trae consigo; y si se dice -y aquí, acaso, esté el huesecillo escondido, y la razón vergonzante de toda la agria y elemental polémica que el cuento ha levantado-; si se dice que la educación de las escuelas normales es corruptora porque no es católica, decimos que católica es la educación de las clases altas europeas, que, con excepciones raras, viven en espantoso desconcierto de espíritu, goce discreto y seguro de las más culpables aficiones y empedernido desconocimiento de las condiciones que hacen amable la vida y el hogar sabroso. Ni religión católica hay derecho de enseñar en las escuelas, ni religión anticatólica; o no es el honor virtud que cuenta entre las religiones, o la educación será bastante religiosa con que sea honrada. Eso sí, implacablemente honrada. Ni es lícito a un maestro enseñar como única cierta, aun cuando la comparta, una religión por la mayoría de su país puesta en duda, ni ofender una religión que desde que el educando la acata, en libre uso de su juicio, es ya un derecho. ¿O es tan de humo y tan hueca la religión católica que, con el estudio de la naturaleza y la enseñanza de las virtudes humanas, se venga abajo? ¿O está, acaso, contra estas virtudes, que teme de ellas? ¿O ha venido ya a tan poco que, sobre ser doctrina divina, y, por tanto, eterna, como afirman los que la mantienen, ni con el prestigio de la tradición, ni con el influjo que con las iglesias solemnes y encendidas ejerce en la imaginación y sentidos, ni con el espanto que con la amenaza de la condenación suscita en las almas, ni con la práctica y reverencia de todos los hogares, ni con el permiso de enseñar en las escuelas de niños y niñas su culto a todos aquellos cuyos padres lo soliciten, puede esta obra de siglos sustentarse? Sea libre el espíritu del hombre y ponga el oído directamente sobre la tierra; que, si no hubiera debido ser así, no habría sido puesto en contacto de la tierra el hombre. Y las dudas que su estudio le traiga, bien traídas le están, pues que son naturales; y saludables son, pues que de todas ellas, como un vapor de verdad, o como una inmensa flor de luz, surge esplendorosa la fe en la armonía, bondad y eternidad del universo, más fecunda ¡sí, por Dios! y más digna del ser humano que la que predica y ejercita el odio contra los que quieren asegurar al hombre, con el ejercicio honrado de su inteligencia, el cumplimiento íntegro y leal del mandato divino.

El cuento de El Joven Arturo movió gran contienda y con pasión fue defendido y atacado, por ser para el bando católico excelente refuerzo que venía del campo hostil en que el joven cuentista milita; y para el bando que

estableció y ha defendido a espada y pluma las escuelas, una sorpresa penosa.. Con los jóvenes que defienden ideas vencidas suele mostrarse muy pródiga la fama, no tanto a veces por especial merecimiento del recluta, cuanto porque, necesitados los que anhelan el entrabamiento y sumisión del espíritu de mostrar que la generación nueva está con ellos, hacen grande alharaca cuando acontece el raro suceso, y ponen por encima de su cabeza a los que de modo más proporcionado brillarían entre los jóvenes que caminan son su tiempo y que, por ir generosamente juntos en las vías naturales, llaman menos la atención que el que echa solo por la vereda desusada. Los que por el cuento se veían servidos lo encomiaron como obra excelente, a pesar de su irregularidad y crudeza visibles, e iba creciendo sin coto la interesada alabanza; por lo que, con ásperas y mal aconsejadas represalias unos, y con sentidas razones los otros, saliéronle al paso en defensa de la verdad, de la educación pública y la conveniencia de ennoblecer a la mujer humilde y mejorar la condición de todas, a fin de que de veras sean compañeras de los hombres, y no de su disimulada servidumbre. Unos y otros hicieron, con la prisa de responder, flojamente sus octavas, que es pecado que merece excusa allí donde pueden balancearlo algunas de las más bellas traducciones y novedades líricas que enriquecen la moderna poesía en la lengua española. De Juan el de la Rosa a acá no hay en romance versos mejores que los que a granel campean en la interpretación de las Geórgicas de don Miguel Antonio Caro. Poesía, por de contado, no la hay en esta polémica; cuando fuera bien no entretenerse jamás en rimas sino para vaciar poesía. Poesía es un pedazo de nuestras entrañas, o el aroma del espíritu recogido, como en cáliz de flor, por manos delicadas y piadosas; poesía, en Colombia, es Gregorio Gutiérrez González, cuyos versos, como aves melancólicas, cruzan perpetuamente, sin saber apartarse de él, el cielo de su patria; y es como la melodía de aquellos aires, y el aroma de aquellos campos florecidos, y el misterio de aquellas soledades religiosas, con privilegiada arte buidos en palabras humanas; poesía, imperfecta aún y grandiosa como el continente que se la ponía en el alma, es José Eusebio Caro. Al cabo se alzó por sobre toda la contienda un canto severo e indignado que, con voz trémula por la injuria inmerecida, y contenida por la hermosa prudencia, puso en su punto el caso del debate, y en visible rincón el descuidado argumento del Arturo.

Entristece ver a los hombres movidos por sus pasiones o azuzando las ajenas; tanto como por nuestra especie nos causa orgullo el que sólo siente pasión por la justicia, y el lenguaje de la recriminación pone de lado, y,

siquiera sea sin detenerse a apuntalar ni henchir los renglones que lo han menester, vuelve, como don Santiago Pérez en su canto La escuela por los fueros de la inteligencia perseguida, o de la pobreza y debilidad menospreciadas. Así, solicitada por el viento revuelto que sacude la superficie de los mares, acumúlase y encrespase la ola y esparce con desorden y majestad en las ondas vecinas sus aguas opulentas. Como a plumas mal tenidas en un ala floja, avienta con su réplica generosa y viril las insinuaciones, que no razonamientos, del «cuento» mal aconsejado. Cuanto, arriba apuntamos en natural defensa del deber en que los hombres cultos, y los mejores de la inteligencia, están, no de restringir envidiosa y cobardemente, sino de ensanchar con confianza, ardor y ternura los conocimientos y empleos que ennoblecen, sea cualquiera el sexo en que encarne, al espíritu, en La escuela está arrogantemente dicho. Padre ofendido parece el que habla, y se duele de que le hayan calumniado la escuela de Colombia, como de que le hubiesen calumniado a una hija. De tiempo atrás tiene don Santiago Pérez alma de hombre de letras envidiable; mas no por esto le merece tanto como por la unción y natural grandeza con que ama, practica y defiende la libertad legítima, que no es la que con sanguinaria premura o con grotescas vociferaciones quiere sofocar en los labios de sus adversarios, leales o no, hipócritas o no, la emisión en palabras, y el mantenimiento en actos, de las opiniones que en uso de su juicio respetable y libérrimo alimentan; sino aquella otra que con mano firme, toda de diamante, abre las puertas de la naturaleza armoniosa y preservadora al espíritu humano, contra los que, de miedo de perder autoridad con su fortalecimiento, quieren cerrárselas; y de hierro encendido vuelve su manto blanco para amparar a sus amigos y enemigos, contra los que por prisa, o ignorancia, o interés, pretenden impedir en los demás el uso libre de los derechos que para sí reclaman.

La libertad, cuando fue en América epopeya, tuvo aquel ejército de jóvenes gloriosos que contaban a veces más victorias que cabellos en el bozo: luego, dejados nuestros países a sus elementos imperfectos y contradictorios, la libertad, llevada en mala hora necesaria por gentes de pasión y guerra, tuvo que batallar por convertirse de nominal en efectiva. Aquietándola en sus iras impacientes, animándola en sus horas de infortunio, guiándola en los pasos difíciles, increpándola por sus injusticias y exponiéndose valerosamente a su furor, reposando en la hora de la victoria, mas nunca dormidos, sino con la pluma luminosa, como con una espada, al lado, han venido en toda la difícil y ensangrentada peregrinación acompañando a la Libertad sus patriarcas; serpientes vigilan a la Libertad el sueño, y ellos,

con sus voces honradas, las espantan; gusanos del propio cuerpo se le suelen subir hasta más arriba de la cintura a la Libertad, y ellos, con su mano leal, los sacuden por tierra; hijos desmelenados y rojos, en sus noches de angustia y pesadilla, han solido nacerle a la Libertad amenazada, y ellos han ido siempre a la mano a sus acometimientos y desmanes. Han domado estos fundadores de la Libertad el amor y el odio. Los sacerdotes han sido de la larva época del establecimiento. Entre los americanos tiene, por esa singular virtud, Santiago Pérez, puesto alto y seguro. Es de esos senadores naturales de los pueblos a quienes de lo robusto de la indignación y de lo hondo del concepto del derecho humano acuden sin esfuerzo, apretados y lucientes como las escamas de una malla, raciocinios envueltos en imágenes, que resuenan con los acentos de la gran elocuencia, y se remontan, y como águila de oro relucen en lo alto, con los alientos de la gran poesía.

Historia de la literatura colombiana

Nueva York, febrero de 1888

Cuarenta años después de la fundación de Bogotá y Tunja, principiaron los pobladores a hacer versos, mas éstos no eran cantos de hazañas, ni de amores con las sumisas y tiernas criaturas de la tierra nueva, sino como símbolo de la significación mezquina que en cuanto a adelantos de espíritu había de tener la colonia: uno que otro epigrama latino, en honor de algún varón ilustre, u octava real, o mal soneto, celebrando tal vez, y éste era de los temas más altos, la publicación de un libro.

Por cierto que no hace al caso el maravillamiento de Vergara, que tiene como hazaña que los padres españoles hicieran aprender a sus hijos gramática española y latina; lo cual deduce, no de que constase a lo menos que así lo hacían, aunque menos no podían hacer, ni hay padre, español o turco, que deje de hacer cosa semejante con sus hijos, sino de que estos versillos se escribían a los cuarenta años de la fundación, cuando los más, si no todos, eran de los que habían venido de España con su poco de letras;

Grave defecto es ése del libro de Vergara: el airado y rencoroso empeño de enaltecer por sobre toda gloria de América las glorias de España, y de España eclesiástica, con singular tendencia a hallar bueno cuanto no lo fue, o excusable lo que no tiene excusa, o grande lo mediano, sin que falte algún juicio suyo donde la pasión del crítico desluce la seductora ingenuidad del hombre, en que, al tratar de americanos, se empeñe en recalcar lo que, por no conformarse a sus cánones religiosos o políticos, tiene él por medianía.

A este propósito recuerdo aquella iracunda tirada del lívido y celoso cura... en el aposento del pintor mejicano... ¡Qué erguirse, con miradas y silbos de culebra, contra Bolívar, cuya miniatura notable, pintada por el prócer Espinosa, tenía yo en la mano! ¡Qué gigante aquél, que pasó de tal modo por las aguas, y las encrespó y removió de tal suerte, que cincuenta años después de su hundimiento aún levanta estas negras espumas! Sacudía aquel clérigo el manteo y fusteaba con él la sombra, cual si en ella estuviera su enemigo. Inconcebible rabia le animaba. Con ademanes y lengua de placero regateaba al héroe sus glorias, y por quitárselas a él, dábaselas a otros menos gloriosos. «Pues ¿no le he de odiar -decía, y cuenta que éstas fueron sus mismas palabras-; no le he de odiar, si con los españoles sería yo hoy un gran personaje, y ahora no soy más que un clérigo pobre y perseguido?» ¡Y qué decir mal de su país, y qué llamar charlatanería a esa dote riquísima de efusión afectuosa que distingue a los hombres de América, y que él, como a grave defecto, achacaba a los verbosos bogotanos! Víbora parecía el cura, con sus ojos viscosos, con su color lisa y exangüe, y sus cabellos ralos cayéndole sobre el cuello nervioso, y sus movimientos coléricos e irregulares...

La tierra del quetzal

¿?

Desde el noble prólogo dice bien este libro honrado de su autor; que en él revela la cualidad, rara en los viajeros, de juzgar los países con arreglo a sus elementos e historia, y no a los cánones de la raza del crítico. No llega en el autor la fantasía, que por todas partes apunta y realza la obra, al grado de síntesis que, pide el arte; ni los materiales, allegados con escrúpulo, se eslabonan y ayudan como pudiesen, en manos más acostumbradas a urdir libros; pero la nota fiel, la narración personal y viva y la cordialidad que hermosea estas laboriosas páginas, excusan de sobra algún error de juicio o equivocación histórica, como cuando supone a México, cuya historia real pasma y conforta, inferior en carácter y recursos a la tierra del quetzal indómito, menos varia y pujante, o cuando presenta como víctima de desórdenes y guerras a ese ameno rincón de Nicaragua, que es, en su pequeñez, como Suiza de América y ejemplo de repúblicas.

No entró Brigham por el maravilloso Río Dulce, cuyos basaltos de extraños jeroglíficos reviste la pompa de las enredaderas y las palmas, con aquel necio desdén del búfalo corpulento por el hombre de tierras calurosas, en quien la viveza mental y el brío del corazón compensan con ventaja la poquedad de los miembros y el color tostado por la cercanía de un sol abrasante. «Amo los trópicos», dice Brigham, que escribe con el encanto y fuerza de quien ama. Ni el hijo feliz del pueblo fundado por los apóstoles de la libertad y desenvuelto al influjo de señores benignos, el hijo de los de Plymouth y de Penn, pide monumentos de república y civilización acabada al país tan bello como mísero, cuya gente nativa, que hizo a Izmachi de piedra y cimiento, no era por cierto indiada ruda; pero que a la lanza de Alvarado, el rubio y ágil bribón que quemó vivo el señorío indio y le robó su más galana mujer, cayó bajo la dominación de aquellos en cuya historia no quiere entrar Brigham, porque «no sería viaje de recreo el que hubiera de hacer por entre cloacas de engaño y montes de tiranía». Y siendo tales sus orígenes y la desconfianza y el fanatismo la natural consecuencia ¿qué más ha podido Guatemala hacer, constituida de hecho bajo un régimen patriarcal ansioso por levantarse a la dignidad de república, que producir para jefes de los departamentos hombres tales que, según Brigham, «pueden com-

¿No es maravilla, y prueba de la energía mental del país, que de esas supersticiones hayan surgido colegios nacionales excelentes, fieles correos, ferrocarril, penitenciaría, Cobán con sus cultivos, Quezaltenango con sus telares de «mucha labor durable y bella», Guatemala imperial, reclinada sobre el valle volcánico entre montes lujosos, como cesto de ópalos matizado de esmeraldas, con sus colegios que fueron conventos; con su juventud juiciosa y crítica que era ayer torva esclava; con su gobierno que batalla en su forma de república contra la constitución pastoral que dejó España y mantuvo el clero, por quien España perdura en América; con sus hogares generosos donde crecen juntos en el patio el jazmín del Cabo y la bondad en el corazón, sin más cizaña que las pasiones de la religión falsa; con sus escuelas y bibliotecas y con su Instituto, rico en ciencias y letras, en maestros cultos y discípulos aprovechados, en útiles y aparatos de aprender, allí donde de la pared, como memento para los débiles y espuela para los cobardes, cuelga aún un cuadro en que los indios, sin más coraza que un peto

de lana, ni más casco que una cabeza de jaguar, mueren bajo el diente de los mastines cebados a carne quiché por los conquistadores españoles? Ni el opresor halla excusa ¡indecorosa para quien la ofrece! ni el oprimido desdén injusto en este libro, que, para retrato del país y enseñanza de los norteamericanos, fue Brigham escribiendo, sin disimular flaquezas ni escatimar méritos, hoy en el vapor que ancla en el lindo Livingston, caserío y palmar de los pulcros negros caribes; mañana en mula, rumbo a las ruinas de Quiriguá, en cuyos monolitos perpetúa la imagen del hombre barbado, como dondequiera que hubo mayas, la memoria de aquel sabio Votam que les fue de Cuba; y al otro día en caballo triunfante, cuando el alcalde de un pueblo por donde pasaba Barrios, que entonces presidía, dijo a Brigham que no tenía bestias, y Barrios le dijo al alcalde: «¡Pues hazlas para

No en todo es justo el viajero, ni da con la razón de muchas cosas que la tienen; pero él vio el país como se debe ver, acá metiéndose por la maleza, allá recogiendo maderas petrificadas, granos y flores, y por allí levantando, con ayuda de indios, al costo de $ 3,75, una buena choza con techo de palma manaca: más lejos, durmiendo al pie de los caobos, esencia y majestad de la flora del trópico, a la hora en que el vampiro, harto de la sangre de las caballerías, pasa rozándole el rostro con las alas. Las industrias ¿cómo han de estar por aquellos pueblos interiores? «El herrero que tiene clavos no tiene martillo». Eso sí, los colegiales responden de prisa a lo que Brigham les pregunta, y las cabezas de bastón «en la Antigua las tallan mejor que en Dieppe», y los poconchis de Tamahú tienen buenos telares, y el indio es todo honor, y el ladino viveza, y el caribe leñador admirable y marinero; y donde hay para qué y cómo, se trabaja con brío; y las siembras son muchas y buenas y de tanta hermosura, que allí, no en Massachusetts, debieran vivir los campesinos que quieren llevar la vida venturosa; ¡qué plátanos, qué naranjas, qué trigo y maíz, qué variedad de palmas, qué rápidas cosechas!

Él describe los pueblos que visita, y las comidas, y el hotel, y lo que vio y oyó en ellos; en Escuintla la de las cañas, en Antigua la de ruinas, en Palín el de frutas, él alaba, como debe, el buen natural y honradez de la gente del país; él enumera y calcula la riqueza de aquella vegetación paradisíaca; él pesa y mide la tierra generosa que circunda los volcanes de Hunapú y los lagos ardientes, suelo de amor y lujo, cubierto de verde espeso y de más flores que hojas, flores menudas, bermejas y amarillas; él, ganando con la

energía del orden natural lo que pierde con la falta de orden literario, resume el viaje, narrado amenamente, en un capítulo de opinión, donde resulta amable, a pesar de sus trabajos de comienzo, la república; y en este libro, que en una noticia sobre volcanes y terremotos cuenta la historia de aquella naturaleza fragante, halla lugar, con ayuda del buen obispo Juarros y el capitán Fuentes, de la Recordación florida, y el Popol Vuh, que tradujeron Brasseur y Ximénez, y Milla, que tomó su historia de éstos, para narrar en fieles versículos la pintoresca creación de la Biblia quiché, y cómo los buenos desdentaron a los malos y llegó a ser príncipe de Utatlán hermosa el bravo y magnífico Tecum-Unam, odiado de cakchiqueles y zutujiles, que cayó muerto, con más heridas que poros, a los pies de Alvarado, cuando la lanza del español rubio tundió de un golpe el pájaro real que en defensa de su príncipe cayó sobre el de España, ¡el quetzal del Quiché, enamorado de su belleza y albedrío, que muere cuando cae preso o cuando se le quiebra la pluma verde de la cola!

Serie de artículos para «La América»

I -

De la influencia española en Hispanoamérica.

De la influencia francesa en Hispanoamérica.

De la influencia norteamericana en Hispanoamérica.

Nótese que no se alían esos ultrahispanos besalospies con el elemento juvenil, investigador y generoso de España moderna, sino con los cabecillas, sólo por su poco número más conspicuos que los nuevos ejércitos liberales y no por mayor mérito, con los cabecillas del espíritu cerrado, e intransigente, con el espíritu moribundo, y por esto mismo viva más vivaz, como la llama de una luz que muere, de la España antigua.

Contra esta traición, -en guardia. Contra esta traición a América y al espíritu americano, contra esta traición a nuestros dolores, a nuestras tradi-

ciones, que aún hacen semejantes gentes profesión de amar para que no se descubra tan a las claras toda su perfidia, o su miopía, porque muchos caen en esto de cortedad de vista intelectual y no de mala intención, contra esta traición a nuestra constitución espiritual y a nuestra misma constitución uraleza, -en guardia.

II -

No hay que rebajar las condiciones que se tienen: sino equilibrarlas por el realce o adquisición de las que no se tienen. Para dar a los pueblos de la América del Sur lo que les falta, no hay que rebanarles la hermosa imaginación, sino levantarla, dotarlos de razón en igual grado. Lo contrario sería mejorar perdiendo. El capital futuro es capital constante en las naciones. Y un pueblo pierde en caudal, no en relación a lo que gana ahora, sino a si lo que gana ahora le impide ser mañana lo que con el cultivo de sus naturales condiciones pudiera ser. Preservad la imaginación, hermana del corazón, fuente amplia y dichosa. Los pueblos que perduran en la historia son los pueblos imaginativos. Y cread el pueblo sumo, rico sin rival en naturaleza, rico sin rival en imaginación, rico sin igual en razón, porque la imaginación es como una iluminadora, que va delante del juicio, avivándole para que vea lo que investiga, lo que ella descubre, y dejándolo atrás en reflexiones mientras ella, impaciente, parte a descubrir campiñas nuevas. La imaginación ofrece a la razón, en sus horas de duda, las soluciones que ésta en vano sin su ayuda busca. Es la hembra de la inteligencia, sin cuyo consorcio no hay nada fecundo.

III -

Los hechos son la base del sistema científico, sólida e imprescindible base, sin la cual no es dado establecer, levantar edificio alguno de razón. Pero hay hechos superficiales, y profundos. Hay hechos de flor de tierra y de subsuelo. Y a veces, así como el rostro suele ser diverso del hombre que lo lleva, así la forma superficial y aparente del hecho es contraria a su naturaleza más escondida y verdadera. Y hay hechos en el mundo del espíritu.

Cuando se estudia un acto histórico, o un acto individual, cuando se les descomponen en antecedentes, agrupaciones, accesiones, incidentes coadyuvantes e incidentes decisivos, cuando se observa como la idea más simple, o el acto más elemental, se componen de numero no menor de ele-

mentos, y con no menor lentitud se forman, que una montaña, hecha de partículas de piedra, o un músculo hecho de tejidos menudísimos: cuando se ve que la intervención humana en la Naturaleza acelera, cambia o detiene la obra de ésta, y que toda la Historia es solamente la narración del trabajo de ajuste, y los combates, entre la Naturaleza extrahumana y la Naturaleza humana, parecen pueriles esas generalizaciones pretenciosas, derivadas de leyes absolutas naturales, cuya aplicación soporta constantemente la influencia de agentes inesperados y relativos. Sociología Americana. Leyes absolutas de sociología aplicadas a América. Pues digan: Si no hubiera acaecido el descubrimiento de la América -¿presentaría hoy la América el mismo estado que por un hecho absolutamente casual, e individual, presenta? ¡Pretender fijar las leyes que dan forma y guía al hombre sin contar con el hombre! Sería aquella virginal, sensata, patriarcal, artística América de los indios, de sí propia desenvuelta en tierra propia, juntando y concretando en sí las seculares influencias de un continente fastuoso y sereno y las condiciones peculiares y directas de razas esbeltas, perspicaces y afines -lo que es nuestra América híbrida, con pies monstruosos, con pies de español, vientre de sajón, sangre de indio, corazón envenenado y cabeza solar y alborotada, llena de esos pensamientos mojados en sangre fango y hiel, que como sedimento de sus viejas pasiones, le da a beber Europa.

Dóblese sobre el hombre el que quiera revelar las leyes del hombre. Y no constituyan con la sotana científica la sotana religiosa. La buena fe del intento, la buena tendencia del intento no excusa sus yerros, porque los hace más peligrosos. Se han de estudiar a la vez, si se quiere saber de sociedades humanas las influencias extrahumanas, los motivos generales de agencia humana, y las causas precipitantes o dilatorias que han obrado para alterar el ajuste natural entre estas dos fuerzas paralelas.

Correspondencia

A Valero Pujol

27 de noviembre de 1877

Amigo mío:

En un cariñoso párrafo, inserto en el último numero de «El Progreso»: -Por las cosas generosas que de mí dice, gracias. Para la observación con que termina, algunas observaciones.

Rechazo absolutamente, no el consejo de mi amigo, sino el injusto rumor de que se ha hecho eco. Yo analizo mis pequeños actos, y estoy contento de ellos. ¿Qué he hecho, para merecer tanta atención? Amo la prensa, ese poder nobilísimo, y he escrito un articulo de que dice Vd. Sobrado bien, y una manifestación que me honra, porque en ella expresé la gratitud ajena y la mía: ¡desventurado el que no sabe agradecer!

Amo la polémica viva, la juventud naciente, los esfuerzos literarios, y por temor de parecer intruso, he rehuido los amenos centros donde los jóvenes hablan, y las grandezas futuras se prometen. Manuel Acuña, el poeta pálido de México ¿qué fue sino un discutidor modesto de la Sociedad Netzahualcóyotl?

Amo la tribuna, la amo ardientemente, no como expresión presuntuosa de una locuacidad inútil, sino como una especie de apostolado, tenaz, humilde y amoroso, donde la cantidad de canas que coronan la cabeza no es la medida de la cantidad de amor que mueve el corazón. Si los años me han negado barbas, los sufrimientos me las han puesto. Y éstas son mejores.

¿Qué he hecho yo en la tribuna? -Una vez, conmovido por la voz de un bardo joven, saludé a Guatemala, que me da abrigo, y de quien aquí no digo bien, porque parecería lisonja. -Otra vez, allá en familia, en las útiles pláticas que la Escuela Normal sustenta, y el público favorece, encomié unos versos de Lainfiesta, medidos a la manera de Meléndez, el dulce poeta. –Hablé luego sobre el influjo de la Oratoria: ¿qué he de hacer con las palabras, si se me salen del alma? -Una inteligente maestra guatemalteca quiso ser anunciada por mí al público: ¿había yo de ser descortés? -Me invitó El Porvenir, -honra que no olvidaré, -a hablar en su primera velada. Veo yo desenvolverse los gérmenes tanto tiempo contenidos, cruzarse los alambres por el aire, tenderse los carriles por la tierra, crearse una nueva generación en las escuelas, llenarse de libros modernos las librerías, embellecerse la forma de las casas, multiplicarse los maizales ricos, quejarse

la caña en las centrífugas, reconocerse los puertos y los ríos; era yo el orador de una fiesta de este renacimiento, y ¿no había de cantarlo? Ensalcé a la próspera Guatemala. -Mi mano agradecida sabe que se sentía allí lo que yo decía. Los que la estrecharon, no serán olvidados. Aquella noche, no me equivoqué. Mi cariño estaba pagado: -yo había alentado a los jóvenes, encomiado la necesidad de la energía individual, censurado el respeto ciego, el continente sumiso, la mano floja, la mirada opaca, el habla humilde, todo eso que Vd. ha llamado circunstancias, y que ya -merced al libro, a los hombres de 1871, y a Vd. mismo- ya no lo son. Canté a la Guatemala laboriosa, alba de limpieza, virgen robustísima, pletórica de gérmenes; canté una estrofa del canto americano, que es preciso que se entone como gran canto patriótico, desde el brillante México hasta el activo Chile. Esa estrofa pugna por ser himno. -Aquella noche, corrió a mi lado aire de amor.

Luego, el 16 de septiembre, invitado por mi amigo Izaguirre y por alguien más, hablé de nuevo. Decir mal de España, con mis labios cubanos, hubiera parecido una pueril venganza. -Son flojas las batallas de la lengua. Volví los ojos hacia los pobres indios, tan aptos para todo bajadores de estatuas, de los creadores de tablas astronómicas, de la gran Xelahú, de la valerosa Utatlán. La manera de celebrar la independencia no es, a mi juicio, engañarse sobre su significación, sino completarla. Enumeré las fuerzas de Guatemala, y las excité al movimiento y al trabajo. Creo que me enojé un poco con las perezas del Ser Supremo, vuelto de espaldas tantos siglos a la América. -He ahí mi oscura campaña. Amar a un pueblo americano, y, por tanto, mío, tan mío como aquel que el Cauto riega; celebrar una nueva época, censurar aquella en que un Ministro reñía ásperamente a un maestro, porque enseñaba francés a sus discípulos, -he ahí las circunstancias que he atacado; he ahí la inoportunidad que he cometido. La verdad es que sólo aquel Ministro, y los suyos, tenían derecho a quejarse. -Cierto que para ellos fui yo inoportuno.

Pero para otros, no: para ancianos respetables, que me estiman; para el afectuoso –e impagable- círculo de jóvenes que me alienta; para los maestros entusiastas, de mirada grave y ciencia sólida, que acaban de salir de la Escuela en que -yo también- enseño; para el mundo nuevo, las circunstancias no están heridas, ni la oportunidad lastimada. -Cuando una sociedad vive entre dos extremos, el uno audaz -que adelanta, y el otro tenaz -que no camina, no se puede ser oportuno para todos. El que alienta a aquéllos, lastima a éstos. Aquéllos no se me quejan, amigo mío. Aquí, en mi oscuridad,



Amo a Guatemala. Probárselo será mejor que decírselo. Nada intento enseñar, yo que he tenido que admirar la elocuencia de un negro de África, y la penetración de un ladino de Gualán. Los que me pinten soberbio, se equivocan. La inteligencia, dado que se la tenga, es un don ajeno, y a mis

ojos, mucho menos valioso que la dignidad del carácter y la hidalguía del corazón. Estoy orgulloso, ciertamente, de mi amor a los hombres, de mi apasionado afecto a todas estas tierras, preparadas a común destino por iguales y cruentos dolores. Para ellas trabajo, y les hablaré siempre con el entusiasmo y la rudeza -no de un Mentor ridículo, que Mecenas y Mentor tuvieron canas, -ni de un Redentor cómico, que si amor me sobra, fuerzas me faltan; de un hijo amantísimo, que no quiere que sus amigos llamen a la energía necesaria, inoportunidad; a las resistencias sordas, circunstancias.

Vivir humilde, trabajar mucho, engrandecer a América, estudiar sus fuerzas y revelárselas, pagar a los pueblos el bien que me hacen: éste es mi oficio. Nada me abatirá; nadie me lo impedirá. Si tengo sangre ardiente, no me lo reproche Vd., que tiene sangre aragonesa.

Vd. me ha hecho mucho bien: -hágame aún más. No diga Vd. de mí, -que eso vale poco: «Escribió bien», «habló bien». -Diga Vd., en vez de esto: «Es un corazón sincero, es un hombre ardiente, es un hombre honrado».

Y así, lo abrazaré. Su amigo, José Martí.

A Fausto Teodoro de Aldrey

Caracas, 27 de julio de 1881

Amigo mío:

Mañana dejo a Venezuela y me vuelvo camino de Nueva York. Con tal premura he resuelto este viaje, que ni el tiempo me alcanza a estrechar, antes de irme, las manos nobles que en esta ciudad se me han tendido, ni me es dable responder con la largueza y reconocimiento que quisiera las generosas cartas, honrosas dedicatorias y tiernas muestras de afecto que he recibido estos día últimos. Muy hidalgos corazones he sentido latir en esta tierra; vehementemente pago sus cariños; sus goces, me serán recreo; sus esperanzas, plácemes; sus penas, angustia; cuando se tienen los ojos fijos en lo alto, ni zarzas ni guijarros distraen al viajador en su camino: los ide-

ales enérgicos y las consagraciones fervientes no se merman en un ánimo sincero por las contrariedades de la vida. De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta es la cuna; ni hay para labios dulces, copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Déme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo.

Por de contado cesa de publicarse la Revista Venezolana; vean en estas frases su respuesta las cartas y atenciones que, a propósito de ella, he recibido, y queden excedidas por mi gratitud las alabanzas que, más que por esas paginillas de mi obra, por su tendencia, he merecido de la prensa del país y de gran suma de sus hombres notables. Queda también, por tanto, suspendido el cobro de la primera mensualidad: nada cobro, ni podrá cobrar nadie en mi nombre, por ella; la suma recaudada ha sido hoy o será mañana, devuelta a las personas que la satisficieron; obra a este objeto en manos respetables. Cedo alegre, como quien cede hijos honrados, esos inquietos pensamientos míos a los que han sido capaces de estimármelos. Como que aflige cobrar por lo que se piensa; y más si, cuando se piensa, se ama. A este noble país, urna de glorias; a sus hijos, que me han agasajado como a hermano; a Vd., lujoso de bondades para conmigo, envía, con agradecimiento y con tristeza, su humilde adiós.

A Bartolomé Mitre y Vedia

Nueva York, 19 de diciembre de 1882

Señor amigo:

Contesto ahora, en medio de verdaderas premuras su carta, sólo en lo cuerda igual a lo generosa, de 26 de septiembre último. Me pareció un rayo de mi propio sol, y palabra del alma; -ni me parece ahora que escribo a amistad nueva, sino a amigo antiguo, de corazón caliente y mente alta. No hay bien como el de estimar, -y acaso sea éste hoy mi único placer. Queda,

pues, dicho que leí con verdadero gozo sus observaciones acerca de la naturaleza de las cartas en que su buena voluntad permite que me empeñe, y que el gozo fue tanto porque vi mis pensamientos en los suyos, cuanto porque penetró Vd. en los míos. No hay cosa que yo abomine tanto como la pasión. Cierto que no me parece que sea buena raíz de pueblo, este amor exclusivo, vehemente y, desasosegado de la fortuna material que malogra aquí, o -pule sólo de un lado, las gentes, -y les da a la par aire de colosos y de niños. Cierto que en un cúmulo de pensadores avariciosos hierven ansias que no son para agradar, ni tranquilizar, a las tierras más jóvenes, y más generosamente inquietas de nuestra América. Cierto que me parecería cosa dolorosísima ver morir una tórtola a manos de un ogro. Pero ni la naturaleza humana es de ley tan ruin que la oscurezcan y encobren malas ligas meramente accidentales; ni lo que piense un cenáculo de ultra-aguilistas es el pensar de todo un pueblo heterogéneo, trabajador, conservador, -entretenido en sí, y por sus mismas fuerzas varias, equilibrado; ni cabe de unas cuantas plumadas pretenciosas dar juicio cabal de una nación en que se han dado cita, al reclamo de la libertad, como todos los hombres, todos los problemas. Ni ante espectáculos magníficos, y contrapesa saludable de influencias libres, y resurrecciones del derecho humano -aquí mismo a veces- aletargado, -cumple a un veedor fiel cerrar los ojos, ni a un decidor leal decir menos de las maravillas que está viendo. Hoy, sobre todo, en que en ciertas comarcas de nuestra América, en que arraigó España más hondamente que en otras, se capitanea, bajo bandera literaria y amor poético de la tradición, una mala empresa de vuelta a los estancados tiempos viejos, -urge sacar a luz con todas sus magnificencias, y poner en relieve con todas sus fuerzas, esta espléndida lidia de los hombres.

Siendo esa mi manera de pensar, bien hizo Vd., pues, en mermar de mi primera carta –por cuya publicación y afectuoso anuncio le quedo agradecido- lo que pudiera darle, por ser primera e ir descosida de otras, aire de prevenida y acometedora. Es mal mío no poder concebir nada en retazos, y querer cargar de esencia los pequeños moldes, y hacer los artículos de diario como si fueran libros, por lo cual no escribo con sosiego, ni con mi verdadero modo de escribir, sino cuando siento que escribo para gentes que han de amarme, y cuando puedo, en pequeñas obras sucesivas, ir contorneando insensiblemente en lo exterior la obra previa hecha ya en mí. Y esto creo que se lo dije en carta, al enviarle mi correspondencia, a nuestro amigo benevolentísimo el señor Carranza, y le rogué que pidiera a Vd. perdón por ello. Ahora ya sé que ando entre gentes de alma noble, y que me siento a

buen festín, y no tengo sino dejar salir el alma, en la que tengo fe. Y fío en que la he de hacer sentir, por cariñosa y por humilde. No me parecen definitivas sino las conquistas de la mansedumbre.

Me dice Vd. que me deja en libertad para censurar lo que, al escribir sobre las cosas de esta tierra, halle la pluma digno de censuras. Y ésta es para mí la faena más penosa. Para mí la crítica no ha sido nunca más que el mero ejercicio del criterio. Cuando escribía juicios de dramas, callar sobre los malos era mi única manera de decir que lo eran. Puesto que el aplauso es la forma de la aprobación, me parece que el silencio es forma de desaprobación sobrada. No tema Vd. La abundancia de mis censuras que se desvanecen delante de mi pluma, como los diablos delante de la cruz. Yo sé que es flaqueza mía; pero no puedo remediarlo. Suelo ser caluroso en la alabanza, y no hay cosa que me guste como tener que alabar, -pero en las censuras, de puro sobrio, peco por nulo. Cuando haya cosas censurables, ellas se censurarán por sí mismas; que yo no haré en mis cartas -pues va dicho sin decirlo que acepto el honor de escribirlas para La Nación, -sino presentar las cosas como sean, que es sistema cuerdo de quien por no ser de la tierra, tiene miedo de pensar desacertadamente, o amar demasiado, o demasiado poco. Mi método para las cartas de Nueva York que durante un año he venido escribiendo, hasta tres meses hace que cesé en ellas, ha sido poner los ojos limpios de prejuicios en todos los campos, y el oído a los diversos vientos, y luego de bien henchido el juicio de pareceres distintos e impresiones, dejarlos hervir, y dar, de sí la esencia -cuidando no adelantar juicio enemigo sin que haya sido antes pronunciado por boca de la tierra- porque no parezca mi boca temeraria; -y de no adelantar suposición que los diarios, debates del Congreso y conversaciones corrientes, no hayan de antemano adelantado. De mí, no pongo más que mi amor a la expansión -y mi horror al encarcelamiento del espíritu humano. Sobre este eje, todo aquello gira. ¿No le place esta manera de zurcir mis cartas? Ya las verá sinceras, -con lo que Vd., que lo es tanto -no me las tendrá a mal.

Dicho ya, tan a la ligera que va a parecerle acaso violento y confuso, mi modo general de ver; y puesta por delante mi alegría de hallar a tanta distancia un corazón vecino, -le pediré perdón por no haber aprovechado el correo anterior para responder su carta, y por no comenzar con mi correspondencia hoy la serie definitiva de las mías para el periódico. Pero después de dos años de no ver a mi mujer e hijo, me han venido en estos mismos días, en medio de este crudísimo diciembre, a alegrar mi casita recién

hecha, que es toda de Vd. Y primero las ansias de aguardarlos, y los miedos de que no viniesen, y luego las faenas del establecimiento, y las enfermedades de aclimatación, -me han quitado el sosiego de espíritu y claridad de mente necesarios para escribir con honradez y serenidad cosas que han de leer gentes sensatas. No lo achaque, por Dios, a informalidades de gentes letradas, que en esto no fui nunca, ni quiero yo ser, gente de letras. Sino a calor del espíritu, que me deja sin fuerzas para obras menores cuando me lo solicita y concentra toda obra mayor. Ahora mismo le escribo, sin papel apenas en que dejar caer estos renglones, y muy entrada ya la noche fría, fatigado de un día muy laborioso, de todo lo cual le pido excusa. Pero ya con buena parte de los míos a mi lado, y calmado el afán de verlos venir, me doy sin tardanza a mi nueva sabrosa tarea. Y cada mes, como Vds. Bondadosamente me lo piden, comenzando por el próximo enero, y por el vapor directo, o el primero que en el mes salga, le enviaré en mi carta noticia, que procuraré hacer varia, honda y animada, de cuanto importante por su carácter general, o especialmente interesante para su país, suceda en éste. Lo pintoresco aligerará lo grave; y lo literario alegrará lo político. Cuando hablo de literatura, no hablo de alardear de imaginación, ni de literatura mía, sino de dar cuenta fiel de los productos de la ajena. Aunque ya han muerto Emerson y Longfellow, y Whittier y Holmes están para morir. De prosistas, hay muchedumbre, pero ninguno hereda a Motley. Hay un joven novelista que se afrancesa. Henry James. Pero queda un grandísimo poeta rebelde y pujante, Walt Whitman, y apunta un crítico bueno, Clarence Stedrnan. Esta noticia se me ha salido de la pluma, como a buen gustador se va derechamente, y como por instinto, una golosina.

Réstame sólo, por ser contra mi voluntad, tiempo de poner punto a esta carta, darme los parabienes de haber hallado en mi camino a un caballero bueno de las letras, que de fijo lo es bueno en todas las cosas de la vida. Escribiré para La Nación fuera de todos los respetos y discreciones necesarias en quien sale al público -como si escribiera a mi propia familia. No hay tormento mayor que escribir contra el alma, o sin ella. Por lo generosa, -y bien sé cuán valiosa es la hospitalidad que en La Nación venerable me brinda, -tengo las manos llenas de gracias. La estimo vivamente, y haré por pagarla. Ojalá sienta Vd. en esta carta el cariño y efusión con que se la escribe su amigo y servidor afectuoso, José Martí.

A Manuel A. Mercado

Nueva York, 13 de noviembre 1884

Mi amigo queridísimo:

Recibí del señor Polignac su carta última, y en ella la mala noticia de que se volvió a México con otra anterior de U. por no hallarme: en Nueva York estaba; pero lleno de agitaciones y dudas, y a punto ¡quién nos lo hubiera dicho! de ir por quince días a México. -Grandes empeños me llevaban; porque yo soy siempre aquel loco incorregible que cree en la bondad de los hombres y en la sencillez y naturalidad de la grandeza; pero ¿por qué no he de decirle que tanto como mi frustrada empresa, y agradecido a ella porque me devolvía a Vd., me animaba y tenía lleno de júbilo el pensamiento de volver a verlo? Porque Ud. se me entró por mi alma en mi hora de mayor dolor, y me la adivinó toda sin obligarme a la imprudencia de enseñársela, y desde entonces tiene Ud. en ella asiento real. -¿Qué para qué iba yo a México? Ud. sabe con qué serenidad abandoné cinco años hace, por no poder sufrir sin bochorno nuestra ignominiosa vida pública, la situación bonancible y brillante que, amorosa como una madre, me ofrecía mi patria -que lejos de ella, y con mi ejemplo y fe, he esperado, con una paciencia parecida a la agonía, el instante en que abatidas ya todas las falsas esperanzas de nuestra gente, se decidiesen a dejar campo -a los que no ven más manera de salvar al país que arrebatarlo de sus dueños; y en todas estas labores yo no tenía el pensamiento en mí, que sé que todo poder y todo provecho me están vedados por mi carácter austero en el mundo; ni aspiraba a más gozo que al de hacer algo difícil y desinteresado, y acabar. Vinieron hasta Nueva York, esperanzados en el éxito de un movimiento de armas con la exasperación, angustia e ira reinantes en el país, dos de los jefes más probados, valientes y puros de nuestra guerra pasada, y con estos calores míos, me puse a la obra con ellos. De esta tierra no espero nada, ni para Uds. ni para nosotros, más que males: ciertos medios, ya hay; pero necesitamos más: y yo veía llegada la hora memorable y dolorosa de ir a implorar, con lágrimas y con razones, el cariño y la ayuda de todos los pueblos, pobres y generosos, de nuestra América. De las dificultades no me hable, que yo me las sabía; pero tal brío llevaba en mí, y tal fe en la nobleza humana, que de antemano estaba orgulloso de mi éxito: ¿por dónde había

de empezar sino por México? Acordamos planes y fechas: señalé el 20 de octubre para partir: no tenía más modo de vivir que lo que me producía el Consulado del Uruguay, en que hacía de Cónsul interino, y como el Uruguay está en amistad con España, renuncié con el Consulado a mi único modo de vivir: -Carranza llegó a afligirme y pesar sobre mí de tal manera que, alabado en esto por todos, tuve al fin que abandonarle, hará unos cuatro meses: -y para que mi familia viviese durante mi ausencia, tenía concertadas unas cartas de viaje con el «Sun», siempre bueno para mí: sentía que renacía, yo, que desde hace años recojo a cada mañana de tierra mis propios pedazos, para seguir viviendo: -cuando de súbito vi que, por torpeza o interés, los jefes con quienes entraba en esta labor no tenían aquella cordialidad de miras, aquel olvido de la propia persona, aquel pensar exclusivo y previsor en el bien patrio, -aquel acatamiento modesto a la autoridad de la prudencia y de la razón sin las que un hombre honrado, que piensa y prevé, no puede echar sobre sí la responsabilidad de traer a un pueblo tan quebrantado como el nuestro a una lucha que ha de ser desesperada y larga. ¿Ni a qué echar abajo la tiranía ajena, para poner en su lugar, con todos los prestigios del triunfo, la propia? No vi, en suma, más que a dos hombres decididos a hacer, de esta guerra difícil a que tantos contribuyen, una empresa propia: -¡a mí mismo, el único que los acompañaba con ardor y los protegía con el respeto que inspiro: llegaron, apenas se creyeron seguros de mí, a tratarme con desdeñosa insolencia! A nadie jamás lo diga, ni a cubanos, ni a los que no lo sean; que así como se lo digo a Vd., a nadie se lo he dicho: pero de ese modo fue: ¿cómo, en semejante compañía, emprender sin fe y sin amor, y punto menos que con horror, la campaña que desde años atrás venía preparando tiernamente; con todo acto y palabra mía, como una obra de arte? Pues si he estado, ya con el alma rota, en comunicación constante, con todas nuestras tierras; si desdeñando glorias y provechos que otros, y no yo, consideran más apetecibles, he movido la pluma para todas esas tierras, cuando no podía ya mover el alma; si me he complacido en sentir, en pago de mi cariño, amorosa para mí a la mejor gente de todos esos países ,¿por qué era, sobre que ese amor a ellos es en mí natural, sino porque el cariño que personalmente había tenido la fortuna de inspirar, podía ponerlo luego al servicio de mi patria? -De estas alas caí, como si hubieran sido de humo: el pensamiento de lo que pierdo en autoridad, y en beneficio de mi fama, siendo como es posible hoy la guerra, con apartarme de los que la conducen, y conmigo habían comenzado a allegar los medios de hacerla realizable, -no podía bastar en mí, que nada sé hacer contra mi concepto de lo justo, para entrar en una campaña incompleta, y

funesta si no cambia de espíritu, sin más estímulo que el de mi provecho personal futuro, que es el único estímulo que para mí no lo es jamás. Ni cómo contribuir yo a una tentativa de alardes despóticos, siquiera sea con un glorioso fin; tras del cual nos quedarían males de que serían responsables los que los vieron, y los encubrieron, y, con su protesta y alejamiento al menos, no trataron de hacerlos imposibles? -Y no he ido a México, ni voy a ninguna parte, por el delito de no saber intentar la gloria como se intenta un delito: como un cómplice. Renuncié bruscamente, aunque en sigilo, a toda participación activa en estas labores de preparación que en su parte mayor caían sobre mí. Renuncié a dejar de verlo. Me quedé sin modos de vida. Pero he hecho bien: y recomienzo mi faena. En mi tierra, lo que haya de ser será; y el puesto más difícil, y que exija desinterés mayor, ese será el mío. -No me asombro de lo que me ha sucedido, aunque me duele: ¡sé ya de tan viejo que a los hombres les es enojosa la virtud! Y esto que yo, si tengo alguna, procuro no enseñarla, para que no me la vean: pero obrar contra ella, no puedo: -Y de esto me viene siempre mal.

Ahora, ¿querrá Ud. ayudarme? ¿Querrá Ud. ponerse de mi lado, a ver si puedo, recogiendo labores de aquí y de allá, ya en los periódicos de aquí, ya en los de fuera, evitar el uncirme de nuevo, con estos pensamientos que me queman y estas visiones blancas que me empujan, a una mesa de comercio, en que me iría muriendo; por ser en ellas constantes la brusquedad y el egoísmo, de los que cada muestra y palabra me dan en el corazón, que no sé ya cómo me vive? -De este pensamiento era del que le hablaba desde hace dos años, pensando siempre en una manera de arreglar mis labores, de modo que me permitiesen trabajar en mis propias vías, que es el único modo de dar fruto. Porque si no, me muero de vergüenza, y me parece que desobedezco a la voz de adentro, y falto a mi deber, y seré juzgado, puesto que traje en mí acciones y palabras buenas que no di, como un desertor y un criminal.

Trabajo para un gran diario de Buenos Aires; pero este sueldo va a mamá. Si logro arreglar este género de vida, y fijar mi plan, trabajaré, como en este mismo instante, para el Sun de aquí, para el que escribo en francés ¡yo, a quien Ud. corrigió una vez, con dulzura de evangelista, un envoyerai por un enverrai! -Lo que le pido es esto, y se lo pido urgentemente, y como a Ud. pudiera yo con más eficacia pedírselo. Me va en ello, ahora, el enderezamiento de mi vida, que de aquí a un mes sería angustiosa; y, después, me va en ello la fuerza de mi inteligencia, y la salud del alma: -Dos cosas

se me ocurren, y una la tenía pensada mucho tiempo ha: ¿vendría bien para el Diario Oficial de México, con una remuneración que sin ser excesiva, compensase en algo la labor, de 50 a 100, según el tiempo empleado, una especie de redacción constante de asuntos norteamericanos, estudiados, sin comentarios comprometedores, en cuanto, y ahora es mucho e importantísimo, hiciesen relación a todos los pueblos de nuestra raza, y en especial al mexicano? Alerta se ha de estar allí a todo esto, sin que por eso se parezca alarmista. Ese sería el mejor modo de ir haciendo opinión y previsión, sin alarmarlos.

Cada semana saldrían de aquí las cartas y documentos que fueran del caso. O cada semana una carta. O una noticia especial de cada asunto que se refiriese a las relaciones de este país con los nuestros, por actos directos o indirectos. Ya sé que no es de amenidades ni literaturas el Diario Oficial; ni sienta bien como lugar de expresión de opiniones extremas, que yo cercenaría, y haría de modo que los lectores las dedujesen por sí, sin ir en esto a más de lo que el Diario desease. -Un centinela de la casa propia, con todo el cuidado de quien sabe el peso y alcance de toda palabra oficial: éste sería yo en esto.

Y mi otro plan es éste: He imaginado sentarme en mi mesa a escribir, durante todo el mes, como si fuese a publicar aquí una Revista: Sale un correo de Nueva York para un país de los nuestros: escribo todo lo que en éste haya ocurrido de notable: casos políticos, estudios sociales, noticias de letras y teatros, originalidades y aspectos peculiares de esta tierra. Muere un hombre notable: estudio su vida. Aparece, acá o en cualquier otra parte del mundo, un libro de historia, de novela, de teatro, de poesía: estudio el libro. Se hace un descubrimiento valioso: lo explico, luego de entenderlo. En fin, una Revista, hecha desde New York sobre todas las cosas que puedan interesar a nuestros lectores cultos, impacientes e imaginativos; pero hecha de modo que pueda publicarse en periódicos diarios. Siete, ocho, diez, yo no sé cuántos, porque Ud. sabe que ni el corazón ni la mano se me enfrían, tendría el periódico que entrase en mi plan, como parece que uno en el Uruguay, El Siglo, y otro en Chile, El Mercurio, entran: de estos artículos, unos serían de crítica, otros de bibliografía, otros de biografía, otros, los que interesarían más acaso, correspondencias sobre varias materias. Por ferrocarril le mando copia de la última que he escrito, en que describo el día y la noche de elecciones. Naturalmente, ese trabajo, que es más que el de un redactor diario asiduo, no lo podría hacer para un

periódico solo, a menos que no compensase por sí solo el tiempo empleado en él, como tres años ha hice con La Opinión de Caracas, lo que abandoné por ser condición para continuar aquella labor que consintiese el alabar en ella las abominaciones de Guzmán Blanco. Con $ 120 me bastan para la vida: tengo probabilidades de que los periódicos que le he dicho de Montevideo y Santiago tomen esta serie de trabajos, que se publicarían en el periódico de cada país a un mismo tiempo; y eso me habilita a ofrecer toda esa labor por $ 40 oro americano al periódico mexicano que viese utilidad en ella. Ud. me cuidaría, por serme vital, de la constancia de la paga. ¿No ve que me debe estar dando vergüenza hablarle de esto? Creo esto realizable, y acaso lo del Diario, aunque más fácilmente lo otro.

Por poco me propongo dar mucho; que no por mío ha de valer, sino porque será de cosas de interés, nuevas y vivas. Siéndome esta labor grata, ¡qué diligencia no pondré yo en ella! -que no he perdido nada de la que Ud. me conoció, sino que la tengo crecida, por el disgusto que los trabajos nimios del comercio me causan, y el agradecimiento con que vería el poder librarme de ellos, -y por ser éstas labores que reúnen a la vez la animación, la hermosura y el desinterés que me son esenciales, en cuanto hago y veo, para la vida.

Ya le he hablado bastante, aunque nada de la inquietud y necesidad con que espero su respuesta, que me es tan importante, para poder decidir acá mi futuro género de vida, y por estar hoy sin ninguno fijo, que le agradecería que, en caso de conseguir una u otra cosa de las que le propongo, me telegrafiase una sola palabra «Sí», al Consulado del Uruguay, 17 y 19 Willliam

Y olvídese, olvídese de que lo he ocupado tanto tiempo en estas tristezas e intereses míos; pero si puede, ayúdeme.

De descontento, callo. Bese la mano a Lola, y las mejillas a sus hijos. Carmen, buena: mi hijo, una copa de nácar: mis padres, en la Habana: y yo, de tal manera en mi interior, que sólo a Ud. podría decírselo.

A Manuel A. Mercado

Diciembre de 1889

Mi hermano querido:

Si viera el cielo, entendería por qué no le escribo carta larga. Muy larga es la que le va, aunque puede leerse, por ser como una revista general; donde de todo lo importante se da nota, sin que se le vea la pedantería al revistero. ¿Por qué no he de hablarle más que de mí en mis cartas? Al prepararme en estos días para la tarea seria del año, de modo que ya me es dable, a pesar de lo mucho patriótico y gratuito, cumplir como quiero con todo lo que tengo que hacer, y necesito hacer, pensaba, como celoso, en Vd., y se me antojaba que, por lo breve de mis cartas o lo agitado de ellas, o porque no cumplo a tiempo con la pluma los deberes que cumplo muy de veras con el corazón, o por no haber podido dar aún principio a la tarea diaria que solicité, y me reservarán tan luego vean como la atiendo, -habrá parado Ud. en pensar que no soy yo aquella persona seria y amable que Ud. quería. ¿Verdad que no lo piensa? Es que con vivir yo tan triste, donde no se lo ve, y con trabajar tanto, y con tanta fatiga y afán de tiempo por mis ideas queridas y mis deberes públicos, aún parece que me alcanza espíritu para andar de médico de tribulaciones ajenas, y entre mis trabajos, que hago a conciencia, y mi tierra, y mis otras tierras americanas, y los que se vienen a medicinar, y el desmayo mortal y oculto de mi corazón, ando que no me alcanzo para darle cumplimiento a todo, y cuando llega la hora de escribir a la madre enojada, o al hermano ejemplar, o al generoso hermano literario, o a los entusiastas amigos, como he de hablarles de mí, que es lo menos interesante que conozco, y como la vida del día acorrala y espanta, echo la pluma a volar, a que lleve en las alas la carta que no escribo.

Va a saludarle de año nuevo ese discurso de Heredia, que ha de leer Vd., a pesar de sus ocupaciones, y yo he de mandar -en cuanto me traigan los ejemplares- a mis amigos de México, -porque, aunque lo dije para que resonase en Cuba, y para atraer la atención sobre mi tierra y sobre las suyas, y más sobre las suyas que sobre la mía esta vez, a los caballeros de la Conferencia Panamericana, lo único que me parece bueno de todo él es lo que dice de México. ¿Por qué tiene más música ese párrafo que los demás? A mi admirable y excelente Gutiérrez Nájera le tengo que escribir,

en justo castigo de las hermosuras que dice de mi sobre La Edad de Oro, una carta pública en que le diga, con la alteza natural de las cosas en que esté su nombre, la causa de la cesación del periódico, y mi pensamiento religioso. Le enviaré el 1er ejemplar del discurso que me llegue; pero déle el de Vd., a que lo lea a solas, -así como ese otro que le envío, y dije en ocasión para mí dificilísima, ante los miembros de la Conferencia que vinieron a Nueva York, -porque los más seguros de sí, o menos obligados, quisieron dar muestra de su opinión con no venir. -Y era mi objeto, porque veo y sé, dejar oír en esta tierra, harta de lisonjas que desprecia, y no merece, una voz que no tiembla ni pide, -y llamar la atención sobre la política de intriga y división que acá se sigue, con daño general de nuestra América, e inmediato del país que después del mío quiero en ella más, -en las tierras confusas y rendidas de Centroamérica. Nadie me lo ve tal vez, ni me lo recompensa; pero tengo gozo en ver que mi vigilancia, tenaz, y prudente, no está siendo perdida. ¡Y qué montados, y equivocados, tienen a los guatemaltecos contra México! ¡Qué esfuerzos para hacerles entender que México no es su enemigo, sino en cuanto ellos se presten a ser aliados de los enemigos de México! Pero esto Ud. no me lo pregunta, y yo no debo estarle hablando de intruso. Sólo que lo que veo, lo veo, y hago lo que creo que debo hacer, y tengo gusto en decírselo de paso. ¡Y cuánto haría, si no estuviera en la pobreza en que estoy, sin más ayuda para estas propagandas, puesto que yo a nadie se la he pedido, que lo poco que puedo rapiñar de mi trabajo! ¡Qué necesidad la de tener aquí una tribuna constante, en la lengua del país, briosa y cortés, sin responsabilidad de gobierno alguna, sino personal y suelta! Pero mientras viva, velo. Quiero libre a mi tierra, -y a mi América libre.

Ud. tiene tanto que hacer que no puedo pedirle, sin remordimiento, lo que deseo mucho, ya que El Partido no me llega desde hace tres semanas, -y es cuanto pudiera haber a mano sobre el Congreso Pedagógico, que es cosa que se debe poner sobre todas las cabezas, porque sólo de ahí puede salir el porvenir, y con lo que hubiera yo llamado a todas las casas, a haber estado en México, hasta que se despertasen, y saliesen a ver. Cada sesión merecía,

El Times de aquí reprodujo ayer con elogio editorial, -y un rasguño inmerecido-, la circular de Baranda. Ud. sabe que esos son mis arreos de pelear, y no se ha de extrañar de este entusiasmo. Ni de que le diga que a nadie, fuera de los cariños que por la naturaleza presiden a todos, deseo más venturas de año nuevo que a Vd., a mi hermano querido.

Su José Martí

A Roque Sáenz Peña

Nueva York, 10 de abril de 1890

Señor Roque Sáenz Peña.

Mi distinguido amigo:

Recibo su carta, y no necesito decirle que también sentí muy de veras no haber tenido ocasión de saludarlo en su visita demasiado rápida. Pero usted volverá en días de más sol, y repararé el tiempo perdido. -De ningún modo desmayo en el pensamiento de poner en claro, con toda la viveza con que usted y yo lo sentimos, el problema de nuestra América, de modo que confirmemos nuestra independencia antes de que se creen, como pudieran crearse, las condiciones que nos la podrían arrebatar. Y luego, el corazón me sangra por mi tierra, y yo quiero que ella vaya, salvándose y salvando, por donde nuestra América va. Éste no es interés mío, sino americano, y no tengo derecho de rechazar la ayuda que me ofrece, si con ella podemos sacar de confusiones un estado político que gracias a la Argentina, y a ciertos discursos que yo sé, ha comenzado a ser menos amenazante. No es sólo su primer discurso de usted el que me parece notable: el segundo que era más difícil, lo supera. -Leo en los diarios de hoy que el miércoles próximo se cierra la Conferencia; y contengo a duras penas el deseo de volver a Washington, y dejar caer aquí y allá, antes de la dispersión, ideas que considero útiles, y una súplica cauta, y muy privada, por mi patria. -Lo saluda muy afectuosamente, y se pone a los pies de la señora, su amigo y servidor,

Al Sr. Director de la República

Nueva York, 8 de julio de 1886

Señor Director de La República:

Debo a la merced de algunos nobles amigos de Honduras el encargo, que estimo como valioso privilegio, de escribir periódicamente para La República, con mi juicio americano y libre, una revista ordenada, de cuanto pase en esta tierra, grande en sus maravillas como en sus defectos, que pueda ser de interés o utilidad en ese gallardo país hondureño, del que no digo aquí cuanto me nace para él filialmente del alma, porque no vaya a parecer lisonja entrometida, la amorosa ternura con que le veo irse haciendo y levantando, -y porque tengo en tal respeto la palabra pública, que, ni aun para captarse la simpatía que ha menester en una tierra culta el cronista desconocido que llega a sus puertas, deben emplearse en expresiones meramente personales la atención y el espacio que han de darse enteros al mejoramiento de la patria, y al estudio leal de los problemas industriales y políticos, que puedan ayudar a extraer el oro de sus entrañas generosas, o a ir poniendo en su aire ese otro oro sutil y de más precio que viene con la práctica entendida y sincera de las libertades.

Porque nosotros hemos padecido de hojosidad, como nuestros bosques. La pompa del follaje no ha dejado ver la substancia del tronco. Han sido nuestros pueblos, venidos a la existencia en el esfuerzo de una violación irredimible, en el impío maridaje de una azucena y una lanza, como esos poetas novicios que derraman, en frases confusas y rimas incoloras, su vaga ansia de músicas celestes, antes de que la vida, recia y viril, haya sazonado con sus jugos amargos los afectos desgarradores que engendran la poesía.

Dotados al nacer de masas incultas por una parte, fuertes y tenaces como todo lo que arranca nativamente del suelo en que vive, y de minorías preocupadas por la otra, ahítas con nombre de ciencia, de culturas griegas y latinas que no nacen del suelo nativo, ni tienen acomodo, ni mercado, ni influjo posible en él; cerrados así, por esta educación universitaria, falsa y estéril, los caminos naturales y honrosos de la prosperidad en pueblos nuevos, donde la cultura no ha tenido todavía tiempo de distribuirse en la masa con la abundancia necesaria, para que consuma con una demanda

legítima y firme esos productos de cultura acumulada que se llaman Artes y Letras; -azogada en las venas nuestra sangre ardiente por la transfusión desmedida e incesante de las ideas gloriosas que todavía son sueños, o realidad casi impalpable, en los mismos pueblos seculares y maduros que las crearon; -solicitados los espíritus por las necesidades de la vida, que en nuestros pueblos nacientes fuerzan a los hombres de cultura inútil a oficios de parásito o a oposición interesada, a la vez que estimulados por esa magnífica fiereza, divina hija del sol de nuestros montes, a erguirse como dioses a quienes se priva de su escabel de nubes, cuando falta en el aire que respiran ese respeto a la persona humana que hace grandes a los pueblos que lo profesan y a los hombres que viven en ellos, y sin el cual los pueblos son caricaturas, y los hombres insectos; -así compuestos, así impacientes, así deslumbrados, así altivos, ¿qué habían de hacer nuestros pobres países de América, nacidos a la libertad con una lanza en el costado, sino batallar, con el ímpetu y desprendimiento propios de la adolescencia para hallar acomodo entre las clases universitarias y amomiadas, que tomaron las riendas en su mano, y las masas genuinas y vivas que al ver flamear en el aire las palabras modernas se creyeron llamadas, como por estandartes de luz, al ruido y esplendor de la existencia? ¿Qué habían de hacer nuestros pobres pueblos nuevos, bautizados en la ignorancia y en el odio, caldeados por el sol del cielo y el del espíritu, pecadores de entusiasmo, ágiles como la raza nativa que los puebla, sedientos de una libertad sin límites como su luz y su hermosura? ¿Qué habían de hacer, vestidos de toga en medio de la selva, sino ir torciendo penosamente las togas en arados, y bregar con la pujanza del instinto por ajustar la cultura ficticia, nominal y vana de las escuelas viejas, a los trabajos sólidos, varoniles y reales que requiere el desarrollo de países que acaban de salir, como esmeraldas enormes, con las luces ocultas y las fases veladas, de las entrañas de la naturaleza?

Ese desasosiego en que hemos estado viviendo; esos acontecimientos y dominios de la fuerza osada, esas rebeldías de la aspiración, esas resistencias de los privilegios, esas acumulaciones de poder en los caudillos populares, ese desdichado servimiento de los hombres cultos, preparados por una educación más vana que una sombra para mal vivir en países de mucho cuerpo que quieren fuerza viva; esas mismas guerras frecuentes que se nos echan en cara como crímenes nuestros, cuando son resultado de crímenes ajenos, o pergaminos de la arrogancia e idealidad de nuestra raza, -no han sido más que la manifestación inevitable y natural de la vida en países compuestos de elementos hostiles y deformes, precipitados violentamente a

la cultura: ¡se paga en sangre lo que se asalta en tiempo! ¡no hemos podido subir sin dolor en cincuenta años de patios de convento a pueblos de hombres libres! ¡llevamos las manos ensangrentadas del asalto, y movemos los pies entorpecidos por entre las ruinas, pero vamos sacando de esta brega la fe en nuestras fuerzas propias, el conocimiento de nuestras necesidades verdaderas, el desdén de los combates inútiles, y las virtudes de los trabajadores. Nos llena la pasión de la Naturaleza. Nos avergüenza deber la vida a complacencias bochornosas, o a complicidades. Nos aterra tener la manera de vivir pendiente de la fortuna política, que no debe mirarse nunca como fortuna, sino como altar, donde se entre y se salga con las manos limpias. Nos posee un amor de hijos pródigos por el trabajo verdadero. Nos servimos de las leyes, más para asegurar y ensanchar la riqueza pública, que para pelear mezquinamente la privada. Nos da miedo la sangre perdida en mocedades, y decidimos ahorrar sangre. Nos domina ¡gracias a Dios! el deseo febril de obtener con un trabajo personal y directo una existencia libre y honrada.

Y ¿por qué no ha de decirse, si es la verdad? Honduras asoma con brío por estos caminos de experiencia. Nuestra América ha entrado en la era industrial, y Honduras con ella, y no a la zaga de nadie, antes bien con paso más firme y voluntad más decidida que pueblos más compactos y viejos. Acá en Nueva York, por ejemplo, apenas hay país hispanoamericano que esté ante el público con más gallardía que Honduras. Se nota como que la opinión se extiende y levanta, y como que alguien la mueve. El país va siendo exhibido con el tesón y método que requieren las cosas durables. Se suspende respecto a Honduras ese necio veredicto de Republiquilla con que las gentes de poca piedad y conocimiento ofenden, acá y en otras partes, a nuestros países. Obsérvase en los hombres de empresa una curiosidad marcada. La fama de los tesoros hondureños tienta las arcas de la gente grave. Ayer apareció un mapa de Honduras, un mapa de minas, como quieren los tiempos, que dibujó el Ingeniero Byrne, y acaba de sacar a la venta la casa de Colton. Hoy ya se anuncia la publicación de un libro ilustrado sobre la República, que está imprimiendo a gran costo una Compañía hondureña. Es una dicha que estas cosas no se estén haciendo con precipitación de aventureros, sino con aquella dignidad que es natural tributo a un país por los que adelantan sus fortunas en él. Repugnan los negociantes ávidos; tanto como inspiran respeto los que se encariñan con el suelo que les da el sustento.

Por cierto que da gozo entrar por uno de los mas bellos edificios de Nueva York, un templo del comercio donde corren aires de grandeza y maravilla, y ver cómo todo un piso de él está lleno por oficinas elegantes y activas, donde preside un anciano benévolo, de barba blanca: alegra el corazón, como si aquello fuera propio. Y da orgullo poder decir: Ése es el «Sindicato de Honduras». Y si se entra en Broadway por otra casa magna, vasta como los palacios babilónicos, por entre cuyos corredores palpitantes suben y bajan con rapidez de flecha los elevadores mágicos, allí brilla también, y como que sonríe contento un nombre hondureño, «Aguán»: es la Compañía de Navegación de Aguán. No son estos, no, gozos pueriles; sino legítimo placer de hijo de América, de ver cómo se levanta con decoro, y más dando que pidiendo, uno de esos esbeltos pueblos nuestros que juntan a las riquezas de la tierra que a otros hielan, los fuegos del espíritu que enriquecen esos tesoros naturales y los avaloran, tal como cobran hermosura mayor las tierras vírgenes cuando se esparce sobre ellas, y las funde en oro, la vibrante luz del Sol.

Nada habrá en los Estados Unidos interesante para Honduras que, en lo breve del espacio, no vaya en estas cartas. Aquí veremos, sin que el tamaño nos deslumbre ni la pasión de raza nos ciegue, cuanto de este país necesita Honduras conocer, -lo bueno, con su razón, por si conviene introducirlo, -lo malo, dicho sin miedo: porque es de saber que entre estos palacios que pasman y ruidos que aturden, no es el hombre mejor, ni diverso, ni de más divina estampa e inteligencia que aquéllos que tuesta el sol, y deja como penetrados de él, en el país donde florece el ópalo, y travesean, como si tuviesen espíritu de luz, los novillos ágiles. Veremos cómo se va haciendo esta gran tierra, y qué la pudre, y qué la salva. Estudiaremos hebra a hebra sus problemas graves, cómo se compone y funciona su política, cómo se descompone, cómo influye la inmigración, en bien y en mal, cómo nacen de la inmigración desmedida colosales peligros, cómo endurece y pervierte a las naciones el amor exclusivo a la fortuna, cómo se viene encima, amasado por los trabajadores, un universo nuevo, y cómo en este hervor, en que no hay hombre que no parezca tocado de locura, se mueven y adelantan las empresas que desde su alojamiento suntuoso en New York procuran llevar a la tierra hondureña esos amplios caminos de fortuna por donde con pie firme pueda entrar cada hombre activo, redimido de servidumbres y complicidades, a ganar ¡loado sea Dios! en un trabajo directo y varonil una existencia libre y honrada.

José Martí.

A Pío Víquez

Costa Rica, 8 julio de 1893

Mi amigo generoso:

Yo no puedo decir con las palabras, vestidura tantas veces del interés y la lisonja, el tierno agradecimiento con que recordaré siempre la bondad con que Costa Rica ha premiado en mí, viajero humilde y silencioso, el amor y vigilancia con que los americanos, unos en el origen, en la esperanza y en el peligro, hemos de mantener a esta América nuestra, sorprendida en su cruenta gestación, en los instantes en que por sus propias puertas muda de lugar el mundo. Yo no sé decir, en la pena del adiós, el orgullo y fe de americano con que he visto, como por su raíz de trabajo directo y el vigor de su carácter individual, por la altivez y holgura de su pueblo, criado en la fatiga de sangre y de luz, del alma contemporánea, no será Costa Rica, entre las naciones de América, la que llegue a la cita de los mundos, harto próximo para no disponerse a ella, sin el desenvolvimiento y persona nacional indispensables para medirse en salvo con el progreso invasor. Ya han caído los muros y el hombre ha echado a andar. Quien no se junte a la

Pero yo tengo con Vd. una deuda del alma. Una justa esperanza me la alienta, esperanza de americano previsor, y Vd. me le dio una hora de júbilo y de sostén. Yo llegué ayer, insignificante e ignorado, a esta tierra que siempre defendí y amé, por culta y viril, por hospitalaria y trabajadora, por sagaz y por nueva; y Vd. salió a recibirme, con largueza de poeta, y me sentó a la mesa de la bienvenida entre los hombres cordiales de su patria. Me vi tratado como hermano por los que acaso apenas conocían mi nombre. Brillaron allí a mi alrededor el talento enérgico, la palabra discreta, la lisonjera amistad de quienes no la hubiesen acordado de seguro a quien no trajese el sagrado de su hogar, el respeto del huésped y el corazón limpio. Vi en torno mío a hombres plenos y buenos de la América. Y gocé, porque

honran y sirven a su pueblo los que, aun fuera de justa medida, premian en nombre de él la fe en su porvenir y la fidelidad a sus ideales. Sólo de un modo puedo responder a esta merced grande: y es pedir a Vd. y a mis amigos de Costa Rica que me permitan servirla como hijo.

Nunca olvidará a su amigo Víquez su, José Martí

A F. Henríquez y Carvajal

Montecristi, 25 de marzo, 1895

Sr. Federico Henríquez y Carvajal

Amigo y hermano:

Tales responsabilidades suelen caer sobre los hombres que no niegan su poca fuerza al mundo, y viven para aumentarle el albedrío y decoro, que la expresión queda velada e infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora, al contestar, en el pórtico de un gran deber, su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo, y me dio la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber que nos las ve con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación, o de humanidad. Y queda, después de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar después de ganar, en causa justa, una buena batalla. De la preocupación real de mi espíritu, porque Vd. Me la adivina entera, no le hablo de propósito: escribo, conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va a quedar, hoy mismo acaso, abandonado. Lo menos que, en agradecimiento de esa virtud puedo
yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encarar la muerte, si nos espera en la tierra o en la mar, en compañía del que, por la obra de mis manos, y el respeto de la propia suya, y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de su casa enamorada y feliz a pisar, con una mano de valientes, la patria cuajada de enemigos. De vergüenza me iba

muriendo -aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como afuera, -cuando creí que en tamaño riesgo pudiera llegar a convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo, y de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida. Donde esté mi deber mayor, adentro o afuera, allí estaré yo. Acaso me sea dable u obligatorio, según hasta hoy parece, cumplir ambos. Acaso pueda contribuir a la necesidad primaria de dar a nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la revolución y a la seguridad de la república. La dificultad de nuestras guerras de independencia y la razón lo lento e imperfecto de su eficacia, ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente a la naturaleza humana, en la falta de forma que a la vez contuviese el espíritu de redención y decoro que, con suma activa de ímpetus de pureza menor, promueven y mantienen la guerra, -y las prácticas y personas de la guerra. La otra dificultad, de que nuestros pueblos amos y literarios no han salido aún, es la de combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno que sin descontentar a la inteligencia primada del país, contengan -y permitan el desarrollo natural y ascendente- a los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aun cuando fuera bello y generoso, lleva a la anarquía o a la tiranía. Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí, la patria, no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable, al sacrificio; hay que hacer viable, e inexpugnable, la guerra; si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma, irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Quien piensa en sí, no ama a la patria; y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimulen sutilmente, en los estorbos o prisas que el interés de sus representantes ponen al curso natural de los sucesos. De mí espere la deposición absoluta y continua. Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. Vea lo que hacemos, Vd. con sus canas juveniles, -y yo, a rastras, con mi corazón roto.

De Santo Domingo ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Vd. no es cubano, y hay quien lo sea mejor que, Vd.? ¿y Gómez, no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelo? ¿No fue mía, y orgullo mío, el alma que me envolvió, y alrededor mío palpitó, a la voz de Vd., en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquello, y va con aquello. Yo obedezco, y aun diré que acato como superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

Me arranco de Vd., y le dejo, con mi abrazo entrañable, el ruego de que en mi nombre, que sólo vale por ser hoy el de mi patria, agradezca, por hoy y para mañana, cuanta justicia y caridad reciba Cuba. A quien me la ama, le digo en un gran grito: hermano. Y no tengo más hermanos que los que me la aman.

Adiós, y a mis nobles e indulgentes amigos. Debo a Vd. un goce de altura y de limpieza, en lo áspero y feo de este universo humano. Levante bien la voz: que si caigo, será también por la independencia de su patria.